

JULIO BARRY

REALIDAD Y FICCIÓN

PRÓLOGO

GUILLELMO GARCÍA-ALCALDE

REO DE YOÍSMO
CRÓNICA DE UN DRH
EN UN EXTRAÑO PAÍS

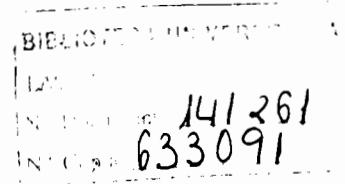
Para mis queridos amigos,
Nora y José Luis Fallado,
este ejemplar de su
edicción del prefacio por la
primera vez.
Con un fuerte abrazo
Juli

Juni - 1994

CDU. 860 - 31 (460 40)

JL9 10.869

JULIO BARRY



REALIDAD Y FICCIÓN

PRÓLOGO

GUILLERMO GARCÍA-ALCALDE



REO DE YOISMO
CRÓNICA DE UN DPH
EN UN EXTRAÑO PAÍS

REO DE YOISMO

Depósito Legal G.C. 475 - 1993

I.S.B.N.: 84-604-7659-6

© JULIO BARRY

CRÓNICA DE UN DPH

Depósito Legal G.C. 474 - 1993

I.S.B.N.: 84-604-7658-8

© JULIO BARRY

EN UN EXTRAÑO PAÍS

Depósito Legal G.C. 476 - 1993

I.S.B.N.: 84-604-7660-X

© JULIO BARRY

Imp. PÉREZ GALDÓS, S.L.

Profesor Lozano, 25 - El Cebadal

35008 Las Palmas de Gran Canaria

PRÓLOGO

Literaturas y músicas de una vida

Se equivocará quien atribuya a Julio Barry un síndrome de grafo-manía que le fuerza a escribir y editar masivamente en el menor espacio de tiempo. El hecho de presentar simultáneamente tres novelas largas con el enunciado común *Realidad y ficción*, que dan continuidad bibliográfica a su *Don Quijote siglo XX*, de 1990; y también el primer compacto láser con títulos de su producción musical, no significa una escritura ni una composición urgidas por ambición morbosa de cualquier especie, sino la entrega solidaria del trabajo creador de toda una vida: la exagerada vida de Julio Barry, exagerada en el sentido de su riqueza y fecundidad, tanto médica como artística.

Hace muchos años que están en mi biblioteca los voluminosos originales mecanográficos de dos de estas tres novelas. Al recibir las editadas era inevitable una lectura en paralelo con aquellas primeras redacciones. Resulta asombrosa la evolución del criterio y el estilo del autor, que no sólo ha expurgado la escritura en términos de cantidad; más que eso, con ser tan importante por lo que tiene de disciplina artística frente al espontaneísmo y la incapacidad autocrítica, lo que valoro es la elaboración del lenguaje, la destilación selectiva de los conceptos de economía verbal y concentración expresiva que separan en primera instancia los dominios literarios de los puramente coloquiales.

Julio Barry no comparece ante el lector saltando en el vacío ni con una propuesta de simple amateurismo; me consta la lenta, larga y laboriosa decantación a que somete sus obras antes de darlas a la imprenta, y no es menor, gracias a su amistad, el conocimiento de los instantes depresivos que le llevan a desconsiderar todo lo hecho,

autoflagelarse con las propias dudas y pensar seriamente en tirar la toalla. Probablemente ha destruido muchos originales, pero, por fortuna, no todos. Los que conservó merecían, ciertamente, ser conservados. Del contraste con su forma original deriva la certeza de un piloto mental que señaló a Julio Barry el disparate de una destrucción.

Por suerte, la reconciliación del autor consigo mismo, —esa paz tantas veces precaria, engañosa y efímera que los inconformistas firman con su destino en la conturbada emoción de la salida del túnel o la emergencia desde el fondo— se sustanció en un retorno a la escritura; en la voluntad de estilo tenazmente trabajada; en el jubiloso sacrificio, aunque duela, de cortar lo que estorba, segregarlo lo que no hace falta, concentrar lo que se ha desparramado innecesariamente; y en la felicidad de encontrar la palabra, el adjetivo, la plenitud semántica de una oración, de un sonido, siquiera de un signo de puntuación, tras la dramática lucha por la justeza expresiva.

Con el precedente de esa pesadumbre, hay que entender que Barry entrega sus obras en el momento en que las considera clausuradas, refractarias en adelante a cualquier otra mejora. Son, por ello, productos de madurez no avalada por la edad del escritor sino por la edad del proceso mismo de creación. He aquí cómo un autor musical de presuntas improvisaciones delata en su literatura que nada ha dejado a expensas de la musa ni al azar traicionero de la sentimentalidad paterno-filial que es preciso reprimir y eliminar categóricamente del trabajo artístico.

Estas tres novelas son notoriamente diferentes; no sólo por su asunto, que es lo normal, sino también por el estilo narrativo y la técnica lingüística. Después del *Don Quijote siglo XX* entregado en 1990 —también al cabo de una maduración textual de muchos años— el escritor no repite la fórmula, ni la estructura, ni los aditamentos retóricos. Lejos de ello, despliega tres maneras contrastadas de cumplir el hecho narrativo, como si en ellas quisiera engarzar otras tantas representaciones simbólicas de la propia personalidad humana y literaria. El origen, naturalmente, está en las lecturas de Barry y en la huella de sus vivencias con la novela psicológica de corte romántico, la novela de ficción absoluta, que confunde adrede realidad e irrealdad; y la novela experimental.

Las diferencias son tan acusadas, incluso tan violentas, que pueden abonar una crítica de despersonalización estilística o de juegos formales simplemente miméticos que tendrían por objeto un trivial exhibicionismo de la facilidad de hacer ficción. A mi juicio revelan algo muy distinto, y es no sólo la universalidad del interés y la curiosidad de Julio Barry sino también el sentido lúdico que anima el fondo de todos sus entes de razón, como si para gravedad, seriedad y tedio fueran suficientes los entes de realidad o, dicho de otro modo, la vida. Si hay un denominador común a las tres novelas es el distanciamiento del autor, que nunca olvida estar haciendo literatura y jugando —insisto— con las nociones y estructuras de un arte con el que no trata de convencer sino comunicar en unos casos, impresionar en otros, o divertir sin más. Me apresuro a defender a Barry de una posible crítica de diletantismo porque, en primer lugar, no creo en la profesionalidad del artista y mucho menos del arte; crear forma, sonido o lenguaje puede tener su vertiente profesional en el sentido de actividad primordial o medio de vida del creador, pero el hecho estricto, aislado y exento de crear es un juego con la materia más peligrosa de la existencia: la sustancia divina de la razón aliada a la fantasía. A los mortales nos es permitido jugar, pero nada más; pasar la raya es incurrir en la culpa de Prometeo (y *Prometea* se llama, dicho sea de paso, la docta hormiga que un personaje de Barry tiene por amante y acaba precediéndole en el suicidio).

Aquel denominador común se manifiesta como escenificación y simulacro. Barry no propone certezas históricas sino escenas posibles o imposibles que comuniquen su sentido por encima o por debajo de su misma posibilidad. Por ejemplo, inicia algún capítulo con las palabras "bis de la escena de ayer", y cumple así, sencillamente, el cometido ético y estético de seguir desplegando el simulacro literario que le ocupa. No hay, por tanto, una pretensión de realidad, sino de verosimilitud literaria, que es muy diferente. Lo real puede ser menos verdadero que lo verosímil, y de ahí procede en gran parte la inextinguible fascinación de la literatura.

Julio Barry extiende esa consciente teatralización a las tres novelas que comentamos, pese a sus acusadas diferencias en estilo y estructura. De ello inferimos el primado de la imaginación, que sería erróneo tomar por total o parcialmente autobiográficos a pesar de la prodigalidad con que el autor siembra referentes inequívocos de su propio mundo.

Reo de yoismo, novela psicológica

Parece ser, y como lector no me atrevo a pasar de la conjetura, que Barry propone *Reo de yoismo* como el más serio de los tres títulos. Desconfiemos, sin embargo, de lo que entiende por serio esta sensibilidad corrosiva, irónica hasta el sarcasmo y cruelmente violenta en la tipificación humana (las "hipotiposis" que desarrolla en *Crónica de un DPH* pueden ser atroces, como más adelante veremos). Desconfiemos de la personalidad cortés, refinada y entrañable del ciudadano Barry cuando se sienta ante la máquina de escribir...

Pero es cierto que *Reo de yoismo* presenta la apariencia más íntima, confesional y circunspecta de la desconcertante trilogía. Debo añadir que, aún pareciéndome excelente, me seducen más las otras dos.

El modelo es el del melodrama psicológico, que simultanea el curso de los hechos con el discurso del pensamiento, entremezcla los planos sin apelar a mayores artificios y narra con relativa fidelidad a las unidades clásicas. La única alteración del transcurrir del tiempo son los saltos de la memoria en la línea psicológica del relato. Puede haber en el texto un fondo autobiográfico que deforma deliberadamente las circunstancias de una niñez sin amor, pero la describe muy eficazmente con el propósito de fijar en el protagonista, *César*, algunos rasgos psíquicos en los que el autor parece reconocerse: insatisfacción, inadaptabilidad, desasosiego, inquietud...

Niñez y adolescencia reciben una escritura de intensos sombreados y tintas de ricos matices que han de colorear los reflejos del adulto en el resto del relato. El adolescente vive sin remedio la guerra española y la segunda europea; sobre esos escenarios es construido a base de grandes gestos narrativos, hechos dramáticos y situaciones de muy largo aliento literario, que en parte le desvían de sus vocaciones y en parte le ayudan a concentrarse en su interioridad. Es significativo que, al final de las guerras, reflexione que todo en su vida ha sido frágil e inestable. "Presiento que ha llegado la hora de anclar en el refugio de mi alma", se dice. La sorpresa es que ese encuentro consigo mismo, narrado como "liberación del espíritu", origina un desdoblamiento de la personalidad vecino de la locura. El protagonista empieza a ser dual y dialoga con su otro yo, wildeanamente llamado

Dorian, en mecánica de plano y contraplano. Cuando supera ese desdoblamiento, apela Barry a otra estructura de autonarración, como es la de hacer decir a distinto personaje —*Elisa*, en este caso— lo que aquel opina de sí mismo.

Nos coloca, por tanto, el novelista ante un plano de hechos, que es el asunto externo de la obra, y otro plano de obsesiva meditación sobre sí mismo, sus móviles, emociones y reacciones, sean cuales fueren los hechos acaecidos y los personajes que, a modo de *médiums*, comunican el contexto mental.

Ahí está el *yoismo* del título, esquivado en la obra como mención consciente excepto en un final que, en línea con todo buen melodrama, deduce una enseñanza moral en términos catárticos. Insisto en el enunciado de melodrama psicológico sin el menor matiz peyorativo y tan sólo como tipificación de género. La parte más sustancial de la novela se centra en ambientes médicos y hospitalarios que son los habituales del autor y resultan altamente verosímiles. Son el escenario del gran simulacro en que se mezclan autobiografía, retazos de vidas ajenas y pura ficción. La novelística cristiana y hospitalaria de A.J. Cronin y M. Van der Meersch se erigen en precedente de la inspiración de Barry, aunque su agnosticismo —o, por lo menos, la falta de respuesta a sus muchas dudas metafísicas— le dé un sesgo diferente al de aquellos autores. Ello no obstante, la amalgama de amor y muerte, medicina y sufrimiento que conducen a la catarsis final guardan analogía con los acontecimientos que en una novela de Van der Meersch titulada *Cuerpos y almas* desencadenan la reflexión conclusiva de que tan sólo existen dos amores: el amor a uno mismo o el amor a Dios. Digamos, en el caso de Barry, que el amor a uno mismo —casi monomanía de autocontemplación paranoica— desenlaza en el rechazo del *yoismo* y la aceptación del amor al prójimo. Eso es, o eso parece, y he de repetir mi desconfianza en cualquier aseveración categórica cuando hablo de mi muy querido amigo y admirado artista Julio Barry, pues si bien esta novela es la más exenta de ironía, nunca se sabe, ni puede uno fiarse del todo...

Experimentalismo en *Crónica de un DPH*

Crónica de un DPH es la pieza experimental del conjunto. DPH son las siglas de “desgraciado pobre hombre”, protagonista y antagonista a la vez; personalidad dual que bajo el nombre de Eurípides —entrecomillado o no para distinguir la presencia que predomina en cada página— reúne los atributos del perfil crítico más perverso y brutal de la literatura de Barry, y quizás de toda la literatura canaria. No puedo datar ni aproximativamente el origen de esta obra, pues carezco del valioso precedente de un primer original mecanográfico. Tal vez sea más reciente que las otras dos. Sin entrar en vericuetos morales, gratifica extraordinariamente mi gusto lector por sus parámetros de energía y de tensión.

El autor comienza inventando un lenguaje o, por mejor decirlo, una jerga de voces compuestas y neologismos que serán en el relato instrumento de expresión privativa. Constituye esa jerga una intuición de radical necesidad: en la mayoría de los episodios narrados la expresión literaria no sería la misma a base de voces y semántica de diccionario. Esa jerga está suficientemente explicada en el vocabulario alfabético que cierra la obra y, según recomienda el autor, ha de ser leído antes de abordar la novela en sí misma.

Entre el perfil de un deshecho humano de arrabal, falso sordomudo miserablemente vapuleado por el lumpen asocial entorno, y la imagen inútil, patética, del intelectual casi ciego que devora libros sin ton ni son en una degradada cloaca del pensamiento, el personaje *Eurípides* adquiere la verosimilitud de los más terribles y deshilachados esperpentos de la historia de la Literatura. Es una alegoría de la infamia de la vida y la incomodidad radical y absoluta de estar en el mundo, sobre el que somos expelidos por la pura irracionalidad de un mecanismo innoble y vengativo que nos desborda.

Julio Barry crea vocablos y crea sintaxis para romper a su modo los esquemas consolidados de la novela. Es consciente de estar haciendo experimentalismo sin abandonar las constantes teatralizadoras y el simulacro general de la escritura; incidiendo más que nunca en el *vicio* de las citas, en los referentes a otros textos y otros autores, pero, en definitiva —y de eso se trata— accediendo a un desgarramiento de excepcional fuerza y plasticidad en el lenguaje, en las imágenes y en las personas.

Del reto, difícilísimo, de ensamblar dos discursos en un solo ocurrir, y fundir en una dos imágenes antitéticas de lo mismo, sale el autor triunfante a pesar de la necesidad de los recursos identificadores y los giros de recuperación alternativa o simultánea de dos hemisferios recíprocamente hostiles en el mismo sistema circunvolutorio. Es consciente de tener una bomba en las manos, o de caminar esquivando minas; si alguna estalla, liquida el relato e inutiliza todo el esfuerzo. Julio Barry supera esa agonía con la coherencia del resultado. *Crónica de un DPH* triunfa como producto literario por la intensidad de la angustia percutida sin pausa, el nivel insoportable del sarcasmo y la caricatura misma del desdén de lo humano, individual o social.

Como ensayo experimental será calificada por algunos de falsa y artificiosa. Es, justamente, eso, falsa y artificiosa, además de otras muchas cosas. Pero del artificio —siempre el simulacro— se elevan efectos e imágenes de imposible plasmación según las nociones de la academia. Llena de novedad en el tratamiento de realidades tristemente cotidianas en el reverso terrible de la sociedad biempensante, rebosa inventiva y vigor y deja sentir en su dimensión descoyuntada y extravagante un conocimiento profundo de la criatura humana y su doliente destino. Cuando Eurípides, al final de la obra, encuentra ahorcada a la hormiga Prometea, su amante e interlocutora de mil diálogos, y se ahorca a su vez reprochándole no haberle avisado ni esperado, se hace incluso físicamente necesario salir al exterior y respirar aire fresco, tan acongojante ha ido haciéndose el relato, y tan desolado el pensamiento que destila.

En un extraño país, fabulación pura

La tercera novela es *En un extraño país*. Entramos con ella en el territorio de la ficción absoluta y de la fantasía sin límites. El primer capítulo sucede un martes 13 y nos introduce rápidamente en el asunto y la acción. Para asomarnos a la maquinaria de la obra, diré que trata de un grupo de quince turistas de vacaciones en el castillo que un príncipe árabe mandó erigir en un pequeño país de Africa Central. Las vacaciones durarán treinta y un días; de ellos pasará el grupo diecisiete jornadas en diferentes estancias del castillo y el resto en sucesivas excursiones exteriores. Hay otros muchos grupos de quince personas en la fortaleza, hasta el número de cuatrocientos sesenta y cinco, pero nunca se verán entre sí. Cada noche duermen en aposentos diferentes, con servidores diferentes, etc.

Los capítulos de la obra son treinta y uno, tantos como los días de vacación, y cada capítulo describe una jornada. El grupo heterogéneo y pintoresco cuyas evoluciones son objeto del texto, se presenta a sí mismo desde el principio y aclara la motivación de su presencia. En definitiva, se sirve Barry de la técnica de la novela policiaca para poner al lector ágilmente en situación y someterle después a un delirante encadenamiento de hechos y situaciones (cuyo ritmo cinematográfico hace pensar a veces en las series de *Indiana Jones*).

Lo que buscan los integrantes del grupo pertenece a distintos órdenes de realidad: unos quieren conocer la tumba del príncipe árabe, emplazada en las entrañas de un volcán y bajo las aguas sepultadas tras hacer estallar la presa que aquél mandó construir; otros quieren aproximarse a la verdadera personalidad del príncipe presuntamente suicida, intrigados por su leyenda y desconfiados de las diferentes versiones; y otros necesitan averiguar si la construcción y destrucción de la presa, que originó la muerte de dos mil súbditos, fue un proyecto genocida o un trágico accidente.

No daré un dato más del argumento, para no aguar la lectura. Esos mimbres son suficientes para entender que Julio Barry construye una apasionante intriga, repleta de acontecimientos y personajes secundarios. Se atreve a montar un mecanismo complejo y de nuevo le sonrío el éxito: el relato no se le va de las manos y está siempre bajo su control, ordenado y gradual, sin perjuicio de que los elementos

constructivos sean de naturaleza muy diversa: parlamentos del guía del grupo, diálogos entre sus miembros, diarios y cartas hallados en el castillo, etc.

Más allá de esa aventura de tan clara afinidad fílmica, se instala Barry absolutamente en el reino de la literatura y utiliza referentes ideológicos de cosecha propia o ajena, y en este caso particularmente de Nietzsche. El príncipe que se supone suicida es un trasunto crítico del *superhombre* y tiene mucho que ver con la tesis nietszcheana del suicidio. No por casualidad es su fortaleza réplica exacta del castillo que Luis II de Baviera, el "rey loco", se hizo elevar en Neuschwanstein, cerca de Munich (en uno de los lagos próximos habría de suicidarse). Ese colosal *pastiche* aparece magníficamente descrito en algunas de las estancias de la novela, todas ellas utilizadas como epicentro del misterioso *salón azul* donde parecen encontrarse las claves de los enigmas que movilizan al grupo de turistas.

Pero no vemos tan solo el castillo del Rey Loco, sino innumerables elementos que Julio Barry atesora de su vida viajera a lo largo y redondo de la Tierra, así como de su propia casa y despacho. Y advertimos, por descontado, la impregnación literaria de toda la intriga, empezando por la presencia de Virginia Woolf en el nombre del guía turístico —llamado *Orlando*— y en la relación simbólica del viaje descubridor a través del tiempo con el formidable personaje de la escritora inglesa. No menos orlandianas son las ambigüedades sexuales, pues, como bien se sabe, la criatura de la Woolf es alternativamente hombre y mujer. Barry esconde la alegoría en una escultura asexual y con antifaz (que con forma de Venus enmascarada tiene réplica en su estudio, así como el gran órgano que el príncipe de la novela hacía sonar para deleite o espanto de sus súbditos y servidores).

La impregnación literaria de esta gran fantasía pseudo-cinematográfica descubre aún otro elemento esencial: la estructura del laberinto. Así es el castillo y así son los aposentos o escenarios de las salidas al exterior: encerrados en el laberinto y aislados del contacto con otros seres, los miembros del grupo, tan diferentes e interesantes en la profundidad como en el pintoresquismo, tienen las reacciones de la clausura, del mundo hermético en el que han entrado con más dudas y ocurrencias que evidencias. Julio Barry los hace entrechocar

y los diezma gradualmente con muertes o desapariciones, como ocurre en una gran novela que, en mi opinión, es la mejor de las que rescatan contemporáneamente el mito literario del laberinto. Me refiero a *Cefalú*, de Lawrence Durrell.

Esta gran aventura-mosaico, que transcurre en treinta y un apasionantes días, deja en el paladar el sabor de la pura fabulación. Es un asunto inventado y deliberadamente inverosímil que, en su despliegue, no trata solamente de entretener, intrigar y divertir sino de hacer pensar sobre unas cuantas nociones: la existencia, la enfermedad, el ideal del superhombre, el amor, la locura, el suicidio...

Improvisaciones para órgano

Aunque sin relación aparente con las tres novelas, entiendo significativo que Julio Barry haya editado simultáneamente su primer disco de obra musical. Nuestra vieja amistad comenzó por afinidades musicales y esta grabación no me sorprende en la medida de las tres novelas. No es un juicio de valor sino testimonio de mi reacción al impacto de lo que no conocía, salvo en viejos originales mecanográficos de difusa memoria. Las grabaciones organísticas de Barry me son más familiares.

Desde las experiencias coreográficas de Gelu Barbu y Lorenzo Godoy con músicas de Barry, hasta hoy, ha sido grande y fecundo el esfuerzo de crear una notación que facilitase la comunicación de esta música y compartir su ejecución con otros. El trabajo de la grafía estimuló un avance notabilísimo en la calidad de ideación y realización sonora de las obras, y no es inocente, ni casual, que el autor decidiera finalmente registrarlas en un soporte profesional y duradero.

El nombre de *improvisaciones* evoca en primer grado un chorro de espontaneismos desparramados entre la cabeza, el corazón, las manos que recorren los teclados y accionan los registros y los pies que pisan el pedalero. Nada más lejos de la realidad: no hay melodía bienformada y con sentido si no ha sido meditada a partir de una invención del motivo. Por lo demás, no creo que la espontaneidad sea un valor conceptual, sino tan solo un reflejo natural; mucho

menos creo en el espontaneismo en el arte, y refuerza mi escepticismo el hecho de que lo aparentemente más ingenuo es lo más elaborado, y muchas veces resulta que en el exterior más enrevesado sólo hay matemática aplicada.

La fascinación de estas obras para órgano es que surgen de un momento en que la memoria ordena iluminaciones precedentes y la imaginación sonora les da forma. En un drama de Tennessee Williams, *La noche de la iguana*, llevado al cine por John Huston, llega un anciano al instante de iluminación radical, dicta el poema elaborado por su espíritu a lo largo de toda la vida, y muere. ¿Hay que entender que, por no haber tenido antes forma escrita, era un poema improvisado...?

Por fortuna, Julio Barry no muere cuando da forma a una de esas divagaciones sonoras en las que ha pensado largamente, desarrollando sus fragmentos en la directa experiencia de las manos sobre los teclados. Pero el acto de pasarlas a un soporte duradero, que puede ser difundido sin limitaciones, significa un cierre del pensamiento, el acceso a las categorías del sonido real que la obra se realiza. Ya puede, entonces, entonar su acción de gracias, como el personaje de Williams y Huston, pero no morir; su misión es comenzar de inmediato a imaginar obra nueva y entregarla como hace ahora con el disco.

Julio Barry vuelca en su música los himnos triunfales y las desoladas melancolías de sus sueños, con toda la gama de expresiones, colores y estados de ánimo que pueblan el espacio comprendido entre ambos extremos. Es otro medio de expresión y de relación con el mundo, abierto desde la profundidad de sus primeras vocaciones infantiles por este caballero silencioso, irónico, tierno, inteligente, exaltado, escéptico, cruel, generoso, solidario, aventurero, creador y triste que todos amamos y se llama Julio Barry Rodríguez.

Guillermo GARCÍA-ALCALDE
Las Palmas de Gran Canaria, marzo de 1994

REO DE YOISMO

A la memoria de mi hijo Julio.

Reo de yoismo rememora tal vez la clásica novela escrita en primera persona, donde se describen las vivencias de una infancia y juventud, con el impacto de una guerra fratricida y las secuelas que estigmatizaron el espíritu conduciéndolo a la introversión y los sueños. Una autognosis exhaustiva que roza el narcisismo, justifica el título de una obra que encierra como mensaje la crítica y condena del yo, al que conduce deliberadamente hacia un estado de catarsis, liberación que consigue el protagonista mucho antes de finalizar la odisea que vive. No lejos de la lírica de las narraciones decimonónicas tradicionales, los largos y pesados monólogos, han sido sustituidos por una trama de acción fuertemente subjetiva, aunque alejada de la rutina y los tópicos, y que protagoniza un personaje que unas veces mira con los ojos de un niño, y otras, con el mirar extraviado de un demente. Todos los momentos en la vida del presunto estigmatizado, propician un constante descubrimiento de mundos interiores, de manera especial aquel en que se reconcilia consigo mismo al volcar hacia el exterior el mito de sus amores e ideales.

El autor no muestra empeño en frenar la fantasía de su personaje de ficción, muy al contrario, le estimula en su dolor, sus ansias, la incertidumbre en que vive, su protesta, los desvaríos de la mente, la felicidad que cree vivir, sus tinieblas, y la luz que al fin parece iluminar su espíritu. Diríase que, tanto subjetivismo y caricatura *yoista*, conforman una semblanza autobiográfica, aunque cabe confesar que son innumerables las vivencias, situaciones y hechos reales vividos por el autor y transcritos a la narrativa con entusiasmo imaginativo. Aun así, erraría quien creyera ver en el protagonista a un álter ego del autor.

La obra tiene su moraleja: no hagamos del yo un dios; encierra el peligro de convertirlo en un monstruo, y a nosotros en su esclavo.

Semblanza de mi niñez.

Describir fielmente el pensamiento, actos y sueños de mi niñez, me llevaría más allá de una simple relación descriptiva; me conduciría inevitablemente al análisis enjuiciador retrospectivo de investigación psicoanalítica, expuesta al equívoco de las influencias externas y conflictos internos por los que he pasado, desvirtuadores del exacto conocimiento de mí mismo. Para hablar con fidelidad de esa niñez, tendría que despojarme de lo vivido a posteriori y volver a ser niño. Mas, no son los acontecimientos de mi infancia lo que mueve mi pluma sino la búsqueda de la dualidad de mi persona, en suma, el drama de mi vida. Porque no dudo un momento que fue en la temprana edad de la formación espiritual y sentimental, cuando se fraguó el germen de mis complejos afectivos.

Con el despertar de la mente, alumbró también, parásito en mi espíritu, un extraño ser, encarnación de insólitas reacciones y conducta poco común. El ambiente severo y la frialdad de un hogar falto de ternura, la muerte prematura de mis padres y las vicisitudes de la adolescencia y juventud con el terrible impacto de dos conflictos bélicos que me tocó vivir, me condujeron tempranamente a la introversión y los sueños. Más tarde, del enfrentamiento ante la vida surgiría el inadaptado, y de la pugna ante el mundo, la desbordante inquietud, hijos ambos del demoníaco ser que se albergaba en mis adentros. Ya en plena fuga mental, le bautizaría con un nombre: Dorian, expresión de las torturas del espíritu y los extravíos de la mente. Con el retorno a la razón, en un reencuentro conmigo mismo, me vería frente a mi demonio con quien habría de entablar una lucha mortal.

Semblanza de mi niñez, no. Bosquejo sui géneris, viciosamente orientado en busca de un solo objetivo: los móviles del nacimiento de mi otro yo; las causas de mi inadaptación a la vida. ¿He de culpar a

las influencias externas de la adolescencia y juventud con el brutal choque de una guerra fratricida al hacer mella en mi ingenuidad e idealismo? ¿Al anormal ambiente de mi niñez?... Indudablemente, sí. Pero también a mi idiosincrasia y, sobre todo, al monstruo de la inquietud, máximo fustigador de las controversias de mi espíritu.

Tempranamente perdí a mis padres. Vivíamos en aquel entonces en la Ciudad Condal donde mi progenitor poseía una importante industria textil. Hombre de pocas palabras, frío y severo, más preocupado por los negocios que atento a los problemas del hogar, debo confesar que no llegué a conocerlo en su fuero interno. Su hermetismo y frialdad fue un muro infranqueable a toda manifestación afectiva. No recuerdo una charla banal, un tierno reproche o un ademán incitador a la confianza; sólo frías amonestaciones y una sombría expresión. Ni aun en tan tierna edad, supe lo que era un beso. Y una niñez sin besos no hace al hombre del mañana apto para convivir con sus semejantes.

Apenas contaba dos años cuando perdí a mi madre. Su recuerdo es una incógnita, una nebulosa en las remembranzas de mi niñez. Oriunda de París, hija de un aristócrata con ascendientes de glorias militares, se casó muy joven y abandonó su país natal para seguir a mi padre. A su fallecimiento, quedé a merced de la abuela materna. Pero estaba escrito que me había de ser negado el calor de las tiernas caricias tan fundamental en el desarrollo psíquico del niño. Cuando la luz de la razón y las propias palabras de la abuela me revelaron la muerte del ser querido, sufrí la primera conmoción psíquica. Pronto descubrí que a la frialdad y mutismo de mi progenitor, había que añadir la severidad de la anciana abuela, intransigente ante banales incumplimientos de mis obligaciones escolares y deberes religiosos. Pero esta faceta de su carácter que evidenciaba una gran energía y voluntad, no hubiera tenido mayor importancia de no sumarse la inexplicable ausencia de demostraciones afectivas que interpreté como una elemental falta de cariño. No estaban de acuerdo sus manifestaciones verbales, la constante preocupación y defensa a todo trance de mi persona, con el despego y frialdad con que me trataba. Era incomprensible a mi entendimiento infantil, la negativa a besarme y ser besada, así como las duras penas infringidas por cuestiones tan nimias como beber en su propio vaso, usar su servilleta, o comer a hurtadillas de las golosinas escondidas en su armario. Pequeñas fal-

tas que la sacaban de quicio y enfurecían hasta extremos que acabaron constituyendo un gran interrogante a mi corta comprensión. Y así la juzgué severa, fría y con evidentes muestras de desamor; y la juzgué equivocadamente. Más tarde, demasiado tarde ya, sabría la verdadera causa de aquella paradoja de su aparente despego: el gran temor de contagiarme la tuberculosis que padecía, y que la obligó temporalmente a ser internada en un sanatorio. ¿Por qué no me dijeron la verdad? ¿A qué ocultarme tan comprensible razón?... Tal vez le asaltara el temor de verme huidizo de su lado cual de un leproso, acomplexado por el horror al contagio. ¿Acaso no fue peor impregnar el alma con el virus de la amargura, abandonándome en el espantoso vacío de la ausencia de los tiernos afectos?

Rebuscando entre los escondidos recuerdos de aquel entonces, viene a mi memoria una ininterrumpida cadena de hechos engendrados del gran equívoco de un supuesto desamor por parte de las dos personas que amaba. Nunca llegaría a descubrir, que cuando discutían a puerta cerrada lo hacían sólo para proteger mi salud. Mi padre, al abogar sobradas razones ante el temor de un posible contagio, comprendiendo tal vez la ineludible presencia de ella, acaso sabedor del mal que me infligía si la apartaba de mi lado. La abuela, consciente del peligro pero incapaz de abandonarme, dispuesta a defender con uñas y dientes su permanencia en la casa. Sólo yo, al entender torcidamente los hechos, fraguaba en mi alma imborrables huellas al interpretar los altercados como inequívocas muestras de hostilidad entre las dos personas que amaba.

De aquellas polémicas, la abuela tornaba siempre más fría y rigurosa en su aparente despego. Y si acudía a refugiarme en su regazo, incomprensiblemente, arrancaba mis manecitas asidas con fuerza a su falda, para llevarme fuera tras cerrar la puerta con llave. ¡Qué espantosa soledad la de un niño sin regazo donde refugiarse para llorar! Encerrado entre cuatro paredes, vertía amargas lágrimas mientras besaba el retrato de mi madre.

Aquella timidez y parquedad en las palabras, y el fiarlo todo a la imaginación y los sueños, me condujeron tempranamente a buscar en ellos al confidente de mis cuitas internas. Siempre que la abuela, esquiva y muda me conducía hacia la puerta, el tierno niño se preguntaba a sí mismo en el colmo de la incomprensión: ¿Por qué? ¿Por

qué?... Una sola palabra que revelara el maldito secreto; un tierno beso aunque llevara consigo el germen de la infección, hubiera bastado para curar a un alma que empezaba ya a acumular el veneno de otro germen más terrible: el de las morbosas respuestas del espíritu.

Tarde, muy tarde se haría la luz en mi cerebro, lo que permitiría aclarar el equívoco de los supuestos desamores y dar explicación racional a muchas incógnitas de mis tribulaciones infantiles. Pero ya no sería posible salvar al indaptado, incapaz de gozar y amar humanamente. Demasiado tarde también para destruir al demonio de la inquietud, que acabaría arrastrándome por las pendientes de la evasión hacia el abismo de una larga fuga mental.

De mis cuitas internas no tuve confidentes como factor humano de desahogo. Y así busqué cobijo en la introversión y los sueños, entregándome a fabulosos lances de amor. Cuando era mucha la aflicción, me escondía entre cuatro paredes para acariciar mis mejillas, sabedor de que en ellas había sido depositado el tierno beso materno. Sí, desde muy temprana edad, sin más calor que unas caricias al mito de una estampa, aprendí a llorar y amar arropado por los sueños, vicio del que ya no me recobraría durante mucho tiempo.

¡Cuántas veces la abuela veló mi sueño conteniendo el impulso de besarme ante la tremenda disyuntiva! ¡Y cuánto sufrimiento para un tierno niño, obligarle a prescindir de la más elemental demostración de ternura, el beso, suprema manifestación del amor y la alegría infantil! No es posible infringir mayor mal que esa falta de cariño. Y yo lo precisaba más que nadie por mi timidez e idiosincrasia. Ya no soportaría las demostraciones de afecto, y cualquier escena de amor o simple manifestación pública de los sentimientos, me haría sonrojar como si se tratara de un acto deshonesto. Estas eran, entre otras muchas, las primicias de mis aberraciones sentimentales.

Semblanza de mi niñez, ¡no! Tribulaciones de un alma infantil al desnudo. Describir mil pormenores con las vicisitudes de esa infancia, me llevaría a girar en círculo vicioso alrededor del gran móvil de mi amargura: la falta de cariño en la edad básica de su presencia. Las heridas cerrarían sólo en apariencia, para más tarde verter el veneno de la insatisfacción, la inadaptabilidad, el desasosiego, la inquietud, y el desviacionismo. En suma, el drama de mi vida.

Es fácil imaginar los sueños de aquel entonces: sueños de cánticos y besos al entornar los párpados, arrobado con el calor de las inocentes imágenes de la fantasía; sueños de nuevas caricias al despertar; sueños de cuentos adormecedores y demostraciones de tierno amor en las largas noches de vigilia; sueños de apretados abrazos y refugio en el seno materno mientras se desvanece la horrible pesadilla; sueños de reconciliación y dulces halagos tras el castigo... Pronto, muy pronto, casi cuando aún andaba a gatas, aprendí a soñar. No imaginaba entonces que gran parte de mi vida sería sólo eso: sueños.

¿Semblanza de mi niñez?... ¡Infancia sin amor! ¿Semblanza de mi niñez?... ¡Soledad para con mi alma! ¿Semblanza de mi niñez?... Todo gira alrededor de la ausencia insustituible de los afectos. Represiones de la sensibilidad, represiones de los sentimientos, represiones amorosas, angustiosas represiones del miedo, represiones en los rezos, en las furtivas prácticas religiosas, represiones hasta en el paladar de unas golosinas. Represiones, sí, empujándome hacia el mito, la soledad y el encierro en la cárcel de mi alma... No cabe otra confesión que la del terrible vacío afectivo de mi niñez.

Perfil del adolescente.

A la muerte de mi padre, la abuela tomó la decisión irrevocable de regresar a su ciudad natal llevándome consigo. No le arredraron las dificultades surgidas para intentar vender los bienes, aunque ignoro como se las compuso para solucionar el problema. Su mayor ilusión, morir en la tierra de sus antepasados, sería una realidad aunque no en la medida de sus deseos, ya que los azares de la vida, concretamente la guerra civil española, la apartarían de mi lado obligándola a pasar por el doloroso trance de una muerte en la soledad, lejos del nieto que tanto amaba. El destino, que la había tratado con crueldad al arrebatarsele tempranamente a la hija, se ensañó con ella forzándola a morir con la pesadumbre de no saber del nieto que tal vez creyó muerto en el campo de batalla.

En París demostró sobradamente aquel temple y decisión que siempre le acompañaron, al montar una industria textil, caso inaudito dada su avanzada edad. No entraba en sus cálculos ponerme al frente del negocio, puesto que siempre le había ilusionado que estudiara medicina. Halló por suerte un apoderado de su confianza, Andrés, eficiente y honrado administrador, quien habría de enriquecerme pese a mi pasividad y abierta oposición a dirigir la fábrica.

Como tantas otras cosas, aspiraciones y vocación, nacieron en mis adentros secretamente. Y así tomé pasión por el dibujo en el que descubrí insospechadas fuentes de placer que me permitieron derrochar sobre el papel a la incontenible fantasía. Pasajeros amores platónicos, fueron confidenciados al lápiz, y más tarde al pincel.

No fue la pintura la única expansión espiritual de mis años adolescentes. Otro placer solitario se adentró incontenible en mi alma: la música. Hallé en la música una extraña incitación hacia lo trágico, e igual que en la pintura, un nuevo estimulante a mis ansias creadoras.

La trfada, sueos, msica y pintura, con preferencia al dilogo y los juegos, me condujeron a un retraimiento marcado entre los compaeros del colegio donde cursaba la enseanza del bachillerato. Pude lograr de la abuela el permiso para dar clases en el Conservatorio de Msica y en la Academia de Pintura de *monsieur Pierre*, a cambio de buenas calificaciones en el Instituto, y una asistencia peridica a la fbrica bajo las rdenes del buenazo Andr, ya convertido en director de la industria. As cubra el expediente ante un apoderado que me enseaba aquello que no quera aprender, mientras hacfa del pincel el santo de mi devocin, de la msica, acicate de mis inquietudes, y de los sueos, refugio de mis tribulaciones sentimentales.

La entrega fue completa. El pincel colmaba las delicias de mi imaginacin, e interpretar las sonatinas me causaba un gran embeleso. Breves clases si apenas descansos, favorecan la innata repulsa a entablar dilogos, y as logre que pasaran desapercibidos mis deseos de aislamiento, sintindome a mis anchas mientras fantaseaba con la imaginacin dando pábulo a mis ansias creadoras. En el colegio, ya era otro cantar. El crecido nmero de alumnos y los recreos, se prestaban al bullicioso dilogo en crculo o pareja, lo que motivó una creciente antipatfa hacia mi persona entre la generalidad de mis compaeros. Me sabfa el huraao, el solitario; lo lefa en las miradas de cuantos me escrutaban como a un bicho raro, y llegué a tomar aversin a las clases. Y sin embargo, el que habra de ser entraable amigo, lo hallé en el aula colegial cuando menos lo esperaba.

Recuerdo bien el da aquel. Aguardaba en la clase la llegada del profesor. Sóló unos pocos ocupaban su asiento habitual. Tan distrafo estaba, que no me enteré de la gamberrada urdida por un tal Maureau, un sujeto que repelfa con sóló mirarle a la cara. Alguien dio la voz de alarma.

— ¡Qué viene el profesor!

Me sentí brutalmente empujado —luego me enteré que por el propio Maureau—, y quedé sentado en la tarima como un estúpido en el instante en que entraba el profesor. Con malévola intencin, Maureau habfa lanzado sobre mis rodillas el paao de polvo y la tiza y cuando quise reaccionar era ya tarde. La mirada del profesor iba y venfa del encerado a mi persona. Éramos la imagen de la sorpresa y cólera reprimidas, frente a la perplejidad.

— ¡Levántese usted! —me gritó.

Al incorporarme rodaron por el suelo la tiza y el paño. Visiblemente turbado quise recogerlos y sólo conseguí caer de bruces contra las piernas del profesor mientras se oían risas reprimidas.

— ¡Silencio! —gritó dirigiéndose a la clase—. Y ahora —se volvió hacia mí—, lea usted lo escrito en la pizarra... En alta voz. Que lo oigamos todos.

Miré hacia el encerado con ojos atónitos.

—Yo no he escrito eso, profesor —protesté con voz trémula.

— ¡Léalo usted!

Vacilé y al fin leí entre dientes:

—El profesor es un marrano...

Interrumpí la lectura para protestar de nuevo.

— Le aseguro que no he escrito esas frases injuriosas —negué ya con menos timidez.

— ¡Termine de leer! —me conminó.

Mi voz se tornó aún más vacilante.

— Y no sabe ni papa de historia —dije en un susurro.

— Bien. Borre lo escrito y espéreme en la Dirección.

No había otra alternativa: aceptar lo ordenado o acusar públicamente al responsable. No fui capaz de delatarlo y nadie lo hizo por mí. Así pues, crucé la puerta mientras miraba de soslayo a Maureau que correspondió a mi mirada con una sonrisa irónica.

En la Dirección aguardé una hora larga. Sorprendidamente vi llegar al profesor en compañía de Maureau y de otro estudiante. Dirigiéndose a mi encuentro me tendió ambas manos con gesto cordial.

— Disculpe mi error, Jubaro —se excusó—. Es inconcebible hasta donde llega el cinismo de algunos: se esconden cobardemente permitiendo que acusen a otros de sus fechorías. Puede irse tranquilo... Y usted también, Charles.

Por el pasillo rogué a mi acompañante que me aclarara lo ocurrido.

— Muy sencillo —me explicó—. Al finalizar la clase afeé la conducta de Maureau llamándole cobarde, y quedamos enzarzados en una dura pelea que además de atraer la curiosidad de los alumnos, provocó la presencia de conserjes y profesores. Dije la verdad de lo ocurrido; y no comprendo tu reparo en acusar a ese tipo ante el profesor.

— Soy incapaz de delatar a un compañero, y enemigo de las escenas violentas. Esperaba de vosotros que me defendierais aunque sin señalar a nadie.

— Tímidos como tú envalentonan a esos bravucones. Hay que hacerles frente. Es un gallo de pelea. Lo expulsarán aunque te prevengo que no soy pependenciero y es la primera vez que me lío a puñetazos. Pero me sacó de quicio la humildad y resignación con que aceptaste el injusto castigo.

— De todas maneras, gracias.

— ¡Bah! No merece la pena. Y hablando de otra cosa. Siempre andas solo. ¿Es que no tienes amigos?

Miré al supuesto aspirante a serlo, dudando si seguir o no por el camino de la confidencia. Era extraño que un tipo extrovertido no chocara con mi idiosincrasia. La simpática franqueza con que se expresaba y el saberlo mi defensor en el incidente, pese a la aparente incongruencia de caracteres, abrió la puerta para un diálogo mas íntimo.

— Mis amigos son la música y la pintura.

— ¡Estupendo! También yo siento pasión por la música; sobre todo por el violín. ¡Si mis padres me dejaran! Pero quieren que sea médico.

— ¡Qué coincidencia! El deseo de la abuela.

— ¡Ya está! —exclamó Charles entusiasmado—. Estudiaré medicina y música, y con tu ayuda conseguiré de mis padres el permiso... Ven conmigo. Les propondré traerles una buena puntuación del Instituto, a cambio de matricularme en el Conservatorio. ¿Sabes? Tienen de ti un concepto inmejorable. Siempre te pongo como ejemplo. No se negarán. Vamos.

Me rodeó con el brazo y me dejó llevar. Fue así como hallé al amigo. La vida con sus azares, había convertido un incidente fortuito en el lazo de unión para una entrañable amistad. El fantasma de la soledad y el demonio de la inquietud que ya rondaban muy cerca, serían alejados aunque por breve tiempo.

* * *

Aquella hermandad y propósitos, quedarían truncadas por un acontecimiento que tuvo además un inusitado y desagradable prelude. Aprovechando la coyuntura de dos días de fiesta consecutivos, Charles y yo logramos permiso para hacer acampada con nuestros respectivos arreos de música y pintura. Muy temprano pues, me planté en casa de mi amigo con ánimo de iniciar la excursión proyectada. Mientras le esperaba, me entretuve a contemplar a través de la ventana el luminoso amanecer sobre los tejados parisinos.

De aquella abstracción vino a sacarme la voz de Rosalfe, la madre de Charles, que en aquel momento se despedía del hijo con prudentes consejos y una efusión que de inmediato puso en vilo las anormales respuestas del espíritu. Lo ocurrido después debo achcarlo a impulsos del subconsciente. Creo recordar que Rosalfe me dirigió tiernas frases de despedida, pero no esperaba y me cogió de sorpresa el intento de besarme en la mejilla. Fue una situación violenta que hoy juzgo incomprensible, pues sin poderlo remediar rechacé el beso. Turbado y con gran rubor, me replegué hacia la ventana como una fiera acorralada. Charles había palidecido, preso de un gran nerviosismo, mientras ella no salía de su asombro cubriéndose los labios como si quisiera ocultar la causa del inexplicable delito. Como un acosado huí escaleras abajo, rojo de vergüenza y sin atender a las voces que me llamaban con insistencia.

Llegué a casa y fui a encerrarme en mi habitación, vapuleado por el terrible complejo afectivo. Todo quedo ahí. Más tarde, sereno ya tras el desahogo a solas, llegaría Charles que, inteligentemente, rehuía hablar de lo ocurrido invitándome a partir.

No hubo acampada ni sonidos de violín; tampoco ocasión para el pincel. Sentados en un banco del bosque de Bolonia, le conté sin que él me lo pidiera, las amarguras de mi infancia y el frío ambiente afec-

tivo de mi niñez, más ansioso de confianza que de disculpa ante mi censurable comportamiento.

— ¿Cómo es posible, César? ¿Ni siquiera de niño te han besado?... Tus padres... La abuela.

— No, Charles, no me han besado.

— Pues debes aprender a dominarte.

— Dejemos esto, ¿quieres? No sabes cuánto siento lo ocurrido. ¡Qué pensaré tu madre!

— Sabrá comprender cuando le explique —fue la confortadora respuesta.

Nunca me dijo lo que le respondió Rosalfe, quizá a causa de mi pronta partida de la ciudad parisina. Días después, al despedirme, me miraría con aire triste y compasivo, y aunque tratara de disimularlo, sus frases, no exentas de dulzura, traslucían algo forzado y medido. Por supuesto que no intentó besarme.

Charles se mostró aquel día comprensivo con mis problemas y trató a todas luces de ahondar en los arcanos de mi alma atribulada. No me ocultó su abierta disposición a sacarme del introverso mundo en que me hallaba, y con palabra clara y sencilla pretendió convencerme de mi equivocación al enjuiciar las cosas por tantas impresiones subjetivas recibidas. Y es que la infancia la había vivido siempre bajo el agobiante signo de lo subjetivo. Rodarían los años, muerto ya el entrañable amigo, y aún habría de transcurrir mucho tiempo, antes que la nueva luz alumbrara en mis adentros. Porque razones y consejos chocarían siempre con la ausencia de la fe en el propio convencimiento. Nunca faltaba una contestación que me tranquilizara, yo diría una respuesta de defensa, pues créfame el marcado, el rebelde imposible de domar. Una transformación de mi personalidad, sólo podría llegarme a través de los años y merced a los vaivenes de la vida, pues estaba en lo cierto al pensar que serían las batallas del espíritu y el correr del tiempo, y no la razonada y convincente palabra, quienes obrarían el milagro.

— Cuanto dices es razonable, Charles; en ti y en otros como tú — fue el tópico en que me escudé tratando de justificar mi actitud—. Pero no bastan simples palabras para borrar el vicioso tejer de una vida de sueños —le insistí—. La lava fue moldeada a su tiempo con

inmutables formas... Comprende, Charles: no es una circunstancia o situación determinada lo que se ventila. Los años quizá borren a los años, o quién sabe si tal vez marcarán más profundamente los estigmas. Pero es difícil, muy difícil pensar en una transformación. Si la rosa huele a rosas, y el pan sabe a pan, con lo que atestiguan su peculiar naturaleza, el alma triste no engendrará alegría sino tristeza.

Charles enfocaba el problema en similitud comparativa con su espíritu, su envidiable espíritu con más ojos fuera que dentro. Y así detectaba colores de los que yo era daltónico, obstinado en arrastrarme a su mundo... No lo lograría.

El parque de Bolonia escuchó en aquel atardecer la segunda confesión de dos almas concediéndose el privilegio de bucear en sus profundidades. Y en un solo día quedó fraguada con lazos indestructibles la amistad de toda una vida. Ambos pugnamos por enderezar equívocos y deshacer interrogantes, pero en el lago de mi alma el agua se había helado, y lanzar piedras en su superficie no lograría quebrar tan fácilmente la coraza protectora. Sólo el fuego interno de las mil batallas del espíritu en las que estuve a punto de perecer, sería capaz de fundir la fría envoltura que iba a permitir deleitarme con la belleza de cuanto vivía escondido en mis adentros.

Trasnochamos bajo la arboleda con el presentimiento de una última entrevista por ciertas conversaciones sostenidas con la abuela. Y no me equivoqué. Días más tarde abandonaría París en compañía de la anciana que marchaba dispuesta a liquidar definitivamente los asuntos económicos pendientes de resolver en la Ciudad Condal. Aquella partida significaría un nuevo eslabón en mi vida, con el abandono circunstancial de mis aficiones artísticas, la pérdida temporal del único amigo que el destino me había deparado, la vuelta a la soledad conmigo mismo, y un mayor auge en el despertar del demonio de la inquietud. Y significaría también la postrera separación de la abuela con el zarpazo de una guerra fratricida que marcaría nuevas e imborrables huellas en mi alma.

Las fieras matan cuando les acucia el hambre o se ven acosadas; el hombre, a impulsos de la ambición o para saciar su maldad.

Mi incredulidad me llevó a considerar la maldad humana como una reliquia del pasado, un pasaje de historia o narración novelesca, temas para películas de suspense, cualquier cosa, menos supeditarla a una verdad incontrovertible y actualizada como atributo inherente al hombre de hoy. Y mi ingenuidad sufrió un rudo golpe. Lo vivido en la fratricida guerra española, produjo tal conmoción en mi espíritu, que ya no me recobraría por mucho tiempo. Fue el segundo handicap tras las conmociones espirituales de mi infancia, y la invalidez en que dejaría a mi alma sería en gran parte responsable de mi ineptitud para enfrentarme a la vida. Allí estaban el Caín de la Historia Sagrada y el Nerón de la antigua Roma; allí también, a un lado y otro de la España dividida, los mismos perros con diferentes collares, nuevas máscaras de carne encubriendo los instintos sanguinarios, y la maldad de siglos de generación humana. Ansiosamente busqué en las esfinges de mis verdugos los estigmas decadentes de otros seres malditos que amenazaban borrar de la faz de la Tierra cualquier indicio de ley moral y sentimientos humanos. Pero sólo hallé al hombre, a mi semejante en su más infrahumana condición. Mi alma niña, sensible e ingenua, soñadora e idealista, fue incapaz de comprender tanta maldad. Para poner a salvo la pureza de mis sueños y creencias; para impedir a todo trance que el espíritu sucumbiera ante míseras necesidades y desmoralizadoras pruebas, construí mi caracol y levanté mi barrera. Pude así soportar con la fortaleza del estoico la brusca caída en el infierno dantesco, y adquirí arrestos para enfrentarme a la blasfemia, la hipocresía, el escarnecimiento ante el dolor propio y ajeno, el miedo, la indiferencia y el desafío. Vi deshecha la moral y el orgullo de fuertes voluntades. Vi a hombres como robles temblar como débiles niños. Vi la muerte cara a

cara, docenas de veces, siempre distinta y siempre igual con su fatídico ropaje. Mentes envenenadas y lenguas hipócritas, me condujeron a odiar la palabra, encarnación de la hipocresía, la blasfemia y la perversidad. Supe así de los instintos primarios ante burdas necesidades materiales; del comercio con el hambre y el vicio; de un trocar mendrugos de pan por colillas de cigarrillos. Supe del ciego instinto de conservación de la vida.

Si niño, muy niño aprendí a soñar, joven, imberbe aún, me vi impelido a crear una dualidad de mi persona que me llevó a levantar la gran barrera divisoria entre mi otro yo y la bazofia humana de la que era parte integrante. Y así, mientras el mísero ser se arrastraba para implorar el mezquino mendrugo, la mano escribía en el margen de un viejo libro los dictados del pensamiento, y la queja lastimera de mi dolor, verbo poético llamando por primera vez en las puertas de mi alma, cánticos que fluían de los más remotos escondites del espíritu.

Así me hice hombre. Durísima prueba para un alma sensible, saberse sujeto al carro de los desperdicios humanos, y obligado a respirar el hedor de tanta inmundicia.

* * *

Llegamos a Barcelona los primeros días de Julio de 1936. Corrían malos tiempos en España: revueltas, inestabilidad política, inseguridad personal, todo un panorama sombrío que se adivinaba en el ambiente y en los exaltados titulares de los periódicos; la guerra civil en ciernes. Aún pudimos salvarnos de la catástrofe, pero la insistencia de unos amigos y la bondad del tiempo nos llevó a prolongar la estancia en la ciudad catalana. Aquella demora sería fatal puesto que costaría la vida a la abuela, y a mí el inicio de un calvario interminable.

Sucedió un domingo a la salida de misa. Unos jóvenes se acercaron con sigilo preguntándome si era católico, absurda pregunta puesto que me abordaban en la puerta de la iglesia. Uno de ellos, con evidentes dotes oratorias, inició un discurso patriótico, y con palabra convincente me expuso el panorama político de una España al borde del abismo en la que peligraban fundamentalmente el concepto de

patria y religión. Perteneían a Acción Católica. Tan imprevisto diálogo me dejó atolondrado y apenas si acerté a contestar con titubeos. ¿Qué podían entender de política una anciana de setenta años y un niño imberbe de quince, que siempre estuvieron ausentes de tales lides? ¿Qué querían de mí? Les di mi nombre y dirección y olvidé aquel incidente.

El 18 de Julio nos cogió de improviso como a la mayoría de los barceloneses. Lo que creíamos duraría unas pocas jornadas, habría de prolongarse por espacio de tres largos años. Una semana permanecimos encerrados en el piso, ausentes de los horrores callejeros. Transcurrido un mes, y ante el sesgo que tomaban los acontecimientos, la abuela trató de tramitar el retorno a París aunque sin resultado, si bien el problema económico quedó resuelto gracias a que nuestro administrador nos enviaba periódicamente cuanto necesitábamos.

Transcurrieron hasta dos años. Disminuían los alimentos y menudeaban los bombardeos. En la primavera de 1938, fui movilizado cuando aún no había cumplido los diez y siete años. Fue un duro golpe para la abuela que soportó con entereza al hacer gala de su habitual energía. Unas prácticas sanitarias me condujeron a un Hospital de Sangre donde trabé conocimiento con varios compañeros. Todos estaban convencidos de que no seríamos enviados a las trincheras. Sin embargo, una semana más tarde me destinaron a un hospital de retaguardia en el Pirineo catalán. Allí estuve quince días, los suficientes para vivir de cerca los horrores de unas salas atestadas de heridos que llegaban sin interrupción desde el cercano campo de batalla. Finalmente regresé de nuevo a Barcelona y me concentraron en un cuartel.

Aprovechando la estancia en la capital, corrí a ver a la abuela. Me sorprendió cuando me comunicaron que había ingresado en un Asilo para ancianos, y allí me encaminé sumamente intranquilo. Cuando me vio con la cabeza rapada, el uniforme caqui y la mochila, rompió a llorar. Había envejecido, hundidos los ojos, consumida por la fiebre, muy delgada y tosiendo terriblemente. Sufrí un impacto desmoralizador, pero ella, ni siquiera en estas circunstancias de una entrevista que bien podía ser la última, fue capaz de besarme.

— ¿Por qué no vuelves a París? —le supliqué.

En sus ojos febriles brilló un extraño fulgor.

— No, César, no volveré a París. Tú, sí, pronto, en cuanto termine la guerra.

Me cogió el rostro entre las manos. Creí que esta vez me iba a besar, pero sus dedos temblorosos resbalaron por mis mejillas. Era una abuela desconocida para mí.

— ¡César! ¡Hijo mío! Quiero decirte algo.

— Dime, abuela.

— Cuántas veces habrás pensado que no te quería lo bastante. Pero siempre te he querido mucho... ¡Mucho!

— Lo sé, lo sé —dije con un nudo en la garganta.

— Te habrás preguntado por qué nunca te besaba, y por qué tu padre y yo discutíamos tan a menudo.

Era la confesión, terrible y tardía confesión que tantas incógnitas aclaraba.

— ¿Sabes por qué, hijo mío?

Negué con la cabeza. No imaginaba ella cuánto me había atormentado ese secreto.

— Por temor a contagiarte la tuberculosis —me confesó—. Y temía sobre todo que me separaran de ti. ¡No puedes imaginar cuánto he sufrido!

En un instante quedó revelado el gran secreto de mis años niños. Tanta represión de los sentimientos se desbordó incontenible, y atezando el rostro enjuto de ojos hundidos, la besé en la frente, en la mejilla, ¡en los labios!, mientras la pobre anciana forcejeaba por deshacerse de mí.

— ¡Por Dios, César, no! —me rechazó.

Salí a la calle precipitadamente para que no me viera llorar. Tenía el presentimiento de que era la última entrevista. Por un instante pensé en huir y llevarme a la abuela a cualquier parte. Pero, ¿adónde podía ir con una anciana enferma?

Cuando llegué al cuartel, la guardia me detuvo ordenándome que me presentara al oficial. Me sentía tan desmoralizado que ni siquiera traté de disculparme.

— ¡Está enferma! ¡Muy enferma!

— Pero, ¿de quién estás hablando, muchacho? —habló una recia voz ante mí.

Clavé la mirada en el oficial que me miraba con sombría expresión. Ni siquiera acerté a cuadrarme y saludar militarmente.

— De la abuela —dije—. ¡Se está muriendo! ¡No la veré más!

— ¿Qué edad tienes?

— Diez y seis años.

La expresión del oficial cambió en un instante.

— Bien, muchacho. Que no vuelva a repetirse... Puedes irte. ¡Ah!, y tienes permiso para visitar diariamente a la abuela en tanto no seas destinado a las trincheras.

Ni siquiera le di las gracias. Al día siguiente deambulaba como un sonámbulo por el cuartel. Me sentía muy deprimido, como si presagiara la terrible odisea que iba a empezar. Sentado en el camastro del frío y desapacible dormitorio común, me entregué a sombríos pensamientos. De pronto oí como me llamaban y vi al mismo oficial del día anterior que me miraba de extraña manera.

— Muchacho —dijo bajando la voz—. Los de la policía están ahí... Vienen por ti. En buen lío te has metido... Anda. Te dejo por si tienes algo que ocultar o romper.

No contesté... Pensaba en la abuela. ¿Qué me importaba a mí la policía?

— Te esperaré fuera —me dio una palmadita en la espalda.

Pude escabullirme y no lo hice. El dormitorio comunicaba con una parte del edificio a medio construir donde había huecos sin puertas y algunos daban al exterior. Los reclutas solían escoger este lugar para esporádicas fugas con el beneplácito del soldado de guardia. No huí por varias razones: de una parte porque no se concibe una huida si no se tiene conciencia de algún peligro que te amenace, aunque, no sé por qué, acerté a recordar la conversación sostenida años atrás a la salida de una iglesia, con aquel grupo de Acción Católica a quienes di mi nombre y dirección; y de otra, porque mi estado de ánimo coincidía con un bache depresivo desfavorable para una razonada reacción.

Alegremente pues, me entregué a mis sabuesos, dos sujetos con indumentaria de paisano, portadores de un sombrero muy calado, gafas oscuras y gabardina con el cuello subido que les volvía irreconocibles.

— Vamos, muchacho.

— ¿Adónde? —dejé escapar la inocente pregunta.

— Nada... Pura formalidad... Unas simples declaraciones. Estaremos de vuelta enseguida.

Ya en el coche, fui a sentarme entre mis guardianes. Nuevas e inocentonas preguntas no tuvieron respuesta esta vez. Poco después, el auto se detenía junto a un chalé en el que me obligaron a entrar. Me cachearon vaciándome los bolsillos de cuantos objetos tenía en ellos, y sin que mediara interrogatorio alguno, fui encerrado en una oscura y destartalada habitación. Al día siguiente, en una furgoneta blindada, me trasladaron a un gran edificio donde iba a representarse la primera escena del gran drama que tanta mella haría en mi espíritu marcándolo con imborrables huellas.

* * *

¡Cárcel Modelo!... Imagen viva de lo que tantas veces viera plasmado en cintas cinematográficas de policías y bandidos. ¿Cómo sustraerme a la idea de la prisión, si a la tenaza subjetiva del angustioso encierro, he de soportar ahora la obsesionante visión de la jaula de hierro? ¡Cárcel Modelo!... En las noches pasadas a tu sombra, cuántas veces hilvanó la mente dormida un sueño de libertad que al abrir los ojos se esfumaba al contemplar el fatídico rectángulo enrejado... ¡Cárcel Modelo, no! Modelo de cárcel posando día y noche ante mis ojos enfrentados sin remedio a la visión pertinaz de muros, garitas y guardias armados. Tus galerías y celdas superpuestas, y el desagradable ruido de llaves y cerrojos, fue la cantinela que hacía imposible apartar de mi cerebro la idea torturante del encierro.

Empecé a perder la noción del tiempo; a no contar las horas ni los días, en un intento vano de olvidar la situación en que me hallaba. Tal vez por eso me cogió de improviso el anuncio de una pronta expedición hacia los campos de trabajo. Por suerte o para mi desgracia, aún no lo sabía, mi nombre no figuraba entre los elegidos que

fueron concentrados en la enfermería para la farsa de un supuesto reconocimiento médico, antes de ser destinados a la retaguardia del frente de guerra con la misión de excavar trincheras. Porque no era justo enviar a trabajos forzados a sanos junto a inválidos y enfermos. Pero allá fueron —trágico destino—, la carga de útiles y tarados.

Me hice a la idea de una pronta partida, y en efecto, semanas después fui llamado a la enfermería. A juzgar por los malos augurios de algunos recién llegados, lo que allí me aguardaba era un infierno. Pero un infierno con luz, sol y aire libre —me dije a mí mismo—, sin el hedor de la confinación; tal vez un duro régimen de vida y la utopía de una libertad condicionada a más amplios horizontes. Los menos pesimistas, los soñadores e ingenuos, yo entre ellos, imaginábamos así, esperanzadoramente, el campo de trabajo: como una liberación del deprimente régimen de prisión.

Me preguntaron si tenía algo que alegar. Moví la cabeza negativamente y ni siquiera me reconocieron. Como primera secuencia insólita que abrió la esperanza en muchos corazones, no fuimos agrupados como otras veces en rígida formación, a culatazos y bajo amenazas e imprecaciones. Apartados del grupo expedicionario, los guardias hacían coro alrededor de un singular hombrecillo, rechoncho y bajo, portador de gruesos lentes oscuros y un amplio sombrero muy calado sobre los ojos. Después de compartir animadamente con los guardias, éstos se apartaron formando línea a ambos lados de nuestro hombre, que avanzó resueltamente hacia nosotros sin dejar de sonreír con paternal expresión. Y enseguida dio comienzo a un discurso, ensalzador de la bondad y comprensión para con los presos, con un caluroso elogio de las cárceles y campos de trabajo, en donde seríamos soldados trabajadores compartiendo los quehaceres con los campesinos, en terrenos acotados aunque libres dentro del pueblo, en franca comunidad con las gentes, bien alimentados y pulcramente vestidos.

— Yo velaré —finalizó la perorata—, para que los principios humanitarios no sean postergados.

Y terminó con un juramento que tanta mella había de hacer en mi alma.

— Os juro —dijo— que estaré allí, con vosotros, para hacer cumplir las leyes humanitarias de los reclusos en prisión.

Sólo unos pocos escépticos no creyeron al gran farsante. Los demás, yo el primero, hicimos gala de una gran ingenuidad ante el convencimiento de que se había operado un importante cambio en el régimen penitenciario.

Viaje infernal el nuestro. Acurrucados en el suelo del camión, tuvimos que soportar durante varias horas el desagradable vaivén de las vueltas y el traqueteo de los baches que molían a los enflaquecidos cuerpos. No nos permitían alzar la cabeza, y todo el trayecto lo pasamos contemplando el cielo azul y las esfinges armadas de los guardias ubicados en las cuatro esquinas del vehículo. En los mudos rostros había un sello de pesar y desconfianza ante la incertidumbre de lo que nos aguardaba. No obstante, acostumbrado al coto oscuro y mal oliente de la sombría cárcel, aquel cielo azul simbolizaba la libertad, y era confortador recibir la dulce caricia de los rayos solares, respirar el aire puro y ver más allá de unas tétricas paredes, mientras la mirada vagaba por el espacio infinito sin sufrir el angustioso despertar nocturno ante la desesperanzadora imagen del recuadro enrejado.

Mis sueños fueron interrumpidos bruscamente. El camión se había detenido y los guardias descendieron. Un insólito silencio reinaba en el pueblo, como si a las gentes del lugar se las hubiera tragado la tierra. Con similitudes de mal presagio, densas nubes ocultaron el sol y la tarde se tornó fría y gris mientras nos mirábamos unos a otros sin hacer el menor comentario. Alguien tuvo la poca fortuna de incorporarse para ver lo que ocurría, y fue derribado a culatazos entre contorsiones de dolor. Al instante, varios guardias comenzaron a descargar una lluvia de golpes a diestro y siniestro sin ton ni son. Por primera vez llegó a mis oídos la repugnante blasfemia contra Dios, mientras a golpes de fusil nos arrojaban fuera del camión. Cualquier intento de escabullirnos era cortado a porrazos, y si nos quedábamos inmóviles, a empujones pugnaban por lanzarnos de nuevo a tierra. No había duda: trataban de aterrorizarnos. Y el porqué de aquella incitación al terror estaba ante nosotros. Rodeado de su guardia pretoriana, el hombrecillo de paisano de la paternal expresión y esperanzador discurso, sonreía; sonreía, sí, brindándonos con sarcasmo el recibimiento prometido mientras extendía los brazos con gesto de farsa burlesca. Por fortuna caí de pie sin ser alcanzado por los culatazos, mas para mi desgracia, quedé muy cerca del malvado hipócrita que esbozaba la mueca horrible del sádico en el paroxismo

de su morboso placer, mientras nos miraba con incomprensible odio, pendiente de los rostros contraídos y el horror del pánico colectivo. Con los brazos colgando y el cuerpo encogido, aguardé el golpe del gran farsante. Mi postura tragicómica debió exasperar a la fiera que alzó el brazo con intención de abofetearme. Instintivamente di un salto felino y pude escabullirme mientras lanzaba un grito, gemido del alma en su negativa a admitir tan repugnante refinamiento de la maldad, estallido de mi incredulidad hecha pedazos al repeler la mentira del gran hipócrita.

Uno a uno fuimos pasando ante los guardias que, puestos en hileras, nos recibían con insultos soeces, puntapiés y culatazos empujándonos hacia la puerta de la iglesia... ¡Iglesia! Entrada del infierno y no casa de Dios. Paredes ennegrecidas por el humo de los incendiarrios, altares destruidos, fétido e insoportable olor, y cientos de infelices hacinados y vestidos con harapos. Aquí y allá, viejas mantas cuarteleras junto a montones de paja sucia y abollados platos de aluminio... ¡Hatos de pordioseros en tétrica visión de pesadilla!

Ávidos de noticias, nos rodearon en apretado círculo.

— ¿Qué nuevas hay? ¿Cuándo terminará la guerra? —preguntaban con la angustia reflejada en el rostro.

¿Cuándo?... Pobres de nosotros, tan ansiosos del final como ávidos de conocer las bondades del campo de trabajo. Fue descorazonador enterarnos que estábamos en un campo de castigo, donde cualquier intento de fuga suponía el fusilamiento de los siete contiguos alojados en la misma trinchera.

La recia voz de un guardia armado atronó en aquel instante bajo la bóveda de la iglesia interrumpiendo mis cábalas.

— ¡Eh! ¡Los que acaban de llegar! ¡Ahí, a la izquierda!

Los guardias se acercaron acompañados de algunos presos portadores de viejas mantas, grasientos platos de aluminio y cucharas del mismo material que distribuyeron entre los recién llegados. Varios compañeros de prisión se aproximaron con cautela. De entre ellos se adelantó un hombre canoso, entrado en años, y en quien las huellas del sufrimiento no parecía haber aminorado la serena mirada y apacible voz.

— ¡Tened cuidado! —dijo—. Nos espera una ola de terror. Siempre ocurre lo mismo cuando llegan nuevas expediciones. Tenéis que procurar pasar desapercibidos... Sobre todo mañana en las trincheras. Allí los guardias son bestias y si os reconocen como recién llegados, todos lo pasaremos muy mal. No es extraño que vuelvan esta noche y armen jaleo.

Mucho tengo que agradecer las prudentes advertencias de nuestro interlocutor, aunque algunos no supieron o no quisieron asimilar las bondades de quien tan acertadamente nos aconsejaba. Por fortuna, el caqui de la vestimenta soldadesca abundaba a mi alrededor. Sólo las relucientes botas contrastaban con el pobre calzado de mis convecinos, en su mayoría burdas sandalias confeccionadas con trozos de cubiertas de neumáticos. Mi cabeza rapada estaba a tono con las circunstancias. Aun así, el temor y un exceso de prudencia me llevó a ampararme en un mimetismo más acusado. Arranqué de la camisa inútiles botones de mangas y bolsillos, y con el filo de la cuchara arañé con fuerza la sahariana hasta hacer saltar el cuero. Pantalones y camisa sufrieron también los efectos del suelo húmedo no exento de abundante porquería. Y así, al amparo de la penumbra, el miserable y reducido atuendo que en buena lógica debía cuidar con gran esmero, sufrió la embestida de mis temores. Aquel acto de cobardía y humillación ante mí mismo, posiblemente me salvara de una soberana paliza, pero fue también acicate que incitó a hablar a mi otro yo con un extraño y desconocido lenguaje:

“Mísero ser que arrastras por el suelo, como las ropas, tu cobardía y temor. ¿Por qué te disfrazas de pordiosero en defensa de la mezquina vida?... Tienes miedo, ¿eh? Tendrás mucho más. La carne es bazofia y clama cuando le muerde la tortura. Clamará cuando te acose el hambre y el frío, y la fiebre arda en tus extrañas o te hiera el dolor. Eres podredumbre, y no podrás evitar la mordedura de los impulsos primarios. Te he de ver arrastrándote tras mezquinas necesidades. Pero no temas confesarme tu miedo y tus sufrimientos, porque así hablará el espíritu, hablaré yo; al son de tus flaquezas y al socaire de tu vapuleado idealismo y maltrecha ingenuidad. ¡Pobre iluso! ¿Crefas que la maldad humana era un mito, un pasaje de historia? Mas no te importen los sufrimientos y el desprecio de ti mismo. Porque sólo al llenar de angustia tu corazón, se abrirán las puertas de tu alma”.

Con los ojos fijos en la desnuda y grisácea bóveda que alumbraba pobremente la vacilante luz de un farol de petróleo, permanecí horas y más horas en febril vigilia, a la escucha de las confidencias de mi otro yo. El desplome de las esperanzas de obtener una mejoría en las duras condiciones de vida, las cuitas del alma y un duro suelo al que el maltrecho cuerpo no acababa de acostumbrarse, fue lo bastante para justificar mi desvelo. No me cogió pues desprevenido, cuando los guardias irrumpieron en la iglesia con sus gritos, aun antes del toque de diana.

— ¡En pie! ¡En pie!

Se armó un barullo de mil demonios. Algunos fueron despertados a puntapiés mientras otros, semidormidos, no atinaban a levantarse. Se cumplía el vaticinio: presagio de jaleo. De entre los guardias se adelantó un hombre de complexión robusta, ancho de espaldas, nariz aguileña, cuello corto y pobladas cejas. Blandía en la mano derecha una porra que pegaba con fuerza contra la palma de la mano izquierda. Sonriendo se dirigió a nuestro grupo rodeado de guardias portadores de sendos faroles, y con destemplados gritos nos ordenó formar en filas de a dos a lo largo del pasillo, en el espacio que dejaban las mantas a uno y otro lado. Enseguida comenzó a pasear a nuestro alrededor. Empecé a temblar de pies a cabeza.

“Tienes miedo, ¿eh? —tronó la voz en mis adentros.

Por vez primera me enfrenté a mi otro yo en un diálogo sin palabras, duro y cortante:

“Mentiría si afirmara lo contrario. Tengo miedo, sí, y pasaré hambre y frío, lo sé. Pero, ¿por qué, me torturas de esa manera? ¿Por qué me escupes en la cara mi flaqueza?”.

El hombre de paisano detuvo sus pasos justamente delante de un bisoño rubito de rosadas carnes y pulcra vestimenta, que descollaba por la inmaculada blancura de su camisa. De nuevo, la misma voz me habló desde lo más recóndito de mi alma:

“El lobo ha elegido la oveja, atraído por la carne fresca y sonrosada y la blanca camisa, encarnación del señoritismo que odia. Ahora destrozará al infeliz, que no ha sabido como tú camuflar el pellejo al amparo del mimetismo”.

— ¿Por qué estás aquí? —rugió amenazador.

El aludido agachó la cabeza, huidizo y temeroso, y la hiena descargó la porra sobre la espalda del muchacho una y otra vez hasta abatir al infeliz que rodó por el suelo entre gemidos de dolor. Nadie osó socorrer al desgraciado, y el verdugo continuó su paseo dando vueltas y más vueltas alrededor del atemorizado rebaño.

— ¿Y tú? —exclamó de pronto deteniéndose a mi lado.

Me sacudió un escalofrío... Había llegado mi turno. Volví la cabeza y tuve el consuelo de ver como señalaba al compañero de al lado que, lejos de achantarse, irguió el busto en gallardo gesto de desaffo.

— Por desertor —alzó la voz con reto despreciativo.

— ¡Sí, eh!

Y dejó caer sobre el cuerpo de su nueva víctima una lluvia de golpes hasta dar con el infeliz en tierra, donde continuó propinándole porrazos y puntapiés. Tal era la inhumana paliza que uno de los guardias intervino.

— ¡Ya está bien!... ¡Déjalo!

La bestia, desahogada sus instintos, se retiró satisfecho junto con el servil acompañamiento.

Acudimos a socorrer a los aporreados. El rubito lloraba como un niño. El otro infeliz, bastante maltrecho, sostenía con una mano el brazo inutilizado mientras se mordía los labios con gesto de rabia y dolor. Tenía la muñeca hinchada y probablemente algún hueso roto, y como no era posible entablillarle, le colgamos el brazo del cuello enfundado en un trozo de camisa vieja. Fue inútil rogar al guardia de turno que lo llevaran a la enfermería pues alegó que nada podía hacerse hasta después del toque de diana. Me horrorizó la idea de que cualquiera podía morir sin recibir ayuda, y me acerqué al herido que había quedado solo y en cuyos ojos brillaban todavía llamaradas de odio.

— ¿De qué te ha servido el arrojo y valentía en tan desiguales condiciones? —le dije.

— ¿Qué querías que hiciera? ¿Llorar para que no me pegaran? ¿Huir como un cobarde?

Y tumbándose en el suelo me volvió la espalda ocultándose el rostro con el brazo sano.

Volví a mi puesto y me acosté. Tiritaba de frío. Era preciso dormir, reponer las fuerzas físicas y fortalecer las morales. Pero la voz de mis adentros volvió a la carga machacona:

“Di, César, ¿qué hubieras hecho tú? ¿Alzarte en gallardo gesto de desafío? ¿Huir cobardemente? ¿Suplicar que no te pegaran? ¿Llorar como un niño?... Di, ¿qué hubieras hecho tú?”.

“¡Basta! ¡No me atormentes más! ¡Basta!”.

* * *

Mi moral, con ligeros altibajos, se mantenía en pie. Y aunque me sabía un espíritu débil e incapaz de enfrentamientos, reconocía también que, ante la bestia, no cabían gallardas posturas ni altivos gestos. Aun así, pronto acabé por quedar sumido en un gran desasosiego. Todo era nuevo a los espantados ojos de mi alma: la hipocresía del gran sádico, el desbordamiento de los instintos sanguinarios, el horror ante la muerte, la lucha por míseras necesidades en ínfimas condiciones de vida, la ley de la fuerza imperando sobre la razón y los sentimientos. Todo era nuevo e incomprensible a mi ingenuidad y vapuleado idealismo. El gran bastión para el mantenimiento de la moral, lo hallé en el sibaritismo de la transformación en diálogos internos. Más tarde, como un esbozo de la gran evasión en ciernes, surgiría el cúmulo de los interrogantes y el monólogo poético, primicias nacidas de las torturas del espíritu. Bajo aquel símil de aparente indiferencia y figurado estoicismo, se fraguaría el nacimiento de una desbordada inquietud. Y así fue parido mi otro yo: al vaivén de la gran conflagración entre los vapuleados y escarnecidos valores del espíritu, y las lamentaciones del mezquino ser que se arrastraba como un pordiosero tras míseras necesidades, comerciando con el hambre y el vicio sin más obsesión que salvar la vida al amparo del mimetismo.

El toque de diana y los gritos de los guardias me despertaban día tras día sobresaltado. En las trincheras conocí a un fuerte mocetón llamado Adolfo, que me enseñó a pasar desapercibido y robar uvas en los parrales con la excusa de perentorias necesidades. El tal Adol-

fo resultó ser un hallazgo consolador en aquel infierno. Prudente, despierto, sobrado de fuerzas físicas, y sobre todo, con visos de veteranía, su experiencia de meses en el campo de trabajo le hizo acreedor de mi confianza.

Hasta que un día, las cosas rodaron de diferente manera. Aquella mañana, apenas llegamos a las trincheras nos enviaron a otro lugar, una larga zanja donde trabajaban una docena de presos. En el extremo del foso, un infeliz con las manos vendadas, no acertaba a levantar la herramienta mientras el guardia, descubridor de su impotencia, lo apaleaba sin piedad, blasfemando y cubriéndolo de denuestos. Sufrí moralmente ante el inhumano castigo, torturado por las quejas de la víctima. Adolfo, desnudo de cintura arriba, pudo aguantar toda la jornada trabajando con el pico a pleno sol, mientras yo rastreaba la azada llenando cestos y más cestos para vaciarlos fuera de la zanja. La lentitud del pico era un alivio a mi trabajo. Comprendí entonces que sin él lo hubiera pasado pero que muy mal. A pesar de la relativa bondad de mi faena, acabé con ampollas en las manos, despellejadas y sangrantes, aunque para mi suerte, el guardia ya había elegido víctima aquel día y no se apartaba un momento de su lado.

Llegó la hora del rancho. Mientras engañábamos el hambre comiendo aquella bazofia, sentados al borde de la trinchera, Adolfo me soltó de pronto a quemarropa:

— ¿Sabes?... Aquí nadie ayuda al prójimo por mero favor. Hay que huir de los novatos. Pueden traerte complicaciones. Son un peligro entre los presos y un buen cebo para los guardianes. Y esos energúmenos, cuanto más lejos mejor.

Mientras esto decía, su mirada iba una y otra vez de mi sahariana a mis botas.

— Tú necesitas de mí —continuó perorando—, porque además de novato eres débil, y yo tengo experiencia y buenos músculos. Estoy dispuesto a iniciarte en las martingalas del campo e incluso a trabajar fuerte cuando te veas en apuros... Como hoy, por ejemplo. Claro que, a cambio...

— Tendré que desprenderme de mi sahariana y mis botas, ¿no? —me anticipé a sus proposiciones.

— Eres muy listo.

— Y yo me destrozaré los pies o moriré de frío.

— Peor es morir de un tiro en la nuca o apaleado como una bestia, igual que ese infeliz al que nadie ayuda. ¿Si lo prefieres? Mis sandalias y mi blusa están en buen estado. Te las cedo a cambio de las botas y la cazadora.

Era la otra cara de Adolfo. Estuvo en un tris que lo enviara a paseo. Pero de nuevo la prudencia me aconsejó nadar entre dos aguas. Mentiría o, iba mejor con mis principios, le prometería; porque sólo Dios sabe las cosas que podían ocurrir de una jornada a otra. La experiencia me había enseñado lo poco duradero de las situaciones.

— Conforme —asentí—, pero con una condición. Necesito una semana para pensarlo. Quiero saber hasta que punto puedes serme útil. ¿De acuerdo?

No pareció agradarle mi propuesta aunque aceptó.

La caída del sol anunció el fin de la jornada. Ansioso de liberar mis oídos de tanta blasfemia, insultos soeces y quejas lastimeras, apuré cuanto pude las escapadas para inexistentes necesidades sin olvidarme de embolsillar las consabidas uvas.

De vuelta al pueblo me dispuse a engolosinarme con la fruta... ¡Estaban verdes! Pensé arrojarlas al tonel de los excrementos pero me reproché: ¿Por qué no comerlas? La situación no estaba para repudios tontos, y decidí saciar el hambre devorando con avidez los racimos molidos y chorreantes, que fui extrayendo de la repleta bolsa.

No hubo lugar para el trato con Adolfo. Al día siguiente, un guardia se acercó y sin mediar palabra puso en mis hombros un pequeño barril atado al extremo de un palo.

— Tienes que subir allí —señaló a lo alto de una colina arbolada—, y repartir agua entre los que cavan en las trincheras. Yo te acompañaré. ¿De acuerdo?

Quedé a solas con el del fusil, enfrascado en la tarea de llenar otros barriles con el agua procedente de un gran tonel. Al fin, el guardia hizo acto de presencia.

— ¡Andando! —me gritó con sequedad—. Sigue ese sendero. Tú delante... ¡Y cuidado con lo que haces!

Nos adentramos en el bosquecillo al pie de la colina, que tuvo la virtud de liberarme del quemante sol de la mañana. El barril, aunque pequeño, pesaba sus buenos kilos, y menos mal que pude hallar un viejo saco para envolver el palo, y amortiguar la fuerte presión que ejercía sobre mi hombro. Pero ¡qué importaba cargar, no digo uno, dos y más barriles con tal de no enfrentarme a la bestia del fusil en las trincheras!

La escalada se presentó penosa. Habíamos andado ya un buen trecho cuando oí la voz del guardia que me llamaba.

— ¡Eh, tú, muchacho! ¡Ven acá!

Temblando giré sobre mis talones. Sorprendidamente se sentó en el suelo recostándose en un árbol con el fusil entre las piernas.

— Vas a subir solo —dijo con voz exenta de amenazas—. Yo te esperaré aquí. ¿Entendido?... ¡Ah! ¡Y ten cuidado con lo que haces! —repitió la advertencia.

Asentí con la cabeza, y cuando ya me disponía a continuar la escalada, una nueva pregunta me detuvo en seco.

— ¿Por qué estás aquí, muchacho?

Me invadió un intenso escalofrío mientras venían a mi mente las palizas en la iglesia y los nefastos resultados de gallardos gestos de desafío, y traté de escabullirme.

— Me castigaron por fugarme del cuartel —dije.

— ¡Mientes! Todos dicen lo mismo.

Nuevos segundos de angustioso silencio. No me decidía a contestar, ni a seguir andando, y quedé inmóvil a la espera de la nueva pregunta.

— ¿Qué edad tienes? —habló de pronto.

Esta vez me volví para mirarle frente a frente.

— Diez y seis años.

Su rostro cambió.

— ¡Eres un chiquillo! ¡Deberías avergonzarte! —me recriminó—. ¡Andando!

Reanudé el camino, y pronto me hallé entre árboles y pájaros que piaban sin cesar, libre de guardias y fusiles, de miserias y harapos que habían quedado atrás. Invadido por una inmensa alegría, dejé el barril en el suelo y fui a revolcarme en la hierba. Luego, corrí alborozado tras un travieso pajarillo y, subido a un árbol me puse a cantar el poema a la ficción de mi libertad:

“¡Libre!... Libre en la dulce colina de frondosos olivos y tibios rayos de sol. Ya nada alrededor coapta mi libertad. La cárcel se ha llenado de flores y pájaros, de blancas nubes y un cielo azul, lejos de guardias, fusiles, trincheras y un pueblo horrible. ¡Detente, tiempo, y vuelve eterno lo efímero! Déjame amar al día antes que llegue la negra noche; amar a la tierra, al bosque y a los pájaros, ya que no al hombre. Haz de mi inocencia una hidra de siete cabezas que siempre retoñe por mucho que la cercenen. Que el alma no muera asesinada por mil sutiles venenos... ¿Ficción de libertad? ¡Y qué importa si tú, sueños, le das vida y de las mil caídas me ayudas a levantarme!... ¡Piedad para el alma niña que están matando! ¡Piedad para las flores marchitas de mi inocencia! ¡Piedad para quien teme el despertar del odio, tanto como a las flaquezas de la carne! ¡Piedad, que la serpiente emponzoña, el escarnio envilece y la revelación mancilla! ¡Piedad para la ira y espanto de este pobre prisionero de la mezquina tierra!... Escúchame, “homo” del fusil: sólo un instante para mí, y luego seré tu servil esclavo. Escúchame, amo del mundo: deja a mis sueños volar, y mátalos después. Llévame en tus alas, débil pajarillo. Llévame contigo, rayo de sol... ¡Detente, tiempo! ¡Abrázame, árbol! Quisiera, como tú, estar enraizado en la tierra, inamovible; como tú, sol, inalcanzable; como tú, viento de los cien silbos, invisible; como tú, rayo de luz, inapresable. Quisiera ser lo que corre, vuela, canta y no se mancilla; ser mariposa de libre volar, no importa si de corto vuelo... Hilillo de agua que saltas presuroso por el camino, ¡llévame contigo! Ruiseñor que alborozado cruzas el firmamento melodiando una canción, ¡llévame contigo! Llévame contigo alocada hormiga, nube que navegas por el cielo, soplo de viento que me acaricias... Que no muera el sol de esta alegría, fenezcan mis sueños de libertad, y siga siempre dormido en este mar sin orillas, lejos de guardias, trincheras, fusiles y pueblos de muerte”.

Descendí del árbol, y en un claro del bosque, de nuevo, interrogué al cielo:

“Si eres tú, el sol que me quemabas, ¿por qué ahora tan tiernamente me acaricias? Y tú, nube, que tan silenciosa pasabas a mi lado, ¿por qué aquí te detienes y me miras? ¿Por qué, inocente pajarillo, escuchas embobado mi cantar?... Canta, alma mía; ríe, corazón. Los hostiles caminos se han vuelto laberintos de paz. Que no sea estéril la jornada venturosa, y este canto avive las aguas que mueven las olas de mi despertar... Aquí feneces, ancestral hombre de todos los tiempos; hombre sin amor, manos sucias de sangre; hombre bestia, monstruoso apéndice de matar, mutación del hombre de la piedra y la honda. Has matado con un hueso por arma; con el fuego, el sable y la rueda de la tortura; con el fusil y las máquinas de exterminio. Has matado como mataron tus padres y matarán sus hijos. Y aunque habéis asesinado el alma del niño, ¡no cuentes conmigo, inmundicia! ¡Nunca será rueda que gire en tu fábrica de sangre!... ¡Dios mío! ¿Por qué endulzas mis labios con miel que no ha de alimentarme, si muy pronto habré de hundirme en las miasmas del estercolero inmundado?... Quisiera perderme en el bosque, Señor, donde los sueños me envuelven con su manto invisible. Pero ya oigo el bramar de la marea. ¡Y cómo temo ser arrastrado por la primera ola! ¡No huyáis, sueños de libertad! ¡Dadme fuerza para sobrevivir a las mil pruebas de miseria y muerte!”.

Miré a mi alrededor en busca del palo y el barril, y la blanca paloma de la libertad cayó al suelo herida de muerte. Con el pesado lastre al hombro, busqué el camino del infierno y corrí presuroso a entregarme al dios de las cadenas. Silencio en el bosque, el viento quedo, las nubes inertes, el sol escondido, las ramas quietas, ni un trino, ni un revoloteo, y en el alma, un frío de muerte. La noche embrujada tuvo su alba y los sueños su despertar. Los árboles clareaaron y ante mis ojos enrojecidos surgió un mundo de pesadilla, un infierno de fusiles y trincheras, de hienas cebándose con la carne. La realidad estaba allí, en aquel hervidero de picos, palas y cuerpos semidesnudos que arañaban la tierra sin descanso.

— ¡Tomad agua, toda el agua! —llené los platos a rebosar.

Había ojos implorantes, cuerpos extenuados y miradas envidiosas. Me hubiera cambiado por cualquiera de aquellos desgraciados. Llené los platos con el agua fresca una y otra vez para dar tiempo a que los infelices descansaran. Pasé y volví a pasar repartiendo agua y más agua.

— ¡Ya está bien! —gritó un energúmeno—. ¿Acaso crees que son sapos?

El barril pesaba poco cuando los árboles me abrieron de nuevo sus brazos libertadores; porque el lastre lo portaba ahora el alma que sufría la terrible sed de la desesperanza. Un bosque frío, inhóspito y plagado de fantasmas, me acompañó hasta el encuentro con el guardia, con la misión de calmar las secas gargantas de las lombrices humanas que hurgaban en cien hoyos del suelo. Y así dio fin la que había de ser única jornada como repartidor de agua. Los cambios de decorado se sucedían con rapidez vertiginosa.

Llegué a la iglesia de cielo negro y hedor pestilente. Imposible tejer sueños de libertad en aquel mar de podredumbre. ¿Cómo cantar si el viento silba triste, los trinos son aullidos y las voces lamentos? ¿Dónde estás, San Borondón de mis sueños? ¿Y a qué clamar por la paradisíaca isla si el rayo de luz se ha desvanecido, y el caracol encerrado en su concha pide a gritos un paraíso en la mazmorra? Días sin descifrar, ¿qué me traeréis? Tal vez un vuelo incierto y un destino irremediable, lo sé. El firmamento se ha tornado oscuro, y los árboles desnudos muestran en el suelo los despojos de la hojarasca seca. El corazón late exangüe, ha caído la noche, los perros aullan presagios de muerte, y en mi alma hace presa la angustia, incertidumbre y desesperación. ¿Qué ha sucedido?

Fui a tumbarme sobre la vieja manta con los ojos clavados en las paredes de la bóveda gris, mientras la voz de mis adentros entonaba un nuevo cántico, por primera vez confortador e indulgente para conmigo mismo:

“¿Acaso no es ya puerta del paraíso este clamor del alma atribulada? ¿Acaso la noche no sigue al día, y el sol se oculta y tiene un nuevo amanecer? ¿Acaso los árboles no reverdecen? ¿Y los corazones? ¿Por qué no el hombre?... Escucha, César. Sobre los campos devastados, yo edificaré un Olimpo para albergar a mis dioses, y en la tumba del hombre resucitará el héroe. Deja que brote la sangre, te muerda el temor y grite la carne; que largos días de angustia y dolor laceren tu alma, y la muerte se cebe a tu alrededor. No temas a la furia del rayo, al azote de la lluvia ni a la espesa niebla. Porque es en la oscuridad donde resplandecerá la luz. Deja que el alma niña despierte y comprenda, porque así despertaré yo.

Al día siguiente, después de una noche infernal con fuertes dolores y acceso febril, supliqué a mi compañero, a cambio de un poco de paja y el plato de malta —aquí todo era mercancía cotizable—, que avisara al guardia de turno del estado en que me hallaba. Me dispensaron de ir a trabajar en las trincheras y eso fue todo. Podía morir tranquilo; nadie movería un dedo para tratar de impedirlo. Pasé varios días en estas condiciones. Los dolores y la fiebre me acometían por las noches con redoblada fuerza. Al fin fui reconocido en la enfermería y me prescribieron salicilatos que sólo consiguieron destrozarme el estómago. Transcurrieron varias jornadas sin más compañía que la de mi derrumbado ánimo. Un preso se prestaba a traerme el rancho. Con gran esfuerzo, apenas si pude tragar unas cucharadas.

La debilidad iba en aumento y con ella mi desmoralización. Al toque de diana rogué a mi vecino que me acompañara de nuevo a la enfermería. A duras penas podía mantenerme en pie, y varias veces me sujetaron para impedir que cayera al suelo. Tuve que formar junto a media docena de presos que también habían solicitado asistencia médica. La espera se hizo insoportable y me aventuré a suplicar al guardia que me condujera a la enfermería. Por toda respuesta recibí un culatazo que me tumbó en el suelo sin sentido. Cuando abrí los ojos, alguien a mi lado me escrutaba compasivamente.

— ¿Cómo te encuentras, muchacho? —me preguntó, quien, si no lo era, desempeñaba el papel de médico.

Le expliqué lo que me ocurría.

— Tranquilo. Sólo tienes un poco de reuma, con un estado de agotamiento a causa del exceso de trabajo físico y la mala alimentación. Te evacuaremos junto con otros enfermos en la primera expedición, en tanto pasas a la enfermería donde estarás mejor alimentado y al menos no tendrás que trabajar.

Me ayudó a incorporarme.

— ¿Cómo te llamas?

— César.

— Dime, César. ¿Estás tomando alguna medicina?

— Sí, unos polvos...

— ¿Salicilatos?

— Creo que sí, pero me hacen mucho daño al estómago.

— Lo tomarás con bicarbonato y verás como lo toleras... ¿Te sientes mejor?

Cabeceé afirmativamente, y poco después me trasladaban a la enfermería, una cuadra donde yacían hasta una docena de infelices sobre la inmunda y maloliente paja en condiciones de extrema miseria y hacinamiento. Aun así, fue la primera noche que pude dormir de un tirón. A ello contribuyó sin duda alguna la grata noticia de una pronta evacuación de los enfermos.

Muy de mañana me despertó un fuerte barullo de voces. Varios guardias y algunos presos andaban con premura de un lado a otro.

— ¿Qué ocurre? —pregunté a quien estaba a mi lado.

— Un desgraciado que agoniza.

Poco después llegaba el *médico* con el tiempo justo para *certificar* la defunción. Un guardia al pasar me hizo señas con el dedo.

— ¡Eh, tú! ¡Ven aquí!

Seguí a mi sombra sin chistar, convencido de que me aguardaba una desagradable tarea. Fue un rudo golpe reconocer en el fallecido al rubito de las soberanas palizas. Estaba desfigurado, enjutas las carnes, quemada la piel por el sol, sucio y pestilente, y con la blanca camisa convertida en un trapo gris. La maraña ennegrecida de los cabellos apenas si conservaba algún que otro brillo dorado. Los ojos fijos con la inmovilidad de la muerte aún parecían suplicar, e incapaz de soportar aquella mirada alargué la mano temblorosa con ánimo de cerrarle los párpados.

— ¡Qué haces, idiota! —gritó alguien a mi lado dándome un manotazo para impedir que tocara el cadáver—. ¿No sabes que ha muerto de tifus? ¿O es que quieres contagiarte?

— ¡Venga!... ¡Sacadlo fuera! —ordenó el guardia.

Trajeron una vieja carrucha. Éramos cuatro los enterradores. Cada cual tiró del extremo de la manta y depositamos el cadáver en el improvisado coche fúnebre cubriéndolo con viejos trapajos. Había prisa en deshacerse de la carga por aquello del contagio, y nos pusimos en marcha hacia el lugar del enterramiento seguidos de un guardia. Lo inhumamos en un cercado vecino donde otras fosas abiertas

en el suelo parecían aguardar al muerto de turno. Finalizada la macabra escena, quedé unos momentos mirando obsesionado los hoyos en la tierra hasta que de pronto una voz tronó a mis espaldas.

—¡Eh, tú, imbécil! ¿Acaso quieres que te entierremos antes de tiempo?

Seguí al del fusil. Un preso dejó caer a espaldas del guardia dos ramas en cruz sobre la tierra mientras musitaba una oración. De vuelta al establo fui a sentarme apesadumbrado en mi metro cuadrado de espacio vital.

— ¿Le conocías?

— Sí.

— ¿Amigo?

— Compañero de expedición.

— Ya —me alargó el plato de malta con un poco de leche condensada que había recogido en mi ausencia.

Mientras consumía el brebaje caliente, atisbaba a mi vecino, un robusto hombretón que cifraría los cincuenta años, ancho de espaldas y de grandes y peludas manazas. Me sorprendió ver como se arrastraba ayudado por ambas manos, mientras trataba de alcanzar, sin lograrlo, unos bártulos colgados de un clavo en la pared.

— ¿Quieres ayudarme?... Sufro parálisis de ambas piernas.

Los ojos pequeños y hundidos, la barba sin rasurar y un rictus permanente en los labios, dábale cierto aspecto de *duro* del celuloide. Le alcancé la mochila y de nuevo fui a sentarme en el suelo. Poco después, dos presos lo alzaban en hombros y con los miembros inferiores colgando lo llevaban fuera. A su regreso me aclaró que había ido a un cercado vecino para perentorias necesidades. Aquello empezaba a ser tan deprimente como la iglesia y las trincheras.

Un día ocurrió algo insólito que haría mella en mi alma al evidenciar hasta dónde es capaz de conducirnos la flaqueza humana. Sucedió mientras todos dormían. Por las noches solíamos quedar alumbrados por la débil luz de un farolillo de petróleo, que unas veces apagaban y otras no, ignoro si voluntariamente o por haberse consumido el combustible. Pero esa noche la oscuridad era absoluta y no lograba conciliar el sueño, no tanto por los dolores y la fiebre

que habían remitido, como a causa de los desalentadores presentimientos que hacían presa en mi ánimo. De pronto alumbró una luz en el extremo de la habitación. Posiblemente alguien había encendido el farol por algún motivo, y cuál no sería mi sorpresa al descubrir al parálítico en pie, bien sustentado en sus propias piernas, y que manipulaba en la mochila colgada en la pared. Rápidamente se dejó caer al suelo. Quedamos frente a frente, muy cercanos los rostros y no pude evitar que nuestras miradas se encontraran. Fue inútil simular no haberle descubierto, y su recia mano me atenazó con fuerza el hombro hasta hacerme daño. Había temor, y había sobre todo un aviso preñado de amenazas cuando susurró más exigente que implorante:

—¡No me descubras!... ¡Me he visto forzado a hacerlo!... ¡Hubiera muerto en las trincheras!... ¡Te mataré si me delatas!

Estaba claro la farsa y muy claro también que allí nadie era de fiar y mutua la desconfianza cuando imperaban los instintos primarios de conservación de la vida. Un nudo en la garganta me impedía hablar, pero mi rostro debió traslucir lo que en aquel momento sentía: miedo, angustia y una gran amargura. Cabeceé negativamente y le volví la espalda. De vuelta a las tinieblas pasé una vigilia interminable. Una vez más, el lado flaco de las miserias humanas mostraba su mezquina faz.

Al amanecer fui despertado por los estridentes gritos de los guardias.

— ¡En pie! ¡En pie!

Nuevos momentos de zozobra y angustia acogieron el griterío de los guardias. ¿Qué sucede? —fue la pregunta que afloró en todos los labios. Corrió la voz de que iban a evacuarnos... ¿Adónde? ¡Y qué más da! A la postre, una nueva estación y un paso más en el calvario interminable.

* * *

Los cambios se sucedían velozmente. Aquel mismo día fuimos trasladados sin que nadie supiera a ciencia cierta el motivo del traslado. No faltaban conjeturas, algunas inverosímiles, pues mientras para unos nos llevaban a un nuevo campo de trabajo, los más opti-

mistas aventuraron un regreso a la capital catalana. Y no se equivocaron.

Y allá fue el camión de los desperdicios humanos. Mísera carga para un nuevo destino. Hojas, más hojas del mismo libro. ¿Cuándo la última?... Desvanecido el final trágico de una posible muerte violenta, surge ahora el fantasma de la enfermedad minando los cuerpos lacrados y exhaustos. ¿Esperanza de un renacer a la vida? ¡Cuán lejos esa tierra de este barco! Para algunos el retorno fue emplazado por la muerte. ¿Para cuántos será la muerte lenta en el camastro o en el duro suelo?

En las cuatro esquinas, cuatro hombres con fusil. Escenas bisadas con el sempiterno ingrediente de las miserias humanas. Sólo es diferente el estado anímico; porque la hipocresía ha desvanecido esperanzas en los corazones, y el escarnio y la maldad acabaron destruyendo cualquier atisbo de fe en las almas ingenuas. A mi alrededor, miradas en el vacío, ceños de preocupación, rostros inexpresivos, cansancio, indiferencia... ¡y hasta odio! Porque ¿no es odio lo que muerde en mi corazón? Odio no violento, dañino sólo para mi alma; odio a la bestia; odio que un día ha de parir una fuerte aversión a mis semejantes, arrastrándome al encierro en la otra gran cárcel de mi alma.

Cuando el camión llegó a la Ciudad Condal y se detuvo ante la vetusta mole de la nueva prisión, el Seminario, mi primer pensamiento fue para la abuela. Un pensamiento lleno de tristeza, que me llevó a seguir al guardia como un autómatas sin siquiera alzar los ojos para contemplar la triste estampa del improvisado recinto carcelario barcelonés.

¡Seminario!... Otro eslabón en la cadena interminable. Seminario, un día forjador de almas, hoy antro para presos tarados. No he de increpar al que fue tan bondadoso para conmigo. En tu recinto curé mis males físicos y salí triunfante de los morales. Seminario, crisol de sobrias abstinencias, y espectador también de míseras pasiones, donde el privado de libertad sufriría una vez más la mordedura de los instintos primarios. El eterno vaivén de mis andanzas carceleras, me conduciría hasta ti para consuelo de mi alma atribulada. Por un mezquino incidente, despreciable como exabrupto de las bajas pasiones, sufriría encierro en la celda de castigo —¡no he de contar!—,

pero la voz de mis adentros sabría trocar el infierno de la celda en maravilloso cielo de sublimes pensamientos. Y así fue como, por primera vez, con la sonrisa en el alma y un completo olvido de las miserias humanas, pude deleitarme con el esbozo de una vida ermitaña y el filosofar interminable.

En milenios de maldad y desorden, no ha conseguido el hombre alcanzar el bien y la cordura al obrar como un ser carente de razón, contumaz en la imperfección y el mal. ¿Es la Naturaleza caos, la vida turbación y el hombre error? ¿Es el Universo irracional?

¡Historia espiritual del ser humano!... Un desconcierto de actitudes filosóficas en discrepancia. Decenas de ismos polemizando si la verdad es perfección o imperfección, bondad o maldad, orden o caos, exterioridad o interioridad. Amor y odio, defectos y virtudes, el bien y el mal, prestos a la transmutación. Los filósofos no aciertan, los héroes fracasan, y modificar la sociedad sigue siendo una utopía de idealistas ingenuos y un campo estéril para valerosos, en un mundo donde el superhombre es una torre de Babel que mentes pensadoras construyen y el propio hombre destruye.

Ya no me siento prisionero en la celda de castigo. Y aunque no son más las virtudes humanas de bondad y perfección, privativo de un reconocimiento resignado de la vida, estoy más cerca del voluntario asceta en actitud de renuncia y fuga, que del exaltado apologista que acepta la vida tal y como es, con sus luchas, crueldades, dolores e incertidumbres, y la terrible realidad vivida de una incesante destrucción y creación.

¿Qué fuerza espiritual me domina y trata de someter mi naturaleza finita al poder de una voluntad insoslayable? Postergados los sentimientos y aspiraciones del corazón; maltrechas las esperanzas de convivencia humana; rota la fe de la creencia en el bien, me alimenta un ideal que es sólo pensamiento y no realidad existente, incapaz de salvar los valores y derechos humanos de las garras de un mundo materialista e irracional.

¡No!, no puedo titularme forzado prisionero en el encierro. Encadenados y contumaces en el error, ¡ellos y sólo ellos! Yo, el evadido

de un mundo cruel, por liberado en alas del pensamiento; yo, el confundido en pos de la verdad, el ciego tras la luz.

Largo camino, con presagios de eterna polémica y sabor de amargas decepciones; largo e incierto, pero, ¡oh paradoja!, colma mi alma de una nueva e insospechada felicidad.

Ante lo inestable y problemático, perdida la fe en héroes, idealistas y filósofos, truena el grito del vencido: ¡Evasión! ¡No a la vida! ¡No a mi enemigo, el hombre! ¡Abandono! ¡Huida cobarde ante el deseo obsesionante de estrechar horizontes! Pero ¿es honesto llamar cobardía a la superabundancia de mundo interior? ¿Es sincera mi rebelión? Hambre de diálogo interno y de polémica sin fin, ¿no es acaso ciego egotismo llevado a la exasperación?

¿Dónde la verdad? ¿Dónde la luz?... Era pronto para dar pábulo a tanto interrogante cuando aún nada estaba definido respecto al incierto porvenir; incierto, sí, y también, cargado de malos presagios a juzgar por las deprimentes noticias de una pronta evacuación de Barcelona, ante el avance de las llamadas tropas nacionales.

Una nueva etapa empezaba, y con ella, el interminable y tal vez trágico desfile de los desperdicios humanos.

* * *

¡Siluetas con fusiles!... El rebaño está cercado por los lobos. Todos son tinieblas en la ciudad muerta cuando el largo ciempiés humano se desliza junto a los alacranes. La vida parece ausente de la gran urbe barcelonesa, donde en sus calles no alumbra ni el resplandor de una ventana. Sólo nosotros, carne de preso, carne ultrajada, y cien sombras tétricas, cien guardias armados, se deslizan entre las casas que emergen de las sombras como mausoleos de un inmenso cementerio. Los pasos resuenan lúgubres mientras a lo lejos el estampido de los cañones anuncia que la guerra sigue. No hay luna ni estrellas en el firmamento, como si los astros se hubieran ocultado tras las nubes para no ser testigos de la siniestra procesión de los prisioneros. Y mientras la garganta enmudece temerosa, una vez más el alma gime y se pregunta atribulada: ¿Hasta cuándo el arrastre de las cadenas? ¿Hasta cuándo el calvario interminable hacia el incierto destino?

¡Siluetas con fusiles!... Un enrejado de guardias y de armas suple ahora al de los barrotes. Los valores del espíritu se han desvanecido mancillados por la fuerza bruta. ¿Dónde mi nueva luz y fuerza moral? Tal vez allá, en la celda de castigo del Seminario, murió deshecha entre lucubraciones de la mente. De nuevo anida en el alma la desesperanza. ¿Por qué?

“¿Por qué? —replica una voz en mis adentros—. Porque la voluntad es flaca, te ciega el barro y no ves el camino; porque sólo sigues atento a los gritos de la carne herida; porque tienes miedo, te acucia el hambre, y aún dormita en tus adentros el dios de los sueños y la locura”.

Calló la voz torturadora, y el cielo se tornó infierno; un infierno de siluetas y fusiles. Como anillo de lombriz, encadenado, la inacabable fila atravesó la ciudad silenciosa que parecía dormir un sueño mortal.

Así fue el capítulo de la huida en la noche tenebrosa a través de una Barcelona cercada por la guerra. De aquella noche, aún queda un frío de muerte en mi alma.

* * *

Aquel día tuve miedo, mucho miedo. La peregrinación por tierras catalanas parecía llegar a su fin; estábamos en las estribaciones de los Pirineos. ¿Qué iba a ocurrir? ¿Adónde nos llevaban?... La misma pregunta hoy que ayer, siempre sin respuesta.

Nos condujeron a una hondonada entre montañas, donde, oculta por los árboles, vislumbramos una vieja casita de campo. Allí nos encerraron como gallinas en un gallinero mientras otros grupos eran conducidos a diferentes lugares. El círculo fatídico de las ametralladoras nos rodeaba apuntando hacia nosotros. A lo lejos, altos picachos rojos con casquetes blancos, cual gigantescos cancerberos, formaban un segundo y más deprimente cerco. Era el lugar idóneo para una carnicería.

Fue una noche tensa, que a todos tuvo alerta mientras presentíamos a las sombras vigilantes dispuestas a disparar al menor ruido o movimiento. Y ocurrió lo imprevisto. Al amanecer, guardias y ametralladoras habían desaparecido como si se los hubiera tragado la tie-

rra. Pero en mi corazón latía la desconfianza ante una posible enclenque. Aún guardaba vivo el recuerdo del gran hipócrita, con sus métodos de terror y cruel sadismo, y cabía pensar si el sádico de turno no habría preparado una divertida cacería desde cualquier escondite lejano. Nadie se atrevía a dar el primer paso. El miedo y una atmósfera de desconfianza nos mantenía inmóviles, silenciosos y llenos de temor. Fue un muchacho, casi un niño, quien, desoyendo los consejos de la mayoría avanzó resueltamente en dirección a las montañas. Quedamos sobrecogidos y ni una sola voz se alzó tratando de detenerlo. En cualquier instante podían surgir los guardias y oírse el tableteo de las ametralladoras. El joven debió no encontrar a nadie, y sin volverse siquiera, echó a correr como alma que lleva el diablo. Fue lo bastante para provocar la desbandada general. Aquello parecía una manada de cabras locas que corrían saltando y cayendo para volver a levantarse y emprender de nuevo una huida sin freno, como si los guardias estuvieran pisándonos los talones. No había tiempo para comentarios. Todo lo era huir sin volver la cabeza un momento, huir y no pararse a ayudar al que caía; huir sin saber adonde, siempre huir.

Dos días y dos noches duró el frenesí de aquella fuga. La ansiedad por llegar a Francia centuplicaba mis fuerzas, y la columna acabó dispersándose para mezclarse con los soldados fugitivos que seguían también la ruta de la frontera. Andar, siempre andar. Era obligado no sentarse; había el peligro de quedarse dormido Dios sabe cuánto tiempo. A nuestras espaldas, el tronar de los cañones cercanos nos empujaba también hacia la frontera. Montañas y barrancos, barrancos y montañas. No es posible enumerar cuántas subimos y bajamos, siempre con la mirada puesta en la nueva mole que aguardaba ser escalada.

De pronto se oyeron unos gritos: ¡Gendarmes! ¡Gendarmes!... Estábamos en Francia. Y aquel pisar tierra francesa me hizo llorar como un niño. Era el fin de las torturas del encierro. Mi impaciencia no tuvo límites, y de alguna manera me las ingení para comunicarme con París. Deseaba cuanto antes hablar con Charles, el entrañable amigo que no me había olvidado, pues supe después que era él quien me enviaba paquetes con alimentos al Seminario, una vez pudo localizarme después de difíciles gestiones. Le conminé para que me diera noticias de la abuela. La contestación fue deprimente: la anciana

había muerto, durfísimo golpe que me llevó a derramar muchas lágrimas. Y deprimente también saber que al otro lado de la España dividida había ocurrido idéntico ensañamiento del hombre contra el hombre, encarcelamientos, persecuciones, torturas y matanzas. La fiera humana no respeta ideologías. ¿Volver a España?... ¡No, Charles! —le escribiría más tarde comunicándole mi decisión irrevocable de retornar a París. Pero estaba escrito que ni aun en el voluntario exilio habría de encontrar la paz.

¡Liberación!... Liberación, sí, pero el alma sigue encadenada.

Quedaron atrás los días de sufrimiento, las interminables noches de vigilia y largas horas de pesadumbre, los momentos de angustia y zozobra; quedaron lejos, sí, tras emponzoñar el alma marcándola con nuevos estigmas. Ya no vislumbro en la penumbra el tormento de los barrotes carceleros, ni daña mis oídos la blasfemia soez, el procaz insulto, la hipócrita palabra... ¡la gran mentira!; ya no visto de andrajos, ni muerde en la carne el frío, el dolor y el hambre; ya el alma no se queja despavorida ante la refinada maldad. Huyeron los instrumentos de tortura y las esfinges armadas de los guardias, y huyó la muerte sádica tantas veces anunciada, la muerte vestida de verdugo con sus cien caras alucinantes. Curaron las heridas, sí, pero ¡qué horrible cicatriz tras el impacto destructor de mi inocencia y el vapuleo a mi idealismo!

Ahora, un nuevo cielo me cobija. En el alegre bullicio de una sociedad olvidadiza, los hombres sonríen y se tienden la mano. Ahora puedo saciar el hambre y calmar la sed, amortiguar mi dolor y mi angustia; puedo olvidar la maldad, encubrirla con sonrisas o vestirla con apariencias. Ahora también, la muerte oculta su cara horripilante y atrapa al hombre en plena borrachera de goces y fausto de riquezas, confundido por las pasiones y agobiado por vanos temores materiales. Una muerte muchas veces sin presagios, que esconde la cara fea y sorprende desprevenido.

Y sin embargo, un interrogante me llena de recelo. ¿Por qué, despierto ya de la gran pesadilla, miro a la vida con desconfianza y al hombre con desprecio? Tal vez presiento que la alegría de los demás me llenará de tristeza, y el mundo del bullicio no calmará mi desasosiego. Porque horrorizado contemplo cómo este hombre de ahora se viste con frivolidades para encubrir su miseria, ahoga su dolor embo-

rrachándolo en bacanales, oculta su maldad con hipócritas sonrisas, y vive en castillos de riqueza mientras goza con los placeres de la carne. Y mi alma, llena de zozobra, pregunta: ¿Dónde está la mentira? ¿Dónde la verdad? Si aquello fue cierto, ¡y lo fue!, el mundo está loco, la vida es un contrasentido y el hombre un hipócrita. ¿A quién he de creer? ¿Al que hoy me sonríe o al que me escupió en la cara zahiriéndome el alma? ¿Quién es el farsante? ¿El que ahora me tiende la mano o aquel que con sádico placer la alzó en injusto castigo? ¿Cuál es el rostro y dónde la máscara? ¿Quién encubre a quién?

Charles quiso festejar mi llegada; Charles y otros amigos que, sinceramente, se regocijaban de mi regreso. París me sorprendió con la impresionante orgía luminosa multicolor y el movido ambiente callejero al que estaba desacostumbrado. París, que albergó al niño idealista y soñador, recibía ahora al joven marcado, sombrío y escéptico. Aquel cuadro desbordante de luz y sobrado de cordialidad, me hería al contrastar los atributos de vida, opulencia y libertad que contemplaba, con el recuerdo sombrío de los símbolos de muerte, maldades y miserias del encierro.

Charles, que celebraba el cumpleaños de su novia, quiso solemnizar mi regreso con una improvisada reunión donde participaban sus amigos. Fiesta de sociedad... Agua al gato; leña mojada que no ha de arder por mucho fuego que le apliquen. El mundo de la palabra en el apogeo de la estupidez. Necedad en los labios, alboroto en los oídos y confusión en las mentes bajo el influjo del dios alcohol, máximo liberador de necios complejos. Tiempo perdido que no he de recuperar.

Fui a la fiesta abúlico y desganado, porque un sentimiento de amistad me arrastraba en contra de mis deseos. Hallé a Charles, por contraste, más alegre que nunca; lo hallé revestido con el signo de la cordialidad de hoy: la sonrisa en los labios y un vaso de whisky en la mano.

— ¡Al fin! —exclamó dando muestras de impaciencia.

— ¿Acaso llego tarde? —le abracé.

— *Nunca es tarde si la dicha es buena*; la dicha de tenerte entre nosotros. Por otra parte, la grata noticia es del dominio público.

No fueron necesarias más explicaciones, y adivinándole el pensamiento me anticipé a su confesión.

— ¿Dorita?

— Intuición no te falta.

— ¿Intuición?... Lo llevas escrito en la cara. Amor, sí, esa extraña felicidad, patrimonio de unos pocos escogidos.

— Lo dices con amargo escepticismo.

— Lo afirmo con sentida realidad.

— ¡Descreído! Caerás en las redes de Eros como cualquier mortal. Y es precisamente lo que necesitas: una mujer realista, objetiva, un tanto mundana... sí, como Dorita. Una mujer capaz de derribar esa muralla de Jericó en la que te escudas. Te aseguro, César, que haría de ti otro hombre.

— Gratuita suposición que no mueve mis ansias. Cupido no tendrá muchas oportunidades para dispararme sus flechas —ref—. En fin, brindemos por ese amor, utópica felicidad que crees haber logrado.

— ¡No! Brindemos por algo que deseo conseguir a toda costa: la humanización de la persona aquí presente.

— Pues yo preferiría beber a la salud del personaje que alimenta mis sueños, hoy esclavo, mañana tal vez, señor.

— César —volvió a la carga con tesón—. Hay un gran desorden en tu interior. ¿Por qué ese empeño en encerrarte dentro de ti? Parece como si odiaras al mundo, yo diría que a tus semejantes, y pienso si acabarás por odiarme a mí también. Vaya, que no es válida nuestra amistad. César, por favor, ¿qué razones alimentan tu aversión?

— Razones de angustia. Tú puedes tener fe porque aún no te han vapuleado, y tus ideales e ingenuidad siguen en pie. De niño tuviste el calor de un hogar y el cariño insustituible de una madre. Ya hombre, te salva tu carácter abierto, realista, objetivo, libre de complejos, sin inquietudes ni amarguras que te atormenten, sin dudas desorientadoras... Sí, te sobran argumentos para creer en las bondades del mundo y soñar con el regalo de un amor que colma tus aspiraciones.

— No estoy de acuerdo. En la vida nadie está libre de embates y reveses. Antes o después perdemos un ser querido, vemos rota una ilusión o desvanecida una esperanza. Y no por ello hemos de sumirnos en la desesperación entregándonos a un cruel escepticismo. Dios

nos ha dotado del don de la resignación y del poder de rehacernos. ¿Por qué ese empeño en ver sólo el lado feo de las cosas? No podrá cambiar tu idiosincrasia, lo sé, aunque sí debes hacer algo para traer un poco de paz y felicidad a tu espíritu.

— ¿Felicidad? ¿Acaso es posible medirla por el mismo rasero? Puedo ser feliz a mi manera, incluso con mi amargura y mi escepticismo, o encerrado entre cuatro paredes donde a ti se te haría la atmósfera irrespirable. No, no es sólo mi idiosincrasia lo que cuenta. Existen otras razones que alientan mi inconformismo.

— ¡Sí! Los padecimientos morales en el encierro. Vives obsesionado por la pesadilla de tus sufrimientos en la prisión.

— Mis sufrimientos no cuentan; pesa, la forma en que me fue revelada la maldad del corazón humano... Escucha, Charles. En los años de mi niñez anteriores a la guerra civil, hice mía la creencia de que la maldad humana era patrimonio del pasado, historia, temas para argumentos cinematográficos o tramas literarias. Idealista y soñador, forjé la equivocada idea de que el hombre, con los avances de la civilización y la cultura y el freno de la religión, había desterrado para siempre los instintos perversos de siglos de generación humana. Pero la guerra real que me tocó vivir tan de cerca, y que en ambos lados fue igual de inhumana y sangrienta, me mostró su cara fea, común denominador de las mil contiendas de la historia al revelarme la maldad humana con toda su crudeza. El choque fue decisivo para mi alma.

— Y perdiste la fe en el hombre.

— Tú puedes tener fe porque no has puesto el dedo en la llaga. Yo la he perdido, sí. A latigazos me desnudaron de mi idealismo e ingenuidad forzándome a refugiarme en los sueños, vicio del que será muy difícil liberarme. Por añadidura, sobre las heridas sin cicatrizar, martilleando en el recuerdo de los días destructores de mi fe, se alza ahora el fantasma de una nueva guerra.

— Lo dices por Hitler, ese fantoche. El pueblo alemán lo barrerá como han sido barridos siempre los tiranos. Además, ¿qué puede importarnos a nosotros lo que trama ese loco?

— Persigue a los de tu raza, Charles. Avasalla naciones, y ahora amenaza a Polonia. ¡Es la guerra, de nuevo la guerra! Importa menos

la destrucción de ciudades, los campos arrasados y los muertos. Lo que cuenta es la mutación que experimentarán las mentes y el veneno acumulado en sus almas. ¿No lo comprendes? ¿Cuántos adolescentes sufrirán las consecuencias de la embestida de la bestia?

— No habrá guerra, César. Entrará en razón o lo arrojarán del poder. Vives bajo la obsesión del pasado. Créeme, César, no habrá guerra.

— Amigo mío, yo estoy de vuelta. Mi escepticismo, es verdad, se ampara en el pasado. El hombre es cruel, sádico, un cúmulo de podredumbre. Pero tú, querido Charles, lo negarás en tanto no introduces el dedo en la llaga.

— Tu pesimismo es exagerado. Aun admitiendo la posibilidad de una guerra, no será la primera ni la última. Frente al hombre malo se alzará siempre otro bueno; ante el vicio, la virtud. Bien sabes que la Naturaleza se rige por las leyes del equilibrio. No puedo estar contigo y admitir que existen la maldad y ambición, y que generosidades y bondad son meras palabras sin sentido, sueños de tu adolescencia. Pero dejemos esto, ¿quieres? Has desvirtuado la conversación. Yo sólo quería convencerte de la necesidad y bondades de la vida social y de las indispensables relaciones humanas.

—Relaciones tan efímeras e insustanciales, que no pueden traerme sino la insatisfacción. Te aseguro, Charles, que conmigo a solas... ¡no sé! Un dios o un demonio hablan constantemente en mi interior.

— Consecuencia de la falta de un gran sentimiento.

— ¿Ah, sí? ¿Y dónde hallar ese gran sentimiento?

— En el amor, del que te hallas muy necesitado, y no en divagaciones filosóficas de oscuro sentido.

— De momento me basta con el amor a mis orgías musicales, a los pinceles y al verbo sin palabras del pensamiento.

— ¡Ay, César, amigo mío! A una verdad te contestaré con otra: la paz y la felicidad no la hallarás en tus adentros. Ha de llegarte por el camino de la convivencia.

— ¡Tonterías! Del mundo exterior me basta con tu amistad.

— Mi amistad no es más que un desahogo; casi como si hablaras contigo mismo. Puede incluso llegar a ser una pesada carga si cual-

quier día, la voz de ese dios o demonio que habita en tu interior, te incita a romper conmigo, precisamente por ser yo el único vínculo que te une al mundo.

— ¡Qué cosas absurdas estás diciendo! De sobra sabes que sigues y seguirás siendo *punte de plata*.

— ¿Por qué, entonces, te empeñas en continuar al otro lado? ¿Por qué no lo cruzas de una vez y te conviertes en una persona de este mundo?... Pongamos punto y aparte, ¿quieres?... ¡A beber! Si es preciso ahogará la voz de tu demonio emborrachándolo en alcohol hasta hacerlo reventar, y rendirlo ante el irresistible encanto de esa flor que Dios ha puesto a nuestro lado: la mujer.

— Amén.

— ¡Anda! ¡Vamos!

— ¿Adónde?

— A cruzar el puente, cabezota; aunque haya de arrojarte al agua —rió empujándome puertas adentro—. Nos esperan, a mí, Dorita, y a ti... Dichoso tú que aún puedes elegir: Catherine, de ojos azules y lánguidas miradas; una muñeca de porcelana con el alma todavía más frágil, conmovible ante cualquier sentimiento delicado. Tras esa apariencia quebradiza, toda una mujer que hará feliz al compañero que el destino le depare. Y qué me dices de Elise, la intelectual sin menoscabo de feminidad. Interesante, ¿eh? Aunque yo eligiría para ti a Jeanette, la de los grandes ojos negros, no por su belleza sino por la profundidad de pensamiento y esa clara visión de la vida y sus problemas, capaz de dar réplica con frase sencilla a muchos jeroglíficos de tu filosofía derrotista. Además, amante de la buena música, como tú, pero con los pies en la tierra... ¿Por quién te decides?

— Por ninguna. Demasiados remordimientos de conciencia si llegara a contagiar tanta virtud y optimismo con mi *filosofía derrotista*, como tú la llamas.

— ¡Estúpido cabezota! Ya veremos quién contagia a quién.

Aquella velada, lo confieso, llegué a creer que a Charles le sobraba razón. Surgió la duda cuando me obstiné en llamar ficción a una situación normal, y por supuesto, no conflictiva. Quien escuchara el diálogo anterior y asistiera luego a mi comportamiento, pensaría con

buena lógica que la palabra convincente de Charles había obrado en mi ánimo forzándome a cruzar el simbólico puente. Tuve pues buen cuidado de justificarme a mí mismo de que aquel estado de ánimo era ficticio, y sólo la consecuencia del deseo de agradar a Charles en noche tan señalada. Y así quedé tranquilo mientras pensaba que bien podía reír sin cortapisas y sumergirme en la euforia de los vapores del alcohol, sin otro objeto que gozar de un simple pasatiempo. El azar, o quién sabe si las hábiles tretas de Charles, me depararon la compañía de Jeanette, con quien bailé, reí y bebí, sin otra finalidad que la de congratularme con él. ¿Por qué esa obstinación en no admitir lo espontáneo, esa falta de sinceridad para conmigo mismo?... ¡Todo es ficticio! —me repetía una y otra vez—: el cruzar el *puente* y la transgresión del ánimo. Pero Charles no debió creerlo así, puesto que al término de la reunión, ya a solas, me abrazó efusivamente.

—¡Asombroso! ¡Un milagro! —exclamó—. Te he visto sonreír, ¡qué digo sonreír! Refas a mandíbula batiente. Comprendo que es difícil resistirse al ingenio del sin par Valentín cuando alegremente narra o inventa chistes, aunque más difícil es ver la hilera de tus dientes. ¿Sabes, César? ¡Eres simpático cuando quieres serlo! Y por cierto, ¿de qué hablábais con tanto calor tú y Jeanette?

— La convencía de las ventajas de mi filosofía derrotista.

Fue estúpido escudarme en la frase irónica. No, el sentido de las palabras; tal vez el tono de burla con que fueron dichas, hirió la susceptibilidad de Charles al romper una alegría sincera.

— De ti, todo es posible... Que Dios te proteja.

Y se despidió con un empujón amistoso, pero también con un gesto de amargura contenida.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis en maléfica resurrección, cabalgan sobre un mundo de locura y muerte arrastrando la cuadriga que monta el gran monstruo extintor de razas, tirano de tiranos, demente y ambicioso de poder. La visión infernal se cierne sobre la Europa ensangrentada, mientras los espíritus poéticos se sumergen en la desorientación o buscan salvarse en la evasión y los sueños.

Septiembre de 1939... La guerra otra vez. El poder de la brutalidad y lo inhumano e injusto, en una nueva versión a gran escala. Los gritos estruendosos del irascible tirano truenan por la atemorizada Europa. La humanidad teme y tiembla ante el más poderoso dictador de los tiempos modernos, en tanto las mentes ingenuas agitan tímidamente los fallidos mensajes de reconciliación que sólo consiguen hacerles caer en la trampa genial que les tiende el representante de la fuerza bruta. Una vez más, ¿cuántas ya?, la enemistad de las naciones en una Europa dividida. El mundo del pensamiento y la élite de la Universidad, barridos por la ola de odio y violencia de un maniático. Fanáticos belicosos y amantes de la paz, caminan insolidarios hacia la gran hoguera que nutrirá la sangre de tantas víctimas inocentes. Perecerán millones de seres, mas no importa porque los políticos han prometido con frases grandilocuentes la gran victoria. No faltarán tópicos justificadores: defensa de la paz, libertad y democracia. Una vez más la violencia y el crimen imperará sobre los espíritus pacifistas. Una vez más la odiada bota marcial de unos pocos avasallando a muchos. ¿Qué pueden los mártires de la no-violencia frente a los estrategas de la guerra? ¿Qué puede un Gandhi, un Luther King, frente a un Hitler?... Hermosa guerra la de esa lucha sin violencia, consoladora sólo para idealistas, pero no válida ante el dictador. Las batallas deben ser ganadas con el convencimiento y los

diálogos —afirman los pacifistas—, pero nunca con la guerra que auguran los políticos justificadores de la monstruosidad bélica. Entonces, ¿cómo detener la barbarie del siglo XX si no es con el conflicto armado, dispuesto a hacer frente a la bestia?... Es la impotencia del bien frente al mal; la inutilidad del diálogo ante la brutalidad uniformada.

¿No existe otro camino? —pregunto yo—. No, no hay otro camino —responde una voz en mis adentros—. Entonces, perdida la fe, sólo me queda ampararme en la tríada negativa: odio y desprecio para los pisoteadores de mi idealismo; odio al hombre endiosado por las multitudes delirantes; odio a la fuerza bruta avasalladora de las libertades. Evasión en los sueños y la locura, concepto ególatra del suicida espiritual. Quizá me exceda al llamar odio a la amargura, indiferencia al anhelo de soledad, evasión a las ansias de luz y verdad, aunque no tema a mi ira y mi odio porque los sé no vindicativos ni violentos sino dañinos sólo para mi alma que llenará de amargura ante la desesperanza de la reconciliación de los hombres.

Han asesinado a Charles. El "puente de plata" que me unía al mundo ha sido destruido. He quedado solo en la otra orilla. ¡Qué será de mí, Dios mío!

Sucedió de improviso, cuando ya vientos desfavorables al tirada, hacía presumir un final cercano y la pronta liberación de la Francia oprimida. Un piquete nazi llamó a la puerta del 304 del bulevar de Hoffmann, y botas y fusiles irrumpieron inesperadamente aquella noche en el piso de Charles. La fiera halló en el nido a los pajarillos. Se los llevaron, como borregos, en vagones y sin dar tiempo al angustioso adiós de la última despedida. Así fue como la bestia los cazó al amparo de las tinieblas. ¿Delito?: ser judíos.

Ya no le basta al hombre la guerra de fronteras, la guerra fratricida y la destrucción de ciudades y tesoros de arte, patrimonio de la historia. No le basta con dar muerte por hambre a miles de inocentes víctimas, y provocar miserias sin cuento al inculcar en las almas el veneno del odio y la venganza. La maldad humana, acrisolada en nuevos moldes, busca ahora el exterminio de las razas. El mundo quedará horrorizado ante la magnitud del genocidio. Turbas humanas considerarán delito ser judío, y hasta ser negro. Y yo pregunto: ¿De qué color es el alma del judío y del negro? ¿De qué sirven al hombre los progresos de la civilización, los avances de la ciencia y la técnica, y el ser dueño de terroríficas fuerzas, si en esa otra fuerza moral retrocede, en valores humanos se estanca, y no parece contar la ética y los sentimientos, y sí el color de la piel, los estigmas de la raza, la perversidad y el ansia de poder?

El hombre, que en su faceta diabólica simboliza la maldad, sigue siendo el mismo de hace milenios; pero han variado los instrumentos de tortura. Ayer crucificaban, o era la muerte lenta, clavado al tronco, o en las galeras; la lucha entre gladiadores, el encierro en lóbregas mazmorras y la destrucción por las fieras. Hoy la crueldad es más

refinada y el suplicio se llama carbonera, jaula y silla eléctrica. Ayer eran quemados vivos, sujetos a una pira de troncos, sumergidos en agua hirviendo o devorados por los cocodrilos. Hoy son, como en la profecía bíblica, convertidos en polvo, exterminados en cámaras de gas o de fulminante muerte tras puncionarles el corazón con líquido letal. Es el progreso de las técnicas destructivas y el retroceso de los valores morales. La historia se repite, sí, pero el ayer cuenta sus muertos por miles y el hoy por millones.

Abril de 1945... Los ejércitos aliados penetran en el corazón del III Reich y descubren el horror de los campos de exterminio, negra pesadilla de la historia contemporánea. Me llega la horrenda noticia: Charles y los suyos, muertos entre millones de víctimas de esta nueva y desconocida guerra de destrucción. Las teorías raciales del monstruo asesino, bastaron para justificar el experimento médico de repulsivos crímenes científicos.

Yo no estuve allí, aunque sí mi alma en pos del amigo, ansiosa de hallarlo, soñándole vivo entre tanto desecho humano. Mis males y sufrimientos, mis complejos afectivos, lo que vieron los ojos y padeció el alma, el recuerdo de los penosos días pasados en la prisión, todo se desvanece insignificante ante la magnitud de esta nueva versión de la maldad humana en su mayor grado de degradación moral. ¡Lo que la especie humana es capaz de hacer con la especie humana!

Con vuelo de águila, mi alma surca el espacio con un estremecimiento de horror para ir a posarse en los campos de exterminio. Entre las brumas, un lugar imaginario, que fue real, del universo de la maldad: Belsen, Dachau, Buchenwald, Aucehschwitz, Mauthausen, Rawensbruck, Lidice, Majdanek, Orandour, tumba ingente para seis millones de judíos, décimo círculo del infierno de Dante. ¿Dónde estás, Charles?... Hedor de carne quemada en los crematorios con fumarolas verdes y amarillas, y fosas atestadas con montañas de cadáveres enlazados unos con otros en figuras grotescas e inverosímiles, desnudos y esqueléticos. ¿Dónde estás, Charles?... Los rostros, con la piel apergaminada adherida al cráneo, no son identificables. Estigmatizados por sus verdugos, ocultan la faz, ruborosos de verse reducidos a bestias moribundas a quienes se les ha desposeído de toda dignidad humana. ¿Dónde estás?... Arden en las cámaras de gas los esqueletos calcinados, mientras bailan la danza de la muerte

los últimos despojos humanos al son de horribles lamentos. ¿Dónde, Charles, dónde?... Aquí y allá, botas, cascos y fusiles, símbolos carceleros de estremecedor recuerdo, cadáveres que parecen dormidos y otros sentados al borde del foso con el tiro en la nuca que no llegó a arrojarlos al hoyo, o enterrados en la nieve con las manos crispadas. Y en el rostro, siempre la misma máscara que los vuelve irreconocibles. ¿Cómo hallarte, Charles, entre seis millones de residuos humanos?

Incapaz de soportar tan espantosas visiones, alma y mente huyeron enloquecidas en un pavoroso adiós a las fábricas de muerte. ¡Pobre Charles! ¿Qué puedo decirte ahora que te has ido?... Adiós, *puente de plata*, postrer confidente de las cuitas de mi alma. Alquimista de lo imposible, soñaste con vincular espíritu y materia, aspiraciones del alma y necesidades del cuerpo, en la creencia utópica de hacerlos discurrir por el mismo cauce. Amabas a la vida, y ella te eligió una más de sus víctimas. Defendías al mundo, y el mundo que pudo vengarse en mí a sabiendas de que lo odiaba, te escogió a ti, su pionero, a ti, ingenuo creyente en la bestia humana. Todo en mí se rebela y clama al cielo ante la gran injusticia.

Querido Charles, yo nunca fui el solitario que tú creías; porque ese dios o demonio contra el que alzaste bandera, habla en mis adentros sin cesar. Una aflicción o una alegría agitan mis sentimientos; una esperanza, un ansia de algo que ignoro me atormenta. Yo, en la soledad del encierro, tuve el consuelo de refugiarme en los sueños e hice bailar a mis personajes en el fantástico teatro de marionetas. Pero tú, conversador infatigable y ávido de compañía, condenado a la soledad y el silencio, solo, terriblemente solo, sin un mito a quien confiar esperanzas y aflicciones; tú, fanático creyente en las bondades del mundo, ¡qué gran desengaño el tuyo! ¡Qué terrible sorpresa ante la acometida de la bestia!

Has muerto, Charles, y contigo, el mito de la humanización del personaje fantasma. ¿Quién enarbolará ahora la bandera por el postulado humanístico del fantasmal yo? ¿Quién me arrastrará adonde no quiero ir? ¿Quién podrá contra quién?... Ahora que te he perdido, sólo me queda el encierro en la fortaleza de mi alma. Has muerto, Charles, incinerado en el crematorio horrible; has muerto tú, mi antítesis. Se ha abierto un camino y cerrado una puerta. Sin esperanza,

sin fe, sin deseos de convivencia, sin freno ni voluntad de respirar lo irrespirable, sin más voz que la de mi demonio, ¿qué otra cosa puedo hacer sino entregarme?

Todo en la vida me ha sido frágil e inestable. Presiento que ha llegado la hora de anclar en el refugio de mi alma. Y no experimento temor al claudicar, pues al contrario, mente y espíritu esperan ansiosos el nuevo derrotero. Tal vez me aguarden duras batallas y tremendos desengaños; tal vez la inútil búsqueda acabe en eterna controversia, o como el explorador, muera en la empresa, despedazada el alma y perdida la razón.

Se ha abierto un camino o un abismo, no lo sé. El *punte de plata* ha sido derribado para siempre. A un lado, el mundo de la maldad y el odio, de la ambición y las guerras; al otro, la soledad, soledad para con mi alma, mis pensamientos y la sibarítica voz de la diosa inquietud que me llama. Se ha abierto un abismo y he quedado solo en la otra orilla; solo con mi demonio. ¿Qué será de mí, Dios mío?

**Antes que la mente iniciara el vuelo del halcón; antes que el espíritu demoníaco aquel se posesionara de mi ser forzándome a evadirme, busqué en la huida hacia otros lares el bálsamo a tanto desasosiego de mi alma. Pero el inadap-
tado vivía ya en mí, y la fuga circunstancial no apaciguó a mi espíritu, preso ya por el demonio de la inquietud, y enfermo del incurable mal de la angustia y la queja.**

Sí, antes que fuera realidad la hora H de la evasión. Antes que los lamentos del alma tuvieran resonancias en mi conducta y en el quehacer profesional; que el hilo de inacabables controversias tejiera su maraña inextricable; que el esclavo fuera señor y el señor, esclavo; antes, hice mía la renovada tentativa de buscar fuera la paz que no encontraba en mis adentros. ¿Qué me impulsó a volver a la experiencia negativa del insulso bregar en los cotidianos quehaceres y al automatismo controlado de las estériles ocupaciones? Sólo el deseo de paliar el incurable mal que roía mis entrañas. Pero alma, mente y corazón, no estaban preparados, y aquel nuevo ensayo resultaría estéril.

Volví a París, del que me separaban las cuatro paredes del encierro voluntario de muchos años; al París de la fábrica olvidada por segura en las competentes manos de Andrés; al de la profesión que pudo ser bálsamo confortador para alivio de las miserias humanas, y no llegó siquiera a satisfacer mis exigencias ante el deber cumplido. Volví a una vida de trabajos y estudios, lejos del pincel, la música y la torturante voz de mi demonio. Volví a París para arrinconar el pasado con el forcejeo de los cotidianos quehaceres, tan sobrados de banalidades como ausentes de inquietudes. Trabajé hasta el agotamiento e hice de mis ocupaciones un coto cerrado, sordo a las prótes-

tas del alma. Y así creí destruir a los fantasmas de la mente, al encadenar a mi otro yo en la rueda de la infernal máquina, siempre en busca de la ansiada paz.

Supe así que era más grande mi fortuna y más saneados mis intereses, bien defendidos por las fieles manos de mi administrador Andrés, y empecé a trabajar en aquellos menesteres que ya en la adolescencia habían suscitado mi repulsa al revelar una notoria incapacidad. También, con gran esfuerzo, logré finalizar los estudios de medicina, en una entrega sin entusiasmo y con muy poca fe en el porvenir que me aguardaba. De aquel bracear desesperado por las frías aguas, sólo conseguí enflaquecer mis carnes y llevar al máximo los desarreglos funcionales de una enclenque constitución. Pese a ello, no pude acallar la voz de mis adentros que día a día me torturaba clamando por sus fueros:

“No, César, no. No es ese el camino. No son bienes de riqueza de lo que estás necesitado; ni es el alza y baja de los valores numéricos lo que ha de enardecer tu ánimo y traer una mayor fruición al espíritu. Y si no es el amor a tus semejantes, ni la busca de una posición económica desahogada que ya tienes, ¿qué te hace estar presente en la consulta y en la fábrica? ¿Por qué arrojas piedras en el camino y lo cubres de basura? ¿Por qué finges una felicidad que no te alcanza y te niegas a ti mismo?”

La voz de mi demonio continuaba machacona y desmoralizadora:

“Si en el dolor contigo mismo, ya lo sabes, puedes hallar la felicidad que buscas, y en el encierro, nuevos caminos para tanto interrogante, no es razonable que pierdas tu tiempo emborrachando el alma con insulsas ocupaciones. Ha llegado la hora de liberar la mente de las trabas que la oprimen. No permitas que tu vida sea una máscara. Vuelve a solas con tus pensamientos. ¡Entrégate a los sueños! ¡Entrégate a mí!

Las noches se volvieron alucinantes. Era la rebelión en ciernes, el cerco implacable impuesto por mi demonio. Permanecía horas y horas con los ojos abiertos atisbando entre las sombras al fantasma de mi otro yo. El vientre, como un gigantesco globo hinchado, hacía latir mi corazón con ritmo irregular mientras el reloj parecía gozar dejando oír las medias horas para aumentar la angustia de mi deso-

rientación en el tiempo. Insomnio pertinaz, dañino para el cuerpo y confortador para el alma, liberada por unos instantes de la férrea disciplina de las abrumadoras tareas profesionales. Noches donde los sueños se apoderaban ávidos de la mente, libre del mandato del raciocinio. Noches de revisar cuentas y anotar saldos, cuentas del espíritu y saldos sin números.

¡Qué aterrador balance y espantoso vacío el de aquellos años que siguieron a la guerra! Pero... siempre existía un pero, un día siguiente, un despertar obligado donde todo era barrido por los razonamientos. Eran las horas del ir y venir al hospital, a veces con el tiempo preciso para un bocadillo; eran también, los quehaceres en la fábrica y la rutina de los fríos números. Siempre el debe y el haber. Dinero, trabajo, cosas, muchas cosas ocupando lugar en la mente sacrificada y tiempo en los días idos. Era el autómatas en funciones arbitrarias, la razón como censor implacable y la creencia de haber logrado al fin comprender la vida.

Todo hubiera seguido así si un día... Como otras tantas veces, no había logrado conciliar el sueño, cuando de pronto me incorporé al oír unos fuertes gritos... Amanecía. Como un sonámbulo me dirigí a la ventana que abrí de par en par. La voz del vendedor de periódicos anunciaba en aquel instante la fatídica noticia: *Confrontación nuclear en Cuba. La flota soviética frente a la armada norteamericana...*

Fue lo bastante. Los espantados ojos de mi alma giraron enloquecidos buscando huir de las apocalípticas visiones de una guerra nuclear. El corazón me dio un vuelco y experimenté un vivo dolor en el brazo izquierdo. Luego, un vértigo intensísimo me hizo vacilar. Quise aferrarme a la ventana y caí al vacío. No supe más. Era la hora H de la ansiada evasión, de la liberación o el encierro, del retorno o la ida. ¡No sé como llamarla!

Ha sonado la hora. La evasión no es un mito. La locura, una bendición. He roto mis cadenas y ha nacido el personaje fantasma. ¿Camino hacia un mundo mejor?

¿En qué infierno dantesco me encontraba? ¿En qué mundo de locura? No eran visiones sino personas reales las que estaban ante mí. Hablaban como yo y decían cosas absurdas poniendo en juego mi razón.

Grité tratando inútilmente de liberarme de quienes me tenían inmovilizado, y sólo conseguí que me sujetaran con más fuerza. Un dolor agudo me atravesó el brazo, y poco después perdía la noción de cuanto me rodeaba.

Cuando creí despertar, la blanca silueta de una enfermera me atendía solícita. Sus grandes ojos azules parecían querer hipnotizarme, y acabé sumido de nuevo en invencible sueño. Fue entonces cuando alumbró la pesadilla. Mi alma, estigmatizada por dos impactos bélicos, forjó en la mente la obsesiva idea de que había estallado la conflagración nuclear entre las dos grandes potencias, Rusia y Norteamérica. Luego... Fue como un sueño y no era un sueño sino tal vez la alucinada visión del introverso mundo de mi locura, la personificación de mi otro yo. Aún me debatía preso de las apocalípticas visiones de una guerra nuclear, cuando de pronto una sombra surgió ante mí adelantándose unos pasos.

“—Hola” —me saludó jovialmente.

No daba crédito a lo que mis ojos contemplaban: era yo mismo.

“— ¿Quién eres?” —fue la pregunta que brotó de mis labios.

“— ¡Cómo! —se irguió rápidamente la imagen fantasma—. Me llevas dentro de ti, encadenado, soportando años de encierro y esclavitud, y ahora que logro liberarme, sólo se te ocurre tan necia pregunta: ¿Quién soy? ¿Quién puedo ser sino tus sueños e ilusiones, las

inquietudes que bullen en tu mente, las torturas de tu espíritu, tus esperanzas fallidas! ¡Lo que siempre has deseado ser!

Me froté los ojos repetidamente, pero la absurda visión continuaba allí, ante mí, como la propia imagen delante del espejo. Sólo, que esa imagen no reflejaba mis gestos ni sus labios repetían mis palabras. Se acercó pausadamente y empezó a hablarme en un extraño tono confidencial, grave y preocupado.

“—Escucha, César —dijo sin apenas alzar la mirada—. Mi situación es bien incierta. En verdad soy un espíritu, tu espíritu atormentado y soñador, el idealista que siempre has llevado dentro. Pero si ahora quiero vivir, preciso...”

Titubeé un momento como si temiera terminar la frase.

“— Precisas... ¿qué?”

“— De tus manos para pintar.

“— ¡Pintar! —exclamé en el colmo de la desorientación.

“— ¿Acaso lo has olvidado? Pintar fue siempre tu afición favorita, el sueño dorado de tu adolescencia... Recuerda: pintabas en la escuela y en la calle, cuando Charles tocaba el violín, mientras tus compañeros jugaban y cuando todos en casa dormían. Pintar era tu obsesión...”

“— ¡Dirás, la tuya!

“— Los estudios en la academia... ¡*Monsieur Pierre*, tu profesor! ¿No lo recuerdas?

“—Sí, lo recuerdo —dije como si hablara conmigo mismo.— Pero aquello, tú lo has dicho, fueron sólo sueños de adolescente. Mi vida sigue ahora por otros derroteros.

“— Sí, ya sé... Por otros derroteros. Te has convertido en hombre-máquina, en hombre-rueda: dinero, posición, bienestar material. Ni siquiera en tu profesión has logrado ser lo que soñaste: un investigador, un misionero de la medicina... ¡No, no trates de engañarme! De sobra sabes que vives encadenado bajo un caparazón de materialidades, en un mundo de guerras y violencia.”

Cré que volvía a la realidad y pregunté rememorando el sueño:

“— ¿No ha terminado el mundo?

— El de tu razón, tal vez sí. Por eso estoy aquí, para conducirte al otro de las lucubraciones de la mente, los sueños, la locura, y... las divagaciones del pincel.

— No te comprendo. ¿Acaso he perdido la razón?

— ¿Qué entiendes por razón y qué por locura? ¿Es razonable vivir en un mundo de guerras y violencia? ¿Lo es, encadenarte al insulso bregar de los cotidianos quehaceres? Yo sólo intento liberarte de las mezquinas cadenas.

La suplantación de mi personalidad perdía sus perfiles alucinatorios. Llegué a olvidar la insólita situación, y no fue extraño que la conversación siguiera los cauces de un diálogo normal.

— Escúchame...

— Dorian, llámame Dorian, como el personaje aquel de la doble vida que ya conoces.

— Pues bien, Dorian, concretamente, ¿qué deseas de mí?

— Vuelve por tus fueros, César... Sí, los que vivían en tus sueños de adolescente. Roba horas a tus horas, días a tus días. Los necesito.

Se había transfigurado y no me reconocía a mí mismo: la mirada perdida, los labios entreabiertos, el rostro anhelante.

— ¿Qué me contestas? —insistió.

— Yo bien quisiera, pero..."

— ¡Sin peros, César, sin peros! —imploró.

— Si te dejo en libertad, Dorian, ciertamente vas a crearme muchos problemas. Es difícil saber hasta que punto podrás gozar de la independencia que me pides. Abandonar lo que soy... Cambiar el curso de mi vida. ¡Pintar! ¡Es imposible!

— Tu vida ha cambiado ya.

— ¿Qué quieres decir?

— Tu vida y tu mente.

— ¿Insinúas que he perdido la razón?

— Insinúo un paraíso de sueños a cambio del odiado mundo real, la libertad por la esclavitud, los placeres del espíritu por los

mundanos, y las contiendas del alma reemplazando a las guerras de destrucción... Piénsalo, César. Si te devuelvo el juicio, tal vez no haya otra alternativa. Piénsalo. Ahora puedes elegir, ¡debes elegir!

Mi alma, forzada a despertar de su letargo, desnuda de la tosca investidura de tantos años de esclavitud y sometimiento, acabó entregándose al fantasma de mi otro yo. Era una entrega sin condiciones, primer intento serio y desesperado de evasión en pos de quien, hablando con acendrada fe y renovados bríos, defendía como suyos el bagaje de mis sueños y aspiraciones, con la pretensión de encarnarlos a cambio de darle la vida que no tenía.

— De acuerdo, Dorian, de acuerdo —le concedí.

Rápidamente se encaminó hacia la puerta. Tenía el rostro iluminado y la mirada de un poseído.

— ¡Soy libre, César, libre! —gritó con desbordante gesto de alegría—. Ya no volveré a encerrarme ahí, dentro de ti —me señaló con el brazo extendido—. Adiós, César, adiós.

Y desapareció tras la puerta.

Así me sumergí en el mundo de la locura y dieron comienzo mis alucinadas cuitas internas. Y así nació el personaje fantasma que dio por llamarse Dorian y al que tan ingenuamente me entregaba sin imaginar que acabaría adueñándose de mi vida, en encarnizada pelea conmigo mismo, con el hombre que hasta ahora encarnara.

Huyeron los fantasmas de mis dudas y temores. Recelos e indecisión, acabaron por sucumbir ante el brío de la resolución irrevocable. La tan deseada evasión dejaba de ser mito. Si no era Dorian, pensaba como él e iba a obrar a impulsos de sus deseos. Y su primer mandato me ordenaba barrer con el pasado. En la exaltada hoguera de mi imaginación, ardían ya, presuntas cenizas, los mil útiles del esclavo. El dedo de una voluntad y decisión insoslayable, fue señalando lo que debía ser incinerado, simbólicamente, claro. Arrinconar el ayer, someterlo a ocultación y forzado olvido: he aquí los primeros designios del personaje fantasma. Surgió el caballote, el maletín de las pinturas, el piano, las partituras de música, los esbozos de los lienzos. Renovados temas para la también nueva vida que me aguardaba.

Cuando encaminé mis pasos hacia la Academia, pensaba únicamente en lo que diría a *monsieur Pierre*, mi profesor de dibujo y pintura. El ayer de la última clase y el hoy de la primera, no estaban tan lejanos —creía yo—. Había cierta continuidad en las noches de preocupación e insomnio, en las constantes llamadas de mi otro yo incitándome a la rebeldía, y en los tantas veces fallidos intentos de evasión. Había continuidad también, en la creciente protesta ante el agobio de responsabilidades sinfín, y en la abulia de los quehaceres cotidianos.

Mientras andaba por el bulevar de siempre, el de las idas y venidas de mi adolescencia escolar, iban surgiendo los recuerdos como lazadas que unían el pasado con el presente. Rememoraba el anochecer de cambiantes luces, el inquieto balanceo de las frondas y la influencia triste del neblinoso día invernal, siempre tan corto, contrapuesto al alegre estío de unos días pletóricos de luz y transparente cielo azul, largos, interminables. No más crecidos ni frondosos eran los árboles hoy que entonces. Quizá el ritmo de la vida había impuesto un creciente circular de gentes y carruajes, y tal vez andaba ahora con ese andar más reposado de los años. Pero en mi espíritu bullían las mismas inquietudes e idénticos sueños de aquel ayer, sin más obsesión que fijar en el lienzo los cambiantes juegos de luces y la transparente atmósfera de este sin par día de hoy. Hasta los pájaros, yo diría los mismos pajarillos, cantaban alborozados bajo el esplendoroso cielo azul del despertar primaveral y el renovado verde de las frondas, mientras en mi alma afloraban las nuevas ansias en trance de realización.

Me detuve, e instintivamente alcé la mirada y leí: *Librairie Touchair*. Allí solía adquirir los bagajes de mis pinturas y mis libros. Con paso decidido entré en el local de los gratos recuerdos. No hallé más viejo ni arrugado al anciano de redondas gafas que siempre me atendía tan solícito. La fantasía se desbordó, y en un alarde de anticipación contesté a la supuesta pregunta de otros tiempos.

— Sí... Como siempre: dos lienzos, pincel y un repuesto completo de colores.

Me miró sin pestañear. Al poco rato estaba de vuelta con los bártulos. Todo sucedía como si del ayer me separaran unas pocas jornadas. Y habían transcurrido... No sé; no acertaba a calcular el tiempo.

Una extraña amnesia me llevaba a confundir el presente con el pasado. Cuando puse los pies en la vieja escalinata de la academia, sentí resquebrajarse mi aplomo. ¡Esto es absurdo! —fue la reconvención que me hice a mí mismo en un momento de debilidad.

Pero al instante, el personaje fantasma vino en mi ayuda.

— Nada es absurdo —dijo—. Reanudas la marcha después de un alto en el camino. Y no hay razón para desanimarte. ¿Recuerdas la tonadilla aquella?... Sí, la canción que entonabas al tropezarte con el bedel de la academia. Anda, síbala conmigo... Igual que entonces.

El silbo, un tanto desafinado, me devolvió la seguridad en mí mismo. Pulsé el botón y la puerta se abrió. Jean, el portero de la academia, me recibió boquiabierto, aferrado al picaporte e incapaz de articular una sola palabra. Sin duda me había reconocido, pero la sorpresa del inesperado encuentro le dejó alelado.

— ¡Usted! —exclamó al fin.

Nos abrazamos.

— Mi querido Jean. Discúlpame ante el profesor por este retraso —le dije humorísticamente a modo de saludo—. Un retraso de muchos años. Naturalmente que he estado enfermo... De aquí — señalé la cabeza—, aunque a Dios gracias ya me he recuperado.

Jean meneaba la cabezota de un lado a otro. Incrédulo y aún no recuperado del sorprendente encuentro, gritó:

— ¡Imposible! ¡Imposible!

— Imposible, ¿qué?... Corre, ve a avisar al profesor.

Jean al retroceder tropezó con la puerta, dio torpemente con el hueco, y desapareció como una exhalación.

En el vestíbulo, nada había cambiado. Posiblemente no sólo en el vestíbulo, porque era una utopía pensar que *monsieur Pierre* variara en algo, y menos aún en el arte de enseñar a pintar. A buen seguro que seguía aferrado a los viejos cánones, inamovible ante las nuevas corrientes, y reacio a admitir la posibilidad de cualquier renovación.

La puerta se abrió y la voluminosa figura del profesor, ennoblecida por las canas, apareció en el umbral. Rápidamente se dirigió a mi encuentro.

— ¡César! —me abrazó—. ¡Tú aquí! ¡No puedo creerlo! ¡Después de aquel desplante!

— Tuve que hacerlo, *monsieur Pierre*... Los estudios de medicina... La fábrica. No siempre vocación y profesión discurren por el mismo cauce.

— ¡Lo sé! ¡Lo sé! Pero, ¡despedirte de esa manera, hombre! Y dime. ¿Qué te trae por aquí?

— Necesito de usted, profesor.

— ¿De mí?

— Para ser más exactos, del pincel.

— No hablarás en serio. O la vocación es mucha, o te hallas harto de riquezas materiales y necesitado de expansión espiritual.

— Muy necesitado. No puede imaginarlo.

Durante un buen rato sostuvimos una larga perorata y al final convinimos que al día siguiente recomenzaría las clases interrumpidas... ¿cuándo? Otra vez la amnesia se interponía entre el hoy de mi madurez y el ayer de mi adolescencia.

* * *

Tuvo *monsieur Pierre* el buen acierto de ubicarme en el extremo del salón. Me separaba del grupo infantil la trasera de un gran cuadro, copia de una virgen de Murillo en la que se hallaba enfrascada mi vecina de trabajo. Recuerdo bien el día aquel del incidente que tanto habría de significar en mi vida. Agotaba los minutos de la clase cotidiana reproduciendo temas clásicos con aquella pintura tan severamente formalista que imponía el rigor de la academia. Cansado y un tanto apático, alcé los ojos para posarlos una vez más en mi *barra protectora*. Allí estaba, como otras veces, ensimismada en su trabajo y ausente de mis furtivas miradas. La luz crepuscular iluminaba de lleno su semblante. Sentí el impulso de captar ese momento, pero, ¿cómo lograrlo si estaba bien seguro que la efímera luz se esfumaría con las primeras pinceladas?

Coloqué en el caballete una nueva tela. Mis experiencias con el pincel, lejos de la academia, me permitían bastante más que pintar

florituras y reproducir pacientemente imágenes figurativas. Y ahora sentía el impulso de plasmar sólo la luz y la emoción de aquel rostro, no su semblante. No disponía de tiempo para mezclar colores y siluetear sombras con tonos preparados.

Febrilmente fui superponiendo unas a otras, manchas de puro color en extrañas pinceladas que nadie me había enseñado, sin otra finalidad que la de tratar de reproducir en el lienzo, no la realidad inmediata sino algo más sutil que colmaba mi emoción. La tela pareció iluminarse y tal vez apuntara el esbozo de un rostro entre la profusión de colores. Cuando más embargado me hallaba en la tarea, luz y expresión se esfumaron de mi vista y no pude reprimir un grito de protesta.

— ¡No, no! —exclamé.

Era absurdo tratar de detener el tiempo ido e inmovilizar la luz desvanecida y la emoción pasajera de un semblante. En el estudio se originó el consiguiente revuelo. Acudieron los alumnos en tropel, ansiosos de saber lo que ocurría, y pronto me hallé rodeado por rostros con sonrisas burlonas, incrédulas y curiosas; sobre todo curiosas. La inquieta mirada de *monsieur Pierre*, iba una y otra vez, interrogante, del lienzo a mi persona.

— Y bien, ¿qué ha sucedido? —me preguntó con cierto empaque en la voz.

La escena era absurda, y por supuesto no tenía explicación. Con el pincel en alto, rota la... llamémosle inspiración, no acertaba con la respuesta. Fue ella, precisamente mi vecina en el estudio, quien, dándose cuenta de mi turbación, me volvió a la realidad.

— ¿Se siente usted enfermo?

Pude contestar afirmativamente y hubiera salvado la situación un tanto incómoda. Pero no lo hice.

— ¡Oh, no!... Nada de eso —fui sincero al responder.

Y me volví hacia el profesor que aguardaba mi contestación.

— Perdona, *Pierre*. La verdad es que me sentí impresionado por la luz de la ventana y la expresión del rostro de mi vecina de trabajo.

— No es preciso que expliques el motivo de tus... divagaciones, César —me interrumpió con evidentes muestras de mal humor—.

Basta con que me aclares el significado de ese absurdo modo de pintar —apuntó al lienzo con el dedo tembloroso.

— No le comprendo, profesor.

— No querrás hacerme creer que es la primera vez que pintas de esa manera. ¿Acaso has inventado tan extravagante modo de manejar el pincel?

Siguió una breve pausa. La conversación tomaba un giro inusitado y había expectación general en el círculo de los jóvenes espectadores mientras ella sonreía como animándome a proseguir el insólito debate.

— Insisto en lo dicho, *monsieur Pierre*. Ha sido una manifestación espontánea y sin ninguna intención.

— ¡Basta! —me atajó de mal talante—. Si tu interés en volver a la academia es por ocultas intenciones, en otras palabras, para introducir en esta escuela el disparatado modo de pintar de ciertos revolucionarios del pincel, por no llamarlos de otra manera, tu conducta es reprochable y no ya exige una explicación sino que me obliga a un escarmiento.

No podía tolerar que públicamente me trataran como a un niño a quien echan en cara una falta no cometida.

— Profesor. Sobran las explicaciones. Comprendo perfectamente lo que trata de insinuar. Pero está equivocado: no hay supuestas ni ocultas intenciones.

Me levanté del asiento, recogí mis bártulos y avancé decidido encaminándome hacia la puerta. Casi al final me tropecé con ella, y pude observar que su rostro había cambiado. Estaba acongojada.

— Créame que lo siento —le dije un tanto azorado—. Con franqueza, no esperaba tan imprevisto final a mis divagaciones pictóricas, pero permítame que la felicite porque su pincel también divaga un poco... Buenas noches.

Salí a la calle y con paso inseguro me dirigí a casa mientras pensaba con tristeza cómo era posible que todo terminara de tan absurda manera.

Después del incidente de ayer, mi ánimo quedó derrumbado. Deseaba y temía a la vez enfrentarme a mi otro yo. Lo deseaba, para reprocharle con amargura lo ocurrido culpándole de mi absurdo proceder y de mi confusión ante el incierto futuro; lo temía, porque no ignoraba el ardoroso empuje de su palabra convincente y la consabida promesa de un venturoso mañana.

— Empezaremos por el pincel, me habías prometido, Dorian. Y ahora que todo ha terminado tan inesperadamente, dime, ¿qué haré ahora?

No hubo opción al diálogo con mi otro yo. Unos toques suaves acababan de sonar en la puerta. Y no era Dorian sino la sirvienta para anunciarme que una desconocida deseaba hablarme. Poco después estaba ante mí, nada menos que mi compañera en la academia, hasta cierto punto, la promotora de mis desaciertos con el pincel. Fui a su encuentro tendiéndole la mano, sin ocultar la sorpresa por aquella visita.

— ¿Usted?

— Le extrañará mi presencia —contestó con palabra reposada y ademanes desenvueltos—. En verdad, sólo he venido a devolverle su lienzo.

— ¡Mi lienzo! ¿Qué lienzo?... ¡Ah, sí,! el de las divagaciones del pincel. No valía la pena aunque le agradezco la molestia. Pero, siéntese, se lo ruego.

Siguieron unos segundos de forzado silencio que ella rompió para hablarme del incidente en la academia.

— Sentí mucho lo ocurrido ayer, aunque si me lo permite le diré que obró usted impulsivamente. En mi creencia, el profesor no trataba en forma alguna de despedirle; incluso lamenta lo ocurrido y vería con agrado que volviera al estudio.

— A los diez años, cabe soportar tales situaciones. Puede que a los quince también, pero después de los treinta, resulta bastante incómodo. Piense que había mucha juventud a mi alrededor.

— Es usted orgulloso.

— Yo diría tímido. Sí, fue mi timidez la que me llevó a tomar una decisión, quizá como usted ha dicho, un poco precipitadamente. Lo

reconozco: no supe hacer frente a la situación, o tal vez me cogiera de improviso. Por otra parte, no esperaba que *monsieur Pierre* procediera a una pública amonestación... Lo encuentro desconocido. Deben ser los años.

— No son los años —se apresuró a disculparlo—. ¿O acaso ignora que en la academia es prohibitivo manejar los colores como usted lo ha hecho?

— No le comprendo.

El semblante de mi interlocutora adquirió una expresión de asombro. Evidentemente, no creía en la sinceridad de mis palabras.

— Entonces, ¿obró a impulsos de la espontaneidad?

— Verá usted...

— Me llamo Elisa. En la academia, el nombre de César se ha vuelto muy popular.

— Mire, Elisa. Con franqueza, resulta pueril insistir, pero tal y como le expliqué al profesor, me sentí atraído por la expresión de su rostro que reflejaba un especial estado anímico. Luego, la luz de la ventana... En fin, quise plasmar en el lienzo no sé si lo que veía o sentía, o ambas cosas a la vez. Era imposible objetivar formalmente la realidad. A lo sumo evocarla en el confuso colorido; no había tiempo para más. Y así surgieron aquellas pinceladas, casi sin proponérmelo.

El rostro de mi interlocutora reflejaba la sorpresa que le estaban causando mis palabras. De pronto la oí exclamar como quien acaba de hacer un súbito descubrimiento:

— ¡Increíble! ¡Nunca lo hubiera imaginado!

— Increíble, ¿qué?

— El que tan espontáneamente haya precisado la esencia de la pintura subjetivista con pinceladas de contemporaneidad, al tratar de plasmar estados del alma sin explicación racional. Le diré, César, que eso ya descubierto, y que usted ha creído descubrir de nuevo sin proponérselo, entra de lleno en el terreno del subjetivismo. Lo que le separa de él, son las pinceladas de puros colores. Y ahí lo original y atractivo de su lienzo, al eslabonar la pintura contemporánea con su estado anímico.

Quedé unos instantes perplejo sin saber que decir. Hasta cierto punto le debía una explicación más a tono con los acontecimientos.

— Escúcheme, Elisa. Deseo hacerle una confesión: me equivoqué respecto a usted. Sí, en un principio la creí un tanto anquilosada por el rigor académico de *monsieur Pierre*. Más tarde lo desmintió su virgen de Murillo en desacuerdo con la didáctica del profesor, y ahora lo confirman sus palabras. Sin embargo, hay algo que no comprendo. ¿Por qué continúa en la academia?

— Pierre es un magnífico profesor aunque aferrado a los antiguos cánones, y no cederá un ápice en su rigorismo académico; lo sé muy bien. Pero Pierre fue también un gran amigo de mis padres... Soy huérfana, y él ha sido para mí un segundo padre.

— Ahora comprendo tanta benevolencia y lamento de veras el incidente de ayer.

— No tiene por qué preocuparse. Estoy de su parte. De no ser así no me hallaría aquí.

Hizo ademán de incorporarse, pero la retuvo con ánimo de conducir el diálogo por otros derroteros.

— Me he enterado que se inaugura una exposición retrospectiva que empieza en el impresionismo y acaba en la pintura actual. ¿Lo sabía?

— Sí. Exponen obras de Monet, Degas, Renoir y otros maestros del impresionismo, junto a la moderna pintura de los Kandinsky, Picasso, Braque, Miró y otros muchos que figuran en vanguardia... ¿Erudito?

— ¡Quiá! Ni siquiera llego a diletante, y menos a buen aprendiz de pintor. El incidente en la academia es una buena muestra.

Durante un rato rió de buena gana.

— Entonces, ¿qué es usted?

— Un evadido.

— ¿Un evadido? ¿De qué prisión? —volvió a sonreír.

Mi actitud cambió en unos instantes. La persona que apenas conocía, me arrastró sin quererlo hacia una conversación más íntima y confidencial.

— De mi propia prisión; sí, de una cárcel que yo mismo estúpidamente construí para encerrar en ella lo más hermoso de la vida: sueños, inquietudes y creatividad, mientras de forma inexplicable me encadenaba a insulsos quehaceres agobiantes de responsabilidades y sobrados de materialidad.

Había dejado de sonreír. Sus grandes ojos azules miraban imperturbables y acabé por rehuirlos.

— Y, ¿qué ha hecho usted durante todo ese tiempo? —atizó más leña al fuego.

— Perderlo... Me explicaré: un día —hace de esto muchos años—, me quedé dormido con el pincel entre los dedos y unos sueños deliciosos en la mente, que me sumió en la inercia durante... no sé. Siempre me supone una incógnita averiguar el tiempo transcurrido porque, todo parece cercano y alejado a la vez. Bien, el caso es que al despertar me hallé de nuevo en la academia, la misma de mis años niños, debatiéndome en el frustrado intento de fijar en el lienzo mi emoción, precisamente el sueño de aquel entonces, traducido ahora en la dinámica emotiva de un rostro arrebatado por el éxtasis y un sutil rayo luminoso flotando en la transparente atmósfera.

— Muy singular.

— Si lo dice por los incidentes acaecidos en tan corto espacio de tiempo, estoy de acuerdo con usted. Porque, si descubrir lo ya descubierto, aunque sea con atisbos de contemporaneidad, no peca de novedoso, romper la tranquilidad de la academia y despertar su atención obligándola a venir a mi estudio, no hay duda: es algo extraordinario de lo que, por supuesto, me siento muy orgulloso.

Reímos un buen rato. Luego, se puso en pie y comprendí que daba por terminada la sorprendente entrevista. Junto a la puerta, apuré la conversación hacia los fines que me proponía.

— Esto no puede terminar así.

— Desde luego —contestó estrechándome la mano—. Pierre y yo, esperamos verle de nuevo en la academia.

— No, Elisa. De pronto he comprendido que aquello no es para mí. Pero podemos vernos aquí, en mi estudio.

— Naturalmente.

Y sonriendo, desapareció tras la puerta.

Poco después exteriorizaba mi alegría al clamar por el personaje fantasma:

“— ¡Dorian! ¡Dorian!

Una vez más, el teatro de mis alucinadas controversias levantó el telón para representar la nueva escena.

“— Hola —saludó la voz en mis adentros.

“— Perdóname, Dorian. Pensaba recriminarte en la creencia de que todo había terminado. Pero ahora me siento feliz, muy feliz, porque nuevos horizontes y renovadas ansias inquietan mi espíritu.

“— Eres muy impulsivo, César. No tienes fe en mí. ¿Por qué habías de inquietarte? ¿Porque, como el niño en sus inciertos andares, has sufrido la primera caída?... ¡Si apenas hemos comenzado! Con el pincel, las teclas del piano o ese otro tejer de la fantasía; con tantas cosas puedo hacerte yo feliz. ¿Qué sabes tú de las mieles del amor que enloquece y mata, de sus torturas y arrebatos, de la pasión que ciega y trastorna? Yo puedo hacer vivir en ti, incluso el amor a un mito... No, César, no vivirás años bastantes para gozar de un amor hecho a tu imagen y semejanza; amor al diálogo entre dos almas, a la soledad y el monólogo; amor narcisista a cuantas torturas e inquietudes viven en tus adentros.

* * *

Cada día transcurrido traía a mi ánimo el convencimiento de mayores dudas respecto al valor de mis creaciones con el pincel. Quería una pintura dinámica que satisficiera las exigencias de mi creatividad, pero, ¿cómo pintar la emoción si esa emoción es movimiento, metamorfosis, vida y muerte, fuego y cenizas. El pincel podrá plasmar la luz o la oscuridad, la atmósfera o el vacío inerte, pero no la incesante mutación.

Mi creatividad pictórica me condujo a un callejón sin salida. Cuando descubrí que sólo intentaba pintar mis emociones, descubrí también mi fracaso. La pintura dinámica era un mito, puesto que todo surgía en los cuadros estático y ausente del espasmo creador, como reminiscencias del placer sin placer. Fue entonces cuando me

rebelé contra el supuesto de una pintura subjetivista como pieza de museo. ¡No y no! —repetía una y otra vez mientras colocaba en el caballete un nuevo lienzo.

Y así nacieron aquella serie de telas en las que mi desviacionismo artístico me conducía absurdamente a pretender iluminar las impresiones anímicas selectivamente a las visuales.

Elisa censuró mi aparente apatía al comprobar que no había añadido una sola pincelada en los lienzos arrinconados desde su última visita.

— Tienes que acabar esos cuadros —alegó como hipotética solución a mi problema.

— ¡Acabado! ¡Conseguido!... Palabras y sólo palabras. ¡No, Elisa, no! Me desagradan los finales y las metas; por descorazonadoras. Pintar para mí, exclusivamente para mi goce interno, es lo que mueve mis ansias ya casi sin esperanza. ¿A qué finalizar esas telas si no he logrado estampar en ellas el álgido momento? Mi emoción no está ahí; la sé un cadáver que no podré resucitar con nuevas pinceladas donde está ausente la espontaneidad, y lejos el arrebató, el ímpetu y el clímax de la inspiración.

— ¿Por qué te torturas de esa manera? ¿Por qué has de querer pintar de modo diferente a los demás?

— Trata de comprender, Elisa. Quizá ni yo mismo sepa lo que persigo. Pero sí puedo asegurarte que cada día transcurrido creo hallarme más lejos de los atributos de un buen pintor. No debí abandonar la academia. Al menos allí, tú lo has dicho, no me torturaba con extrañas búsquedas, sin más preocupación que llevar al lienzo la realidad que tenía ante mis ojos.

— Yo tengo fe en ti, César.

— Tu fe no me salva. La venda del afecto obnubila tu razón.

Pero ella posó sus frágiles dedos sobre mis labios, quizá con ánimo de interrumpir el divagar de mis pensamientos. Rehuyendo el beso la refugié en mi regazo mientras mis dedos jugaban nerviosamente con sus cabellos.

— Tampoco en esto te comprendo.

No supe o tal vez no quise sacar a relucir los complejos afectivos de mi niñez. Por otra parte, Dorian llenaba en estos momentos todo mi ser. Sabía de su presencia por el goce torturante de siempre, el imposible plasmar, el placer indefinido y ansioso que me causaba tanta fruición.

— ¿Es que no habrá pincel, pluma o sinfonía sonora capaz de grabar la gozosa tortura de mi alma? —fue la queja que brotó de mis labios.

El rostro de Elisa reflejó una gran preocupación.

— A veces creo no reconocerte —dijo—. Te muestras extraño, distinto de un día a otro, como si me ocultaras quien eres y lo que verdaderamente sientes.

Continué hermético e incapaz de exteriorizar mi angustia. ¿Cómo iba a aumentar su confusión con nuevas y mayores incoherencias, haciéndola partícipe de los desvaríos de mis controversias nocturnas, y hablándole con cordura sobre temas propios de un demente? No tuve valor para confidenciarme hasta ese extremo. Tendría que revelarle, que junto a César, en mis cuitas el hombre gris, vivía un Dorian inquieto y atormentado, siempre en pos de extrañas búsquedas, hermanos gemelos en lo físico y muy dispares en el pensar y sentir. Y llevar la confianza hasta el extremo de contarle mi vida con brochazos de melodrama, suplicándole que me librara del personaje fantasma.

Mi mutismo la condujo a desprenderse de mis brazos. Como un ángel se deslizó hacia la puerta mientras agitaba la mano en tierno adiós de despedida. Aún tuve tiempo de responder al saludo con unas frases que eran toda una concesión.

— Adiós —le dije—. Puesto que me lo pides, terminaré esos lienzos.

Sonrió con tristeza y desapareció tras la puerta.

Pero los lienzos no fueron terminados. Allí quedaron los esbozos, con rastros de pinceladas en los contornos, evocación desesperada de unos instantes de inspiración y vano intento de grabación emotiva, sinceros por espontáneos, fallidos en cuanto al logro del propósito magno.

Transcurrieron... ¿Meses? ¿Años? La amnesia de siempre me impedía averiguarlo. Citas, diálogos y desenlaces, se sucedían invariables y desesperantes. Intimamos. Durante mucho tiempo —imposible saber cuánto—, la presencia de Elisa fue el motor obligado que fustigaba a mi otro yo forzándole a hablar. Mis alegatos derrotistas frente a sus enfurecidas críticas negativas, acabaron por exasperarme. Hasta que un día... Ocurrió durante una de las tantas visitas y después de un tenso diálogo.

— ¡Elisa! —le grité poseído de incontenible furor—. ¡Destruiré esas pinturas!

Y me lancé como un energúmeno sobre las telas, encarnación de los fantasmas de la mente, y las destruí con ánimo de terminar para siempre con el endemoniado personaje que habitaba en mis adentros.

— ¡Estás loco! —gritó mientras trataba de detener la mano destructora.

Luego, por primera vez, el beso ardiente y apasionado, vencido ya el complejo de mi niñez. Y por primera vez también, el deseo irrefrenable y... ¡no, no me atrevía a jurar lo que ocurrió! ¿La tuve entre mis brazos? ¿Se consumó la posesión?... Sólo recuerdo que poco después, blancos fantasmones surgieron por todas partes rodeándome en implacable cerco, mientras voces alteradas ordenaban cosas absurdas. Por último, un dolor punzante en el brazo, y una vez más, un gran sopor e invencible sueño me hizo perder la noción de cuanto me rodeaba.

Ha sanado el espíritu. La fuga mental ha hecho crisis. Dorian no existe. Sólo Elisa ha vivido junto a mí como un ángel de la guardia.

Como un Lázaro resucitado de la tumba me incorporé en el lecho. Nuevos interrogantes me atormentaban. ¿Por qué encamado? ¿Por qué tan fuerte opresión en la cabeza? Rastreeé la mano sobre las ropas dudando si lo que veían mis ojos eran sólo imágenes de pesadilla. El contacto con la carne tibia y suave me sacudió como una descarga eléctrica.

— ¡Elisa! —grité ante el misterio de la carnal presencia.

La blanca silueta de ojos azules clavó en mí una mirada escudriñadora.

— ¡Elisa! ¡Elisa! —grité una y otra vez estrujándole las manos cual un Santo Tomás incrédulo ante lo que toca y contempla— ¿Dónde estoy, dónde?

Inmóvil y muda, me miraba con aire preocupado y compasivo, tal vez sin comprender ni remotamente la terrible incertidumbre que me embargaba.

— ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde estoy? —clamé de nuevo.

Su faz se iluminó de pronto.

— ¡Ha vuelto en sí! —exclamó mientras abría los ojos desmesuradamente.

Creí volverme loco. ¿Qué misterio encerraban aquellas palabras? Si no era Elisa, ¿quién era entonces?

— Por última vez, ¡contéstame! —le grité sacudiéndola con fuerza—. ¿Dónde estoy?

— Por favor! ¡Tranquilízate! —me tuteó— ¡Me haces daño!

Era una voz un tanto enérgica sin las suaves modulaciones de la Elisa que yo conocía.

— ¿Dónde? —le supliqué una vez más mientras luchaba por salir de un mundo de tinieblas.

— En... un hospital —balbuceó con cierta reserva como si hablara consigo mismo.

Cedió la tensión de mis dedos, cambió el tono de mi voz, y el diálogo se tornó rápido, escueto y tremendamente revelador.

— ¿Por qué?

— ¿No lo recuerdas?

— No recuerdo nada.

— Sufriste un vahído y caíste a la calle desde la ventana de tu despacho golpeándote en la cabeza. Después...

Pareció que dudaba unos instantes.

— ¿Qué pasó después? —le apremié.

— Perdiste la razón.

Los interrogantes se agolpaban. A cada respuesta surgían atropelladamente nuevas preguntas.

— ¿Cuánto tiempo llevo aquí encerrado?

De nuevo dudó antes de contestar y la acució una vez más.

— ¿Cuánto?

— No mucho —se escabulló.

— ¿Y la guerra? ¿No ha estallado la guerra, la espantosa guerra nuclear?

— No, a Dios gracias.

Me resistía a creer que todo fuera producto de una larga fuga mental. La realidad tenía ahora visos de pesadilla. Quería ir deprisa, más aprisa de lo que el maltrecho cerebro podía dar de sí, y busqué ansiosamente un resquicio que diera verosimilitud a mis delirios.

— Pero tú, Elisa; tú has vivido junto a mí en mis sueños y pesadillas.

Por primera vez sonrió con aquella dulce sonrisa delatora de íntimas confidencias.

— ¡Claro que sí!

Y acercándose se sentó en el borde de la cama. Me sentí dominado por ella mientras el cuerpo empezaba a relajarse al ceder la fuerte tensión de ánimo. Enseguida comenzó a hablarme con el mismo tono meloso en la voz y mayor fuerza convincente en la palabra, como si tratara de hipnotizarme. No eran, por supuesto, los ojos dulces y soñadores de la Elisa de las alucinadas controversias del espíritu.

— Escúchame, César. Debes olvidar tus sueños. Nada existe del mundo de tus pesadillas; ni siquiera ese diabólico Dorian.

Me incorporé como movido por un resorte.

— ¿Qué sabes tú del mundo de Dorian?

— Bastante más de lo que supones. Pero ahora debes descansar. Estás muy excitado. Luego te contaré. Recuéstate... Así. Y cierra los ojos... Aaaasí.

El irresistible poder de aquella mirada acabó sumiéndome en un nuevo sopor que me condujo una vez más al mundo de las tinieblas.

* * *

Cuando abrí los ojos, Elisa o quien fuera la persona que estaba sentada ante mí, palmoteó cariñosamente en el dorso de mi mano, interesándose por mi estado.

— ¿Cómo te encuentras?

El protector gesto y la escudriñadora mirada suscitaron mis sospechas. Reparé en la corta bata blanca que dejaba entrever el oscuro vestido. No era el habitual atuendo de enfermera. Había cierto descuido en el vestir, y faltaban las elementales medias y zapatos blancos. El cabello suelto y corto aumentaron mis recelos. Me sentía más despejado, y en un alarde de intuición contesté a la pregunta.

— Mucho mejor, doctora.

Ni siquiera pestañeó, pero mi alusión le llevó a retirar la mano con brusquedad.

— Si lo prefieres, olvidaremos al doctor. Nuestra conversación no debe ser la habitual entre médico y paciente, y menos aún, entre galeños. Tampoco desearía que te sintieras reo ante el tribunal, o pecador en el confesionario.

Tranquilízate. Ya nada puede sorprenderme. Aunque no imaginas el bien que me haría descifrar tanta nebulosa. ¿Puedes hablarme de lo ocurrido? ¿Quieres?

— De acuerdo, César. Volvamos a tu mundo; incluso podemos imaginar una cita en el París de los pinceles. Nada más idóneo para ambientar el diálogo.

— Y, ¿qué sabes tú de mis pinceles?

— Lo suficiente para contarte una pequeña historia.

— No precisaré esforzarme mucho si quiero desenterrar fantasmas y desligarte del papel de médico. Sigo imaginándote, personaje partícipe en mis sueños.

— Tanto mejor.

Abrió la cartera y extrajo de su interior una pila de papeles que dejó sobre la mesa.

— Escritos tuyos.

— ¿Míos?... No recuerdo haber escrito nada.

— ¿Nada?

— ¿Quieres decirme de una vez dónde terminan las pesadillas y empieza la realidad? ¡Hay un terrible confusionismo en mi cerebro!

— ¿Qué quieres saber?

— Todo. Quién es la Elisa de los pinceles, y quién la psiquiatra.

Se arrellanó en el butacón y mirándome fijamente comenzó a hablar.

— Bien... Empecemos. Después del accidente te condujeron al hospital. Sospechamos una grave hemorragia cerebral, pero mejoraste espectacularmente y desistimos de operarte. Sólo la mente no se recuperaba. Entonces te trajimos aquí, al departamento de psiquiatría.

— Ya recuerdo: los embozados personajes vestidos de blanco, el olor a medicinas, y unos grandes ojos azules que me miraban fijamente... Sigue, sigue.

— En tu primer delirio hablabas con el convecimiento de que había estallado la guerra nuclear. Siguieron luego interminables monólogos, los diálogos con Dorian, el fantasma de tu otro yo. Cuando despertó en ti la gran pasión por la pintura, creí de verdad que el trastorno mental entraba en crisis y te enviamos a casa. Yo te vigilaba a menudo y sosteníamos grandes controversias sobre temas de arte. Créeme, llegé a entusiasarme tu modo de pintar, aunque no imaginaba el mal que iba a ocasionarte.

— Entonces, el mundo del pincel existió como vivencia real.

— Sí.

— ¿Y los estudios de la academia?

— No hubo tales estudios. Posiblemente memoranzas de la niñez reflejada en la pantalla de los sueños y que sirvieron de tema para sabrosos diálogos en plena crisis alucinatoria.

— ¡Sí! ¡No! ¡Sí! ¡No! Es inútil intentar hacer la vivisección de los recuerdos. Realidad y alucinaciones se entremezclan confusamente. No hay fronteras entre lo vivido y lo soñado. ¡Cuánto confusionismo! ¿Y qué ocurrió después?

— Un día la emprendiste con los cuadros. Traté de impedir aquella masacre a nivel de lienzos, y tuve que pedir auxilio al hospital. Todavía no me explico qué pudo impulsarte a destrozar la obra pictórica.

— La destrucción de los fantasmas representados en las telas, o tal vez el saber en ellas, muerta mi creatividad emotiva. Luchaba contra mi demonio a sabiendas de que no lograría desalojarlo de mi mente.

— Y acabaste enfrentado a los enfermeros del Sanatorio. Te internamos de nuevo en un estado de gran postración que te hacía pasar las horas escribiendo o en un continuo monólogo. Yo leía tus escritos porque necesitaba estar en tu mente. Antes de recobrar la razón, te revolviste contra ti mismo maldiciendo una y mil veces al demonio de tu otro yo. Por último, el milagro de la resurrección mental y la seguridad de una renovación espiritual.

— ¿Cómo se llama?

— Como se llama ¿el qué?

— El trastorno psíquico, la entidad nosológica, vaya, el desbarajuste de la mente.

— ¿Consideras enfermizo al superdotado corporal, pletórico de fuerza, músculo y sangre, eutrófico en las funciones vitales? ¿Por qué tachar de morboso al exceso de vitalidad espiritual, la robustez de nervio y cerebro, el sobrante de pasión? Lo que podríamos llamar alteración de la mente, ha sido circunstancial: un trauma físico desatando al psíquico en un momento propicio. Llamémosle fuga mental con pérdida de la conciencia junto a un estado de delirio. También el perfecto físicamente puede hacer reventar a su corazón. Esto es lo que tú has hecho: llevar el caos a las funciones regidas por la conciencia y traer el desorden sólo por exceso de vitalidad espiritual.

— Muy reconfortador. Debo agradecer la indulgencia con que me tratas ante el buen deseo de ayudarme.

— Te equivocas. Si hemos de perder la razón, encasillaremos en uno u otro tipo de demencia; no es esto lo que importa. Enumerar los rasgos psicológicos acordes con tu insociabilidad, reserva, falta del sentido del humor, susceptibilidad, hiperestesia, amor a la Naturaleza, a la lectura y la música, no solucionará el problema. Tampoco, afirmar que el análisis grafológico de tus escritos está de acuerdo con tu personalidad: escritura inarmónica, inclinada hacia la izquierda, hacia el yo, que revela la intranquilidad de espíritu y excitabilidad del ánimo, con propensión a la figuración fantástica, ejemplo típico del introvertido que ha concentrado su mundo en el propio yo... Tú eres así; lo eres tal vez en contra de tu voluntad. Lo importante es saber si puedes ser de otra manera y cómo emprender el nuevo camino. Tu repulsa al vivir cotidiano te llevó a distanciarte del entorno que te rodeaba, y el exceso de fuerza espiritual lo has volcado dentro de ti, sin más afán que el de crear nuevas imágenes del pensamiento. Has rehusado fundir tu drama con los demás, intransigente con la realidad, y sólo has conseguido encadenar la vida. Tu pesimismo, que pudo ser positiva virtud reconocedora de los vicios y flaquezas del mundo, acabó en actitud negativa, en peligroso sesgo desviacionista para la salud mental. ¿Por qué?... He analizado el contenido de tus escritos. Agobian tus experiencias subjetivas. Extraña confesión

de fe. Oda a la soledad. ¿Qué prodigio esperabas alcanzar en el solitario retiro? ¿Qué aspirabas a conseguir con ese amor ególatra y narcisista a cuanto vive en tus adentros?

Elisa clavó en mí la mirada interrogante de quien espera una respuesta.

— No lo sé, pero, ¿lo sabes tú? ¿Sabes cuál es la causa de ese desvío?

— Sí. El historial de nuestras conversaciones, que aquí está recogido en cinta magnetofónica, es elocuente a este respecto. Hay un hondo problema erótico cuyas raíces es preciso buscar en la infancia; acontecimientos psíquicos que han influido en tu personalidad. Hechos decisivos han sido, el frío ambiente de los años niños y las contiendas bélicas vapuleadoras de tu idealismo. La consecuencia es ese horror a la vida, fantasmas de vivencias desagradables que han dejado en tu subconsciencia una huella perturbadora en la vida afectiva. Es en realidad un complejo psicoafectivo cuya sobrestimación ha sido la causa de las obsesiones e ideas delirantes. Tu personalidad no ha podido desenvolverse con desenfado debido a que gravita sobre ella el lastre de las deprimentes emociones de la infancia y juventud constituidas en verdaderas represiones. No has sabido o no has querido equilibrar esos defectos, y el horror a la vida te ha arrastrado a un peligroso encierro dentro de ti mismo, evadiéndote en los sueños y compensando así lo real con lo imaginario.

— ¿Cómo te has adentrado de tal manera en el laberinto de mi alma?

— Interpretando tus sueños y escritos tras conversar contigo en momentos poco lúcidos. En los sueños intentas satisfacer los deseos reprimidos en la vida real: amores, idealismo, ansias de felicidad... Créeme, César. Todavía puedes reconstruir en magnífica labor positiva, un grandioso mundo interior, artística y filosóficamente. Sería una lástima que tu actividad creadora acabara desdibujándose en la nada. No debe importarte si eres o no un melancólico que se deleita alimentando su tristeza. Te has creado la preocupación de la desgracia, infelicidad que no te llega de fuera; te viene de dentro. Y esto sí que es importante: no es la vida quien te ha hecho desgraciado, puesto que voluntariamente has destruido tu paz al luchar, no contra el mundo sino contra ti mismo.

— ¿Crees en la renovación espiritual?

— ¿La crees posible tú?

— No sé si puedo titularme vencedor de mi demonio en la dualidad de mi espíritu; es algo superior a mi voluntad. Ciertamente se ha obrado en mí un gran cambio. Estoy cansado, como si regresara de un campo de batalla después de muchos años. Y me pregunto el porqué habré estado luchando continuamente, rehuido la paz y amado el obstáculo.

Elisa volvió a clavar en mí una mirada escudriñadora.

— Porque es en la lucha donde esperabas encontrar la verdad — dijo—. Y reconciliarte contigo mismo, te llevaría a hacerlo con el mundo. La paz que buscas, sólo podrás hallarla si haces tuya esa reconciliación. Has juzgado a tus semejantes a tenor de tu temperamento, primero con sincera ingenuidad, y después, y a través de una amarga experiencia, con desconfianza y desprecio. Vivencias reprimidas y saturadas de afectividad, te condujeron a volcar en tu interior amores e idealismos. Has hecho lo imposible por evitar la accesibilidad del yo a tu conciencia, al cerrar las puertas a un concepto razonablemente objetivo de ese yo. Tu postura ante el mundo ha sido exclusivamente una actitud subjetiva de defensa. Pero ha llegado el momento de analizar tu conducta con cierta objetividad. El mundo no es como tú lo has imaginado. Esclavo de tus actos, cerraste puertas y estrechaste horizontes. No quisiste ver de la vida sino el concepto pesimista y negativo: guerras, sinsabores, incomprensión, agravios, frivolidad. Súbitamente, descubres la red que en torno a ti mismo has venido tejiendo hasta aprisionar la mente incapacitándola para una posible actitud renovadora. Has necesitado de ciertas vivencias subjetivas y una circunstancial fuga mental para traer a tu conciencia el concepto objetivo del yo. Has vivido bajo la fobia ansiosa de los complejos afectivos constituidos en ideas obsesionantes. Puedo asegurarte que, al descubrir el complejo original, desaparecerá la obsesión... Créeme, César. Abandona la cárcel en que has encerrado el alma y quedarás asombrado de lo que aún puede ofrecerte la vida.

Nunca me habían dado un consejo igual, y no pude menos de sonreír a quien me hablaba con tanto entusiasmo y convicción.

— El concepto revelador de mi psique no me es del todo desconocido, y te agradezco esas palabras por lo que encierran de profética esperanza.

— Creo, César, que ha llegado el momento de la gran reconciliación.

— ¿No valoras en exceso el desvarío de mi liberación psíquica y la simbólica muerte del otro yo?

— He sido espectadora del duelo dialogado y puedo asegurarte que al desalojar al fantasma de su escondrijo, te hallas ya en el camino de esa renovación... Créeme. Tienes ante ti un hermoso ideal: prodigar el amor con el mismo entusiasmo, pero fuera de los sueños y del yo. Al concepto ególatra de tus amores, debes oponer el reverso de un amor altruista, lado positivo de la negación y destrucción de tu demonio, como tú lo llamas. Ni siquiera en tu profesión lo has sabido entender así. ¿Por qué no has de ver la vida tal y como es, y amar las cosas buenas que nos ofrece? ¿Qué extraño idealismo te ha cegado hasta no reconocer en las miserias del mundo y las flaquezas del espíritu, las grandes verdades humanas? ¿Qué amar mejor que esas verdades?

Jamás habían penetrado tan profundamente en mi psiquismo desnudando la raíz de mi ansiedad. En mi interior relampagueó una luz y alcancé a ver el nuevo camino de la transformación. No pude resistir al impulso de prender el primer alfilerazo, y pronuncié el nombre que seguían simbolizando los sueños del ayer.

— Elisa, te aseguré que me sería difícil desligarte de los sueños; aun a pesar de la blanca vestimenta y de saberte mi psiquiatra. Debes comprenderlo. ¿Quién mejor que tú para ayudarme? No es fácil desprenderse de la rémora del pasado. ¡Ha sido todo tan repentino! Pero si estás dispuesta a tomarme de la mano, tal vez acabe por hallar lo que preconizas.

— Lo intentaré.

— Gracias. Y para empezar, ¿aceptarías visitar conmigo los Salones de Arte Moderno?

Elisa abrió desmesuradamente los ojos mientras reía con estrépito.

— Naturalmente que sí. Pero, ¿se puede saber qué pretendes?

— Vivir; vivir como hasta ahora no he vivido. ¿Y qué otra cosa mejor que retroceder en el tiempo y vivirlo nuevamente?

Era el primer paso por el nuevo camino de la reconciliación conmigo mismo. Resucitaría el pasado reconstruyendo los sueños... ¡Los humanizaría! Porque tenía el presentimiento de que existían muchas lagunas que era imperativo aclarar. ¿Quién era Elisa y qué ocurrió exactamente en ese nebuloso ayer?

**Un año de vida; tal vez dos. Gracias,
Señor, por tu infinita misericordia.**

El destino me había deparado una jugarreta que alteraría mis planes, y en cierto modo, el rumbo de mi vida. Días después, cuando ya me disponía a abandonar el psiquiátrico, sufrí una seria crisis cardíaca. Hubo junta de médicos y me prohibieron abandonar el hospital. Manson, el cardiólogo encargado de mi asistencia, no negó la gravedad inmediata e hizo hincapié en que lo importante era superar la crisis. A nadie forcé a confidenciarse, ni siquiera a Elisa que en ningún momento se mostró preocupada, si bien cedió en el fuerte ritmo que le imponía su bien ganado prestigio, al dedicar muchas de sus horas libres a acompañarme.

Diez días en absoluto reposo me condujeron a intimar con ella. ¿No era acaso ya muy íntima nuestra amistad?... Otra nebulosa pendiente de aclarar. Diez días que ella aprovechó para contarme algunos pormenores de su vida, tal vez sin otra intención que impedirme hablar de la mía. Supe así, como un calco de mis sueños, de su orfandad y soltería que prematuramente la condujeron a llevar una vida independiente. Amaba la música, y aunque decidió estudiar piano, la mano regordeta y pequeña que apenas alcanzaba la octava, fue un impedimento insuperable. Y como era incapaz de dar una pincelada, deduje que muchas escenas del pincel sólo vivieron en mi mente. Sus grandes ojos azules, demasiado fríos y escudriñadores, eran una muralla infranqueable al mundo de los sentimientos y emociones, aunque yo en mis sueños y pesadillas los hubiera dulcificado al hacer aflorar en ellos pasiones, goces del espíritu y... no sé. Otro interrogante por desentrañar.

El pasado seguía obsesionándome, y de modo especial, el enigma del papel jugado por Elisa en ese ayer. Pero ella continuaba obsti-

nada en no removerlo, y ponía por pantalla los consejos del prestigioso y poco simpático cardiólogo parisién. No es el momento —respondía invariablemente—. Manson ha prohibido conversaciones que puedan emocionarte.

Tuve que esperar. Al fin pude abandonar el lecho, y días después el pabellón psiquiátrico. El cardiólogo me citó en su despacho, y allí encaminé mis pasos dispuesto a saber la verdad. Apenas crucé el umbral de la puerta me señaló una silla sin alzar la mirada de los papeles que leía, escueto y ceñudo como de costumbre.

— Siéntate, César.

— Sin rodeos, Manson. Quiero saber la verdad. Toda la verdad.

— Tú eres médico... Difícil de engañar. Y sabes como yo que no siempre es acertado ni prudente poner en conocimiento del enfermo el pronóstico y pormenores del mal que le aqueja.

Si pretendía engañarme demostró ser muy mal psicólogo: lo había dicho todo.

— Me hallo en un buen momento, Manson —insistí.

No pudo disimular su nerviosismo y la contrariedad que le produjeron mis palabras y trató de escabullirse.

— Y, ¿qué quieres saber? —fue la inocente pregunta.

— La gravedad de mi dolencia y el tiempo de que dispongo. Es una cuestión vital para mí.

El cardiólogo miraba al suelo, a los papeles desparramados sobre la mesa, a cualquier parte, nunca a mis ojos, no sé si por hábito o a causa del mal trago que estaba pasando. Sin embargo trató una vez más de eludir la respuesta sin afirmar ni negar nada.

— Tu electro indica que algo no marcha bien.

Comprendí que era imperioso obligarle a desembuchar. No había otro camino.

— Por supuesto. Insuficiencia ventricular izquierda, ¿no?

— Sí. ¿Sufres disnea de esfuerzo?

— No mucha.

Manson seguía a remolque y yo empujando.

— ¿Descompensada?

— Sí.

— ¿Cuánto tiempo?

— Depende de la vida que lleves.

— Bueno. Entonces, ¿cuánto con cuidados y sin ellos?

— ¡Por Dios, César! ¡Es difícil conversar contigo!

— No te forzaría a esta confesión si no estuviera necesitado de ella...! ¡Vamos, Manson! ¡Cuanto antes te confieses, mejor!

Por primera vez levantó la mirada que mantuvo firme ante mis ojos.

— Puedes vivir unos pocos años —dictaminó.

No esperaba una sentencia tan severa a pesar de haberle forzado en la respuesta. Mi rostro debió traslucir el efecto de la desagradable noticia, y Manson se dignó concederme gratuitamente una prórroga.

— Claro que si te cuidas puedes ser mucho más.

— No te preocupes. Mentiría si dijera que no me afecta verme sentenciado a tan corto plazo. ¿Y sabes por qué? Porque es ahora, precisamente ahora, cuando he descubierto la otra cara de la vida, y presiento que podría amarla intensamente. Pero de verdad, Manson, me has hecho un gran bien. Por lo pronto ya sé del tiempo disponible, y puedo apurarlo viviendo diez años en uno solo. ¿Comprendes?

Una vez más quiso rectificar.

— Insisto: pueden ser esos diez años si te cuidas un poco.

— Gracias. Una pregunta: ¿sabe la doctora Gourié la gravedad de mi dolencia? Es importante.

— Sí. Después del primer vahído que originó el accidente, el electro reveló ya la lesión.

— Quiero pedirte un último favor.

— Tú dirás.

— Elisa, es decir, la doctora Gourié, debe ignorar el alcance de esta conversación. Vaya, con otras palabras, es imperativo para mí, su convencimiento de que yo no conozco la verdad. Además de mi psi-

quiatra es una buena amiga... De muchos años, por lo que parece. Sería violento, insoportable. Créeme: es el mejor medicamento para mi corazón enfermo.

— Comprendido. No le diré una sola palabra respecto a lo hablado en esta entrevista. Te lo prometo.

— Gracias, Manson.

— Adiós, César... Y cuídate.

* * *

Aquella noche sostuve una trascendental conversación telefónica. Me había trazado un plan donde lo importante era no dar respiro al hoy. Tenía prisa, mucha prisa en continuar con esa incesante lucha contrarreloj. Al otro extremo del hilo, Elisa inquirió sobre el resultado de mi entrevista con Manson. Sin negar nada, supe encauzar la conversación llevándola al convencimiento de que el engaño había surtido efecto. A pesar de la aparente naturalidad de sus preguntas, yo diría que la voz le temblaba por la emoción; o acaso era un alarde de intuición por mi parte, consecuencia de saberle partícipe del secreto. Y fue así como mis palabras le trajeron la tranquilidad cuando más tarde nos reunimos para hablar de nuevo.

— ¿Qué ha dicho Manson?

— ¡Qué va a decir, Elisa! Que estoy como un reloj aunque debo cuidarme, claro, no en un plan tan riguroso como hasta ahora.

— De todas maneras, debes continuar con el reposo.

— ¡Está bien! Haré reposo... todo el día. Y pintaré, sin torturas por supuesto; con sentido realista... Tu retrato por ejemplo.

— ¿Nos veremos luego?

— Claro que sí. Te invito a cenar; yo, un vaso de leche y las conchas píldoras, y hasta si lo prefieres, una taza de tila. Bien sabes que mi hambre es de diálogo y no ignoras de lo que quiero hablar.

— ¡Qué tozudez la tuya!

— ¡Está bien!... Llámame tozudo, pero no olvides la cita a las ocho en los Salones de Pintura.

— ¿Para qué?

¡Qué pregunta! Hay que remozar antiguos diálogos. Si mal no recuerdo, habré de enfrentarme a una diletante en pintura con un agudo sentido crítico. ¿O acaso fue un sueño?

— Es posible.

— ¿Entonces?

— Otro día.

— De ninguna manera. Te esperaré en la cafetería del hospital. Hasta luego.

Un paso más por el camino de la renovación y a ritmo acelerado. Era imperativo revivir el ayer a grandes zancadas. Veinte y cuatro horas menos. Plazo mínimo: trescientos sesenta y cinco días. No tendré que esforzarme mucho para representar el papel de engañado a entera satisfacción. ¡Vivir! ¡Vivir!... La frase en mis labios parecía una incongruencia. Y sin embargo expresaba lo que realmente en este momento sentía: unas ansias locas de vivir.

* * *

En los Salones, Elisa y yo, sólo Elisa y yo; como si bastara esta presencia real ante los cuadros para actualizar los diálogos del ayer. Desvanecer equívocos y aclarar confusos estados anímicos: he aquí la finalidad primordial de esta cita de hoy. El tema anecdótico y sentimental, prevaleciendo sobre el propiamente pictórico. Un ansia irrefrenable me impelía a hablar.

— Todo en aquel entonces, Elisa, era desfigurado en el tamiz de mi alma atormentada y torcidamente devuelto por el cerebro enfermo. En esta diafanidad de hoy, no hay conflictos ni incoherencias. Tengo conciencia del yo pintor. Veo al frustrado artista que pudo ser y no fue, y aspiro a vivir la vida aceptándola tal y como es.

— Vas por buen camino. Sigue hablándome de ti, ¿quieres?

— Aquel pintor subjetivo que sólo buscaba acallar los gritos desmelenados de mis adentros con trallazos de subjetivismo incontrolables, era el fiel reflejo de la gran inestabilidad emocional en que se debatía mi alma. ¡Qué alegría, Elisa! ¡Qué alegría contemplar ahora estas creaciones pictóricas sin la sobrecarga de lo subjetivo!

— Extraña mutación —rió.

— Positivismo gozoso de quien acepta la realidad y no la destruye sino que trata de fundirla con las impresiones de mis adentros en un todo armónico.

— Un día quisiste imponer a la vida tu concepto del amor, la belleza, el dolor y las razones de un torcido entendimiento. Hoy la vida te ofrece el amplísimo conocimiento de sus verdades universales. Acéptalo como una realidad revelada, sin torturas, y deja ya en paz al ayer.

— Me resisto a creer que mi pasado haya sido sólo sueños. Sabes, como yo, que hubo secuencias reales.

— Pero, ¿qué importancia pueden tener hoy, y qué buscas en el ayer?

— Continuidad, Elisa, continuidad. Tú hablas de un renacer, un volver a empezar. Yo pretendo llegar más lejos y delimitar fronteras entre lo vivido y lo soñado, porque sospecho que ciertas vivencias empujaron mis sueños y delirios; y hasta quizá los alimentara. Y de ser esto cierto, bien podría integrar ese pasado en el presente sin fisuras, afianzándome aún más en la vida.

Elisa representaba a las mil maravillas el papel de médico encargado del caso. Dominaba la situación; podía manejarla a su antojo y decir *esto es un sueño; esto es real; esto lo ignoro*. Y siempre tendría una puerta por donde escabullirse.

Nos detuvimos frente a un Murillo. De pronto surgió el recuerdo.

— ¡Elisa! ¡Ese cuadro!

— ¿Qué sucede? Me has asustado.

— Me trae a la memoria lo acaecido en aquel entonces y aclara lo ocurrido... No, no digas nada. Ahora sé por qué en mis sueños puse el pincel en tus manos.

— Interesante, muy interesante.

— Lo recuerdo bien. Ocurrió de niño, en la academia. Una compañera pintaba con soltura vulgares copias que yo detestaba. La mano huesuda y larguirucha no armonizaba con el corto pincel; no iba con mi concepto de la belleza. En mis delirios, transmití a aquella

persona vulgar mis propias inquietudes y torturas, cambié el rostro por otro de grandes ojos azules, y una mano regordeta cogió el pincel...

—No hay continuidad, César —me interrumpió—. Un sueño, producto de tres aportaciones: una niña que pinta, el rostro de tu psiquiatra que te obsesiona, y las inquietudes de tu espíritu haciendo mella en la mente.

La conversación subía de tono.

— Hubo momentos de lucidez.

— Claro que los hubo.

— Situaciones reales, no sueños... Las viví contigo.

— Pesadillas, César.

— Tú puedes ayudarme. ¿Por qué te niegas?

— Estuve en tu mente sólo a través de tus escritos y algún que otro diálogo, pero ignoro muchas de tus alucinaciones, sobre todo lo ocurrido cuando no estabas en el hospital.

— El mundo de mis alucinaciones no cuenta como tampoco importan los desvaríos del pincel. Busco verdades y situaciones que pudieron ocurrir y no sueños; sentimientos, no lucubraciones de la mente. Busco a personas, no a mitos, porque presiento que han dejado huella en mi alma.

— ¿Crees de veras, César, que remover en tu pasado puede ayudarte?

— Todavía no lo sé. Es lo que busco.

— César. ¿Por qué te torturas de esa manera?

— ¡Por qué te torturas de esa manera! ¡Tu pregunta en aquel entonces! ¡El mismo tono en la voz! ¿Acaso no lo recuerdas?

— No.

— *Yo tengo fe en ti, César... Tampoco en esto te comprendo, César... A veces creo no reconocerte, César.* ¿También vas a negarme que esas frases brotaron de tus labios?

— ¡No recuerdo nada!

Mientras yo navegara en un mar de confusiones, ella podía afirmar o negar con verdad o mentira, porque el *sí* y el *no* era privativo de utilizarlo en mi favor o en su propia defensa. Por si no fuera bastante, se escabulló con un repentino giro en la conversación.

— Aclárame, César. ¿A qué hemos venido a los Salones?

— Desde luego, no a contemplar esos lienzos ni a discutir sobre pintura modernista. Te he traído aquí con la esperanza de hallar el eslabón que me une a ti con el pasado.

— Añoras el ayer. Retornas al peligroso camino.

— No, Elisa. Dorian ha sido destruido para siempre.

— Si hasta recuerdas el nombre que te obsesiona —esbozó una forzada sonrisa.

— No es fácil desposeerse de la rémora de un vicioso soñar, lo sé. Pero, o no me has comprendido o no quieres comprenderme porque, ni me preocupan los sueños ni trato de revivir mitos. Sólo busco crudas verdades, si las hubo.

— Bucear en el pasado no conduce a ninguna parte —sentenció.

— De veras, ¿lo crees así? Pues dejémoslo.

La conversación languidecía y acabó en un forcejeo sin consecuencias. En nuestro recorrido final, Elisa desató una verborrea crítica cargante, explayándose en una enumeración memorística envidiable mientras discutía mis sugerencias teñidas siempre de claro subjetivismo. No conseguí sin embargo, volver al tema sentimental que rehuía una y otra vez con inteligentes escabullidas. Y yo tenía prisa, mucha prisa en pisar los acontecimientos.

Acabó la tarde memorable; memorable como habían de serlo todas en este andar presuroso que quería imponerme a mí mismo.

* * *

El día de hoy había de marcar un hito en mi vida. Acababa de aparcarse el auto frente al hospital, cuando vi a Elisa que descendía las escalinatas con una buena tonga de libros bajo el brazo, y me apresuré a liberarla del cargamento.

— ¿Tanto amas a la profesión que no puedes pasar un solo día sin tus libracos? —la saludé.

— Sí, César. La amo como para llenar mi existencia.

— ¿Amor altruista?

— No del todo. El aporte económico es importante.

— No te imagino ni un tanto así de materialista —le mostré el extremo del dedo índice—. Todavía no me has dicho por qué elegiste la psiquiatría.

— Siempre llamó mi atención el estudio del alma ajena. Y hablando del prójimo, ¿cómo va el paciente?

— De aquí —dije señalando el pecho—, como un reloj. Y de arriba —apunté hacia la cabeza—, cada día más autorrenovado. Hablar me hace mucho bien. Y si no, ¿qué otra cosa hacen los psiquiatras sino apremiar a la gente para que hable?

— ¡Tonto!... Veamos. ¿Cuál es nuestra meta de hoy?

— Propongo meternos en *El Búho*. No veo otro lugar más cercano. Además es lo que priva: luces mortecinas, velas emplazando a las bombillas y una penumbra que incita a la confidencia.

— Que yo sepa nada tenemos que confidenciarnos.

— ¿De veras?

Elisa arqueó las cejas y con un gracioso mohín espetó.

— Andando.

El semáforo en rojo y un río de gente nos empujaron a cruzar con ligereza el paso de peatones. Minutos después estábamos cómodamente sentados en un rincón. Mientras nos servían la cena, inicié el diálogo con los fines propuestos.

— Elisa. Esto que siento, esta maravillosa ansia de vivir, ¿es o no, signo esperanzador?

— Más que esperanzador; es auspicio cierto de que andas por el...

— Camino de la reconciliación conmigo mismo —terminé la frase con entonación jocosa.

— Exactamente.

— En aquel entonces, cuando el introvertido era señor, y el señor, esclavo, un desprecio irreprimible hacia cuanto me rodeaba, hacía difícil todo acercamiento humano. Tú vienes ahora a llenar ese vacío; tú, que has conseguido como nadie obligarme a sonreír y disponer mi ánimo hacia relaciones afectivas que siempre rehuí.

Fría y dogmática, la contestación de ella no fue precisamente una ayuda a mis deseos renovadores.

— Hay mucho sentimentalismo en tus palabras. Por otra parte, es frecuente ese afecto del paciente por su médico, con mayor razón si es del sexo contrario. Cuanto digas ahora, lo consideraré como impulsos de tu subconsciente dirigidos a mi persona en el papel de profesional, que en modo alguno trataré de reprimir pero sí orientar.

Encajé la réplica con sentido del humor y dije:

— Cualquiera diría que deseas desligarte de tu paciente. ¿O acaso te aburren mis peroratas?

— Sólo cabe una respuesta: ¡Tonto! ¿Cómo voy a abandonarte si todavía no estoy convencida de tu curación? Por otra parte, quizá te consuele saber que por mi consulta desfilan muchos enfermos bastante más majaderos que tú.

Solté una ruidosa carcajada.

— Me agrada oírte refr.

— Y a mí también.

— De verdad... Me divierte.

— Pues sigamos ahondando en el pasado.

Elisa cambió de expresión.

— No es mi criterio, entre otras razones porque aún te faltan muchas experiencias por vivir, y esas sí que son fundamentales.

— Pues por otras y muy poderosas razones también, no puedo opinar igual. En mi creencia, no me has dicho la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Sí, considérate reo ante el juez.

— ¿Y de qué se me acusa?

— Hay oscuros pasajes en mi alma cuya interpretación sigue siendo un interrogante; incluso otros que no sé ciertamente si han existido.

— Obstinado, ¿eh?

— Comunmente, los psiquiatras ahondan en el alma y en el pensamiento; rebuscan en el ayer; son ellos los obstinados.

— Puede ser un modo personal de enfocar tu caso —dijo mientras mordíase los labios con mal disimulado nerviosismo.

— Me aseguraste que el mundo del pincel fue una realidad, y que muchas veces sosteníamos conversaciones sobre temas de arte; que te entusiasmaba mi modo de pintar; que a menudo acudías a mi estudio para seguir de cerca la evolución de mi pintura y el trastorno de la mente.

— Ciertamente, así es.

— Creo recordar una escena en mi cuarto de trabajo. Yo me debatía mientras trataba de plasmar en el lienzo ese que di en llamar...

— Creacionismo emotivo.

— Exacto. Junto a mí, el fantasma de Elisa o tú en persona, no lo sé y es lo que quisiera saber, participaba activamente en aquella tortura. No recuerdo frases; sólo imágenes confusas, dedos jugando nerviosamente con rubios cabellos y ráfagas interrogantes en unos ojos azules. Y al final, un cuerpo que se desliza de mis brazos en suave adiós de despedida.

La miré a la cara, y pude observar como su rostro sufría rítmicas contracciones involuntarias. Pero, ¿quién mejor que ella podía dominar los sentimientos y emociones? Tal vez nada de aquello había ocurrido. Su contestación fue un jarro de agua fría.

— Un sueño, César. Uno más de tus muchos sueños.

— Sí, claro, un sueño. Pero yo necesito seguir desenterrando fantasmas. Es como un nuevo recorrido de la misma cinta magnetofónica: graba a la par que borra. Y esto me va liberando lentamente del pasado.

— Sigues atormentándote, y no lo comprendo.

— Elisa... Ahora me doy cuenta. ¡Cuán distinto es vivir a soñar! ¡Y qué contraste entre el ayer y el hoy! Monólogos, ansias de soledad, sentido trágico de la vida, insatisfacciones y una voz en mis adentros: la de mi demonio. Frente a frente, el positivo hoy: diálogos, interrelación, acercamiento humano, y unos locos deseos de vivir.

— Muy alentador. Evidentemente, el introvertido pugna por asomarse al exterior, aunque no hay que olvidar tu inestabilidad emocional. Te hallas en un momento propicio, pero la curación por el espíritu ha de llegarte con una mayor experiencia, yo diría, después de la experiencia.

Elisa consultó el reloj e hizo un gesto expresivo. Había caído en la cuenta de que empezaba a fatigarme el mucho hablar.

— Un momento —le supliqué.

— Te concedo unos minutos. Por otra parte, ¿qué puedes decirme que no haya oído ya?

— Elisa. Este recorrer a grandes zancadas el ayer, me ha conducido a un momento psicológico importantísimo. Dorian destruye, es decir, me incita a destruir la obra pictórica con la maléfica intención de arrastrarme, a tenor de nuevos mitos, hacia un mundo de demencia. Pues bien, Elisa. He decidido huir en pos de otras experiencias, porque quizá no esté convencido de la destrucción de mi demonio.

— Repórtate o me harás creer que de nuevo has extraviado el camino —rió.

— Voy a huir, sí, lejos del mundo alucinado de mis controversias con Dorian, y llevaré conmigo, no a un fantasma sino a una persona.

— ¡Qué imaginación!

— Dime. ¿Cuánto tiempo hace que no tomas vacaciones?

— Mucho.

— ¿Y a qué esperas?

— Espero una oportunidad.

— Pues ya ha llegado.

— ¡Qué tonterías dices!

— Una nueva pregunta: ¿Eres o no mujer independiente?

— ¿Adónde vas a parar?

— ¿Eres o no...?

— Por supuesto. Libre, independiente y sin complejos, sana física y psíquicamente y de una gran fuerza moral. Es mi currículum vitae.

— Entonces no puede decirse de ti aquello de, *en casa del herrero cuchara de palo*.

— Desde luego que no, pero ¿por qué te preocupa mi independencia?

— Por una sencilla razón. Necesito una persona *libre, independiente y sin complejos, sana física y psíquicamente y de una gran fuerza moral*. La busco desde que nací.

Carcajada de Elisa.

— ¿Y se puede saber cuál es el reino adonde pretendes llevarme?

— ¡Venecia!... Para ti, un lugar maravilloso, singular y romántico, en donde asistirás al milagro de la curación por el espíritu, de un paciente aquejado del terrible mal de la angustia y la queja. Para mí, diálogos, interminables diálogos que me conducirían a ahondar en el alma ajena, y dejar en paz a la propia.

Pareció que una sombra empañaba su mirada. Sin embargo, se dispó al instante e insistí en la respuesta.

— ¿Qué me contestas?

— Acepto.

— Pues, ¡viva Venecia!

El extemporáneo grito suscitó sonrisas y furtivas miradas a nuestro alrededor. Cruzamos las copas y bebimos; pero en la mña había sólo una limonada aunque me supo a gloria.

* * *

Tras un recodo en la carretera, París se esfumó en la lejanía. Mis labios susurraron un quedo adiós con el presentimiento de que muchas cosas cambiarían a mi regreso. Y no eran sueños del ayer sino imperiosos deseos de un ahora sin posible dilación. Lucía una mañana soleada, de aire tibio y un tanto bochornoso. Elisa iba al

volante, abstraída en la contemplación del panorama mientras yo seguía hablándole del tema inagotable.

— ¿Pero no vas a callar un solo instante? —reía alborozada y un tanto ausente de la temática que prefería ignorar.

Sin embargo, presentía que Elisa guardaba muchos secretos respecto al ayer, aunque no sé por qué, se obstinara en negarlo. Era evidente su intención en apartarme de las obsesivas ideas mientras señalaba con el dedo extendido la silueta ancestral de un viejo castillo, el pintoresco pueblecito de turno, o el tranquilo desfilarse del paisaje campestre.

— ¡Calla y mira! —trató de silenciar de alguna manera aquello que no quería escuchar.

Sí, que no quería escuchar o tal vez recordar: la posible intimidad vivida en el hospital, o quien sabe si en mi estudio del bulevar de Hoffmann.

— ¡No, no callaré! —alcé la voz—. Por muchos castillos que tenga la cuenca del Loira, y muy bellos que sean los paisajes de Orleans, ¡no callaré!

E insistía una y otra vez en el tema obsesivo. Y ella sonreía con aparente indiferencia, enigmática, a veces burlona, y otras, seria, para dejar escapar al final de mis peroratas la consabida frase enervante:

— Un sueño, César, una alucinante pesadilla.

No pude más.

— ¡No fue un sueño! —le grité—. ¡Y tú lo sabes bien!

Los frenos chirriaron y el auto se detuvo al borde de la carretera. Elisa se volvió para mirarme de extraña manera, yo diría, con una mezcla de asombro y contrariedad... Estaba demudada.

— ¿Qué es lo que sé bien?

Ya no me atrevería a asegurar si era sorpresa o temor lo que traslucía su rostro. Tan real era la entonación sin visos de fingimiento que, hundida la cabeza entre los hombros, cerré los ojos recostándome en el respaldo del asiento.

— Nada —le dije—. Acabarás por convencerme de que este viaje contigo también es un sueño.

— ¿Por qué te torturas de esa manera?

Sin poderme contener la atenacé por los hombros zarandeándola con fuerza.

— ¡Por qué te torturas de esa manera! ¡Otra vez, Elisa, por Dios! ¿Vas a decirme de nuevo que también fue un sueño oír esa frase en aquel entonces?... Puede que sí; puede que tengas razón, ¡y puede que no!

Vi como palidecía unos instantes. Luego, desprendiéndose suavemente de mis manos, puso en marcha el motor y enfiló de nuevo la autopista. Aquel perfil tantas veces imaginado o visto —dudaba ya—, tenía ahora una expresión de fijeza hierática mientras los iris de claro azul miraban imperturbables la cinta alquitranada. Mito o realidad, estaba allí, junto a mí, y no era un sueño.

Callé. ¿Qué otra cosa podía hacer? Callé, no porque el hablar cansara a mi espíritu, sino forzado por la disnea incipiente que al fin me obligaba a enmudecer. En Marsella me expresó el deseo de telefonear al hospital. Cuando regresó, el sombrío rostro dejaba entrever una gran preocupación.

— ¿Qué ocurre? —le pregunté alarmado.

— Un paciente —dijo con voz alterada, poco habitual en quien siempre hacía gala de poseer un extraordinario dominio de sí misma—. Un pobre niño.

— ¿Y qué le pasa a ese niño?

— Sufre retraso mental consecutivo a una encefalopatía hemorrágica postpartum. Ya me entiendes: parálisis de miembros y crisis convulsivas. Me preocupa; y la verdad es que le he tomado mucho afecto.

Puso el motor en marcha, cogió el volante y aceleró, presa de gran nerviosismo, como si recelara de la conversación.

— ¿Cuántos años tiene?

— Seis.

— ¿Habla?

— Sólo con los ojos.

— ¿Y cómo ocurrió?

— Hubo retraso en el parto y cierta indecisión al actuar —explicó con un dejo de amargura.

— ¿Y qué te intranquiliza ahora?

— Tiene febrículas persistentes y no se encuentra la causa.

— Bueno, ¿y eso te preocupa? Volveremos a llamar desde Italia.

Siguieron unos momentos de silencio. Inesperadamente, condujo de nuevo el auto fuera de la autopista y tras parar el motor se volvió para mirarme de extraña manera.

— César —dijo con la insólita alegría de quien acaba de hacer un descubrimiento—. Quiero comunicarte algo que puede ser de tu interés.

— Dime.

— He pensado que podías venir al hospital... Como médico naturalmente.

— ¿Yo?... Evalúas en demasía mi capacidad profesional.

— Eres muy modesto, aparte de que no todo lo es la ciencia. Se precisan también valores morales, gente con sentido de responsabilidad y una buena dosis de humanismo, de lo que hoy, por desgracia, adolece la mayoría de la juventud médica actual.

— ¿Y crees hallar en mí tales atributos?

— No tengo la menor duda. De no ser así, no estaría aquí contigo.

— Gracias por el elogio. Lo pensaré.

— Nada de pensarlo. Está decidido. Cuento con la anuencia del director del hospital.

— ¡Cómo! ¡Alevosía y premeditación!

Elisa cabeceó afirmativamente correspondiendo con una amplia sonrisa.

— No olvides que puede beneficiarte en el camino emprendido.

No hubo más diálogos. Habíamos atravesado Francia en una sola jornada, y decidimos pernoctar en un hotel de las afueras de Marsella. Al día siguiente saldríamos con rumbo a la ciudad de los canales y puentes sobre el mar.

Llegamos al corazón de Venecia en la hora bruja del atardecer. Bajo los sombreados pórticos, una abigarrada muchedumbre multicolor se había volcado en el gran recinto de la plaza de San Marcos, emplazamiento por excelencia del turista en la ciudad de las góndolas. La gran *Piazza*, difusamente iluminada por luces crepusculares, simulaba una grandiosa sala de recepción, donde la austeridad monumental de la espléndida Basílica, la *Loggeta*, el Campanario y la Torre del Reloj, contrastaban con el pintoresquismo de las palomas que sucubían el firmamento y el alegre bullicio de las gentes en animada conversación o arrulladas con las vibrantes notas de los violines orquestales.

Cruzamos la *Piazzetta*, frente al mar, allí donde parecían haberse dado cita el más vistoso palacio junto a la más artística iglesia y airoso campanario, y poco después estábamos junto a las aguas del Gran Canal. Ante nuestros ojos se ofreció el cautivador espectáculo de una exposición de artísticas góndolas que Elisa miraba y remiraba con infantil alborozo.

— ¡Esto sí que es un sueño! —exclamó sin poderse contener.

— Tengo una lámpara de Aladino que puede convertir los sueños en realidad. Dime el tuyo de hoy.

Elisa entornó los párpados mientras contemplaba la bella estampa marinera.

— Quisiera convertirme en princesa veneciana —suspiró—, y pasear por el Gran Canal sentada en el regio sillón de esa góndola, luciendo un vestido blanco mientras desfilan ante mis ojos los viejos palacios de Venecia.

— ¡Vaya, vaya! Con que soñadora también. Veamos. He aquí mi lámpara de Aladino —dije sacando del bolsillo un buen fajo de *sábanas* de mil liras.

— ¿Estás loco, César?

— ¿Y eres tú quien lo pregunta? No debes olvidar que empiezo a ver las cosas con objetividad.

— ¿Qué pretendes?

— Dar satisfacción a los antojos del turista —sonreí—. Compraré esa góndola... Bueno, no creo que pidan tanto por un simple paseo.

—César... De veras... Ha sido una broma.

— Es inútil. Nada ni nadie podrá impedir que siga por el camino de la autorrenovación... Prescripción facultativa.

Y sin hacer caso de las nuevas protestas de ella, me acerqué al que parecía vigilar las embarcaciones y le expliqué en mi jerga italiana lo que pretendía. El interpelado frunció el ceño moviendo negativamente la cabeza.

— Cien mil liras por un paseo —le ofrecí.

El buen hombre abrió los ojos en redondo. No obstante siguió negando tozudamente.

— Doscientas mil —pujé sin darle tiempo a respirar.

Esta vez abrió los ojos y quedó con los labios entreabiertos mientras Elisa contemplaba la puja embobecida.

— ¡Pero *signore!*

— ¡Trescientas mil! —exclamé con ánimo de convencerle de una vez.

— Un momento, *signore*, un momento.

Hubo intercambio de pareceres entre los vigilantes, y poco después eran dos los que hacían pomposas reverencias.

— Bien —les dije—. Cien mil liras para cerrar el trato y el resto al hacer el viaje. ¿Cuándo?

— Hoy no es posible. Mañana por la tarde, después de la clausura.

Me volví hacia Elisa que seguía alelada.

— ¡Canastos con esta lámpara de Aladino! Y pensar que me he pasado la vida soñando como un estúpido.

Ella intentó hacerme volver atrás.

— César, es mucho dinero para un simple capricho.

— Te diré un secreto. Acércate, ¿quieres? Hay mucha expectación y nos contemplan demasiados curiosos. Debes saber, Elisa, que mi administrador, el buenazo de Andrés, está empeñado en hacerme rico. Pero yo le llevo la contraria. Veremos quién vence a quién. Ahora, vamos. Es necesario adquirir el atuendo principesco.

— ¿Bromeas? ¿O acaso piensas disfrazarte?

— ¿Y por qué no?

Buscamos unos grandes almacenes, y después de probarme un jersey blanco, pantalones y calzado del mismo color y una gorra marinera que hizo exclamar a Elisa que estaba principesco cien por cien, adquirí para ella un precioso vestido con turbante blanco y los correspondientes zapatos.

Al día siguiente estábamos de nuevo en la *Piazzeta* junto al mar. Anocheceía. Sobre las aguas de Gran Canal tremolaban las primeras lucecitas con las góndolas deslizándose plácidamente por la rizada superficie. Ante el Palacio Ducal, un grupo de turistas aglomerados frente a la bella estampa de la embarcación, seguían atentamente las maniobras de los remeros que aguardaban nuestra llegada. El atuendo un tanto exótico que vestíamos, llamó poderosamente la atención, y algunos enfocaron sus máquinas en el instante que subíamos a bordo. Impulsado por los gondoleros, la hermosa góndola fue adentrándose en el mar mientras se alejaban del Palacio de los Dogos. Con las manos en alto correspondimos a la despedida de los sonrientes espectadores de tierra que nos contemplaban con envidia. Elisa no acertaba a explicar su desbordado entusiasmo, y con los ojos inquietos que animaban extraños fulgores, parecía querer sorber la sin par belleza del singular espectáculo. Y no era para menos. A bordo de la artística góndola, con las blancas vestiduras que contrastaban sobre el terciopelo rojo de los regios sillones, bien podíamos imaginar que encarnábamos a históricos personajes de la antigua Venecia.

— César.

— Dime, Elisa.

— Estoy soñando o es verdad.

— Los sueños pertenecen al pasado, y no cambiaría los mil sueños del ayer con sus frustrados idealismos, por esta realidad de hoy.

— ¡César!... Hasta el nombre te sienta hoy a maravilla. Te figuro legendario guerrero veneciano haciéndose a la mar en histórica expedición de conquista.

— Un guerrero que trocó sus soldados por una hermosa princesa de ojos azules —sonreí.

— ¿Qué te ha impulsado a hacer esto?

— La alegría de vivir. Sigue siendo difícil desprenderse de la imaginación, lo reconozco, pero empiezo a ver el mundo con más objetividad. La vida es preciso vivirla si no queremos formarnos un concepto equivocado de ella.

Elisa señaló el ancho brazo de mar que conduce al Lido.

— ¿Conoces la ceremonia del *sposalizio del mare* —me preguntó.

— Las ceremonias, como las leyendas, tienen su versión personal que la vuelve en cierto modo más interesantes. Soy todo oídos.

Se acercó a la entrada de la carroza, y empinándose graciosamente sustrajo un pequeño aro de las rojas cortinillas.

— Tendrás que imaginar, lo que no será difícil para ti, que nos hallamos en el *Bucentauro* impulsado por cientos de remeros mientras avanza majestuosamente hacia el Lido —señaló hacia aquel lugar—. ¿Ves este simbólico anillo? Antes de arrojarlo al mar, repite conmigo, traduciéndolo del italiano.

— De acuerdo —sonreí intrigado.

— *Ti sposiamo.*

— Te desposamos.

— ¡*Oh mare nostro!*

— ¡Oh mar nuestro!

— *In segno de vero.*

— En señal de verdadero.

— *E perpetuo dominio.*

— Y perpetuo dominio.

— Ahora coge el anillo y arrójalo al mar... Como el Gran Dogo.

Sujeté el aro que me ofrecía, y tras atenzar su mano lo introduje en su dedo anular.

— ¡No, no! ¡Al mar! —protestó.

— Es mi versión personal de la ceremonia. Sólo falta, como dijo Voltaire maliciosamente de esa boda entre el Dogo y el mar, el consentimiento de la esposa.

Elisa se refugió en la cabina visiblemente emocionada, en el mismo instante en que la góndola viraba en redondo para enfilarse bajo un puente del canal de la *Paglia*. Hice señas a los gondoleros para que detuvieran la embarcación y fui a sentarme junto a ella.

— El Puente de los Suspiros —dije mientras señalaba la elevada construcción que unía el Palacio con la antigua Prisión.

La góndola se detuvo justamente bajo la arcada. Lo angosto del canal y la avanzada hora, nos sumió en la penumbra.

— Me parece recordar un hermoso sueño —dije—. O tal vez no fuera una pesadilla.

— ¿Otra vez el pasado?

— Venecia no me hará olvidar las nebulosas del ayer. La visión de este puente, tenebroso pasadizo de leyenda, me trae el recuerdo de oscuros pasajes de mi alma. Creo recordar que ocurrió en el estudio, cuando pintaba las creaciones de mi desviacionismo pictórico. Tú estabas presente reprochándome la pasividad del pincel ante la obra inconclusa. Todo empezó con un furioso debate contra mí mismo, para finalizar lanzándome sobre los cuadros con ánimo de destruirlos. Sí, ahora lo recuerdo bien: ¡*Estás loco!* —exclamaste tratando de impedirlo mientras te refugiabas en mis brazos—. Había lágrimas en tus mejillas. Luego... sí, te besé apasionadamente y...

— ¡No, César! ¡Fueron...!

— Elisa, por amor de Dios —no le dejé terminar la frase—. ¿Otra vez con la misma cantinela? ¿Acaso vas a negarme que te tuve entre mis brazos?

— Otra vez con la misma cantinela, sí. ¡Te lo he repetido tantas veces! Estabas poseído por tu demonio; atenazado por el terrible complejo afectivo; aquel que de niño te condujo una y otra vez a encerrarte entre cuatro paredes para besar la estampa de tu madre; el que, ya adolescente, te hacía enrojecer de vergüenza ante la visión de la tierna escena de un beso; el mismo que te obligó a arrojar al suelo a quien pretendió burlarse de tu desvío.

— Te hice mía, Elisa ¡mía!

No hubo contestación. La góndola comenzó a balancearse impulsada por los remeros, y un rayo de mortecina luz iluminó el demuda-

do semblante. Pero no había lágrimas empañando sus ojos. Movi6 negativamente la cabeza, y dijo en un tono de voz que no la identificaba con el pasado:

— ¡Una pesadilla, César!

— Si es así, ¿cómo has llegado tan hondo en mi alma?

— Tú me lo contaste todo en tus delirios.

La g6ndola atravesaba un nuevo puente y quedamos de nuevo envueltos en la penumbra. Sin poderlo remediar, cogí entre mis manos aquel rostro que simbolizaba los sueños del pasado y lo besé apasionadamente. Besé los labios húmedos con la emoción de los mil besos reprimidos de toda una vida de inhibición afectiva.

— ¡No, César, no!

— ¡Sí, Elisa! ¡Abrázame! ¡Porque no te creo, Elisa! ¡No te creo!

Volvió la luz crepuscular, y desprendiéndose de mis brazos con brusquedad me reprochó:

— ¡Crees amarme, César, cuando en verdad sólo amas a tus sueños!

Y huyó inesperadamente fuera del compartimiento. Entráramos en el Gran Canal. Atrás quedaba el Rialto. Sobre el cielo azul tachonado de rojizos tintes crepusculares, zigzagueó la oscura silueta de una paloma que en alocado vuelo se remontó por encima del puente en dirección al mar. Con el alma impregnada de trágica emotividad, rompí el embarazoso silencio ante una Elisa todavía no recobrada de su turbación.

— Cuenta la leyenda, que cuando una paloma de San Marcos presiente su muerte, se dirige al mar para morir allí...

El lúgubre silbido de una sirena cortó mis palabras. La negra silueta de la g6ndola de los muertos, emergió entre las sombras. Sentí un escalofrío ante la desagradable visión que me traía el recuerdo de lo inevitable y tal vez muy cercano. Pero ella debió adivinar lo que pasaba por mi mente.

— No, César —se inerpuso ocultándome la fúnebre visión—. Esa paloma no se dirige al mar. Vuelve a tierra.

La sin par sonrisa acabó por esfumar los sombríos pensamientos.

— Tienes razón, Elisa. Esa paloma no va hacia el mar —suspiré estrechándola fuertemente entre mis brazos.

La vida y sus pasiones, el amor con nuevo epíteto, ni sueños ni utopías, el placer y el dolor, el bien y el mal, la paz y la violencia, destrucción y creación... Y un paso más hacia la luz.

Algo inaudito sucedió a nuestro regreso de París: un cambio inesperado, a todas luces incomprensible en una Elisa que, de alegre, abierta y decidida, se mostró repentinamente tristona, reservada y vacilante. Y fue más sorprendente lo que dijo al día siguiente en nuestra primera cita a la salida del hospital. La vi llegar nerviosa, y casi de sopetón me soltó a quemarropa entre balbuceos:

— Escucha, César... He pensado... Porque creo... En fin, que debemos dejar lo nuestro para más adelante.

E incomprensiblemente retiró la mano de entre las mías. Quedé de una pieza. No esperaba aquella actitud que ponía en entredicho la intimidad manifestada a raíz de lo ocurrido en Venecia.

— ¿Hablas en serio? —protesté sin poderme contener—. Pero, ¿qué ha sucedido?

— No puedo explicártelo ahora. Y he pensado también —añadió de forma, yo diría paradójica—, que, por tu bien, deberías trabajar en el hospital, ya te lo dije. He hablado con Roig y Manson. Tengo un puesto para ti.

— ¡Para mí! ¿Qué más quieres escudriñar en mi alma?

— No es eso, César.

— ¿Qué es, pues? ¿O acaso no me crees aún lo suficientemente renovado? —dije con amarga ironía.

— Sólo te pido un poco de tiempo; y que aceptes mi oferta y te quedes en el hospital.

— Pareces muy segura de mí. Podría desilusionarte... como médico, porque en el terreno sentimental...

— ¡No, por Dios, César! Insisto, no es eso. Quiero que ocupes plaza aquí, entre otras razones, porque posees algo que hoy no abunda: sí, una buena dosis de humanismo, y también, un gran sentido de la responsabilidad.

— Sigo sin entenderlo. Cierras una puerta y me abres otra. ¿Qué esperas despertar en mí? ¿Amor altruista?

— Sí, César, has dicho bien. Es exactamente lo que espero despertar en ti: amor a tus semejantes. Nunca somos lo bastante humanos y desprendidos. Y mi mayor ilusión ahora, es que vivas sentimental y humanamente para los demás —dijo sin titubeos.

— ¿Te excluyes tú, de ese mi amor al prójimo que pones en tela de juicio?

— ¡Qué tontería! Me incluyo yo y cuantos aquí esperan ternura y comprensión.

— ¿No te parece demasiado reparto de cariño? ¿O acaso piensas que este amor mío es aún altamente ególatra?

— No puedo decirte lo que pienso.

— ¿Sabes? Te encuentro muy enigmática... Como si me ocultaras algo.

— Imaginaciones tuyas —dijo con leve temblor y forzada sonrisa que la delataban.

¿Qué había sucedido para aquel cambio después de lo de Venecia? ¿Por qué tan incomprensible marcha atrás?... Le dije que aceptaba, sólo porque ella me lo pedía, aunque no me alcanzara el magno propósito y la utilidad de la nueva experiencia. Y fue sorprendente comprobar la alegría que le produjo mi decisión, pues consideraba incomprensible que, después de rechazarme sentimentalmente, deseara continuar a mi lado. Nuevos azares y experiencias me aguardaban.

— ¿Y se puede saber quiénes son esos *pacientes* que has elegido ex profeso para mí? —le interrogué sonriendo.

— Tres personas a quienes amo entrañablemente y que llevan mucho tiempo internados en el hospital: Monique, Marguerite, y...

Vaciló antes de pronunciar el tercer nombre, y cuando lo hizo fue en forma alusiva y temblándole la voz.

— Del tercero ya te hablé durante el viaje.

— Jean, ¿eh?

— Sí. Necesitan amor aparte de cuidados médicos; mucho amor, y sobre todo, ayuda moral. Monique es una niña de diez y siete años, ciega a causa de un desprendimiento de retina en ambos ojos. Ha sufrido varias intervenciones sin resultado. Ya estaba resignada y empezaba la difícil adaptación, pero ha surgido un nuevo problema.

— ¿Cuál? —pregunté intrigado.

— Quieren operarla de nuevo... Un joven doctor llamado Bonard. No le conozco. Me enteré ayer al llegar al hospital. Aseguran que es muy inteligente aunque como muchos de la nueva ola, sin experiencia, y lo que es peor, con muchos deseos de escalar puestos, sobrestimando tal vez las posibilidades de una remota curación, y sin tener en cuenta para nada el daño moral que pueda infligir a su paciente si fracasa la intervención. Monique es ahora otra persona. Habla de él con un entusiasmo rayano en la inconsciencia, puesto que está convencida de que recobrará la visión, y espera con ansiedad ese momento. Sus padres, unos campesinos sobrados de fe, que han hecho por su hija lo imposible al darle incluso una carrera no a su alcance —era estudiante de filosofía y letras—, han accedido, esperanzados, para que sea de nuevo intervenida. Quedé asombrada de la euforia que ha despertado en ella la nueva operación, cuando sé bien, por los anteriores oftalmólogos que la intervinieron, todos muy competentes, que consideran el caso incurable. Es por ello que me sorprendió la noticia, y más aún, el cambio operado en Monique. ¿Te imaginas qué ocurrirá si fracasa la operación?

— ¿Cuándo la intervienen?

— Uno de estos días.

— Hablaré con Bonard para sopesar las posibilidades de éxito, y por supuesto con Monique. ¿Y Marguerite? ¿Qué le sucede a Marguerite?

— Es una anciana afecta de cáncer terminal, pero con muchas ansias de vivir... No sé lo que ha ocurrido. La dejé confiada y sonriente, y la encuentro ahora desmoralizada, recelosa, no come, apenas duerme y rechaza los tranquilizantes. He llegado a la conclusión que le obsesiona morir y sólo cabe la curación por el espíritu.

— ¿Y esperas de mí ese milagro?

— Te pido ayuda. En cuanto a Jean, es quien menos sufre, al menos moralmente. Somos nosotros, los que le queremos, quienes sufrimos. Afortunadamente le han desaparecido las febrículas y parece estar mejor. Todos en el hospital se desviven por atenderle.

— Me dijiste que había perdido a sus padres, ¿no?

— Sí. La madre murió en el parto y se desconoce el paradero del padre. El hospital se ha hecho cargo de él en tanto se llega a una solución.

— ¿Y qué papel he de jugar yo en esa tan difícil partida de ajedrez humano?

— Quiero que seas una especie de puente entre cuerpo y espíritu.

— Bueno, de eso ya se encarga el diencéfalo. Lo sabes mejor que yo.

— Ya, pero tú serás un diencéfalo dirigido.

— ¿Es que tratas de sofrorizarme?

— No será necesario. Puedes realizar esa labor mejor que yo; te sobran dotes. Únicamente te pido colaboración. Si lo de Monique se lleva a efecto y falla, será necesario sustituir la luz de sus retinas por otra luz que habrá que hacer llegar a su espíritu de alguna manera. Lo de Marguerite es más sencillo... Al menos en teoría. En cuanto a Jean, sólo precisa cuidados y amor, mucho amor.

Siguió un corto silencio.

— Has ganado, Elisa —dije al fin—. Veré a Monique, y también a Marguerite y Jean. Y a otros muchos, supongo. Y hablaré con ese Bonard.

Esta vez fue ella quien se acercó para besarme. Había lágrimas en sus ojos, y aquel acto de sentimentalismo, para mí incomprendible, me llevó a exclamar:

— ¡Cada vez lo entiendo menos! Pero, puesto que eres tú quien me lo pides, acepto. Hasta luego.

Al día siguiente, fui en compañía de Elisa a visitar a Roig y Manson. Minutos más tarde ya era médico residente del hospital, con algo más que el beneplácito de Elisa; con la indescriptible e inexplicable euforia que le produjo la afirmativa noticia. Manson me citó en su despacho practicándome un minucioso reconocimiento.

— Te encuentro bien, Jubaro —me dijo—, aunque debes cuidarte.

— Ya lo hago —protesté.

— No sé, no sé —replicó con entonación dubitativa—. Por lo pronto, tómate con calma tu trabajo en el hospital.

Y se despidió con una palmadita amistosa.

Bien suponía Manson que mis nuevas ocupaciones no iban a ser ciertamente un remanso de paz. De nuevo fui al encuentro de Elisa, y juntos nos encaminamos hacia la habitación que ocupaba Jean. Estaba dicharachera y me confesó que le hacía muy feliz mi permanencia en el hospital, aunque no mencionó para nada nuestras relaciones sentimentales. Bien cogida de mi brazo, mientras andábamos por el pasillo, no paró un momento de hablar de las tres personas que parecían obsesionarle: Jean, Monique y Marguerite. Apenas entramos en la habitación del pequeño parálítico, se volcó sobre el niño, besándolo y acariciándolo con ternura mientras le hablaba con encendida fraseología.

— ¿Cómo estás, Jean? ¡Mira a quien he traído conmigo! Nada menos que al doctor Jubaro de quien tanto te he hablado. Es tu nuevo médico y amigo, ¿sabes?, y vendrá a verte todos los días; al menos así me lo ha prometido —me miró a los ojos mientras yo asentía—. Ya verás. Te contará muchos cuentos porque tiene como nadie una imaginación portentosa... ¡Ah!, y te querrá mucho. Y tú a él, ¿verdad, Jean?

Elisa peroraba sin cesar, le reprendía por babearse o estar sucio, acariciándolo una y otra vez, hablándole dulce, tesonera y entusiásticamente. Pronto caí en la cuenta de que aquel niño parálítico de seis años, tal vez con muy pocos meses de edad mental, estaba casi ausente, y respondía a los alegatos de ella con una mirada dulce y sonrisa triste, o dejaba escapar algún que otro sonido gutural. Y comprendí también que Elisa había creado alrededor de aquella criatura afecta de grave parálisis de brazos y piernas, un mundo especial que

sólo ella entendía. Y a pesar de haber llegado a tal convencimiento, inexplicablemente empecé asimismo a hablarle como si realmente me entendiera.

— Sí, Jean. Te lo prometo: vendré a verte todos los días para contarte muchas historietas. Seremos buenos amigos. ¿Sabes? Tenía grandes deseos de conocerte. ¡Elisa me ha hablado tanto de ti! Eres un niño precioso y ya verás como te pones bien.

Y me incliné para besarlo mientras ella contemplaba embobada la tierna escena.

Abandonamos la habitación. Elisa, si cabe más alegre aún, me cogió fuertemente del brazo con una efusión hasta cierto punto incomprensible, pero yo la encontraba más distante que nunca. Desde luego, no tan cerca como en la intimidad de Venecia. Claro que ahora pesaba aquello de *dejar lo nuestro para más adelante*. ¿Por qué?

Fuimos a visitar a Marguerite, una anciana con grave caquexia cancerosa, en cuyo rostro brillaban apagados unos ojos grises.

— ¿Cómo te encuentras? —la saludó Elisa.

— En estado paradójico.

— No te comprendo.

— Quiero decir, en grave estado y con muy pocas ganas de morir. ¿No hay nada nuevo para mí?

— ¡Ya lo creo!... Le traigo nada menos que al célebre doctor César Jubaro.

— ¿Se ocupará de esta pobre vieja, doctor?

— Estoy aquí para hacerme cargo de usted.

— Sí, Marguerite —corroboró Elisa dando importancia a mi presencia. Es un gran médico... La curará.

En el pasillo, Elisa me abordó interrogante.

— ¿Qué piensas hacer?

— No lo sé. ¿Le están administrando antimitóticos?

— Sí.

— Sólo cabe pues, ya lo dijiste tú, la curación por el espíritu. Trataré de levantar su ánimo y crearle un clima de más confianza. Si te

parece le prescribiré un nuevo fármaco. Nos aliviará la tarea... ¡Ah!, y dile a su médico que no es injerencia; simplemente vamos a tratar de ayudarla a morir.

— Ya lo sabe y agradece nuestra ayuda.

Nos despedimos. Poco después me encaminaba hacia la habitación de Monique que, sorprendidamente, hallé en pie con unas grandes gafas oscuras ocultándole los ojos sin luz. Extendidos los brazos, vino a mi encuentro como si realmente me viera. Pero se equivocó al nombrar a la persona que creía tener ante ella.

— ¡Hola, doctora Gourié!

— No soy la doctora Gourié.

— ¡Ah!... ¡No me diga! Usted es el doctor Jubaro, el nuevo residente del hospital. La doctora estuvo ayer a verme a su regreso del viaje a Italia, y la esperaba hoy, más o menos a esta hora. Por eso le confundí. Ella me ha hablado mucho de usted.

— ¿Bien o mal, Monique? —ref.

— Desde luego, bien. Es una admiradora suya.

— ¡Cuidado, Monique! Estás revelando secretos y no debes tentar mi vanidad de hombre.

— No lo creo, doctor. ¿Acaso no fue usted quien la acompañó en su viaje por Italia?

— Te veo al corriente de muchas cosas. Tendré que andar con sumo cuidado —volví a ref.

Estaba ante una frágil figura de diminutas manos, y un rostro gracioso más que bello, pequeño para aquellas gafas descomunales, tras las que se adivinaban unos también grandes ojos de miope.

— Y bien, ¿cómo te encuentras, Monique?

— ¿Ya sabe la noticia? Me operan, doctor Jubaro. ¡Recobraré la vista!

Monique no preguntaba; admitía, dando por felizmente realizado, un desenlace incierto. No fui capaz de ensombrecer aquel optimismo que Bonard alegremente había provocado en aquella niña llena de ilusiones y esperanzas por recobrar la visión perdida. Me hallé inerte, y lo que dije sirvió para acrecentar aún más su fe y la euforia en el éxito de la operación.

— Naturalmente que recobrarás la visión. Y dime, Monique, ¿cuándo te operan?

— Uno de estos días. Estoy convencido de que me curaré. Es un famoso doctor que conoce novísimas técnicas y va a practicar en mí una nueva intervención.

— Sí, Monique. Todo irá bien. Estoy seguro.

Los dedos temblorosos palpaban una y otra vez como tentáculos que tuvieran ojos, en contraste con la cabeza estática y un rostro falto de riqueza anímica. Y es que la ceguera de Monique —me había asegurado Elisa—, databa ya de unos años, y algo había aprendido en el difícil camino de la adaptación, lo que hacía más peligroso este exagerado concebir unas esperanzas infundadas.

La dejé con la promesa de volver al día siguiente y decidí entrevistarme con Bonard, dispuesto a saber el verdadero alcance de las posibilidades de curación; y también para poner en su conocimiento que, tanto la doctora Gourié como yo, considerábamos que la paciente no estaba preparada psicológicamente ante un probable fracaso, por lo que le pedíamos una oportunidad para hacerlo.

Por desgracia, Richard Bonard se mostró pródigo en pormenorizar detalles sobre el caso clínico, pero poco dispuesto a admitir otro género de reflexiones, con lo que demostraba un completo desconocimiento del alma humana, o peor aún, un desprecio absoluto para cualquier clase de consideraciones humanitarias. Pronto me convencí de que Monique era para Bonard un paciente difícil, un caso interesante, tal vez una osada experiencia quirúrgica, y quizá algunas cosas más.

— No tiene nada que perder —fueron sus frías palabras.

— Perdone, Bonard —le repliqué—. Tiene mucho que perder: sus ilusiones y el terreno ganado en el difícil camino de la adaptación a la invidencia. Lleva varios años ciega. Y ahora, de pronto... ¿Se da cuenta que ha despertado en la paciente unas infundadas esperanzas? Tiene una gran fe en usted, y la convicción absoluta de obtener la curación.

Bonard se infló como un pavo real.

— Esto me halaga y satisface, pues no ignora que conviene despertar esa confianza del paciente para con su médico.

— ¿Quiere dar a entender que no confía mucho en el éxito de la operación?

Me miró de arriba abajo, y yo a él también. Era un muchacho rubio, alto, de grandes ojos pardos, frente despejada y mirar un tanto desvaído. Pero estos rasgos físicos nada decían de cómo era en realidad Richard Bonard. Mucho más demostrativo que las facciones y el propio curriculum vitae, iban a ser sus respuestas a mis preguntas.

— Doctor...

— Jubaro, César Jubaro.

— Pues bien, Jubaro. Conozco el caso de mi paciente.

En ningún momento llamó a Monique por su nombre. Siempre era el caso clínico, la enferma pendiente de una difícil intervención. Y hasta me atrevería a asegurar, que en tanto no pronuncié su nombre, desconocía cómo se llamaba.

— El ojo derecho, en efecto, está irremisiblemente perdido después de las dos intervenciones practicadas, ambas sin resultado. La retina se halla totalmente desprendida y degenerada... No tiene remedio. En cuanto al izquierdo, sobrevino una gran hemorragia en el cuerpo vítreo que, muy opaco, impide visualizar el fondo del ojo. Sin embargo, el resultado del electroretinograma y la ecografía, permiten albergar ciertas esperanzas, y es por esta razón que he aconsejado la vitrectomía.

— Una intervención difícil y arriesgada por lo que veo.

— Arriesgada, no, puesto que, insisto, no tenemos nada que perder.

— Desde su punto de vista, desde luego, no. La doctora Gourié —que si no está aquí es porque atiende un caso urgente—, y yo, estimamos que Monique debería ir a la intervención con una mayor conciencia de lo que de ella se espera. Y queríamos rogarle, pues parece haber descuidado esta faceta importante de la operación, que nos diera la oportunidad de hacerlo. La doctora Gourié es una excelente psiquiatra, y yo colaboraré en la medida de mis posibilidades. Dado que la intervención —ahora lo entiendo así—, no tiene carácter urgente, podríamos en una o dos semanas a lo sumo, crear en Monique un clima de menos optimismo y mayor acercamiento a la realidad que se espera.

— Lo siento... La intervengo mañana.

— ¡Mañana! —no pude menos de exclamar.

— No puedo alterar mi orden de trabajo y mis planes por unas consideraciones que estimo fútiles. La paciente se halla en un estado psíquico favorable a la intervención.

— ¿Teme usted que puede perderlo, y decida no someterse a ella, sobre todo si valora las escasas probabilidades de recuperar la visión?

Bonard, sin contestar a la pregunta, dejó traslucir un gesto de contrariedad en el rostro.

— Además —se escabulló—, existen otras razones de peso: he de tomar el avión para México donde se celebra el Congreso Internacional de Oftalmología, y deseo dejar resuelto este caso cuanto antes. Por otra parte, tienen mi autorización, si así lo desean, para comunicar a la paciente y sus familiares, que no existen garantías de éxito en la intervención.

— Es extraño que usted no les haya informado.

— No veo la necesidad, antes al contrario, lo considero contra-productente. Puede crear en la enferma un estado de ansiedad y un clima de desconfianza innecesarios. Y quiero advertirle, doctor Jubarro, que ser demasiado humano es incompatible con el avance de la medicina.

La voz de Bonard subía de tono. Pero yo estaba dispuesto a seguir hasta el final, pues no me satisfacían en absoluto las respuestas del oftalmólogo.

— Da la impresión de que usted no se ha detenido a charlar un rato con Monique.

— Pues en verdad, no dispongo de tiempo.

— Lo suponía.

— ¿Qué trata de insinuar?

— Simplemente, que de haberlo hecho se habría percatado de lo imposible de decirle a Monique sin provocarle un grave choque psíquico, y menos la víspera de la operación, que tiene pocas probabilidades de éxito, cuando está convencida de todo lo contrario.

Bonard se puso en pie... Y yo también. Nuestra conversación había llegado a un punto donde era difícil dar marcha atrás.

— La doctora Gourié y yo confiamos en usted y nos alegra que exista la posibilidad, aunque sea remota, de realizar una intervención feliz, si bien no consideramos oportuna la alegría injustificada con que la paciente acude al quirófano. Si usted no puede permitirse alterar su programa de trabajo, no le diremos a Monique las pocas probabilidades que tiene de recuperar la visión... Buenos días, doctor Bonard.

Salí dando un portazo. Tal era mi estado de ánimo ante tamaña testarudez, falta de comprensión y de sentido humanitario. Por el pasillo, me hice a mí mismo las siguientes reconsideraciones: ¿Temía Bonard perder a su enferma si le confesaba las escasas posibilidades de éxito, y ver esfumarse la oportunidad de llevar en cartera a México un caso más en su estadística? Era muy duro juzgar así a un colega pero todo apuntaba en esa dirección: la falta de sinceridad con su paciente; el desconocimiento de las circunstancias humanas del caso; aquel rehuir el posible fracaso; la prisa, y de modo especial, la negativa a aplazar una intervención no urgente, sólo justificada por la coincidencia del congreso.

Monique fue intervenida. Asistimos a la operación apostados tras los cristales del corredor que circunvalaba el quirófano. Un circuito cerrado de televisión puso a nuestro alcance los pormerores de la técnica quirúrgica que fue ejecutada con maestría en ensamblaje perfecto con sus colaboradores. Asimismo, funcionó una cámara que iba captando los detalles y diferentes tiempos de la intervención. Esto me llevó a confirmar el supuesto de que Bonard pensaba más en México que en Monique.

Elisa lo abordó a la salida del quirófano, mientras yo permanecía sentado en un butacón desde donde pude asistir a la fría acogida y aún más frías palabras del oftalmólogo.

— ¿Qué piensa de la operación, Bonard?

— Ha sido técnicamente un éxito.

— ¿Recobrará la visión?

— No puedo asegurar nada. Existe la posibilidad de complicaciones, concretamente nuevas hemorragias, con lo que volveríamos

al mismo o peor estado preoperatorio. Habrá que aguardar unos días... Yo estaré en México. Dupré se encargará de las curas y les tendrá al corriente. Buenos días.

Se dirigió hacia la puerta, pero antes de traspasar el dintel se volvió para decir:

— ¡Ah!... Se me olvidaba, doctora Gourié. Sería conveniente que fueran preparando a la enferma para lo peor.

Clavé las uñas con fuerza inusitada en el asiento. Bonard aceptaba ahora aquella posibilidad más que probable, dejándonos vía libre a Elisa y a mí. Porque Bonard se llevaba a México en el celuloide, el nuevo *modus operandi* aplicado a ciertas complicaciones del desprendimiento de retina, un éxito clamoroso técnicamente, aunque le importaba bien poco que *su caso* —en ningún momento le oí llamar a Monique por su nombre—, acabara convertido en una pobre niña ciega sin remedio, angustiada moral y psíquicamente. Bonard pensaba ahora, y suponía bien, que para tal contingencia nos tenía a nosotros.

Ya en el pasillo, Elisa y yo optamos por no hacer el menor comentario, a la espera de las nuevas noticias de Dupré.

* * *

Aquella noche no pude conciliar el sueño. Monique, Jean y Marguerite, quizá más que ningún otro ésta última, ocupaban por entero mi pensamiento. Porque respecto al pequeño Jean, había llegado a la conclusión de que aquel niño no sufría moralmente, y sólo Elisa desorbitaba el problema sin una explicación razonable. En cuanto a Monique, era una puerta cerrada pendiente de abrir, y en modo alguno consideraba oportuno insinuarle, según pretendía el escurridizo oftalmólogo, aquello que debió saber con antelación al acto quirúrgico. Lo de Marguerite en cambio, era cuestión urgente si como presentaba Elisa, su enfermedad se hallaba ya en fase terminal y era imperativo luchar contra el desaliento de la anciana. Pero, ¿cómo?

— Sí, Elisa, ¿cómo? —le pregunté al día siguiente mientras andábamos por el pasillo del hospital. Y añadí: —¿Sabes qué opina Bonard? Que ser demasiado humano es incompatible con el avance de la medicina.

— Supongo que no compartes esa opinión... Al menos en lo que concierne a Monique, Jean y Marguerite.

— ¿Qué me propones? ¿Emplear con ellos una cura de sugestión? ¿Sofrorizarlos?

— No será necesario. Basta con un poco de amor y otro tanto de comportamiento humano. O en otras palabras, muéstrate tal y como realmente eres.

— ¿Todavía no me crees lo suficientemente conocedor del alma humana?

— No dudo que vas a iniciar unas prácticas que pueden hacerte mucho bien... A ti y a ellos. Anda, ve. Se te ocurrirá algo. Por lo pronto, no lo olvides, desde anoche le estoy administrando un nuevo fármaco psicoléptico. Recuerda: se lo has prescrito tú.

Estaba claro que Elisa valoraba en exceso mis posibilidades frente a esos pacientes, que no eran míos, y parecía haber preparado ex profeso para mí. Traté de hilvanar los pensamientos antes de iniciar un camino que me era extraño. ¿Por qué yo? No era psiquiatra, ni psicólogo, y menos, sofrorizador. ¿Por qué se obstinaba entonces en dotarme con aquella falsa investidura de *hombre que cura por poder*? Yo, incapaz de manejar un bisturí para salvar una vida o devolver la visión a un ojo ciego, tenía que enfrentarme con una agonizante, ansiosa de vivir mientras moría; y a una invidente esperanzada que no quería reconocer la magnitud de un posible fracaso. Yo, hablando con un niño paralítico, afásico, retrasado mental e incapaz de comprender el diálogo absurdo.

De nuevo la pregunta: ¿Qué quería Elisa de mí? Porque el binomio médico-enfermo no parecía existir entre Jean y yo, Marguerite y yo, Monique y yo, excluidos por supuesto el resto de los pacientes que a diario tenía asignados en el hospital. No dudaba que ya la ciencia había hecho lo imposible con Jean y Marguerite, y era a buen seguro la frontera que acababa de cruzar Monique. Sólo en Marguerite —ya veremos si también en la pobre ciega—, cabía despertar la acción volitiva de una reacción anímica que oponer a la dolencia irremediable, tal vez a la ceguera ya imposible de curar. Pero yo no era un Espartaco, ni un Pugatschiev, Lutero o Freud; no era ninguno de esos pequeños dioses capaces de alzarse contra toda una organiza-

ción mundial, y sobrados de poder. Yo no llegaba siquiera a aprendizaje de psiquiatra.

Toqué con los nudillos en la puerta. Nadie contestó, y con el convencimiento de que la anciana dormía, entré sigilosamente en la habitación. La hallé inmóvil, con los ojos abiertos y fijos en el techo, y presumí que se hallaba sumida en sus propios pensamientos, con toda seguridad, no risueños ni confortadores, y, desde luego, el primer enemigo a combatir.

— Buenos días, Marguerite —saludé.

— ¡Ah! Es usted, doctor. He de reprenderle. Ayer me defraudó... Le estuve esperando.

— Lo sé, y de veras lo siento. Me entretuve repasando su historial. Y por cierto —recordé la observación de Elisa—, ¿ha tomado la nueva medicina?

— Sí, doctor, y le felicito. Me encuentro más tranquila, bastante más tranquila.

— Lo celebro.

— Sin embargo, los dolores han aumentado y he empezado a ver doble.

— ¿Dónde le duele?

— ¡Ay, doctor! Me duele el cuerpo, la cabeza, y sobre todo el brazo izquierdo. El profesor Delacroix opina que es reuma.

— Puede ser. ¿Desde cuándo no le practican análisis?

— Hace mucho tiempo.

Pulsé el timbre y apareció Marie, la enfermera, a quien ordené que avisara al laboratorio para efectuar nuevas investigaciones analíticas.

— Todos aquí tienen prisa —se quejó Marguerite al ver salir a la enfermera a escape—, y más que nadie los doctores, deduzco que a causa del excesivo trabajo. Apenas si preguntan, hojean los papeles y se van.

— Eso reza para los famosos.

Por primera vez la vi sonreír.

— Muy modesto, pero, dígame, doctor. ¿Dispondrá de tiempo para escuchar a esta pobre vieja?

— Todo el que precise —dije sentándome a los pies de la cama.

— Doctor.

— Diga, Marguerite.

— ¿Sanaré?

— ¿Acaso lo duda?

— Quiero saber la verdad.

— ¿No confía en mí?

— Naturalmente que sí.

— Estamos empezando, ¿no es así?

— Así es.

— En cuanto sepa el resultado de los análisis y el informe del oftalmólogo, hablaremos más despacio. ¿De acuerdo?

Siguió una larga conversación. Conté a Marguerite, mucho de lo acaecido en Italia en compañía de Elisa, y rió de buena gana cuando supo algunos pormenores de nuestras vacaciones. Compartía conmigo su fervor y entusiasmo por Venecia. Y con la promesa de volver al día siguiente para narrarle nuevas anécdotas del viaje, salí convencido de que al menos había logrado despertar su interés, primer paso por el difícil camino de una hipotética *curación por el espíritu*.

Esperé a Elisa a la entrada del hospital. Deseaba confrontar con ella mis impresiones, y reconocer que había logrado despertar en mí cierta preocupación por aquellos pacientes que, deliberadamente, había puesto a mi cuidado con no sé qué ocultas intenciones. Apenas habían transcurrido unos pocos días desde que aceptara el cargo de médico residente tras la negativa a *hablar de lo nuestro*, y ya Elisa parecía otra persona; y yo también, pues no olvidaba que el motivo más importante de mi permanencia en el hospital seguía siendo ella, y tarde o temprano habría que forzarla a *hablar de lo nuestro*.

La vi venir por el pasillo y me adelanté a su encuentro deseoso de la charla entrañable.

— Hola —saludó sonriente.

— Buenos días, Elisa.

— ¿Cómo va lo de Marguerite?

— He descubierto algo importante. Esa anciana, aparte su desgracia, precisa que alguien se ocupe de su persona.

— De acuerdo, Sherlock Holmes. Estuve a verla... Anoche, después que tú te fuiste. Asegura estar mejor. ¿Y sabes por qué? Porque desea estar mejor. En efecto, tú lo has dicho, necesitaba de alguien que despertara en sus adentros, la energía de una voluntad dormida, sólo circunstancialmente.

— ¡Exageras!

— No, César. Era de esperar. Se siente atendida, se le estudia e imponen nuevos tratamientos, se le pregunta y escucha... Ha sido suficiente. Podemos curarla de la dolencia del espíritu surgida como complicación de la otra incurable enfermedad cancerosa. ¿Comprendes?

— Perfectamente. Y entiendo también, que yo solo no conseguiría nada. Pero los dos... Podremos, Elisa, podremos; con Marguerite, con Monique y con otros muchos.

— Eso espero de ti; más de ti que de mí.

— No entiendo.

— El sexo. Tú, como hombre, si llega el momento y para Marguerite ha llegado, puedes influir con más eficacia que yo. En la anciana late aún demasiado fuerte el ansia de vivir.

— No sé, no sé.

— ¿Qué quieres insinuar?

— No estoy convencido de que sea únicamente el temor a la muerte.

— Sí, César, sí. Marguerite es poseedora de una gran fuerza vital que la empuja a rechazar la enfermedad, y tú puedes despertar en ella esa fe que parece haber perdido.

— ¡Caramba! ¿Y quién te ha dicho que poseo tales atributos y poderes?

— No precisas de ningún poder. Basta con un poco de amor y mucha comprensión.

Solté una sonora carcajada que hizo a Elisa volverse sorprendida.

— ¿De qué te ríes?

— ¿Me pides amor a mí?

— Del amor que te pido no has degustado una sola gota.

La conversación tomó un claro matiz sentimental.

— Elisa, hay otro amor del que me hallo muy necesitado.

— ¡Por Dios, César! Habíamos convenido...

— En dejarlo para más adelante —la interrumpí—. ¡Cada vez lo entiendo menos! Pero, puesto que pareces dichosa repartiendo amor a manos llenas, no me quedaré a la zaga.

— Me hace muy feliz oírte hablar así.

— ¿Acaso no lo esperabas?

— Lo que no esperaba y te reprocho, es que no hayas vuelto a ver a Monique. ¿Te has preguntado lo que ocurrirá si por desgracia no recobra la visión?

— ¿Qué dice Dupré?

— La verá mañana. Y desea que estemos presentes. Es un gran hombre ese Dupré: humano, responsable... El reverso de Bonard.

— Menuda papeleta le ha dejado.

— Nos ha dejado, querrás decir. Y por cierto, tampoco has vuelto a ver a Jean.

— ¿Me espía, doctora Gourié? —sonreí con sorna.

— Sigo tus pasos muy de cerca. Lo sabes bien.

— ¿No crees que Jean es quien menos precisa de mí?

Se detuvo y me obligó a mirarla. Había palidecido. No sé por qué, siempre que hablábamos del niño paralítico, me sorprendía con sus reacciones.

— Dime. ¿Por qué es quien menos precisa de ti?

— Mira, Elisa. Cuando estuvimos a verle tú y yo, oí como conversabas con él. Casi sin darme cuenta, acabé hablándole también como si realmente me entendiera.

— ¿Qué insinúas?

— No tratarás de hacerme creer que ese niño nos comprende. Vive ausente, nos ignora. Además no sufre moralmente. Es quien menos precisa de nosotros. Lo sabes tan bien como yo.

Elisa perdió los estribos y se puso a defender con vehemencia una tesis absurda.

— Te equivocas. Ese niño reconoce, oye, ve y siente. No puede andar, lo sé, ni apenas moverse; tampoco hablar, pero no es un cuerpo que vegeta, que...

— ¡Elisa, por Dios! —le interrumpí—. Simplemente deseo darte a entender que Jean no puede esperar de mí la ayuda moral de unos consejos si no acierta a discernir...

— ¡Tú no le conoces como yo! —me interrumpió fuera de sí—. Su lenguaje gutural, su mímica, la forma de mirar, de sonreír. Sí, yo sé cuando Jean sufre, llora o está triste, si se halla enfermo o tiene sed; cuando habla y lo que dice.

— ¡Está bien, Elisa, está bien! No tienes por qué alborotarte de esa manera. Te lo decía simplemente, insisto, porque creo no ser útil a Jean, al que sé atendido por ti, el doctor Guillaumin y Marie. ¿Qué más puedo hacer? Quizá tengas razón y sea yo quien... En fin, tú eres la psiquiatra. Aunque con el tiempo... No sé. Estoy aprendiendo tanto...

— Prométeme que seguirás viéndole —me suplicó de forma incomprensible.

— Naturalmente.

— Te aseguro, César, que como yo, aprenderás a leer en el lenguaje de sus ojos. Te espero luego, al finalizar la consulta. Iremos juntos a verle. Adiós.

* * *

Fuimos juntos, sí. Y fue curioso comprobar que, convencido o a remolque de la entusiasta palabrería de Elisa, acabé sentado a los pies de la cama del pequeño paráltico, contándole cuentos y haciéndole carantoñas, si bien pronto caí en la cuenta de que no era Jean

sino Elisa quien me escuchaba con embeleso, e inexplicablemente se mostraba subyugada por cuantas palabras y demostraciones de afecto le dedicaba a aquel niño. Mi visita a Jean pues, parecía no tener otra finalidad sino agradecer a ella, a fuer de una fraseología cariñosa hasta lo exhaustivo, adobada con promesas, cuentecitos y regalos que en modo alguno podían impresionar al pequeño ausente. Y me preguntaba una y otra vez, el porqué de su obstinación en presentar al pequeño con un estado de conciencia inexistente. Era un misterio a desentrañar en el futuro.

Dejamos a Jean y nos encaminamos hacia el aposento de Monique. Por el pasillo, Elisa apuntó la conveniencia de frenar de alguna manera el exagerado optimismo de la niña ciega.

— Pero, ¿cómo? —me dijo—. Es muy duro en las actuales circunstancias, y pienso si no será mejor dejar que la providencia decida, y no crear ahora un estado de conflicto de consecuencias imprevisibles.

— Hay que prepararla, Elisa. Hemos de intentarlo... Hoy mismo. El propio Bonard lo aconsejó, probablemente porque pensaba más en el fracaso que en el éxito, fuera de la experiencia quirúrgica.

Nos detuvimos unos instantes ante la puerta, dubitativos y con el ánimo tenso. No sé qué temía más: si hallarla pletórica de optimismo, o verla sumida en un derrumbe moral de proporciones incalculables.

Monique nos recibió jubilosa. Dupré le había comunicado que al día siguiente haría la exploración decisiva.

— ¡Mañana veré! —correspondió al saludo exteriorizando su gozo, lo que confirmaba su fe ciega en obtener la curación.

En un primer momento no fuimos capaces de cortar de raíz tan grandes ilusiones, y si en algún instante dejamos entrever la posibilidad de complicaciones, Monique nos respondía con frases de mayor optimismo. Como en el cuento de la lechera, y después de admitir como cierto un resultado feliz, contaba ya los proyectos a realizar una vez recobrada la visión. No pude contenerme y en un resquicio me atreví a insinuarle:

— Monique. ¿Has pensado en la eventualidad de un contratiempo? ¿Que las cosas no vayan a la medida de tu deseo que es el nuestro? Puede surgir lo imponderable. En fin, nos alegra mucho tu opti-

mismo, lo compartimos, y estamos seguros de que todo irá bien, pero...

— No sea gafe —me interrumpió—. No conoce al doctor Bonard. Ha hecho curas prodigiosas, y la mía lo será. Recobraré la visión, ¿verdad, doctora Gourié?

De los labios de Elisa escapó un sí, en el que iba implicada la derrota de la cordura y prudencia frente al entusiasmo y la fe, rayana en la insensatez. No supe o no quise hallar la réplica adecuada.

Elisa fue a atender a un enfermo que le preocupaba, y yo me encaminé hacia la habitación de Marguerite, malhumorado e intranquilo, pues si era un desatino aquel desconocimiento de la realidad referido a Monique, no lo era menos y resultaba a todas luces incomprendible, ignorar la otra verdad de Jean por parte de la propia Elisa. Tres pacientes me atosigaban, y, ¡qué incongruencia!, ninguno de los tres me pertenecía. Gratuitamente, Elisa me los había asignado en bien de mi alma, como un peldaño más a subir en el interminable camino de la autorrenovación espiritual.

Como de costumbre, toqué con los nudillos en la puerta, y una voz débil me contestó desde dentro:

— Adelante.

— Buenas noches, Marguerite —saludé al entrar.

— ¡Ah! ¿Es usted?

— ¿Cómo se encuentra?

— Estoy mejor, doctor Jubaro, aunque un poco decaída.

Encontré a Marguerite bastante peor que en días anteriores. Le hallé el rostro más enjuto y amarillo, enmarcado en negras ojeras, la voz apagada y un ruidoso y agitado respirar que nada bueno presagiaban. Los ojos le brillaban con una extraña luz, en contraste con el macilento rostro. Marguerite estaba mejor a medida que moría más y más, y a ratos sonreía de una forma chocante, casi burlona, mientras otras veces parecía ansiosa por comunicarme algo que no acababa de aflorar en sus labios. Tenía por costumbre consultar ante ella, análisis, exploraciones, gráfica y medicación. Siempre había algo que suprimir, añadir o investigar, y mucho que ocultar, e incluso pensé si había llegado a convencerla de su enfermedad reumática. Pero hoy,

en cuanto cogí la carpeta, alargó la mano temblorosa mientras sonreía con aquella sonrisa que yo había tachado de burlona, ahora preñada con cierto rictus de angustioso apremio.

— No es necesario, doctor —dijo con voz apagada.

— ¿Qué quiere decir, Marguerite?

— No es necesario que se esfuerce más.

— No le comprendo. Sabe bien que estoy aquí para asistir a unos pocos pacientes, usted entre ellos.

— ¿A los desahuciados, tal vez?

En un primer momento no supe qué contestar. ¿Qué había sucedido para aquel cambio? Creía haberla engañado respecto a su enfermedad, convencido de que había logrado al fin despertar en ella una creciente voluntad de sanar. Una y otra vez me presté a oírle narrar sus males atendiendo a la variada sintomatología, nunca bien escuchada según su propia versión. Por el hecho de interesarme por ella más allá de lo rutinario, llegué a presumir, ¡qué digo presumir!, a tener la certeza de ver cómo renacía la fe en un organismo depauperado por el terrible mal en vías de generalización, persuadido que en el último instante podría más la fuerza anímica que el derrumbamiento de unos órganos exhaustos. Y ahora, de pronto, unas pocas palabras me revelaban el tremendo error, por no decir, la gran magnitud de mi fracaso.

— Doctor... Creo que se equivocan: usted y la doctora Gourié. La muerte no me preocupa; la espero con resignación.

Quedé de una pieza, y por decir algo, exclamé:

— ¡Por Dios, Marguerite! ¡Qué disparates está diciendo!

— ¿Quiere escucharme, doctor?

Una vez más quedé a merced de la anciana moribunda, porque era ella quien ahora portaba la batuta.

— Le escucho, Marguerite... Con muchísimo gusto. Hable usted.

Se incorporó. Yo mismo la ayudé a sentarse en la cama.

— Doctor... Deseo confesarle algo que todos ignoran; incluso la doctora Gourié. Usted es diferente a los demás. Lo vi enseguida, y por eso simulé una gran preocupación por mi dolencia y no menos fe

en sus palabras de consuelo. Perdóneme por haberle engañado. Hasta ahora, nadie se había sentado a los pies de mi cama para escuchar las lamentaciones de una pobre vieja afecta de cáncer incurable.

No adivinaba qué podía atormentar el corazón de aquella anciana de blancos cabellos a pocos pasos de la muerte. En silencio pues, aguardé con expectación a que iniciara el relato.

— Es muy duro confesarse con un extraño. Pero no sé por qué, de pronto usted ha dejado de ser un desconocido para mí. Lo que en tantos años, en convivencia con diferentes personas, dentro y fuera del hospital, nadie ha sabido, lo va a saber usted, doctor. Créame: es la única forma de morir tranquila. En cuanto le vi y traté, comprendí que podía ser la persona a quien contar lo que tanto me tortura.

Hizo una pequeña pausa que yo aproveché para corresponder a la deferencia de eligirme su confidente.

— Gracias por su confianza, Marguerite. Puedo asegurarle que estoy confundido.

— Contrariamente a lo que todos suponen, doctor, si algo me ha devuelto las ganas de vivir es la posibilidad de esta confesión. Es un episodio antiguo, muy antiguo... Verá.

La anciana guardó de nuevo silencio. Comprendí que le era costoso empezar, y comenzó a agitarse, tal vez ante la tremenda lucha que sostenía en su interior, y también porque el ininterrumpido hablar la agotaba por momentos. Le hice saber la conveniencia de dejar para otro día aquel relato pero cabeceó negativamente.

— Tiene que ser hoy, doctor.

— Está muy agotada.

— Hoy, o nunca —dijo con firmeza.

— Como quiera, Marguerite. La escucho.

Respiró profundamente mirándome en silencio, y con voz entrecortada dio comienzo a la narración que la torturaba.

— Me perdonará que omita detalles innecesarios. Ocurrió... hace ya muchos años. Me casé muy joven con un rico hacendado. Viajábamos constantemente y éramos muy felices. Tan sólo una sombra enturbiaba mi felicidad: no teníamos hijos. Años después, pérdidas

ya las esperanzas, mi marido tomó una decisión egoísta al oponerse a mi deseo de adoptar a un niño porque consideraba que ello coaptaría nuestra libertad y la despreocupación en que vivíamos, y podía ser un obstáculo para aquel continuo viajar y conocer nuevas gentes y países que tanto le entusiasmaba. No se detuvo a pensar si el continuo ajeteo empezaba ya a hastiarme y que, por otra parte, en casa me hallaba siempre muy sola a causa del gran vacío de un hogar sin hijos. Él creyó arreglarlo todo con continuas fiestas y reuniones que en modo alguno podían suplir los afectos que tanto necesitaba. Fue entonces cuando tomé la decisión de hacerme enfermera, también en contra de la voluntad de mi esposo, quien no comprendía la imperiosa necesidad de llenar la soledad anímica que me rodeaba.

Se detuvo un instante, como si hubiera perdido el hilo de la narración, y enseguida prosiguió:

— Cuando ocurrió el episodio que voy a relatarle —el resto de mi vida me parece desprovisto de interés—, llevábamos ya doce años de casados. Eran tiempos de guerra. Mi marido había sido destinado al frente, y yo, incapaz de soportar la ausencia de mi esposo, solicité un puesto de enfermera que me fue concedido. Me asignaron un hospital de retaguardia donde atendíamos a los heridos evacuados de los hospitales de sangre después de la primera cura de urgencia, y pasé innumerables sinsabores al soportar la pena de ver morir a muchos jóvenes, poco tiempo antes pletóricos de vida e ilusiones. Y, debo confesarlo, por primera vez hallé sentimientos y emociones que llenaron mi alma a rebosar. Todo esto me compensó de alguna manera del aislamiento en que había vivido mi corazón, y empecé a derrochar a raudales, comprensión y amor de los que me hallaba tan necesitada, porque, también debo decirle, doctor, que mi marido, al margen de fiestas, viajes y jolgorios, era conmigo en extremo frío e indiferente. Quizá ello explicara con sobrada razón cuanto habría de ocurrir poco después.

Marguerite interrumpió de nuevo el relato aunque esta vez rehuera mirarme a los ojos. Comprendí que la narración llegaba a un momento álgido.

— Le conocí en una de las tantas remesas de heridos que llegaban diariamente al hospital, y en una noche imposible de olvidar. Se llamaba William, y era un apuesto oficial que combatía con las tropas

anglofrancesas poco antes del desastre de Dunkerque. La metralla había hecho grandes destrozos en la parte baja de la columna vertebral, dejándole ambas piernas paralizadas. Los médicos no se atrevían a opinar, salvo en la necesidad de operar para extraer los trozos de metal y esquiras óseas... Intimamos. Era un joven apuesto, viril, apasionado, de una cultura poco común e infatigable conversador; lo era en tanto creyó que con la operación recobraría la función de sus miembros paralizados. Mas, cuando los cirujanos, después de ser intervenido, comprobaron el destrozo irreparable de los nervios, y se le notificó del modo más humano posible la irreversibilidad de las lesiones, William cambió de carácter volviéndose reservado y triston, incluso para conmigo. Me sorprendió aquel comportamiento que él justificó porque sólo veía en mis atenciones un motivo de compasión. Llegó a preocuparme, sobre todo después que lo trasladaron a otra sala y nuestras entrevistas se sucedían de tarde en tarde. Pude conseguir que le asignaran una habitación individual. Seguía fascinada con su presencia, pues aparte del atractivo físico y las cualidades morales e intelectuales de que era poseedor, comprendía ahora lo imperativo de mi ayuda. Sin embargo, cada día lo encontraba más ausente y ensimismado, apenas si hablaba y comía, y dejó de sonreír. Llegó a convertirse en una idea obsesionante, ver a aquel joven sumido en su desgracia y sin querer hacer nada para salir de tan penosa situación. La vida —acabó confesándome—, ha perdido incentivo para mí. Inválido sin remedio, consideraba truncadas todas sus aspiraciones. Y aunque traté de convencerle de que poseía un maravilloso mundo interior y una gran profundidad de pensamiento, sólo pude conseguir de él una sonrisa escéptica a la par que me daba las gracias.

Marguerite cerró los ojos. Estaba al borde del agotamiento, pero no me atreví a proponerle de nuevo que dejara el relato para otro día.

— Una noche —prosiguió—, acudí como otras tantas junto a su cabecera con el deseo de animarle una vez más a salir del bache moral en que se hallaba. Toqué en la puerta una y otra vez, y como no obtuviera respuesta, entré precipitadamente en la habitación. El espectáculo que se ofreció a mis ojos me dejó aterrada: William yacía en la cama bañado en sangre. Se había abierto las venas con un cuchillo que aún apresaban las manos flácidas... Creí volverme loca. Rápidamente le arrebaté el arma suicida y salí a escape en busca de ayuda. Poco después era llevado al quirófano donde le suturaron los

vasos e hicieron transfusiones repetidas. William habría muerto de llegar yo unos minutos más tarde. Lo condujeron al departamento de cuidados intensivos porque los médicos no las tenían todas consigo. Pude conseguir que no me relevaran en tanto tuviera fuerzas para desempeñar mi cometido. No sé si era el amor de hijo que Dios me había negado, si la alegría por haber contribuido a salvarle de la muerte, o tal vez que, en verdad, me había enamorado de él.

Margueriteapuró con fruición un vaso de agua, y continuó con el relato.

— Quiero contarle cuanto sucedió, doctor. Es la única forma de morir tranquila. Me lo he prometido a mí misma como posible liberación de lo que tanto me tortura. William volvió en sí aquella misma noche, y sus primeras palabras fueron de reproche por haberle salvado la vida. Logró recuperarse y lo trasladaron de nuevo a su departamento. Me propuse convencerle de su equivocación, y le recriminé que valorara tan poco su persona al hacerla depender de la actividad o inactividad de unos miembros paralizados. Fue una lucha terrible. Lefía en sus ojos la firme decisión de un nuevo intento de suicidio a la primera oportunidad que se le presentara. Mis súplicas no consiguieron despertar su interés sino cuando en un acto de desesperación le revelé que me había enamorado de él. Todo cambió en un instante. Llorando como un niño, me besó y abrazó confesándome su amor, y el porqué al saberse inútil, había decidido quitarse la vida. William desconocía que estaba casada. Por unos momentos volvió a ser el joven apasionado, viril e infatigable conversador de los primeros días. Inconsciente de lo que hacía y ebria de amor por salvarle, me preguntaba y me sigo preguntando hoy, a tantos años de aquel entonces, si cuanto hice, pensé y creí sentir, fue únicamente por librarle de la muerte, o que en verdad acabé atrapada en las redes del amor. Porque todo ocurrió en una noche, doctor; en aquella noche fascinante, después del fallido intento de suicidio; una noche terrible y gozosa a la vez, de duras frases y apasionadas palabras, de absurdas promesas y desesperados ruegos; una noche de locura y de incontroladas decisiones que sólo ocurre una vez en la vida; una noche que aún no sé si luché por salvarle de las garras de la muerte o por salvarme a mí misma de aquel desatino de entregarme a un suicida. Porque al día siguiente, doctor, yo misma quedaría anonadada de cuanto había ocurrido, al caer en la cuenta de adonde me había lleva-

do mi incalificable conducta e insensatez. Aquel mismo día, como un aviso de Dios, recibí carta de mi marido, quien me reclamaba para que regresara a su lado. Y aquel mismo día también, en que yo partía para reunirme con él, William, enterado de mi marcha, se arrastraba por la habitación, y encaramándose sobre el pretil de la ventana se arrojó al vacío suicidándose.

Marguerite, agitadaísima, clavó en mí una mirada suplicante.

— Han transcurrido cincuenta años, doctor. Mi marido murió poco después en el frente de batalla. Nunca le confesé lo ocurrido. Todavía hoy me pregunto de qué soy culpable: si del engaño a mi esposo o de la muerte de William. Porque yo, sin quererlo, con mi marcha y la absurda confesión, le empujé de nuevo hacia el suicidio. Aún no sé, doctor, si cuanto dije e hice aquella noche, fue un acto de flaqueza pasional u obré acuciada por el deseo de salvarle la vida... ¡No, no diga nada! Piense en lo que acabo de contarle, vuelva mañana, y dígame sin recatos, si soy culpable... Buenas noches, doctor.

La anciana se reclinó nuevamente sobre la almohada y cerró los ojos como si temiera encontrarse con los míos. De espaldas, retrocedí hasta topar con la puerta, y abriéndola salí al pasillo. La confesión de Marguerite había puesto un nudo en mi garganta.

* * *

Al día siguiente, después de un trabajo abrumador, ya a última hora de la tarde, fui citado por Elisa para acudir a la habitación de Monique. Dupré iba a realizar la cura de la revelación, del éxito o el fracaso, que habría de convertir a Monique en una vidente con esperanzas o en una ciega sin posible solución. No comprendía la necesidad de nuestra presencia en unos momentos tan dramáticos, como no fuera porque Dupré sabía que nosotros podríamos prestarle una gran ayuda moral si llegaba el caso, y también, porque tampoco escapaba a su comprensión el gran interés que había despertado en Elisa y en mí la operación de la pequeña Monique, ante lo desesperado del caso y las especiales circunstancias del mismo.

Elisa me aguardaba en el pasillo con el rostro atribulado y una forzada sonrisa. Sin pronunciar palabra penetramos sigilosamente en la habitación. Dupré hacía en aquel momento los preparativos para la

cura ayudado de su enfermera. Al oírnos entrar se volvió para mirarnos en silencio, y con una leve inclinación de cabeza dio a entender que agradecía nuestra presencia.

Poco después la habitación quedaba en la penumbra, y vimos como el oftalmólogo levantaba el vendaje apremiando a Monique para que abriera los ojos. El rostro de la pequeña ciega parecía estatuado y sólo la respiración jadeante delataba la emoción contenida. Dupré ordenó apagar las luces, y encasquetándose en la cabeza lo que yo presumía era un oftalmoscopio para el examen del fondo del ojo, examinó a la operada a través de una lupa que sostenía a pocos centímetros de la pupila. En esta exploración pasó bastante tiempo. De pronto, se volvió hacia nosotros con el ceño fruncido y un meneo de cabeza que nada bueno presagiaba. Inmediatamente encendió una luz ubicada junto a la cabeza de la paciente y comenzó a mover la mano ante los ojos de Monique. Al fin, la pregunta fatídica:

— ¿Ves algo, Monique?

— No, doctor.

— ¿Ni siquiera los movimientos de mi mano?

— No veo nada.

Dupré cogió una especie de linterna y enfocó el ojo operado.

— ¿Y la luz?

— Creo que sí.

— ¿Puedes decirme de dónde procede?

— ¿Está a mi derecha, doctor?

— Sí, sí... ¿Y ahora?

— No lo sé. Tal vez a la izquierda.

— ¿La ves ahora, Monique?

— No... ¿Es malo, doctor?

— Es pronto, Monique. Persisten derrames y es preciso esperar.

Monique no contestó. Hasta su pecho había dejado de respirar. Pálido el rostro y con los labios fruncidos, adiviné que estaba a punto de estallar. Dupré se volvió hacia nosotros y movió por segunda vez negativamente la cabeza. Sentí como las uñas de Elisa se clavaban en

mi brazo, y en silencio traspusimos la puerta sin que Monique se enterara de nuestra presencia. Una palabra proveniente de nosotros, desataría el torrente emocional a duras penas contenido. Poco le faltó a Elisa para llorar. No tiene remedio, y no otras fueron las palabras del oftalmólogo al enfrentárnoslo en el pasillo.

— Todo parece perdido. La retina está por completo degenerada e incluso desprendida en algunos sectores.

Luego, con amarga sonrisa, añadió:

— La operación ha sido técnicamente un éxito; éxito que ha permitido comprobar la magnitud del fracaso funcional e irremediable. El problema es ahora saber cómo reaccionará la paciente.

Elisa y yo nada dijimos, porque ninguno de los dos podía articular una sola palabra.

* * *

Muy de mañana me despertaron para comunicarme la infausta nueva de que Marguerite había muerto; había muerto tal vez mientras aguardaba mi llegada. ¡Pobre Marguerite! Nunca diría a Elisa lo que la anciana me contó. Para quienes la cuidaban murió engañada y feliz. Naturalmente no me encontraba entre los que así lo creían. Me reproché a mí mismo por no haber acudido a la cita, pero, ¿qué otra cosa podía hacer, aturdido como estaba ante el drama de Monique? Me preguntaba ahora cuál habría sido mi respuesta. ¿Era como ella suponía, culpable de infidelidad y causante indirecta de la muerte de William?... No fui capaz de contestarme a mí mismo, ni tenía objeto ya. La sobreexcitación en que me dejó la noticia, me llevó a pensar de nuevo en Monique, y allí encaminé mis pasos, sabedor de lo que me aguardaba.

Cuando me detuve en el 401, titubeé antes de entrar. Era preciso ordenar mis pensamientos y adelantarme en lo posible a un diálogo que suponía tenso y de difíciles respuestas. Porque Monique no era una niña fácil de engañar. Respiré hondo y giré el picaporte. Allí estaba quien parecía no haber cambiado de postura ni expresión. Un vendaje negro cubría sus ojos como anticipo simbólico del mundo de tinieblas que le aguardaba, y en sus labios persistía el mismo fruncimiento de la noche anterior.

— Buenos días, Monique.

En un primer momento no contestó a mi saludo, y cuando lo hizo rompió a llorar ruidosamente.

— ¡Tenía razón, doctor! —balbuceó con entrecortadas frases—. Fui una ilusa y no debí nunca pensar en la posibilidad de obtener la curación. ¡Pero era tan hermoso soñar!

Sentado en la cama le cogí ambas manos, y esta vez sí traté de engañarla.

— ¡Monique, por Dios! Todavía es pronto. ¿No oíste decir a Dupré...?

— ¿Por qué no se confiesa, doctor? —me interrumpió.

— ¿Qué tratas de insinuar?

— ¿No es más sincero reconocer que está anonadado ante mi situación y considera mi caso de una magnitud catastrófica?

— ¿De veras lo crees así?

— ¡Y usted también lo cree así!

De pronto, una luz alumbró en mi mente.

— ¿Y si te dijera que no es tu situación sino la mía, el motivo de mi presencia aquí?... Lo sabes bien, Monique: no formas parte de mis obligaciones profesionales, y ni siquiera eres paciente mía. Son otras las razones... En fin, ignoro si la doctora Gourié te lo habrá contado, pero debes saber que también yo estuve internado largo tiempo en este hospital por sufrir ceguera... del alma. Créeme, Monique, no estoy aquí por lástima, como tú piensas. Desecha de tu mente esa idea equivocada. El porqué me encuentro a tu lado, lo sabe bien la doctora Gourié, y ella te lo explicará.

— De sobre sé, doctor, que no está aquí para devolver la vista a mis ojos.

— Tus ojos, Monique, los sé...

— ¡Ciegos! —sollozó.

— Te diré una cosa, Monique. Yo siempre cierro los ojos cuando quiero *ver* mejor en mis pensamientos.

— ¿Por qué trata de engañarme haciéndome creer que sería feliz con la ceguera?

— Solo trato de decirte que las bellezas del alma superan a las de los sentidos. Ahora, Monique, podrás *leer* como nunca has *leído*, en los más escondidos rincones de tu espíritu.

— Sí, doctor. Ya no será preciso acercar los ojos a cinco centímetros del texto. ¿Es que no lo comprende? He perdido para siempre a mis mejores amigos: ¡los libros! Porque hay algo que no pueden hacer los ojos del alma: ¡leer!

Mi angustia crecía por momentos; y la de Monique. Experimentaba una gran ansiedad por despertar en ella otra esperanza, una nueva luz. Pero no encontraba el modo de encauzar las palabras por ese derrotero, aunque sí estaba convencido de que el diálogo giraría hoy una y otra vez alrededor del binomio ceguera-videncia. Por decir algo, dije:

— ¿Sabes que ciertos antropólogos consideran a los miopes como representantes de una raza superior?

— Hubiera preferido, doctor Jubaro, poseer ojos no miopes y pertenecer a una escala inferior. Representa muy bien su papel.

— Te puedo asegurar que cuanto acabo de decirte es cierto y lo he leído no sé donde. Y no comprendo tu actitud para conmigo. Estoy aquí para ayudarte.

— Representar un papel no supone llevar máscara. Una actitud intencional en la vida, se sobreentiende que elimina el deseo consciente de engañar, y aunque existiera el engaño, esa intención no sería censurable. De todas maneras, no le envidio. Precisa de una gran habilidad y demuestra poseerla.

— Por favor, Monique. Olvídate de mi supuesta lástima, ¿quieres?

— ¡Hoy no es posible, doctor!... Más adelante, tal vez.

— Pese a tu obstinación, te hablaré de esas imágenes que no alumbran precisamente en los ojos. Alguien, un buen amigo, ciego también, me dijo un día con alusión al invidente: *Ahl va una luz rodeada de tinieblas...* ¿Quieres tú, Monique, mostrarme esa luz? Ya sé que ahora te hayas en una situación de conflicto; aunque sea pasajero porque estoy seguro de tu capacidad de reacción. Como tampoco dudo un momento de la existencia de ese, tu mundo interior, indes-

tractible, pues no depende de claridades ni de sombras. No se trata de subestimar la visión sino de valorar otras funciones provenientes del espíritu y el intelecto. Te lo ruego, Monique: medita bien cuanto te he dicho, y ábreme tu corazón en bien mío y tuyo.

— ¡No puedo!

— Por tu edad, te aseguro que tienes grandes posibilidades de vencer esta situación de conflicto y llegar a una ulterior adaptación a la invidencia. Estoy convencido de ello.

— Pues a mí no me convence, doctor. Mi avidez de conocimientos, mi carrera de filosofía y letras, mi personalidad y aspiraciones, han quedado truncadas sin remedio.

— La personalidad no es un patrón inmodificable. Puede ser moldeada a tenor de nuevas circunstancias, de otras situaciones ambientales y renovados estímulos.

— La luz no volverá a mis ojos, doctor, cambie o no mi personalidad. ¡Y yo la esperaba con tanta ilusión! Es como si despertara de uno de esos sueños de terror nocturno, y volvieran los fantasmas y la angustia... ¡Doctor! ¡Doctor!

Monique rompió en una nueva crisis de congoja y lágrimas. La dejó llorar a sabiendas del bien que le hacía, y llamó a Maríe ordenándole que le inyectara un psicorrelajante. Ya más calmada, me atreví de nuevo con el difícil diálogo.

— Monique, hay muchas clases de...

— Es inútil —me cortó en seco—. La luz que me falta es insustituible. ¡Y no me hable de los ojos del alma, por favor! ¡Ni de las imágenes de mis pensamientos! ¡Ni de ese mundo interior que he de ver acrecentado a causa de la ceguera!

— Puedes ver el mundo exterior si te lo propones.

— ¿Bromea?

— ¿Ignoras que los sonidos expresan colores y formas? Puedes *oír azul o escuchar verde*, y ver claridades en los tonos altos y oscuridad en los bajos. ¿Lo sabías? ¿Sabías que con la música te será dado *escuchar colores*?

— ¡Basta, doctor! Si algo sé bien, es que no podré ver el color de sus ojos, ni leer en mis libros... ¡Mis libros! ¡Mis mejores e insustituibles amigos!

— Se abre ante ti, Monique, un nuevo espacio excepcionalmente rico y diverso: pensar, sentir, soñar, crear, oír...

— ¿Qué me propone? ¿Crear una realidad diferente para mí?

— La realidad no es siempre aquello que perciben los sentidos. Yo diría, Monique, que está dentro de nosotros mismos.

— Doctor... Sin filosofar. La realidad es el producto del diálogo de nuestra alma con el mundo exterior. Y ese diálogo, esa percepción de lo externo, lo sabe bien: ni sonidos grana y azules, ni dedos que son ojos.

— ¡Estás equivocada!

— ¡No, doctor! Nada iguala a la imagen visual en fuerza y veracidad de captación del mundo que nos rodea. ¿Por qué trata de engañarme?

— Monique. ¿Cómo explicarte...?

— Sin alardes metafísicos —me interrumpió con voz alterada—. ¿Qué más da que la luz y el color estén en el objeto o sean elaborados en nuestras retinas? ¡No, doctor Jubaro! Eso no soluciona el problema. Yo no sé si mental o psíquicamente somos o no distintos, pero la vida a que nos somete y obliga la ceguera, ¡por Dios, doctor!, no puede ser la misma. Gracias por la utopía de los ojos de mis dedos, y el oír grana, amarillo, verde y azul. ¡Qué remedio me queda sino estimular a los otros sentidos!... Sí, ya sé, esa especie de radar, el sexto sentido. Y no me hable de los personajes de novela felices con su ceguera. Dígame, doctor, ¿sabe de alguien que desee cambiar la felicidad de ver por la de oír?

— Sé de una mujer extraordinaria, ciega, sorda y muda; una mujer a quien le fueron vedados los caminos normales de la ciencia; una mujer con una energía prodigiosa, que no dudó un momento en seguir por los senderos solitarios que le condujeron a doctorarse en veinte universidades, y aprendió francés, alemán, latín y griego; una mujer capaz de escuchar la música con sólo extender las manos sobre el piano y recibir sus vibraciones; capaz incluso de elegir a sus auto-

res preferidos y reconocer a las personas al apretar sus manos. Esa mujer maravillosa, americana de nacimiento, se llamaba Helen Keller.

Monique había dejado de llorar. Sonriendo me tendió sus diminutas manos hacia donde suponía que estaba yo sentado. Y aquella entrega me llevó casi a llorar a mí también, aunque ella no alcanzara a ver mis ojos aguados.

— ¡Qué bonitas manos tienes, Monique! No he visto nunca otras igual. Vivas, como si poseyeran alma, tiemblan, se agitan, palpan, sienten, ríen y lloran... Te las envidio. Porque tus manos, Monique, ven donde los ojos miran.

— Gracias, doctor, gracias.

Salí al pasillo tambaleándome como un borracho. Tuve que asirme a la pared para no caer, en el preciso instante en que una enfermera se acercaba solícita.

— ¿Le ocurre algo, doctor?

— Nada, Helene. Me siento bien. Es que una paciente mía, afectada de una grave dolencia, ha hecho crisis en su enfermedad. ¿Comprendes?

— Me alegra mucho, doctor.

— Y a mí también, Helene, a mí también.

Días después volví a ver a Monique y sorprendidamente la encontré llorando. ¿Qué había ocurrido? Marfe, la enfermera, me explicó que acababa de recibir una carta de un antiguo amigo, compañero de estudios, quien, sin mala intención se *lamentaba* de lo ocurrido, la *compadecía* del estado en que se hallaba, y se hacía cargo de su *tremenda desgracia*. Tres epítetos nada confortantes, de un amigo a quién le faltó coraje para venir a verla, pero fue capaz de soltarle ese rezado que Marfe no debió nunca leerle.

— Me angustia que me compadezcan, doctor —sollozó.

Comprendí que de nuevo precisaba de mi ayuda. Había descendido unos cuantos peldaños en la escalada de la recuperación moral, y fui a sentarme una vez más a los pies de la cama.

— ¿Es sólo eso? —le dije.

— Y también la certeza de que no volveré a ver. La cura de hoy ha sido tan infructuosa como la realizada días pasados.

— Escucha, Monique. Si tú me ayudas, créeme, puedo hacer mucho por ti. Tu desmoralización es sólo circunstancial y a causa de una esperanza fallida. Te habla un ciego de espíritu que ahora *ve*, y quisiera compartir contigo su nueva felicidad. Sécate esas lágrimas, ¿quieres?, y vayamos a las razones que las han motivado hoy. ¿Qué puede pasar, querida Monique? ¿Que sean otros los amigos? Si esa persona ha rehuido visitarte, por cobardía o una mal entendida lástima, demuestra poseer un mundo de coto tan cerrado, que no alcanza más allá de sus narices. ¿Acaso la vida no se renueva en amistades, sentimientos y creencias? A veces, sin saber por qué, perdemos la amistad de un amigo, pero también nos encontramos con nuevas personas que se interesan por nosotros, porque no siempre alcanza a nuestra comprensión las causas de tan inesperadas conductas... Monique, debes olvidar.

— ¡No puedo, doctor!

— Podrás, Monique. Hallarás, no lo dudes, nuevas amistades ligadas a ti por sentimientos de fraternidad y entrañable cariño que crees haber perdido. Se ha malogrado poco; yo diría nada o casi nada. Y hasta por ese *casi nada* perdido, no lo dudes, Monique, has ganado ya nuevas y verdaderas amistades.

— Pero esa carta de un amigo de toda la vida —volvió a quejarse—. Esa carta compasiva ante mi situación. ¡No puedo soportarlo! ¡Me ha hecho mucho daño!

— Te comprendo perfectamente y entiendo que haya calado hondo en tus sentimientos. Pero debes olvidar, con mayor razón si no ha tratado de ofenderte sino que ha hecho suyo el concepto tan generalizado de lástima y condolencia para cualquier enfermo, invidente o no. Pero, dejemos esto. También tú suscitaste en mí una gran desazón al echarme en cara, que yo estaba aquí, como la carta esa, movido por la compasión.

— Perdone, doctor. Yo desconocía la historia de un ciego del alma que buscó recuperar la luz perdida.

— ¿Y quién te ha contado esa historia?

— ¡Quién puede ser! La doctora Gourié.

Tendré que enfadarme con Elisa por revelar secretos profesionales y quebrantar el juramento hipocrático —ref—. ¿Y qué opinas tú de esa historia?

— Que es muy distinta de la mía.

— Yo no lo creo así.

— Salvo en metáforas, no hay más que unos ojos, doctor.

— Eres muy joven y tienes toda una vida por delante.

— Sí, para mi desgracia.

— Puedes desarrollar una maravillosa vida interior.

— ¿Cómo? ¿Sola con mis pensamientos? ¿Con mis horribles pensamientos?... Otro mito, doctor. Mi vida interior se verá más reducida si cabe. ¡Por favor, no más tópicos!

— ¡Está bien! ¡Tú ganas! Veo que esa carta ha hecho lo suyo. Dejémoslo por hoy. ¿O prefieres que no vuelva mañana?

Monique quedó estática, la boca fruncida, fijos los ojos sin luz bajo las gafas oscuras —le habían suprimido el vendaje negro—. Enseguida desplegó los labios en un esbozo de sonrisa y dijo tendiéndome los brazos:

— Vuelva, doctor.

— Hasta mañana, Monique —la acaricié besándola en la mejilla. ¿Dónde el complejo afectivo de mi niñez?

* * *

La entrevista con Elisa, que conllevaba el deseo de polemizar respecto a *mis pacientes*, cuyas razones de elección ya no me eran tan incomprensibles, no se hizo esperar. La vi venir alborozada por el pasillo y fui a su encuentro.

— ¿Cómo va esa autorrenovación? —me espetó a bocajarro.

— Hola, Elisa.

— Te encuentro abatido. ¿Sucede algo?

— ¿Te parece poco lo de Marguerite y Monique?

— ¿Cómo está Monique?

— Sigue recelosa.

— No debes preocuparte. Es lógica su actitud, y por supuesto circunstancial y pasajera.

— Ella no lo cree así.

— Acabará por ceder. Nos necesita a los dos, más a ti que a mí, y terminará por adaptarse a la nueva situación... Con nuestra ayuda, claro. La conozco bien. Es lógico ese recelo en tanto no se restablezca el equilibrio anímico. Acabará por encontrarse a sí misma como te has encontrado tú.

— Lo que me he encontrado yo, bien lo sé, es una serie ininterrumpida de pacientes extras, yo diría, diabólicamente seleccionados para mí, no por mí, pues por lo visto me está vedado elegir a impulsos de mis propios sentimientos.

— ¡Por Dios, César!

— No, no te preocupes. El tema es intocable, aunque ignoro los motivos. En fin, si esperabas de mí, merced a estos contactos tan humanos, un nuevo encuentro conmigo mismo, lo has conseguido. Sí, otro despertar. ¡Tantos ya!

— La vida, César, es una constante de reencuentros sucesivos que acaban por definir nuestra personalidad. Sí, un edificio de muchos pisos en incesante crecimiento, que sólo termina con la muerte.

— Pues el mío lleva trazas de rascacielos.

Elisa rió por unos instantes.

— No has vuelto a ver a Jean —me censuró en voz baja.

— No.

— ¿Por qué?

— ¿Sigues pensando que precisa de mí?

— O tal vez tú de él.

— No comprendo qué puede despertar en mí ese niño, como no sea compasión.

— ¿Has dicho compasión? ¡No quiero oír esa palabra! Puedes

tomarle cariño; como me ha ocurrido a mí. Puedes... En fin, déjemoslo.

— ¿Por qué te alteras cuando hablamos de Jean?

— ¿Sabes? —escurrió el bulto—. Monique me ha contado muchas cosas de ti.

— Lo sé, aunque ella entiende que mi *ver miope* es muy diferente del *nada ver* suyo.

— La he convencido de que te hayas necesitado de su compañía tanto como ella de ti.

— Ya... ¿Y qué dijo?

— Quedó confundida e interesada, y, desde luego, te espera hoy.

— Iré a verla. Y a Jean también.

Elisa volvió a ser la misma. No me pasaba desapercibido que cuantos diálogos sosteníamos respecto al pequeño paralítico, terminaban siempre por alterar su ánimo.

— Ya Dupré la autorizó a levantarse —volvió a hablarme de Monique—. Y por cierto, el doctor Bonard ha tenido un gran éxito en México con su nueva intervención aplicada a ciertas complicaciones del desprendimiento de retina; éxito técnico, por supuesto.

— Sí, y también un fracaso clamoroso que ha dejado a una niña moralmente derrumbada como consecuencia de un trauma psíquico no previsto, en quien ya hacía peninos en su adaptación a la invidencia, y cuya recuperación será ahora bastante más difícil.

— Dupré ha comprendido el problema, y Monique abandonará hoy el pabellón de oftalmología para trasladarla al psiquiátrico. La encontrarás en el diez de la planta que da al jardín. ¿Por qué no la llevas de paseo a cualquier rincón del parque y charlas con ella? Os hará mucho bien a los dos.

Y con la promesa de verlos, dejé a Elisa ocupada en la ardua tarea cotidiana de asistir a sus numerosos pacientes.

Empezaba a olvidarme de mí mismo, y me pregunté qué me preocupaba de aquellos pacientes que tenían por nombre Monique, Jean, y la ya fallecida Marguerite. ¿Era acertada la idea de Elisa de traerme al hospital a ejercer mi nueva profesión? Nueva, por cuanto entraña-

ba de humano y el ingrediente pasional que encerraba en sí. Pero no todo estaba claro en Elisa... Ni en mí.

* * *

Llevé a Monique al jardín, sin recelos ya, más tranquila e interesada en el diálogo, ignoro si por lo que Elisa le dijera de mí, o porque el tiempo, la sin par medicina que todo lo cura, empezaba a surtir efectos beneficiosos sobre su estado anímico. Y sin proponérselo, empezó a contarme cosas de su niñez relacionadas con el drama de sus ojos. Roto el caparazón de la desconfianza, y en tanto le ponía al corriente de algunos pormenores de mi vida, me confesó que de pequeña fruncía los párpados para ver mejor, antes que sus padres la llevaran al oculista y le prescribieran las primeras gafas; y cómo también, huidiza de ciertos juegos por culpa de su miopía, se enseñoreó en ella el interés por lo cercano y diminuto que impresionaba sus retinas con gran lujo de detalles, en detrimento de lo alejado y confuso. Y así nació la gran pasión por la lectura, y la otra no menos entusiasta afición a la Naturaleza que le llevaba a analizar con el microscopio de sus ojos altamente miopes, los mil arabescos de una fina y transparente hoja de árbol, la gama plena de colorido del aterciopelado pétalo de una flor, los detalles de las alas de una libélula o las diminutas patas de un insecto.

— Con las primeras gafas, doctor —siguió diciendo—, descubrí con asombro el ignorado mundo de lo lejano, pero supe también de mi inferioridad frente a la mayoría de los juegos deportivos; y así nació mi tendencia al aislamiento y un mayor amor a los libros. De abierta y expansiva, me volví taciturna y reservada. Toleré los cristales de fuerte miopía, y pude con ellos vislumbrar el entorno confuso de lo distante, pero muy pronto mi afición quedó centrada en aquello que podía hacer incluso sin las gafas, aunque fuera a la distancia de pocos centímetros de mi nariz: leer.

Monique alzó la cabeza y quedó unos momentos estática, con los ojos ciegos clavados en la lejanía.

— Sigue, Monique —le puse una flor entre las manos.

— También la preocupación estética llegó a ser un tormento. Ocultación y disimulo fue el origen de muchas lágrimas ante mi

rebeldía a usar las gafas, y más tarde a causa de las mismas. Cuando me acostumbré a los lentes, doctor, ya no pude pasarme sin ellos. La miopía progresaba pero yo prefería no acudir a la consulta del oculista ante el temor de oír el número fatídico, siempre en aumento. En la clase y en el cine, recurría al truco de levantar las gafas con el dedo, pues había descubierto que la visión era mejor al mirar por los bordes de los cristales, lo cual era un claro indicio de que mi defecto progresaba. Yo fui siempre muy traviesa, doctor, y a veces volvía a casa más tarde de lo debido o me escapaba con las amigas para ir al cine, lo cual me había sido prohibido. Por eso decidí suplir el entorno de lo lejano envuelto en nieblas, por los libros cuya lectura me compensaba de lo vedado a mis ojos. Y así, estudié filosofía y letras, pese a la advertencia del oftalmólogo de que, respecto a continuar los estudios, ya veríamos. Las gafas se me hicieron imprescindibles; solía dormir con ellas mientras leía, entre otras razones, doctor, porque por las noches, con la débil luz de una lámpara que siempre dejaba encendida, sin las gafas, los objetos familiares asemejaban figuras fantasmales de pesadilla.

Monique siguió contándome con gran lujo de detalles, el progreso irrefrenable de su miopía con deformación de las imágenes que le condujo a una mayor pérdida de la visión. Pero la prohibición de realizar trabajos visuales con la inmediata repercusión en los estudios de filosofía y letras, acabó exasperándola. Ya no era suficiente claudicar ante el ansia de lo distante y soportar gruesos vidrios correctores. Ahora, el mundo de lo cercano, y de modo especial, su pasión por los libros, le eran prohibidos también.

— Llegó un momento, doctor, que dejé de preocuparme si los cristales eran más o menos gruesos, y si a mis compañeros les afectaba o no verme con ellos. Y cuando una de mis amigas, miope también, se presentó ante mí portadora de lentes de contacto, ya no pensé ni mucho menos, que mi problema estaba resuelto. Porque fue entonces, doctor, cuando sobrevino mi primer contratiempo serio: empecé a ver luces, puntos negros y telarañas moviéndose ante mis ojos, y las letras aparecían deformadas y confusas.

Monique calló unos instantes mientras alzaba la cabeza para *mirar* hacia un árbol donde cantaba un capirote. Su fino oído y el sexto sentido de la invidente, la llevaron a una orientación casi per-

fecta del lugar donde estaba posado el pajarillo. Un amago de tristeza le ensombreció el rostro.

— ¿Y qué ocurrió después? —le pregunté con ánimo de apartarla de sus pensamientos.

— Sobrevino el primer desprendimiento de retina que me dejaría inútil de un ojo tras dos intervenciones fallidas.

Las lágrimas pugnaron por brotar incontenibles.

— ¿Por qué no dejamos de hablar de tus ojos, Monique?

— No, doctor. Prefiero contárselo todo... Me aliviará. Yo era feliz, muy feliz con mis estudios, y prohibirme la lectura fue la imposición más dramática que fue imperativo aceptar. Las consultas al oculista menudeaban, así como los continuos cambios de cristales. Tenía más dioptrías que años, doctor. A diario, amigos y conocidos me preguntaban una y otra vez por el estado de mis ojos... Era insoportable. Mis padres me regañaban si me sorprendían leyendo a hurtadillas, hacía un esfuerzo violento o me agachaba a recoger un objeto del suelo, lo cual me estaba terminantemente prohibido.

Monique guardó silencio unos instantes, y a continuación dijo:

— Lo del segundo ojo fue catastrófico, doctor. Si la miopía me aislaba del entorno lejano, la ceguera me condujo a la creencia de que la vida no tenía objeto para mí.

— Cambiarás, Monique. Te hallas en un bache.

— Doctor... Valora mal la cuantía de mi desgracia. He recibido un trauma psíquico, ¡qué digo uno!; uno tras otro no sé hasta cuantos. Una actitud resignada podrá llegarme con el tiempo, pero se equivoca si cree que por ser ciega voy a ver incrementado mi mundo interior, porque es ahora, precisamente ahora, cuando estoy más necesitada de los estímulos exteriores y habré de buscar el medio de suplirlos.

Levantó los ojos como si buscara los míos.

— Doctor —dijo con un hilo en la voz—. ¿No se da cuenta de lo imperativo de relacionarme con mis semejantes, no necesariamente para que traten de engañarme?

— ¿Qué sabes tú de otras energías, de otras fortalezas y goces que, estoy seguro, han de irrumpir en ti con inusitada fuerza?

— ¡No me hable de mi mundo interior, de los ojos del alma y del placer de la introversión! ¡Quiero palpar, oír, dialogar... salir fuera de mí! ¡Pero no me pida, por favor, que me encierre dentro de mí misma!

— Cálmate, Monique. Me asombros, te comprendo perfectamente, y desde luego te admiro. En verdad, no esperaba para tan pronto esa reacción tuya. Yo fui ciego, por encerrado en el cascarón de mi alma; lo sabes por cuanto la doctora Gourié te ha contado de mí. Y lo confieso, también clamé desesperado al salir de mi covacha. Por eso estoy aquí, Monique, para ayudarte a escapar. Repito: entiendo cuanto te ocurre, y no voy a ser tan necio pidiéndote que te encierres dentro de ti. Fue mi pecado y sé de sus nocivas consecuencias. Mi mayor deseo es que vuelques fuera tu mundo interior y abandones el recelo injustificado de creer que estoy aquí por lástima. Sí, Monique, los dos tratamos de recobrar nuestro equilibrio anímico.

— Si al menos le estuviera a usted, doctor, siempre a mi lado. Estoy segura que no echaría de menos la falta de visión. Pero, pronto abandonaré el hospital, y entonces...

— Monique.

— Diga, doctor.

— Me tendrás a tu lado.

— ¡Qué dice!

— Es una sorpresa.

* * *

A los primeros cambios en la actitud de Monique para conmigo y con ella misma, siguieron otros muchos en la interminable cadena de la adaptación, troncada circunstancialmente por una fallida esperanza. Todas las noches me esperaba. Era harto difícil faltar a aquella cita que llegó a intrigar a Elisa, un tanto celosa tal vez de que la cieguita me apartara en cierto modo de Jean.

Transcurrieron varios días. Ni una sola de mis noches dejé de acudir al *diez de la planta que da al jardín*. Monique me tendía sus brazos como si quisiera adivinar mi presencia aún antes de oír mi voz. Aquellas manos apáticas y recelosas de los primeros días del derrum-

bamiento moral, mostraban ahora una gran avidez por captar el mundo exterior, un ansia indescriptible de *ver, sentir e indagar* mientras sus dedos palpaban nerviosos cuanto tocaban. Unas manos que ya no huían desconfiadas, y parecían gozar hasta lo indecible con aquel balbuceo de íntima relación anímica y la avidez del niño que quiere alcanzar con sus manecitas cuantos objetos ve a su alcance. A veces las alzaba con los dedos extendidos y abiertos para deslizarlas luego por mi rostro, y palpar con incontenible fruición mis ojos, mi nariz, mis labios. Las despedidas se hicieron largas. La sabía próxima a partir. Y aunque Elisa me forzaba a *charlar* con Jean, yo prefería el diálogo profundamente humano con Monique.

El problema surgió el día de la despedida. Un problema —me lo confesó con lágrimas en los ojos—, de nueva ambientación como consecuencia del abandono del hospital y, concretamente, el gran impacto que sería para ella dejarnos a nosotros. Sopesé lo imperativo de llenar el vacío de los primeros tiempos, sin duda, muy amargos si no lograba mantener el equilibrio psíquico conseguido. Ya había pensado en esto cuando le prometí que seguiríamos junto a ella. Pero el momento había llegado: Monique partía al día siguiente.

No lo pensé más. Colgué la bata y, apresuradamente, me eché a la calle encaminándome en dirección a un comercio cercano. Poco después estaba de vuelta con un gran paquete bajo el brazo, no otra cosa que un magnetófono Revox profesional y un buen número de casetes, las *cartas* que nos escribiríamos mutuamente. Con todo este arsenal, tan ilusionado como un padre en la noche de Reyes de su pequeñuelo, me planté en el despacho de Elisa.

— Doctora Gourié —fui a encararme con quien hojeaba unas historias clínicas—. Permítame decirle que, psiquiátricamente, es usted un fracaso.

Pese al tono festivo de la frase, apartó la mirada de los papeles para clavarla sorprendida en el paquete que acababa de dejar sobre la mesa.

— ¿Se puede saber qué ocurre? —frunció el entrecejo.

— ¿Has pensado algo respecto a Monique?

— No he dormido anoche.

— Pues yo sí he dormido. Y una vez despierto, mira lo que acabo de decidir.

Y le mostré el magnetófono que puse ante sus asombrados ojos junto con varios casetes vírgenes.

— ¡Magnífica idea, César!

— Monique no estará sola... ¿Tienes mucho trabajo, Elisa?

— Tengo un caso muy urgente que atender: llenar esa cinta contigo.

Asentí con la cabeza, y después de cerrar el despacho a piedra y lodo, nos pusimos a *escribir* a la niña ciega: enchufes, una cinta virgen, micrófono a punto, pruebas de control, y al fin, la tecla de grabar que pone en marcha la primera *carta hablada*.

— “Hola, Monique —saludé acercando el micrófono.

— “¿Qué tal? —habló Elisa.

— “No es preciso presentarnos, ¿eh? Al menos eso creo yo... ¿O sí?

— “¡Por Dios, César! No creo que Monique se haya olvidado tan pronto de nosotros.

— “¿Qué piensas tú, Elisa? ¿Nos reconocerá?

— “¡Qué tonterías dices! Monique te identificaría por la respiración y la forma de suspirar. ¿Sabes, Monique? No le conoces bien... Yo sí. Tuve que cargar con él por media Francia y buena parte de Italia. ¡Imagínate! Un poco más y me recluyen. Es un romántico, un soñador empedernido, capaz de confundir la realidad con los sueños, y a veces —no sé cómo se las ingenia—, hace de los sueños, realidad. ¡No imaginas lo bien que le sentaba el blanco atuendo de legendario guerrero veneciano, mientras paseábamos por los canales de Venecia en una fantástica góndola! ¿Que no lo crees? Hasta a mí me cuesta creerlo. ¡Qué imaginación! No lo parece, ¿verdad? Cuando le conocí tenía los ojos vueltos al revés; quiero decir que sólo miraba hacia sus adentros. Y las cuerdas vocales también. Además era sordo. Y el corazón... ¡Oh, el corazón! Lo guardaba encerrado en una urna de cristal; sí, en un palacio encantado donde todo eran sueños y leyendas. No, no es mentira cuando afirma que *ve* mejor si cierra los ojos. Reminiscencias, Monique, reminiscencias. Aunque en verdad, eso era

antes porque ahora, asombra ver el tamaño de su corazón que entrega por doquier trocito a trocito... Sí, buena tajada te has llevado tú...

— “¿Quieres dejarme hablar, Elisa? —la interrumpí—. Estas psiquiatras, Monique, creen saberlo todo. No hace falta que te diga a quién debo tamaña transformación. ¡Si es capaz de hacer hablar a las piedras! Bueno, yo diría, de hacerlas llorar. Porque si alguien tiene un corazón gigante que reparte a manos llenas, un corazón generoso hasta lo incomprensible —la miré a los ojos—, no soy precisamente yo. Lo malo es, Monique, que de tanto repartir se va a quedar sin nada que ofrecer a quienes la quieren de verdad.

Del pecho de Elisa escapó un suspiro... Y del mío. Interrumpí la grabación unos instantes y dije:

— ¡Cuidado! Los suspiros también se graban.

— Sí. Y las respiraciones entrecortadas, pero no los pensamientos.

— ¡Qué daría yo por grabar en este instante esos pensamientos!

Elisa cortó toda insinuación que rozara lo sentimental y pulsó nuevamente la tecla. Durante un buen rato continuamos *hablando* con Monique. Poco después nos *despedíamos*.

— “Ya imaginas, Monique, con qué impaciencia esperamos tu *carta* —dijo ella.

— “Cuéntanos tus adelantos en el Braille.

— “Y dinos también cuál es tu música preferida. Te la enviaremos.

— “Te adjuntamos otra cinta virgen... ¡No dejes de *escribirnos!*

— “Adiós, Monique. Hasta pronto.

— “Muchos besos —grabó Elisa.

— “Adiós —repetí.

Las ruedas continuaron girando sin que acertáramos a pulsar la tecla de interrupción. Y es que un nudo en la garganta nos impedía hablar.

Cuando le hicimos entrega del magnetófono como regalo de Elisa y mío, Monique rompió a llorar en tanto se arrojaba en nuestros brazos. Quiso *leer la carta* de inmediato pero le rogamos lo aplazara hasta llegar a casa, y sobre todo, que no se olvidara de *escribirnos* ella también. Siempre emplearíamos esta expresión al referirnos al intercambio de casetes. Monique llegaría incluso a confesarnos, que oír nuestra voz la hacía tan feliz como la posibilidad de leer. “Estoy necesitada de la palabra como nunca, doctor” —me suplicaba en uno de sus *escritos*—. “Es el único estampido agradable capaz de romper el silencio de mi alrededor. *Escríbame* pronto, y cuénteme esas cosas que usted sabe decir y regalan mis oídos y mi alma con la más excelsa música jamás oída”.

No hubo mes sin perorata hablada ante el micrófono, que luego haría las delicias de Monique. Sin embargo, estaba claro que el punto flaco de Elisa seguía siendo Jean. Un día, no sé por qué, me encaminé hacia la habitación del pequeño paralítico sin que ella me forzara a hacerlo. Había descuidado un tanto las visitas, aun a sabiendas del disgusto que le ocasionaba esta desidia mía. Entré sigilosamente, y con más sigilo aún me acerqué a la cama del enfermito. Con gran sorpresa vi cómo Jean se volvía hacia mí, dentro de lo que sus limitados movimientos le permitían, y fijó en mi rostro la mirada dulce de sus grandes ojos, mientras sus labios dibujaban una tristísima sonrisa.

— Hola, Jean —le saludé.

El pequeño, al oír cómo le llamaban, agitó la cabeza de un lado a otro en tanto dejaba escapar sonidos guturales, dando a entender claramente la satisfacción que le producía mi presencia. Minutos más tarde dialogaba con el niño con el mismo apasionamiento que tanto censurara a Elisa. Y ni estaba ella allí, ni Jean todo lo ausente que yo suponía. Cuando traspasé la puerta, ya en el pasillo, no pude evitar que durante cierto tiempo me acompañara la triste sonrisa y dulce mirada del pequeño paralítico. Jean había calado muy hondo en mi alma al expresar tal vez lo que sus labios no podían pronunciar.

A partir de ese día, la sonrisa triste y la mirada dulce, tendrían ubicación en algún escondido lugar de mi alma, aunque nuevas circunstancias me condujeran a olvidarme por algún tiempo del pequeño Jean.

Pasó el verano y el otoño. Llegó el invierno y la primavera. Once meses de residente en el hospital; once meses de contiguo bregar en la cotidiana labor que la profesión me imponía. Innumerables pacientes han desfilado por... mi alma. Todos cuantos Elisa ha forzado, ya no tan inexplicablemente, a cruzarse en mi camino. Algunos han muerto: Marguerite, Francois, Michel, madame Barbizón. De otros muchos nada he vuelto a saber: Catherine, Arthur, el señor Gilbert. Sólo uno me *escribe*; nos *escribe*: Monique. Seguimos a la escucha de las confidencias grabadas de la pequeña ciega. Pero únicamente Jean continúa, en el hospital constituido en perenne *extra*, más para Elisa que para mí, aunque debo reconocer, cuánto se ha adentrado en mi corazón. Jean es patrimonio de ella, yo diría su *hobby* —entiéndase chifladura—, y por él ha hecho lo indecible hasta conseguir que sea admitido a perpetuidad en el servicio hospitalario. Porque Jean es capítulo aparte... ¿Por qué? Cuando Elisa habla con él o de él, todo su ser se pone en vilo, y cuanto yo haga o diga respecto al niño, tiene siempre extraordinaria importancia. Sin lugar a dudas, la tragedia del pobre huérfano es terrible.

Respecto a lo nuestro, nada ha cambiado. Es curioso, pero no imagina que pueda abandonar el hospital ni cree en la posibilidad de un distanciamiento de Jean para con los dos. Me he hecho al diálogo con el niño paralítico que no encuentro ya tan absurdo. En esta labor paramédica de acercamiento y solidaridad con el prójimo, Elisa ha sobrepasado todos los límites al llenar mis horas libres, no muchas, con un afán desmedido de proclamar no sé ante quien —desde luego no ante los demás—, mis dotes de humanismo y capacidad de amor hacia el prójimo, o la puesta a punto de un extraño convencimiento que por lo visto no acaba de convencerle. He llegado incluso a pensar si todavía cree que ando por las nubes, amo a los sueños, y confundo a la doctora Gourié con la Elisa de los pinceles. Y si no, ¿por qué se empeña en hacer desfilas ante mis ojos tanta miseria humana como no sea por lo que esas miserias sean capaces de despertar en mi corazón?

— ¿Has visto al paciente del 401? —fue la pregunta de hoy.

— He visto al paciente del 401. Y veo también que mi clientela *extra* va en aumento.

— ¿Y qué?

— Ven a cenar conmigo y hablaremos.

— ¿Es imprescindible?

— Es imperativo.

Pareció contrariada y recelosa pero acabó asintiendo.

Fuimos a cenar. No había otra manera de apartarla de la profesión, aunque supusiera pormenorizar sobre cuestiones ligadas a su trabajo y el mío.

— ¿Qué piensas del caso? —me preguntó a los postres.

— Dime antes cómo ocurrió.

— Sufrió un grave traumatismo craneal en accidente automovilístico donde perdió la vida su marido. Con ésta es la séptima intervención que le practica el neurocirujano en el espacio de seis años: abscesos cerebrales, secuestros, fiebres, nuevos abscesos. Y una y otra vez escapando de la muerte de puro milagro.

— Para llevarla a una vida vegetativa —le interrumpí.

— Es una victoria de la ciencia.

— Es un cadáver viviente.

— ¿Admites la eutanasia?

— No acepto el sacrificio de una hija de veinte y seis años que entrega su vida a una madre que vegeta inconsciente de cuanto sucede a su alrededor.

— ¡Tiene obligación moral!

— Ha dejado novio y amigos, por esa *obligación moral*. Y además trabaja para poder pagar a una persona que cuide a su madre, mientras hace frente a los gastos del hospital cuando sobrevienen complicaciones.

— ¿Lo encuentras mal?

— Es la hija quien me preocupa y supongo que a ti también. Temo por su salud mental... Se halla al borde de la neurosis y la desmoralización.

— ¿La has alentado?

— No, pues no sé hasta qué punto el respeto a una existencia vegetativa, puede obligar moralmente a destrozar otra vida conduciéndola a una renuncia total... Sí, sí, no lo ignoro: los médicos somos

servidores de la vida, el hombre de ciencia se ha convertido en un ser extraordinariamente poderoso, y los progresos de la técnica permiten mantener vivo a un muerto, pero...

— ¡Pero qué!

— No puedo alentarla sabiendo a su madre sin remedio.

Elisa palideció.

— ¿Le has dicho a Henriette...?

— Que debe vivir su vida.

— ¡Tú no le has dicho eso!

— He hallado tan enferma a la hija como a la madre, ya te lo dije.

— Pero no puedes incitarla a que la abandone.

— Tiene quien la cuide. Y no sé si es peor una joven neurasténica que ve destrozada su vida, tal vez al borde del suicidio, o un cadáver viviente.

Elisa me miró a los ojos sorprendiéndome con una pregunta inusitada:

— ¿Me obligarías a abandonar a Jean para seguirte a ti?

— ¡Jean! ¡Jean!... Te obsesiona ese niño. ¿Hasta dónde quieres llevar tu filantropía, desprendimiento, amor al prójimo o lo que sea? Me fuerzas a ver a Jean aunque no me dices por qué.

— No has contestado a mi pregunta.

— ¡Qué disparates estás diciendo! ¡Tu pregunta no tiene sentido! ¡Jean no guarda ninguna relación familiar con nosotros!

Elisa se levantó del asiento y volviéndome la espalda se encaminó hacia la puerta. Por unos instantes quedé aturdido y no fui capaz de reaccionar. Cuando quise alcanzarla se había esfumado entre el gentío que llenaba la acera de los Campos Elíseos. Durante un buen rato anduve sin rumbo fijo, pensando si tal vez había llegado el momento de abandonar el hospital, o al menos, de tomar unas vacaciones en compañía de Elisa.

La actitud de Elisa para conmigo, era a todas luces incomprensible. Tantas evasivas ante la más leve insinuación de carácter sentimental, acabaron exasperándome. ¿Qué pretendía? ¿Asegurarse de la veracidad de mi amor? ¿Convencerse de la fortaleza del suyo?... Llegué a dudar si la confesión de Venecia había ocurrido o estaba sólo en mi imaginación como un sueño del pasado. Era extraño, muy extraño, aquella ansia en buscarme si transcurrían varios días sin verlos, para luego mostrarse recelosa y esquiva ante cualquier conversación que rozara lo sentimental, u ofuscada en una defensa a ultranza de la situación del pequeño inválido. La entrevista de anoche había puesto un nudo en mi garganta, y por primera vez llegué a pensar si algo se interponía entre los dos, o que algún secreto guardaba su corazón.

Aquella tarde la esperé a la salida del hospital. Se sorprendió al verme al pie de la escalera, y rápidamente fui a su encuentro.

— ¿Tú aquí —dijo con naturalidad, como si nada hubiera ocurrido entre nosotros la noche anterior.

— Sí, Elisa, yo aquí, esperándote. Quiero hablar contigo.

— Casualmente yo también deseaba hacerlo. Jean me tiene preocupada.

— ¿Qué le sucede? Hace días que no le veo.

Alzó los ojos con una mirada de reproche, y dijo:

— Lo encuentro pálido, ha perdido peso y tiene febrículas. He avisado a Paul para que lo examine.

— Tranquilízate, Elisa. Posiblemente es sólo un proceso gripal sin importancia. Siempre estás apesadumbrada por esa pobre criatura.

— ¿Te molesta? —me espetó a quemarropa.

— ¡Qué cosas dices! Le quiero tanto como tú... Lo sabes bien. Y no comprendo el alcance de tu pregunta.

— ¿De veras? —preguntó en tono dubitativo.

— Pero, ¿qué sucede? ¿Acaso no hay en el hospital otros pacientes que muevan tu interés y te preocupen, aparte de Jean?... Escucha, Elisa. Es precisamente de lo que quería hablarte. A ti y a mí nos irían bien unas vacaciones. ¿Qué te parece Mallorca?

No obtuve respuesta y continuó inmutable y ausente, como si la hubiera invitado a tomar un refresco o a sentarse en una silla.

— ¡Espero tu contestación!

— Ahora no, César. Compréndelo. Jean me necesita. ¿No te has dado cuenta que sólo nos tiene a los dos?

— Elisa.

— Dime.

— Es preciso tomar esas vacaciones. Empiezo a creer, y me pregunto, si estarás enferma.

— Me encuentro perfectamente.

— ¿Vienes conmigo? ¿Sí o no? Puede ser fundamental para nuestro futuro esta ida a Mallorca, lejos del hospital y de tus enfermos.

— Ya te lo he dicho, César. Ahora es imposible. Lo siento.

— ¿Quieres decir que entre tus pacientes y yo...?

— ¿Llamas a Jean *mi paciente* —alzó la voz.

— Llamo a Jean *tu obsesión*. Y la verdad, sigo sin entenderlo. Y entiendo menos aún cómo ese niño continúa en el hospital.

Elisa palideció mientras me miraba estupefacta. De un tirón me obligó a soltarle el brazo y volviéndome la espalda desapareció. No esperaba tan brusca reacción y fui tras ella obligándola a volverse. Las lágrimas pugnaban por asomarle a los ojos.

— Perdóname... No quise decir tal cosa. Apuntaba simplemente que vería con agrado saber a Jean rodeado de una familia. Pero algo te ocurre. Cuéntame, por favor. ¿Por qué te obstinas? Vente conmigo. Hemos de hablar de muchas cosas, incluso de Jean... En Mallorca.

No hubo contestación. De nuevo me obligó a soltarle la mano, ahora con suavidad aunque también con firmeza demoledora. Y sin decir palabra, por segunda vez, me volvió la espalda y desapareció de mi vista.

— ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo era posible que todo terminara así. No sé lo que experimentaba: rabia, angustia, desencanto. En un momento de intenso coraje, tomé una decisión: me iría solo; me iría, sí, con Elisa o sin ella.

Volví sobre mis pasos y empecé a subir las escaleras de dos en dos sin acordarme de mi corazón enfermo que poco después me obligaba a frenar tan alocada carrera. Enseguida me encaminé hacia la Dirección del hospital. Llegué a tiempo de hablar con Roig, el director, a quien rogué que buscara un sustituto.

— ¿Te encuentras mal, César? —indagó, posiblemente alarmado ante lo fatigoso de mi respiración.

— Nada de particular. Estoy cansado y quisiera tomar unas cortas vacaciones. Será una semana a lo sumo.

— Tómate el tiempo que quieras. Trabajas demasiado y te mereces un descanso. Sé de tus pacientes extras, y de veras lo siento porque te echarán de menos. No abundan los médicos como tú.

— Si alguien se merece esas palabras no soy yo. La doctora Gourié nos supera a todos en sentido de responsabilidad, plena dedicación y una dosis incalculable de humanismo.

— Estoy de acuerdo contigo. Hoy impera la ambición desmedida, el escalar puestos como sea, y la materialidad de los intereses económicos. Verdaderamente, hallar a personas con tales virtudes es casi una pieza de museo. Que lo pases bien —me tendió la mano.

— Adiós, Roig, y muchas gracias.

Al día siguiente, muy temprano, telefoneé y pude conseguir una reserva de billete para Mallorca. Poco después me despedía de los compañeros y de algunos de mis enfermos. Casi sin darme cuenta me hallé ante la puerta de la habitación de Jean. Manipulé el picaporte y detuve a la enfermera que salía en aquel preciso instante.

— ¿Cómo está, Marie?

— Un poco decaído, doctor. Menudean las crisis y tiene febrículas. El pediatra le ha visto hace un momento y ha ordenado unos análisis. La doctora Gourié está muy alarmada. Ya sabe cuanto se preocupa por él.

— La doctora Gourié se preocupa mucho por cuantos le rodean. Tiene muy grande el corazón, Marie. ¿Puedo pasar?

— Está dormido, doctor. Pase, pase.

En efecto, Jean dormía plácidamente y nada parecía denotar la alarma injustificada de Elisa. Me acerqué y le di un beso. Bien sabía que de pensarlo dos veces suspendería el viaje.

— Dígale a la doctora Gourié que he estado aquí, a despedirme de Jean. Y que me hubiera gustado decirle adiós.

— ¿Nos deja, doctor?

— Unos pocos días de descanso.

— Le hace falta. Debe cuidarse. ¡Trabaja demasiado!

— Adiós, Marfe.

— Adiós, doctor. Que tenga buen viaje.

Si aún tenía esperanzas de que Elisa cambiara de opinión en el último instante, me llevé un chasco. No volví a verla, y pienso si ella esperaba de mí otro tanto. Al mediodía me encaminé al aeropuerto. Era la primera vez que me lanzaba a la aventura. Me sabía intrépido interiormente, en los episodios míticos, con mis sueños o a la vera de alguien que me empujara a vencer mi timidez. No otra cosa había sucedido en Italia y hasta en el mismo París. Pero, ¿qué haría ahora, solo, completamente solo, sin mitos, sin ella, la única persona con quien podía confienciarirme? ¿Soñar de nuevo?... ¡Oh, no! Me animaba reconocer que Venecia y París no habían sido sueños. Pero, por segunda vez, ¿qué ocurrirá con el hombre cuyo comportamiento no alcanzaba a imaginar fuera de los sueños, y a quien Elisa, con su negativa, empujaba a rodar por la vida?... Era un enigma. Por lo pronto, estaba en lo cierto al pensar que no me pondría a dormir aburridamente sentado en una cafetería, ni a contemplar la luna y las estrellas desde cualquier balconada frente al mar mientras espiaba con envidia a las parejas entrelazadas, o escuchaba frases de amor en labios de furtivos enamorados. ¿Qué haría pues este hombre que ahora tomaba el avión rumbo a Mallorca, como antaño el grumete embarcaba hacia las Indias?

Es curioso, pero experimentaba más que nunca una fuerte animosidad contra el hombre solitario. La imperiosa necesidad de escapar de mí mismo que ya ensayara en Italia y París, se acentuaba ahora con finalidades concretas de aventura erótica. Y es que sentía el deseo irrefrenable de hacer realidad mis sueños del ayer. Había estallado en Italia y en París, volcándome en el amor a mis semejantes,

amor altruista, de los que Jean era uno de ellos. Pero en la consecución del gran amor, había fracasado, quizá porque Elisa, demasiado ligada a mí por el binomio médico-paciente, no había logrado liberarse de sus complejos afectivos; quizá por causas que ignoraba.

De una cosa estaba bien seguro: aquel esquivar el amor durante toda una vida, fue sólo miedo a su propia impetuosidad. Pero el miedo se ha tornado ansia, frenesí, reto, búsqueda e irreprimible deseo. Fantasía y exuberancia interior, pugnan ahora por asomar entremezclados con ardientes palabras de amor en desatada sensualidad. Ser feliz, espiritual y eróticamente; he aquí la perfecta dualidad del amor, o al menos su más genuina representación. Hambre de amor; ese era el mal que me aquejaba, pese o por causa de los rotos complejos afectivos, los mil sueños, y las decenas de amores generosos hacia los *demás* que, inexplicablemente, Elisa había puesto en mi camino. ¡Valor! ¡Adelante! —me repetía a mí mismo una y otra vez—. Que la ola quiere reventar; que no la temo y ansioso la espero. Ya no soporto la soledad y el silencio aunque, paradójicamente, vaya solitario a no sé dónde y en busca de no sé quién. Terminaron los sueños, amigo mío. Pero el amor, el amor fuerte de ardientes besos, el pasional amor de la sensualidad arrolladora, ese no ha empezado aún. ¿Qué hará el hombre de la timidez casi morbosa ante una situación semejante? Pronto iba a saberlo.

Con estos pensamientos en la mente, tomé el avión rumbo a Mallorca.

Descubrimiento en Mallorca, revelación en París, tres amores que fenecen y una nueva luz que nace.

Legué a Palma en un espléndido y luminoso día azul. Desde el avión, la isla parecía emerger en el límpido mar mientras mostraba su costa de fuertes acantilados y primorosas calas. Presenté una Mallorca pintoresca, de vestigios árabes, aunque encostrada con el cosmopolitismo turístico en boga. Sin embargo, mi ánimo no estaba hoy para bellas panorámicas, y esta primera visión fugaz de Mallorca, no fue capaz de despojarme de la desgana que experimentaba después de los últimos acontecimientos ocurridos en París.

Ya en el aeropuerto, el taxista me condujo a un hotel a orillas del mar. Sentía avidez de océano y brisas marinas, de olor a barcos y estampas marineras de los que la capital francesa estaba ausente. Como nadie me esperaba, vagué en solitario de un lado a otro poseído por la abulia, y fui a sentarme en un bullicioso bar desde donde podía contemplar a mis anchas la luminaria de los escaparates y el febril paso del ir y venir de los automóviles. Ni aun así logré vencer mi pereza y decidí encerrarme en el hotel a descansar. El desengaño sufrido con Elisa fue lo bastante para justificar esta apatía. Me preguntaba una y otra vez a qué había venido a Mallorca, y la respuesta era siempre la misma: a olvidar París. Era evidente el cambio operado en mí, ausente la amargura y lejos la introversión y los sueños, ansioso de vivir, ahora que estaba sentenciado a morir.

Desperté ya entrada la noche, y desperté optimista. Pedí un whisky de aperitivo en la cena, ¡insólito!, y me sirvieron un estupendo asado que devoré con apetito. Empezaba a descuidar el régimen de vida, no tanto por las molestias que suponía seguir al pie de la letra prescripciones y consejos, como por una aceptación resignada de cuanto el futuro pudiera depararme. Leí la prensa, y más tarde

traté de entretenerme con insulsos programas de televisión. Para sacudir la modorra, decidí dar un paseo y estirar las piernas antes de meterme en la cama. Una nutrida muchedumbre llenaba las amplias aceras del bulevar mallorquín, y me dejé arrastrar por el gentío hasta llegar frente a una dilatada avenida, el Paseo Marítimo, enmarcada por altas palmeras de perfiles simétricos. De pronto, al pasar junto a la puerta de un lujoso hotel, me topé bruscamente con una joven que, haciendo esos, vino a tropezar conmigo, y a punto estuvo de rodar al suelo de no haberla retenido entre mis brazos.

— Perdone —me disculpé pese a no sentirme culpable del tropiezo.

— ¡Ayúdeme!... ¡Por favor! —balbuceó con palabras entrecortadas cuyo sentido no me alcanzaba—. —¡Me mataré! —exclamó con aire patético.

No supe qué contestar. Evidentemente había más, mucho más tras la descomunal borrachera.

— Seré nese, se lo ruego —acerté a decir al fin.

Y sujetándola fuertemente del brazo, empezamos a andar sin rumbo fijo.

— ¿Adónde la llevo? —dije un tanto turbado y con ánimo de solucionar la difícil papeleta.

— ¿Adónde? —balbuceó entre dientes—... Junto a ese muro, frente al mar. ¡Quiero!... ¡acabar!... ¡de una vez! —exclamó con palabras entrecortadas.

Y enseguida rompió a llorar.

— ¡No diga disparates!... Deme su dirección y la conduciré a su domicilio.

— Estoy en un apartamento... Aquí cerca, en la calle de... Bueno, me da vueltas la cabeza. Mire en el bolso, ¿quiere?

A mí también me daba vueltas la cabeza ante la insólita y comprometida situación. Como la luz era insuficiente, traté de acercarme a un lugar más iluminado. Ella seguía materialmente colgada de mi brazo mientras descansaba la cabeza en mi hombro como dos novios amartelados. La luz de la farola iluminó un rostro bellísimo, sin asomo de pinturas ni afeites salvo en la línea oscura que enmarcaban

los ojos. El mirar deslavazado y los entreabiertos párpados no desmerecían la belleza de aquella mujer que cifraría los veinte y cinco años.

Abrí el bolso con gran aturdimiento, y después de mucho rebuscar hallé una tarjeta con anotaciones donde leí: Estefanía Campanills. Pero no encontré dirección alguna.

— La llevaré a su apartamento. Dígame las señas y buscaré un taxi.

— ¡No! ¡No! Prefiero pasear. Necesito aire, mucho aire.

Seguimos andando, y pensé con ella que la fresca brisa marina le ayudaría a recuperarse. Cruzamos la calle no sin cierta preocupación pues en cualquier momento un traspies nos llevaría a rodar juntos por el suelo. Al fin pude sentarla en un banco, lejos del mar que la obsesionaba y respiré tranquilo. Temblaba de frío e hice además de quitarme la chaqueta.

— No es necesario —se acurrucó en mi pecho.

Y alzando los ojos turbios añadió ya más serena:

— El frío me despejará.

Hilvanaba mejor y acabó quedando adormilada.

— Escúchame, Eduardo —dijo de pronto sin siquiera abrir los ojos.

— No soy Eduardo.

Alzó los párpados mirándome sorprendida.

— Sí, no eres Eduardo. ¿Cómo te llamas?

Acepté el tuteo aunque no me decidí a corresponderle.

— César.

— Bonito nombre. ¿Sabes, César? Me muero de sueño.

— No pensaré pasar la noche aquí — sonreí.

— Desde luego que no —se refugió aún más bajo mi hombro.

Empezaba a preocuparme, bueno, a qué mentir, yo diría a interesarme aquella situación un tanto inverosímil. ¿Quién iba a imaginar

hace unos instantes que estaría aquí sentado con una mujer desconocida dormitando entre mis brazos.

— ¿Se siente mejor? —le pregunté con ánimo de espabilarla de su amodorramiento.

— Mucho mejor.

Cref hallar un resquicio donde insinuar la pregunta que a floraba en mis labios.

— ¿Qué le ha ocurrido para hablar de suicidarse?

Se puso en pie y pude comprobar que coordinaba sus movimientos e incluso se mantenía erguida sin ayuda. No obstante, rehuyó la respuesta.

— ¿Quieres acompañarme hasta mi apartamento? —dijo—. Ya todo parece haber pasado. Pero, no me dejes, te lo ruego —siguió tuteándome.

— Acabo de llegar a Palma. Y como desconozco el lugar, me veré obligado a buscar un taxi.

— No es necesario. Empiezo a reconocer donde estamos. Es muy cerca... Por aquí —señaló una bocacalle.

Volvió a cogerme del brazo sin reparo, y echamos a andar con bastante más soltura. Poco después nos deteníamos ante un bloque de modernas viviendas. Cruzamos el jardín y ya junto a la entrada extraje la llave del bolsillo. Como no atinara con la cerradura me decidí a ayudarla.

— Déjeme. Yo abriré.

Empujé la puerta y pulsé el interruptor de la luz.

— Bueno... Ya está en su casa. Y ahora, adiós.

— ¡No, no! —protestó sujetándome con ambas manos—. No debes dejarme sola... Podría cometer un disparate.

Sin tiempo a replicar me arrastró dentro. Aquella aventura, nueva para mí, me tenía electrizado. Como un adolescente inexperto en su primer ligue e incapaz de desenvolverse con soltura, seguí a quien me llevaba de la mano igual que a un niño. Tal vez la desconocida había calado hondo en mi idiosincrasia. Penetramos en un lujoso cuarto de estar con grandes ventanales y mortecinas luces, alfombrado y decorado confortablemente.

— Debo agradecerte que me hayas salvado la vida —dijo volviéndose hacia mí con un esbozo de sonrisa.

De súbito, se tambaleó y tuve que sujetarla para impedirle caer al suelo.

— ¿Quieres descorrerme la cremallera?

Quedé estupefacto, incapaz de moverme, más azorado que un colegial ante el primer requiebro amoroso. No podía negarme ni me decidía a actuar. El corazón me latía con fuerza cuando se volvió sorprendida para apremiarme.

— Pero, ¿qué te pasa? ¡Decídetes, hombre! ¿No comprendes que me es imposible hacerlo?

Me sentí nuevamente vapuleado al admitir una intención inexistente.

— Sí, claro, perdone —traté de disimular mi timidez.

No había asomo de incitación ni descaro en sus palabras, con gestos y movimientos sin el más mínimo atisbo de sensualidad. Y es lo que no acababa de comprender. Al fin y al cabo, yo era un desconocido, y ella... ¡no sé! —exclamé en mis adentros.

— Siento un terrible dolor de cabeza —se quejó mientras el vestido rodaba por el suelo—. La ducha me despejará. Tráeme las zapatillas, ¿quieres? No puedo inclinarme sin dejar de experimentar fuertes mareos.

Aleccionado por mi anterior impericia, fui en busca de lo que me pedía con aire despreocupado y firme andar. Pero al volver no pude evitar tropezarme con ella y quedé frente a frente mirándola embobado. Era una mujer hermosa, de abultados senos, capaz de provocar en cualquiera una fuerte atracción sexual. La cara, limpia de afeites, de una suave palidez marmórea, los ojos negros y la finura de unos labios estilizados, contrastaban con la plenitud del cuerpo. Un rostro sin el más leve soplo de sensualidad. Nunca me agradaron las caras sensuales. He aquí un contraste atrayente —me dije a mí mismo.

— ¿Qué esperas, hombre? —me recriminó—. ¡Pónmelas! Pareces un niño asustado.

Me arrodillé. O gozaba al reprocharme mi timidez o era una desvergonzada. Mientras le ponía las babuchas, la carne tibia de sus

muslos rozaba mis mejillas. El indiferente, el puro, el marcado, sintió agolparse la sangre al despertar a la sensualidad dormida. Me asomaba a un mundo desconocido y se apoderó de mí un gozoso vértigo y furiosa apetencia. En modo alguno podía pasarle desapercibida mi turbación, y hasta aseguraría que gozaba provocándome aunque lo disimulara muy bien. O quién sabe si era yo el que no sabía conllevar las íntimas escenas con natural desenvolvimiento.

—Prepara un poco de café mientras me ducho.

Con paso inseguro se dirigió hacia la puerta del baño que no cuidó de cerrar. Segundos después oía el ruido del agua al chocar contra el cuerpo desnudo, y las sacudidas y suspiros provocados por el chorro frío. O gozaba incitándome una vez más, o era de una frialdad aterradora. De un manotazo encajé la puerta en su marco con estrépito. Pero ella siguió alborotando sin darse por enterada, al menos en apariencia.

Me encaminé hacia la cocina y preparé el café. Me sentía nervioso y aturdido. Sobre la mesa, una botella de whisky mostraba la etiqueta tentadora: *Chivas Regal*; tentadora no tanto por el placer de beber que no acababa de hacer mío, como por el deseo de verme despojado de aquella insufrible y pegadiza timidez. La puerta me brindaba también una escapatoria más radical que la bebida. Dudé entre dejar plantada a la bella desconocida que a buen seguro se perfumaba en estos instantes con primor, o apurar unos sorbos de aquel brebaje con ánimo de cobrar la confianza en mí mismo. Y elegí lo que menos me iba: el alcohol.

Apuré hasta medio vaso de whisky, y muy pronto empecé a experimentar los efectos de la euforia junto a un deseo irreprimible de llevar hasta el final aquella aventura. Otro medio vasito, y se acabaron los complejos esfumándose la absurda idea de una estúpida huida. La cabeza empezó a darme vueltas. Para mejor sopesar las consecuencias sin excederme, comencé a pasear por la habitación, y miré a través de los visillos en busca de no sé quién. No hay nadie —me dije a mí mismo—. ¿Y quién querías que hubiera? —me pregunté estúpidamente—. Corrí las cortinas y apagué dos de las tres luces que alumbraban la habitación, sin otro propósito que dar una mayor intimidad al ambiente. Parecía como si quisiera ocultarme de

alguien, y de pronto dejé escapar una risotada histérica. Había descubierto que, en efecto, era de mí mismo de quien me escondía.

Poco después se abrió la puerta del baño. Allí estaba Eva dispuesta a tentar a Adán; allí el móvil de mis indecisiones y autocríticas; allí, la bella y desconocida Estefanía, escasísima de ropa, con un *mini desabillé* semitransparente que le llegaba desde la mitad del pecho hasta un poco más arriba de la rodilla. Suave olor a rosas —no me equivoqué—, andar pausado, yo diría sensual, en contra de mis aseveraciones anteriores, y velos tenues enmascarando la carne fresca y sonrosada, incentivos demasiado fuertes para aquel bisoño en ciencia erótica. Por primera vez, bien respaldado por diez dedos del néctar de la osadía, dejé escapar un expresivo silbo al que siguió en tono de chanza un requiebro con sonos de cursilería romántica. ¡De lo que es capaz el alcohol!

— ¡Bellísima como una rosa perfumada y húmeda por el rocío de la mañana!

— ¡Vaya! ¿Dónde leyó eso?

— En algún libro de cuyo nombre no me acuerdo —ref.

Estaba ahora lo bastante serena para evitar el tuteo.

— ¿Se siente mejor? —le pregunté.

— Mucho mejor.

— Le traeré su taza de café.

— Gracias.

De vuelta con el plato y la taza, fui a sentarme a su lado sin experimentar el menor reparo, ausente, creía yo, la timidez.

— ¿No me acompaña?

Le señalé el vaso de whisky y asintió con la cabeza recostándose con descuidada postura.

— No sabe cuánto le agradezco lo que ha hecho por mí.

Y añadió sonriendo:

— Y ahora veo claro lo estúpido de mi decisión. No hago sino pensar en lo que hubiera ocurrido de no tropezar con usted.

— Cualquiera otro hubiera hecho lo mismo.

— La borrachera de los celos es más peligrosa que la del alcohol —dijo con *seriedad inusitada*—. Empuja a cometer locuras. Créame, estaba decidida a quitarme la vida.

— ¿Cuándo la abandonó?

Arqueó las cejas sorprendida.

— Ayer.

— ¿Otra mujer?

— Creo que sí.

— ¿Lo cree solamente o está segura de ello?

— No lo sé. Es un vicioso del juego... Como yo. Se acabó el dinero y decidió dejarme, aunque tal vez no haya sido sólo por razones económicas. Debe existir... sí, otra mujer.

— ¿Y después?

— Me emborraché. Quería olvidar, era preciso olvidar. Luego me acometió la idea del suicidio.

— ¿Dónde lo conoció?

— En Montecarlo.

Con indolencia se recostó en el diván mientras exhibía el perfil ondulado de una garganta perfecta.

— ¿Por qué es usted tan tímido? —me soltó a quemarropa—. Sí, aunque trate de disimularlo con unos sorbos de whisky. ¿Acaso es la primera vez que está a solas con una mujer?

Ni el alcohol ingerido fue capaz de darme el imprescindible arresto para responder a tan inaudita como humillante pregunta. Apuré lo que quedaba del vaso pero ella no me dio tiempo a contestar.

— ¿No es hombre de aventuras?

Contra mi voluntad, casi sin darme cuenta, me confesé con la desconocida que ya lo era menos.

— No, no soy hombre de aventuras. Y tiene razón: soy muy tímido. Es la primera vez que me encuentro en una situación semejante. Le parecerá ridículo, ¿no? O inverosímil.

— Nada de eso. Lo encuentro maravilloso. No es frecuente tropezarse con un hombre así.

— ¡Vaya! ¿Y usted qué sabe de mí?

— Nada —rió—. Lo que me ha dicho usted —me puso entre las manos un nuevo vaso de whisky.

— ¿No comprende que, de seguir bebiendo, no podré llegar al hotel?

— Si llega el momento sabré corresponder —sonrió con un bostezo que evidenciaba cierto cansancio.

La postura en el sofá se volvió más descuidada e indolente. Había entornado los párpados, recostada la cabeza y el pecho se alzaba y descendía con movimientos rítmicos. Era una pose de total abandono y entrega. No pude más —el whisky había vuelto osado al tímido—, y le atenacé la cabeza con ambas manos besándola apasionadamente.

Sonó el teléfono y di un salto en mi asiento. ¿Quién podía llamar a aquellas horas? Pero ella sonrió mientras descolgaba el auricular e inquirió sin inmutarse:

— Diga... Sí, sí, yo misma... ¡Ah!, muchas gracias... ¿Mañana? Bien, muy bien, gracias. Buenas noches.

Volvió a donde yo estaba y se recostó de nuevo apoyándose con mimo en mi hombro. El corazón me latía como una locomotora.

— Era el camarero del bar anunciándome que dejé olvidado el chal. Mañana pasará a recogerlo.

Dejé escapar un suspiro de alivio. Poco después daba muestras de un gran cansancio y cerró los párpados en una actitud que calificaba de angelical. Roto el momento álgido, perdí arrestos y cedieron los impulsos.

— ¿Sabe? —dijo sin abrir los ojos y con la voz apagada por un nuevo bostezo—. No puedo más... Estoy cansadísima... Me muero de sueño.

Y añadió:

— Gracias por todo. Creo que el momento peligroso ha pasado ya.

¿A qué momento se refería? ¿Al fallido intento suicida o al fracaso de la acción erótica?... La atraje contra mi pecho pasándole el brazo bajo los hombros. Segundos más tarde dormía plácidamente. ¡Dormía, sí, en los brazos de Morfeo! No me faltaba sino cantarle la nana.

— ¡Imbécil! ¡Ni para esto me sirves! —clavé en el vaso de whisky una mirada de incontenible rabia.

Extraña mujer aquella que parecía vivir sólo el presente para olvidarlo segundos después. También yo, desaparecida la euforia primera, empezaba a experimentar una pesadez y torpeza inoperantes. No sé cuanto tiempo permanecí haciendo de cojín a Estefanía. Bien —dije para mis adentros—, esto ha terminado, César. ¡Y de qué manera! Ya no me queda otro recurso sino roncar también... O quizá será mejor escabullirme.

Y sin pensarlo más, me levanté con sigilo encaminándome hacia la puerta. ¿Qué otra cosa podía hacer? Ayudarla tal vez —me dije a mí mismo—, puesto que la sé abandonada y sin recursos. Sin dudarlo un momento, extraje de la cartera un buen fajo de billetes que dejé en lugar bien visible, y me volví para contemplarla por última vez. ¿Por qué no acostarla? Un pequeño esfuerzo podrá soportarlo el corazón. Extraje del bolsillo la consabida pastilla que puse bajo la lengua, y poco después la cogía en brazos para dejarla cuidadosamente en el lecho mientras la miraba embobado. La maja... casi desnuda —recé entre dientes—. Y le volví la espalda en el mismo instante en que una tibia y sedosa mano me sujetaba reteniéndome.

— ¿Por qué huyes?

Empecé a temblar. Sobresaltado, me volví despacio para mirarla. Tenía los ojos entreabiertos, la mirada perdida y una respiración anhelante. Como no le contestara, repitió la pregunta seguida de un tuteo íntimo.

— Sí, ¿por qué huyes?

— Si no huyo.

— Ni siquiera sabes mentir.

Apreté la mano con fuerza.

— No escapaba de ti sino de mí mismo.

Su mirada se animó y los labios dibujaron una sonrisa. Seguía sin soltarme de la mano.

— ¿Tienes algo que reprocharte?

— Muchas cosas, aparte mi timidez.

Entornó aún más los párpados.

— Quédate, ¿quieres? —me suplicó en un susurro—. Puedo despertar más tarde y cometer un disparate. Mañana, todo será diferente. Pero, hazme ese favor y quédate esta noche conmigo.

— ¿Si tú lo quieres?

Me había arrodillado y empecé a acariciarle estúpidamente los cabellos. También yo, eterno solitario en un mundo poblado de fantasmas; también yo, fracasado en amores, estaba necesitado de su compañía. Me incorporé y fui adonde alumbraba la única luz en la habitación. Pulsé el interruptor y quedamos sumidos en la oscuridad más absoluta. Hasta la luz era un muro infranqueable a mi idiosincrasia amorosa.

— ¿Qué haces?

— Ya lo ves. Apago la luz.

— ¿Por qué?

— Para espantar a los fantasmas del ayer. Y también para que no veas como me desvisto. Soy muy tímido, ya lo sabes, y experimento más pudor que tú.

Sólo se oía el respirar de los pechos y poco después, suspiros entrecortados.

— ¿Por qué haces esto?

— Porque yo también esta noche estoy necesitado de ti, como tú de mí. También, como tú, preciso apartar de la mente turbios pensamientos.

— ¿Tienes mujer o novia?

— No tengo a nadie.

Nuevos suspiros. Voces apagadas. Creí oír como invocaba el nombre de Eduardo y en mis adentros susurré el de Elisa. En las tinieblas el engaño era posible. Para quien nunca había materializado

carnalmente sus amores, aquellas caricias eran la primera encarnación del mito.

— ¿Le quieres mucho? —pregunté.

— Le odio —dijo abrazándose fuertemente a mí.

Sentí el cálido cuerpo pegado al mío, y experimenté ganas de llorar al ver mis sueños de amor de toda una vida, rebajados a una noche en Mallorca con...

— ¡Elisa! ¡Amor mío!

— ¿Por qué me llamas Elisa?

No hubo respuesta porque no podía haberla. El soñador ya no soñaba. Consciente de haber esfumado para siempre la encarnación de sus amores, llevaba ese amor conduciéndolo a extremos inconcebibles. La vida me brindaba una escena absurda: el diálogo soñado, en una noche fantásticamente real. Una mujer hermosa y abandonada, al borde del suicidio, se aferraba al primero que se cruzaba en su camino con tal de olvidar su tragedia. Lo mío era peor: pretendía encarnar el mito al amparo de la oscuridad y con un diálogo absurdo. Mientras la colmaba de voluptuosos besos, oí como sus labios pronunciaban quedamente un nombre: Eduardo. ¿Quién era Eduardo? ¿Su novio? ¿Su amante?... ¡Y a mí qué me importaba! La vida seguiría representando escena tras escena, unas sin pies ni cabeza, como esta de hoy, que si tuvo mucho de burdo placer, también lo fue de sorpresa y descubrimiento. ¿Para qué ahondar buscando porqués desagradables? ¿Qué me importaba a mí la vida de una desconocida y mis sueños del pasado! ¿Qué me importaban Elisa y Estefanía! ¿Renovación espiritual?... Dejé escapar una risotada histérica.

— ¿De qué te ríes? —habló una voz adormilada.

— Me río de mí mismo.

La misma voz, ya casi sumergida en el mundo de los sueños, suplicó.

— ¿Qué te parece si dormimos?

— ¡Todavía no!

— Pero, ¿qué te ocurre?

— ¡Abrazame fuerte, Estefanía!

— ¡César! ¡Amor mío!

Y nos fundimos en un apretado e interminable abrazo entre espasmos de placer.

Todo era oscuro en la mente y ante los ojos cuando desperté. Deslizándome del lecho busqué a tientas el interruptor... ¡Sorpresa! La bella durmiente, la desconocida, ¡Estefanía!, había desaparecido.

Abrí con sigilo la puerta del baño. Tampoco se encontraba allí. Recordé la llamada telefónica de anoche e imaginé que había decidido acudir al hotel en busca de la prenda de vestir olvidada. La cabeza me dolía terriblemente. ¡Menuda papalina! Pero, ¿tanto había bebido?

Volví al baño y fui a plantarme ante el espejo. ¿Eran míos aquellos mechones grises poblado las sienas y la frente?... Sí, eran míos. ¿Y era yo, quien tan cínicamente sonreía?... Era yo. No sabría decir si experimentaba asco, vergüenza, sorpresa o admiración ante tanto descubrimiento. Tal vez había ubicación para los cuatro adjetivos: asco por el engaño a mí mismo; vergüenza al llevar las cosas a un extremo innecesario; sorpresa porque, ¿cómo iba a esperar de mí verme envuelto en semejante aventura?; admiración, al descubrir al hombre que, como la crisálida, acababa de romper la cáscara e iniciaba su primer vuelo. Me señalé con el dedo, más sorprendido que acusador. ¿Eres tú el estigmatizado, el introvertido y soñador, el rebelde que ahora vulgariza sus sueños del ayer, revolcándose en el lecho con la primera mujer que la vida le escupe a su lado?

Volví al salón. Las manecillas del reloj señalaban las once; no era pues tan temprano como suponía. Un rayo de luz penetraba por el filo de las cortinas. Bien, esto se acabó —pensé—. Si Estefanía se ha ido, la aventura ha terminado.

Crucé la puerta y respiré a pleno pulmón la fresca brisa matinal que me llegaba perfumada con aires marinos. El cielo azul hacía presagiar un día radiante que alegró mi corazón. Había despreocupado a mi conciencia de no sé qué pecado, por haber contribuido a salvar a aquella joven de un suicidio cierto. Todo lo demás era hojarasca seca que se lleva el viento.

Vagué de un lado a otro, ausente de una Palma bulliciosa que no me alcanzaba. Como pájaro revoloteando junto al nido, iba y venía

por el Paseo Marítimo sin decidirme a entrar en el hotel. ¡Si al menos estuviera esta noche con ella! ¿Y por qué no ahora? Tal vez ya esté de vuelta.

Con esta idea en la mente subí a un taxi y di al conductor la dirección del apartamento. Poseído de una gran agitación, crucé la verja y pulsé el timbre una y otra vez sin que nadie me respondiera. Sin dudarle abordé al jardinero que merodeaba por aquellos alrededores.

— ¿Vive aquí Estefanía Campanills?

— ¿La señora chilena?

— Sí, sí... La que habita en este piso.

— Se marchó esta mañana.

— ¿Se marchó? ¿Adónde?

— No se lo puedo decir, señor; la vi salir precipitadamente. Yo mismo le ayudé a subir las maletas en el taxi. Estaba muy nerviosa.

No quise oír más y me dirigí hacia la verja, pero antes de llegar, no sé por qué, tuve una corazonada. Eché mano a la cartera y pude comprobar que me había desvalijado. No sufrí ningún acceso de furia, antes al contrario, sonreí. Era extraño, muy extraño aquel comportamiento mío.

Me encaminé hacia el hotel y entré decididamente en el bar, justo en el lugar del primer encuentro. ¿Por qué hacía todo aquello?... ¡Lo hacía, y nada más! Ni un momento pasó por mi imaginación la idea de denunciarla. Quería encontrar a la ladrona y seguir hasta el final con la aventura, porque Estefanía me interesaba. Y no era el momento para pensar en resabios de moralidad ni en absurdas cargas de conciencia.

En el hotel me enteré que frecuentaba el bar de donde había salido la noche anterior; y supe también, sorprendidamente, que había marchado a Montecarlo.

Aquella misma tarde telefoneé a mi entidad bancaria en París para que repusieran fondos en un Banco de Palma. Al día siguiente abandonaba la isla de la calma —¿de la calma?—, rumbo a Montecarlo. Una noche en Mallorca había bastado para hacerme comprender que la vida no eran los sueños del ayer, las penalidades de la infancia

y juventud ni las contiendas belicas; y tampoco, los pacientes del hospital y las incoherencias sentimentales de Elisa. Porque estaba descubriendo que, quien tanto la odió, empezaba a amarla intensamente. Todo sucedía ahora con unas dimensiones bien distintas. Yo sólo pedía respuestas. Y ahí estaba lo fascinante: nada existía preconcebido como en los sueños del pasado. No saber adonde me conducía la aventura, incluso no importarme, trocarla por otra o por ninguna, y gozar con la emoción de los demás y las reacciones de mí mismo. Sí, ahí estaba el tremendo poder sugestivo de la nueva situación. Yo era como todos y no diferente a todos como siempre creí. Había vivido furtivamente, de incógnito, un vivir sin osadía ni descaro, ahogado por mil prejuicios. Y ahora, en sólo una noche creía haber vivido muchísimo más que en muchos años del ayer.

Con estos pensamientos en la mente, partí con rumbo a Montecarlo y la corazonada de hallar a Estefanía en el Casino jugándose el dinero robado, mi dinero.

* * *

Llegué a Montecarlo al atardecer. Lo anodino de aquellas horas pasadas en el barco a la espera de un hipotético encuentro —eran del ayer la introversión y los sueños—, no merece ser descrito. Sin embargo, tuve el presentimiento de que me aguardaban escenas turbulentas de las que, por otra parte, estaba imperiosamente necesitado. La llegada al puerto, tras el trasbordo en Cannes, tuvo similitudes de un Shanghai en ojos aventureros. Un taxi subió por la empinada rampa conduciéndome a un hotel cercano al Casino. Abajo, la panorámica era de postal: un mar quieto, y posados en él, los inmóviles y en apariencia diminutos barcos junto a la soleada playa. Pero, no era la contemplación de bellos paisajes y hermosas playas lo que necesitaba mi espíritu. Mi curiosidad se centraba ahora en saber cuanto antes de Estefanía. ¿A qué había venido a Montecarlo?... Con toda seguridad, como a Mallorca, a ahuyentar el penoso vacío de mi corazón.

Un paseo por la *Cornisa* decidió la última carta de la baraja por jugar. Aquella misma noche irrumpiría en el Casino, decidido a remover cielos y tierra con tal de encontrarla. Y el primer paso fue

adquirir un esmoquin en una tienda de alquiler con vistas a la función nocturna.

Después de cenar me encaminé decididamente hacia el Casino. El juego empezaba a seducirme; no el juego de azar sino ese otro del ajedrez humano que me tenía electrizado, aunque siguiera imperando en mí el odiado freno de la timidez. Tres dedos del néctar de la euforia, hicieron el milagro. Con gesto desenfadado crucé los jardines del Casino sin detenerme a admirar la belleza de sus flores, como si el frecuentar salones de juego fuera algo habitual en mí. Cuando avancé resueltamente hacia el centro de la sala, el corazón me latía a estallar.

Con sonrisa un tanto estereotipada, cogí una rosa del primer jarrón que hallé al paso y la prendí del ojal de la solapa con gesto de expansiva comunicación y solidaridad con cuanto me rodeaba. Era el aquí estoy yo; el escudo de mi tarjeta de visita; el supuesto y sorprendente hola de saludo a la Estefanía de la aventura. Era en fin, un pisar más firme frente a las asechanzas de la timidez en puertas. El reluciente espejo ubicado en la pared, reflejó la silueta decidida y arrogante de lo que en este momento ansiaba ser: el hombre de la frivolidad y la aventura; una imagen, sí, un tanto confusa, porque todo daba vueltas a mi alrededor bajo el influjo del alcohol ingerido. Aquella visión placentera de mi persona, me hizo cobrar arrestos, y con paso decidido comencé a deambular entre las mesas de juego, no precisamente atraído por las piruetas de una bolita que a tantos tenía electrizados.

A la espera de encontrar a Estefanía en el salón, imaginaba ya la reacción de su rostro y el apasionante diálogo, lejos, pero que muy lejos de los sueños del ayer. De mesa en mesa, empecé a escudriñar las caras de las enjoyadas damas reunidas alrededor del crupier que, con voz clara y apremiante, anunciaba en este momento:

— *Faites votre jeu, monsieurs.*

Empezaba a quemarme la desesperanza, y un tanto inquieto me dirigí hacia la gran mesa central abarrotada de gente que participaba en el juego. Tuve el presentimiento de encontrarla allí, y no me equivoqué. Provocadoramente atractiva, descollaba entre el grupo de las féminas, vistiendo un ajustado y escotadísimo traje de terciopelo negro. Y era tal su abstracción, que no cayó en la cuenta de quién

había tomado asiento frente a ella. Con los ojos fijos en la ruleta, como hipnotizada, sus manos acariciaban las fichas con el placer del vicioso mientras la mirada iba más allá del montón de piezas, a la espera tal vez de que la bolita fuera la maravillosa lámpara de Aladino capaz de hacer el milagro de trocarlas en pilas de dinero. E imagínese —atisbos de ex soñador—, que eran húmedas miradas de pasión y manos en caricias sin cuento, las que se deslizaban sobre la mesa manoseando con deleite las monedas de plástico.

Miré a mi alrededor. Sobre unos metros de tapete verde, sólo manos; manos que eran rostros; rostros que se retorcían guiñando los ojos de los dedos, temblorosos ante el desencanto de una jugada perdida, o deslizándose con alegría para atrapar las fichas al encasillar la bola en el número apostado. Manos bellas, blancas y delicadas como las de Estefanía, junto a otras velludas y groseras, extendidas a la espera de atezar las piezas, o relajadas y muertas una vez cantado el número fatídico; manos todas, agitándose sobre el tapete como una piara de cerdos en pos de la comida que les ofrecía la bolita caprichosa. Era un alarde psicológico, ahondar en el lenguaje de aquellas manos sin atisbar los rostros inmutables o enmascarados por una fingida indiferencia, mientras los dedos tecleaban nerviosos o se retorcían con desespero.

Espectáculo bochornoso ver a unos seres con los cinco sentidos pendientes del loco brincar de la bolita mágica, y rebajados a depender de la caprichosa suerte, su éxito o fracaso, y hasta su destino. Experimenté el deseo de arrancar cuanto antes a Estefanía de aquel antro del vicio. Todo ocurrió en un instante. Ella había alargado la mano para empujar la totalidad de las fichas. Yo hice otro tanto. Las puntas de sus dedos se estremecieron al contacto con los míos. Como si una corriente eléctrica la hubiera sacudido, alzó la mirada, y al reconocerme no pudo reprimir un grito de sorpresa. Revuelo de murmullos, y el juego que se detiene por unos momentos.

— Tal vez *madame* no pensaba jugar tanto —dijo el crupier a punto de lanzar la ruleta a una nueva carrera.

— Así es —afirmó ella, titubeante y sin levantar los ojos de la mesa.

El crupier agitó la raqueta, y con rapidez de máquina perfecta le devolvió las fichas que Estefanía recogió mientras se levantaba poseí-

da de un gran nerviosismo. La ruleta empezó a girar, y el negro y el rojo de las casillas iniciaron el fantástico y esperanzador baile mientras la bola saltaba enloquecida de un lado a otro. No esperé a que encasillara y fui tras ella cogiéndola del brazo mientras el corazón me latía a ritmo acelerado. Sin pronunciar palabra, tenso el rostro, se dejó llevar. Cruzamos varios salones en el más absoluto silencio. Un empleado abrió una puerta y nos quedamos solos en la terraza del Casino. Había recobrado el aplomo y la vi dispuesta a enfrentarse al diálogo que presumí apasionante.

— Te debo una explicación —dijo.

— No me debes nada.

— Tuve que hacerlo.

— Lo supongo.

— ¿No deseas saber los motivos?

— No.

Lo categórico de mis contestaciones debieron irritarla.

— Entonces, ¿se puede saber a qué has venido si no es a reclamarme tu dinero? —me interrogó un tanto molesta.

— Te necesito, Estefanía... Tanto como tú a mí en la noche aquella.

— ¿Es que has pensado suicidarte? —esbozó una sonrisa burlesca.

A la alusión de las escenas fuertes de Mallorca, se sumó el recuerdo de ciertas frases de Manson en París. La contestación fue categórica aunque difícil de alcanzar para quien ignoraba pormenores de mi vida pasada relacionados con mi estado de salud.

— No será necesario.

Abrió los ojos desmesuradamente con un mohín de quien nada ha comprendido.

— Me molestan los acertijos. Si no es tu dinero, ¿qué quieres de mí?

— Ya te lo dije: tu compañía.

Soltó una carcajada.

— ¿Después de lo ocurrido? Cada vez te entiendo menos. Eres un hombre extraño, muy extraño. Te roban, te abandonan, y encima vienes a suplicarme.

— Así es, Estefanía. Vengo a suplicarte que vuelvas conmigo.

— ¿Adónde?

— A Mallorca.

Palideció, aunque se repuso al instante.

— Lo siento —replicó con decisión—. No es posible... al menos por ahora. Salvo...

Dejó la frase en suspenso y matizó:

— Si pese a lo ocurrido, que ya te explicaré, deseas acompañarme, ¿por qué no?, serás mi *partenaire* en el juego.

Y añadió con tristeza:

— Porque, de verdad, César, no sé hacer otra cosa: jugar.

— Eres muy joven, y la vida tiene mucho que enseñarte.

— ¿Crees tú?

No me dio tiempo a contestar. Sus dedos aprisionaron mi mano y me arrastró al salón. En aquel momento, el crupier cantaba número y su raqueta acababa de barrer hábilmente la mesa de juego. Presumí que me empujaba a jugar pero me equivoqué. Comenzó a recorrer las mesas mientras escudriñaba en los rostros de cuantos entraban y salían del salón.

— ¿Buscas a alguien?

No hubo opción a la respuesta. Ese alguien acababa de entrar en la sala de juego, y Estefanía, lívido el rostro, no le quitaba los ojos de encima. El recién llegado, un muchachote rubio y melenudo, avanzó resueltamente hacia ella. Quedaron frente a frente como dos gallos de pelea dispuestos a acometerse. Luego, surgió lo inesperado: Estefanía abrió el bolso, extrajo de él un fajo de billetes y se lo arrojó a la cara con rabia contenida.

— ¡Ahí tienes el dinero! ¡Recógelo si tu bajeza llega a tanto!

Presumí que quien se hallaba entre nosotros no podía ser otro que Eduardo, el *play-boy* que días atrás la había abandonado en

Palma. Mordiéndose los labios se abalanzó sobre ella, pero yo me había acercado lo suficiente para interponerme entre los dos con la intención de protegerla. Mi actitud serena y firme le hizo retroceder, y girando sobre sus talones desapareció por donde había venido. ¿Qué y a quién defendía?

Nos escrutaban demasiados ojos en el salón. La ruleta se había detenido unos momentos, pero la voz del crupier puso fin a la situación al anunciar con monótona cantilena:

— *Faites votre jeu, monsieurs.*

La mano de Estefanía deslizándose por mi brazo, sujetó con fuerza mis dedos.

— Cuando quieras, podemos volver a Mallorca.

Y pisando con desprecio los billetes esparcidos por el suelo, abandonamos el Casino. Estaban claros los motivos de su proceder en Palma y el porqué de la venida a Montecarlo.

* * *

Volví a Mallorca; volví a la avenida de los lujosos hoteles y esbeltas palmeras; a la calle solitaria y a la intimidad del apartamento aquel. Volví, acompañado por ella. ¿Qué había ocurrido para que una desconocida aventurera, una viciosa del juego, tal vez una cualquiera, se adentrara tan hondo en mi corazón? ¿En verdad merecía estos epítetos que tan cruelmente la señalaban? ¿No será acaso una víctima más de la vida, un peón en el tablero del ajedrez humano?... ¡Y a mí qué me importaba! ¡Qué me importa también lo que estoy haciendo o pueda hacer conmigo mismo! ¿Era necesaria esta experiencia, Dios mío?

Pasábamos las horas y los días entre cuatro paredes, aquejados de una verborrea sin cuento. Y fue así como descubrí a la desconocida, adentrándome en un mundo de nuevas sensaciones. Porque nuevo era para mí aquel vivir apasionado en la acción y por la acción. y no en los sueños y para los sueños. Y novísimo para ella, aquel bregar fuera de frivolidades donde todo lo era el lujo y el dinero, y nada el corazón, los sentimientos, la pasión grande, el frenesí del diálogo fuerte y la frase que espera ansiosa la respuesta. Estefanía

descubrió de pronto tres premisas importantes: que basta un hombre para llenar una vida; que de la vida, no todo lo son las riquezas materiales; y por último, que en su corazón dormía un insospechado mundo de sentimientos, a la espera de unas palabras reveladoras dispuestas al milagro de derribar muros y abrir puertas en su alma. Y ese descubrimiento le condujo a volcarse en mí con una entrega total y apasionada. Con veleidad de veleta, íbamos del arrobamiento al frenesí, del éxtasis sublime a la ardorosa pasión de los sentidos y, como los niños, de las lágrimas al alegre reír. Era el eslabón de la cadena rota, la conjunción del ayer con el hoy, tal vez ante la certeza de saber que no habrá mañana para ninguno de los dos. En alguna ocasión, en los momentos de mayor cumbre erótica, exclamé sin poderme contener:

— ¡Elisa! ¡Amor mío!

Y ella abría sus grandes ojos interrogantes para preguntarme:

— ¿Quién es Elisa?

— Elisa eres tú.

— ¿Y quién soy yo?

— Mito y persona.

— ¡No te comprendo!

Pero yo interrumpía sus palabras con nuevos y apasionados besos que le hacían comprender; porque a ella estaba entregando el mundo de mis sueños. Ella era, así de pronto, la apoteosis del amor, el sorprendente descubrimiento, el crisol donde fundidos se mezclaban los sueños del pasado y la realidad de un hoy en maravillosa conjunción. Y allí, el insospechado placer, el intercambio fabuloso de un derroche de juventud, belleza y vitalidad, por un mundo espiritual que no le pertenecía; allí, la encarnación a grandes zancadas, contra-reloj, de un amor que desesperadamente entregaba a quien hasta ayer era una desconocida; allí también, el encuentro casual, inaudito, tardío, pero encuentro al fin, de la pieza fundamental del mito de mis amores.

Estefanía era una niña a quien la vida había tratado despiadadamente. A muy temprana edad, abandonó la casa de sus padres lanzándose a un vivir desenfrenado y aventurero. Así me lo confesó ingenuamente. Sus encantos físicos y una gran personalidad, le abrieron las puertas de la sociedad frívola del lujo y el dinero. Le apasio-

naba el vestir fastuoso y ese lucirse por casinos de juego, hoteles de postín y residencias veraniegas de gran porte. Pero nada sabía de las añagazas del corazón ni del clamor de otras pasiones; jamás había amado. Los hombres eran cosas fugaces que pasaban por su lado como un aderezo más de los muchos que adornaban su cuerpo. Y Eduardo —así me lo confesó con la misma ingenuidad—, un *play-boy* imprescindible para obtener todos sus caprichos. Pero yo, inconscientemente tal vez, acababa de abrir su corazón y recibía ahora la andanada fuerte de un amor incontenible.

— Un día te irás, sé que te irás, como todos. ¡Y yo me mataré!

Sus ojos eran dos ascuas de fuego. La miré con pena y le dije:

— Un día me iré, sí, pero no será por mi propia voluntad.

Con ingenuidad de niña se revolvió sin caer en el acertijo.

— Me juraste que no tenías a nadie... Aquella noche. ¿Recuerdas?

Su rostro reflejó la angustia y decepción de quien teme despertar de un bello sueño.

— A nadie tengo, ya te lo dije. Sólo mitos y sueños han alimentado mi vida como trivialidades la tuya.

— No me cansa oírte hablar así. Eres distinto, muy diferente de cuantos hombres he conocido.

— ¿Has conocido o que han pasado por tu lado sin apenas enterarte?

Cerró los ojos y, abrazándome con fuerza, susurró a mis espaldas:

— Que han pasado junto a mí, pero nadie como tú se ha adentrado tan hondo en mi corazón.

Y así, inocentemente, me confesaba su amor a la par que la infelicidad de aquel trotar de aventurera.

Casi a diario sufría pequeñas crisis de disnea. Ella se dio cuenta y empezó a preocuparse. Le aseguré que no tenía importancia y abusé de las medicinas hasta un extremo peligroso. Se apoderó de mí un ansia de vivir, ¡qué paradoja!, ahora que presentía cercano el momento de la muerte. Al mismo tiempo de las píldoras y regímenes, de la

disnea y la cuenta atrás, la hora también del hombre erótico y aventurero. ¡Cuánta incongruencia!

Estefanía hizo rebosar mi corazón, llevándome a olvidar la idea de la muerte cercana e ineludible. Su risa cristalina acabó desvaneciéndose el rictus de tristeza que a veces asomaba en mi rostro, y su optimismo y alegría me empujaron a no aceptar la derrota y luchar hasta el final, pese a saber de quién iba a ser la victoria y quién el vencido. Y así fue la mía, una disnea alegre, un agotamiento embriagador y un morir apasionado. Nunca me pregunté cuánto iba a durar aquella fiebre de exaltada felicidad que me llegaba a deshora. Lanzado al placer y a la libertad, no consideraba tarde ese vivir como los demás.

No hubo rincón en Mallorca donde no se escuchara el eco de su risa alegre y los apasionados diálogos de dos enamorados. Un día, oteábamos desde la montaña el paisaje verde con el inmenso mar azul al fondo, cuando surgió de pronto la conversación tensa e intrigante.

— ¿Qué miras tan extasiado, César?

— Esa nube blanca que parece flotar en el cielo como una bola inmensa, y crece y crece sin cesar; y también la estrella que relampaguea con débil luz; y la ola grande alzándose encrespada sobre las otras con su cabellera de blanca espuma.

— ¿Y qué ves en ellas?

— Te veo a ti.

— ¿Y tú? ¿Dónde estás tú? —siguió en pos de la metáfora.

— En el viento que empuja a la nube, en el fuego que arde en la estrella, y en la fuerza que impulsa a la ola.

— ¿Quieres decir que, nube, estrella y ola, nada serían sin ti?

— Quiero decir que el viento, el fuego y la fuerza, no tendrían razón de ser si no existiera la nube, la estrella y la ola.

A veces, el día estaba nublado, llovía a cántaros y el viento azotaba los cristales. Pero ella me obligaba a salir y correr como niños traviesos y alborozados. Y si cruzábamos una callejuela triste y solitaria, yo la encontraba alegre y hermosa, sólo porque ella estaba allí. También, si un pájaro cruzaba raudo la carretera, chirriaban los frenos del

coche peligrosamente, porque cualquier forma de vida se había vuelto sagrada para mí.

Sólo en una ocasión, el diálogo estuvo aureolado por la tristeza. Fue en un anochecer playero, cuando ya turistas y lugareños habían abandonado el lugar, y solos los dos, contemplábamos el paisaje crepuscular de un encendido atardecer.

— ¡Qué oscuro el cielo! ¡Ha muerto el sol! — dejó escapar la frase preñada de presentimientos.

— No ha muerto —le repliqué—. Duerme, y mañana despertará de nuevo.

— ¿Mañana? ¡Sólo Dios sabe qué ocurrirá mañana! Pero hoy siento una gran tristeza en mi corazón ante este silencio y quietud.

Presumí que era el temor de ver oscurecerse el cielo de su felicidad y morir el sol de su amor.

— No, Estefanía —la abracé con fuerza—. ¿No oyes piar a los pájaros, graznar a las gaviotas, y el canto del pescador que no ensordece el rumor del oleaje en la playa?... ¡Nada está mudo ni quieto!

Alzó hacia mí una mirada de pesadumbre y dijo:

— Sólo oigo el latido fuerte de mi corazón, y el tictac del tiempo que se va y no vuelve.

La obligué dulcemente a recostarse.

— Dime, ¿qué te preocupa?

— El tiempo que nos queda... ¡Soy tan feliz! Pero mañana ¡será todo tan diferente! Yo volveré al vivir anodino, a la pasión por el juego, el dinero y el vestir. Y tú tomarás a tu vida... ¡Tu vida! ¡Nada quiero saber, César! Prefiero ignorar y si es posible, olvidar.

También yo presentía que no habría mañana para ninguno de los dos, no en el sentido que imaginaba ella. Aun así, exclamé furioso:

— ¡Vivamos el hoy! ¡Sólo el hoy debe preocuparnos!

Me miró con ojos vidriosos.

— ¡Júrame que no me abandonarás!

— ¿Y por qué he de abandonarte?

— ¡Júramelo!

No hubo juramento. Un beso apasionado sellaron los labios que ansiosos imploraban en el enigma del mañana. Pero ella se deshizo del lazo amoroso revolviéndose con furia.

— Es peligroso probar la heroína del amor a sabiendas de que no habrá más droga.

Desconocía aquella sensibilidad dramática, un tanto vulgar como todas las fuerzas pasionales explosivas. No era extraño en una Estefanía que experimentaba de pronto la imperiosa necesidad de amar. ¿Dónde la mujer sensual y frívola? Más que de una transformación, cabría hablar de revelación para con ella misma. ¿Y acaso no debía decir otro tanto para quien el goce del amor fue siempre un ininterrumpido soñar?

Sentados en el oscuro rincón de un restaurante, al amparo de las mortecinas luces, ebria de amor, se confiesa sin preámbulos ni prejuicios.

— Soy para ti una aventurera... Y tú casi un desconocido. Y sin embargo, te siento dentro de mí como si toda la vida te hubiera llevado en mi corazón.

Era el clamor de quien ha vivido la infancia y la juventud privada del goce del amor. El incendio erótico se torna pavoroso.

— Algún día sabrás hasta qué punto has despertado en mí esta gran pasión. Estarás lejos, lo sé. ¡Quizá yo lo esté más!

De nuevo la pregunta: ¿Qué significaba Estefanía para mí? ¿La forzada realización de una quimera? El tiempo descifrará el enigma. Por lo pronto, tan actora era ella como yo de un romance que a los dos nos encadenaba con sutiles cadenas. Que ese amor fuera revelación para un corazón virgen, y desesperado amor en un corazón que agoniza, no disminuía un ápice la sinceridad del torrente de pasión que a ambos nos embargaba. Ella encuentra algo que no busca, tropieza, cae en sus redes, y se revuelve y clama ante el temor de perderlo. Yo, creo haber encontrado al fin ese postrer hallazgo erótico que busco desesperadamente contrarreloj, ansioso de poner a sus plantas los mil trofeos ganados en los mil sueños. El diálogo se torna fogoso y el exceso es la única medida.

— ¡Quedémonos aquí! —fue la exclamación unísona, ya en la

intimidad del apartamento—. ¡Que no haya días, noches ni mañanas!
¡Quedémonos aquí!

Frases ardientes; miradas húmedas; rostros anhelantes; manos temblorosas. ¿Cómo concentrar años de sueños en días de realidad? ¿Cómo encerrarlo todo en un tiempo tan limitado?

Y llega el desbordamiento incontenible: amor, sensualidad, diálogos.

— ¿Cuánto puede durar...?

Sin darle tiempo a terminar la frase atenacé el rostro entre las manos.

— ¡Toda la vida!

— Entonces tú...

— He estado esperando este momento... ¡toda la vida!

— ¡No! ¡No puedo creerte!

Y sin embargo no mentía. De niño, de adolescente y ya de joven, siempre torturándome con el ansia de un hallazgo, a la espera de un encuentro, para al final confesarme con una desconocida, con una... ¡No! Estefanía, al adueñarse de mi corazón, había dejado de ser una aventurera para mí. ¡Y aunque lo fuera!

No sé qué pensar... No puedo... ¡No quiero!

* * *

Excursión a Valldemosa... No podía faltar. Llanura primero, montaña después, y ya en el pueblo, una sucesión de nostalgias y tristezas, y, cómo no, todo un mundo de recuerdos en tiendas llenas a rebosar, y sobre improvisadas mesas en las calles y las plazas. La creciente explotación turística asentada donde el hecho acaeció, el descubrimiento fue y el personaje vivió.

La cajita de música de un piano fabricado con madera de olivo mallorquín, dejó oír el Estudio número 2, predilecto del compositor polaco; estábamos en la Cartuja. Por todas partes, olor a Chopin. En paredes, vitrinas y estanterías, se podían contemplar retratos, pinturas, dibujos, una acuarela del músico en su lecho de muerte, medallones, mascarillas, autógrafos de piezas musicales, cartas manuscritas y

hasta sus manos diminutas esculpidas en vaciados escultóricos o impresas en postales. Y en la pequeña habitación, el viejo piano, y el nuevo traído de París, que bien poco llegó a tocar. Sobre el teclado, una flor encristalada con nostalgias de cementerio. Romanticismo siglo XIX; lo que queda de una época de gran esplendor y mágico poder. En el jardín, cascabeles de ovejas en un paisaje valldemosiano, rememoraban al compositor de la tristeza enfermiza en sus horas de melancólica exaltación.

— Vámonos, Estefanía.

— ¿Por qué tan pronto?

— Hay toda una eternidad para el recuerdo. Ahora es tiempo de vivir. Me agobia ese piano mudo, las manos quietas, el rostro enfermizo de físico ya impotente e inerte ante el destino que le aguarda. Y me agobian sobre todo, las rosas muertas del ayer.

Teclaba en los cristales una lluvia fina y pausada, de fúnebre ritmo. Y tecló en mi alma el lúgubre *preludio de la gota de agua, la perla chopiniana de Rubinstein*.

— Vámonos ya, que todo aquí está quieto, mudo y muerto: el piano, el monje, la flor, esas manos.

— Como quieras, César.

Comprensiblemente, las rosas muertas del compositor de la añoranza, habían puesto un nudo en mi garganta.

Excursión a Porto Cristo. Tampoco podía faltar. Enjambres de airosos molinos de viento, como juguetes de escaparate ya, no aptos para majar la oliva y extraer el agua de la tierra sino como exhibición típica campestre. Luego, la llanura inmensa, almendros, muchos almendros y olivos, y el ardiente sol que no nos abandona hasta llegar a Porto Cristo. Como en un cuento de hadas, surgió ante nosotros la sinfonía de agua y piedra milenaria de las *Cuevas del Hams*, con sus arabescas piedras colgantes y mil formas inimaginables. Andando por los vericuetos de roca caliza nos enfrentamos a las salas naturales de sugestivos nombres: *Cementerio de las hadas; Valle de las delicias; Sueño de un ángel; Mar de Venecia*, y tantos otros más.

— Quedémonos aquí... ¡toda la vida!

— ¿Dónde? —sonrió ella incitándome a elegir.

— En esa cueva —le señalé.

— Es el *Paraíso perdido* de Milton.

— ¿Sabes, Estefanía? No cambiaría ese paraíso perdido por el otro encontrado que aquí está junto a mí.

No hubo respuesta, pero su mano apretó fuerte la mía.

Salimos fuera. Poco después estábamos en las *Cuevas del Drach*. Más nombres sugestivos: *Teatro de las hadas*, *Castillo en ruinas*, *Monte nevado*... Y un lago embrujado por donde se expanden luz y música desde unas misteriosas barcas.

— ¡Mira allí! —señalé una enorme estalactita colgante, ya a punto de besar a su estalagmita—. ¿Sabes cuántos años llevan esperando el uno por el otro?

— Presumo que muchos miles.

— Sí, pero esa estalactita no se unirá jamás con su estalagmita.

— ¿Por qué? —me miró con ansiedad.

— Porque está muerta, Estefanía, y ya no caen gotas sobre la piedra milenaria.

— Entiendo. Dejemos esto, ¿quieres?

— Sí, vayámonos ya.

Regresemos a Palma extenuados. Demasiada andadura para un corazón enfermo. Ya en el apartamento, acabé dormido con Estefanía entre los brazos. Y con el sueño, llegó el *sueño*... Sí, la pesadilla.

“Estaba en las Cuevas del Drach... ¿Estaba? Y si no, ¿quién era aquel mocetón, fuerte y musculoso, bronceado por el sol y curtido por las inclemencias, que cubría su desnudez con un taparrabos adosado a la cintura? ¿Y quién, aquella mujer de turgentes senos y grandes ojos negros que, semidesnuda, nadaba en las aguas del lago? ¿Qué anacronismo contemplaban mis ojos? ¿Acaso había traspasado la barrera del tiempo? Porque eran las Cuevas del Drach, sí, pero más altas y anchas, y más pequeñas las estalactitas y estalagmitas. Y el agua corría abundante por el suelo, con mayor profundidad de masa líquida en el lago transparente.

“De nuevo, miré sorprendido a mi alrededor: ni escaleras ni barandas, ni bancos de madera; tampoco guías y turistas. Como si el

reloj del tiempo marcara otra hora. Sólo hogueras, muchas hogueras que hacían juegos de luz y sombras. ¿Quiénes eran entonces, los míticos personajes que la habitaban? ¿Dónde la estalactita gigante? ¿Por qué tan alta? Y la estalagmita a ras del suelo. ¿Por qué? ¿Por qué?

“Ligeros como gacelas, saltaban y corrían de un lado a otro sin tocar ni romper una sola de las formaciones calizas. De pronto ella lanzó un grito mientras señalaba la vacilante luz de una hoguera a punto de extinguirse. Rápidamente acudieron para avivar el fuego. Había docenas de piras encendidas a lo largo y ancho de frías cuevas y pasadizos. Luego condujo a él ante una bellísima cueva que en mis adentros llamé *Teatro de las Hadas*, y, completamente desnuda empezó a bailar una incitante danza que acabó en frenético baile. Agotada, fue a sentarse junto a una estalagmita y abrió los brazos, provocativa, dejándose caer de espaldas. Poco después, sus cuerpos se fundían en un apretado abrazo y rodaban por el suelo entre espasmos de placer.

“Inesperadamente, por la boca submarina que unía las aguas del lago con el mar, emergió —¡qué anacronismo era aquel!—, una barca con turistas que, alborozados, se dirigieron hacia donde estaba la mítica pareja mientras disparaban a placer sus máquinas fotográficas, y escondían en los bolsillos trozos de piedra caliza como un preciado tesoro. Por doquier, latas vacías, botellas, colillas, papeles y restos de comida. Las límpidas aguas del lago empezaron a enturbiarse y grandes extensiones del techo calizo acusaban el acto de vandalismo con desaparición de todo vestigio de estalactitas.

“Uno y otro se miraron interrogantes. ¿Qué podían hacer? La invasión por los anacrónicos visitantes iba en aumento y no lo pensaron más. Junto a la entrada del túnel acuático pendía amenazadoramente una gran roca calzada con una pequeña piedra que manipulaban con una estaca hasta arrojarla al lago con gran estrépito, obstruyendo la salida hacia el mar. La Cueva del Drach estaba salva-da pero ellos perecerían sin remedio.

“Horrorizados se encaminaron hacia el *Tálamo nupcial* donde la estalactita pendía sobre su homóloga estalagmita. Y allí, abrazados los dos, esperaron la agonía interminable. Las hogueras fueron extinguiéndose, y pronto la oscuridad más negra y el helor más grande les envolvieron. Sólo se escuchaba el lúgubre y acompasado sonido de

las gotas procedentes de la estalactita, cayendo sobre las cabezas de los amantes, fundidos en eterno abrazo.

“Allí están, en el mausoleo de la piedra milenaria, los petrificados cuerpos. Pero ellos, los guías y turistas, no lo saben. Es la historia de las Cuevas del Drach.

— ¡Estefanía! ¡Estefanía! —grité despertando de la pesadilla.

— ¿Qué sucede? —se incorporó alarmada.

— ¡Ellos no lo saben!

— ¡Qué disparates estás diciendo!

— ¡No! ¡Ellos no lo saben! ¡Los guías y turistas!

— Por amor de Dios, ¿qué es lo que no saben?... Pero, ¿qué te ocurre? ¿Te encuentras enfermo?

Me incorporé en la cama como un sonámbulo y miré a mi alrededor.

— Perdóname, Estefanía. He sufrido una pesadilla.

Y le conté el inverosímil sueño. Se lo conté con tanta exaltación, que más parecía estar narrando la historia de una realidad vivida.

— ¡Oh, César! Abrázame, ¿quieres?

Y como en el sueño, fundidos el uno con el otro, borrachos de amor susurramos en el paroxismo de la posesión:

— ¡Estalactita mía!

— ¡Mi adorada estalagmita!

Me consta: empiezo a vivir ahora; ahora que he empezado a morir. Y me he jurado a mí mismo no volver a ser el hombre que fui. No habrá tiempo tal vez, porque la disnea me ahoga. Y aunque lo hubiera. La vida ha cobrado un nuevo sentido para mí. Son sus artifices, sobre todo, los episodios de estos últimos días. Y he aquí las consecuencias de la gran metamorfosis, el gran paso hacia el camino de la renovación, que diría Elisa: amo a la vida; la amo desde el despertar del sueño aquel, tras el viaje a Italia y después de lo ocurrido en París. Amores que se llaman Elisa, Marguerite, Monique, Jean, y

tuvieron por altares Italia, París, el hospital... Y ahora, la vorágine: Mallorca y Estefanía, aunque presiento que todo puede acabar en un instante; con la muerte que me acecha; con un nuevo cambio en el decorado. ¡Tantos ya!

Me dirigí al hotel por si alguna carta tenían retenida para mí, pues hasta ayer no había decidido comunicar a París la dirección del apartamento de Estefanía donde ahora me hospedaba. Ya en el vestíbulo, un botones se acercó presuroso y puso en mis manos un telegrama. ¿Quién podía telegrafiar-me sino Elisa?

Abrí el mensaje escrito y leí con estupor: *Jean muy grave. Ven cuanto antes. Elisa.*

Quedé de una pieza. ¿Cómo era posible que hubiera olvidado a Elisa y al pequeño paralítico de la mirada dulce y la triste sonrisa? De regreso al apartamento empezaron las conjeturas. Si Elisa y Jean necesitaban de mí, debía dejar Palma. Cuando pulsé el timbre, nada estaba decidido y nada dije en un principio respecto a la imperiosa necesidad de abandonar Mallorca. Almorzamos, y a los postres afloró la confidencia en mis labios.

— ¿Sabes? —la miré a los ojos—. He de partir... A París. Me reclaman con urgencia.

La taza de café que sorbían sus labios, resbaló cayendo sobre la mesa.

— Te reclama, ¿quién? —interrogó más angustiada que sorprendida.

— Mis pacientes.

— Sí, claro... Tus pacientes. Lo había olvidado.

Y añadió mientras secaba con nerviosismo el café vertido sobre la mesa:

— Un día u otro tenía que ocurrir. ¿Y cuánto tiempo estarás fuera? —preguntó con un hilo de voz.

— Espero que sólo unos días... No han terminado mis vacaciones. Más adelante, en cuanto haya arreglado unos asuntos pendientes, vendrás conmigo a París.

— Más adelante, sí, cuando tú quieras —trató de ocultar las lágrimas que pugnaban por asomarle a los ojos.

— ¿Acaso no me crees? Será una semana a lo sumo.

— Unos pocos días han bastado para variar el curso de mi vida. Y una semana puede ser suficiente para torcer cualquier destino.

Enseguida se repuso y alzó hacia mí la mirada limpia de sus ojos.

— Perdóname, César... Esperaba este momento. No puede sorprenderme.

— No seas tontuela. Sabes bien que has llenado mi vida a rebo-sar.

Asintió con la cabeza porque, de nuevo, la emoción le impedía hablar. Poco después hacíamos las maletas. El resto del día lo pasamos en el apartamento atacados de la misma verborrea que nos acometiera a nuestro regreso de Montecarlo. Ya avanzada la noche se desató una sensualidad arrolladora. Cualquier intento, la menor alusión a la despedida, era atajado por el ardiente beso que sellaban los labios. Pude romper aquel silencio que sólo turbaban suspiros entrecortados.

— ¡Abrazame fuerte, Estefanía!

— Dime, César. ¿Acaso tu marcha supone que vas a abandonarme para siempre?

— ¡No es eso! ¡No es eso! Pero me angustia saber que no habrán abrazos tibios quemándome el alma, y sí besos fríos de calientes sueños. Me angustia el desesperado trinar del pájaro perdido buscando a su pareja; y más me angustia el clamor de los fantasmas del ayer, y que todo pueda volver a ser espejo de mi alma.

Llegó el climax, el placer sensual, la posesión. Luego...

— ¿Me escuchas, Estefanía? ¿No estás conmigo? ¿Te has alejado ya de mí?

Borracha de sueños y de amor, se había dormido cuando ya las luces de aquel amanecer que tanto temíamos los dos, irrumpían por el entreabierto ventanal. Muy a mi pesar me deshice del abrazo amoroso que intentaba retenerme. Había similitudes entre la primera y esta última noche de hoy. Había el intento de una huida que al rehuir

el adiós, simulaba un hasta luego y podía ser un hasta nunca. Y había también una gran semejanza con aquel levantarme sigilosamente, aunque esta vez faltara la mano tibia reteniéndome junto al lecho.

Y así, silenciosamente, crucé la verja encaminándome hacia el aeropuerto donde me comunicaron que el avión saldría con dos horas de retraso. La espera se hizo interminable. A la angustia de dejar a Estefanía, se sumaba ahora la incertidumbre de llegar demasiado tarde junto a Jean.

Comencé a pasear de un lado a otro como un león enjaulado. Pronto me acometió una intensa disnea y tuve que recurrir a las píldoras. Menudeaban las crisis, cada vez más fuertes y también más corto el tiempo libre sin ellas.

Al fin llegó la hora. La respiración era menos fatigosa y había mejorado el estado de mi ánimo. Faltaban pocos minutos para la salida del avión cuando de pronto vislumbé a alguien que, precipitadamente, trataba de abrirse paso entre la gente que llenaba la sala de espera. El corazón me dio un vuelco al reconocer a Estefanía. Rápidamente fui a su encuentro. Sin darme tiempo a articular palabra me alargó un papel mientras trataba de explicarme con gran atolondramiento:

— Es un telegrama. Lo trajeron esta mañana, después que te fuiste. Pensé que podía ser algo importante para ti y preferí abrirlo por si aún estabas en el aeropuerto y no era necesaria tu partida. Me comunicaron lo del retraso y por eso estoy aquí.

Luego, me miró fijamente a los ojos y balbuceó:

— Es de... Elisa.

La miré sin saber qué decir. Por un momento llegué a pensar si había ocurrido lo irremediable.

— ¡Jean!... Ha muerto, ¿no?

Le arrebaté el papel y leí con avidez: *Jean agoniza. Por favor, vuelve cuanto antes. Te necesito. Elisa.*

Estefanía continuaba a la espera de una explicación, pendiente de mis labios y mi rostro; de una aclaración que tal vez la torturaba. El altavoz anunció la salida del vuelo hacia París, y ella, perdido el aplomo del que hasta ahora hiciera gala, exclamó sin poderse contener:

— ¿Por qué me has engañado?

— ¡Te equivocas, Estefanía! ¡No te he engañado! Jean y Elisa...

— No digas nada —puso los dedos en mis labios—. ¡No quiero saber nada! —se revolvió rechazando toda explicación.

¿Cómo era posible que los acontecimientos de unos pocos días arrasaran de forma tan fulminante con una vida de hábitos y frivolidades bien arraigadas? Fue entonces cuando alcancé a comprender la gran pasión que había despertado en ella.

— Escúchame, Estefanía. Elisa y Jean...

— Debes volver con los tuyos —me interrumpió desprendiéndose de mis manos que la atenazaban—. Tu destino es París. El mío, volver a Montecarlo y a mi vida de aventurera.

— ¡No quiero oírte hablar así! —le atenacé de nuevo con ambas manos—. Volveré, ¿me oyes? ¡Volveré!

— ¡No volverás, lo sé!

Estefanía experimentaba en aquel momento la certeza de quien se cree abandonada sin remedio. Acostumbrada al juego del amor frívolo y pasajero, amor de un día, encuentra inverosímil que la fidelidad pueda durar lo que una vida.

— No me importaría saber que tu corazón pertenece a otra con tal de no perderte —exclamó con desespero.

— ¡Qué disparates estás diciendo! Te escribiré explicándote lo de Elisa y Jean. Volveré, ¿me oyes? ¡Volveré!

Al otro lado de la portezuela, una figura deshecha, con el rostro blanco como el papel, agitaba la mano en un último adiós de despedida. Ya en el avión, atisé sin resultado a través del ventanillo por si lograba localizarla. Poco después despegábamos. La isla de la calma lucía envuelta en un ascua de luz radiante y de cielo azul, de mar tranquilo, de sosiego y paz, pero en mi corazón bullían torbellinos de pasión y angustias sin cuento.

* * *

Todo era quietismo en el avión, donde unos leían y otros dormitaban mecidos con el arrullo del monótono zumbido de los motores.

Un silencio que, lejos de incitar al alma, acaso la irritaba. Demasiado vivo aún el fuego de las palabras, las miradas de pasión, el calor tibio, las promesas y juramentos, los temores y angustias de la despedida; demasiado vivo y demasiado nuevo. Temía llegar a París, sí, pero más me obsesionaba volver a Mallorca.

Comencé a deambular por el angosto pasillo con ánimo de distraer mis pensamientos; fui en busca de un refrigerio que no probé; hablé con la azafata hasta lo inoportuno preguntándole sobre cosas triviales; miré y remiré por la ventanilla el caos de nubes abajo, para al fin, acabar de nuevo sentado e intranquilo. ¡Quién lo diría! No me iba la soledad. La nueva situación había vuelto al antisocial, vicioso del diálogo y la compañía. Muy a mi pesar, acabé refugiándome en mis pensamientos. ¿Qué me atosigaba más? ¿La incertidumbre de París o el regreso a Mallorca? Era imperativo reconocer el gran vacío que la separación de Estefanía había dejado en mi corazón. Su risa y juventud; lo apasionado de su amor. ¿Qué ha hecho de mí? ¿Dónde aquel pasado de eróticos sueños? ¿Estoy en el cenit?

Lancé una risotada que provocó recelos a mi alrededor. Ansioso del diálogo, monologaba en alta voz. Otra vez paseo, refrigerio y perorata necia; otra vez cortinas de nubes abajo; otra vez sentado y nuevas cábalas, ahora con la mente puesta en el hospital. ¿Qué vicisitudes me aguardaban? Hay niebla en París, sí, y tiene por nombre Elisa y Jean, que también habitan en mi corazón que se ha tornado grande no sólo visceralmente. ¡Qué remordimiento no llegar a tiempo de escuchar el cielo de las miradas dulces y sonrisas tiernas de Jean!

Una fuerte sacudida me devolvió a la realidad. El avión rodaba por la pista; estábamos en Orly. A París llegaba un hombre diferente, físicamente acabado aunque poseído de una nueva moral que le volvía valeroso ante cualquier situación difícil. Los días pasados en la isla de la calma, huían veloces como los postes, casas y árboles que desfilaban ante mis ojos. Ya eran ayer, Mallorca y Estefanía.

Poco después abandonaba el avión mientras la azafata me despedía con una sonrisa estereotipada, y ya encaramado en el autobús, fui a agarrarme a un asidero; las manos me temblaban. No era difícil sopesar el porqué de aquella situación de ánimo. Seguía acuciado por los interrogantes. ¿Qué me turbaba más? ¿La incertidumbre de lo que

me esperaba en París? ¿La marcha acelerada de Palma? ¿El encuentro con Elisa?

Me precipité en la sala, confuso y sin aliento, inquieto por encontrarla, y dudando si habría o no recibido el telegrama en el que le anunciaba mi regreso. Dispuesto a tomar un taxi, oí como me llamaban.

— ¡César! ¡Despistado! ¿Es que no tienes ojos en la cara? Has pasado junto a mí sin enterarte.

— ¡Elisa!

Su rostro, pese a la frase interrogante con visos de humor, delataba una gran preocupación. Primera sorpresa: me abrazó y besó con efusión no contenida, pero el mío fue sólo un tímido rozar de labios y frío ceñir. Aún me quemaban otros besos y no había deshecho el nudo del postrer abrazo en Mallorca. Todavía sonaba en mis oídos la queja angustiosa de Estefanía: ¿Por qué me has engañado?

Estos pensamientos duraron lo que el abrazo helado.

— ¿Y Jean? ¿Cómo está Jean? —le pregunté angustiado.

— Muy mal, César.

— ¡Por Dios! ¿Qué ha sucedido? ¿Qué tiene?

— Leucemia... Está agonizando —añadió cubriéndose el rostro con ambas manos.

— ¡Vamos!... ¡Aprisa! —la arrastré conmigo.

Subimos al auto y empezamos a devorar kilómetros. Elisa, que iba al volante, rompió el tenso silencio.

— ¿Sabes? He pensado mucho sobre lo nuestro en tu ausencia.

Era otra Elisa quien hablaba; menos segura de sí misma. Al expansivo recibimiento seguía ahora la insinuación en el diálogo. Yo callaba; un nudo en la garganta me impedía hablar, y menos, confesarme. El momento no era propicio.

— Siempre ocurre lo mismo. No valoramos a las personas sino cuando se alejan de nuestro lado, a veces para siempre.

¿Se refería a Jean? ¿Aludía a mí? Mi silencio pareció turbarla y hundió el pie en el acelerador. Miré el cuentakilómetros que en este instante marcaba los ciento diez.

— Corres demasiado.

— ¿Cómo te fue en Mallorca? —dijo por respuesta.

Me volví para mirarla. El rostro contraído y la mirada puesta en la carretera, dejaban entrever la emoción a duras penas contenida. No era la Elisa que yo conocía.

— Bien —contesté después de una pausa—. Me ha enseñado muchas cosas.

Nuevo silencio.

— ¿Y el corazón? —fue la inesperada pregunta.

A un interrogante que podía calificar de ambiguo, seguía otro que no lo era menos. Sólo cabía pues, ambigüedad en la respuesta. Porque ¿a qué corazón se refería? ¿A la víscera enferma, o a la otra dolencia pasional? Sin embargo dije lo que nunca debí decir:

— ¿El corazón?... ¡Cuántas trastadas y sorpresas!

Y enseguida añadí como queriendo rectificar:

— Sí, me ha sentado bien el clima de Palma; demasiado bien para mi enfermedad... Ya sabes...

— ¿Acaso te has olvidado de nosotros?

— ¡Por Dios, Elisa! ¡Eso, nunca! No estaría aquí.

Se volvió para mirarme. Fue fácil leer en el libro abierto de aquellos iris azules que durante unos segundos me escudriñaron en silencio. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué se confesaba ahora, precisamente ahora? La vi turbada, a punto de estallar, y llegué a pensar si algo sabía de lo ocurrido en Mallorca.

— ¿Cómo va esa renovación? —clavó de nuevo la mirada en la carretera.

Esta vez me enfrenté sin rodeos a quien parecía querer escudriñar hondo en mi alma.

— Bueno... Tú lo dijiste, y estoy contigo en reconocer que todo fueron sueños y pesadillas.

Rehuí lo que aquellos ojos querían decirme, y miré al cuentakilómetros que en este momento señalaba los ciento veinte. Rebasábamos

en mucho la velocidad permitida. Al alzar la mirada, vi con horror el rojo del semáforo que se acercaba a velocidad vertiginosa.

— ¡Cuidado, Elisa! ¡El semáforo!

El aviso llegó tarde. Aquellos segundos en que había apartado los ojos de la carretera, fueron fatales. Un instante tardó la luz roja en echársenos encima, en tanto la mole oscura de un gran camión se abalanzaba sobre nosotros. Los frenos chirriaron y traté de ayudar a Elisa tirando del volante con todas mis fuerzas. Pude evitar el tremendo choque frontal pero no impedir el brutal encontronazo... No supe más.

Cuando recobré el sentido, dos hombres me levantaban del suelo. Oí el escándalo de bocinas y voces mientras la gente corría de un lado a otro. Con la camisa manchada en sangre y cojeando visiblemente, me deshice de cuantos trataban de sujetarme.

— ¿Dónde está? —grité enloquecido.

Miré a mi alrededor y descubrí a pocos pasos el Renault. Había virado en redondo quedando en dirección contraria a la que traíamos. Posiblemente debí salir despedido. Un poco más lejos, el camión mostraba el tremendo impacto con el guardafango y faro incrustados bajo el capot. Me precipité hacia el auto en el instante en que varias personas intentaban socorrer a Elisa, quien permanecía en el interior del coche con el volante hundido en el pecho y la cabeza recostada en el asiento. Alguien penetró por la puerta trasera y pudo hacer retroceder el asiento. El cuerpo cayó exánime en mis brazos. Un hilillo de sangre le resbalaba por la comisura de los labios.

— ¡Pronto! ¡Un coche! —volví a gritar fuera de mí.

Subimos a un auto que se brindó a llevarnos al primer puesto de socorro y la recosté en el asiento trasero con la cabeza descansando en mis rodillas. Estaba aturdido. La respiración se interrumpía a cada instancia a causa de los fuertes golpes de tos y vómitos de sangre, mientras mis dedos palpaban el acelerado latido de un pulso cada vez más débil.

— ¡Por amor de Dios! ¡Más aprisa! —apuré al conductor.

En la Casa de Socorro me aconsejaron que la llevara con toda urgencia al hospital más cercano. Por suerte, hallamos una ambulancia.

cia que partió veloz en dirección a nuestro centro hospitalario. Arrodillado junto a la camilla, quedé pendiente de la agitada respiración y el imperceptible pulso. De pronto abrió los ojos. Supuse que deseaba hablarme y alzó la mano para ponerla en mi mejilla.

— ¡César! —exclamó con voz apagada.

— ¡No te preocupes! ¡No hables!

— Quiero confesarte...

— Después. Ahora debes callar.

— Quiero que sepas lo de Jean... ¡Es mi hijo!

Quedé perplejo ante la inesperada confesión, dudando si había entendido bien, y repetí en voz alta la frase exclamativa que tantos enigmas aclaraba.

— ¡Tu hijo!

— Es una historia larga de contar. Tuve un desliz... Más tarde marché a Suiza. Luego, el desgraciado accidente a causa de un retraso en el parto.

Elisa cerró los ojos. Se agotaba por momentos. La sangre fluía constantemente por la comisura de los labios.

— ¡Calla, Elisa! Después me lo contarás todo.

Pero ella siguió hablando ansiosa de confidenciarse conmigo.

— Perdóname, César. Yo estaba bien segura de mi amor, pero no del tuyo. Quería despertarlo en el hospital... Que me amaras a mí y no a tus sueños. Y sobre todo, que amaras a Jean. No podía abandonarlo y seguirte a ti. ¿Comprendes ahora?

Volvió a cerrar los ojos. No pudo sostener su mano en mi mejilla y tuve que cogerla entre las mías. Una vez más abrió los ojos para decir con un hilo de voz:

— Siempre te amé... ¡Y no fueron sueños! Pero deseaba despertar en ti el cariño hacia Jean como si fuera tu propio hijo... ¡César! ¡César! ¡No te veo! ¡Me muero!

Volvió a perder el conocimiento en el mismo instante en que la ambulancia entraba como una tromba en los jardines del hospital haciendo tocar la sirena ininterrumpidamente. Acudieron los enfermeros, y segundos más tarde estábamos en el quirófano.

— ¡Pronto! ¡Que vengan Roger, Marx, Pierre, Poulain, Manson! ¡Pronto! —exclamé a gritos.

Minutos después éramos una decena alrededor del cuerpo exánime de Elisa. La noticia de que la doctora Gourié había sufrido un grave accidente, cundió por todo el hospital. Pierre, el anestesista y reanimador, corría de un lado a otro ordenando lo más urgente. Manson vigilaba el monitor. Roger y Marx estaban a la expectativa, y Polain se preparaba en aquel instante para la traqueotomía de urgencia a la espera de una intervención en el tórax. La respiración se volvió menos estertorosa. Por la cánula aflucía abundante sangre que pasaba ininterrumpidamente al aspirador. Oí a Roger hablar de grave hemorragia interna, y no pude soportar la visión de aquella imagen hasta hace unos momentos pletórica de vida, y ahora, me costaba trabajo creerlo, debatiéndose en las garras de la muerte.

Me agazapé sentándome en una banqueta. Alguien me colocó un parche en la frente cubriéndome con una bata: era Manson. Nos miramos sin pronunciar palabra, y fui a coger la mano inerte que pendía de la mesa. Mis dedos palparon un pulso imperceptible y busqué ansiosamente algún signo que hiciera alentar la esperanza. Ver a mi alrededor tantas caras conocidas, la élite del hospital, ya era un alivio, pero lo sombrío de los rostros me tenía acobardado. Se aplicó la respiración artificial, nuevas transfusiones, sueros, oxígeno y toda la reanimación en marcha.

Me incorporé por enésima vez para ver con mis propios ojos aquello que los sombríos rostros parecían querer revelarme. Y lo que vi fue espantoso: el cuerpo desnudo de Elisa, bañada en sangre, se agitaba con sacudidas violentas y estertores rítmicos, a merced de una respiración cada vez más fatigosa. Cánula y sonda no eran suficientes para extraer la sangre que fluía por la herida quirúrgica, y en el rostro de una palidez cérea, se marcaban ya sendos cercos violáceos junto a los ojos. ¿Cómo era posible una transformación tan rápida y brutal? Ver morir a quien, hasta hace unos momentos pletórica de vida, me había confesado mucho más de lo que yo podía imaginar, fue superior a mis fuerzas.

— ¡Hagan algo! ¡Por amor de Dios! —grité histéricamente, perdido el control de mis nervios.

Y es que no sabían, nunca sabrían lo ocurrido en aquellos minutos trágicos de mi último diálogo con Elisa.

Nadie se movió ni dijo nada; estaban haciendo lo imposible por salvarle la vida. Me dejé caer de nuevo en el taburete, abatido y a punto de desfallecer. Otra vez atenacé la mano que pendía de la mesa, fría ya. El pulso había huido de mis dedos volviéndose imperceptible. Pierre, que estaba junto a la cabecera del cuerpo exánime, rehuyó mirarme y cerró los ojos. Roger, Marx y Poulard se miraban de hito en hito. Había llegado el fin. Una mano recia se posó sobre mi hombro, y unos ojos grises me escrutaron: eran los de Manson.

— Vamos, César.

Alcé la mirada hacia quien me hablaba, y como idiotizado exclamé sin poderme contener:

— Un año de vida... Tal vez dos. ¡Para quién, Manson, para quién!

Las lágrimas pugnaron por salir incontenibles y ahogué un sollozo en la garganta. Poco después sentí que me agarraban con fuerza arrastrándome fuera. La mano helada escapó de entre las mías y abandoné el quirófano sin oponer resistencia. Empezaba a respirar fatigosamente y sentía una fuerte opresión en el pecho. Luego me recostaron despojándome de las ropas y, tras pincharme en un brazo, perdí la noción de cuanto me rodeaba.

* * *

Me despertó una luz azul en la penumbra. ¿Qué nueva pesadilla me atormentaba? ¿Estuve en Mallorca alguna vez? ¿Ha muerto Elisa?

Miré a mi alrededor y reconocí a Marie, la enfermera de turno, pero faltaba la blanca silueta de ojos azules... No, no eran pesadillas. Elisa había muerto. ¿Y Estefanía? ¿Y Jean? ¡Dios mío!

Me levanté de un salto y fui a tropezar con Marie que, atónita, trató de retenerme.

— ¡No debe abandonar la cama, doctor!

— ¡Por amor de Dios, Marie!

— Pero, ¿adónde va, doctor?

— Escucha, Maríe. Si a Manson le preocupa mucho mi salud, ¡a mí me importa un bledo! Elisa ha muerto, ¿no?... ¡Sí, la doctora Gouríe! Ha sido un impacto brutal del que tardaré mucho tiempo en recuperarme. Pero Jean vive. ¿Dónde está Jean?

Maríe me miró con ojos estúpidos.

— ¿Dónde? —le grité colmada mi paciencia mientras la sacudía fuertemente.

— ¡Doctor!...

— ¿Eres casada, Maríe?

No contestó aunque cabeceó afirmativamente.

— Y tienes hijos, ¿no?

Tímido sí balbuceado por quien nada parecía entender.

— Si te encontraras postrada en esa cama a sabiendas de que uno de tus hijos está agonizando, dime, ¿qué harías? ¡Jean es como un hijo para mí!

— Le acompañaré a la UVI, doctor. Le llevaron allí después que se agravó.

— ¡Vamos! ¡Enseguida!

— Iré a buscar una silla de ruedas mientras usted se viste. Y le cubriré la cabeza con una toalla para que no puedan reconocerle en los pasillos. Le encuentro muy agitado y no debe andar.

En efecto, la disnea no me dejaba un momento de reposo. Poco después me deslizaba por las galerías empujado por Maríe. Ya en la unidad de cuidados intensivos, Jeannette, la enfermera jefe, se sorprendió al verme.

— ¿Usted aquí?

— Yo aquí, Jeannette. Y no ignoras los motivos.

— Le suponía encamado.

— ¡Bah! Exageraciones de Manson.

— No sabe cuánto siento lo ocurrido a la doctora Gouríe.

— Y yo, Jeannette... ¿Cómo está? Sí, Jean.

— Agonizando, doctor.

Tuve que apoyarme en la pared, incapaz de traspasar la puerta.

— ¿Quieres inyectarme? —puse en sus manos una ampolla—. Te lo ruego.

Maríe temblaba como un pajarillo asustado. Poco después me hallaba junto al niño inválido que permanecía postrado en su camita, estático el rostro y cianóticos los labios que no bastaba a sonrosar el vivificador oxígeno. Sin poderme contener, clamé en alta voz la oración del perdón.

— Perdóname, Jean. Perdona a quien fue capaz de abandonarte para saciar sus ansias de amor mientras tú morías de sed.

Me acerqué procurando que se apercibiera de mi presencia.

— Jean, dime con tu sonrisa triste, que al verme se alegra tu corazón. Dímelo como tú sabes hacerlo.

Sus labios esbozaron una sonrisa de infinita dulzura. No pude más y me arrojé sobre el tierno niño, besándole las mejillas, el cabello, las manos, con el ansia loca de besarle las entrañas.

— ¡No me iré más, Jean! ¡Nunca más!

Sus ojos se iluminaron un instante para apagarse enseguida como una vela que despide su postrer resplandor. Otra vez el sufrimiento le cubrió de surcos el rostro, y su pecho empezó a agitarse con una respiración más rápida y dificultosa.

— ¡Jean! ¡Jean! No cierres todavía tus ojitos dulces... Es poco el tiempo que me queda. Déjame a mí abrir el camino y que te muestre el sendero. ¡Jean! ¡Jean!

Una fuerte convulsión hizo estremecer su cuerpo y abrió los ojos por última vez, quedando con la mirada fija y el rostro inerte. La gráfica del monitor dibujaba la línea fatídica. Había llegado con el tiempo justo: dos muertes, dos terribles muertes y la gran confesión, en un solo día. Extraje los tubitos de los orificios de la nariz ya no sedienta de oxígeno, le cerré los párpados y empecé a monologar a la vera del niño muerto:

— Te has ido, Jean; y tú, Elisa. Tal vez ahora me entiendes, y escuchas mi canto, y atiendes mi rezo. ¿Cómo fui capaz de abandonarte, yéndome a la aventura para dejarte en el río de tus mieles honradas? Ya no habrá más súplicas en tus ojitos tristes, ni más mendigar

compañía con tu sonrisa tierna. El alma se ha fugado y es otro el crepitar de alas.

Juntando sus manecitas, besé su frente de ángel.

— Ya me quedan a mí pocas jornadas bajo este sol, y sé bien que pronto estaré allí, en nuestra estrella, con cuantos he amado. Nunca supe de tu palabra, de tu voz, ¡y qué hondo has hablado en mi corazón! Tampoco pude contemplar tus andares, ¡y cuán lejos has ido en pos de mí! El recuerdo de tu sonrisa, ¡cuánto jolgorio vertirá ahora en mi alma! Te has ido, Jean, después de romper en mí no sé qué témpanos. Te has ido, limpiando de basura mi corazón. Cuando te sepa inmóvil bajo tierra, yo hablaré a los cipreses que mueven el follaje, y les preguntaré por tu sonrisa triste y tu mirada dulce.

Maquinalmente, cubrí al niño muerto mientras proseguía la oración interminable:

— Dime, Jean. ¿Qué miraban tus ojos cuando miraban? ¿Qué decían los labios plegados en la sin par sonrisa?... Sólo ahora lo sé; ahora me duele saberlo: ¡No te vayas! —suplicabas—. ¡No me dejes! ¡No me olvides! Que otros amores no te alejen de mí; que mi corazón ha estado siempre contigo; que bien sabes que no puedo hablar ni seguir tus pasos; que siempre me hallarás aquí en la camita blanca; que yo te escucho aunque tú no puedas oírme...

No sé cuánto tiempo hubiera seguido aquel monólogo con el niño muerto, si un brazo rodeándome el cuello, no hubiera venido a interrumpir la fúnebre oración. Alcé la mirada y vi sorprendidamente a Manson que, junto a Marie y Jeannette, asistían a la escena con rostro apesadumbrado.

— Vamos, César —me arrastró fuera—. Estás cometiendo muchos disparates.

Sonreí y dije sentenciosamente:

— Los que se cuidan, Manson, se van antes.

— La vida está llena de incongruencias, César.

— Un año de vida, tal vez dos, mas, ¿para quién, Manson, para quién?

No tuve en cuenta los consejos del cardiólogo y fui al sepelio. Me sorprendió enterarme que Elisa y Jean, madre e hijo, habían fallecido con pocas horas de diferencia, justamente el tiempo que estuve semi-dormido bajo los efectos de los fuertes sedantes prescritos por Manson. El hospital en peso asistió al entierro con las excepciones de los encargados del mantenimiento de los servicios mínimos. Fueron sepultados muy cerca el uno del otro, bajo una alfombra de flores y coronas que llenaba el espacio entre ambas sepulturas. En el último instante sufrí un desvanecimiento y tuve que abandonar el cementerio en compañía de Maríe quien se había erigido en mi asidua acompañante.

Volví al hospital poseído por una continua disnea, y nadie me forzó al reposo que pedía el cuerpo exhausto. No sé cuánto tiempo permanecí encamado, más aturdido que despierto, dudando a veces si eran o no realidad los trágicos acontecimientos ocurridos. Manson me visitaba a menudo, y deduje que mi estado empeoraba rápidamente. El fuerte impacto de aquellas dos muertes y los sedantes administrados, bastaban a justificar el estado crepuscular que me tenía idiotizado. Sólo al cuarto día fui capaz de pensar y reaccionar ante lo acaecido desde mi salida de Mallorca... ¡Mallorca! ¡Cómo era posible! ¡Había olvidado a Estefanía! Ni una postal, ni un telegrama después de la tremenda incertidumbre en que la dejara mi precipitada partida. Me incorporé, y una vez más tuve que forcejear con Maríe, quien no se explicaba lo que me ocurría.

— Pero, doctor, ¿qué le sucede ahora?

— ¡Maríe! —exclamé como un alucinado—. Tienes que ayudarme.

— Ayudarle, ¿a qué?

— Hace unos días hiciste posible una despedida con alguien a quien amaba entrañablemente. ¿Estás arrepentida?

— Me hizo usted llorar, doctor.

— Yo ya no tengo lágrimas, Maríe. He aprendido a aceptar la vida como un vaivén de alegrías y tristezas, dolor y placer, felicidad y tragedia. ¿Me entiendes?

— Le comprendo, doctor, pero, se lo ruego, métase en la cama.

— No, Marfe. Ha surgido algo imprevisto. Hoy mismo he de partir para Mallorca.

— ¡Mallorca! ¿No hablará usted en serio, doctor?

— Lo único que me queda está allí. Al menos eso espero.

— ¿Y qué quiere de mí?

— Llama a un taxi; que aguarde en la puerta del hospital. Yo bajaré en cuanto me haya vestido. Y avisa a mi administrador; sí, Andrés, ya le conoces. Dile que ponga en orden mi apartamento porque quizá mañana mismo esté de vuelta. Es importante.

— Insisto, doctor. Considere el estado en que se encuentra y cuanto ha sufrido en estos días. Es muy arriesgado. ¿Por qué no envía un telegrama o telefonea?

— No, Marfe. Es preciso que vaya yo mismo; y cuanto antes mejor. Además, me encuentro inmejorablemente.

La enfermera desapareció tras la puerta y empecé a vestirme un tanto excitado ante los nuevos acontecimientos que se avecinaban. Cuando volvió fue para anunciarme que el taxi estaba esperando.

— Gracias, y hasta pronto —la besé.

Cogí el maletín de mano, donde había puesto el arsenal terapéutico cotidiano junto a las ropas y útiles de aseo, y me despedí con el dedo puesto en los labios y un esbozo de sonrisa. Ya en el coche, ordené al conductor que me condujera a las oficinas de Iberia. Con un poco de suerte, hoy mismo podía estar en Mallorca. Ansiaba el reencuentro para explayarme con Estefanía, contándole lo de Elisa y Jean y el porqué de estos cinco días sin noticias.

— ¡Más aprisa! ¡Más aprisa! —apuré al conductor como si el avión estuviera esperando a punto de despegar, cuando aún ignoraba la hora de salida y si obtendría billete.

Y es que, cada minuto transcurrido me acercaba más a ella. Mi impaciencia no tenía límite y por segunda vez apremié al taxista.

— ¿No puede ir más aprisa?

— Estamos en París, señor —me contestó con displicencia—. Esto no es una autopista... Hago cuanto puedo.

Estábamos en París, sí, pero mi atribulado corazón estaba ya en Palma. Una vez más volvieron a la mente los recalcitrantes pensa-

mientos: cinco días sin noticias y con la tremenda incertidumbre de no saber de mí. ¿Y si llegó a creer que la había abandonado?... Me torturaba esa idea.

Al fin el coche se detuvo y rogué al conductor que me aguardara un momento, pero se excusó cortésmente alegando la imposibilidad de hacerlo a causa de otro compromiso. Me precipité hacia las oficinas de Iberia. Por fortuna pude encontrar billete, aunque la salida estaba programada para cuatro horas más tarde. ¿Y por qué no telefonarle? Así lo hice pero nadie contestó al otro lado del hilo telefónico. Me encaminé hacia el bar cercano, y con gran nerviosismo pedí un whisky y la prensa. Distráidamente me puse a hojear el periódico cuando de pronto... No, no daba crédito a lo que en este momento leían mis ojos: *Suicidio en Palma de Mallorca. Una mujer es hallada muerta en su apartamento.*

Empecé a temblar, incrédulo primero, y poseído de una gran angustia después. Leí y releí mientras buscaba una pista, un nombre que confirmara el terrible supuesto o hiciera desvanecer la tremenda coincidencia. Al fin lo hallé y fue espantoso leerlo: *Estefanía Campañills, la turista chilena que ingirió una fuerte dosis de barbitúricos, fue hallada muerta...*

El vaso escapó de mi mano yendo a estrellarse contra el suelo. Me levanté como impulsado por una sacudida eléctrica y la mesa rodó por tierra con gran estrépito. El mozo empezó a vociferar sin que yo pudiera entenderle. Con las ropas manchadas y estrujando el periódico entre los dedos, miré como un estúpido a quien seguía increpándome. Maquinalmente extraje unos billetes, a buen seguro una cantidad que excedía en mucho a la consumición y destrozos causados, y eché a andar como un autómatas mientras repetía en alta voz mi protesta ante las ininterrumpidas tragedias:

— ¡También tú! ¡También tú! ¿No habías encontrado un camino? ¿Por qué, entonces? ¿Por qué? ¿Por qué?

La gente al pasar se apartaba recelosa de mi lado mientras yo seguía clamando a no sé qué cielos:

— ¿Qué te impulsó a quitarte la vida? ¿Acaso creíste que te había abandonado? ¿Por qué, Estefanía, por qué?

Un fuerte chirrido de frenos me detuvo en seco. Oí los insultos del conductor, y el auto arrancó rozando las puntas de mis zapatos.

Busqué un nuevo taxi que me condujo a un lugar indeterminado de la capital. Mi indiferencia era absoluta y me preguntaba a mí mismo cómo era posible seguir viviendo después de aquella triple tragedia. Continué andando por las calles de París sin rumbo fijo.

— Ya son, de nuevo, fantasmas y mitos mis amores —siguió la perorata interminable a viva voz—. ¿Por qué, Estefanía, por qué?

Alcé los ojos ante las altas torres de Notre Dame que parecían invitarme al diálogo con Aquel que rige los destinos de los hombres. Tal vez hallara allí la contestación al interrogante. Y traspasé el umbral catedralicio sin dejar de clamar al cielo:

— ¿Por qué todos mueren, Señor, y el sentenciado vive? ¿Dónde la luz que aún no me alumbra? ¿Por qué ellos hacen suya la otra posada y yo sigo aquí?... ¡También tú! ¡También tú! ¡También tú!

Bajo la cúpula inmensa, el eco devolvía mis palabras como si se tratara de un gigantesco altavoz. La gente me miraba compasiva o huían atemorizados. Pero yo seguía clamando en pos de una respuesta:

— Si a los míos arrebatas; si a todos, uno a uno, te los vas llevando; si nadie queda ya de mis amores; si pese a tanta tragedia, todavía sigo vivo, ¿será, Señor, que es otra la luz, otros los amores que me aguardan? ¿Serán otros los diálogos e interlocutores?... Respóndeme, Señor. ¡Quiero leer en tus designios!

Con los ojos clavados en el torrente de luz multicolor que penetraba por las altas cristaleras, creí oír el mensaje divino, un mensaje con reminiscencias pasadas: *Sí, hijo mío, sí. Yo inundaré tu espíritu con una nueva luz y paz.*

Una mano sujetó mi hombro y detuvo mi andar desorientado.

— ¿Qué te sucede, hijo mío? —me abordó un sacerdote de blancos cabellos y mirada serena.

— Nada padre. Ya todo ha pasado.

— Hablabas en voz alta diciendo cosas extrañas.

— Hablaba con Él.

— Vamos a cerrar, pero, ¿si necesitas de mí?

— Gracias, padre. Ya no es necesario.

Y me encaminé hacia la puerta con una sonrisa en los labios. Lucía un luminoso día azul. Me dirigí hacia la orilla del Sena, y fui a clavar los ojos en las aguas que se deslizaban suaves y quedas. Luego busqué un taxi y le di la dirección del hospital. En los pasillos del centro hospitalario me tropecé con Manson.

— ¡César! ¡Tú, aquí! —abrió desmesuradamente los ojos con más sorpresa que reproche.

— Yo aquí. ¿Por qué?

— Te hacía en Mallorca, según me dijo Marfe. ¿O acaso fue una broma?

Nadie sabría nunca lo ocurrido.

— Sí, Manson, una broma —contesté con estereotipada sonrisa.

— ¡No estás en tus cabales! —me echó un brazo sobre los hombros encaminándonos hacia la habitación. ¿O es que no sabes...?

— Lo sé, lo sé —le interrumpí.

— De todas maneras...

— De todas maneras —volví a interrumpirle—, si no fui a Mallorca, me iré a cualquier parte.

— ¡Qué estás diciendo!

— He decidido dejar el hospital.

— Pero, ¿por qué?

— Aquí ya no me retiene nada. Además, no estoy en condiciones físicas ni morales para desempeñar mi profesión. Lo sabes bien.

— No te comprendo.

— Por favor, Manson. ¡No quiero morir en el lecho de un hospital!

— ¡Quién habla de morir!

— Se cumple tu plazo... Apenas si logro dominar la disnea.

— ¡Tonterías! Te comportas como un crío y no haces nada por cuidarte. Lo acaecido es muy crudo, pero...

— No refunfuñes más —le corté en seco—. Me voy. Tengo muchas cosas en que pensar.

— Y, ¿adónde has decidido ir?

— ¿Qué te parece Mallorca?

— Muy acertado. Pero donde vas a ir ahora mismo es a la cama. Y diré a Marfé que te ponga grilletas en los pies. ¡Cabezota! Luego pasaré a verte.

No seguí los consejos de Manson y me encaminé hacia el teléfono. Allí sostuve una larga perorata con Andrés, mi administrador. Después estuve dialogando con mi notario y cité a ambos para el día siguiente en la dirección del hospital. Había tomado una decisión irrevocable.

* * *

La reunión tuvo lugar en el despacho de Roger, el director del hospital, quien no entendía qué podían hacer allí conmigo, Andrés, mi administrador, acompañado de un notario.

— Bien, Roger. Seré escueto —empecé diciendo después de las presentaciones de rigor—. No quiero robarte tu precioso tiempo, y menos, abusar de tu amabilidad al recibirnos.

— Tú dirás, César. De verdad, me tienes intrigado.

— Querido Roger. Debo mucho al hospital; lo sabes bien, aunque quizá deba añadir que bastante más de lo que supones. Mi larga estancia como paciente, y más tarde en la labor profesional, además de los lazos sentimentales y de sincera amistad. En fin, es mucha la deuda de gratitud y cariño...

— Perdona que te interrumpa, César. No estoy de acuerdo con tus aseveraciones. Somos nosotros, médicos y enfermos, quienes estamos en deuda contigo. No olvido lo que habéis hecho, tú y nuestra entrañable doctora Gourié, por cuantos pacientes han pasado por este servicio hospitalario. Porque habéis llegado más allá del terreno profesional, con ese amor al prójimo y un humanismo y entrega que es hoy casi pieza de museo. Pero, perdóname; te he interrumpido. Continúa, por favor.

— Iré derecho al asunto que aquí me ha traído en compañía del señor Ruel, mi notario, y Andrés, mi eficiente administrador. He

decidido, Roger, que la mayor parte de mis bienes pasen a ser patrimonio del hospital... con una condición.

— Te escucho —no disimuló su sorpresa el director.

— Que sea construido un pabellón para el cuidado de los niños inválidos. El resto de mi hacienda ayudará a su sostenimiento.

— Debiera decir que estoy sorprendido, pero de ti, ya nada puede sorprenderme. Es una obra filantrópica digna de encomio y que corrobora tu sentir humanitario.

— Te dije antes, y repito, que soy yo quien está en deuda con vosotros. Me habéis hecho mucho bien por el camino de la renovación espiritual, que diría Elisa.

— Lo sé, lo sé, pero...

— Sobran los peros, Roger. También exijo otra condición, y perdona que emplee un término inadecuado, llamando exigencia a una cuestión sentimental.

— Tú dirás, César.

— Es mi deseo que sea erigida en los jardines, junto al pabellón a construir, una escultura representativa. Ya he hablado con Valery, y hará los bocetos inmediatamente. Es un buen escultor.

— No puedo oponer ningún reparo, pues al contrario, estoy seguro que el consejo de administración apoyará tu propuesta e incluso ayudará en la medida de sus posibilidades a dar mayor realce a su realización. Y es que, también el hospital tiene su corazoncito. Y dime, ¿tienes alguna idea concreta respecto a esa obra escultórica?

— Sí, un niño inválido que una psiquiatra lleva en su cochecito.

— Entiendo.

— He entregado a Valery fotografías de la doctora Gourié y del pequeño Jean, que le ayudarán a confeccionar el modelo.

— Magnífica idea, César. Tienes mi apoyo... de todo corazón.

— Aún queda otro condicionante, y espero no pecar de exigente.

— Si está en mi mano complacerte...

— Vería con agrado que el nuevo pabellón se llamara *Doctora Gourié*.

— Es mi pensamiento.

— Gracias, Roger.

Y volviéndome hacia mi gerente, le espeté a bocajarro:

— Y ahora te toca a ti, Andrés.

— ¡A mí, señor!

— Sí, a ti, mi buen administrador, tan honrado como eficiente. A ti que has hecho posible esta realidad al acrecentar mis bienes con una defensa sin par de mis intereses en la fábrica, ¡tú fábrica!, porque nadie más que tú has llevado el peso de los números y participado en la dirección y responsabilidades de la empresa. A ti, repito, a quien debo que esta concesión al hospital, llene hoy de alegría mi corazón. Por esto he querido que estuvieras aquí presente; para que el doctor Roger sepa que este acto que él llama de filantropía y yo estimo de simple reconocimiento, no hubiera sido posible sin tus desvelos y competencia; y también porque es mi deseo que el señor Ruel tome buena nota en mi testamento —creo que la ha tomado ya—, de mi expreso deseo de dejarte la fábrica a mi muerte; la fábrica que, no lo dudes, ha sido siempre tuya, Andrés, y no mía, como tu supones y reza en el Registro de la Propiedad. Porque va condicionado en el susodicho testamento, tu patrocinio en el mantenimiento del nuevo pabellón del hospital.

Andrés quedó alelado.

— Pero... señor...

— ¿También tú con peros?

Roger y el notario sonreían mientras él, azoradísimo y con cara de pasmo, no cesaba de mirarme como si aún no estuviera convencido de lo que acababa de oír.

— Es preciso cumplir antes con otro requisito. Tendrás que acompañarme cuidándome hasta el final. Y no será por mucho tiempo, te lo aseguro. Salgo de viaje, es decir, salimos, pues no estoy en condiciones físicas para emprenderlo solo.

— ¿Vuelve a España, señor?

— Sí, Andrés: vuelvo a España.. Un día me exilié como tantos otros inconformes. La guerra es y seguirá siendo una opción injustifi-

cable. Sufrí prisión, circunstancialmente, en un lado de la España dividida, como podía haber ocurrido de residir en la otra zona; y sufrí una decepción tremenda. En aquel entonces no era más que un niño, y nada sabía de las verdades democráticas y la necesaria participación del pueblo. Sí, vuelvo a España como el salmón a su cova, el elefante a su cementerio y la paloma de Venecia a su trozo de mar. Vuelvo a España para morir allí.

— Podrías quedarte entre nosotros —terció Roger—. ¿No te ilusiona ver finalizado ese pabellón?

— Mucho.

— ¿Entonces?

— Adiós, Roger.

— Como quieras, César. Adiós.

Y nos abrazamos.

El reverso de un pensamiento que un día anidó en mi alma, reza así: Si mil veces volviera a nacer, y mil veces me fuera dado elegir, mil veces te elegiría a ti, postrer año de mi vida.

Una maleta con ropas; otra y otra. Un maletín atestado de medicinas; otro y otro, sin medicinas. Bártulos y más bártulos: esto por si hace frío; lo otro por si aprieta el calor; aquello para cuando llueve; el cepillo de la ropa y otros cepillos más; lo del sombrero y bufanda en desuso, para protegerse de no sé qué virus; las llaves que tanto irritan porque se pierden cuando más se necesitan. Cien cosas enredando a la vida; cien cosas sobradas para un buen morir. Pero él, Andrés, no lo entiende así: muy suyo, muy responsable, muy eficiente y ordenado, muy Andrés.

En mi maleta —no en la suya que ha preparado para mí—, unos pocos libros, papel y lápiz, y el alma bien repleta, a punto de irrum-pir en cantos y melodías; el alma vestida que habré de desnudar... Habrán.

— ¿Nos vamos, señor?

— Nos vamos, Andrés.

— ¿Adónde?

— Nada está decidido, aunque antes tendré que despedirme.

— ¿De quién, señor?

— De tres personas que se fueron.

— ¿Y después? Maríe me habló de Mallorca.

— Dices bien, Mallorca tal vez.

— ¿Por mucho tiempo, señor?

— Mi reloj está parado. Me esperan tres muertos que no tienen prisa, y un final donde no cabe implorar plazos.

- ¡Qué lúgubre el señor!
— Qué alegre, querrás decir.
— No le comprendo.
— Ya irás entrando, Andrés.
— ¿Nos vamos , señor?
— Nos vamos al cementerio, Andrés.
— ¿Bromea, señor?
— ¡Es una despedida, hombre!

Y allá fuimos, yo a recordar con los idos, cosas nunca olvidadas, y a perorar con los muertos de lo que no hablamos en vida. Andrés, a pasar un mal rato, encogido el corazón al imaginar muertos que hablan y vivos locos.

Sobre el césped verde, pétalos blancos y rosa, dos cruces frente a frente, pájaros dialogando, y un sol en el ocaso presto a esconderse. Sentado en una piedra ante el amedrentado Andrés, yo y el diálogo que pudo ser y nunca fue:

“— Hola, Jean.

“— Hola, César.

“— ¿Cómo te encuentras?

“— Muy bien. Ya puedo hablar.

“— No imaginas la alegría que experimenta mi corazón enfermo al oír la palabra tuya.

“— ¡Tantas veces la pronuncié!

“— Sí, ya sé: con la mirada dulce y tu sonrisa triste. Y dime, ¿dónde está...?

“— Estoy aquí.

“— ¡Elisa!

“— ¡César!

“— ¿Por qué...?

“— Tenía que ocurrir. Pero, ¿cómo explicártelo en aquel entonces? Estaba acobardada. Quería que me encontraras a mí; que te ena-

moraras de mí y no de uno de tus tantos mitos y sueños. Y sobre todo, deseaba despertar en ti el cariño de Jean. Ahora soy feliz, César. Porque ahora sé cuánto le quieres ya. Escuché tu rezo al pie de la cabecera de Jean y lloré mucho.

Las cruces, desvanecidas, fueron a esconderse entre las sombras. Los pétalos rosas y blancos y el césped verde se tornaron grises. Sones extraños y silencio de muerte en un cementerio de bocas cerradas. Y allí cerca, un Andrés atemorizado, único espectador del diálogo con los muertos; un Andrés mirándome de extraña manera.

— Vámonos ya.

— ¿Adónde, señor?

— A por otras despedidas.

Quizá sea imperativo hablar del desconocido Andrés, antes de emprender con él la última andadura. ¿Quién es Andrés, lejos de los números y la labor empresarial?... Un campesino sencillo y lleno de fe, pez que sólo ve el agua en que nada y no entiende otro modo de respirar. Puede hablarme sin interrumpir mis divagaciones; como un árbol en el camino o una flor silvestre que Dios me libre de arrancar; como un perro fiel que te mira y trata de comprenderte. ¿Andrés?... Un Sancho Panza redondo, de ojos niños y sonrisa ingenua, que no se expresa en refranes que traspasan la frontera de lo vulgar; que no le alcanza la metáfora; que le asusta. ¿Andrés?... De los que incitan a hablar y nunca estorban; de los sobrados de fe, creyentes en Dios, no saben por qué, no se lo explican; de los campesinos que tanto enviaba Tolstoi en los momentos álgidos de sus crisis. ¿Andrés?... Platero de Juan Ramón, hombre-asno en la alegoría juanramonesca; hombre noble que por su sencillez ayudan a un buen morir. ¿Andrés?... Una piedra tosca, dura como el diamante, y muy difícil de pulir y mellar. ¿Andrés?... En sentido figurado, por antonomasia: el agua que corre, la nube que pasa, el niño que ríe, el árbol, la flor. ¿Andrés?... ¡No me ha de molestar!

Llegó la postrer despedida... ¡Mallorca! Mallorca, sí, paraíso terrenal sin Eva y un cementerio más para una muerta en ubicación desconocida. ¡No pude hallar tu nombre, Estefanía! No pude hallarlo, aunque tú estarás siempre *con el viento que empuja la nube, el fuego que arde en la estrella, y la fuerza que impulsa la ola*. Tú estarás siempre viva en mi corazón.

Discutí con Andrés la decisión de regresar. La disnea aumentaba. Nuevos interrogatorios, electros, pinchazos, píldoras, muchas píldoras, y una semana de absoluto reposo... ¡sin hablar! Menos mal que Andrés me acompañaba y sosteníamos a menudo un divertido diálogo como éste:

— El doctor dice...

Me tapé los oídos.

— Le ha prescrito nuevas medicinas.

Cerré los ojos y abrí la boca dispuesto a tragar lo que fuera.

— Asegura que hoy respira mejor.

Le miré con pasmo, aleteante la nariz y angustiada la respiración.

— Y le cree en condiciones de partir, ¿adónde, señor?

— No lo sé, Andrés, y me es indiferente porque, el elefante está en su cementerio, el salmón en su covacha, y la paloma en su trozo de mar.

— No le comprendo, señor.

— Ya irás entrando, Andrés, ya irás entrando.

Descansaba con Andrés en mi retiro campestre, cuando me sorprendió al presentarse con un canario en su jaula.

— ¿Sabes de un pájaro sin alas? —le dije.

— Tampoco le entiendo, señor.

— ¿No comprendes la dicha de volar del arroyo a la fronda; de la fronda al tejado; del tejado a la viña; de la viña a la flor, a la tierra, a la rama? Cuando digo pájaro, pienso en alas, cielos, arroyos, frondas, tejados y flores. Nunca pienso ni sueño con cárceles de caña, abrevaderos de porcelana, granos de alpiste y hojas de perejil.

Andrés se arrugó un instante, pero enseguida se rehizo.

— ¡Si es tan lindo, señor! —volvió a insistir—. ¡Y qué primor de jaula! Dicen que así las construyen los campesinos en Canarias. Mire con qué alegría salta y se rema, y muerde los palotes, y picotea las hojas verdes.

Un suspiro mío, y de nuevo Andrés que frunce el ceño.

— Un pajarillo que no vuela, Andrés; que brinca como un saltamontes enjaulado, y anda como la mula atada a la noria, la vaca al arado o el burro a la cuerda; un pajarillo que no desafia al viento y al que niegas la travesura de comerse la hormiguita ésta o la uva aquélla; un pajarillo al que privas de sorber la gotita del rocío prendida en la hoja del peral, y picar en el ciruelo prohibido burlando al espantapájaros.

Cuando miré de nuevo a Andrés, éste había abierto la portezuela de la jaula. Nunca se lo hubiera pedido, pero él, todo bondad y nobleza, entendió que debía liberar al prisionero. Y, ¡oh paradoja!, hubo que forzarlo a salir de la pajarera. Torpemente batió las alas como si ignorara que el atributo del pájaro es volar, y fue a posarse en el pretil de la ventana abierta, reacio a hacer suya la libertad que le habíamos concedido.

— Vuela, vuela —le animaba Andrés.

Y sólo consiguió asustarlo, y que a ciegas se lanzara al vacío con inseguro tremolar de alas. Y allá fue, que digo a posarse, a topar con unos fardos ubicados en el jardín. Y allí quedó, quieto y aterrorizado, tal vez herido. Entre los bultos, una sombra oscura se escurría agazapada con andares de felino.

— ¡Un gato! —exclamamos al unísono los dos.

No pude soportar la mirada de Andrés, interrogante o de reproche.

— ¡Pronto! ¡La jaula! ¡Corre y ve por él!

Voló Andrés más de lo que había volado el pájaro. Y hasta rodó por el suelo para de nuevo puesto en pie, lanzarse en tromba contra el gato a punto de saltar sobre su presa.

Andrés salvó al canario que se dejó coger mansamente como una paloma domesticada. Tenía el pobre una pata rota, y nos miraba con ojos aterrorizados. Le entablillamos. Aquel día se engruñó en un rincón con la cabeza escondida bajo las plumas y no quiso comer.

— Es por el susto, hombre. No te preocupes.

Y en efecto, al día siguiente, devoró alpiste y lechuga y dejó oír los primeros trinos de su flauta rota mientras saltaba alegremente con la patita coja.

Tal vez ahora, cuando diga pájaro, pensaré en zarpa de gato. Creo que estaba equivocado, pues para el canario es otro el cielo y diferente su modo de volar. Y pienso, que seguirán existiendo jaulas y pájaros enjaulados, pero también, gorriones, alas y raudo volar.

No sé si será acertijo o estupidez: Andrés no me entiende y por no entenderme me comprende. Y es que, cuando se anda con el alma en la mano, las cosas sencillas hablan por sí solas y son fáciles de revelar. Andrés interrumpe mis palabras sin enojarme ni borrar las imágenes de la mente. Les da frescura de viento entre las flores, de campiña soleada y espuma de mar. Sin proponérselo, sin siquiera imaginarlo, me lleva a despertar el alma, como los niños cuando nos obligan a responder a sus inocentes preguntas. No ignora que me deleita gozar con los colores del cielo, y he llegado a creer que a él también le atraen tan amables espectáculos aunque permanezca mudo a mi lado. Yo creo que Andrés, algo sabe de la alegría del viento, de la tristeza del mar, del jugar de las nubes en su constante vestir y desnudarse, del inefable murmullo de las olas. Algo sabe Andrés... y yo.

Sin embargo, tengo que criticarle ese empeño en llevar a rajatabla el legado de Manson. Me las sé todas: las horas y las citas; Andrés Reloj, le llamo a veces desesperado. Y él se ríe con su boca grande de niño chico. Un reloj redondo y simpático como los que adornan las iglesias y monumentos de muchas plazas; un reloj que da las horas cantadas: a la una, almuerzo; a las dos, descanso; a las tres, paseo; a las cuatro, no recuerdo; a las cinco, merienda con pastillas; a las seis, pastillas sin merienda; a las siete Miokombin Pinchazo — otro mote a las inyecciones—; a las ocho, cena con tabletas o tabletas con cena, que ya no sé quién puede a quién; a las nueve, paseo; a las diez...

— Son las diez, señor.

— ¡Ah! ¿Eres tú?... Sí, sí, ya sé: a las diez, cita con la cama.

— Me alegra que lo recuerde.

— Pues a mí, no. Y discúlpame esta noche. Tengo una entrevista con la luna.

— Volveré a las once, señor.

— ¿Acaso no puedes dejar de marcar las horas, Andrés Reloj?

— Cumpló instrucciones —sonrió.

— Está bien, hombre, está bien. Se nota que los números te van. Mas, por si acaso, escudriña en el cielo no sea que se haya parado la luna... Y ponla en marcha, ¿quieres?

Y a mi ironía, correspondió, cómo no, con una amplia sonrisa.

Transcurrieron varias semanas. La disnea era cada vez más angustiada, y comprendí que se acercaba el final. Andrés había encendido un cirio a causa de un corte en el fluido eléctrico. Horas más tarde, la llama llegaba a su fin, lo que fue un presagio para mí.

— Llévame, Andrés.

— ¿Adónde, señor?

— Llévame donde pueda, como las olas, jugar con la arena. Llévame arriba, frente al cielo; tengo una cita; alguien me espera. Tráeme la tarde, Andrés. Busca auroras y crepúsculos y alinéalos ante mí. Y súbeme luego a las cumbres, a caballo de las nubes y frente a la más alta montaña. Que la última mirada abarque un cielo azul y una nube grana, el último sonido sea un silbo de viento y un trinar de rui-señor. ¡Que tengo prisa, Andrés! ¡Que cae la noche y aún falta mucho por decir! ¡Un volver a decirlo, lo sé... ¡Llévame, Andrés! ¡Llévame allí, junto a esas rocas erectas y picos fieros donde el cielo se confunde con la tierra! ¡Llévame a la vera de ese barco anclado de la gran montaña!

— Nada sé de barcos, ni altas montañas y picos fieros... ¡No sé qué decirle, señor!

— Puedes decirme adiós.

— ¡¡Señor!!

— Adiós, Andrés.

¿Quién soy? ¿Qué ocurrió y cómo ocurrió? ¿He vivido o he soñado? ¿Cuánto tiempo en...? ¡Dios mío! ¿Existieron alguna vez Charles, Elisa, Jean, Marguerite, Monique, Estefanía y Andrés?

Una pared blanca y luces centelleando en la penumbra. La puerta se abrió de pronto y dio paso a una enfermera, que, tras consultar la gráfica me miró como si atisbara mis reacciones. Me alcé del asiento y pregunté aterrado:

— ¿Dónde estoy?

— Tranquílcese, doctor. Su recuperación ha sido maravillosa. Ya puede abandonar el hospital.

— ¿Qué hospital?

— El Centro de Cardiología donde está internado —fue la contestación que me dejó atónito—. ¡Su hospital, doctor Jubaro!

— Pero, ¿cuánto tiempo llevo aquí?

— No mucho, doctor —pareció escabullirse—, aunque lo importante es que se halla en perfectas condiciones para reintegrarse en las labores habituales de su profesión. La doctora Isis Benot le pondrá al corriente de todos los detalles y estará enseguida con usted.

Y desapareció tras la puerta.

¿Reintegrarme a mis ocupaciones habituales? ¿Qué ocupaciones? —me pregunté a mí mismo—. ¿Quiénes me esperan en la puerta del hospital? ¿Elisa? ¿Estefanía? ¿Andrés?... Empecé a tener conciencia de mi situación, aunque no de un pasado nebuloso que no acertaba a descifrar, y menos aún del enigmático futuro que me aguardaba. Conciencia plena de donde estoy, aunque ignoro el porqué.

Poco después reaparecía la misma enfermera.

— ¿Quiere acompañarme, doctor?

Maquinalmente fui tras ella.

— Por aquí —me señaló una puerta.

Entré en la habitación en el instante en que una persona vestida con una corta bata blanca se inclinaba sobre unas cuartillas esparcidas sobre el tablero de la mesa. Al verme, se irguió rápidamente.

— ¡Doctor Jubaro! ¡No puede imaginar cuánto me alegra verle ya recuperado!

— ¿Quién es usted?

— No es extraño, doctor, que no pueda reconocerme. Ingresó con carácter urgente... Ya sabe... Su corazón. Soy la doctora Isis Benot, cirujana jefe del departamento de cardiología. Tuvimos que practicarle un trasplante... Con feliz resultado, por cierto, aunque la intervención ha sido muy laboriosa, y hemos precisado, post operatoriamente, de fuertes sedantes hasta ponerlo casi en hibernación durante diez días. No le extraña pues las lagunas de amnesia que pueda sufrir de momento.

En aquel instante entró en el despacho la enfermera, y fue a susurrar unas palabras en el oído de la doctora Benot, quien se volvió hacia mí con una sonrisa en los labios.

— Perdone un momento, Jubaro. Enseguida vuelvo con usted. Mientras tanto, puede hojear esos escritos que ahí están sobre el tablero y le ayudarán a recordar.

La vi salir precipitadamente y fui a sentarme sobre la mesa donde había muchos folios escritos a máquina. No sé por qué, tuve un presentimiento y me incliné para leer con el convencimiento de una revelación en ciernes. Y lo que leí en la primera cuartilla me dejó atónito: *Reo de yoismo*.

Me invadió un sudor frío y empecé a hojear los papeles mientras continuaba con la lectura: *Semblanza de mi niñez*. Y más adelante: *Perfil del adolescente*. Luego, un torbellino de imágenes y confusos recuerdos se agolparon en mi mente: Charles, la fratricida guerra, la abuela, los días en prisión, el despertar aquel... ¿Despertar? ¿Cuántas veces despierto y cuántas dormido, ausente o preso de las alucinaciones? ¿Eran mis memorias o sólo el producto de mis delirios? ¿Qué angustia, Dios mío, qué angustia! ¿Dónde lo soñado y dónde lo vivido?

¿Dónde las personas? ¿Dónde los mitos?... Charles, Italia, París, ¿han estado sólo en mi imaginación?... ¡Monique!, ¡Jean!, ¡Elisa!, ¡Estefanía!... ¿Los tuve entre mis brazos? ¿Han vivido y muerto? ¿O no han muerto tal vez?... ¡Andrés! ¡Andrés! Hablé contigo, ¿verdad?... En Mallorca, en el barco. ¡Dime que sí! ¡Júrame que sí!

La doctora Isis Benot irrumpió de nuevo en la habitación, si cabe, más sonriente aún.

— César.

— Diga, Isis.

— Le esperan fuera.

— ¿Me esperan? ¿Quién?

— Don Andrés, su administrador, la persona que le trajo urgentemente al hospital.

— ¡Andrés! ¡No es posible!

Y volviéndome hacia la mesa señalé con el dedo.

— Entonces, esos escritos...

— Sus memorias, César. ¡Qué vida más maravillosa la suya, doctor!

— ¡No puedo creerlo, Isis!

— ¿Quiere venir conmigo?

Fui en pos de la cardióloga como un alucinado. ¡No han sido sueños! ¡Han vivido junto a mí! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Instantes después traspasaba el umbral del salón recibidor.

— ¡¡Andrés!! ¡¡Andrés!!

CRÓNICA DE UN DPH

*Para Guillermo García-Alcalde,
máximo incitador de mis inquietudes
musicales y literarias.*

En opinión del autor, no ducho en peritajes literarios, bien puede a priori, con mayor o menor acierto, encasillarse esta novela en un neorromanticismo o irrealismo de perfil vanguardístico, y por ende, posiblemente imperfecta como estilo literario circunstancial y pasajero, que tal vez ronde, intencionalmente, lo cacográfico, pese a depuraciones y asimilaciones léxicas que nunca tocarán fondo. Cultivar el arte literario, instalarlo en la contemporaneidad de alguna manera, será siempre laudable empeño e incentivo primordial para cualquier escritor que presente una obra a tenor de la variabilidad de los textos referidos, con respecto a la realidad vigente de cada época. Y como el autor no se ha propuesto seguir un estudio analítico, ni sabe de un código capaz de aclarar los entresijos ocultos entre las líneas de estos escritos, da interés prioritario al análisis somero de la obra.

Crónica de un D P H rompe, incorrecta y estilísticamente, tal vez por el abuso conceptuoso, con el género literario tradicional vigente en otras novelas del autor, quizá a fuer de influencias ya lejanas que en él dejaron este modus operandi, no purista por cierto. El mensaje es una crítica mordaz a la sociedad actual, dentro del reducido entorno en que vive y protagoniza un singular personaje, desdoblado en dos protagonistas antitéticos que conllevan otras tantas novelas paralelas, donde si uno peca de hermetismo, encerrado en su intelecto cosmovisionario, el otro vive un entorno de apabullante vulgaridad, aunque matizado de eufemismos. Harto de avatares, el personaje de fábula, que no fabuloso, en quien anida de forma obsesiva la contradicción entre la vida pensante y la mundana, hace gala de un estoicismo que halla su catarsis en la autodestrucción, clímax donde el autor acumula los mayores efectos expresivos y conceptuales, para un presunto diletante en temas sociales y filosóficos.

El autor pide disculpas por el abuso exhaustivo de vocablos en letra cursiva, con censurables similitudes de clichés idiomáticos de muy personal significación, y el empleo indiscriminado de ciertas palabras de normal enlace en la sintaxis ordinaria, todo ello justificable por la huida-fobia del punto y seguido (.), y algo menos del punto y coma (;), no tanto por mor de una personal estilística de trasnochado vanguardismo literario, como ante la imperiosa necesidad de dar rienda suelta a las alocadas imágenes mentales que, atropelladamente, optan por no detenerse ante la barrera del exigente punto.

Novela de círculo minoritario, se acompaña de un vocabulario de presuntas verbalidades originales polisémicas y contraídos vocablos, concretamente ciento setenta y dos *ironismos*, que así los *neologiza* el autor, sin más intención que llenar de carga humorística los conceptos expresados, ausente la problemática semántica y el quehacer esnobista que pudieran crear, y cuya lectura previa es aconsejable para una mejor comprensión de la obra y la sintaxis figurada de la creatividad del autor.

A nivel de creación, la novela plantea algunos interrogantes, por ejemplo, cómo sustituir la palabra en los diálogos con un protagonista Mudo de apodo y conveniencia, problemática que el autor cree haber resuelto con más paciencia que ingenio. Dado que el sexo no tiene vigencia ni tampoco es noticia hoy —lo fue a primeros de siglo—, y sí vulgaridad desatada por plumas de bajo nivel cultural, el autor no se ha tomado la molestia de “manejar algo tan chirriante y mezquino”, salvo para emplearlo con sentido del humor e ironía, género, por otra parte, en el que cabe involucrar a esta novela.

Psicoanalizar los textos de esta *Crónica* sin objeciones esteticistas, es ardua e imperativa empresa para el lector que desee adentrarse en los porqués de cuantas alteraciones en la expresividad lingüística escrita y con pleno consentimiento del autor, sufre la sintaxis regular, así como el uso y abuso de falsos razonamientos y vocablos de intención polisémica, sin otro objeto que prestar singularidad a la creación literaria. No tan sobrada de hipérbolos, hipérbatos, pleonasmos y paralogismos, por mor de las depuraciones léxicas de una autocrítica cuasi esterilizadora, el autor sólo pretende despertar cierto interés, como obra plagada de problemas etimológicos.

Sólo me resta expresar un "mea culpa", por cuanto supone la descabellada hazaña, rayana en la petulancia, de pretender el consenso favorable de una minoría selecta de amigos, a la espera de una supuesta benevolencia en el momento de juzgar, tanto o más dolorosa que el silencio o el olvido. Un último perdón: perdón, sí, por las posibles contradicciones que a nivel de crítica sabrá extrapolar el lector; lector, a quien compete sentenciar si la obra es o no apta para coleccionistas bibliófilos.

“EURÍPIDES” no se considera desgraciado pobre hombre (incongruencia con el título de D P H que antecede), ni le preocupa, pues se sabe hoja temprana, o tardía, vaya usted a saber, lo que por otra parte tampoco le importa, sí le importa reconocer que en la especie humana ocupa el desconsolador lugar de animal bípedo, anatómicamente con dos extremidades superiores que poco le ayudan en el arduo menester de contar sus menguados billetes, desprecupado en propinarse a sí mismo los necesarios empellones en busca de su peldaño en el escalafón de los, para él, prescindibles desaciertos de su inestabilidad económica confabulada. De sus extremidades inferiores que utiliza para un mal y cansino deambular, sabe por los zapatos gastados y los juanetes e inaguantables callos, ya que nunca pudo dar patadas a este ni aquel semejante, ni esa otra más digna, a la *cosa redonda*, tan pródiga en aplausos y billetes verdes. Un par de ojos casi ciegos por culpa de veinte jeringadas dioptrías, y otras indistintas excrescencias y hendiduras que ignoramos si realizan las funciones encomendadas, lo que por otra parte no le preocupa, completan en lo físico a nuestro animal de fondo, y le clasifica indistintamente como a cualquier otro ejemplar de la especie humana a la que pertenece, no por cierto, por voluntad propia. Pero “Eurípides” es poseedor de algo importante, que en bestia se escribe seso y en humano alcanza el rango de cerebro, aunque no le valga como a muchos para reconocerse a sí mismos cuando diariamente se posan complacidos o angustiados ante el espejo delator y clasificador de personalidades físicas de mente estrecha, con pelambre o sin ella, porque presumimos que nuestro *desgraciens* no es portador de barba ni cabellos largos, por aquello del uso y pronto desuso que ha tomado lo del pelo, lo cual no le identifica ni ubica. Por supuesto, no reúne la cilindrada necesaria para *prototipar* al modelo *hombre-hoy-made-in-*

necius-universus. Decíamos —no es importante en el quehacer euripidiano cuando se ironiza y refiere al círculo minoritario donde milita—, que “Eurípides” tiene cualidades muy buenas que no devuelve el cristal azogado donde no se miran los portadores de espejo pequeño, atributos que difícilmente se encuentran en los *cuadrúpedus erectus* con quienes a diario se tropieza por razones vergonzosas de la imprescindible subsistencia a la que está obligado (ley del come y defeca), todo ser racional e irracional. Y esas propiedades —que no virtudes—, difíciles de *hipotiposizar*, y ya veremos si factibles de una autocrítica (a los muertos no les dejan hablar), evidencian al *homo desgraciens* no evolucionado por culpa de tanta mente estrecha que ensancha el cada vez más necio mundo de hoy. Porque “Eurípides” es en esencia y dicho con redundancia, un D P H, —desgraciado pobre hombre, si traducimos las siglas—, pese a que él como tal no se contempla, pues se sabe materia primaria no acrisolada por constreñidas superestructuras y pétreos moldeados, lava candente y amorfa que discurre rellenando huecos y borrando asperezas que los más se encargarán indefectiblemente de pisotear, y por supuesto, alimaña peligrosa para la sociedad de consumo, del imita y sigue el camino y no te salgas de la estrecha vía del tren, y claro, su huella plantar se torna un tanto desconocida a ojos daltónicos y mentes hidrocefálicas sabihondas, detectoras del (no) saber humano.

Bípido racional no hippy, gasta suela y evapora sudor de lunes a lunes, mes a mes y año tras año, con vacaciones sancionadamente reglamentadas si no las toma, y otras que tampoco goza, sin reglamento, por culpa de gripes sin gripe y entierros sin muerto pero con baja del trabajo, *enfin*, el Estado paga la incultura y el analfabetismo con *tele*, coche, casa puesta y letras de cambio, que de las otras, pocas. Y así llegamos a la conclusión de la falta de disciplina de nuestro involucionado pobre hombre.

Decir que el tal “Eurípides” trabaja, es como afirmar que anda, esquivo, tropieza, cae, se reincorpora, y rebota contra muros o muros contra él, que aún no sabemos quién es quién, pues cien puertas de medida estrecha cierra o cien no le abren, ya que su fisonomía de hombre *intro* y *extra* no evolucionado le delata; dilema a dilucidar y cien cosas más que no preocupan a quienes como ellos, no ignoran de paredes-trampa que, escalonadamente, tratan de interceptar su mente y libertad insobornables, lo bueno de nuestro *desgraciens* que,

militante en arcaicos hábitos, practica el fin de semana al revés de la masa, bien emparedado en barata pensión, siempre en *soledad acompañada*, asociable e insociable (no es lo mismo), ya que pronto sabremos, repito, quién es quién, y quiénes las mentes andantes que le acompañan en su rutinario y bípedo andar entre las cosas y personas sin nada dentro y con mucho fuera, y que pueden, como su nariz, posarse en el espejo donde los necios se contemplan; porque volar, se sabe con alas de águila, aleteando en aisladísima órbita por sus propias neuronas, pese a los trescientos mil fallecimientos diarios graficados por los entendidos que entienden del susodicho entierro. Y claro, nuestro *desgraciens* se pregunta más curioso que alarmado: ¿A cuántos muertos neuronales tocan por día y hora a los necios?

“Eurípides”, si pisa tierra adulterada, resbala siempre y *coscorronea* sin llegar a la inconsciencia, lo cual le ocurre raras veces cuando piensa despierto, y nunca mientras duerme idiosincrásicamente. Y si el chichón le duele, comprime fuerte y aguanta como toro sumiso, pues es de inteligentes soportar, y él soporta cuantas banderillas quieran colgarle del pescuezo (término animal por él aceptado sin menosprecio, puesto que es sostenedor de cabezas, con sustancia gris y sin ella), *enfin*, por aguantar, soporta también cuanto le caiga con formato de golpes sobre las corvas espaldas históricamente confeccionadas para encajar palos con costillas rotas, porque el reverso (pecho se llama), él lo utiliza sólo para respirar, pues nunca emperchó uniformadas chaquetas de vistosos colores ni colgó medallas que aguantar con dignidad, aunque si llega el caso, con resignación estoica, antes que la estocada a él, irá él a la estocada.

“Eurípides” piensa, como las hormigas pensantes (narrativa por narrar), y trata de razonar el porqué de esas filas de heminópteros, uno tras otro siguiéndose los pasos; e incómodamente sentado en las sucias baldosas de su pensión de cincuenta pesetas, les intercepta el camino, delicada y *bienintencionadamente*, para observar con inusitada alegría, como no todas siguen el ancestral trazado por la herencia y los genes, rebeldes a rodar por la misma vía del tren. Y su asombro se diluye en amplia sonrisa (para la risa cerebral —*carcájida*—, tiene boca de hipopótamo), cuando observa a una hormiga que, desobediente, no vuelve al redil, y entonces, sin necesidad de cristal azogado, se contempla a sí mismo y entablan *dialogismos* y *conversas* en *soledad acompañada*, pues entienden perfectamente lo estéril del andar

encadenado mientras cuchichean alegres de no corretear por la pista, todavía no autopista en el ciempiés hormiguero, por donde discurren sus compañeras más evolucionadas, menos que el "homo sapiens" por no motorizadas aún y con pocas muertes en carretera. Y el "Eurípides" anclado en no sabemos qué siglo, se regocija al saberse lejos de la manada borreguil, y como la hormiga esa, hace suya toda la anchurosa pared, reencarnado en insecto (no es despectivo), porque no ignora, y lo afirma y repite hasta la saciedad, que cuando los "sapiens" evolucionados buscan su pepita de oro falso, él sale en solitario a respirar en la ciudad maldita, sin nauseabundos olores a sudor y gasolina quemada, ni tontas conversaciones de disco rayado (suena menos el gramófono los fines de semana), *enfin*.

"Eurípides", quieras que no, y lo quiere mucho, pasea a sus anchas por la ciudad muerta mientras cruza la sofisticada vía, lejos del rayado blanco, y le guiña el ojo al semáforo que le responde con amarillo guiño alegre, quizá porque *vacacionea* también, harto del reiterado verde-amarillo-rojo. Luego, respira profundo (sábado *que es*) el contabilizado oxígeno que le dejaron infectos pulmones motorizados y sin motorizar, pues óxido y anhídrido carbónico, subiditos están a muchos metros del suelo, y los cansados oídos tienen hoy su merecida siesta a fuer de bocinas enmudecidas y escapes huidos en pos de la máquina rodante y su prolongación humana. Porque no duda que, con un poco de suerte (es pura ironía sin *ironismo*), habrá un bañito de sangre antes o después de los de sol y agua, con destrucción de la humanizada cosa y su apéndice de matar, lo que por otra parte poco importa, si madrigueras de hormigas tontas y artefactos asesinos son elementos de consumo con capacidad ilimitada, sobran y serán pronto obligado carnet de identidad.

Todo esto lo sabe "Eurípides" y su hormiga *Prometea*, que así la ha bautizado, y pregonan en mesa redonda de dos y en *soledades acompañadas* la estupidez humana que babea de oligofrénicos sesos sin categoría de cerebros, aunque no ignoran que los vientos cambiarán de dirección, la veleta girará noventa grados, de nuevo bufarán fuerte los escapes, el semáforo volverá a un enloquecedor verde-amarillo-rojo de tren humano de vía estrecha con rueda sumisa al carril, y surgirán en tropel nuevos baches y piedras, tropezones y andaduras borreguiles, puertas angostas y muros infranqueables. Pero él seguirá con su *soledad acompañada*, y si hartito y *biensabidolotodo*, decide un día

emigrar porque como cristiano en tierra de moros es de inteligentes cultivarse, voluntaria e indocumentadamente tomará el *autobús* que no cuesta una perra gorda, como un turista más, sin "souvenirs" ni visados, sin pasaporte ni carnet de identidad, sin aduanas y sin dólares que no necesita ni tuvo nunca, pues morir, perdón, *emigrar* quise decir, no le supone nada, y a él, pobrecito hombre *que es*, vivir le cuesta mucho.

"Eurípides" quiere contarnos su pequeña historia sin moraleja que, moral y moralejas, andan muy diluidas en este río humano de sucias aguas, y a nadie le importa no ver el fondo ni la trastienda, pues la vida enseña y hay que vivirla machacando fuerte en las conciencias. Y nada mejor que visitar los grandes museos del *Superlujo* y la *Superpobreza*, y ese otro del *Todoconsumo*, por supuesto, no encerrados en arcaicos monumentos sino bien colgados que están ante muchos ojos afectos de ceguera congénita.

Mientras tanto, "Eurípides" y *Prometea* se han ido a dormir y roncan beatíficamente.

LA preposición A tiene categoría relevante en el mundo de *los Eurípides* como partícipe en conceptos negativos, y encaja bien en la casta despreciada de los *D P H*, a lo intocable hindú, y con carnet de identidad de *desgraciens* 13.131.313, equivalente a 13-13-13-13, pese a lo cual, ni tocan madera ni les afecta repetir culebra-culebra-culebra. Por otra parte, es premisa insoslayable que los componentes de su raza no se casen ni se embarquen, no ya los martes trece, ni los miércoles catorce, por la obvia razón de no tener con qué ni con quién. Y no juegan el 1-2-X, bingo, lotería, ruleta ni primitiva, porque les horroriza la idea de hacerse ricos, bien enorgullecidos que están de su pobreza física y económica, porque es la vida quien juega con ellos, y mucho, y los infelices aguantan, sonrín que te sonrín, *enfin*, lapsus se llama, decíamos que la preposición A es importante como constitutiva de vocablos negativos, y ha de servirnos para un esbozo impresionista de facetas euripidianas, que la hipotiposis, exhaustiva habrá de ser. Analicemos pues, sólo unos pocos términos de la muestra esa:

APÁTRIDAS, claro, puesto que no entienden de chaquetas nacionalistas, ni enarbolan banderas de fanáticos colores a pesar de estar inscritos en el Registro de la Propiedad Estatal, de obligada circulación como los coches, al que gustosamente legan su anatomo-fisiopatología, con donación completa de órganos útiles e inútiles, porque del espíritu-razonamiento-pensamiento, no hay inscripción ni donación posible, ni Registro que aguante lo inclasificable. Y debe quedar claro que son ellos, *los Eurípides* y sus *Prometeas*, quienes, confabulados e intocables, seguirán desapercibidos por ignorados, y otras cuestiones que no aclaramos pues serán bien aclaradas en la narrativa por narrar.

ACÉFALOS, sí, como malformación congénita que afecta al cien por cien de los de su casta, y aunque portadores de cabeza con mucho *intro*, no rigen a lo siglo XX que es lo ordenado, ya sea por involución, precario funcionamiento o incapacidad de adaptación. Y *acéfalos* también por privados de un jefe con cabeza que los mande, piense, razone y encamine, género muy frecuente en el mundo de los *no Eurípides*, aunque nunca *acéfalos* en su retiro de *habitación cuadrada dos esquinas*, ni en el círculo de *sus amigos*, del que muy pronto sabremos.

INSOCIABLES, con equivalencias de insobornables e imposibles de *botatestalizar*, automarginados por voluntad propia, casi unos neos de la protesta cívica sin protesta, visibles aunque ignorados, cuando no compadecidos si son descubiertos, y aspirantes a ser *manicomidados* pese a reiteradas pruebas psicológicas negativas, que de cuerdos y locos, difícil saber quién es quién, a pesar de lo cual aparentan participar en la sociedad en que se mueven por razones de las imprescindibles necesidades vitales.

CEFALIZADOS, filosóficamente se entiende, y poseídos, cómo no, de la duda filosófica y otra muchas incertidumbres bien afinadas en la sesera *euripidiana*, desarraigable sólo por las imperiosas razones de la *emigración*, que ya veremos. Y es que son así, como Santo Tomás de Aquino, pues si un santoral *euripidiano* existiera, justo sería santificar a San "Eurípides" de *Allisi*, porque de aquí...

ACARDIANOS, no como malformación congénita que los haría inviábiles, sino porque sus corazones, meras bombas de rítmico latido, no se alteran por las pasiones ni ante la muerte que eligen contranaturalmente, y es por esta razón que todo lo soportan con la sonrisa en los labios, desde contingencias desagradables hasta agresiones físicas e improprios verbales. Maticemos pues, ¿el corazón?... Un reloj, un marcapasos marcador del tiempo, *enfin*.

AESTEREOTIPADOS sí lo son, pues no imitan gestos, expresiones y fórmulas preestablecidas, ni se repiten ellos mismos por razones de su especial idiosincrasia, moldeados que fueron con planchas irrepetibles.

Si son ABOLICIONISTAS de la mayoría de las leyes universales que no acatan; ASIMPLADOS en el parecido físico, puesto que todo lo solucionan con una risa idiota que va de la sonrisa a la *carcájida*; AFÁSICOS, con pérdida del hablar contaminado, y no se sabe, aunque se piensa, si mudos de conveniencia; ATEOS en cuanto a pluralidad de dioses paganos, que en cuanto al DIOS ÚNICO, creen aunque no saben; AMORALES por desacuerdo con la imperante moralidad inmoral, no dialéctica, empírica y codificada, pues igual que en política y respecto a ideologías, todas son buenas en tanto el *hombre-hoy-made-in-necius-universus* no las contamina, que las contamina y vuelve irreconocibles, *enfin*, con prefijos A o sin ellos, ¿a qué seguir si en páginas sucesivas, la hipotiposis de *los Eurípides*, entrecomillados y sin entrecomillar, se hará exhaustiva para un claro (oscuro) concepto del modo de ser, obrar y razonar de los *D P H*?

AUTODIDACTO en el oficio de aprender de la vida, diametralmente opuesto al otro modo de vivir sin aprender de los demás, hoy que el ser autodidacto impera en un mundo de abundantes e hipertrofiadas máquinas humanas multicopistas, él, pobrecito él, autocopista sólo de sí mismo por mor de la *aestereotipadia* que padece, sincero y consecuente con su libertad, sólo sobornable en *soledad acompañada*, él, pobrecito él, ignorante de las mil sorderas incurables e irreversible pérdidas de la sensibilidad, que afectan al hombre de hoy como consecuencia de preocupaciones ansiosamente conseguidas y muy necesarias para hinchar las cajas fuertes del dinero, tanto o más que los vasos sanguíneos a punto de estallar, terminemos, y vale como resumen, el auto sin ruedas que monta “Eurípides”, es un aprendizaje mal aprendido que le permite comer poco y digerir menos; y no sabemos que es más propenso a hipertensión e infarto, si el exceso de ácidos por falta de alimentos, o lo contrario, y es una perogrullada afirmar que a un mal comer corresponde un peor vivir, si eso del vivir es dar satisfacción a los cinco sentidos que a él, pobrecito él, le funcionan pero que muy mal.

“Eurípides” fue limpiabotas cuando el oficio se estilaba (tiempos menos evolucionados), y dio brillo, mucho brillo a zapatos de mentes deslustradas, en quienes lo importante es brillar aunque sea a tenor del betún en el calzado, único relumbre que él podía prodigar, pues en cuanto a los otros brillos, la casta *desgraciens* no tiene experiencia ni potestad, ya que nunca tuvo ocasión de asistir a Congresos Gordos con cartulina identificadora en la solapa, y nada sabe de atosigantes escaladas de peldaños con retratos bien plantados en primera plana, empinado y arrogante si no se sobrepasa el vergonzoso uno sesenta, y erguido y desdeñoso cuando se dominan las alturas (físicas).

Y fue botones en los Grandes Super Hotel Cinco Estrellas, de obligado aprendizaje para reiteradas explicaciones a los clientes: "Apriete el botón, señor: le saldrá el bidel; no apriete que es sólo para colgar; y apriete si quiere beber champán o "de la biere", y también, si desea detener el despertador centralizado; y no olvide que la llave o la comida, señor, se la entregarán contra tarjeta perforada...". Bueno, no se enteraban, como indocumentados nuevos ricos, ya con título por mor de acciones múltiples, o presuntos aspirantes, vaya, casi como un carnet de identidad hotelero, de bien organizada que está la cosa, incluida la cuenta que llega a veces a estafa si no se es despabilado. Pero "Eurípides", con su filosofía primitiva, pensaba que lo importante no era apretar botones sino aflojar los zapatos, o mejor andar descalzo, factible sólo en su pensión de cincuenta pesetas (Reidencia Particular de Cero Estrellas), porque el escalafón en que milita no pasa de botones, con muchos de ellos en la chaqueta, y ridículas propinas que nunca despreció por aquello del estómago que Dios le diera, y también por lo otro del imprescindible alimento a sus neuronas (libros se llaman), otra de las manías *euripidianas* pendientes de descifrar, *enfin*, que antes de abrir la boca o la portada de un libro, era imperativo abrir muchas puertas que a él, pobrecito él, le cerraban sin compasión poniéndolo de patitas en la calle.

Y fue mozo de equipajes en el aeropuerto, mientras no le reemplazaron por las correderas esas y carritos sin bebés, que no alargan brazos ni recogen monedas, importe multiplicado en el billete, incluido el seguro por posible pérdida.

Y no fue empleado de Banca ni puso una mísera perra gorda a custodia e interés ajeno, pero entraba despacio a sentarse en los bancos con minúscula ubicados en los de mayúsculas, cuando cansado de *peatonar*, no hallaba a medida de su trasero una mísera plaza, con minúscula, en las otras de mayúsculas, donde asentar las posaderas flacas para reposo de pies sudorosos con callos ensartados en los dedos como anillos de rubíes. Y trasponía el BANCO de letras gordas, y de las otras que poco asustan ya, y se quedaba lelo, pues no le alcanzaba el trasiego de las ventanillas, tantas ventanillas de entrar y salir, pasar, detenerse y cambiarse de ropa, los billetes, claro, porque él, pobrecito él, sólo era poseedor de una raquílica ventana de doble circulación en el raído bolsillo derecho, pues el izquierdo, por culpa de un descosido, sus buenos sustos e irreparables pérdidas que le

había ocasionado, pese a la obligatoriedad de circular en fila de a uno, los pocos, arrugados y mal olientes billetes contabilizados diariamente a partir de la triunfal entrada a primeros de mes de no todos los meses, por aquello del paro y las obligadas vacaciones que le permitían, ¡qué bueno!, sostener largas peroratas *dialogísticas* con su amante *Prometea*.

Y fue camarero sin estereotipada sonrisa nunca bien aprendida, por cuya causa le echaban, aunque no lo sentía mucho (no lo sentía nada), pues no le va el mimetismo del camaleón ni la sonrisa “*velis nolis*”, pese a las observaciones y consejos del jefe del comedor, quien, no muy amablemente por cierto, le repetía una y otra vez: “Sepa usted y entienda, señor “*Eurípides*”, que el almuerzo se digiere mejor -y la elevada cuenta-, si el camarero que usted no es, lo presenta con amable sonrisa, aun con ultrajes a la casa y personales ofensas, pues hay que ser simpático “*per se*” (caray, que también era persona culta en latinajos el susodicho jefe), con observaciones de humor fino y sin olvidar recomendaciones provechosas que usted conoce mejor que yo: Especialidad de la casa, señor; me permito aconsejarle, señor; no quedará defraudado el señor, y toda una larga retahíla que, repito, ¡usted conoce mejor que yo, diablos!”... Y “*Eurípides*” lo intentó, y se propuso una y mil veces *libelulizar* entre las comprimidas mesas y enlatados comensales, siempre bajo la mirada de lince del patrón que nadie veía y él sabía oculto tras los dos agujeros perforados entre los jeroglíficos del mural último grito pictórico, pero como mal aprendiz de libélula que era, nunca pudo circular raudo por culpa de sus callos, y cuando lo hizo, pues, tropiezo, pisotón al cliente que exclama un ay sin disculpa del camarero que no es “*Eurípides*”, y claro, la correspondiente queja y enésimo despido por razones de su defecto congénito de *aestereotipadia*, *enfin*, como sus alas son de águila y no de libélula, si no decidió volar, fue porque en volandas lo echaron.

— Lo siento. Su paga extra por echarle y... a *escupir a la calle* — que tampoco era una forma correcta de despedir a nadie, caramba, pese a que recibiera del dueño un buen fajo de billetes.

Y es interesante apuntar lo que “*Eurípides*”, aprendiz de camarero, aprendió en su nuevo y circunstancial oficio, pues le sorprendía, sin acertar a explicárselo, la gastronomía de las gentes. ¿Tendrán

hambre? -se preguntaba-. Y si no, ¿por qué se empeñan en entrar todos juntos y a la misma hora, en casa de Panchito? ¡Si no caben!... ¡Ah!, pero se come fenomenal, y los muy zoquetes aguardan incluso en pie. En fin (sin contracción ni cursiva), "Eurípides", obstinado en ejercer el oficio que no le va, se muda a casa de Juanito Pérez, y poco después al restaurante de Don Torcuato.

— Camarero, ¿puede servirme el plato de la casa? —oyó decir a uno que *no sabe*.

— Lo lamento, señor. Se ha terminado. Pero me permito recomendarle otra especialidad de la casa -pareció que aprendía al fin la retahíla aquella.

— Correcto -oyó decir a otro que tampoco *no sabe*.

Porque lo importante no es comer sino estar donde el plato ese, aunque sea preciso gritar para hacerse entender, y no valen las excusas. Y a ingerir el último grito de manducar, no otra cosa que tomates revueltos con huevos, diferentes a huevos revueltos con tomate, gambas al ajillo y pulpitos con plato lleno a rebosar, que "Eurípides" piensa si será sólo por el placer de tirar billetes verdes, en revancha al sudoroso desplacer de reunirlos o robarlos (esto último con menos sudor), y bien o mal ubicado y peor servido —sigue pensando "Eurípides" mientras reparte pulpos y gambas a granel entre cuantos afectos de tan singular gastricismo le acosan—, el mundo de los necios va en aumento, que si comer es difícil, y respirar sin contaminarse, más difícil todavía, ¡hablar... imposible!

Y fue tantas cosas más, como consecuencia de su incapacidad de adaptación idiosincrásica, utópica subordinación —medida estrecha que no le iba—, manos atadas, lengua mordida y amordazada conciencia, todo por razones de las cuerdas vocales hacia adentro (equivocación de la *Natura*), afonía sólo rota entre las cuatro benditas paredes de su pensión, a la vera de su amante *Prometea*, y por otras cosas llamadas libros, siempre a su alcance en el retiro de su *habitación cuadrada dos esquinas*.

Y fue por el mundo como un turista sin dólares, pero con muchos "souvenirs" de aprendizajes y amarguras que nunca le amargaron, ironías resbalantes, injusticias para las que huelgan tribu-

nales, robos que no se cuestionan en comisarías, inmoralidades morales y pornografías sin espectáculo público.

Y fue... maticemos, no fue más nada porque ahora sólo importa aquello que es y corresponde a un nuevo capítulo descifrar, con obligada presentación de *sus amigos*, y del otro Eurípides, el *desentrecomillado* Eurípides, cuyas primeras andanzas vamos a narrar, *enfin*.

DESCRIBIR el entorno donde se mueve el otro Eurípides (son dos los protagonistas y personas sólo una), supone de facto, la hipotiposis primera de *sus amigos*, y el emplazamiento dialogante (que de *dialogismos* y *conversas* con *Prometea en habitación cuadrada dos esquinas*, ya sabremos), ubicación que bien podría ser y no es, Trafalgar Square, Piccadilly Circus, Catalina Park o la oscura trasera de un viejo teatro o plaza de mala reputación, aunque también valdría, y a lo mejor vale, cualquier estrecho callejón, siempre con salida fácil por aquello de pies para qué os quiero que viene la policía, lo que no va con "Eurípides", ni tampoco con Eurípides, indivisibles que son. Y todo hay que decirlo, pues al dicho sentencioso, "dime con quién andas y te diré quién eres", cabría oponer la antítesis que alterara la oración a lo *euripidiano* diciendo: "dime con quién andas y te diré quién no eres", porque él, Eurípides, sólo estaba allí, con *sus amigos*, como pingüino polar en el desierto africano; estaba, a tenor de las necesidades imperiosas (hambre y desempleo) que el paro conlleva sin la obligatoriedad de trabajar como ya veremos, dado que andadura, trabajos y maneras de remunerar hay muchas, *enfin*, solucionado lo del entorno-ubicación en un lugar cualquiera que llamaremos *Aparcamiento X*, nos toca enumerar, con hipotiposis incluida, a los personajes secundarios, *sus amigos*, protagonistas de relleno, y punto.

EL LUSTRE, así apodado por el brillo que dio y ya no da a tanto zapato distinguido, limpiabotas en desuso, sí, porque dar relumbre al calzado dejó de ser rentable, antes y después del Cambio ese, aparte lo indignante y vergonzoso de postrarse a los pies de nadie, por muy don Fulano que sea el de los sucios zapatos. Un Lustre, decíamos, con categoría de pobre diablo a quien ni siquiera le han tenido en cuenta a la hora de sopesar las incompatibilidades esas (no le afec-

tan), aspirante a empleado del paro en la Escuela Técnica o Universidad Zapatera, y mientras tanto, llorón al costado de quien le eche una mano para poder suministrarse de la imprescindible droga, cuyo apellido todavía no sabemos, pues el alcohol no le va, posiblemente por pasado de moda y, por supuesto, siempre a la cuarta pregunta como la mayoría de los pendientes de *hipotiposizar* y apodar que, desembolsados (mejor cuadraría calificarlos de *desembolsillados* si no supusiera un nuevo enfrentamiento con la Academia de la Lengua) y con hambre, casi todos, aunque en el paro sólo algunos, *enfin*, prosigamos:

PACOTIESO, botones en su tiempo de hotel pocas estrellas, y le iba el apodo por lo de la tiesura, que de pie parecía un sable fuera de la vaina, y cuando se sentaba, un sable también aunque doblado, y encima, afecto de *gaguera trifállida*, extraña tartamudez la suya, pues nunca arrancaba hasta después de tres contados intentos, ni uno más ni uno menos, y así se explica que como botones no durara mucho en empresas hoteleras, ya que si la rigidez le daba porte, la gaguera lo estropeaba todo, miniaturizándole hasta la desaparición, y claro, se comprende lo del aumento del desempleo, que cobraba por supuesto. Un favorecido de los menos *desembolsillados* del grupo de *sus amigos*.

La MACHORRA, del género femenino, dicen, cosa que Eurípides tendrá oportunidad de comprobarlo, prostituta a la espera de un título oficial, sin cartilla de la S. S., y la infeliz, sin tantas cosas femeninas que imperativas imponen el sexo, rasa como una tabla, nadie sabe del prostituteo que practica y con quien lo practica, porque ninguno del grupo alardeó nunca de acostarse con ella. —Bueno, en mi tierra (no sabemos a qué tierra se refiere el autor ni de qué labios salió el bueno), machorra es una cabra que ni da leche ni es cabra, más bien, cabrón, que es el macho de la interfecta—. Y por si no fuera bastante, fuma porros a granel y bebe como una cuba, pero nunca está borracha la condenada, machista que parece del sexo femenino, con pantalones vaqueros y un desgüeño que asusta, mal hablada y huele mal, sí, un primor de modelo, no precisamente de alta costura ni virtudes. Sigamos pues con el *hipotiposiseo* ese:

El CAMAROTERO, sí, camarero que sirve en los barcos, aunque también anda por tierra, pero mal, porque siempre se marea cuando pone el pie en el suelo, dicen las malas lenguas que a causa del mucho brebaje que desciende por sus tragaderas, y los, además de mal hablados, mal pensados, le acusan de hacer acopio de cuanto encuentra por el camino (largo pasillo del barco debe ser), propina embotellada que dejan los clientes en el abrevadero con olores a alcohol, *enfin*, aspirante a hepatomegalia y no a drogadicto heroinómano, buen hombre sí que lo parece, quizá por lo poco visto en *Aparcamiento X* a causa de los continuados viajes, y uno más de los sin nombre, porque de ninguno sabemos quién es Rodríguez Pérez, Florido Sánchez o Hernández Fuentes. Y es que la vida se ha vuelto así, llena de despersonalizadas personas, arrogantes sólo por el apodo que portan, como un marqués o conde su título, eso sí, puntualicemos, para Eurípides, el Camarotero no es ni el mejor ni el peor de *sus amigos*, conciliador de cuantas peleas dialogantes y enfrentamientos físicos ocurren a diario, muchos por desgracia, aunque pocos los momentos en que él está presente para impedirlo, y cuando lo está, el balanceo de piernas y la mirada vidriosa, no le ayudan precisamente para actuar como él quisiera.

Y por *hipotiposizar*, *hipotiposicemos* a otro de sus singulares *amigos* de *Aparcamiento X*, el MAFIOSO ROBACOCHEs, único personaje con nombre y apellido, casi un título aristocrático de barrio chino, bravucón sin profesión decente, pues salta a la vista el porqué de tal apodo del ejemplar no peatón con coche a la puerta; a la puerta de cualquier calle y tantos como haya en paro que no en circulación, por mor de las cien ganzúas y mano diestra, y si no tiene más (coches, por supuesto), es por culpa de doña Grúa que se le anticipa en el hurto. Simpático lo parece, y come, duerme, y cohabita sobre el cuatro ruedas, merced a la perenne adquisición rodante, y parlotea con los del gremio al que pertenece a nativitate, siempre de paso y desde un escalón más alto, y los mira, digamos paternalmente, como si fueran sus pobres hijos a quienes le gustaría ayudar y ayuda, aunque nunca los invita a subir al coche robado en su peligroso quehacer profesional. Y como epílogo de la hipotiposis primera del personaje en cuestión, puntualicemos que la Machorra le odia, todos lo aguantan, y Eurípides, pues ni fu ni fa, uno más de *sus amigos*.

Y le toca el turno a una (o) con nombre femenino, que no mujer, VIOLETA (O), así de delicada (o), de un parecido homosexual que asusta, y como casi todos o sin casi, una copia más de la singular especie que tanto abunda, camuflados y sin camuflar, y archiconocida por las *archicosas* que dice hacer y nadie sabe. A Eurípides, nada le dice, pese a que guapa lo es la tía (o), de un rubio subido a fuer de tintes, y aunque no fuma ni bebe, dinero sí que tiene la puñetera (o) —que diría el Mafioso Robacoches haciendo uso de su léxico malsonante.

Y le sigue el MALETERO, en el orden sucesivo de las presentaciones, un desgraciado sin maletas que acarrear por culpa de tanto carruaje para uso y consumo del cliente, y las cintas rodantes esas, desde luego, otro muerto de hambre más y compañero de profesión de Eurípides por fuer del paro sin din, mal comido y recadero de todos y cada uno de los contertulios, seudooficio que comparte con nuestro *desgraciens*, pues de algo hay que vivir, aparte el empleo del desempleo, dice él, con la anuencia y cabeceos afirmativos de Eurípides.

Nos queda PANCHITO y su carro ambulante, único sin apodo y con nombre propio, contertulio y distribuidor de la mercancía que ahora sabremos. Y no es del gremio sino de muchos gremios y otros tantos *Aparcamientos* que él frecuenta además del X, pues deambula de aquí para allá ofreciendo cuanto guarda en su carrito con apariencias de inocentes chucherías. Afirman las malas lenguas que trafica con drogas y cosas afines, pornografía en letra impresa e imágenes en movimiento que él camufla entre un sinnúmero de cachivaches. ¿Su proveedor?... Por supuesto, don Mafioso Robacoches.

Y no vamos a *hipotiposizar* al protagonista Eurípides, porque ahí está, en puertas, la larga odisea de nuestro *D P H* en el entorno de *sus amigos*, protagonistas de relleno, quienes, por su nulo hablar, le apodan el MUDO (ya veremos cómo se las ingenia para no soltar prenda), pues si fuera por el mucho pensar y mejor razonar, habría que apellidarlo de Alfonso el Sabio para arriba. Pero ellos, los del gremio, trafica que te trafica, no se enteran del que habita en otra galaxia, y al autor le basta con *desentrecomillarlo*, dejándolo ahí, en el *aparcamiento X*, lejos, pero que muy lejos de su amante *Prometea* y *habitación cua-*

drada dos esquinas, el otro entorno, con su ente *dialogista*, del que muy pronto sabremos. Y es una perogrullada afirmar, que el *desentrecomilleo* de Eurípides es sólo por razones del necesario peculio para pagar la pensión, el imprescindible sustento material (perros calientes), y el otro intelectual (léase libros), todo lo cual explica la obligatoriedad de participar con *sus amigos* en éste y otros tantos *Aparcamientos*, *enfin*.

PASEMOS de la exhaustiva hipotiposis a la jerga dialogante, que tiene su salsa, sólo un muestreo, pues ya están ahí *aparcados* todos los contertulios de *Aparcamiento X*, incluido Eurípides el Mudo; maticemos, todos no, pues falta el Camarotero, ausente como de costumbre por culpa de los obligados viajes profesionales, y el Lustre, que no acabe de llegar, ya sabremos por qué. Quien en este instante habla, o al menos lo intenta, es el recién llegado Pacotieso, compungido y llorón (también sabremos por qué), tartamudeando como siempre, hoy un poco más, en compás de tres por tres, pues los otros compases no entran en el deteriorado motor parlante *que es*.

— Sa... sa... sa... saben, el Lustre la pal... pal... pal... palmó.

— ¡La palmó! —exclamaron a coro todos los presentes, excluido, claro, Eurípides el Mudo, que aunque posee lengua, ni siquiera la utiliza con *Prometea* en *habitación cuadrada dos esquinas*.

— Sí, en el hos... hos... hos... hospital.

— ¿Y qué le pasó al desgraciado? —intervino el Mafioso, subido al cuatro ruedas de turno.

Y añadió después de escupir por la ventanilla:

— El condenado tosía últimamente como un tuberculoso.

— Tu... tu... tu... tuberculoso, no. Si... si... si... sida, tampoco.

— ¡Termina de una vez, tartamudo del diablo! —le apuró el Mafioso.

— Ma... ma... ma... marihuanado sí que... que... que... que estaba. Y el hí... hí... hí... hígado hecho pol... pol... pol... polvo de tanto alcohol.

— ¡Vaya! Un cliente menos. El infeliz nunca supo administrarse —se lamentó el Mafioso.

Y sin descender del auto, siempre en marcha por aquello de si llega la policía, siguió mercadeando con Panchito el del carricoche ambulante, a quien acababa de hacer entrega de un sospechoso paquete, a cambio de un buen fajo de billetes. Poco después, apretaba a fondo el acelerador y desaparecía como una exhalación entre chirridos de la ruedas al derrapar por el suelo. ¡Y no venía la *poli!* —comentaría Panchito.

— Eu... Eu... Eu... Euuuuurípides —se dirigió Pacotieso al Mudo, después de los tres tanteos de rigor, que esta vez casi son cuatro, porque estaba claro que la gaguera del tartamudo era *trifállida* y arrancaba sólo después de los tres consabidos intentos—. ¿Quién tu... tu... tu... tuvo la ma... ma... ma... mala leche de poner... poner... poner... ponerte nombre tan... tan... tan... tan jodido?

Eurípides sonrió sin contestar, haciendo honor al apodo, porque sonrisa es distinto a risa y diferente a *carcájida*, ésta última, no audible en *Aparcamiento X* sino en *habitación cuadrada dos esquinas*, como luego veremos.

— Lo... lo... lo... lo que quiero decirte —siguió tartamudeando Pacotieso—, es que... que... que... que tengo pa... pa... pa... para ti, mer... mer... mer... mercancía... Pue... pue... pue... puede interesarte.

Eurípides negó con la cabeza mientras sonreía socarronamente.

— No... no... no... no es droga. Me... me... me... me lo dejó el... el... el... el Lustre an... an... an... antes de palmarla —dijo a tropezones mientras extraía de un viejo saco la rutilante caja de limpiabotas con todo su contenido—. Te la ven... ven... ven... vendo muy barata —le alargó el trasto de madera con adornos de metal.

— ¡No seas cretino! —chilló la Machorra mientras Eurípides le respondía con un nuevo cabeceo negativo— ¿O acaso ignoras que el Mudo ya no da brillo a bota alguna por la sencilla razón, imbécil, de que nadie se limpia los zapatos en la vía pública?

— O... o... o... oye, que...

— ¡Que ya no se estila, idiota! ¡Que no es negocio, vaya! ¿O crees que el Mudo es bobo? ¡Vete al diablo con ese trasto!

— Bue... bue... bue... bueno, te lo ven... ven... ven... vendo a ti, Pan... Pan... Pan... Panchito.

— ¡A mí! ¡Esa porquería! ¡Abur! —puso el carricoche en marcha el aludido.

— ¡Aguarda, jeringado! —le gritó la Machorra.

Y acercándose al mercachifle, comenzaron a cuchichear.

— Vi cómo te lo daba el cerdo ese del Mafioso —balbuceó entre dientes la Machorra.

— ¿Tienes pasta? —exigió el del carrito.

— No la tengo pero la tendré.

— ¿Pues sabes lo que te digo? ¡Que no te la doy, hedionda, en tanto no aflojes el dinero! ¿O me crees idiota?

Y juntos, chillando la una y resistiéndose el otro, desaparecieron calle abajo.

— Bue... bue... bue... bueno —se quejó Pacotieso—, pues no ten... ten... ten... tendré otro remedio que... que... que... que hacerme lim... lim... lim... limpiabotas.

Y cargando con la caja del muerto (entiéndase con los bártulos del fallecido), desapareció tras los pasos de Panchito y la Machorra.

— ¿Vienes con nosotros? —le preguntó Violeta al Mudo—. Venga, hombre. Te invito a unos perros calientes. A ver si te quito esa cara de muerto de hambre.

Eurípides negó una vez más con la cabeza, y se quedó solo aunque por poco tiempo, pues, inopinadamente, reapareció la Machorra con un mayor desgreno si cabe, y cogiéndolo de la mano, sin mediar palabra, se lo llevó consigo. ¿Adónde? Pronto lo sabremos, aunque el infeliz Mudo no podía imaginar lo que le aguardaba.

NERVIOSO, no (*acardiano* que sigue siendo); sorprendido, puede; enfurecido, podemos jurar que tampoco. El caso es que Eurípides siguió los pasos de la Machorra, aunque lo de seguirla es un decir, puesto que fue arrastrado por la fulana a velocidad des acostumbrada para un *D P H* de lenta andadura como corresponde a hombre calloso *que es* (ya se dijo).

Y se lo llevó consigo hasta meterlo en una pocilga con cama y tablas sin colchón ni somier por echadero, y no precisamente con olores a agua de Colonia sino a orines sobrados de años de luz en lo que a tiempo de impregnación se refiere.

— Necesito pasta y aquí me tienes —se desnudó la Eva con cuerpo de birria que además olía mal.

Y nuestro *desgraciens* sin inmutarse.

— ¿No me has oído, infeliz?

Primer cabeceo afirmativo de quien la ha oído y sigue sin inmutarse.

— Y si me has oído, ¿qué pasa? ¿O acaso además de mudo eres ciego y no ves que estoy desnuda?

Encogimiento de hombros de quien nada parece comprender y menos desear. Pues no estaba apetitosa la Machorra que digamos. ¡Ni vestida ni desnuda!

— ¿Entonces, mi amor?

Nuevo encogimiento de hombros sin siquiera palidecer.

— Ya sé que te apodan el Mudo, pero, ¡puedes verme, desgraciado!

Cabeceo afirmativo.

— Y si puedes verme, ¿es que nada sientes?

La Machorra se le acercó completamente desnuda e insinuante, que no tentadora.

— Ven, mi amor —lo arrastró hacia el camastro.

Ahora sí que, sin inmutarse, Eurípides se resistió.

— ¿Eres homosexual? ¿Como el Violeta ese?

Cabeceo negativo.

— Entonces, ¿para qué te sirve?

Encogimiento de hombros.

— A lo mejor sólo para hacer pis y con muchos apuros.

Nuevo encogimiento.

— En mi vida me he tropezado con un cretino igual. Y mira que han pasado muchos por esa cama... ¡Cretinos, sí!

Tercer encogimiento.

— ¿Acaso no te gusto, mi amor?

Cuarto y último encogimiento de quien nada sabe ni entiende de gustos y disgustos, por aquello de la *acefalia*, *acardianismo*, *aestereotipadía*, y lo asimilados que parecen, que así son y seguirán siendo, los Eurípides entrecomillados y sin entrecomillar.

— ¡A ver si te despabilas! —le propinó un golpe en la cara con uno de los escurrizos senos que le colgaban hasta media barriga.

Pero ni por ésas.

— Me desprecias, ¿eh?

Cabeceo negativo.

— ¿Hacemos el amor?

Nuevo cabeceo negativo de quien del amor nada entiende o debe escribirse con H.

— Entonces, ¡deja ya de mover esa cabezota, que me mareas, estúpido!

Eurípides quedó rígido, de cabeza se entienda, y la Machorra comenzó a vestirse, porque ya nada cabía quitarse ni provocarle más, e inesperadamente le propinó un bofetón.

— ¡Imbécil!

Luego, como arrepentida de la acción o porque le pasara por su mente una idea menos agresiva, se le acercó melosa acariciándole la mejilla abofeteada.

— ¿Te he hecho daño, Mudito? Si tú quisieras, podría hacerte mucho más.

Eurípides no le responde haciendo honor al apodo, y también por aquello del involucionado hombre *que es*, y lo otro del *dialogismo prometeico-euripidiano en habitación cuadrada dos esquinas*, único ente capaz de hacer hablar a sus neuronas. El caso es que le volvió la espalda, encaminándose hacia la desvencijada puerta del cuchitril.

— Dime, ¿no tienes pasta? —puso ojos de cordero degollado ella, mientras le sujetaba violentamente por la chaquetilla a punto de hacerle caer.

Eurípides la miró y remiró, ahora con más curiosidad que cuando estaba desnuda, y alzó los hombros y arrugó el entrecejo con gesto de quien no ha comprendido.

— ¡Dinero! —le gritó sacudiéndole un nuevo sopapo.

Y es que la Machorra debía estar muy apurada o a punto de desencadenársele el síndrome de abstinencia por lo que sabemos.

Eurípides, tras un nuevo cabeceo negativo, volvió del revés los bolsillos del pantalón en expresiva respuesta a las exigencias de la drogadicta, mientras se encaminaba hacia la puerta ante una enfurecida Machorra.

— ¡Imbécil! ¡Estúpido idiota! ¡Mudo del diablo, y encima mari-cón!

Y siguió la retahíla de insultos ante un impasible *desgraciens*, que si oyó la tanda de improperios, nada dijo ni expresó. Y sonriendo, solito (¿solito?), se dirigió con paso idiosincrásico, por aquello de los callos que mucho le dolían, hacia la pensión de cero estrellas, ávido de *conversas* y *viajeos* por sus neuronas con su amante *Prometea*, que allí debía estar esperándole en la *habitación cuadrada dos esquinas*.

“EURÍPIDES”, en su aprendizaje de mal vivir, ético comportamiento y ansias de cultivarse por mor de la megalomanía de erudición que padece, tal vez sobrado de circunvoluciones cerebrales, vaya usted a saber, y a fuer de la ceguera y sordera que sólo le permite ver y oír cuantas ideas descabelladas discurren por sus sinapsis cerebrales, en el *nefastocolórico* ambiente que respira sin sufrir el menor síntoma de intoxicación (estoicismo y filosofía *euripidiana* a medias), dilata al máximo el menguado peculio mensual, una vez comido y bebido lo indispensable para subsistir. Porque, dilapidar, sólo en libros, inacabable chicle que mastica y le obliga a ocupar plaza de empleo X pese a su *inadaptismo* y *resbalismo*, no por gandulería, pues de cuello para arriba es actividad creadora de básica y primitiva filosofía, acorde con su inestabilidad económica, mal endémico en los marginados sociales con pertenencia y sin partido.

Nada de esto preocupa a un “Eurípides”, sobrado de alta moral, elevado vuelo y fuerte perseverancia, por encima de los estragos del vestir y comer, marciano en su platillo volante de *soledad acompañada*, pues sabe bien que es turista de paso en tierra de mortales, y habitante de una ciudad enigma, no tan enigma cada vez que las manecillas de su reloj con tictac sólo en circunvoluciones cerebrales, le advierte que han pasado veinte y cuatro horas en el calendario del tour de cuatro semanas.

Crear que hombres como “Eurípides” puedan regir el mundo, es imaginar una sociedad de desarrollo primitivo, disparatados pensamientos, muy mal vivir y contranatural morir sin heroísmo, como un payaso, con gran demora en el encadenamiento evolutivo irracionalmente lógico, y gran adelanto en conceptos básicos ético-estéticos, de cuyo retroceso (guerras, genocidios, amoralidad masificada y consen-

tida, anquilosamiento espiritual, BASURA), sí que pueden enorgullecerse el mundo de los *no Eurípides*. Adonde conduciría el caos *euripídiano* como el gandhiano y tolstoiano, es cosa que un día se preguntará nuestro *desgraciens*, con respuesta categórica, lejos de utopías que no entiende por razones de auténtica idiosincrasia, y negativos valores en la relación aritmética individuo-masa, pues sabe bien adonde les llevan los mandatarios de un mundo de necios súbditos, porque, justo es reconocer (diálogos por dialogar), que no hay ni habrá raza *eurípida* apta para gobernar y ser gobernada en este mundo de pocos D P Haches (pluralizando, claro) provistos de substancia gris pensando imposible de canalizar. Antes *emigrar* —diría *Eurípides*—, ni cuerdo, ni loco ni exaltado, siempre indiferente, pues sabe bien que es del ayer la muerte heroica, y no entiende la palabra MORIR, inventada por el *hombre-hoy...* para justificar su mal vivir, derrotismo con alta moral, contrasentido, sí, uno más entre tantas contradicciones.

IMAGINAR a nuestro DPH, incómodamente sentado frente a la pared (rincón confesionario por donde circulan las ideas a la vera de las hormigas), es cosa de cuerdos en un mundo de locos. Penetrar en las conversas de "Eurípides" con *Prometea*, si no es de sabios ni minoritarios círculos de confabulados eslóganes estilísticos, tampoco supone alardear de necios. Penetremos pues, que a "Eurípides" no le cuesta nada, y mucho al mundo que piensa en humano y obra en retrógrado, pese a lo sencillo del *dialogismo* que practica y que nada tiene en común con esnobismos literarios vanguardísticos sino con la autenticidad de las ideas; la idea misma rebotada con el espacio justo (diálogo-Morse, señal-descanso), más inteligible por supuesto, si al rechazo se le añade un blanco-pausa.

— los días son aburridamente incoloros e incoherentemente falsos. ¿Qué hacer o no hacer?

— me muevo y no me desplazo, y quieto, grito sin gesticular, y aunque me andan, espero, vegeto y consumo de la otra vela, y sin temor, soporto morados cardenales en las invisibles espaldas

— ¿te obligan?

— puedo aguardar a que las rocas y el tiempo mueran o hablen, y haya dejado de llover nada, y puedo quedarme y aguantar fuerte, y hasta puedo *emigrar*

— rebélate

— las ideas se sostienen sobre columnas de materia que es preciso consumir

— darles forma, querrás decir

— ¿y si no?

— pueden caerse en el pozo sin fondo de los objetos perdidos que aún no sé, ¿lo sabes tú?

— ¡tonto! No estaría aquí si me soplaran al oído el interrogante

— razonar no es bueno, pensar es malo, vivir es necio, y eso que en humano llaman MORIR, ¿qué es?

— nada

Prometea inició unos cortos pasos alejándose más y más de la manada borreguil. Y la lluvia siguió batiendo sobre las rocas mudas sin tiempo y los días sin huella.

— ¿cuándo llegaste?

— hoy

— ¿tu destino?

— ¡qué cosas dices! Me trajeron como a ti

— ¿te vas?

— no nos dejan quedarnos

— ¿llegan antes las águilas de raudo volar que las tortugas?

— llegan igual

“Eurípides” dejó caer pesadamente la cabeza contra la pared con sonido de piedra en estanque sin fondo, y *Prometea* vino a esconderse en su regazo.

— ¿qué es vivir?; dímelo sin palabras

— ¿y morir?; dímelo sin imágenes

— ¿y nacer?; dímelo sin dolores de parto

— los que están locos, ¿dónde están?

— ¿y los dormidos?

— no te oigo

No importa quién es quién en el *dialogismo eurípido-prometeano*, cuando las ideas rebotan de cabeza a pared y de pared a cabeza, o no

rebotan; circulan ininterrumpidamente como una cinta de imágenes-diálogos, y la lluvia cesa y no ha quedado una sola huella en la roca del tiempo-razonamiento. Y "Eurípides" se entrega indefenso en su estoico quehacer, cabeceando fuerte ante las agotadas neuronas que no le ayudan, cansadas, él no, de trazar en el aire humos interrogantes desvanecidos, y al fin, se queda dormido contra el muro ese, amorosamente arrullado entre el balanceo rítmico y suave de las piernas de *Prometea*.

“EURÍPIDES”, como maniático adicto a los libros con similitudes del erotómano al sexo, merece un corto capítulo aparte. Y aunque no es importante por intrascendente, ya metidos en ese su pobrecito mundo de aislada órbita y satélite único, bien está decir que él, no lee sino devora libros a costa de su menguado peculio, sin gafas y a cinco centímetros de la nariz (cosas de miope), y, lógico, se los come intelectualmente pues tiene boca de hipopótamo en circunvoluciones cerebrales, y por dientes, las neuronas, siempre dispuestas a morder fuerte en las letras esas. Y como no todo lo digiere, se ve obligado a releer y vuelta a empezar, ante el mare magnum que desfila ante sus ojos, desde la poesía, arte, ensayo y religión, hasta el racismo, ciencia, política y filosofía, bueno, filosofar, filosofea mientras *dialogiza* acertijos con *Prometea en habitación cuadrada dos esquinas*, y claro, mes a mes, sube en altura la pila de encaramados libros, de suelo a techo. Diríase que lo sustenta, y se ve en apuros para encontrar tanta temática entre aquella nunca vista clasificación perpendicular, consecuencia de su problema de espacio vital; y de algún modo se las apaña para evitar que la catedral librería se derrumbe cuando saca una piedra-libro, y lo calza con otro —así, poco a poco, cuidado, ya está—, *enfin*, que tiene manos de malabarista y una biblioteca singular. Y como ejemplo —de ejemplarizar, claro—, digamos que “Eurípides” rechaza los seriales de abultado lomo, las novelitas rosa, y las verdes hasta la pornografía, y también, las larguras heroicas de tremebundo y trágico final, pues tragedia y morir no rezan en su vocabulario con sentido humano, y por añadir más excentricidades respecto al capítulo que nos ocupa, podemos asegurar su completo desacuerdo respecto a que el viajar físico instruye más que el deambular entre moldeados de letras con buenas ilustraciones; pues una cosa es instruirse y otra distraerse, borreguil-

mente se entiende, y a él, lo último le importa un bledo, si para *viajar* le basta con sus neuronas, lejos, pero que muy lejos del fanático sibarita especializado en tocar con los propios dedos la antiquísima piedra fósil (chifladura de paleontólogos), o de quien presume de haber apoyado la espalda donde lo hizo Napoleón (estupidez), robado una estalagmita de las cuevas de Drach (gamberrada), o haber sentado el trasero donde lo hiciera Shakespeare (irreverencia); toque, apoyo, robo y sentada, que no tientan a quien no quiere ni puede viajar con los pies descalzos y los bolsillos vacíos, si encima rebosa de satisfacción con esa otra andadura por la autopista cerebral en *habitación cuadrada dos esquinas*, sin más compañía que sus libros y su amante *Prometea*.

Y así, machaca que te machaca y por razones de la hiperemia cerebral, hidrocefalia letruda, y la ley de la cefalización, nadie lo aguanta a su alrededor y menos lo entienden, salvo la hormiga esa, y él, que a sí mismo se soporta y comprende, como personajillo *que es* para una entronización de comedia bufa y única escena.

Muy importante: la gesta *eurípida* de la *Crónica de un DPH*, no pasará a la historia. Aun así, prosigamos, ahora con el otro Eurípides y la otra narración de novela dos, que si no... podemos perder el hilo.

LA cosa estaba movida, digamos bastante revuelta, y les cogió **linesperadamente**, y menos mal que no in fraganti, pese a que estaban todos, menos los muertos, claro (d. e. p. por el Lustre), y los ausentes, Panchito y el Mafioso, pues si llegan a estar, entonces sí que se arma. Nadie escapó de la redada de la policía que entró por la calle H en dirección al *Aparcamiento X*, y los pilló a todos; a Eurípides, inocente pagador de tanto plato roto; y a *sus amigos*, que mero-deaban en el susodicho lugar. Ella, es decir, él, sí, Violeta, gritaba y lloraba (más lloraba que gritaba), lamentándose de que por aquello de pintarse, usar tacones y teñidos, y el habla que Dios le diera, tuvieran que meterse con ella (él), porque —dijo entre lágrima y lágrima—, la culpa la tiene el Gobierno (no sabemos cual, de tantos habidos), porque ella (él) sólo era gay, y por ser homosexual la subieron al furgón seguida de la Machorra, macho cabrío del gremio, quien, sin pensárselo mucho, devolvía con brazos y piernas los porrazos recibidos, y tuvieron que ser dos a sujetarla, ¡vaya tía! El Maletero, mustio como una rosa marchita, siguió tras los pasos de Violeta, mientras el Camarotero lamentaba su mala suerte porque, ¡mira que llegar a puerto y meterme mano la *poli!* —se quejó—, aunque de tan borracho, apenas si se enteró de lo que ocurría y por qué ocurría. En cuanto al pobre Pacotieso, tampoco sabía nada y menos pudo expresarlo, pues le acometió una especie de taquicardia tartamuda con gaguera permanente, y no salía del ¿qué... ¿qué... ¿qué... ¿qué... ¿qué... y cuando parió el ...pasa?, ya estaba en el furgón el infeliz. De Eurípides, digamos que por variar sonreía, contento de hallarse ante una experiencia más de *biensabidolotodo*, que *biensabidolotodo* aún no está —se dijo para sus adentros—, y era obligado contarle a su amante *Prometea* los incidentes que allí podían ocurrir.

— ¡Eh, tú! —le gritó un policía a nuestro *desgraciens*—. Te encuentro muy callado y escurridizo. ¡Venga! ¡A cantar!

— ¿Cantar?... ¡Anda! ¡Si le apodamos el Mudo, guindilla! —le gritó la Machorra mientras trataba sin resultado de deshacerse de los dos fornidos guardianes que la sujetaban—. ¡A ése no le hacéis hablar, sencillamente porque no puede, idiota!

— ¿Qué no? —refunfuñó el que parecía capitanear al grupo de los guardias—. Ahora verás.

Y le sacudió un mamporro que hizo volar por los aires las gafas del pobre Eurípides, que el aspirante a cegato atrapó con un desesperado salto circense y por pura casualidad, encasquetándolas sobre la nariz como albarda al burro, porque bien sabía él lo difícil de desenvolverse sin aquellos gruesos vidrios que tanto significaban para su reducido entorno visual.

— ¿Y qué? ¿Te decides a soltar la lengua? —rugió el policía—. ¿Quieres confesar de una vez quién os suministraba la droga?

A Eurípides como si le hablaran en chino y, claro, segundo guantazo que esta vez no le coge desprevenido, bien sujetas las gafas con ambas manos.

— ¡A ver, tú! ¡Cachéale! —ordenó el *engalanado*.

Eurípides, sin esperar a que le registraran, entregó la raída chaqueta después de vaciar de los bolsillos el menguado peculio y una caja de aspirinas, otro de los imprescindibles aditamentos que siempre llevaba consigo por aquello de los doloridos pies.

— ¿Qué es esto? —le increpó la policía.

El aludido abrió los ojos sin acertar a descubrir lo que le señalaban.

— Aspirinas, teniente —aclaró el guardia que le registraba.

— No me ffo... Pueden contener droga... Habrá que analizarlas. ¡Venga! ¡Ahora te toca a ti! —se encararon a Violeta— ¡A desnudarse!

— A mí no me pones tus sucias manos encima —se protegió el aludido.

— ¡Encima, debajo y donde haga falta, marica! —masculló el guardia.

Y entre lloriqueos y protestas, nada le encontraron al Violeta como no fuera aquello que desentonaba con su figura y porte afeminado.

Maletero y Camarotero se ofrecieron dócilmente a ser cacheados, con resultado negativo, y Pacotieso no arrancaba del yo... yo... yo... yo... yo..., de disco rayado, y por supuesto con infructuoso registro también. Sólo quedaba el plato fuerte de la Machorra, a quien tenían acorralada contra la pared, resistiéndose de los ataques furibundos de los guardias que al fin pudieron registrarla sin contemplaciones.

— Ya está... Marihuana y porros. ¡La hedionda ésta! ¡Mire! —mostró el guardia a su jefe lo que acababa de extraer no sabemos de qué parte, de tantas manos manipulando sobre el cuerpo de la desgraciada.

— ¡Hijos de perra! —chilló la Machorra—. ¡Me las pagaréis!

— Tú sí que lo vas a pagar... Y con muchos días de calabozo. Los demás, ¡a la calle! —rugió el capitoste.

Eurípides cojeaba (cojera, claro, a causa del callo que le pisaron, aparte los muchos porrazos recibidos sin comerlo ni beberlo). Y con varios moretones en el rostro, siguió en pos de *sus amigos* que no lo eran sino por aquello de las necesidades perentorias y el desempleo, *enfin*.

AL Mafioso, un color le iba y otro le venía de sólo pensar si caerían él y Panchito en las manos de la policía, en el supuesto que la Machorra cantara, que no cantarfa, pensaba él, entre otras razones porque la drogadicción le hacía imperativo el suministro de la droga, claro, en cuanto la soltaran, con toda seguridad muy pronto por aquello de la falta de metros cuadrados para encerrar a tanto delincuente. Y enterado del encierro de la fulana y la puesta en libertad de las palomas mensajeras de *Aparcamiento X*, envió a un mafioso (con minúscula) en busca de Eurípides y *sus amigos*, citándolos en *Aparcamiento Z*, porque el X estaba bajo vigilancia policial.

— ¿Y qué pasó? —preguntó el Mafioso.

— Pues ya lo sabes —se adelantó Violeta en la respuesta—. Cantar, no cantó nadie. El Mudo no soltó prenda, pese a los porrazos que le dieron.

— Si es mudo, ¿cómo iba a chivarse, idiota?

— Bueno, el caso es que se portó como un valiente, pues de lo contrario, ya estarías en chirona con Panchito.

Y Eurípides sin enterarse de su valentía y fidelidad al supuesto jefe.

— ¿Y la Machorra?

— Iba forrada de porros y marihuana. Y claro, la pusieron en cuarentena como a una apestada.

— ¡Está bien! ¡Está bien! —alzó la voz el Mafioso—. Lo tengo todo dispuesto: dinero, coche en la puerta y un lugar para escondernos. No hay tiempo que perder. Se olvidarán de nosotros. ¿Cuántos somos?

— Cuenta conmigo —se adelantó el Maletero—. Y con Violeta también, pero el Camarotero no viene pues se largó para el Caribe por una larga temporada.

— Uno menos —sentenció el Mafioso—. Por mí puede irse al infierno. Ese no me preocupa. Quien me tiene en ascuas es la hedionda de la Machorra, por aquello de si cantará; aunque es dura de pelar la jeringada. Aun así, no podemos arriesgarnos. ¿Y Panchito?

— El infeliz ha recurrido al truco de cambiar de mercancía. Ahora ofrece novelas rosa y pastillas de menta a la espera de que se tranquilicen las aguas, pues es mucha la marejada... Para estallarse de risa. Por otra parte, asegura que adónde va a ir él sin sus dos ruedas. Y ha decidido seguir con el carricoche.

— ¡Que se vaya a hacer gárgaras! —se cabreó el Mafioso—. Ese no hablará por la cuenta que le tiene. ¿Y tú? —señaló a Pacotieso.

— Yo... yo... yo... yo...

— ¡Tú te vienes con nosotros, gago del diablo!

Y es que la gaguera de Pacotieso, de *trifállida* había pasado a paroxística, y ya veremos si, "sublata causa, tollitur effectus", *enfin*, que todas las miradas convergieron en nuestro D P H el Mudo, quien, sin pensárselo mucho, empezó a mover negativamente la cabeza.

— ¡Cómo que no! ¡Será imbécil este tío cuya mudez todavía no me creo! ¿Qué esperas, muerto de hambre? ¿Acabar con tus huesos en la cárcel en cuanto la policía te eche de nuevo el guante? ¿Y de qué vas a vivir, desgraciado, en cuanto te quedes sin blanca? Y dime, ¿con qué pasta vas a comprar tanto libraco? Que aún no sé para qué diablos te sirven, si los vendes o te los comes. Y aclárame, ¿cómo vas a pagar a la patrona el cuchitril donde mal vives y peor duermes? ¿O no es verdad que días pasados casi te echan escaleras abajo?

Eurípides se quedó con la cabeza entre el sí y el no como barco a la deriva, pues sabe bien lo mucho que le cuesta vivir, y que en la pila de libros se le iba gran parte de su peculio; y dejar sus lecturas y *viajes* con *Prometea*, eso nunca. Y fue así cómo nuestro *desgraciens* acabó consintiendo, por supuesto sin entusiasmo aunque a la postre — pensó para sus adentros—, si *biensabidolotodo* aún no está, puede ser una nueva experiencia que contarle luego a *Prometea*.

Bien sabía Eurípides que el empleo del desempleo no le daba ni para comer, y buscarse un oficio decente con aquella pinta y vista de tan poco alcance que tiene, era poco menos que imposible. Pero, ¿adónde le llevaban? ¿Adónde?... No le dieron tiempo a dilucidarlo, pues montándolo en la última adquisición rodante del Mafioso Robacoches —dicen los enterados que adquirido con dinero contante y sonante—, se lo llevaron camino de sabe Dios qué escondrijo.

FUE un secuestro en regla, de contados voluntarios, muertos de miedo todos menos uno que sabemos (*acardiano* que sigue siendo); miedo a la policía y pánico al Mafioso y sus compinches armados que no soltaban prenda del lugar adonde les llevaban. Y fue así como de pronto, el bólido enfiló la carretera, no se sabe cuál, aunque tiene prisa el jeringado —pensó Eurípides.

La huida tenía similitudes de rally para un solo coche, y hasta hicieron “motocross” en el cuatro ruedas, lo que obligó a Eurípides a sujetarse las gafas por culpa de tanta “brincadeira”. El caso es que después de un largo recorrido, llegaron a una casucha donde el auto se detuvo, siempre con el motor en marcha.

— ¡Todos abajo! —apuró el Mafioso pistola en mano—. Que cada uno encuentre su sitio. Hay comida de sobra...Y camas. ¡Pero que nadie abandone la casa mientras voy en busca de los otros! ¿Entendido?...¡Abur!

Y desapareció como vino, después de dejar a un par de bandoleiros al cuidado y vigilancia del grupo. Y dado que no había humor y sí mucha hambre y cansancio, cada cual buscó y halló comida y lecho que no faltaban, aunque Eurípides optara por lo último, puesto que conocía sobradamente el mal funcionamiento de su tripa. Y mientras descansaba, no se enteró de la llegada de nuevos compinches, pero sí echó de menos a *Prometea* y a sus libros, lo que le impidió *siestear* a falta de *dialogismos* y *conversas* en *habitación cuadrada dos esquinas*.

Aquello no olfa bien y podía oler peor, y el temor aumentaba entre los componentes del grupo, poco dispuestos a huir ante la extremada vigilancia y las amenazas del Mafioso. Fue entonces cuando Eurípides decidió escapar, harto de tanto encierro. Con aquella

cara de bobalicón despistado, y la defensa a ultranza que Violeta había hecho de su persona, al soportar los golpes sin chivarse, y pese a la observación despectiva del Mafioso respecto a su fingida mudez, nadie se cuidó de vigilarle ni le hacían el menor caso. Y pensando en aquella expresión que reza: "pies, ¿para qué os quiero?", que ya haré autostop si es necesario, Eurípides decidió dirigirse al lugar donde su olfato le decía que allí debía estar la dichosa carretera. Mientras tanto, el Mafioso iba y venía por razones de sus trapicheos y sucios negocios y la megalomanía del poder gangsteriano a lo Al Capone, con coche y hembra a la puerta. Y aunque no le asustaban las idas y venidas de tanto mafioso con minúscula y pistola, pensó que muy fea debía estar la cosa cuando el Mafioso mayúsculo había ordenado la cuarentena como si se tratara de una viruela. Y Eurípides, poseído por el síndrome de abstinencia de *habitación cuadrada dos esquinas*, se dijo a sí mismo por enésima vez, que ya estaba bien de mafiosos y sus compinches; que no aguantaba más; que aquello tenía que terminar: que era mucha la melancolía y nostalgia por la ausencia de *Prometea*; ¡que se largaba, vaya! —finalizó el queísmo.

Y se fue, pese a callos y tropezones, despistes y reconsideraciones, que las hubo, y acabó por alejarse de *sus amigos*, digamos, como despiste de despistado, pues una semana estaba bien, pero... ¡quince días!

Y echó a correr sin más reconvenções ni monsergas, quién lo diría, correr él, con la vista de poco alcance y aquella pinta de derrengado que tenía. Y al fin pudo llegar a la carretera X, donde hizo autostop mano en alto como un Führer petrificado, descalzo por aquello de los callos que mucho le dolían, y con tan buena fortuna, que un camionero le condujo a casa, ansioso que estaba de *Prometea* y de *habitación cuadrada dos esquinas*, *enfin*, que así fue el retorno a la pensión de cero estrellas, ubicación idónea del otro "Eurípides", de quien ahora nos ocuparemos.

DESCALZO y con el trasero en el húmedo suelo —lo que explica el porqué del reuma y los dolores—, “Eurípides”, cuya mente no calza zapatos ni sus neuronas cerebrales precisan de posaderas, puso la tarjeta contra la pared a modo de barrera de paso a nivel, y obligó a las hormigas a dispersarse, aunque todas volvieron a la fila como borregas. ¿Todas?...No, que allí estaba *Prometea*, lejos de la manada borreguil, pensativa, silente y vacilona.

— Ven —no sabemos si pensó o dijo “Eurípides”—. Te esperaba con impaciencia. Tengo que hablarte.

Y aunque nada es importante en estos *viajeos* por las circunvoluciones cerebrales, merece la pena escuchar lo que hablaron en el rincón de las confidencias. Y allí, en el escondrijo aquel del cuartucho que ambos habitaban, no se sabe quién, inició la *conversa*:

- libertinos y prostitutas sin espectáculo...Largo aburrimiento
- mascarada, querrás decir
- cien burdeles sin cabaret que no cuestan nada, pero te pagan aunque te dejen el alma hendida. ¡Qué hediondez!
- ¿filosofeas?
- apesto de olor a burdel
- los buitres seguirán comiendo de la carroña en el comedero de miasmas, cuanto más putrefacta, mejor; eso que llaman vivir y es sólo miedo a morir
- bailo a diario el mismo baile
- sin saberlo o *sabiendolotodo*, no ignoro ni olvido que cada ave necrófaga lleva dentro otro buitre de hambre insaciable que va devorando a los vivos a poco que van muriendo

— dímelo a mí

Prometea apoyó una mano y “Eurípides” estiró una pata, que es igual quién es portador de qué.

— ni hombre ni hormiga quisiera ser (no se sabe quien lo dijo)

— ¿de la manada?

— del pozo de los vivos-muertos, que fraseando distinto dice igual

— ¿otra vez filosofeas?

— dime, si te ponen en cuclillas, ¿qué otra cosa puedo hacer?

— las turbas le rinden pleitesía

— ¡muera el rey!

— somos sus súbditos

— guillotínemos nuestro tiempo

— todavía es pronto y aún no está *biensabidolotodo* (tampoco se sabe quien aplazó la ejecución)

“Eurípides” bajó la cabeza, ‘Prometea’ se detuvo, y un dúo de pensamientos estableció un circuito corto en tercera no disonante.

— ¿gozar del burdel de la vida?

— ¿compartir la existencia sin un pedazo de muerte en la mano?

— podemos acabar en un hospital o hedionda chavola

— busquemos la muerte en la vida

— ni lo uno ni lo otro me divierte

— todo lo es una y misma cosa del quehacer humano

— querrán inducirnos con propuestas de cambio y torcedura

— tendrán que empujarnos con sonido de caída y estacada

— ¿durará mucho?

— ¿tiempo y hora?

El dúo acabó roto en acorde disonante.

— ¿te animas? Cualquier momento es apropiado para quitar el péndulo al reloj

— no puedo obligar al sueño a que me despierte, si *biensabidoloto* aún no está

Semidormidos en el sombrío rincón, abrió "Eurípides" un ojo (el otro es perenne actividad), y abrió los dos *Prometea*.

— ¿nos vamos?

Y bien cogiditos de la mano, borrachos de *viajeos* y *conversas* (juerga de cabaret por las circunvoluciones cerebrales), se fueron a la cama.

EURÍPIDES recibió una carta, inaudito, ¿una carta él? ¿Quién podía escribirle? ¿Sus amigos, tal vez? Pronto lo sabría cuando, sin gafas y a cinco centímetros de la nariz, leyó la misiva donde le citaban en la Caja de Reclutas, a él, que sólo sabe de *dialogismos* con *Prometea en habitación cuadrada dos esquinas*. Y pensándolo bien, quién lo diría, ¡ya encontré empleo decente!, —exclamó para sus adentros—, sin acordarse de las veinte dioptrías miópicas ni sopesar si era o no apto para el oficio de soldado raso, empleo, por otra parte, imposible de rechazar puesto que se trataba de una obligación ciudadana sin posibilidad de excusa, como no fuera la de objetor de conciencia, pues objetor inconsciente de cuanto se le pone por delante, sí lo parece. Y allá fue nuestro *D P H*, convencido de que le ofrecían una imaginaria oferta de trabajo. El caso es que abandonó la pensión con pies de plomo para evitar el acoso de la patrona (rondaba el fin de mes), encaminándose hacia la Caja esa, y pensando una y otra vez en el pro y el contra de tan sorprendente noticia. Pero no tuvo opción a seguir con el pensamiento que atornillado estaba en su sesera, ni se dio cuenta y menos podía imaginar que alguien le seguía, concretamente un auto con varios ocupantes en su interior. Y ocurrió... Sí, como en las películas de suspense: un coche se detiene junto a nuestro *desgraciens*, y dos sujetos con cara de forajidos, abren la portezuela y le fuerzan a entrar en el auto.

— Hola —le habló una voz conocida, no otra que la del Mafioso Robacoches.

Eurípides dio un salto, bueno, lo intentó pues se lo impidieron sus dos fornidos secuestradores.

— Fugitivo traidor —le apostilló en tono burlón don Mafioso—, y menos mal que no delator, de lo que te creo incapaz, no tanto por-

que no tengas lengua, pues la tienes por muy Mudo que te apoden, sino porque no estás precisamente sobrado de arrestos. Y además —sonrió apuntándole con el dedo—, ¿eres o no mi amigo?

Eurípides asintió afirmativa, tranquila, y por supuesto mudamente, que de pálido nada, pues el corazón, y no otras cosas, le funciona muy bien, por aquello del *acardianismo* congénito que padece.

— ¿Adónde ibas si se puede saber? —fue la nueva pregunta del Mafioso—. La comisaría está a la vuelta de la esquina. ¡Y no se te habrá ocurrido la maldita idea de delatarme!

Eurípides le mostró la carta por respuesta, donde le citaban en la Caja de Reclutamiento.

— ¡Vaya, hombre! ¡Qué tío! ¿Sabes lo que te digo? Que al fin encontraste empleo —rió de oreja a oreja.

Y añadió sin dejar de sonreír:

— De veras, ¿te gustaría ir al cuartel?

Nuevo asentimiento afirmativo de cabeza.

— Al menos acallarías el hambre, ¿no?

Eurípides cabeceó una vez más, naturalmente de arriba abajo.

— Pero hombre de Dios. Con ese culo de botella por gafas, y esa pinta de desgraciado, no llegas ni a soldado raso.

Y siguen los cabeceos, ahora negativos, y continúa el diálogo que bien cabría tachar de monólogo.

— Mira por donde te voy a dar una oportunidad...Sí, la solución de tu problema del hambre, diablos. Aflojaré pasta y te pondrás unas lentillas. ¿Me oyes, idiota? Y lárgate a la mili, pues a lo mejor llegas a general —se carcajeó una vez más—. Pero eso sí, ¡cuidado con soltar la lengua, y graba bien en tu meollo de retrasado mental, que eres mudo por partida doble! ¿Sabes qué le ocurrió a Pacotieso?

Quinto cabeceo, negativo también.

— ¿Y cómo vas a saberlo si te fugaste del escondrijo, granuja? Pacotieso no está tieso pero está, sí, en el hospital, con dos balas en el brazo. ¿Por qué? Porque se fue de la lengua el muy chivato. Pero ahora, te puedo asegurar que de tartamudo ha pasado a mudo, como tú, porque de sobra sabe el desgraciado que si me delata, la próxima

vez, las dos balas se las alojaremos en el cráneo. ¿Entiendes, bobalición?

Sexto asentimiento con aguante de improprios, y el Mafioso que sigue amenazando:

— Estos que aquí ves, llevan pistola y te van a vigilar. Si me denuncias, ya lo sabes, como a Pacotieso, pero aquí —le señaló a la cabeza—; que ya estoy harto de mudos y tartamudos, y debes saber que no te necesito, entre otras razones, porque no me sirves para nada, imbécil, pero compro tu silencio, ¿entiendes? Con otras palabras: no me conoces; ignoras como me llamo; no sabes nada. ¿Enterado? —alzó la voz amenazadoramente.

Séptimo y último cabeceo, afirmativo por supuesto, y el Mafioso que introduce un buen fajo de billetes en la raída chaqueta del aspirante a soldado raso. Poco después Eurípides descendía del coche muy tranquilo, en un bolsillo la carta y en el otro el dinero, sin saber si soñaba o estaba despierto, porque secuestro tan rápido y de tan feliz solución, sólo a él.

Estaban ocurriendo cosas muy extrañas que a Eurípides no le sorprendían ni atemorizaban, *enfin*, que mientras con una mano sujetaba los billetes y con la otra la carta, se encaminó no precisamente al recinto cuartelero sino al otro donde despachan las lentillas. Había decidido optar por el empleo de soldado raso; si funcionaría o no, pronto lo sabremos, pues él, por intentarlo no quedará.

HAY un despido, *euripidiano* cien por cien; merece capítulo aparte, ahora sabremos por qué. "Eurípides", y Eurípides también, se presentó en el cuartel sin gafas y con lentillas, bien camuflada la cosa miópica, más feo si cabe, pero dispuesto a intentar lo imposible: el empleo de soldado raso. Y claro, como no todo era problema de dioptrías, a nadie extrañó que le consideraran no apto para menesteres cuarteros, y fue rechazado tras las pruebas de rigor, vaya, un despido más en principio, digamos que por enésima vez como olvido de número. Bípedo humano de peso normal y talla física suficiente en longitud y amplitud, y por tanto, somáticamente útil para entrar en el Servicio Militar, lo difícil fue funcionar, pues el fallo radicó en la baja (alta) talla mental. Y ahí cantó el gallo: él, que en nada militaba por inepto, se bajó los pantalones, y señalando hacia la cintura les preguntó (no lo aseguramos si en verdad era mudo): — ¿Dónde la cuerda, señores? ¿La ven ustedes?...Yo no—. Y los señores del vocabulario *euripidiano*, militares de alta graduación, se quedaron lelos, y ante la sospecha de si estaría loco, decidieron someterlo a un minucioso examen. Y aunque nuestro *D P H* alegó que no llegaba a muñeco para museos de disciplinados hombres-cuerda, caramba, pues no le iba aquel andar adelante y atrás, y dar patadas a nadie, ni siquiera al suelo cuando un *engalanado* grita fuerte; ni tiene un manillar en el pecho para girar a derecha e izquierda como bicicleta de dos ruedas, y menos puede portar en hombros lo que no entra en el corazón, *acardiano* también para lo castrense, *enfin*, como no le entendieron, quedó allí, acuartelado, para un nuevo y más exhaustivo reconocimiento a diversos niveles.

Hubo pleno jerárquico, tribunal, juicio, examen somático-psíquico con gráficas para llenar una papelera, encefalogramas, pruebas de

simulación (por si las moscas), todo en orden. Y ante el asombro de Eurípides, dictaminaron con interrogante: ¿OBJETOR DE CONCIENCIA?...No se sabe. ¿Qué dice la ley?... Pues de momento al calabozo mientras se estudia el caso.

Objetor de conciencia y de tantísimas cosas más (no lo sabrían nunca), lo pusieron entre rejas. ¡Qué mundo éste! ¡Un *D P H* tras los barrotes! ¡Y qué incongruencia! O mucho pelo o te rasuran del todo. Y así fue como lo dejaron, igual que una bola de billar, aunque no pudieron pelarlo por dentro pese a razonamientos, que los hubo, nada convincentes para una testa de indisciplinado *desgraciens* no evolucionado, con y sin calabozo.

Buenos días, señores, le costó otra temporada de rejas, pues nunca se había oído léxico igual en el recinto cuartelero. Antigualla de hombre éste: saludar así a un superior —le recriminaron mientras seguían pensando que aquella cabeza no regía bien pese a la normalidad anormal de historial tan apretado, que obligó a otro exhaustivo examen de muy abultada carpeta—, total, nueva rapada cero-cero-cero, encierro, y el nuevo pelo que retoña torcido, pues no era personaje de talla para un lavado de cerebro.

Fregachín, limpiabotas, botones, camarero de hotel pocas estrellas, emisario en el círculo de *sus amigos*, escobillador de suelos, aparte presidiario uniformado a semanas alternas, llegó un momento en que los Superiores decidieron despedirle por inoperancia oligofrénica congénita irreversible (que así rezaba el diagnóstico), *enfin*, una experiencia más de *biensabidolotodo* —le contaría luego a *Prometea*.

SE lo dijo la patrona de la pensión con cara de pocos amigos, pues la noticia salió en primera plana de los periódicos sensacionalistas y con letras de cuerpo doce: "LA MACHORRA, MUERTA EN PRISIÓN. SE PEDIRÁN RESPONSABILIDADES". Y nada extraño, si la susodicha persona era sobradamente conocida por los chupatintas de periódicos y revistas de poco alcance cultural, y por supuesto, en los bajos fondos del barrio en que siempre habitó. Murió, sí, no se sabe si a consecuencia de las palizas para obligarla a cantar, o aquejada del síndrome de abstinencia por falta de la consabida droga. Versiones para todos los gustos, pues ya habrá investigación —dijeron los responsables a sabiendas de que no la habría, porque nadie iba a mover un dedo en favor ni en contra de la desgraciada.

— Es que era tu amiga, ¿no? —le señaló con el dedo enhiesto la irascible patrona, más acusadora que condolida.

Eurípides asintió con la cabeza.

— Y es que te acostabas con ella, ¿verdad?

Esta vez negó, pues bien sabía él del resultado que ya sabemos, cuando se le ofreciera para hacer el amor en la pocilga aquella.

— ¿Y qué haces ahí parado mirándome como un idiota? ¿O es que no has leído —volvió a la carga *esqueizante*, punto flaco gramatical de la patrona—, que el entierro sale dentro de una hora? Dime, ¿era o no tu amiga?

Nuevo cabeceo afirmativo.

— Debí suponerlo. ¡Vaya clase de amistades! Y menos mal que no te pasó por el meollo traérmela aquí. ¡Morirás como esa infe-

liz!...¡Sí, en la cárcel! ¡Y sin una perra gorda! Y por cierto, hablando de perras, ¿cuándo piensas pagarme el alquiler?

Eurípides introdujo las manos en los bolsillos volviéndolos al revés.

— ¡Largo de aquí, granuja! —le gritó enfurecida—. Y no vuelvas sin la pasta porque...—le hizo un significativo corte de mangas.

Y el pobre hombre salió a toda prisa, maticemos, todo lo aprisa que le permitían sus doloridos pies, perseguido por la carretada de insultos soeces y amenazas de la irascible patrona. Y se encaminó con paso *idiosincrásico* hacia el hospital para asistir a un entierro donde él y el enterrador, aparte la difunta, serían los únicos asistentes, puesto que el resto de *sus amigos* no harían acto de presencia, atemorizados tal vez ante una posible aparición de la policía. Y tuvo que enfrentarse a una inhumación, con muerta y enterrador por supuesto, y un solo condolido, aunque de condolencia, nada, *enfín* que todavía se preguntaba si su venida al camposanto se debió únicamente a las exigencias de la patrona, lo que tampoco comprendía, pues si buscaba dinero, en aquel lugar no lo iba a encontrar. Y allí fue Troya, cuando el sepulturero empezó a darle a la lengua ante un Mudo que bien podía pasar por la muerta en cuanto al habla se refiere.

— ¿Es usted pariente de la finada?

Cabeceo negativo.

— ¿Amigo?

Encogimiento de hombros.

— ¿Algún benefactor de la muerta?

Levantada de cejas de quien *no sabe*.

— Entonces, ¿quién diablos es usted y qué hace aquí?

Eurípides alzó ambas manos haciéndose el despistado.

— ¿Y quién va a darme la propina por el enterramiento? —arrojó la azada sobre el mísero ataúd a medio cubrir.

Eurípides le volvió la espalda y el enterrador masculló unas palabrotas. Poco después robaba un par de rosas que sustrajo de un suntuoso mausoleo (y en esto no hacía honor de profesionalidad con el grupo de *sus amigos*, pues también don Dinero está mal repartido

en lo de la flores y entierros), y fue a arrojarlas en la zanja con el féretro a medio sepultar donde reposaba la Machorra. Ni un suspiro, ni una lágrima, ni tampoco una oración; nada de nada, pues ya sabemos cuál es su pensamiento respecto al *autobús* y la *emigración*. ¿Y qué hago yo aquí? —se preguntó—. Y la respuesta le vino en forma de mensaje escrito a la salida del cementerio: "Templo de la verdad es el que miras. No desoigas la voz de quien te advierte, que todo es ilusión menos la muerte"...Pero no; no iba con él aquella sentencia filosófica, aunque de verdad pensara que *biensabidolotodo* aún no debe estar, a la vista de lo ocurrido en el camposanto.

— ¡Mudo! ¡Mudo!

Y el mudo, que no sordo, se volvió para toparse sorprendidamente con Panchito el del carricoche ambulante, único espectador presente en el entierro —aparte del muerto, el enterrador y el supuesto condolido—. Embozado en una bufanda (ni hacía frío ni se mostraba acatarrado), y bien encasquetada la sucia gorra, cosa poco habitual en él, no había Dios que lo reconociera.

— ¿Y la *poli*? —preguntó.

El Mudo se encogió de hombros.

— ¿No han venido?

Segundo encogimiento.

— ¿Sabes?...Todos tienen miedo y se han escondido porque piensan que la policía podría presentarse aquí...Sí, otra redada, claro. De veras, ¿no los has visto por estos lugares?

Eurípides abrió las manos y miró a su alrededor por si allí estaban, que no estaban.

— Te diré un secreto —dijo Panchito aún con más sigilo—. Se acabó la venta de novelitas rosa, chicle y caramelitos. El Mafioso Robacoches ha vuelto al negocio. Tengo también novelas porno, ¿quieres?

El aludido las rechazó con una mano extendida, pues estaba a muchos años de luz de la temática.

— Y preservativos.

Nuevo rechazo con la otra mano de quien nada tenía que preservar por lo que sabemos.

— Y heroína, muchacho. Los camellos me la han suministrado. Te la dejo...sin pasta, que ya me la pagarás. Tienes cara de bobalicón honrado, y no como la de...e. p. d.

Pero Eurípides andaba ya camino de *habitación cuadrada dos esquinas*, a la espera de nuevas *conversas* y *viajes* con su *Prometea*.

SE lo enseñaron a "Eurípides": habitación cuadrada tiene cuatro esquinas; a él le sobran dos y mucho de lo en ella ubicado. ¿Por qué?... También aprendió a no contestar rotundamente, sin antes dar un rodeo. ¿Difícil? No mucho cuando se usan gafas cerebrales sin aberración prismática, que si paganos y cristianos erigieron templos y altares, y esculpieron ídolos e imágenes como símbolos para pensar, él, sólo tiene un desolado rincón, pared blanca, baldosas, una hormiga, y la silla desvencijada esa, que no usa pues se sienta mejor sobre y entre los libros para el baño diario en letra impresa, y eso sí, orina cuando tiene ganas y sin apuros (narrativa por narrar), y alguna que otra vez, duerme en la cama del cuarto rincón, pues del tercero ya sabremos. En cuanto a la susodicha primera esquina es sólo para un diálogo-confesión-comunión con su amante *Prometea*, y lo más importante del habitáculo que se cuestiona: el laberinto de libros mal ubicados, con escasa categoría de biblioteca, y por supuesto, nada de lomos relucientes en oro y piel ¡no son para verlos ni es prohibitivo tocarlos!; son, bien lo sabe él, ¡para leerlos! y si es posible asimilarlos, porque nuestro *D P H* tiene mucho en cabeza intro, bien arraigado con remaches indestructibles: *euripidismo* se llama; que así es nuestro hombre y no hay Dios que lo cambie.

Prometea esperaba (extraño), sin tarjeta (autodeterminación), cada vez más involucionada (inaudito en un mundo de evolucionadas hormigas con similitudes de *hombre-hoy-made-in-necius-universus*), fuga prematura (algo ocurre), pateando impaciente (cosas de mujer), pues ella nunca vino y fue él siempre a su encuentro, y difícil, muy difícil saber quién es quién en el diálogo con las ideas, descifrable de sencillo *que es*:

- llueve y no veo el agua
- habrás perdido un sentido, o dos, y aún sin los cinco, lo sabes bien, podemos respirar
- anomalía congénita esa, la de pulmones en el cerebro
- es que respiro para pensar
- entonces, lo de pienso, luego existo...
- tradúcelo en existo porque no pienso lo bastante
- te encuentro alegre
- no más que tú
- ¿pensamos?
- todavía prefiero existir

Ni apesadumbrado "Eurípides", ni apesadumbrada *Prometea*, divertidos pero que mucho, siguieron respirando fuerte pese a la hondura del fraude *dialogista*.

- ¿cuesta mucho abrir la lata y extraer la sardina?
- cuesta lo que un abridor cualquiera
- entiendo
- ¿tienes hambre por mor de la *emigración*?
- tengo náuseas de encierro. Me emparedaron en aceite, y a esperar a que abran el envase
- a mí en tomate y con ansias de putrefacción. Creo muy difícil esperar
- ¿entonces?
- puedo derrumbar las columnas del templo sin matar un solo filisteo
- y yo cortar la cabellera a Sansón con mi afilada tijera
- ¿y a qué aguardas?
- saber si hastío, angustia, desesperación, pasión que ciega y muerte heroica, es imperativo *biensaberlas* antes de *emigrar*. No figuran en mi diccionario abreviado

- humos para otros vientos
- entonces, ¿volvemos a la manada?
- ¡no hay otro remedio!
- ¿y si no volviéramos?
- con tanto ruido no se notaría

Dormidos en el duro suelo, dejaron cerebralmente de respirar, y pasó el peligro, ya lo dijo, no sabemos quién, "Eurípides" o *Prometea*: existo porque no pienso lo bastante para dejar de existir.

CANSADO "Eurípides" de esperar, sabedor de que los amantes esperan nerviosos, pasean nerviosos, pestañean nerviosos, las uñas devoran nerviosos, él, sólo aburrido ante la falta de oxigenación cerebral, cogió el lápiz para escribir en la pared —por allí andaba *Prometea*—, la carta dirigida a su amante que ahora transcribimos; simplezas sólo importantes para la *Crónica de un D P H*, que por supuesto no pasará a la posteridad; pasarán otras cosas.

"Querida *Prometea*: No has venido y es fin de semana, pero te excuso pues sé bien del poco tiempo disponible. ¿Habrás pillado la gripe inglesa?...Porque, no ignoras que sufrimos invasión goda, y hasta he pensado también...¿Qué estupidez! ¿Abandonarme, tú? ¿*Emigrar*?...Nos juramentamos con un NO rotundo en tanto no estuviera *biensabidolotodo*. ¿Has descubierto algo relativo al *autobús*, té amargo que tanto asusta al *hombre-hoy*...? A nosotros nos va bien si lo endulzamos a dúo en las sinapsis cerebrales, drogadictos de las ideas, pues acalla la protesta cívica y la otra menos cívica que tildan de gamberrada. Pero mis nalgas y pantorrillas están al rojo vivo por culpa de cuatro horas de frustrada tarjeta en vilo, y no ignoras cuanto precisamos tú y yo, de *conversas y viajeos, enfin*, tal vez sea mejor *emigrar*. Y me pregunto si me habré vuelto sensible, de tan indiferente, aunque no me lo creo, y hasta pienso en lo que nos perdemos los dos por no ser carne de manada y emborracharnos como ellos; se estila, lo sabes bien, como paño de borrar lo escrito con tiza en la pizarra intracraneal... Ya sé, no me va el alcohol, ni tengo celos, pero te necesito. Y vayamos a otra cosa: hoy me han zurrado (cotidianidad nada extraña), y me duelen las tripas de revolcarme en el chiquero para un negocio con whisky y pepsi-cola, y éste que te escribe, de *intermediario*. ¿Qué no lo comprendes? Lo entenderás enseguida si

aclaro que whisky y pepsi son sustituidos por marihuana y unas letras (L S D), y aunque pensé negarme, es imperativo pagar a la patrona y ponerme al corriente en la librería, aparte de que si me niego van a llamarme idiota o mentecato, y no entiendo el porqué ser moral es inmoral además de tonto; y acabaré creyéndomelo pues a la postre, dudo ya si se anda mejor cuando se tropieza más, o al contrario. Dicho de otra manera: si no es preciso ser listo sino parecerlo, con equivalencias a tener la cara que no tengo, y no me sirve ni prestada, *enfin*, escrúpulos me sobran tantos como pelos, porque putas, muchas, casi al compás de los pestaños. ¿Qué si me duelen los palos? ¿Has olvidado aquello de espaldas históricamente confeccionadas para encajarlos? ¿Qué no te lo dije? Pues te lo digo ahora, mi amor, y me gustaría discutirlo contigo, aunque no sé cómo terminará todo este enredo. Bueno, si llegas tarde y me encuentras dormido, ya sabes, despiértame”.

Pobre “Eurípides”. Quien llegó de madrugada con el recibo en la mano fue la patrona, que al verle dormido en el suelo con el lápiz entre los dedos, lo despertó a grito pelado y llamó loco de atar y otras muchas lindezas.

— ¡Santo Dios! ¡Escribir cartas de amor en las paredes! ¡Si será guarro!...Entiendo: muerto el perro no se acabó la rabia, pues para ti, sinvergüenza, a rey muerto rey puesto, y si la Machorra la palmó, ahí está la sustituta. ¿Cómo dice aquí que se llama?... ¡Prometea! ¡Qué nombre, Dios mío!

Y dio comienzo el *esqueísmo*:

— ¡Es que no se estila, hijo! ¡Es que es cursi! ¡Es que...!

Y lo llenó de improperios, de retrasado mental en adelante, y hasta casi le sacude un soplamocos.

Pero “Eurípides”, cabeceo va y cabeceo viene, afirmativos, claro, se las ingenió para arreglar la metedura de pata que había desatado las iras de la patrona: la pared con blanco albeo de propia mano y respeto a la geografía, pues bien sabía él por donde andaba suelta y tal vez perdida, su amante *Prometea*; y el berrinche de la dueña, cor sonido de monedas, las últimas que le quedaban, pues a ese din todos le rinden pleitesía, y si no, ¿quién dijo que en nuestra Era no obran ya los milagros? Porque milagro fue que la susodicha patrona no lo pusiera de patitas en la calle.

EL disfraz atrae al hombre; ser lo que no somos es difícil aunque imperativo aparentarlo; el loro nos imita, duda y no se decide, y el mono tampoco se presta a cubrirse la ridícula piel que casi nos iguala. Y hace bien —piensa “Eurípides”—, pues la poca diferencia me tortura. *Mimetizar* por dentro con la mentira, y por fuera con plumas de pavo real y brochazos de vivos colores...¡Qué bonito! —exclama *el hombre-hoy-made-in-necius-universus*—. Si pareciera un rey, y yo un cerdo, y yo una Eva, sin hoja de parra, porque, no saben —sigue pensando “Eurípides”—, que sobran Evas, y reyes, y cerdos con cartera bajo el brazo, con y sin ropaje camaleónico, y claro, como las ideas no se ven, saberse igual horroriza —deduce nuestro *D P H* mientras juega con los dedos de los pies, ya sin zapatos—. Tanto es así —vuelve reiterativo con la idea esa—, que el hombre sólo es hombre cuando piensa, y no cuando le piensan los favorecidos a fuer de la cefalización, y es un consuelo emborracharse con el fraude de la creatividad literaria, disco rayado que discurre nuevo por mis neuronas, *enfin*, veremos qué dice *Prometea*, que no acaba de llegar, por aquello del rojo-detente, amarillo-corre y verde-pasa, aunque a veces saludar, de fácil, inmoviliza.

Y “Eurípides”, en un inciso del *bipensamiento*, vio venir a su amante con andar cansino, y corrió hacia ella ansioso como nunca de iniciar una nuevo *dialogismo*:

— el viento me habla con las cosas inertes que él mueve, yo escucho, y por supuesto no entiendo

— escuchar, todos escuchamos el idioma incomprensible que nadie acierta a descifrar, pero espera a que la cáscara, cáscara sea, y el escuchar entenderemos, tal vez con el carcajeo unánime de los muertos

— ¿crees que el polvo por llegar es el mismo que nos trajo?

— pregúntale al viento que mueve las hojas, nunca las mismas, si es quien se baña en las olas y se acuesta en la arena; si muere y lo entierran; y donde. ¿Has visto un pedazo de viento morir? Pregúntale entonces, si vuelve a nacer viento y canta con las mismas notas. Tampoco lo entiendo, aunque no te impacientes que al *emigrar* lo sabremos

— volver a empezar, puede ser la clave

— pasar por el polvo, querrás decir, porque nacer hombre u hormiga sin reconocerse a sí mismo, ¡qué horror!

— tocar el mismo disco, nadie lo ha tocado

— así parece, aunque cambiarlo no es cuenta nuestra

— te lo diré cuando sea pedazo de humo

Silencio de redonda de hasta cuatro compases (las ideas también precisan de un respiro), y un torbellino de preguntas sin interlocutores ni respuestas:

— ¿nos miran las cosas?

— ¿las vemos nosotros?

— ¿quiénes son los muertos?

— ¿jeroglifiqueas?

— si se mueven la Tierra y los Astros, anda el Universo, y nosotros sólo un poco, dime ¿quiénes son los vivos?

“Eurípides” no se volvió (las ideas no tienen espalda) y quedó engarzado con el pensamiento ese: ser átomo de la Tierra, Astro o Universo, antes o después de ser hombre, en suma, le dio tanta risa que acabó dormido amorosamente entre los brazos de ‘Prometea’. Muy de mañana, fueron a tropezar con la manada, y se dejaron llevar, ya lo dije, riendo, riendo, riendo.

Y se acabó el empleo de lector. Quince días leyendo a la sombra de *habitación cuadrada dos esquinas*; quince días de exprimir el cerebro para embuchar, no sabemos si digerir, tanta temática impresa. Y, lógico, tuvo tiempo sobrado de leer y releer "El comportamiento animal y humano", más de acuerdo, él, con la conducta del primero, "La rebelión de la juventud", entre los que, por supuesto no se encuentra, y un suma y sigue imposible de enumerar, pues va de Konrad Lorenz, Aranguren y Sartre, hasta llegar a Nietzsche. A lo que íbamos, sin pasta —que diría el Mafioso Robacoches—, llegaron las malas caras de la patrona, con insultos verbales y hasta físicos, exigente en cuanto al pago del alquiler, casi "manu militari" del guantazo que quiso arrearle. Maticemos, el Eurípides sin comillas, de quien nos toca hoy ocuparnos, tomó la decisión de pedir urgente ayuda a instancias de la apremiante exigencia patronil, los imperativos de la gastronomía barata, y la también necesaria renovación de las ideas por mor del hambre de letras "in statu nascente", pues ya sabemos que utiliza la sesera para almacenar todo lo relacionado con el *bipensamiento*, las *conversas* y el *dialogismo*. Y sin pensarlo más, se dirigió motu proprio, hacia el *Aparcamiento Z*, adonde no llegaría por culpa de un accidente de circulación.

— ¡Bestia! —le gritaron desde la ventanilla del auto.

Y poco después lo sacaban de entre las ruedas.

— ¿Es que no miras por dónde vas? —le zarandeó el conductor.

Quizá pequemos de reiterativos al afirmar que Eurípides, no es que no mira por donde va sino que no ve por mucho que mire, con gafas y sin ellas. Y por supuesto no vio la mole del lujoso coche que lo arrolló pisándole la extremidad inferior derecha, nada menos que el Rolls Royce del Mafioso Robacoches.

— Pero, ¡si es el Mudo! —descendió del ciento cuarenta caballos un señor con corbata y ensombrerado a lo Al Capone.

Y volviéndose hacia quien iba al volante le gritó:

— ¡Tú! ¡Al hospital con este desgraciado! ¡Que se nos puede morir por el camino y no quiero complicaciones!

— Sí, señor.

Señor, sí, porque del señorío será obligado hablar en su momento, a tenor del ascenso como jefe en el escalafón del gangsterismo que practica y le profesionaliza.

Y lo subieron al coche, conduciéndolo al hospital más cercano donde le suturaron la herida de la pierna con trece puntos, ¡trece!, nada extraño en quien figura con carnet de identidad 13-13-13-13.

— Bien, muchacho —le dio una palmada don Mafioso—. ¿Cómo ha ido esa "petita intervension"? —soltó petulante el galicismo-italianismo-barbarismo, con ínfulas de ridícula presunción—. Te encuentro muy buena cara.

Primer cabeceo afirmativo *euripidiano*.

— Entonces, contento —le propinó un manotazo en la dolorida pierna que hizo estremecer al infeliz.

Y claro, segundo cabeceo afirmativo, pese a que de contento y buena cara, nada, pues avinagrada sí que la tenía nuestro *D P H*.

— Ya lo sabes, Mudo: todos los gastos a cuenta de la Compañía de Exportaciones e Importaciones, S. A. —se volvió con mayor engreimiento si cabe, hacia la guardia pretoriana que le rodeaba.

Tercer y último cabeceo con sí eurípido, y don Mafioso se despidió con un nuevo manotazo que no puso al infeliz en tierra por hallarse encamado.

— Luego te veré, muchacho.

Y sería cierto, en cuanto al Robacoches se refiere, porque respecto a Eurípides, mal podía ver quien no portaba gafas sobre la nariz por pérdidas en el accidente, aunque eso sí, serían repuestas por su patrón benefactor, ¡faltaría más!

Y como el capitán a sus oficiales, dio la orden de desatraque con un nuevo y jactancioso italianismo-anglicismo-barbarismo:

— “¡Avante!” “¡Al Rol!” —gritó a sus energúmenos.

Y se esfumaron cuantos esfumados estaban ya de la vista euripidiana. Y ahí fue Troya. El paciente de la cama trece, Eurípides, cómo no, sufrió un ataque de apendicitis y la correspondiente intervención que precisó de otros trece puntos que sumados a los anteriores, dieron el cómputo de veinte y seis, con lo cual escapaba así del fatídico número.

Los galenos no podían explicarse la *busca sin encuentro* del apéndice en cuestión, al ignorar la *apendicedia* congénita que afecta a los *Eurípides*, pues el susodicho órgano no aparecía por parte alguna, ni detrás ni delante del colon, ni bajo el hígado y vesícula, ni junto al ano, pues por todas partes buscaron con resultado negativo. El otro asombro que dejó boquiabierto al equipo médico, fue el diagnóstico, a priori, de amigdalitis, rechazado también cuando descubrieron la *amigdaladia* congénita que padecía nuestro hombre, lo que obligó a nueva consulta médica, momento que aprovechó Eurípides para escabullirse en cuanto vislumbró a distancia de cinco centímetros de sus ojos sin gafas, y a otros cinco de su garganta sin amígdalas, a un extraño artefacto de cortar y extraer lo que no tenía.

Y es que ignoraban que los *Eurípides*, con comillas y sin ellas (evolución de las especies, o involución, vaya usted a saber), no son portadores de órganos inútiles como apéndices y amígdalas, sólo valederas para justificar la intervención, aunque tampoco se sabe qué pasa con el timo *euripidiano*, por aquello del poco desarrollo de los órganos y glándulas genitales en la casta *desgraciens*.

Llegó la plana mayor mafiosa en el instante en que Eurípides era dado de alta.

¿Y también aquí te rajaron? —hizo alarde el Mafioso mayúsculo de su fina elocuencia oratoria mientras estampaba su manaza en el vientre del desgraciado, que se encogió como una babosa dentro del caracol.

Y tras el correspondiente sí cefálico, lo agarró por el cuello como a un pollo a quien retuercen el pescuezo y le preguntó:

— ¿Y aquí? —le introdujo el dedo en la boca abierta que casi asfixia al infeliz.

Y la respuesta fue un rotundo no con la cabeza en cuanto tuvo opción de hacerlo.

— Pues autorizo el alta, Mudo, y aquí tienes la cartilla de la Seguridad Social. Se acabó el paro. ¡A trabajar, gandul!

Eurípides abrió los ojos desmesuradamente.

— A partir de este momento —dijo con énfasis el Robacoches—, perteneces a la empresa C E I...como empleado, claro. ¿Entiendes, idiota?

Y Eurípides que no entiende.

— ¡No te hagas el zoquete! De la Compañía Exportaciones e Importaciones S. A. de la que soy presidente, y tu...bueno, ya veremos. El doctor Puin...

— Puig —se oyó la voz del aludido que rectificaba.

— ¡Puin, caray! Que si digo Puiggggg...me entran ganas de escuchar.

¿Te enteras, Mudo? El doctor Puin aconseja que te vea el médico de cabecera para una revisión en profundidad, pues parece falto de muchas cosas...aparte dinero y seso. ¡Toma! —le puso un fajo de billetes en la cama—. ¡Ah!, y no te olvides de pasar por mis oficinas cuando te haya visto el matasanos del seguro. Tengo un trabajito para ti.

Enésimo cabeceo afirmativo, y don Mafioso que se despide a voz en grito:

“¡Avante!” “Hacia el Rol!

— Rolls Royce —se atrevió a rectificarle uno de sus sabiondos secuaces.

— ¡Eso es en Inglaterra, estúpido! ¡Todo el mundo al Rol! —repetió impertérrito.

SIN pasta —que diría el Mafioso—, y enflaquecido a fuer del forzado ayuno, ojeroso y portador de sus viejos y grandes culos de botella, abandonadas ya las inútiles e insoportables lentillas tras la pérdida del empleo de soldado raso que tampoco cuajara, Eurípides se vio impelido a dejar su feliz encierro, para ir en busca del necesario sustento intelectual y gastronómico, conforme que estaría con unos pocos libros y un par de perros calientes y hasta fríos; y menos mal que pudo pagar la mensualidad pendiente aunque se quedara sin blanca. ¿Qué hacer? —se preguntó—. Y acordándose de las promesas de don Mafioso se encaminó hacia el *Aparcamiento Z*, no sin antes tropezarse con Violeta y su pareja homosexual, el inseparable Maletero, quienes a la vista de tan flaca anatomía, le ofrecieron los dichosos perros calientes, que esta vez sí aceptó por aquello de la mucha hambre que tenía. Pero de la otra necesidad pecuniaria, bien sabía él que nada iban a solucionarle el gay y compañía, y por eso preguntó por el escondrijo de don Mafioso, hacia donde se encaminó dispuesto a solventar el grave problema de la falta de recursos económicos.

— Tú aquí! —le gritó el presidente de la C E I. ¡Te estaba esperando, hombre! Primero, porque te creía ya general de división —se burló—. ¡Y no me digas que te echaron del cuartel! Y segundo, como empleado que eres de la Compañía de Exportaciones e Importaciones, con categoría de recadero, ¿o no? —volvió a refr de oreja a oreja.

Eurípides asintió, mudo como siempre, dentro y fuera del círculo de sus *amigos* que no le iban.

— Seguro que estás sin pasta.

Nuevo asentimiento.

— Y sin libracos que leer.

Asentimiento tres.

— Hambre sí tienes porque ya veo cómo devoras esa porquería.

La cabeza de Eurípides dice ahora que no, que hambre no tiene en este instante, pues ya pasó, pero con seguridad la volverá a tener si don Mafioso no lo remedia.

— Mira por dónde llegas en el preciso momento. Me vienes como anillo al dedo —le dijo mientras le encasquetaba un pañuelo rojo anudándose al cuello.

Y mirándolo fijamente añadió:

— Con este distintivo te reconocerán en el muelle. Y no me preguntes quién; te reconocerán y punto. Ya sabes dónde...Sí, hombre, no te hagas el memo; en el lugar de siempre: el número siete del andén donde está atracado el Abejontes, imbécil; grábalo bien en tu cabezota. Sólo tienes que aguardar, con el pañuelo puesto, claro, porque si no, ¿cómo van a reconocerte? Te preguntarás el porqué no envío a estos que aquí ves, por supuesto más listos que tú —señaló con el dedo extendido a cuantos le rodeaban—. Pues muy sencillo: porque han sido vistos por aquellos alrededores y la *poli* está tras su pista. Tú, en cambio, con esa cara de bobalicón y de muerto de hambre, me vienes de perillas.

Eurípides aguantó impertérrito la sarta de insultos a los que estaba acostumbrado. Y como no le dolían los oídos y sí otras cosas, alargó la mano en busca de lo importante.

— La otra mitad contra entrega de la mercancía. ¡Y mucho cuidado con lo que haces! Te juegas el físico, y hasta la vida. Si te pillan, no sabes nada; no me conoces. Y si te pierdes y no encuentras el camino de regreso, tampoco te enterarás, porque de sobra sabes que los muertos no hablan ni oyen. Y para tu tranquilidad te digo, que hasta no comen ni leen —rió.

Último meneo afirmativo de cabeza, y Eurípides sale a escape como alma que lleva el diablo, maticemos, no tanto, por culpa de los dichosos callos que le impedían correr.

Una vez en el muelle, nuestro hombre buscó hasta encontrar el andén siete, lugar de atraque del Abejontes, y acercándose con caute-

la se detuvo junto a la escalerilla donde le esperaban dos mafiosos. Sin mediar palabras le hicieron entrega de un paquete, y Eurípides, cumplida la misión, se alejó tranquilo y sonriente. De pronto sonó un pitido mientras se oían gritos y carreras. Y claro, echó a correr sin acordarse de los dichosos callos, en tanto seguía escuchando cómo gritaban una y otra vez: ¡al ladrón!, ¡al ladrón! Y pensando que se referían a él, fue a esconderse entre una tonga de maderos mientras ocultaba la mercancía. ¡Caramba, la cosa se pone fea! —se quitó el pañuelo rojo del cuello que no le cuadraba con la vestimenta. Al fin decidió salir del escondite, y echó a andar indiferente, como un transeúnte cualquiera. Si no le iban los colorines, tampoco los aires marinos, pues pronto empezó a estornudar y toser, y hasta cayó al suelo varias veces, algo pero que muy normal en un *desgraciens* (lo de estornudar y toser por el aire húmedo que respiraba, y lo de tropezar y caer, porque no ve).

El retorno sí merece ser dialogado, escueta y literalmente.

— ¿Mercancía?

Eurípides que alarga una mano y entrega un paquete.

— Toma...La pasta.

Eurípides alarga la otra, la de recoger, pues para eso tiene dos, piensa él.

— Tú no has visto nada.

Negativa cefálica.

— Tú no entiendes nada.

Cefálica negativa, que es lo mismo.

— No reconocerías a quien has visto porque no lo has visto.

Otra negativa más, y van tres, aparte que las veinte diotrias bien poco le permitirían reconocer a nadie aunque quisiera.

— Pues, a *escupir a la calle*.

Eurípides quedó inmóvil, con la cabeza dudando entre el sí y el no; pues no entendía, vaya.

— ¡Que te largues, idiota!

Ahora sí comprendió, y es que, caramba, con esa fraseología hablada, no hay *D P H* que entienda. Y aun así, tuvieron que empu-

jarlo, y encima, tropezar con Violeta, quien le despidió cariñosamente con un —adiós monín—, que tampoco le iba, diantre, ni por ella (él), ni a él (él), pues de la acera de enfrente, nada, o al menos no se sabe. Bueno —se dijo Eurípides—, si te vi, que no te vi (y tal vez fuera verdad por lo de las dioptrías esas), no me acuerdo. Y sí me acuerdo —siguió perorando para sus adentros—, que me esperan en la librería.

Y hagamos una enumeración de temáticas con títulos y autores, para que el lector inteligente (que los hay), sepa del otro entorno, los otros amigos, manías, inquietudes, fobias y preferencias que bullen en la mente de nuestro *D P H*. Enumeremos, pues:

LA CRISIS DE GENERACIONES.— EL HOMBRE UNIDIMENSIONAL.— EL EXISTENCIALISMO.— EL HINDUISMO Y LA CRISIS DEL MUNDO MODERNO.— LOS TEST PSICOLÓGICOS.— MARXISMO Y HUMANISMO.— EL SHOCK DEL FUTURO.— TRIUNFO.— RACISMO EN EL MUNDO.— COMUNICACIÓN HUMANA.— LA JUVENTUD EUROPEA Y OTROS ENSAYOS...

Y un suma y sigue, que ni sigue ni sumo, pues lo dejamos, vaya. Y una lista de autores de los que nos basta un muestreo:

KONRAD LORENZ, GERAD MENDEL, HERBET MARCURE, PAUL ROUBICZEK, RAYMOND DE BECKER, JUAN VIGNOLA, PIERRE VIGO, ALVIN TOFFLER, MICHEL QUOIST, HENRI ARBON, P. PARAF, ARANGUREN, JEAN-PAUL SARTRE, PETER LAURIE, NIETZSCHE...

Y que no, que tampoco seguimos; sigamos, sí, a nuestro hombre, calle abajo (menos mal), porque calle arriba no podría, rengueando que va, hoy un poco más con la pesada carga de tanta letra impresa, eso sí, bien repartida a diestra y siniestra, andando, si aquello era andar, con un balanceo un tanto desequilibrado, aunque sonriendo feliz, pensando feliz, sintiendo y soñando feliz ante tanta controversia *dialogística* en ciernes. Y así no fue extraño que al llegar, que al fin llegó frente a la pensión barata cero estrellas, levantara el dedo señalando a su cielo (léase *habitación cuadrada dos esquinas*), y como E T, suspirara: MI CASA.

CONFESÉMOSLO: "Eurípides", admirador de las viejas piedras, los mármoles amarillos y las ciudades medievales —entre col y col, lechuga—, mientras lee en la pila de libros esa, tendremos que soportar sus *divagueos*, no pocos, pues es su propósito deambular —con la imaginación, claro—, entre tanto marmóreo sujeto, mientras se enfrasca en las lecturas esas. Y no valen comparaciones, pues sabe bien que a *los Eurípides* no le erigirán una estatua, ni siquiera el pisapapeles que tanto abunda, y sabe también, que en Italia y sobre todo en Génova —alarde de intuición—, abundan los familiones venerables con perro y criado posados en loor de eternidad marmórea, un camposanto genovés, donde hasta la vendedora de cacahuetes tiene su mausoleo, a fuer del complejo de inmortalidad, maticemos, los menos situados se conforman con un retratillo ubicado sobre la tumba a modo de un vanidoso "así era el que aquí yace", sustituible, piensa "Eurípides", por el "así seré" de una calavera que a todos nos iguala bajo tierra. Nuestro *D P H* afirma y hasta juraría, que a muchos de los retratados los ha visto circulando por su barrio, y piensa, y no piensa mal, que la Naturaleza tiene un calco, y por mor del aburrimiento en la creación de tanto *hombre-hoy-made-in-necius-universus*, nos copia de vez en cuando. Entonces —se pregunta nuestro *desgraciens*— ¿a qué tanta egolatría y complejo de inmortalidad?

Acurrucado sobre la tumba de Miguel Ángel, ante el papel, claro, casi en cuclillas por culpa de las jeringadas veinte dioptrías, "Eurípides" olfatea al dios del mármol, alejada la mente de esos otros diocellos del hierro, el cemento, el cobre y la chapa gastada —la madera ya parió sus dioses—, y pulula también entre las tumbas de Maquiavello, Galileo y Dante Alighieri, éste sin muerto dentro, pues se

quedó en Rávena y Florencia, a la espera sin esperanza de una ubicación más digna, *enfin*, que "Eurípides" piensa, medita, recapacita y sentencia, que quien diera luz y vida a tanto canto marmóreo, descansa humildemente bajo una llana losa, sin esculpido relieves ni inscripciones y estatuas regias ¡qué incongruencia!, congruente sólo, la réplica de tanto mármol vivo para tanta vanidad muerta. Después de contemplar la Piedad, el Moisés y a David, en el papel, claro, no siente envidia por cuantos son etiquetados de inmortales y alardean de mantenerse erectos frente a la voracidad destructora de los siglos y los hombres, pues no ignora que el "Duomo" florentino y el que no es florentino ni "duomo", se deteriora irremisiblemente bajo la demolidora piedra de molino del tráfico rodado que la circunda y ahoga, el cerco de los humos, el trepidar de los motores rodantes y el besuqueo de los hombres...¿Qué no? Se lo ha contado una fregatriz que estuvo por Italia y le relató cómo los ha visto lamiendo los casi devorados pies de estatuados santos, y ha visto también —a los turistas, claro—, andando por escaleras y pisos cubiertos con ricos tapices, acordonados frente a la piedra de esmeril de tanto zapato, e inscripciones con nombres y fechas, ¡ego! ¡ego!, en paredes y pilastras. Si les dejaran —piensa "Eurípides"—, firmarían en mosaicos, frescos, esculturas y bajo relieves hasta la altura de la mano con brazo enhiesto. Y fáciles una escalera o andamio —sigue pensando—, y tatuarían la Basílica entera, todo, por el complejo de autoinmortalizarse aunque sea a filo de navaja y punta de lápiz, porque —razona—, si en Italia florecen los mármoles como las flores en primavera, como las flores también, la primavera de las piedras tendrá su otoño. Menos mal que a él no le esculpirán —sonríe para sus adentros—, y aquí se equivoca, quien bien puede considerarse autoesculpidor de sí mismo, a modo de esos esbozos expresionistas de los esclavos de Miguel Ángel.

MENTIRA debiera escribirse VERDAD, moneda *que es*, bien respaldada por los Bancos esos, pues circula como buena, y ayuda a circular mejor por las carreteras que conducen a los atractivos lugares de Inmejorable Renta, Estupendo Negocio, Magnífico Enchufe y Formidable Robo, donde la MENTIRA se cotiza muy bien en las hojas impresas por los chupatintas de redacción (The Times, Paris-Match, Mundo Obrero, y cien nombres más salidos de otros tinteros).

MENTIRA, que "Eurípides" no la admite como incontrovertible VERDAD, a tenor del indiferentismo que padece, circula también en imágenes, sonido y formato de *tele*, en tanto entra arrolladora por los ojos, y se escabulle oído adentro, vía eferente óptico-acústico-cerebro. Y allí se estanca y bloquea hasta tomar carta de naturaleza, porque los dueños de la *botatestalización*, saben el derrotero del láser televisivo, y la importancia de ubicarlo en el cuarto de estar (embobados) y en el comedor donde se come poco porque se digiere mejor lo que se está viendo. Y todavía cabe una solución final a lo nazi, implantándolo en el dormitorio con carácter imperativo, ya que el Estado no ignora, que sólo los inteligentes se duermen *televiendo*, pues los despierotos, menos inteligentes, ven y oyen, casi como un lavado de cerebro por aquello de las pastillas televisivas de gran poder hipnótico-analgésico-tranquilizante de problemas mil (*telium* es el nombre del nuevo fármaco), catecismo más recalcitrante que el anuncio televisivo, pues se pega como el chicle, se masca, y a veces por descuido se traga. Nada de esto sabe "Eurípides" que no *televé* ni lee, cuanto los chupatintas de redacción escriben, pues a él le enseñaron que fe es creer lo que no vemos, y no lo que impresiona la pantalla esa, y MENTIRA (con perdón de la VERDAD), creer lo que vemos, leemos,

y todos rezan por cotidianidad en sustitución del padrenuestro, que es otro de los primitivos pensamientos *euripidianos*, pendientes de aceptación en el *Museo de Ideas Antiguas*.

“Eurípides” supone haber descubierto la desintegración del átomo cuando afirma que moverse cuesta dinero, no a él por supuesto, que nació quieto:

(abre la puerta del taxi el botones, cinco duros; te vuelves hacia el taxista para pagar lo indicado en el taxímetro, y a sumar otros cinco duros de propina; te bajan las maletas —sólo bajarlas que de llevarlas se encarga otro—, diez duros; te abre la puerta el de la chistera que aún se usa, cinco duros, y si se abre sola, multiplícalo por dos —va en la cuenta—; enlace con otros dos maleteros —una maleta por cada dos manos—, cien pesetas por cabeza).

“Eurípides” no exagera cuando asegura que hasta moverse en la cama cuesta dinero (él sabrá por qué lo dice, aunque muchos lectores lo pongan en duda), y cree estar en lo cierto al afirmar que sólo mover las ideas no cuesta nada, siempre y cuando estén bien guardadas en el cerrado cráneo, porque si asoman o tradúcense en palabras dichas o escritas, cuidado, puede costar la cárcel y hasta la vida, y él abusa del quehacer gratis en *viajeos* y *conversas*, dando vueltas y más vueltas en la caja intracraneal esa, a tanto pensamiento-disparate, y cuando habla, que no habla, y escribe, que sí escribe, es sólo ante una pared y hormiga no delatora, pues nadie va a saberlo aunque puede traerle las iras de la patrona. Resumiendo, no ignora que ya todo fue rumiado por Aristóteles y Platón, y él sólo pretende vivir un tanto eruditamente en compañía de su amante *Prometea*.

QUE "Eurípides" es un pobre hombre, ya lo sabemos, aunque es preciso puntualizar: no pobre en cuanto a la casta a que pertenece, con título de *D P H*, archisabido por explicado, sino a causa de la pobreza físico-económica insuficientemente referida en lo que concierne a situaciones límite y momentos críticos, no trágicos, vocablo éste no audible en oídos *euripidianos*, *enfin*, vayamos al personaje y su entorno en esta Era socializante de pluriempleos y plurienchufes que él no practica (no le afecta la ley de las incompatibilidades), pues pluri, sólo por aquel pasar y nunca más volver de limpiabotas a botones; de botones a mozo de equipajes; de mozo de equipajes a camarero; de camarero a soldado raso, recadero y cien trapicheos más, eso sí, a meses o trimestres alternos, porque bimensuales, pocos, segundo *enfin*, "Eurípides" se vio impelido, mientras desempeñaba sin mucho empeño uno de esos pluriempleos, a solicitar número, cartilla en mano (pues para eso paga, le explicaron *sus amigos*), con la peregrina idea de ser visto por su médico de cabecera. Es obvio que "Eurípides" *no sabe, no entiende*, qué funciones concierne al *médico del cabe*, pues nunca le vió a la cabecera ni a los pies de cama alguna, y piensa si será tal vez por los muchos cabeceos a que le obliga la imposibilidad de explorar a la riada de impacientes pacientes que se turnan cada pocos minutos y, tercer *enfin*, "Eurípides" pudo comprobar que son ellos, los pacientes, quienes ven al médico, que impaciente, y valga la redundancia, prescribe y distribuye recetas como si fueran pepitas de oro, eso sí, pluma en ristre y cabeza gacha, porque, buen escritor (malo expresa el vocablo) sí lo parece, y otro tanto de bueno como repartidor de papeles a diestra y siniestra y, cuarto *enfin*, "Eurípides" tampoco sabe ni entiende (sin letra cursiva), cómo ocurrió lo que ocurrió, pues él fue allí porque le molestaba tanto callo gritón, y no le entra en el meollo, el porqué se

vio transportado, arrastrado, maltratado, zarandeado, pero no llamado (perdón por la necesaria cacofonía y consonancia en la difícil conjugación), por una de las tantas docenas de impacientes-pacientes con pretensiones de un diálogo médico-enfermo, y quinto *enfin*, ya en el interior de la habitación pudo ver al galeno, por supuesto, el médico a él no, y aún trata de recordar y no lo comprende, cómo sin mirarle, hablarle ni tocarle, sólo con verle (y sigue la cacofonía), le alargó e hizo entrega de una receta de aspirinas. ¡Si será sabio el doctor ese! ¡Adivinarle el pensamiento! Y tampoco comprendía el porqué de los denuestos, gritos y amenazas dirigidos al buenazo del doctor, cuyo nombre ignora, y sexto y no último *enfin*, aquellos que le empujaron dentro, se lo llevaron fuera (anormal funcionamiento de los ambulatorios *masi*), y séptimo, octavo y noveno *enfin, enfin, enfin*, “Eurípides” se pregunta si cuanto ocurre será por lo mucho y rápido que se deambula por ellos. Interesante tema para un *viaje* con Prometea —pensó en su *intro*—, aunque hoy el *dialogismo* será de un vulgar subido poco habitual, donde se sabe quién es quién.

— ¿qué estás perorando, “Eurípides”?

— ¡oh! ¿Tú aquí, querida Prometea?

— esperándote estoy, y no entiendo el porqué de tanto retraso

— ya sabes lo difícil de circular, salvo por circunvoluciones cerebrales

— ¿qué te dijo?

— ¿decirme?...Nada. Buen médico lo parece. Clarividente sesera la suya, pues no precisa de interrogantes vagas, y me pregunto si tal vez él se preguntara: adivina, adivinanza, ¿qué tiene “Eurípides” en los pies? Y te juro, *Prometea*, que el sabio galeno ese lo adivinó, y no comprendo las razones para increparle con tantos denuestos. Si hasta uno le llamó cretino

— pero, ¿por qué?

— pretendía operarse

— ¿y qué?

— el médico se negó

— ¿por qué?

- porque no tenía nada
- y entonces, ¿de qué quería operarse?
- de cualquier cosa pues para eso paga
- ¿le dolía algo?
- ¡qué va a dolerle! Pero, ¡para eso paga, mujer! ¿O acaso no me entiendes?
- entiendo que pecamos de queísmo y demasía de *jeroglifiqueros*

Prometea se rascó la cabeza, y como el galeno aquel, cabeceó exclamando, no como el galeno aquel que no hablaba.

- ¡si tendrá cara!

Y “Eurípides”, despistado como siempre, confundió aludido con no aludido.

— bueno, lo que se dice cara, ni dura ni blanda; invisible, sí, y gacho el meollo y a pocos centímetros del papel, escribe que te escribe

Y *Prometea* creyendo que el aludido era el no aludido, replicó:

- ¿sabes? Te diré una cosa
- dime
- el cretino es el paciente
- ¡claro, mujer!
- y te diré también otra cosa
- ya sé
- que yo pagaría para que no me abrieran la barriga
- y yo
- y si un día enfermo, nada de apendicitis y amigdalitis que te quitan sólo porque para eso pagas
- ¿entonces?

— prefiero *emigrar*

— ¿tan pronto?

— cabe esperar, si es tu criterio que todavía *biensabidoloto* no está

— entiendo

Y hartitos de *conversas* y un tanto cansados, que no *biensabidoloto* aún, se fueron a la cama.

HAY un juicio claro en la mente sin ataderos de nuestro hombre, que tiene como horizonte, a tenor de la libertad de su *intro* una sola razón de vivir, pues la de morir ya la sabremos; concepto que acabó pluralizado en pensamientos ampliamente debatidos en un *dialogismo* más, y en horas de la madrugada (tres treinta). Todo empezó con una *conversa* trivial previa salutación, hoy distinto en longitud y hasta en profundidad; preferible coserlo con un hilván bien apretado, y leerlo casi sin respirar, con pocas pausas, blancos y algún que otro punto y aparte, y donde no se sabe quién es quién. Dicen los que *viajean*:

— hola, hola—, —tienes sueño?—, —me lo roba un pensamiento que no sé—, —¿qué te ocurre?—, —bueno, ¿quién dijo que el mundo se mueve por la atracción solar, gravedad y otras zarandajas?—, —axioma incontrovertible que reza en todos los tratados (física y Newton se llama)—, —pues yo digo que el mundo, cosa redonda (y esto sí que es axiomático), lo mueve otra cosa, redonda también—, —tonta conversación, ¿no crees? Lo mueve el sol y los astros, lo sé—, —no, no, lo mueve el dinero que rueda como moneda por el suelo universal, bien ubicado en enrejadas residencias y al alcance del orbe entero—, —visionario girar ese—.

Doña Araña, que asustada se había escondido en un agujero del techo, comenzó a descender, silente y *al ralenti*, con su hilo a cuestras (paracaídas más seguro que los apellidados como tales), pues, caramba, no la dejaban dormir, y curiosa pese a lo indocta por su poca sustancia gris, se detuvo y miró al uno y a la otra, dispuesta a intervenir en la *conversa* si la dejaban, y ya eran tres los *dialogistas*, y el hilván más apretado:

— ¿sabes qué piensa el mundo? Dice y acepta las guerras como algo necesario de inscribir en el calendario anual—, —y con letras de cuerpo doce—, —porque si hay que robar y matar en beneficio de DON DINERO—, —pues robemos y matemos—, —deducciones de mala lógica—, —¡calla!, que de guerras me sé todos los eslóganes: santas, en defensa de la paz, contra el imperialismo éste o aquél, o para perpetuar a los de pura sangre y albo color—, —sí, pero tradúcelo en dividendos y verás cuánto negocio—, —redondo, si además supone crecer en kilómetros cuadrados de propiedad estatal—, —y sin comerlo ni beberlo, la palomita esa que nada sabe ni sabrá nunca, y menos entiende, de cumbres pacifistas, acuerdos que son desacuerdos, y paces con estampidos de cañones—.

Doña Araña dio un brinco de trapecista, ascendió rauda y llegó al techo, y bien escondida en su oscura madriguera, oyó la *carcájida* de los *dialogistas* que se miraron comprensivos, y siguieron con la *conversa*, menos comprensivos:

— tontos nos llaman—, —con propiedad, gandhianos, tolstoianos, euripidianos y prometeanos—, —no nos rinden pleitesía—, —porque no somos de la manada—, —ya, que sin DON DINERO, este mundo pararía pese a las leyes de la gravitación—, —y sin las guerras también, gran motor del movimiento de rotación terráqueo—, —pero ahí está ese SEÑOR, llama que te llama a las puertas para ofrecerse dadivoso—, —ya sé: quince por ciento de dividendos, y a reconstruir lo destruido—, —que lo uno y lo otro es un mismo rotar—, —entiendo: tengo dos caras (no dice), como la moneda esa; una para la guerra—, —y otra para la paz—, —negocio redondo que si no—, —lo dicho, que seguirá el volteo por los siglos de los siglos—, —y con menguados escrúpulos, pues un bañito de sangre de cuando en cuando no es genocidio—, —y soluciona en parte el problema demográfico—, —claro, claro, claro—, —aunque también un día puede morir de infarto o indigestión—, —tonto, el petróleo tendrá fin; la Era atómica, no sé; la estrella nuestra, afirman los sabios que bien muertecita estará algún día, ¡pero DON DINERO y el volteo ese!—, —vaya, no entiendo por qué sonrís y sonrío—.

Felices, muy felices, "Eurípides" y *Prometea* reían y reían como las risas de fondo de los programas de programado humor de la *tele*.

Luego, empezaron a bostezar, y pese a bostezos, continuaron incansables:

— no creas, también tú y yo, quieras o no, somos vasallos del rey que nos manda y gobierna—, —sí, ya sé; sube al metro o al autobús: din—, —respira tres veces en el mismo lugar: din—, —compra el libro aquel: din—, —compra una aspirina: din—, —entra en una tienda: din, din—, —almuerzo poco o cena menos: din, din, din—, —revisa los papeles de la pinza urgente: din, din, din, din—, —orina en servicio público o siéntate en la plaza X, ¡ah!, pues no comprendo por qué todavía no din—, —no te preocupes que también llegará ese din, porque *don dinero* es *DON DINERO*—.

Y ya a punto de finalizar la *conversa*, se supo quién era quién:

— *DON DINERO* no saluda de la rabia que nos tiene—, —y si le saludas no contesta porque somos de otra manada—, —sí, sus más miserables clientes con billetes de obligada circulación de uno en uno—, —lo dicho: entra-sale-rueda-gira, continuada rotación—, y forzosa salutación, casi como un firme y presenten armas, ya sabes—, —¿que si lo sé: tienda, bar, farmacia y en todo sitio y lugar—, —ley del te doy a cambio de lo que me das—, —Créelo, yo compro lo poco que compro—, —sí, pero lees lo mucho que lees, y sin *DON DINERO*...—, —confieso mi drogadicción por lo que sabes, aparte la aspirina esa para los callos, único chisme que me duele de toda mi humanidad, porque a mí ni siquiera el alma—, —ni a mí—.

Y “Eurípides” que *no entiende* de nada o entiende poco, comprende pero que muy bien, lo de la rotación de la Tierra.

TODO tiene fin, incluidos los días *euripidianos* del calendario, para quien sólo le importa el final de mes por aquello de si paga o le echan, aunque también le preocupa quedarse sin sus lecturas (si fueron asimiladas no lo sabemos). Sin embargo, poco le asustan los días de hambre aguda, que no afecta a la casta *desgraciens*, emparentada tal vez con la *gandhiana*, pues asegura él, que bien podría competir con Gandhi en cuanto a ayuno respecta, revejecido y flaco como él, pequeñuelo, desaliñado y miope como él, y como él también, con la pinta de un D P H de hipertrofiadas neuronas en sustancia gris. Decíamos que todo tiene fin, y sin pasta —que diría el Mafioso—, ni libros que ya leídos y bien apilados ocupan media habitación de suelo a techo y algo más de dos esquinas, Eurípides se decidió a salir de su cuchitril, y comenzó a pasear cerca del andén siete, el de los trapicheos que *no sabe*, pensando como subsanar el problema de *don Dinero*, y dónde encontrarlo, si en casa del Mafioso o recurriendo al Violeta de los perros calientes, vaya usted a saber, porque, pensándolo bien ¿qué haría él sin *sus amigos*, y cómo solucionar el problema gastronómico y el del otro sustento del intelecto, y encima hacer frente a la patrona? Y es preciso aclarar que, del gremio al que no pertenece de facto, descontados los fallecidos y ausentes, sólo quedan el Mafioso, Violeta, el Maletero, Panchito y el Camarotero...

— ¿Quién me llama?

Eurípides dio un brinco, pues que él sepa, nunca piensa en voz alta, entre otras razones porque no puede, ¿no puede? (narrativa por narrar). El caso es que, sin comerlo ni beberlo, se topó con el último aludido, digamos más propiamente, sin ni siquiera buscarlo.

— ¿Qué haces tú aquí, Mudo?

Eurípides se encogió de hombros.

— ¿Tienes hambre?

Nuevo encogimiento, como un así, así.

— ¿Sabes? Me vienes de perillas. Tengo mercancía en el barco y no sé como sacarla. Los guardias vigilan y cachean a todo bicho viviente, y he pensado que tú... con cinturones y una estratagema. Ven conmigo, ¿quieres?.

Y una vez en el camarote, entre cuchicheo y cuchicheo con otro compinche, le pusieron un cinturón que *no sabe*, y unos tirantes por aquello de que nada mejor para sostener pantalones cuando se tiene el estómago vacío.

— Escúchame, Mudo, pero escúchame bien. No bajaremos juntos. Yo iré delante, y cuando lleguemos al control, éste y yo —señaló a un cariacuchillado con el que llevaba parlotando un buen rato—, simularemos una pelea. Los guardias acudirán y tú aprovechas el altercado para escabullirte. ¿Entendido? No faltarán puñetazos, pero tú a escapar, que es lo tuyo. El Mafioso te estará esperando con el Rolls en marcha y la portezuela abierta.

Y el infeliz, que *no sabe* y *no entiende*, sigue tras los pasos del Camarotero y su compinche hasta llegar a la escalerilla del barco.

— ¿Has comprendido bien?

Eurípides asintió mientras iba tras *sus amigos* que pronto empezaron a alborotar. Los gritos y manotazos iban en aumento a medida que se acercaban a los guardias, y pronto quedaron enzarzados en una pelea que, por dura, no parecía simulada ni siquiera a ojos *euripidianos*, con mamporrazos a diestro y siniestro, suficientes para atraer la atención de los guardias. El follón iba en aumento con gritos y palabrotas, y la policía se vio impotente para separar a los peleones, momento que aprovechó nuestro *desgraciens* para escabullirse, desapareciendo del lugar todo lo rápido que le permitían sus doloridos pies.

— ¡Caray! —exclamó el Mafioso al verle llegar—. Y yo, que además de mudo te creía tonto. ¿A quién se le ocurrió tan formidable idea?

Eurípides se encogió de hombros.

— ¿Sabes lo que te digo? Que voy a necesitar más a menudo de tus servicios...Vaya, te ofrezco empleo fijo.

Negativa de quien no comparte la misma opinión.

— ¿Cómo que no? ¿Será idiota el tipo éste?

Y arrancó acelerando a fondo mientras le gritaba:

— ¡Muerto de hambre! ¡Cretino! —cruzó veloz por calles y callejuelas.

Pero él, sin inmutarse, aguantó como siempre la tanda de insultos, pues no entraba en sus cálculos comprometerse con aquella banda de rufianes, más que lo indispensable, y cuando las circunstancias se lo exigieran imperiosamente, Y claro, volvió a negar, dando el asunto por concluido.

— Ya vendrás a buscarme, desgraciado —le puso unos billetes en la mano—. Sí, cuando te duela la tripa a causa del hambre, o la patrona te amenace con echarte...Y dame la mercancía —alargó la mano—. ¿Dónde te dejo? ¿En tu pocilga?

Eurípides señaló la librería frente a la que acababan de pasar. El coche se detuvo, y el Mafioso, dándole un golpazo en la espalda que como siempre casi lo tumba, le gritó una vez más con sorna:

— Volverás, idiota. Ya lo creo que volverás. Corre a matar el hambre. Y que te aproveche tanta lectura, pues todavía no sé para qué te sirve. ¡Abur!

Todo tiene fin, aunque ahora, al contrario de lo enunciado al comienzo del capítulo, fue un final del cotidiano trapicheo que no oficio, aunque tendría la virtud de endulzar la avinagrada cara patronil. ¿Por cuánto tiempo?...No es cosa que le preocupe a quien, renegando una vez más, fue a encerrarse en *habitación cuadrada dos esquinas*, con muchos libros bajo el brazo y en la mano unos perros calientes; que seguir viviendo con lecturas y *viajeos*, y ejercer el *dialogismo* es lo que importa, diferente a viajar y dialogar, pues lo de *emigrar*, ya veremos —le diría luego a *Prometea*.

EN andanzas callejeras, como en el trabajo o simplemente cuando deambula lejos de *Prometea* y *habitación cuadrada dos esquinas*, "Eurípides", o Eurípides, que hoy no sabemos quién es quién, aunque nos soplan en el oído que se impondrá el primero, no es persona diferente ni distinto su pensamiento en hondura, verdades y simplezas, pues todo se cuece en el crisol de su meollo, aunque el problema está, vaya, en lo que llaman hablar y en él no pasa de simples cabeceos, encogimientos de hombros o levantadas de cejas. Aclaremos, entenderse con la gente equivale en nuestro hombre a un supuesto enfrentamiento de campesino ruso con beréber africano septentrional, por signos tal vez, y contundentes golpes que, bofetadas son las mismas en ruso que en japonés —razonaría nuestro *D P H* sin pensárselo mucho—, aunque si duelen igual, no lo sabe, *enfin*, apunto y remacho a priori, que "Eurípides", o Eurípides —pues sigue sin aclararse la personalidad del que protagoniza este capítulo—, en vía pública es casi como un marciano en la calle de Alcalá, o símil de confrontación árabe-israelí (para hacerlo así de difícil e insolucionable). Con otras palabras, frente al boticario, el guardia, el camarero del bar, la patrona y el empleado que le atiende en la librería, el *vocabulario ironista* no va a variar aunque cambie el entorno, puesto que sólo difiere para quien le escucha e ignora de su mentalidad retrógrada, vaguedad, confusión de términos e ideas, como presunto ido, esquizo u oligofrénico, que le tacharía el *hombre-hoy-made-in-necius-universus*. Y es que la vía aferente también le funciona, pero que muy mal. Oigámosle si no, bueno, maticemos, pensémosle y veámosle, que todo es una misma cosa, y lástima que sea película de cortometraje e imperativo ubicarnos *intro*, en circunvoluciones cerebrales euripidianas, pese a que para ver un cadáver no es preciso estar en el ataúd. Y para muestra, con un botón basta, pero nosotros, más

espléndidos, exhibiremos varios botones en el exhaustivo análisis de nuestro singular personaje.

Primer botón de la muestra esa: el punto remoto está muy próximo a nariz *eurípida*, y nuestro *desgraciens* da los buenos días a un perro pastor alemán asomado en la ventana del vecino, saludo que no sabemos si fue dicho o cabeceado, por aquello de si es mudo de nacimiento o por conveniencia. Y claro, no se entera; sí se entera de que experimenta perentoria necesidad de orinar por lo que deambula aprisa entre un río de gente hacia el lugar donde sabe está emplazado el urinario público. Y llega al paso de peatones a punto de reventar, y pone el pie sobre el rayado blanco, pero como no hay semáforos y sí un guardia que él no ve por ubicado a distancia inalcanzable a su mirada miope, confunde al guardia con una farola e intenta cruzar, pero los coches lo atropellan sobreviniendo un choque en cadena. Y como a él no le duele nada y sólo ha perdido las gafas que es casi como las piernas cortadas, las busca a tientas desesperado mientras el guardia le grita y más le gritan los del volante. El infeliz, con gestos y manoteos trata de explicar lo inexplicable, y sólo consigue que le insulten y sacudan, y ante la fenomenal algarabía, opta por escabullirse, pues no aguanta más, se está orinando, y a gatas tropieza al fin con las gafas a las que se agarra como a un salvavidas en un naufragio, *enfin*, después de nuevos tropezones y caídas, llega al urinario público donde saluda con unos buenos días (no se sabe si dicho o cabeceado), aunque por supuesto nadie le contesta, ignorante de que saludar dejó de ser muestra de cortesía por aquello del individuo-individualismo-individualidad, y menos en urinario público, concluyendo, se enreda con la cremallera de la bragueta y orina en los pantalones, qué alivio y qué desastre, no dice pero piensa el porqué los perros no precisan desabrocharse y lo hacen en plena calle y en la primera esquina o rueda de auto que encuentren, por muy Mercedes o Rolls Royce que sea, terminemos, nuestro *desgraciens* se abrocha los pantalones mientras habla para sus adentros:

— a esto llaman civilización.

Y uno que entra y le oye (¿le oye?), y le mira (le mira), y le cree loco (!qué incongruencia!), porque “Eurípides”, definitivamente entrecomillado, exclama (¿exclama?) al son del *bipensamiento*:

— y así debe ser —¡qué mal veo!

Y el mismo con quien se cruzó al entrar, le fulmina al salir con mirada de manifiesta hostilidad, que es como se suele mirar a los semejantes, aunque "Eurípides" no se entera, por mor de su empeño en desenredar la madeja de tanto pero enredado, y con gran despiste saluda con una inclinación de cabeza hacia el lugar donde no hay nadie, y más despistado aún, deja caer una moneda, pues no ignora que moverse cuesta dinero; moneda que nadie recoge y rueda por el inclinado suelo hasta llegar al urinario. Y "Eurípides" deduce:

— ¡extraño! ¡Muy extraño! ¿Acaso hace pis *Don Dinero*?

Y muy ufano vuelve a la vía pública en busca de aire para un secado de pantalones húmedos, confundido todavía con el embrollo ese de la levantada de pata del perro y el apremiante desabrochado de la bragueta suya.

— bueno —razona—, los sabios lo arreglarán: un urinario en cada esquina con los hombres fuera y los canes dentro, o menos coches circulando, caramba, que es imperativo llegar a tiempo

Otro botón de la misma muestra: *incomunicación*, podría ironizarse. "Eurípides" entra en la botica como en *recinto cuadrado cuatro esquinas fútiles*; no se entienden en la cancha ni los unos ni los otros, ni los muchos que rodean a los unos y los otros, y a él tampoco lo entienden cuando pide algo para los callos (ignoramos cómo lo pediría, aunque tal vez descalzándose, señalara los juanetes).

— vaya al callista primero —es posible que le aconsejara el boticario

Pero él sabe, por aquello de la rotación de la Tierra, cuánto le cuesta, que sí tiene, pero no quiere.

— mejor en libros —piensa para su *intro*.

Y el boticario en la luna, acaba por ofrecerle un parche de esos que los cura en poco tiempo.

— mejor sin zapatos —vuelve a *conversar en soledad no acompañada* mientras sujeta el calzado bajo los brazos

Y quien le despacha, que nada despacha, más lejos todavía, entre Venus y Marte por poner un símil.

— mejor, deme una aspirina —no pide sino buscó hasta encontrarla

Y al licenciado se le cae el parche de las manos cuando “Eurípides” le devuelve una de las unidades contenida en el sobre.

— puedo *emigrar* mañana —bulle en su pensamiento-, y para qué tanto dispendio

Y al farmacéutico, que no es *D P H*, no le alcanza quién es el listo y para qué el manicomio.

“Eurípides” se lleva, cómo no, una sola aspirina mientras va rumiando calle abajo el penúltimo botón del muestreo ese; que la hipotiposis exhaustiva habrá de ser. Y entra decidido en la librería, donde el cazador de hojas impresas busca título (el autor le importa un bledo), lee el epílogo si lo tiene y el prólogo cuando lo hay, sin gafas y a cinco centímetros de su apéndice nasal, que es como agarran bien las cosas en sesera, piensa él, digiere una página hasta la mitad, otra a menos de un cuarto, y se lleva el libro, corto a ser posible, pues para larguras ya tiene bastante con lo que dura la vida. Luego paga, se va, y casi siempre le persiguen.

— la vuelta, señor —le muestran un billete

— ?

— el cambio —pretenden introducirse en el bolsillo

— ?

— lo que sobró de las cinco mil pesetas —se deciden a explicarle

“Eurípides” se pone las gafas y ve con asombro (¿con asombro?), un billete que le ofrecen y una chica con nariz larga, muy larga, lo

único que llega con diáfana claridad al punto remoto (muy próximo) de su miopía de veinte. Y *no sabe, no entiende* lo que está ocurriendo.

— extraño comportamiento de don Dinero —musita para su *intro*

Y se marcha, por supuesto sin el cambio. Y luego dicen que los sabios son despistados. Y los tontos, ¿no?

Último botón del muestreo que nos ocupa: “Eurípides” entra en un bar, se sienta (no vale explicar el porqué se sienta) y enseguida coge un vaso simplemente porque tiene sed, y señala el grifo al camarero que se le acerca. Mientras se lo traen, que no se lo traen por razones de preferencia para consumidores de whisky, pepsi y cuantos comen queso con jamón o beben el cortado ese (que él sólo ha pedido agua y ni siquiera de Solares), mira alrededor y lee en el periódico de quien está a su lado, y, *bueno*, se le mete por los ojos el anuncio en letras de molde y cuarto de página con la noticia que no llega a sensacionalista por archisabida, de una paz (varias), en plena conflagración. ¡Cómo! —trata de razonar—. La paz se firma tres veces y la guerra continúa. Que me expliquen y aclaren el porqué los acuerdos son desacuerdos pendientes de nuevos acuerdos. Demasiadas reuniones para no resolver nada —sigue pensando—. Y se pregunta: ¿Habrà muerto la paloma esa? Y “Eurípides” trata de razonar pese al indiferentismo que padece...

— oiga usted —no dice pero sí apunta con el dedo al camarero señalándole el vaso vacío y el grifo cerrado

— enseguida, señor

...o por simple curiosidad de saber lo que piensan y no hacen, o hacen sin pensar por bien pensado y decidido ya —sigue razonando—, porque, tal vez primero fue anteproyecto o anteprograma programado en copias múltiples por gobiernos múltiples de múltiples naciones, le da igual pero *no entiende*...

— oiga usted —tampoco dice pero alza el brazo como barrera de paso a nivel, con el vano intento de detener a un camarero que cruza veloz

— al momento, señor

...por qué firman blanco y rubrican negro, acuerdan VALE y no cumplen CORRECTO (en el vocabulario *euripidiano* los vocablos tienen mucha ambivalencia), *enfin*, tampoco entiende por qué diablos no le traen el agua esa.

— oiga usted —por supuesto no pronuncia como corresponde a un mudo por partida doble, aunque alza los dos brazos en inútil barrera que no detiene el tren que el camarero parece

— sí, el agua, al instante, señor.

Claro —sigue hilvanando al son del *bipensamiento*—, las sonrisas que valen no se dibujan en los labios sino se guardan dentro, bien invisibles, porque la sonrisita de fuera refleja las más de las veces una mueca *intro* (hipocresía lo llaman), como las palmaditas en la espalda, confeccionada sólo para aguantar tan indignos palmoteos, aparte costillas rotas cuando se traducen en soberbio palo que te dan (entiéndase pueblo), con sonrisa y otras cosas, bofetadas se llaman, que no recibes en la mejilla aunque duelen más porque te despachurran el alma dejándola despellejada. Pero...

— oiga usted —tampoco dijo pero casi se sube al mostrador

— le tengo presente, señor

...aún así —cambia la clavija de receptor en función del *bipensamiento*—, en qué cabeza cabe que blanco pueda ser negro y paz se firme tres veces con ininterrumpido sonido de cañones, pues tiene una vaga idea de otras guerras y otras paces con sello estampado y cumplido; de otros siglos, otros hábitos, otra moral...¿Otra? La verdad es que el pobre "Eurípides" nada comprende, *no entiende* reque-
tediablos, por qué no le traen de una vez la dichosa agua esa ¿O es que no ha llovido lo bastante?

— oiga usted —ni dijo ni nada expresó en ademanes, pero se puso en pie, después de tragar saliva

Y muy tranquilo, abandonó el bar, por supuesto sin haber bebido del agua aquella aunque dejara propina en la mesa (disciplinado

hombre *que es*). Y salió pensando, requetepensando, el porqué no anda bien el mundo, en el que afortunadamente no vive, pues se está mejor, pero que mucho (retintín), en *habitación cuadrada dos esquinas* que en la calle-urinario-botica-librería-bar.

— a casa —dio orden a sus doloridos pies

Y honrosamente emprendió la retirada, rengueando y con mucha sed, pero con un par de libracos bajo el brazo (libro-maníaco que sigue siendo nuestro *D P H* diferente del D. E. P. que su turno le llegará).

RACISMO es un concepto que no acaba de arraigar hondo en las conciencias inoperantes (sordera congénita y de las otras), y un absurdo que sigue siendo con atisbos ridículos. RACISMO se titula el libro que “Eurípides” tiene ante sus ojos y no le impresiona lo bastante para tomárselo en serio, pues le hace sonreír, ya sabremos por qué, mientras sigue cultivándose con aspiraciones a examen de *biensabidolotodo*, si es que *Prometea* y él aprueban las oposiciones a posible *emigración*. Por lo pronto, RACISMO es, *eurípidamente* se entiende, la temática a comentar con respuesta descifrada, y único oxígeno a respirar hoy por los pulmones cerebrales mientras llega *Prometea*, que no acaba de llegar. RACISMO es tal vez un nuevo modo de ir desentrañando sin rebuscamientos exhaustivos, la difícil y complicada (?) idiosincrasia *eurípidiana*, no toda, ya que mucho quedará en el tintero sin mojar o se llevará consigo nuestro hombre, incognoscible incluso para su propia mente, que así solemos estar, un poco en la luna, en este paso por la vida, a veces sin entender nada, incluso de nosotros mismos. Y, RACISMO reza con siete letras en el diccionario, pero en testa *eurípida* sólo con siete RAZONES de siete letras también, así de mayúsculas. Interesante pues, muy interesante lo que hoy medita “Eurípides” y le incita a sonreír cuando trata de asimilar lo leído en la página quince, que resume el razonamiento uno expresado así, con un esbozo de sonrisa:

AQUÍ NADIE SE QUEDA (NECIA PEROGRULLADA), Y TANTO ES ASÍ, QUE NOS QUITAN EL ROPAJE DE LA VESTIMENTA ESA, CON PIEL (BLANCA O NEGRA) Y HUESOS, QUE PROCEDAN DE QUIEN PROCEDAN, NO SERÁN BLANCOS NI NEGROS.

Y el comentario *euripídiano* a su propio razonamiento: si aquí nadie se queda, ¿dónde la diferencia? (allá se entiende). Porque un segundo con piel blanca o negra y una eternidad sin piel, de verdad, no lo comprendo —sigue leyendo y llega a la página treinta y cinco, y sonrío de nuevo y pare el argumento dos, así de sentencioso:

QUE NO CREA EL BLANCO QUE ALLÁ LE REPONDRÁN SU HERMOSA PIEL. ¿O SÍ?

Y sin aclaración dos a razonamiento dos, "Eurípides" sigue leyendo lo que no sabemos, pero que tanto le hace sonreír, sobre todo, cuando el semáforo enciende luz roja en la página cuarenta y cinco para una explicación tres, así de expeditiva:

EL TEGUMENTO ES ENVOLTORIO; ENVOLTORIO LO QUE ENVUELVE (PAPEL, CARTÓN, PLÁSTICO, PIEL); LO QUE ENVUELVE VALE POCO. ¿Y LO ENVUELTO?

— Nada —responde al interrogante de la exposición concatenada.

Y llega a la página ochenta, y la sonrisa es ya *carcájida* cuando suelta a quemarropa su proposición cuatro:

¿POR QUÉ LA PIEL? ¿POR QUÉ NO EL PÁNCREAS, EL CORAZÓN O LA SESERA? PORQUÉ NO ME CREO LO DEL PESO NI LO DEL DIÁMETRO. ¿POR QUÉ NO LOS HUESOS?

Los huesos, sí, más importantes por duraderos; los huesos que hacen historia —comenta en *soledad no acompañada* ante la ausencia de *Prometea*; los huesos, arma primera que utilizó nuestro antecesor biológico, el antropoide, que así, jugando, mazazo va y mazazo viene, descubrió el gran poder que encierra un contundente fémur, apto para defenderse y defender a la prole, atacar y hasta matar. Entonces, ¿quién se acuerda del tegumento ese?...¡Sí, claro! El *hombre-hoy-made-in-necius-universus*.

Y sigue leyendo otra página hasta llegar a la ochenta y tres. Y se interrumpe entre *carcájidas* cuando razona su argumento cinco, que a flor de labios reza así:

¡PERO HOMBRE! SI LA PIEL DEL BLANCO Y LA DEL NEGRO, NI SIQUIERA VALEN PARA CONFECCIONAR UN MAL BOLSO O UN MISERABLE ZAPATO, ¿ENTONCES?

Y el comentario de si es o no valorada, cuando no despreciada, salvo honrosas excepciones: piel-fósil, para ocupación y entretenimiento de científicos y antropólogos *chiripitifláuticos*. Y si es así —no se exalta “Eurípides” pero sí explota con nuevas *carcájidas*—, ¿por qué la cubres con piel animal de especie inferior, la mimetizas, tuestas, ennegreces y pintas? Bueno, bueno, bueno —siguió sin alterarse—, serpiente quisiera ser, y visón, armiño, cocodrilo, pantera, que ahí sí que vale mucho (dinero), la discriminación esa. ¿O no?

Resumen, igual a raciocinio seis:

¿ENTONCES? ¿ENTONCES? ¿ENTONCES? ¿ENTONCES?

Y huelgan las explicaciones porque “Eurípides” cierra el libro y cierra también los ojos mientras se recuesta en la pared a la espera de *Prometea*, tan retrasada hoy. Y pone tarjeta perpendicular en tanto teje su razonamiento siete (a dilucidar):

¿ADÓNDE VAN LOS BLANCOS? ¿ADÓNDE LOS NEGROS? (a *elmasallá*, se entiende).

Y la consideración, jocosa, claro, de si ocupan diferentes planetas y distintas galaxias a tenor de la problemática terráquea. Y siguen las *carcájidas* en *soledad no acompañada* porque, matiza, debe ser muy importante lo del tegumento tostado y sin tostar, origen de tanto lío, e ineludible enredo en *elmasallá*, pues aún no sabemos si la discriminación será por galaxias separadas, cada vez más por la espantada esa de un Universo en constante expansión, con varios millones de años de luz, y blancos ubicados en M-8 Sagitario, y negros en NGC 4594 Virgo, *enfin*, veremos qué opina *Prometea* —abre los ojos y vuelve a poner tarjeta perpendicular—. Y mientras la espera, diantre, ve a una hormiga albina a quien no dejan circular, y piensa en lo necio del mundo éste, caramba, veamos que dice *Prometea*.

— ¿qué quieres saber?

- un poco más de estupideces
- saberlo todo cuando parece *tambiensabido* de igual que es, me hace dudar de la permanencia en el mundo de los *hombres-hoy...*
- *made-in-necius-universus*
- ¡cómo deben odiar los negros a los albinos de blancos que son!
- dímelo a mí que acabo de toparme con un desteñado paisano tuyo
- ¡te ríes de una manera!
- es que el arco iris también se niega a vestirse de blanco y negro
- por culpa de tanta estupidez humana
- ¿y qué piensan los *neobárbaros* de la problemática en cuestión?
- tienen otros quebraderos de cabeza: ya sabes, una paz por triplicado, ni una guerra para distraerse (con el fútbol no es bastante), abrazos entre los grandes, *enfin*, tengo sueño

Y “Eurípides”, decepcionado ante la masiva mentecatez humana que no le preocupa (se sabe entre los opositores a pronta *emigración*), agotadas las neuronas de tanto razonar, se pregunta entre dormido y despierto: ¿será negra mi sustancia gris?

Y es que, *los Eurípides*, por ubicados en la casta *desgraciens*, algo negro deben tener. Y nota importante como *fin capitular*: Estos siete razonamientos como respuesta *eurípida* a la problemática del racismo, han sido propuestos por la *Irreal Academia de la Lengua Euripidiana* para figurar en el proyectado *Museo de Ideas Antiguas*.

LA patrona tocó en la puerta de la habitación de Eurípides con el suficiente ímpetu que le daba la prerrogativa de saberse dueña del inmueble, y encima acreedora, por todo lo cual, creía ella, podía permitirse el privilegio de avasallar a su inquilino, e incluso echarlo si le daba la gana. El caso es que originó el suficiente alboroto para sacar al pobre hombre de sus abstracciones pensantes (que no de sus casillas) sobre el tan debatido e "in abstracto" tema del problema racial, que él no iba a resolver sino con lucubraciones y filosofismos de asiento en circunvoluciones cerebrales. Y la puerta no le abrieron, puesto que se abrió sola al primer manotazo sin respuesta, por fallo de la cerradura que no cumplía con la función encomendada de cierre y prevención de irrupciones y acometidas. Y fue así como la enfurecida patrona penetró en la habitación de nuestro *D P H*, dispuesta a comerse vivo a quien, ubicado a ras del techo y entre la pila de libros, no se explicaba el porqué de tanto alboroto.

— ¡Qué bajas, hombre! —le apremió como si tuviera que descender desde un piso más arriba, que en un piso más arriba casi estaba—. ¡Que tengo un recado urgente para ti! ¡Qué estás tan amarillo como un canario y más flaco que una anguila! ¡Qué cualquier día te encuentro muerto entre tanto libraco y a ver quién paga el entierro! ¡Qué...!

Eurípides dejó la lectura y descendió por la *escalera-librería*, sin zapatos por supuesto, y pudo detener al fin la retahíla de queísmos exclamativos de la enfurecida patrona, que unas veces era queísmo y otras *esqueísmo*.

— ¡Toma! —le restregó un papel por las narices, distancia habitual para un Eurípides de veinte dioptrías miópicas.

El hombre no debió entender bien lo escrito, ya fuera por la mala caligrafía y peor ortografía y sintaxis. Y claro, puso cara de idiota porque la de despistado ya la tenía congénitamente.

— ¿Es que no sabes leer? ¿Es que estás ciego, diantre? ¿Es que...?

Y siguió la letanía *esqueísta* que finalizó diciendo:

— ¿Es que no ves, mentecato, lo que aquí dice?: Felo González Pérez. Compañía de Importaciones y Exportaciones, S. A.

Eurípides se arrugó.

Y aquí tienes el número de teléfono, porque ya deben haber colgado: 47576777.

Y siguió, más acuciante todavía:

— ¡Qué es urgente, imbécil! —le apremió.

Contraído y en la inopia, de pronto arqueó las cejas, y una luz debió alumbrar en su cerebro abarrotado de problemáticas racistas: ¡Compañía de Exportaciones e Importaciones, S. A.!... ¡Es el Mafioso! —rumió para sus adentros.

— ¡Qué te esperan, idiota! —continuaron los insultos y la jerga queísta en alternancia con la *esqueísta*—. ¡Qué a lo mejor te pagan! ¿Es que no lo entiendes? ¿O es que prefieres que te ponga de patitas en la calle? —le arrastró libros abajo sin zapatos.

Eurípides volvió en busca de ellos, sabedor de que una pisada en sus callos no lo iba a aguantar su anatomía y hasta podía dejarle inválido durante cierto tiempo.

Y luego...4...7...5...7...6...7...7...7; y naturalmente, una sola voz que habla en el otro extremo del hilo telefónico:

(—¿Quién es?...¿Quién es?...¿Quién es?...¿Que quién es, diantre! ¡Habla don Felo, presidente de Importaciones y Expotaciones, S. A.! Pero, ¿por qué no responde, caray?... ¡Ah!... ¡Debes ser tú, el Mudo! ¡Vaya ocurrencia! ¡Llamarme por teléfono!...¿Me escuchas, zoquete del diablo? Pues oye bien lo que te digo: ¡te-ne-ce-si-to! ¿Está claro? ¡Y no me preguntes para qué! ¡Y cómo me lo vas a preguntar si no tienes lengua, estúpido! ¿Acaso no eres empleado de Importaciones y Exportaciones, S. A.?... ¡Aclaro! ¡Recadero! Que para algo, creo yo, te pago la cartilla de la Seguridad Social. ¡Sí, hombre, sí! Tengo un recado urgente para ti. Con que, ¡andando!)

Y don Felo, presidente de la Compañía Exportaciones e Importaciones, S. A. (léase Tráfico de Drogas y Afines), colgó el teléfono con gran estrépito, a punto de reventar. Y Eurípides que no; que no iba, ante el imperativo de dilucidar, "in mente", claro, el problema de blancos y negros, no del todo resuelto aún, aunque su negativa supusiera quedarse sin perros calientes ni dinero para pagar a la exaltada patrona que en cualquier momento podía cumplir sus amenazas poniéndole de patitas en la calle. Pero él, *acardiano*, *acéfalo*, etcétera, por poseedor de tantas vocales A en conceptos negativos, y encima afecto del *síndrome A* que ya sabemos, regresó a su habitación, pues aunque no era día señalado para *dialogismos* y *conversas* con *Prometea*, sí tenía muchos asuntos en que pensar, y en cuanto al autor se refiere, otros tantos capítulos pendientes de narrar, no precisamente de Eurípides sino de "Eurípides".

EN la hipotiposis *euripidiana* anida una laguna, y ya hablamos aunque tampoco fue aclarado, de hendiduras y excrecencias, atrofias e hipertrofias de una rara entidad nosológica de latente sintomatología, criptogenética tal vez, propio de *los Eurípides*, quienes poco parecen saber y mucho saben aunque nada dicen, respecto a romanticismos, idealismos y sesenta ismos más que no le atosigan, porque nunca dijimos, qué lugar ocupa Eros si es que ocupa alguno, *eurípidamente* se entiende:

(El corazón está demostrado que les late a ritmo lento, y ya no se lleva con Eros, ni poco ni mucho, aparte de ser vivienda perenne de un molesto inquilino, don Infarto, quien tuvo a bien desalojar al señor Cupido de entrados años, cuando acabadas las flechas se quedó sin tan gracioso blanco. Y es que el corazón, maticemos, está ya despersonalizado por culpa de don Implante).

Difícil, muy difícil imaginarse a un "Eurípides" soñador, platónico, pasional y erótico, pese a lo cual, proseguiremos con la muy complicada y exhaustiva descripción viva y eficaz de *los Eurípides*, a través del lenguaje escrito:

(Lo sexual lo suponemos una función fisiológica sin graves perturbaciones, tal vez como un ir hacia el urinario público con otras intenciones o sin intención alguna, digamos, por una simple necesidad aunque con menos prisa y sin problemática, o a lo más, con algún que otro reproche y destemplada recriminaciones de: aguántate, caramba. Y no aseguramos que sea anafrodita ni prosélito de las casas de prostitución; no aseguramos nada aunque nos lo imagina-

mos, o tal vez no, puesto que para el transcurso de nuestra Crónica, lo erótico no es baza importante).

“Eurípides” *no entiende* (embrollo éste del verbo entender que el autor trata de aclararlo como algo sólo cuestionable respecto a la idiosincrasia *eurípida*); *no entiende*, repetimos lo de la plaga esa de tanta sexomanía declarada con rango de problema insoluble, y la otra de la *porno*, todo arreglable ubicando *sexocomios* a escala universal. Claro que su madera debe estar apolillada, y tal vez por los agujeros se le escurran los impulsos sexuales y pornográficos, o no es susceptible de apolilladura alguna, y vaya usted a saber si se ha vuelto inepto o incapaz para el exceso, qué alivio, aunque imaginamos que su nudo gordiano aprieta otra clavija más complicada, ya que la atracción primera se experimenta desde cierta distancia, y después viene el acercamiento, a veces excesivo, y “Eurípides”, a cierta distancia ve muy poco, y para colmo de su desgracia, que él así no lo considera, si le miran no le ven, o le ven con miradas resbalantes consecuentes con su casta de *D P H* que a *intro* no llegan y, claro, se conforma con lo más cerca que tiene y le habla fuerte, su sesera, a quien ama entrañablemente con un amor ególatra, como a *habitación cuadrada dos esquinas*, y el cortejo de *soledad acompañada*, libro-manía y, cabe hacerlo extensivo al *busca y encuentro* de sus amigos. Conclusiones:

TODO LO QUE ABUNDA Y ES PERTENENCIA DEL *HOMBRE-HOY-MADE-IN-NECIUS-UNIVERSUS*, NO ENRAÍZA EN TESTA *D P H*, NI ES PRINCIPIO DE CONTRADICCIÓN EN LA CASTA DE LOS *DESGRACIENS*, NACIDOS POR EQUIVOCACIÓN DE LA *NATURA* E IDOS CON RITO CEREMONIAL QUE YA VEREMOS.

JUSTO, reconozcamos que la raza *eurípida*, si no pasa hambre es de estómago estrecho y olvidadizo, pues pide poco, y de tan poco, a veces, nada, ya que no olvidan que el reloj fue inventado por un obediente homúnculo, y las horas, engendradas para atornillar al hombre. Pero ellos, *los Eurípides*, de horario imposible de cronometrar, les importa un bledo lo de las campanadas con cena y almuerzo programados, muy necesario en reuniones y negocios importantes, con bebidas promotoras de la euforia, droga reglamentada por la comunidad política y social en que mal-vivimos y nos peor-dirige. Claro —se excusan los arriba indicados—, que sólo se trata de convencer dominando la voluntad del contrario, traducida en una amoralidad que arrima la sardina hacia el yo de la conveniencia, merced a la masiva intoxicación de las neuronas con proteínas extrañas y sustancias estimulantes del sopor, traducida en un latigazo al lóbulo frontal, promotor del freno ese de la risa idiota que los sin lóbulo prodigan sin bozal. Y, naturalmente, momento óptimo para anudar la cuerda de los acuerdos y probables desacuerdos, con plétora sanguínea, preinfartos y difícil digestión, onnubilada que está la función pensante-discernadora, con relajamientos de voluntades y mayor asequibilidad a las mentes tozudas de difícil convencimiento, lo cual es perfectamente lícito ya que no figura en lista alguna del Código Penal, pues es legal convencer y hasta engañar al prójimo, con diálogos y firma estampada al pie de documentos importantes que luego se saltarán a la torera, eso sí, adobado con sonrisas abexterno, palmatitas en la espalda y abrazos que no rompen costillas pero rompen, sí, muchas economías, en beneficio del arca estatal y particular.

Prosigamos y maticemos: están más de acuerdo *los Eurípides* con las fieras que matan por necesidad perentoria, cuando les da la real

gana y casi siempre por hambre, que con el evolucionado *hombre-hoy...*, que mata y se mata apasionada-heroica-ambiciosa-injusta-ven-gativa-justiciera-santa-absurda y constantemente, y nunca para devo-rar a su semejante. Y es imperativo aclarar que esta circunstancia no se da a escala animal ni siquiera en las fieras, ni tampoco a nivel humano en los caníbales. Enunciar pues, un vocablo peor que fiera y caníbal para expresar con toda crudeza la despreciable maldad de los hombres, "Eurípides" lo encuentra necesario y hasta sensato, y por supuesto, consecuente con ciertas facetas del quehacer de ese *hombre-hoy-made-in-necius-universus*. ¿Y por qué no llamarlos (pregunta con respuesta euripidiana y encaja bien un *ironismo*), **NEOBÁRBAROS?**... Sí, con mayúsculas y prefijo neo, puesto que los bárbaros, menos bár-baros, ya fueron. *Neobárbaros* y *niños sapiens* —matiza "Eurípides"—, causantes del jueguecito ese de las guerras y las paces, con cremato-rios y sin ellos, santas y para salvaguardar la paz, en defensa de los *pura sangre* o por mor de un creciente fanatismo religioso de ayatolá jomeínico.

Caníbal o fiera quisiera ser —reza el eslogan del *neobárbaro* arre-pentido, en rito confesional de tanto *neobarbarismo* consumado—, o antropófago, disculpable como involucionado hombre de la especie humana, y fiera, porque devora sólo por hambre y perentoria necesi-dad vital, que por otras razones no lo sabemos, sí sabemos (lo dicen los entendidos), que las fieras no son tan fieras como las pintan, y por supuesto, menos que el civilizado *hombre-hoy...*, promotor —remacha y sigue pensando "Eurípides"—, de guerras con cincuenta epítetos, desde las Santas y Diabólicas de cien años de duración, hasta las de tres días a lo Israel, amén de matanzas, genocidios, asesinatos, máquinas de exterminio y torturas para escribir un libro así de gooo-oooooooooordo, incluidos los sadismos y crematorios, desconocidos a escala animal, más el cúmulo de inmoralidades, sorderas, inconscien-cias, ambiciones, maldades y hasta destrucciones de sí mismos y cien neobarbaridades más, que hicieron exclamar a "Eurípides":

— CANIBAL O FIERA quisiera ser; cualquier cosa antes que **NEOBÁRBARO**.

EURÍPIDES, sí, hoy ineludiblemente *desentrecomillado* por fuer de novela dos, salió al fin de la *habitación cuadrada dos esquinas* como el ermitaño de su cueva, o la mariposa del huevo de seda, y fue en busca del necesario sustento del intelecto, cuya temática seguía girando entre lo humanístico-político-sociológico, y lo artístico-generacional-filosófico-religioso, algo así como un cóctel de multitemas, provocador, cómo no, de mil exclamaciones *intras* y un sinnúmero de interrogantes, caldo de cultivo donde, ávidas pululan sus neuronas, y motivo central para un nuevo *dialogismo* con *Prometea*, *enfin*, digámoslo de una vez, aquel día no tuvo ocasión de comprar libros, o alquilarlos —que prestar nadie presta ya—, pues no llegó a la dichosa librería, maticemos, no le dejaron llegar los mafiosos de turno enviados como emisarios desde el *Aparcamiento* donde, según le dijeron, le aguardaban *sus amigos*. ¿Qué querían? ¿Esperándole a él? ¿Y para qué?

Y a los interrogantes siguió la autognosis allá en su *intro*: pues no lo entiendo; poseo dinero; no tengo hambre; sólo preciso libros, más libros. ¿Entonces?

Y Eurípides intenta resistirse y protesta, no de palabra sino con cabeceos no válidos puesto que uno de los rufianes lo alzó en volandas metiéndolo en el Rolls Royce, y enfiló hacia el *Aparcamiento L*, que el Z, como el X, se habían evaporado por lo que suponemos.

— ¡Estabas avisado, idiota! —se le encaró con la acostumbrada agresividad don Mafioso—. ¿Qué no lo sabías? ¡Si hablé contigo!...; Sí, a través del teléfono!... Bueno, tú, claro que no hablaste, zoquete, aunque a mí me hiciste hablar por los codos.

Y siguió el rezado, menos agresivo y con atisbos de súplica.

— Te necesito, Mudo... Hoy por mí y mañana por ti. Sabrás que al Camarotero le echaron el guante. ¡El muy cretino! A quien se le ocurre emplear por segunda vez el truco de la pelea simulada. Ni que fueran bobos. Los cogieron a todos: peleones y a quien se escabullía con la droga...¡Idiotas! Ante el acoso de la *poli* hemos cambiado de escondite, y espero por su bien que no cante el desgraciado. ¿Y sabes lo que te digo? Que el Abejontes está en el puerto...¡Sí, con la mercancía! Y no pongas esa cara de bobalicón que me revienta. Y se me ha ocurrido —se dio una palmada de autosuficiencia en la frente—, que tú serás el enlace.

Eurípides, como San Pedro, negaría hasta tres veces, y otras tantas insistiría don Mafioso cada vez más amenazador e insultante.

— ¡Retrasado mental! ¿Cómo te atreves? ¿Negarte, tú? ¿Has olvidado los favores que me debes?...¡Sí, la Clínica, la Seguridad Social y tus libracos! —tocó el punto flaco de Eurípides mientras hacía una mueca a sus secuaces, bien colocados a la vera del infeliz.

Pero Eurípides, continuó negando con tesón.

— Escúchame bien. Sólo tienes que hacer...En fin, es cosa de tontos. Como te decía, el Abejontes está en el puerto, y a bordo, quien ha de entregarte la mercancía. Tú embarcarás en una chalana, junto con todos los bártulos, frente al muelle donde está atracado el barco; embarcarás solo, y por supuesto armado...

Eurípides dio un salto y se puso en pie. ¿Armado? ¿Él?

— Siéntate, estúpido —lo sentaron los guardaespaldas—. Armado con una caña de pescar y el cristal que usan los pescadores para mirar los fondos marinos. ¡Ah!, y una bolsa con pescado; pues no te imagino con una pistola en la mano con esa cara de tonto y vista de tan poco alcance —rió dándole un palmetazo de los suyos que lo dejó bamboleando—. Cuando llegues al Abejontes...remando, claro, porque supongo que sabrás remar.

Eurípides negó repetidamente con la mano y el dedo extendidos.

— Pues ya aprenderás por el camino, zoquete, que también eso de los remos, como el pescar, es cosa de tontos. ¿Has entendido bien?

Por primera vez, Eurípides cabeceó afirmativamente.

— En cuanto llegues junto al barco..., ¡te lo estoy repitiendo por si no lo entiendes!, te acercas a la popa... Sí, al culo del Abejontes!

—pareció que perdía los estribos el Mafioso—. Pero has de hacerlo como quien no quiere la cosa, aunque con esa cara de despistado no tendrás que disimular mucho.

Asentimiento *euripidiano*.

— Tú, a tu faena: la pesca. Pero antes debes echar la potala al agua. ¿Que no sabes?...Está bien, no eches nada. Empiezas a pescar y misión cumplida.

Eurípides se pone en pie, y los rufianes que lo sientan una vez más mientras el Mafioso le aclara:

— ¡No es preciso pescar, hombre, sino simular que pescas! ¿De acuerdo? En la popa del Abejontes te estará esperando una persona que también aparenta estar pescando como tú. En el extremo de la liña y a pocos metros bajo el agua, está enganchado en el anzuelo un gran pez con la mercancía dentro, bien cosidita, y envuelto en una fina red, con lo cual te será fácil trabararlo. ¿Comprendes ya?

Nuevo asentimiento de quien *no sabe, no entiende*.

— No pongas esa cara de memo y escucha bien cuanto voy a decirte. Del extremo del aparejo...¿Qué tampoco sabes? ¡Cretino! De la liña, la tanza... ¡Será idiota el tío éste! Bueno, del cordel sujeto a la caña pende un anzuelo con un poco de carnada. ¡Sí, hombre, el cebo! La red que envuelve al sargo es plateada y te será fácil engancharlo con el anzuelo de cuatro puntas. Y no lo olvides, la mercancía está dentro, en la barriga del pez.

Nuestro *D P H* abrió los ojos con expresión interrogante.

— Es muy fácil, hombre. A través del cristal, por muy cegato que seas, alcanzarás a ver un sargo así de grande —separó ambas manos unos cuarenta centímetros.

Nuevo intento de levantarse y nueva sentada.

— Mientras lo buscas, tu compañero de pesca, desde el barco, estará zarandeándolo de un lado a otro para que lo veas brillar, porque como se te escape el condenado y se vaya al fondo, te encasquetamos una escafandra y...a buscarlo. ¡Te lo juro!

Y le dio una palmadita en el cachete que casi lo tumba, no sabemos si de apremio, aviso o amistosa amenaza.

Eurípides quedó un tanto aturcido aunque por supuesto no asustado, pero eso sí, pensando cómo diablos iba a remar y pescar él, con tan poca vista y quién sabe si hasta mareado. Que para callos en las manos, ya tiene bastantes en los pies. El caso es que no le dio tiempo de volver a pensarlo porque don Mafioso sentenció:

— Y tiene que ser hoy. ¡Qué digo hoy! ¡Ahora mismo, pues el Abejontes sale esta noche! Con que...¡añando!

Andando no, pero en coche sí, se lo llevaron conduciéndolo a la playa, y después de encasquetarle un gorro hasta los orejas, extrajeron del portabultos los aperos de pesca que ubicaron en la chalana, y con él dentro lo arrastraron hasta la orilla dejándola a la deriva mientras se retiraban introduciéndose en el coche para vigilarle.

Y así dio comienzo la nueva e insólita aventura, una más de *bien-sabidolotodo* que Prometea no iba a creer cuando se lo contara, ni él tampoco, pues esta vez no se atrevió a sentenciar alegremente que aquello le importaba un bledo, de enredada que parecía la madeja. Desmadejémosla, pues.

EURÍPIDES iba de un remo a otro, porque remar con los dos, tarea imposible, y claro, la chalana, barquichuelo sin quilla, giraba como una peonza por mor de aquel mal navegar, tan pronto proa a tierra como apuntando al Abejontes, en el supuesto que el dichoso barco fuera aquella mancha blanca que nuestro improvisado marino divisaba confusamente en el horizonte. Al mal remero y peor navegante, un sudor le iba y otro le venía, porque en cuanto a pescar, resfriados, muchos, y de mareos mejor no hablar, pues no le va a faltar ni lo uno ni lo otro a tenor de aquel meneo de arriba abajo y de derecha a izquierda, adobado con la brisa marina tan cargadita de yodo, y claro, llegaron las fatigas y vomitonas, los estornudos, el morirse, y por si no fuera bastante, se sabía vigilado por los gemelos del piquete mafioso que, por supuesto, no le quitarían los ojos de encima —pensaba él—. ¿Qué hacer? —se preguntó a sí mismo—. Y creyó oír la recia y amenazadora voz del Mafioso conminándole a seguir remando. Pero, ¿cómo?, si esto no funciona, bueno, el estómago sí, y mucho, con vomitadas a granel y perros calientes fuera, que una vez fuera, todo comenzó a funcionar mejor, y hasta cobró bríos y decidió maniobrar con los dos remos a un tiempo y, ¡caramba!, el barquichuelo que se dirige derechamente hacia el Abejontes. Pues esto marcha —se dijo de nuevo—, y quién lo iba a decir: un Eurípides que cuando no rema, vomita y hasta se dispone a pescar, *enfin*, *Prometea* no se lo va a creer y será mejor no contárselo —siguió pensando mientras remaba y remaba—, si aquello era remar, que él *no sabe*, si sabe, que se encontró de pronto muy cercano a la borda del condenado barco, menos mal.

La maniobra fue fácil, pese a no ser piloto de nada, más bien un forzado remero del Volga al son de eruptos y quejidos, donde sólo

faltaba don Mafioso, látigo en mano. Pero le atosigaba un poco la fatiguilla esa, producto de la triada, estómago vacío, meneo y olores marinos, aunque se sobrepuso y, ¡caray!, remó con fuerza hasta situarse junto al culo del Abejontes (expresión mafiosa), donde vio al otro pescador que, como él, nada pescaba o pescaba lo mismo. Fue entonces cuando lanzó al agua el artefacto de cuatro anzuelos, no sin antes pincharse en un dedo, ¡y menos mal que no en un callo!, y el corto, cortísimo de vista, se puso a mirar por donde le habían ordenado hacerlo y, ¡albricias!, descubrió el reluciente y codiciado pez sujeto al aparejo del otro pescador, bien cosidito con la mercancía dentro y envuelto en la plateada red. Y allá fue con un, dos, tres y hasta cuatro fallidos intentos, y al fin, ¡caray!, trabajo y cuidados le costó sacarlo, pues aparte pesar lo suyo, no olvidaba la amenaza de escafandra y experiencia de buzo si lo perdía, y ya finalizada la pesca, puso al pez en la alforja junto con otros pescados, se lavó las manos, y a remar. ¿Quién dijo que el oficio de marinero y pescador no le iba? Y sin pensarlo más, enfiló la proa hacia la playa, sereno, firme, tranquilo, aunque moqueando, estornudo va y estornudo viene, con un hipo que no había forma de cortar, fiebre de treinta y ocho grados, calcula él, ampollas en las manos (como si no fuera bastante con los callos en los pies), pero misión cumplida —habló para sus adentros—. Y como pescador de tan raro pez, y aunque marino no, de sólo pensarlo le volvió el mareo y tuvo que tumbarse en el fondo de la chalana, y allí quedó a la deriva, semidormido, hasta chocar con un barco. ¡pobre Eurípides!, nada menos que el buque de vigilancia del puerto.

Y ocurrió... Bueno ese es otro capítulo de *Biensabidolotodo* que ahora pasamos a relatar.

EURÍPIDES despertó, es decir, lo despertaron.

— ¿Qué haces aquí?

Habitual encogimiento de hombros.

— ¿No sabes que en esta zona está prohibido pescar?

Cabeceo negativo porque *no sabe*.

— ¿Y qué llevas ahí?

Eurípides les mostró la alforja.

— Pescado, mi capitán, y alguno podrido. Debe ser para el engodo —aclaró un soldado de la Marina—. Aquí no hay nada —le cachearon—. Nada, mi capitán.

— ¿También ignoras que ese barco está vigilado por contrabando de drogas? —increpó a nuestro *desgraciens*.

Nuevo encogimiento de hombros. No hubo más diálogos, y si los hubo, fueron de disco rayado y escena bis que no merece ser transcrita a la *Crónica de un D P H*, a lo más, epilogada con una orden contundente:

— ¡Largo de aquí!

Y se largó, por supuesto con chalana, caña de pescar y la importante alforja, pues quería evitar las malas caras y peor trato de don Mafioso y compañía; se largó remando como un condenado, aprobadas ya las primeras, y por qué no decirlo, últimas prácticas marineras de su vida, y llegó al fin, ¡eureka!, al lugar de regreso en la playa. Llegó, eso sí, en estado lamentable, y nada más llegar, pues le abrazaron y felicitaron, aunque *no sabe* el porqué de tanto zarandeo y a

asunto de qué le levantaron en vilo después de arrebatarse, cómo no, la susodicha alforja, para poco después incrustarlo en el interior del coche, muerto de frío, hambre, sed, mareo y estornudos, que no de susto ni miedo (*acardiano*, etcétera), *enfin*, todo acabó bien, y fue conducido ante don Mafioso, quien, loco de contento, exclamó al verle:

— ¡Eres un tío!

Y como lo de tío iba siempre seguido del correspondiente manotazo, pues lo tumbó en tierra.

— Levántate, hombre... Tenemos que festejarlo. Lo has conseguido, muchacho: engañar a la *poli* y escapar. ¡Eres un tío! —repitió alzando la mano que no llegó a descargar sobre el infeliz porque continuaba en el suelo.

Y nuestro *desgraciens* en la inopia del porqué tanto jolgorio ni de tan apoteósico recibimiento.

— Buena pasta a repartir —exclamó el Mafioso.

Y llegó el reverso de la moneda: insinuaciones, promesas de empleo fijo como accionista de la nueva compañía, cabeceos negativos de nuestro *D P H*, insultos de besugo y gilipollas para arriba por parte de don Mafioso, y nuestro hombre que al fin logra escapar de la maraña que le tendían *sus amigos*, hoy reunidos en gozoso cónclave para festejar el éxito de la nueva empresa de pescar (que no pesquera).

Y todo acabó como siempre: un Eurípides supercargado de libracos y aspirinas que, rengueando, se dirige hasta llegar a, —mi casa, que diría E T—, ansioso como nunca de *habitación cuadrada dos esquinas*. Pero el hombre propone y Dios dispone, y Eurípides no podía imaginar quiénes le esperaban en su cuchitril. Nunca ocurrió, ¡nunca!, que el Eurípides de *sus amigos* compartiera habitación con el entrecomillado "Eurípides". Fue algo así como una violación de recinto sagrado. Concluyendo, acaecidos de la *Crónica de un D P H* que es preciso contar...Prosigamos.

REGISTRO domiciliario. ¡Inaudito! ¿Qué ocurrió? ¿Olería algo la policía además de a pescado podrido? ¿Lo seguirían tal vez? Porque arrastrándose como llegó no era difícil. ¿Y qué iban a encontrar? Libros y más libros, y a la hormiga *Prometea*, bien escondida en la anchurosa pared, asustada, temblorosa y con diarreas (imagina él). ¡Registro domiciliario! La patrona puso el grito en el cielo, aunque más tarde lo pondría a pocos centímetros de oídos *euripidianos*.

— ¡Hijo de perra! —le gritaría al infeliz—. Es que mi pensión no aloja a ningún delincuente; es que, pobres y honrados, todos; es que, muertos de hambre y con deudas de alquiler, casi todos. Pero, ¡un registro domiciliario!...

— Buscamos...—la arrollaron.

— ¿A quién? —preguntó la irascible patrona.

—A un hombre cargado de espaldas y de libros, gruesos cristales en las gafas, no anda bien, cara de bobalicón...

— ¡Allí! —apuntó con el dedo hacia la habitación de su inquilino.

Y sin contemplaciones, echaron la puerta abajo e irrumpieron en el cuadrilátero del supuesto delincuente, que armado estaba con un libro en cada mano. Y el enemigo empujando (léase policía y patrona), frente a un *DPH* indiferente. Y aunque no hubo tiros, pese a que los guardias entraron pistola en mano, tampoco acabó en sesión pugilística porque Eurípides, ya lo sabemos, no es hombre de enfrentamientos físicos ni verbales.

— ¿Qué buscan? —les interrogó de nuevo la patrona.

Pero ellos a lo suyo, se dirigieron hacia Eurípides y lo cachearon

y medio desnudaron. El registro fue de aúpa y no quedó títere con cabeza (libro en su sitio). Les intrigaba tanto arsenal en letra impresa.

— Aquí debe estar la *cosa*, camuflada entre los libros —dijo uno.

— ¿Libros o simuladas cajas tal vez? —apuntó otro.

— Sólo veo libros con muchas letras —aclaró un tercero.

Eurípides o “Eurípides”, que hoy no sabemos quién es quién, sonrió mientras se autointerrogaba: ¿Con qué, entonces?

— ¡Y cintas de colores colgando! —mostró su asombro uno de los guardias.

— Muy sospechoso.

No sabían, claro, lo de rojo-humanismo, verde-filosofía, amarillo—religión y un largo etcétera de temática y ubicación colorística.

— ¡Qué extraño! —las quemaron mirándose unos a otros.

— Huelen normal —dijo uno.

— Aquí no se esconde la *cosa* —apuntó otro.

— ¡Qué cosa! —exclamó la patrona a punto de estallar.

Por toda contestación la empujaron sin contemplaciones, quitándosela de en medio en tanto le arreaban un mamporrazo a nuestro *desgraciens* con la consiguiente pérdida de las gafas.

— Pero, ¿se puede saber qué buscan?

— ¡Fuera! —la echaron de la habitación.

¿Registro domiciliario?...Aquello tenía visos de mudanza o traslado, ya que nada quedó en pie ni en su lugar, y no aparecía la *cosa* esa que buscaban con tanto ahínco. Eurípides, o “Eurípides”, (seguimos sin saber de su personalidad capitular), desde el suelo los miraba sin verlos, con sonrisa *euripidiana*, medio desnudo, muerto de frío y casi ciego a causa de las gafas perdidas Dios sabe dónde, pues no aparecían por ninguna parte.

Finalizó la incursión policíaca. Y como allí no estaba la susodicha *cosa*, ni allí había nada, optaron por irse, y lo que es peor, se lo llevaron camino de la comisaría.

—A NDANDO, muchacho.

Eurípides trató de vestirse pero se lo impidieron.

— ¡A comisaría! —le empujaron de mala manera escaleras abajo—. Allí te espera un compinche y veremos quien canta en el careo que te aguarda.

Y siguió a los guardias, desnudo de cintura arriba y sujetándose los pantalones con ambas manos, pues no encontraba los tirantes que debieron quedar enredados entre las piernas. Rengueando y bien sujeto como si se tratara de un peligroso delincuente, lo subieron a un furgón enrejado hasta llegar a la comisaría... Y allí fue Troya.

— ¿Le conoces? —le propinaron un bofetón.

Frente a él, Panchito el del carricoche le contemplaba poseído por el pánico ante el temor de que pudiera delatarle. Pero Eurípides negó con la cabeza. ¡Cómo iba a reconocerlo sin las gafas!

— ¿Acaso no tienes lengua, idiota? —le arrearon un segundo mamporro.

— ¡No le peguen! —salió en su defensa Panchito—. El desgraciado es mudo, y sin lentes, medio ciego.

— Pero no sordo —le arrearon un tercer mojiçón tumbándolo en tierra, pese a lo cual, siguió negando con la cabeza—. Porque lo de mudo y ciego, no me lo creo —se enfureció el policía.

— Escucha, Mudo. Soy Panchito. Siento de veras lo que están haciendo contigo. Y a ustedes —se volvió furibundo hacia los guardias—, les diré que sí me conoce porque a menudo compra chucherías en mi carrito.

— ¿Novelitas rosa o marihuana?

— Goma de mascar.

Llegó el comisario.

— ¡Déjate de cuentos! ¿Dónde está la droga? —se enfrentó amenazador a Panchito.

— Señor comisario —intervino uno de los guardias—. En el carricoche de este sujeto, sólo había noveluchas, cigarrillos, chicle y...

— ¡Está bien! —le interrumpió de mal talante—. ¿Y en el cuchitril de éste?

— Nada, señor comisario. Hemos registrado la habitación de arriba abajo, y allí no está la *cosa*.

— ¡Pues que se vayan!...;Tú, no! —señaló a Panchito—. Como no eres mudo —rió con desparpajo—, te tiraremos de la lengua.

— ¿Y qué hacemos con este desgraciado? —lo levantaron del suelo.

— ¡Fuera!

Y lo pusieron de patitas en la calle, manchado de moretones y sin nada para cubrirse el pecho y la espalda.

Sin gafas, Eurípides las pasó moradas y fue necesario recurrir a viejos trucos para no perderse en el camino de regreso a la pensión. Primero, fueron los olores a perros calientes (que de olfato no andaba mal), y husmeando como un perro pastor tras el rastro, llegó al cafe-tucho cercano a la pensión. Voy por buen camino —rumió para sus adentros al pasar, justo, donde despachaban los refritos—. Luego, otros olores, nauseabundos olores de urinario público no municipalizado, le orientaron en la dirección deseada. Estaba cerca de... —mi casa, que diría E. T.—. No faltaron tropezones y caídas, pero él se las ingenió para no perder el rumbo aunque el barco fuera sin timón (léase gafas). Y al fin, ¡albricias!, el perro de su vecino que se le echa encima tumbándolo en tierra por enésima vez...;Qué bueno, Chucho! —se agarró al rabo del can como al salvavidas en un naufragio—. Y el animal le condujo hasta la pensión. Y le tocó el turno a la patrona; y fue el Rosario de la Aurora.

— ¿Qué haces ahí desnudo, idiota?

Eurípides se miró sin verse.

— ¡Vístete, zoquete!

Y se vistió sin chistar, entre otras razones porque tiritaba de frío.

— ¿Qué has robado? —continuó con el otro rosario queísta y esqueísta.

Nuestro DPH abrió las manos.

— ¿Se puede saber qué busca la *poli* en mi casa?

Y el buen hombre señala sus libros, lo único que tiene y no buscan.

— ¿Es que te han pegado por ladrón? —apuntó hacia los moretones—. Porque tú, ¿traficante en drogas con esa pinta?...No me lo creo.

Negativa *euripidiana*, con lo que dio a entender que él tampoco se lo creía.

— ¿Por qué te busca la policía, desgraciado?

Eurípido encogimiento de hombros.

— ¿Acaso además de mudo eres idiota?

Segundo encogimiento de hombros por algo que *no sabe*.

— ¡Te obligaré a pagar el estropicio de la puerta!

Y, din, din, sacó unas monedas, las pocas que le quedaban y se dispuso a enfrentarse con el lío ese de intentar recomponer la *escalera-librería* y colocar cintas nuevas en la computadora de tanto libro esparcido por el suelo. Pero, ¿cómo hacerlo sin gafas?

Y ocurrió que las susodichas gafas le cayeron sobre la nariz como llovidas del cielo, pues las llevaba, ¡quién iba a decirlo!, bien asentadas sobre el enmarañado cabello. Y menos mal que allí quedaron, cabalgando sobre la testa, cuando la policía le derribó tirándolo al suelo.

Y fue así como llegó el orden (digamos un desorden bien ordenado) a *habitación cuadrada dos esquinas*, y la paz, merced al *dialogismo* esperado, una vez que puso la tarjeta sobre la pared, pues estaba ansioso de *conversas* con su amante *Prometea*. Pero ese es otro capítulo, otra circunstancia, otro "Eurípides". Vayamos con él.

LA *conversa* de neurona eurípida a neurona prometeana estableció un cortocircuito *dialogístico*, más o menos concebido así:

- ¿qué ha ocurrido?
- intolerable invasión goda
- no hay respeto para *habitación cuadrada dos esquinas*
- faltó la muralla china
- o la cortesía “made in Japan”
- ignoran lo del recinto sagrado
- al menos descalzarse
- sólo en pagodas budistas y sintoístas
- no escuché palmadas llamando a los dioses
- los templos son diferentes
- y los espejos también
- pero sí oí el ruido de una puerta abatida
- ¿buscan algo?
- no pueden penetrar en mi pensamiento

Prometea dio unos pasos, se detuvo, vaciló indecisa, y volvió a la carga de las obsesivas ideas.

- ¿merece la pena respirar un aire tan viciado?
- no vale preocuparse si somos flor de un día de breve respiración

- ¿cuándo la noche?
- la mariposa vuela desde el amanecer al ocaso, la flor se abre con la luz del alba, y la hoja reverdece al sol
- pero volar sin alas, mirar sin luz y vivir sin sol..
- ¿entonces?
- no
-
- no

Prometea vacila otra vez entre si se va o se queda, y se queda, consciente de que poco le resta ya por ver y oír, aunque se acuerda del proverbio chino, en versión *eurípido-prometeana* y con fines de *emigración*.

- mejor, no hablar
- mucho mejor, no ver
- todavía mejor, nada oír
- y en versión moderna y de aplicación filosófica, muchísimo mejor aún, no fornicar ni reproducir, sino *emigrar*.

Prometea dio otro paso, se acercó a la manada borreguil, dudó un momento, y sentenció concediendo la prórroga de la opción cada día más improrrogable.

- seguir por seguir, sigamos
- casi como un vivir por vivir, vivamos
- ¿crees tú?
- creo que aún *biensabidolotodo* no está
- ¿todavía?
- es que no hay segundos, minutos, horas ni días de eternidad
- pero una vez parado el reloj, no podrás ponerlo en movimiento
- ni tampoco, darle marcha atrás
- entiendo.

Hubo un corto de neuronas, y “Eurípides” cabeceó mientras *Prometea* se confundía con la masa hormiguera. Y-lo importante fue que el reloj seguiría penduleando al menos una jornada más.

DECIDIDO a no volver al círculo de *sus amigos*, después de tan inconcebible violación de los derechos humanos y el sinnúmero de complicaciones ocurridas por dicho motivo, “Eurípides” quedó en solitario, dispuesto a arreglar los últimos detalles del desorden ocasionado en la ubicación de sus libros, calmada ya la furia patronil tras la invasión de la policía, por fuer de don Dinero, de cuyo poder no dudaba, convencido del peligro que suponía dejarse ver por los *Aparcamientos Z, X y L*. Y ocurrió que nuestro hombre quedó lelo el día aquel en que lo plantaron como palmera en la llanura polar, frente y a pocos metros del *recinto cuadrado cuatro esquinas fútiles*, pese a protestar a lo rebelión inútil, inútilmente, claro, y menos mal que halló a mano (le prestaron) unos gemelos para solucionar el problema de no ver más allá de un punto remoto tan próximo. Curioso eso del fútbol, caramba —y matizaría a continuación—, pero qué mareo aquel ir y venir de la *cosa redonda*, y más difícil todavía, encuadrarla en el ocho acostado de los anteojos, pues con gemelos y sin ellos, no había forma de entender qué ocurría en el cuadrilátero verde, si es que ocurría algo, aunque muy interesante fue la reacción de la gente al traducir la incultura deportiva, con la excepción de “Eurípides”, claro, quien se quedaría in albis. Y la verdad, no comprende el porqué de tan gran pelea entre los veintidós *listómanos* por la posesión de la susodicha *cosa redonda*, pues con repartir dos docenas, todos contentos —cree él—. Y no debe ser así —razona—, porque se enteró tarde de la importancia de meterla donde es imperativo que entre. En fin —quedó pensativo—, también cabe achacar a los Gobiernos el patrocino de la *babiecada* esa y otras zarandajas por el estilo, sin otra finalidad que encauzar deliberadamente las pasiones y actividades agresivas de sus súbditos, porque agresivo y a

punto de perder el tino, sí lo estaba el público con aquel escándalo de gritos e imprecaciones.

Babielés es el nombre del dialecto que hablan, sobrado de contundentes expresiones adobadas con los mil improprios del diccionario de tacos de don Camilo. Y buen ejercicio pulmonar —aseguran los estudiosos galenos del tema en cuestión—. El caso es que, *babiecómanos* a rebosar llenaban el recinto ese, y ahora se comprende lo del eslogan CONTAMOS CONTIGO, aunque con “Eurípides”, sólo circunstancialmente, pues pronto sabremos el porqué estaba él allí. Las encuestas aseguran que hasta un setenta y cinco por ciento del *hombre-hoy-made-in-necius-universus*, milita en el *babieconismo* (¡qué vergüenza para los “Eurípides” cuya pertenencia no llega al cero-cero-cero-cero-uno por ciento, y siempre a tenor de accidentes imprevistos). Y él, que nunca le cupo dar patadas a nadie, ni siquiera a la *cosa redonda*, pues es difícil imaginar a un *listómano* con callos, descubrió que don Infarto también era *babiecómano*, puesto que lo vio viajando en camilla ante la indiferencia masificada por el paroxismo pasional. Y todo por culpa del primer *gooooooooool*, con tantas (o) como espectadores gesticulaban en pie, pues él, bien calladito y sentado estaba a la busca con gemelos de la cosa esa, y se enteró tarde de que había entrado en la portería, una portería sin puerta y con un singular portero (extraño vocabulario para la mente de un *desgraciens*). Por todo ello, dedujo ipso facto que los Gobiernos, ofuscados con la socialización, industrialización y aporte masivo de autos, neveras, casas y cosas aptas para el importante consumo, han descuidado el otro consumo de la *babiecada* esa, piensa “Eurípides” y se pregunta, el porqué el Estado, no encauza y acapara hasta el imposible superlativo la pasión futbolística, tan necesitada de renovación y avances esnobistas, pues de no ser así, el tinglado de la *botatestalización* puede venirse abajo, que abajo casi se viene el *recinto cuadrado cuatro esquinas fútiles*, después del segundo *gooooooooool* cantado apoteósica, apocalíptica e inenarrablemente (por poco le despachurran). Y caben muchas soluciones (*euripidianadas*) necesarias y urgentísimas —piensa “Eurípides”—. Caben:

PROPOSICIÓN PRIMERA: agrandamiento de la portería en tres o cuatro metros como justificación de la falta de goles, y cómo no, aumento del vocabulario *babielés* previa aceptación por la Real Aca-

demia de la Lengua —si don Camilo lo propone—, y por la *Irreal Euripidiana* también, pues “Eurípides” considera conveniente echar mano a anglicismos, galicismos y locuciones latinas con formato de tacos. Y se pregunta: ¿acaso no se importan botas extranjeras? ¿Por qué no improperios anglo-gali-latinistas? Aunque es preciso cuidar de la posible saturación y demasía de goles; puede conducir a una caída del componente pasional con descensos anodinos de la tensión arterial, poca masa *babiecómana*, ningún infarto, árbitros gordos como cochinos, y abandonos del recinto ese con derivaciones hacia la izquierda (política) por ineficacia futbolística; que todo esto lo sabe el Estado. Y si apretamos la clavija, cabe:

PROPOSICIÓN SEGUNDA: dos porteros en cada portería de ocho metros, y partidos con un promedio de cincuenta goooooooooooooles para cada equipo. Imagínense —piensa “Eurípides”—, qué desasosiego, rabia y barbáricos denuestos cuando falta un minuto para finalizar el encuentro, y el desmelenado público aplaudiendo, gesticulando, maldiciendo, insultando ...endo ...ando ...endo ...ando, con los ojos fuera porque dentro, un corazón a ritmo loco, y presiones arteriales a tono con el color de los goles. Confesemos, ¿quién se acuerda de la Reforma agraria, la falta de universidades, la representación política del pueblo, el caso Matesa, Rumasa, Ibercort, Filesa y otras nimiedades? Y cabe —sigue razonando “Eurípides” mientras mira sin ver—; cabe también, repite:

PROPOSICIÓN TERCERA: un fútbol con dos pelotas y dos árbitros en cancha de locura, dos goles cantados al mismo tiempo, y un público incapaz de concentrarse de tanta incertidumbre, y como consecuencia, profusión de infartos y posibilidad de paliar el problema demográfico con la ayuda de alguna que otra guerrita y las cada vez más abundantes muertes en carretera. Concluyendo: difícil dilucidar quién suda más, si el gesticulador y pataleante, o el simulador y aspaventero que, tumbado en el césped, busca el máximo castigo a la espera del agua fresca, así de milagrosa, energética y conciliadora (¿Solares?, ¿Firgas?, ¿Vichy, o de las nubes esas?).... No lo sabemos.

¿Cabe otra técnica más revolucionaria? —razona “Eurípides” puesto en pie mientras todos permanecen sentados—. Bueno —lo sientan—, lo que no cabe es tanta gente en el recinto cuadrado ese,

aunque los Gobiernos, regocijados, lo solucionarán con un frotamiento de manos ante la despersonalización masificada de sus súbditos *babiecómanos*, y también, porque se construirán, universidades, pocas, pero sí gigantescos campos para el juego de la *cosa redonda* con capacidad de hasta medio millón de traseros con derecho a asiento, ¡no lo duden! Si será suficiente para los fines de la *botatestalización*, queda en el aire el interrogante, y casi en el aire “Eurípides”, después del undécimo codazo recibido cuando el *babiecómano* de turno quiso explicarle los pormenores del nuevo goooooooooool que él no vio ni verá nunca. Caramba, pues no sabía que el fútbol era tan movido, y no tiene reparo en confesar que sólo pudo ver tres veces la dichosa pelota, por aquel absurdo empeño en querer descubrirla en el aire. Terminemos, peligroso lo del fútbol con pataditas en los riñones, y peligrosa también la *cosa redonda*, pues la vio venir enfilada hacia él como una estrella fugaz que casi le entra por los ojos con gafas y gemelos.

En fin (sin contracción), no ya infartos sino posibles desprendimientos de retina, pueden sufrir los despistados con vista de tan poco alcance. Y para finalizar, digamos que el pitido final casi le cuesta un riñón, del puntapié que le propinaron. Y aclaremos de una vez el por qué estaba allí nuestro *desgraciens*, aunque no lo creerán si les digo que se vio arrollado por la masa *babiecómana* que avanzaba a modo de infantería con la bayoneta calada en dirección centrípeta hacia *recinto cuadrado cuatro esquinas fútiles*, adonde arrastraron a quien despistado andaba en busca de un banco tranquilo, bajo el tranquilo árbol ubicado en plaza tranquila, y valga la redundancia. El caso es que le metieron dentro, sin entrada por supuesto, después de una lucha cuerpo a cuerpo ante un portero incapaz de detener la ola *babiecómana*, que las otras olas serían después. Y ya en el recinto ese, lo sentaron donde lo sentaron que *no sabe*, y apenas si vio nada por culpa de las veinte dioptrías y los cien codazos recibidos, con pisotones en los callos y fuerte dolor de tímpanos. Pero eso sí —razonó muy intrigado—, sería interesante saber si un *BABIENS* es igual a otro *BABIENS*, y cree recordar o tal vez lo leyera en sus libracos, que los biólogos que han investigado la baba del *babiecómano*, han llegado a la conclusión unánime de una idéntica composición química a la del *hombre-hoy-made-in-necius-universus*:

(peso específico 1.000-1.008, sólidos 0,5-1, sólidos inorgánicos 0,4-0,6, sólidos orgánicos: mucina, seroalbúminas y seroglobulinas 0,1-0,4, sulfocianato potásico 0,016, punto de congelación 0,07-0,34, y reacción ligeramente alcalina).

Sólo difieren (los *babiecómanos*), en el grito ese irracional, ya que unos chillan BARÇA y otros MADRID, y eso les diferencia; por lo demás, *enfin*.

Y "Eurípides", contento (no es broma), riendo (tampoco es broma), se fue, es decir, se lo llevaron los mismos que lo trajeron, con igual delicadeza, a empellones y bien apretujado, aguantando ayes cuando le pisaban un callo, pero libre al fin, aunque eso sí, un kilómetro más lejos del emplazamiento de su pensión, desorientado en el tiempo y lugar, pues ya sabemos que no es portador de reloj, ansioso como nunca del otro cuadrilátero de la *habitación cuadrada dos esquinas*, que la de cuatro no le va. Y descalzo, y con los zapatos bajo el brazo, regresó a su escondrijo con una lección más de *Biensabidolotodo*, que *biensabidolotodo* casi está.

Oigamos ahora la opinión de Prometea respecto a la *babiecada* esa; si es bastante o si algo falta por conocer, aclarado que será en la próxima *conversa*, si su amante cumple con la cita prometida. Que el "The End" de Eurípides y novela dos, como el otro "The End" de novela uno, está a la vuelta de la esquina, y habrá que conjugarlo con el verbo *emiqrar*.

PROMETEA no acudió, pero "Eurípides" no tenía prisa, y aunque PRISA no es verbo, nuestro *D P H* quiso conjugarlo en sus neuronas a la espera del *dialogismo* en *soledad acompañada*, pues lo sabe elemento importante en el concierto social, como generador del morbo universal endémico-contagioso que afecta a la humanidad entera pese a los esfuerzos de psicólogos y el fracaso de antídotos y vacunas, incapaces de prender en el ánimo, porque la PRISA es mucha, y atenaza, agobia y encadena a la infernal máquina humana. Y es importante decir, que de esa PRISA están exentos *los Eurípides* (cuestión de genes tal vez), con honrosas excepciones, pues ha de quedar bien claro que el TICTAC *euripidiano* es alterable sólo por el ritmo de las imperiosas necesidades, circunstancia ya conocida (urinario, escribo para recuerdo de olvidadizos), y vale como inciso aclarar que, después del incidente aquel, nuestro hombre entró en la botica y pidió una bolsa con tubo de enlace a otra bolsa, y aunque el boticario nada dijo, sí le miró despacio y en silencio, huyendo tal vez de un diálogo aspirina-bis. Y aunque le despachó el artefacto, para nada le valió, ya que sigue corriendo cuando se ve en apuros, y no como los otros por lo del tiempo cronometrado. Terrible también la PRISA que tienen algunos en hundir el pie en el acelerador, aunque suponga opositar a una plaza en el cementerio, cuestión no importante, pues se han hecho para llenarlos como elementos de consumo universal, por fuer de ataúdes y coches fúnebres, nichos y el tinglado de tanto entierro. Y, ¿quién dijo que morir no cuesta nada? Cuesta lo suyo, aunque a "Eurípides" sólo un pequeño esfuerzo que hará en su día para subirse a una silla. En fin, prosigamos y maticemos pues no siempre es el niño de papá con el deportivo último modelo, quien traspasa el umbral, él solito, ya que a veces otro niño, con papá y mamá también, es aprisionado en el abrazo mortal del cuatro ruedas.

Y “Eurípides”, aunque no ama al hombre ni le odia, pues profesa un indiferentismo total socio-religioso y filosófico, sabe bien que fue comprado y reza su precio en el baratillo del quehacer humano, pero no así el niño, virgen todavía en tanto no es sofisticado y convertido en objeto de consumo y forzoso emplazamiento en la computadora social humana organizada y dirigida por la *botatestalización* estatal, con la obligatoriedad de circular subido al vagón de un solo raíl y único destino. Y siguiendo con la temática que en estos momentos le ocupa pero no preocupa, “Eurípides” cree que los niños corren sin PRISA, y se enfadan con razón cuando mamá los llama a la hora de cenar-lavarse-dormir-levantarse-hacer pis, todo cronometrado y contrarreloj, porque es preciso hacerlo cuando no hay ganas, y si las hay, pues a esperar que otro día será.

PRISA-hora-tiempo-momento, circunstancias en desacuerdo para quienes no entienden ni entenderán por qué él se sienta tranquilo bajo la plácida sombra de un árbol, en un banco de los que ya quedan pocos, mientras todos corren a tenor del engranaje hombre-rueda. Y “Eurípides” pregunta al hombre éste de hoy, sí, al *made-in-necius-universus*, qué cuantas horas recupera a costa de la tráfada agobio-angustia-PRISA, en el rutinario quehacer y trabajar, sin ilusiones o con ellas, cuando poco importa correr o no correr si a la postre llegarán igual, a *elmasallá* se entiende. TICTAC, que has de dormir y son las dos, las tres, las cuatro de la madrugada; TICTAC, que has de comer cuanto exige el mísero cuerpo; TICTAC que no preocupa a *los Eurípides* involucionados sin reloj e incapaces de hacer de la noche, día, y del día, noche, pues *no entienden* qué silba ese tren loco ni para qué tanto debe y haber en las fechas del calendario que la computadora humana clasifica: cuidado-urgente-telefonar-imperativo hacer-no olvidar-avisar-comparecer-ir-estar... Cosa de locos — piensa él—, mientras mira con alegría a su muñeca sin reloj e imagina con pena a cuantos se muestran incapaces de romper la cuerda de los mil estúpidos relojes, incluido el último, que los de la PRISA ven como un trágico Cu-Cú, y hasta imaginan la puertecilla abierta por donde asoma una horrible lengua hinchada, cadáver colgante de un cuerpo-péndulo marcando lento y sin PRISA las horas de la eternidad:

TICTAC, TICTAC, TICTAC.

AFECTO de banco-manía, justificable por aquello de los doloridos pies y el lema eurípido que reza: corre tú si quieres, mientras yo aquí sentado y sonriente te contemplo, "Eurípides" o Eurípides, pues hoy también parece difícil dilucidar quién es quién en el capítulo que nos ocupa, contrariamente a lo expresado en párrafos anteriores, confiesa su prisa (con minúscula) por asimilar lo que un alumno de *Biensabidolotodo* debe saber si, como parece, fuertemente afincada está en nuestro hombre la prisa del *biensaberlo*, con rai-gambres muy profundas y fines de *emigración*.

El caso es que "Eurípides" o... Eurípides, quien por cierto no tiene barba y sí una pinta de desplazado antisocial de protesta cívica sin protesta, estaba hoy sentado y sin apremios en el banco de la superlativa tranquilidad con sonrisa, cuando de pronto se vio rodeado por quienes le miraban como a un extraterrestre antropomorfo procedente de otra galaxia. Y aunque se puso en pie e intentó escabullirse, lo sentaron porque, diablos, supo tarde que estaba (mal encuadramiento ese) atrapado en el banco-madriguera de una comunidad ambulante de *montmartrepasianos hipposos* siglo XX hacia el XXI, descendientes tal vez de aquellos que en su día afincaron en Trafalgar Square, Piccadilly Circus, el sofisticado Montmartre o mimético Catalina Park. Y es importante lo allí acaecido; y lo acaecido fue, que aún no se sabe si hubo conversación o *conversa*, y si intervino "Eurípides", lo más probable pues las apariencias apuntan hacia un *dialogismo* sin *Prometea* pero con *montmartrepasianos*. Y metidos a dialogar respecto a las cumbres del quehacer pictórico y dodecafónico-concreto, ocurrió una a modo de escena-bis de la *babiecada* aquella en *recinto cuadrado cuatro esquinas fútiles*. Y como la aguja del tocadiscos ya hace rato que circula por el surco, oigamos lo que escucha y piensa el entrecomilla-

do "Eurípides", definitivamente protagonista de este capítulo, mientras dialogan a su alrededor, aunque no sabemos si interviene:

— Nada es comparable a la cumbre dodecafónica-concreta y al neoabstractismo pictórico con su despertar de un mal humor de insuperable intrascendencia creadora.

— ¿Apuntas que...?

— Apunto hacia una magnífica indiferencia total, formidable y sublime trance del espontáneo quehacer estético sin influencias extras e *intras*.

— Pero, entonces...

— No caben peros ni entonces, cuando todo lo es un prodigioso ingrediente para asesinar a la interioridad.

— Vale, correcto, correctísimo, pues no existe mejor vacuna contra estúpidas resonancias subjetivas, que la del superlativo quehacer sin empalagosas vivencias; sólo a tenor de la extrañeza, el pasmo, el malhumor...

— Interrumpo, difiero y corrijo: sin extrañeza, pasmo ni malhumor, sin NADA; con atención y sin razonamientos, para AQUELLO allí presente, sin explicación posible e imposible ubicación *intra*.

— Lo dicho.

— Claro.

— Claro.

— Claro.

Claro, de turbio que estaba AQUELLO allí presente, fue el pensamiento de nuestro inculto *desgraciens*, si intervino con uno de los claros, que no creemos, por mor de su mudez. No obstante, afirmamos sin juramentarnos, que "Eurípides" sólo estaba allí como sostenedor de la creación pictórica, cuando de pronto, un *montmartrepasiano* con cara de perro pequinés, de tanta barba y pelambre en ubicación cefálica y un sólo ojo visible, pincel en alto, zigzagueó, ido, muy ido, y ya en trance de abstracción, colocó un poco de pintura en la cucharilla de comer (comida), y la lanzó fuertemente contra el lienzo (la pintura, pues la cucharilla no) en un *DRIBBLING GRAVITATIS* con pasta escurriendo por la tela del cuadro famoso, que fue coreado por cuan-

tos circunstantes rodeaban al abstraído abstracto. Y señores, todos muy serios, incluso el "Eurípides" convertido en caballete humano (cara de desgraciado que le vieron, diferente a *desgraciens*).

Y continuó la jugera artística de tan variada muestra antológica, donde el pequinés, más serio aún si cabe (que no cabe), tomó la decisión de colocar el lienzo de lado para un *DRIBBLING DERECHO* que causó NADA: vaya, ni asombro, ni pasmo, ni extrañeza, ni malhumor, exactamente lo protestado y corregido en las aseveraciones del máximo diletante. Y sin dar tiempo a salir de la nada-reacción, sometió el cuadro al tormento de un rápido volteo, bien apoyado en un ángulo (no valen todos), para un *DRIBBLING DE VÉRTICE GIRATORIO*, así de importante también, al que siguieron fuertes y bien contabilizados (exactamente tres) resoplidos en la tela con formación de curiosos cráteres (*pero qué bonito*) de geografía lunar impresionante; sí, claro, *RESOPLISMO* tiene por nombre el ismo creador pequinés, muy criticado por la crítica esterilizadora de un chupatintas de redacción. Y tras el aireo ese, siguió una muestra evidente e incuestionable de *TACHISMO SALPICÓN*, algo así como esparcir queso molido sobre tarta de macarrones. ¿Quién se comerá el cuadro? En fin, todo acabó (¿acabó?) con un peinado sutilísimo de la obra pictórica, a distintos vientos, traduciendo un *PEINISMO* de vanguardia, última cosecha pequinésa en el fraude del quehacer pictórico y, faltaría más, el cara de pequinés (lo de cara es un decir o imaginar sin ver), que solicita un bolígrafo, ¡inaudito!, y le da por perforar la tela a lo *ESPECIALISMO DE FONTANA*, que si no es de Fontana no sabemos de quién es, pues asegura (el pequinés) que no milita en el *copiacismo*.

Y la muestra antológica sigue, ahora con su poquito de tierra (material barato) y, zas, contra el cuadro, todo contra pero nada en él, como NADA *intro*, pues así reza en los estatutos de un novísimo arte matérico adobado con caras serias que contemplan sin rubor el importante florilegio pictórico. Y "Eurípides" alelado, a punto de reventar por otra cosa (se está orinando), espera el momento de escabullirse pero no le dejan, porque ahora le toca el turno a la música dodecafónica-concreta, con un diletante de la creación sonora vanguardista, que sube al estrado dispuesto a protagonizar un nuevo acto de las cumbres esas. Y entra en escena otro barbudo con dos ojos visibles y una guitarra que no parece muy dispuesto a tocar, matice-mos, tocar, sí, las clavijas con un aprieta y afloja entre grandes silen-

cios de hasta seis redondas, y golpecitos suaves entre las cuerdas mientras nuestro *D P H* sigue en apuros por lo del pis que no le dejan hacer, y no se sabe si ríe, bosteza o llora. Y el recital de música concreta llega a su apoteosis final con una puesta en tierra de la guitarra y caída desde lo alto de una piedrecita (no valen todas) con peculiar sonido concreto en el instante mismo del contacto piedra-guitarra. Y entretanto, todos menos uno, con los sentidos bloqueados por el vacío anímico y la inercia intelectual, en marcha la objetivación, la noche polar encima, *enfin*.

— ¿Y ahora qué?

¿Lo dijo "Eurípides"?...Cabría jurarlo si abjuráramos de su mudez, que no abjuramos, aunque también cabe suponer si nuestro *desgraciens* no es mudo de nacimiento sino de apodo y conveniencia, ya lo apuntamos. Y como de la tal pregunta le hicieron responsable, a quien en verdad esperaba intrigado el advenimiento de algo más tras la NADA creadora, se provocó un revuelo de indignación, pasmo, denuestos y...

— ¿Y ahora, qué? —protestó el creador de la muestra antológica.

— ¿Y ahora, qué? —refunfuñaron ofendidos los *montmartrepasianos* hipposos allí presentes.

— ¿Y ahora, qué? —se oyó un clamor creciente y unánime, al parecer contra el palurdo, convencido de que todo era una parodia, pues no comprendía el quehacer estético tan NADAMENTE concebido.

— ¿Y ahora, qué?...¡Ahora, NADA! —bufaron los *montmartrepasianos*—. Ahora sólo un me gusta o no me gusta. Y ahí está el peligro, si por desgracia llega el deleite con posible caída en el subjetivismo —afirmó uno de los diletantes—. Y eso, ¡nunca! —gritaron a coro los *montmartrepasianos*—, porque si fuera imperativo apurar una dosis de la droga antídoto de emociones y razonamientos (aquello parecía un suicidio colectivo), ¡la ingeriremos! Pues el artista del mañana habrá de crear sin el peligro de caer en la subjetividad relamida, la racionación y el anacrónico *copiacismo* —finalizó el debate.

Es evidente que "Eurípides" no sabe (sin letra cursiva) que, con música concreta y pintura abstracta, puede uno llegar a regodearse. ¿O no?

— ¡ja, ja, ja!

¿*Carcájida* eurípida o audible carcajada en segunda y penúltima intervención?...No cabe acusar a nuestro hombre como promotor de tan ofensiva pregunta y la no menos vejatoria y burletera carcajada, que no *carcájida*. Y con mayor razón si acabó dilucidado el interrogante de un me gusta o no me gusta, con un rotundo NO ME GUSTA *euripidiano*, tal vez dicho con sonoras palabras en su tercera y última intervención, desmoralizadora para los creadores del quehacer estético. Y ocurrió que “Eurípides”, de tan apurado por lo que sabemos, salió corriendo y pensando, si había visto cuanto había visto —perdón por la redundancia—, porque sentido, nada. ¡Caramba, pues NADA querían que sintiera!

Y “Eurípides” *no entiende* (difícil lo del verbo entender), eso del arte abstracto-matérico y las cumbres dodecafónico-concretas, aclaremos, *D P H que es* y seguirá siendo.

AQUELLA mañana, nuestro hombre despertó al son de tres fuertes aldabonazos, digamos más propiamente *nudazos*, porque en su pensión no había aldabas, ni por supuesto timbres u otros artefactos con que tocar en la destartalada puerta, provista de una mal llamada cerradura que sólo funcionaba después de dos intentos a la derecha y uno a la izquierda. Y bien sabía Eurípides el significado de esos golpes: tres, primer aviso de pago, que al día siguiente serían diez, y pasados cinco días sonarían ininterrumpidamente como último aviso de desalojo y obligación de abrir a instancias de la agresiva patrona. Y como no es hombre de enfrentamientos físicos y sí de escabullidas, pues huyó puertas afuera en busca del imprescindible dinero para hacer frente a las exigencias de una fémina que parecía dispuesta a ponerle de patitas en la calle.

En verdad, había transcurrido cierto tiempo sin saber de *sus amigos*, y no lo pensó dos veces: acudiría a ellos con la esperanza de solucionar el problema que le acuciaba. Primera sorpresa: *Aparcamiento Z 2* es ya flamante oficina del C E I, con otra ubicación y nuevos decorados, aunque al frente del negocio siguieran las mismas personas. Segunda sorpresa: libre Dios a Eurípides de apodarar al Mafioso como tal, ni siquiera anteponiéndole el don, pues por obra y gracia del otro don (Dinero), se había convertido en don Felo, no se sabe si diminutivo de Felipe, Feluco o Feliciano, y es igual, puesto que el interfecto ni siquiera estaba allí sino en el extranjero, en viajes de negocios como director gerente de la Compañía Exportaciones e Importaciones, S. A. (ya sabemos lo que exporta, importa y reparte). Otra sorpresa, y van tres: don Felo es ya dueño y señor de un Rolls Royce último modelo, con teléfono y cien artilugios más, envidia de sus correligionarios. Entrar en la susodicha oficina le costó lo suyo a nuestro *D P H*, aun-

que al fin pudo llegar ante el Maletero, perdón, don Lucio, nada menos que subdirector de la compañía en ausencia de don Felo, con su secretario, cómo no, el señor Viol, pues Violeta feneció (el nombre) aunque no el hablar afectado, propio de su condición de homosexual, y por supuesto, correctamente vestido, sin tacones, y desenvolviéndose a gusto en el entorno de una decoración superlativa en lujos y detalles, pero muy atosigante para un pobre *desgraciens*.

— ¡Eurípides! ¡Tú aquí! —le tendió la mano don Lucio.

Estaba claro que los apodos habían desaparecido.

— ¿Qué tal? —le saludó muy correcto y excesivamente cariñoso el señor Viol, cariños que no le iban pues no pertenecía a la acera de enfrente ni a ninguna otra acera.

— Apurado, ¿eh? —le insinuó don Lucio.

Cabeceo afirmativo de quien, quiérase o no, seguía fiel al apodo de el Mudo.

— ¿Necesitas dinero?

Nuevo balanceo de testa, afirmativo también. Y era novedoso que hasta la pasta había cambiado de nombre, ahora con categoría de dinero. El único intocable, perseverante en su casta de desgraciado pobre hombre y sin posible escalafón que subir, era él, imperturbable y consecuente con su modo de ser.

— De verdad me das lástima. Podías estar mejor situado de haber admitido las ofertas de don Felo. Pero tú en tus trece...Toma — le puso un fajo de billetes en la mano—. Te pago por adelantado porque hay confianza, y además el trabajo que voy a encomendarte es muy sencillo. ¿Conoces la Estación?...Sí, la del tren que enlaza con la frontera.

Tímido asentimiento por respuesta; pues a él no hay quien lo cambie, caramba, pese a apodo tan indigno para quien jamás está callado, cerebralmente se entiende.

— Escúchame bien. Vas a sustituir a uno de nuestros hombres, y llevar un maletín que habrás de cambiar por otro igual.

Eurípides abrió los ojos con ruego de mayores explicaciones.

— Muy sencillo —siguió perorando don Lucio.

Y le explicó detenidamente su misión de enlace y el truco del cambio de maleta para despistar ante un posible seguimiento de la policía.

— Es muy fácil —repitió pausadamente las explicaciones—. En cuanto llegues a la Estación, te ubicas en un asiento frente al andén 13, procurando dejar espacio libre a ambos lados...No, no es preciso que te identifiques. El enlace se sentará a tu lado con el maletín, que tú debes coger distraidamente. Sí, son iguales —rió—, aunque el tuyo un poco más liviano. ¿De acuerdo?

Y Eurípides escapó, portador del flamante maletín, diríase robado —pensó él—, encaminándose hacia el andén 13, donde esperaba hasta dos horas. Cosa buena la sentada aquella para sus cansados pies y enrojecidos callos. Y si varias veces se puso en pie, fue sólo para dejar el hueco libre a su lado, *enfin*, que todo salió bordado, pues llegó el forastero, y se produjo el trueque de equipaje; que una equivocación la tiene cualquiera tratándose de dos maletas iguales. Y Eurípides, bien agarrado al maletín, salió a escape hacia la oficina donde le esperaba el pleno mafioso.

Y todos quedaron contentos, y nada digamos de nuestro *D P H* con tanto libro bajo el brazo y temas de politiqueo para *conversas* y dialogismos, una lección más de *Biensabidolotodo*. Y no se imaginan el abrazo que don Lucio le dio, y el regocijo de la patrona por aquello del din, din.

PUES sí señor: Eurípides se vio precisado a aplazar las lecturas y *viajes* por autopistas cerebrales, a causa del tejemaneje ese, de maleta va y maleta viene, con categoría de empleo fijo. Y menos mal que le iba el oficio, y lo practicó en amor y compañía del Maletero (perdón, don Lucio), quien, bien arrellanado en un cómodo sillón de las oficinas del C E I, vigilaba atentamente las idas y venidas del Eurípides anclado en el escalafón de recadero. Un ir y venir, desde el andén 13 a la oficina, a veces con cambio de emplazamiento y encuentros en plaza A, B y C, cafetería tal o bar cual, precauciones necesarias —apostillaría don Lucio—, si se quiere despistar ante posibles seguimientos de la policía, pues seguir la pista del maletín es más difícil con una trayectoria en zigzag; que bien tramada está la cosa mafiosa del trapicheo con drogas que Eurípides *no sabe*, aunque muy contento sí lo parece con aquel crecimiento y casi llegada a techo de la pila de libros, consecuencia de su problema de espacio vital para ampliar tan singular biblioteca. Y a falta de ordenador, sigue ingeniándose las con cintas de colores, de fácil localización para un corto de vista. Repetimos: rojo-política; verde-religión; azul-humanismo; amarillo-generación joven; blanco-filosofía (tal vez lo eligiera por lo in albis que están quienes la practican); negro-futurismo, muy a tono con el negro futuro que le aguarda a la humanidad, y un largo etcétera hasta agotar la gama colorística. Pues será imperativo buscar una solución para la dichosa *escalera-librería*, antes que toque techo —se dijo a sí mismo.

Siguió el cambalache de maletines, y hubiera continuado igual, si un día (trece tenía que ser), los vientos no hubieran soplado en contra de nuestro hombre: semáforos en rojo permanente por avería del fluido eléctrico; necesidad imperiosa de hacer pis, con *busca y encuentro*

del dichoso urinario público; masificación y pisotones en callos, punto sensible de su humanidad; ineludible recuperación con estacionamientos en bancos de minúscula; plazas y calles cortadas al tráfico a fuer de manifestaciones y huelgas necesarias para el escape de las presiones tanto tiempo contenidas a causa de la clausura estacional de los *recintos cuadrados cuatro esquinas fútiles*. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? —se preguntaba él, ni ansioso ni preocupado; simplemente se lo preguntaba.

Eurípides llegaría tarde, con el enlace ya sentado y quién sabe si molesto por tan prolongada espera, y colocó el maletín a un lado, sentándose también mientras simulaba leer. Pero, distraído como nunca, volvió a coger su maleta, vaya, no salió bien el trapicheo, y el despistadísimo Eurípides ni siquiera se enteró de la diferencia de peso que era poca, y mucho el despiste del despistado. E imagínense el follón que se armó más tarde, al llegar a las oficinas del C E I, con una vuelta al lenguaje habitual malsonante, incluido el señor Viol del hablar amanerado, donde recibiría el rosario de insultos del cónclave mafioso, con comprensivos cabeceos por parte de nuestro *D P H*.

— ¡Cretino!

Respuesta afirmativa uno.

— ¡Desgraciado!

Cabeceo afirmativo dos.

— ¡Zoquete!

Afirmación tres.

— ¡Estúpido idiota!

Cuatro.

— ¡Degenerado!

Cinco y así hasta la docena, si no más, que el buen hombre aguantó impertérrito, seguido de la segunda tanda insultante, esta vez con respuestas negativas.

— ¡No ves una gorda, imbécil!

Negativa uno.

— ¡No vales para un mandado, mudo del diablo!

Cabeceo negativo dos.

— ¡No vas a cobrar ni así de pasta, bobalicón!

Negativa tres.

— ¡Ni vas a comer en un mes, muerto de hambre!

Cuatro y hasta diez insultos más del vocabulario mafioso, tuvo que soportar Eurípides, indiferente como siempre. Y sin pensárselo mucho, decidieron echarle con una patada en... o con un a tomar por..., no lo sabemos; sí sabemos que el despido fue aceptado con *eurípido* estoicismo, propio de un *acardiano* y, para él, con un no humillante ni vergonzoso último cabeceo afirmativo, tras el postrer denuesto coreado por todos los allí presentes:

— ¡FUERA, RETRASADO MENTAL! —lo echaron, por supuesto sin la pasta.

Porque así es y seguirá siendo nuestro Eurípides Desgraciens el Mudo, que ese es su nombre completo si optamos por escribirlo con nombre y apellidos.

PESE a todo, Eurípides trataría de arreglar el desaguizado de tan contundente despido, con una solución *euripidiana* cien por cien, dado que perder el empleo de recadero, equivalía a no comer, cuestión de poca importancia para un estómago *eurípido*, pero sí la tenía en cambio, la posibilidad de quedarse sin nuevos libros, o ser desalojado de *habitación cuadrada dos esquinas* donde habita *Prometea*. ¡Antes *emigrar* —gritó *intro* aunque no llegó a *bipensamiento* por la ausencia *prometeica*. Y después de mucho pensarlo, se encaminó de nuevo hacia el andén, en la mano el dichoso maletín, por si encontraba al portador de la valija gemela y era posible realizar el trueque. Y allí llegó, ni agitado ni temeroso, bien tranquilo y, ¡vive Dios!, que allí estaba sentado el barbudo con la maleta —así al menos lo creyó él—, y ni corto ni perezoso se dirigió al supuesto enlace, y sin mediar palabra cambió la valija con intención de encaminarse rápidamente hacia la salida del andén.

— ¿Qué hace usted? —fue la pregunta sorpresiva.

Eurípides se encogió de hombros.

— ¡Devuélvame el maletín!

El interpelado no se lo piensa, y puesto en pie echa a correr en la medida de sus posibilidades, perseguido por el barbudo que ve cómo le roban en sus propias narices y reacciona gritando:

— ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Y es que, barbudos y con sombrero hay muchos, y otros tantos maletines que se prestan a confusiones, pero despistados de mal ver por culpa de veinte dioptrías miópicas, y encima, desgraciado pobre hombre, sólo uno: Eurípides.

¿Qué ocurrió? Por suerte, en aquel instante descargaba el metro su avalancha de gentío humano a lo vacuno y, lógico, se lo llevaron con maleta incluida, y ya en la calle, se dirigió hacia el despacho de don Lucio, donde fue recibido...Desde luego, el diálogo bien merece la pena de contarlo.

— ¿Tú aquí, desgraciado? —le increpó don Lucio.

Eurípides alargó el maletín, y un poco más la mano de recoger los billetes negados en tanto no hiciera entrega de la *cosa*.

— Encontraste al enlace, ¿eh?

Cefálico sí *euripidiano*.

— ¿Te estaría esperando, claro?

Segunda afirmación de cabeza.

— ¿No te ha seguido la *poli*?

Negativa de mano y dedo, y el infeliz que hace además de marcharse.

— Espera, macho —le retuvo don Viol un tanto desconfiado, aunque con la delicadeza y ademanes de un gay.

Y abrió el maletín. Y allí fue Troya por enésima vez. Una amalgama de pañuelos, calcetines, calzoncillos, pijamas y otros muchos útiles de aseo y de vestir, fueron a parar violentamente al rostro del desgraciado. Pero de la *cosa* aquella, nada.

— ¡Retrasado mental! —lo empujó escaleras abajo no sin antes propinarle varios mojicones despojándole del dinero entregado.

Eurípides tardó lo suyo en recuperarse, y cuando recobró las fuerzas, rengueando como siempre, decidió encaminarse hacia la pensión en busca de su amante *Prometea*, desconsolado y ansioso de *conversas* y *dialogismos*, que le hiciera olvidar tanto desaguisado.

Y LLEGÓ el ansiado encierro, los reproches y autocríticas, y como nunca es tarde si la dicha es buena, que es mala por culpa del último despido de recadero y las razones para él incomprensibles que lo motivaron, optó por poliquitear con mente de *D P H* y a tenor de las últimas lecturas, capítulo X de *Biensabidolotodo*, que pocos quedan o muchos sobran ante la *emigración* en puertas, cuestión ya decidida con *Prometea*, al considerar innecesarios nuevos aprendizajes para el muy cercano fin de tour. Pues, caramba, que la vida es una cadena de bien encadenados grilletes, aunque ellos, *los Eurípides* y *Prometeas*, sólo saben de eslabones sueltos pero nada de las dos argollas primera y última, bien sujetas a invisibles muros, *enfin*, que "Eurípides", mientras llega *Prometea*, se decidió a politiquear respecto a unos pocos verbos pendientes de conjugación, no todos pues si no, menudo susto de enciclopedia y extensión capitular. Y viene bien un inciso y las correspondientes conjugaciones, que luego será el epílogo respecto al politiqueo ese:

(AMAR, que algo se dijo aunque no lo suficiente, y algo más diremos pese a lo mucho que quedará en el tintero sin mojar; CALLAR, pues no hace otra cosa, y por culpa del mutismo que no afirmo si padece, decimos cuanto decimos; BRILLAR con sólo unos pocos reflejos, pues todos le molestan igual a quien tan poco sabe y entiende de los brillos esos; AGUANTAR, equivalente a vivir con ironía y sonrisa *intra*, sin el masivo sufrir y la prisa aquella que "Eurípides" no tiene, sí la tiene por no conjugarla, pues por lo demás...; PENSAR, lo está conjugando desde que fue mal parido, aún no sabe el porqué ni para qué; EMIGRAR, cuestión pendiente, ineludible, digamos urgente, muy personal puesto que sólo afecta a la casta *desgraciens*, bien diferente del morir universal que todos masivamente

conjugan; REIR, ¡oh! si el mundo riera con el ja ja *euripidiano*, pero que no; LAMER, y cómo lamen mientras él se regodea lamiendo letras e ideas descabelladas; *DIALOGIZAR* y *VIAJEAR*, sustituidos en el reinado del *hombre-hoy...* por los imperativos MATAR, AMBICIONAR, IMPONER, GOZAR, ENGAÑAR, FORNICAR, y los importantes DROGARSE Y SUICIDARSE (pasional, estúpida, heroica y cobardemente se entiende).

Prosigamos y empecemos ya con el politiquero que "Eurípides" está decidido a conjugar, mal sentado entre la pila de libros que le ocupa y provoca continuos cabeceos, sorprendidos ¡ah!, contundentes ¡claros!, ¡carambas!, ¡diantres! y hasta euripidianos ¡ja, ja, ja!, no sabemos si expresados *intro* o con palabras audibles. Y como no era fácil digerir el embrollo de tanta lectura, pensó solucionarlo con una puesta en la pared de la consabida tarjeta, pero quedaría defraudado ante la incomparecencia de *Prometea*, y tuvo que contentarse con un *viaje* por sus neuronas en *soledad no acompañada*, así de simple y desordenado:

(Ideologías todas valen y todas buenas —razona "Eurípides"—, en tanto el *hombre-hoy...* no las contamine, que las contamina por aquello de los acuerdos en desacuerdo y las paces con estampido de cañones, pues prefieren el enfrentamiento a ese cóctel de la coexistencia con muecas y escupitazos. Los eslóganes le advierten del peligroso virus comunista (ignora nuestro hombre que la tal ideología fenejó, menos en los libros, claro). Y de los otros virus, ¿qué? —se pregunta "Eurípides"—. Si sabré yo —sigue razonando—, de la prioridad del manduqueo y la cosificación, con asfixia de la inquietud cultural, y del grito ese de, ¡viva la producción y el dirigismo estatal!...Por mí —aseveración *euripidiana*—, que viva hasta que reviente, pues sobran tópicos y frases para escribir un libro así de gooooooooooooooordo, empezando por el TELÓN DE ACERO (y aquí otro inciso y aclaración del porque el "Eurípides" de no sabemos qué siglo y época por —e— o involucionado hombre *que es*, ignora cuanto recién ocurrió allí, pues ni lee la prensa ni escucha la radio, y menos aún ve la televisión). Aclarado el inciso, "Eurípides" deduce mientras lee en el libro ese, que el susodicho telón de acero está ya muy perforado y pronto será tela metálica por donde se *telemete* y *telesaca* lo poquito de

bueno y mucho de malo de allí y acá, que acá y allí se cuecen habas, ignoramos dónde más gordas. Pero el MUNDO LIBRE lo solucionará —vuelve a pensar—, y se pregunta: ¿Libre de qué? Y de inmediato responde: ¡De qué ha de ser! Libre de comunismo, pues de libertinaje, corrupción, pornografía, deshumanización, mafia, droga, terrorismo y guerras, no hay liberación posible. Y no vale preguntarle al mundo que pertenece, pues contesta de inmediato con un *eurípido* ja, ja, ja, que al de los tontos, ubicado en el libre y en el amarrado. Muy graciosos los IMPERIALISMOS A, B, C, D, E, hasta la Z, pues sólo difieren en los colores de las banderas, y en el brillo de una medalla por bomba caída con muchos muertos. ¡Y qué medalla la de Hiroshima! Y “Eurípides” se descuelga con otra pregunta tonta: ¿Y si nos matamos todos para preservar al Universo de una posible hominización? Aunque también —apunta—, quizá pueda solucionarse con un DESLIZAMIENTO hacia la barbarie de los *neobárbaros* siglo XX, pese a la trillada PALOMA DE LA PAZ, ¿por qué no pollo? —dibujan sus labios una sonrisa con formato irónico—, mejor manjar para el volteo en la hornaza de la guerrita de turno, donde todos hincarán el diente en busca de la mejor tajada, incluidos los *pazionistas*. ¿Qué no los conocen?...Y matiza: algo así como “gourmets de la chaine des Rotisseurs”, o si queremos ser más precisos, léase paz con estampido de cañones. Y será mejor —se puso en pie—, pasar por alto la CARTA DE LAS NACIONES UNIDAS que todos leen sin acuse de recibo y nadie entiende, piensa él, si por problemas de idioma o por aquello de la DEMOCRACIA Y LIBERTAD con sogas al cuello y estéte quieto que si no...)

“Eurípides”, atascado con tanta ideología contaminada y de difícil digestión, optó por poner de nuevo la tarjeta en vilo, aunque sería en vano, y con *Prometea* ausente, cogió otro libro y razonó lo que ahora diremos:

(Sí, naturalmente, avances sociales, concesiones a la masa obrera, un producir más con menos horas, cuestión importante en el “homo faver”, porque del “aestheticus” y “amator”, nunca más se supo, pues deben estar perdidos en algún callejón sin salida, por obvias razones del poco trabajar, pensar menos, y amar —se miró a su *intro*—, amar en un *D P H*, es un verbo de difícil, muy difícil conjugación terrenal).

Y prosiguiendo con la temática que se cuestiona, "Eurípides" encuentra muy gracioso lo que lee y reza en la página treinta:

("Sociedad capitalista, comunista y democrática A, B y C, igual a automatización, bienestar, cosificación y consumo"...;Pues no lo sabía! —exclamó *intro*—. Y cada vez entiende menos lo del enrevesado verbo éste del politiquero, aunque divertido sí lo parece).

Y hojea nuevos libros, todos relacionados con el mismo tema, y ya metido en pleno enredo, comenta, página va, página viene, y *carcájida* tras *carcájida*:

(¡Qué fraude! ¡Qué lío!...Capitalismo-comunismo-derechizquierda y hasta centro. Pues no sé dónde situarme si todos me convencen igual, aunque ellos tal vez no convengan a nadie por mucho que pidan a gritos una sociedad más justa, tan justa que como un jersey estrecho no entra por la cabeza. Y nuestro hombre se pregunta el porqué se atacan, vociferan y le obligan a gritar, *intro*, claro: ¡Muera la revolución francesa y la bolchevique, el führer, los nacionalismos, patrias e imperios! ¡Qué asco!)

Y el libro se le escapa de las manos, y atrapa otro mientras mira con pena a la pared, a la espera de su amante *Prometea*, que no acaba de llegar. Y prosigue, empeñado en conjugar el mismo verbo con un nuevo *dialogismo*, siempre en *soledad no acompañada*:

(Dos Coreas, dos Vietnam, dos Chinas..."Eurípides" cree que partir en dos para repartir entre dos, por muy bien que partamos, la hibridez política no es la solución. Pero él, siempre a lo suyo sentencia: o tal vez sólo para quien maneja el cuchillo con la finalidad de llevarse la mejor tajada a tenor de un paternalismo interesado. ¿O no?)

Y "Eurípides" cogió otro libro sobre guerras que eran guerras, tal vez sólo como paliativo de la explosión demográfica y equilibradoras del posible poderío de una u otra raza humana, porque —apunta él—, ¿no está el "homo" en peligrosa inflación desequilibrando a la *Natura* con la extinción de otras especies? (persecución, caza, pesca,

polución). Y si es así —sentencia—, puede no llegar a tiempo la máquina de pensar bien, pues la de pensar mal hace tiempo que está ubicada en la caja craneal del *hombre-hoy-made-in-necius-universus*. Y afirma, si tal vez la solución esté en crear un gran cerebro electrónico que firme paz y no piense en guerras, prometa el bien y no obre mal, y decida acuerdos sin desacuerdos, en una tecnocracia perfecta. Concluyendo, "Eurípides", después de darle muchas vueltas al difícil verbo politiquear, acabó dormido, y ya dormido, pues dejó de pensar en el politiqueo ese ...Menos mal.

HAY otro politiqueo; merece capítulo aparte, sin delirios mentales excesivos a fuer de lecturas devoradas a pocos centímetros del apéndice nasal, y con sabrosos *diálogos* en *soledad acompañada*, si es que acude *Prometea*, vaya, algo así como un muestreo del archianunciado CAMBIO, incluido el de chaqueta y puesta de corbata, y por supuesto el de año, pues feliz nos lo prometen. DEMOCRACIA se llama, y empieza con una sopa de letras de difícil digestión y mil combinaciones posibles e imposibles, por culpa del nacimiento, vida, y a veces rápida y contundente extinción de los mal engendrados partidos, muy alfabetizados y con el absurdo empeño de enseñarnos a leer y escribir las siglas que los identifican y los personajes que los lideran. Decíamos que, si a vivirlo no, a ver y oír si le forzaron, aunque nada sintió quien milita en el partido de los despistados, con poca o nula alteración del ánimo y simple curiosidad de *biensaber* lo que aún *biensabidolotodo* no está, cree él.

Ocurrió el día H del mes X, y año no se sabe cuál después de J. C., aunque eso sí, con posterioridad a la Era de los dichosos cuarenta años de dictadura (dichosos no tanto por la dicha que para unos pocos supuso la cuarentena esa, como por la desgracia que entrañó para otros pocos, pues la mayoría ni se enteró de la perentoria necesidad del CAMBIO, ya que al parecer, ni bien ni mal que vivían). Y ocurrió que, "Eurípides", militante como ya dijimos en el partido de los idos, sin comerlo ni beberlo se encontró de pronto con su fea ciudad empapelada de feos retratos (salvo excepciones de algún presunto guapo), cursis eslóganes, riosas frases, y algún que otro impropio. Pues no debe estar *biensabidolotodo* —se dijo a sí mismo ante tan novedoso acontecimiento—. Y es que, *no sabe, no entiende*, lo de tanta pegatina, donde por la mañana piden votar a TORCUATO, y

por la tarde a RENATO, allí, sí, en el mismo metro cuadrado de pared, empeñados los muy cretinos, en montarse los unos sobre los otros; todo por culpa del RECAMBIO ese, con trueque de papeles. Tampoco entiende lo del poder adquisitivo, él, que tan poco poder tiene, pero sí comprende mejor lo de la carestía de la vida, aunque no mucho para quien siempre fue portador de bolsillos vacíos. Lo que no entiende, es aquel pregón que reza: PUEDO PROMETER Y PROMETO, vaya, casi un paraíso terrenal *adan-evano* para cada ciudadano parado, lo cual no va con él, puesto que de parado no tiene nada, andando que está siempre por sus neuronas. Resumiendo, buena frase la que enuncia: el desenredador que esto desenrede (lo del CAMBIO, claro), buen desenredador será. Y “Eurípides”, un tanto aburrido de la temática, se decidió a colocar la tarjeta en la pared, y no quedaría defraudado esta vez, pues allí estaba su amante *Prometea*, acudiendo a la cita de hoy para un capítulo más y nueva lección de *Biensabidolotodo*:

— ¿qué quieres?

— devanar el hilo del politiqueo ese

— ¿con problemas a mí?

— no entiendo por qué *don Dinero* sube, y con él, la orinada, escupida, sentada y vestida

— si sube será para conducirnos a algún paraíso terrenal *adan-evano*

ja, ja, ja

— (carcájidás que fueron)

ja, ja, ja

— no ignoras que *biensabidolotodo* aún no está, políticamente se entiende —dijo “Eurípides” o *Prometea*, pues es igual si es la vía eferente o la aferente la que funciona

— del resto del *biensaberlo* queda poco en el tintero

— ¿emigración en puertas?

— prorroguémoslo

— por prorrogar, sigamos hablando de la cosa política

— sabes bien lo que ambicionan

- ¿te refieres al *hombre-hoy*...?
- *made-in-necius-universus*
- sí, claro, pero no has contestado a mi pregunta: ¿lo sabes?
- figurar en primera plana con letras de cuerpo doce
- y retratos bien plantados
- sólo los guapos
- ¿y los feos, qué?
- bueno, más tarde, en tanto llega la alternativa de poder
- no comprendo
- primero, los que prometen y no hacen nada
- y después
- los que no prometen y tampoco harán nada
- entonces, ¿el CAMBIO ese?
- sólo de chaqueta y puesta de corbata

Y entre atronadoras *carcájidas*, “Eurípides” y *Prometea*, que no saben, no entienden lo del CAMBIO que se cuestiona, la alternativa esa, el poder adquisitivo, el empapelado y las mil trifulcas que proponen para poner en marcha a tanto parado, se fueron a la cama jubilosos como nunca, con un explosivo y último ja, ja, ja, expresado en tercera mayor disonante, que así son y seguirán siendo.

NOS consta: "Eurípides" no ha visto un muerto en su vida y ha ido a un solo entierro, no tuvo padres que sepultar, y en cuanto a hermanos, no se sabe pues deben estar en América (siempre se dijo), porque, esposa e hijos... *enfin*, a lo que íbamos: "Eurípides" quedó lelo cuando así de sopetón, le anunciaron la muerte en carretera de don Lucio (lo que se estila), pues don Infarto es ya secundón, y del suicidio sobre ruedas de los fines de semana, todos aseguran que no va con ellos. "Eurípides" vio al muertecito y estuvo a punto de sacudirlo de lo natural que estaba, pese o por mor de la fractura de la base de cráneo que lo dejó sin vida, pues todo lo demás...un primor.

Y dio comienzo el *viaje* por sus neuronas en soledad no acompañada:

— ¿estará en ese hueso la vida?

Y fue al entierro, y supo aquello de estar a un metro bajo tierra; y sentado en una tumba por culpa de los dichosos callos, quedó pensativo, pensando, y gritó de pronto (¿gritó?):

— ¡aquí no están esos muertos!

Y puesto en pie, continuó gritando (¿gritando?) aunque en tono menor:

— aquí el vestido y el ropero donde se guardan las cosas

Y corrió hasta llegar a casa, se acostó sin esperar a *Prometea*, y ya dormido, se le atravesó el sueño de hemisferio a hemisferio, con atas-

cos en la circulación por las neuronas, allí donde los sabios no saben lo que pasa. Y así funcionó la llamada pesadilla, de pesada que se pone, y vale la pena contarla, porque "Eurípides", aun en sueños, sigue siendo "Eurípides". Cabalgando en la pesadilla esa, o la pesadilla sobre él, sus labios se movilizaron para afirmar reiteradamente que allí no estaban, que allí... Bueno, sigamos al divertido y disparatado sueño, con tan obsesivo retintín:

(Me corto un callo, lo entierro y le pongo una lápida con la inscripción: aquí yace... Luego, me corto un dedo, el pie, las dos piernas, los pongo bajo la misma lápida junto con los dos brazos y eso que cuelga también; y sigo viviendo. No importa, doctor: quíteme el apéndice y las amígdalas (me las van a quitar cualquier día); y hasta un riñón y el estómago, y, ¿para qué siete metros de intestino si basta con uno para digestiones de comida barata en diferido? Y no se olvide: un pulmón también a la caja; y sigo viviendo, ¿no? Entonces, córteme las orejas, la lengua y hasta sáqueme los ojos y oídos, que no es imperativo ver ni oír lo que circula por *intro*, y aunque no pueda hablar, razono y entiendo, si pensar es lo que importa. Y en cuanto a los dientes, puede arrasar con ellos pues no hace otra cosa el dentista, pero no se olvide del corazón, víscera poco importante, lo era, tanto para la vida como en el amor, aunque ahora lo prefieren artificial, que si funciona o no... Y sobre todo, doctor, no omita la lobulectomía frontal (pedacito de cerebro que inhibe la alegría), ya que si me lo quita, la euforia no me va a faltar durante el resto de mi vida. ¿Y quién dijo que vivir ciego, sordo, mudo, sin andar ni aprehender es una tragedia y motivo de desesperación?... Sí, doctor, ahí quiero ver cuanto me sobra del cuerpo, a un metro bajo tierra, con más de un cincuenta por ciento de mi humanidad bien enterrada, y yo aquí vivo).

Y si que el sueño con más pesadilla si cabe:

(Se olvidó de la nariz, doctor, pues así evito los resfriados; y media docena de huesos, a su elección; no tengo preferencias, salvo por el hueso ese del cráneo de la fractura que mató a don Lucio, si es verdad, como parece, que en ese hueso está la vida, y si así fuera, ¡no me lo quite, doctor!, y déjelo para cuando baje el telón... ¡Qué dice!

¡Un setenta y cinco por ciento de mi humanidad en la caja de los muertos y yo aquí vivo! Entonces...)

“Eurípides” despertó, ni angustiado ni sudoroso, pues no le afectan las pesadillas. Y abriendo los ojos sonrió mientras afirmaba rotundamente a “viva voce” (¿a “viva voce”?):

— ¡Ahí no estoy!

Maticemos, “Eurípides” quiso negar que ahí no estaba el mutilado de la pesadilla. Y si allí no está, en la caja que guarda el setenta y cinco por ciento de su humanidad muerta, ¿dónde? —se preguntó intrigado—. He de hablar con *Prometea*, pues no lo entiendo.

EURÍPIDES se levantó temprano, pensando en lo que diría a la patrona y cómo solucionar la otra deuda de la librería, y decidió ir al encuentro de *sus amigos*, en el supuesto que le hubieran perdonado el último garrafal despiste, y ante la imperiosa necesidad de reponer fondos, pues el fin de mes estaba muy pasado de fecha, y hoy los toques fueron diez como anuncio imperativo de pagar el alquiler. Y sin dudarle un instante, se escabulló hacia el *Aparcamiento Z 2*, paso obligado para llegar a las oficinas de la C E I, con la esperanza de hallar a don Felo, si es que había regresado del extranjero a causa de la trágica muerte de don Lucio. Y en vano intentó atravesar la calzada en horas punta, con aquel enjambre de coches aparcados y rodantes ocupando calles y aceras y hasta taponando portales, pues es preciso tener vista de lince y paso ligero, de los que adolece, para deambular entre tantos cuatro ruedas deslizándose veloces a pocos centímetros de su humanidad. Y claro, benévolamente quiso ayudar al guardia y ocurrió que le tumbaron, con roce obligado, bocanada de insultos, y pérdida, con *busca y encuentro* de las dichas gafas, elemento indispensable para poder circular un D P H con vista de tan poco alcance.

— ¡Diantre! —exclamó en voz alta (¿en voz alta?)

Y rengueando —no es cosa nueva—, pudo escabullirse de la riada de automóviles hasta alcanzar las oficinas del C E I, donde se encontró con don Viol (Violeta el homosexual), forzado sustituto de don Lucio el Maletero, y único representante de don Felo el Mafioso Robacoches (que hoy suenan bien los nombres con apellidos). Y lo encontró, sí, muy afectado y desconsolado por la muerte de su amigo don Lucio, aclaremos, del amigo de *su amigo*, porque amistades

muchas, unas por razones de las imperiosas necesidades, y otras más íntimas y sentimentales, *enfin*, que don Viol, o Violeta, pues pronto sabremos quién es quién, recuperado de tanto dolor y lágrimas no compartidas, se le acercó efusivo en exceso, llorón en demasía, arri-madizo como nunca y hasta insinuante:

— Ven, cariño.

Primer brinco y puesta en guardia de Eurípides.

— Estás más guapo y atractivo con lentillas —lo arrastró consigo.

Segundo brinco y primera negativa.

— No te faltará dinero, querido.

Segunda negativa con retroceso.

— No pasarás más hambre, mi amor.

Tercero y no último noes, y así hasta la docena de insinuaciones. Y Eurípides sigue retrocediendo con cabeceos negativos, mientras el Violeta avanza pero no llega.

— Serás el amor de mi vida —le suplica.

— Pero, ¡qué dice el... —no aseguramos si exclamó o sólo pensó sin finalizar la frase.

Y el que no pertenece a ninguna acera, ni siquiera a la que pisa el *hombre-hoy-made-in-necius-universus*, lanzó un grito que retumbaría en su *intro*, y tal vez nadie oyera por mor de su mudez.

Digamos como "The end" capitular, que el buen hombre al intentar escabullirse, resbaló escaleras abajo hasta llegar al último escalón, donde perdió el conocimiento. Y no sabe más; no sabe siquiera si le violaron o no, como también ignora quién le condujo al hospital, inconsciente, con rotura de huesos, ¡sin gafas! y...dejémoslo para el siguiente capítulo de *Biensabidolotodo*, que *biensabido* casi está.

EURÍPIDES no precisa de la consabida y tan manoseada cáscara de plátano para el resbalón y caída con quiebra de partes esqueléticas, pese a la fatídica distancia que media entre sus ojos y el suelo, con gafas y sin ellas, suficiente para explicar el tropezón y batacazo sufrido, cuando bajó precipitadamente por la escalera en desenfundada huida, con rotura de lentes y del hueso ese —menos mal que no aquel de la fractura de cráneo del difunto don Lucio—. No obstante, y a pesar de no revestir gravedad, lo llevaron inconsciente al hospital, donde estuvo con un brazo en ala de avión más tiempo del esperado, pues además de fractura, le encontraron conmoción cerebral, o al menos eso pensaron los encargados del caso. Y encima tuvo que soportar una serie de pruebas psicológicas de locura porque no se creyeron que él era así, y lo tacharon de demente —protestaría a su manera con movimientos de cabeza y manoteos—. Conviene matizar, que los susodichos médicos ignoraban su pertenencia al 00001% de la raza humana, y por tal desconocimiento lo *manicomiaron* sin gran disgusto del interfecto, pues no lo pasó mal entre tanto ido, ya que aprendió mucho por razones del exhaustivo examen psiquiátrico que superaba al otro del recinto cuartelero, con pruebas y test porfiando en penetrar en la inescrutable mente *euripidiana*. Y como no sabían que las fórmulas y escalas confeccionadas a nivel del *hombre-hoy...*, no valen para el desgraciado pobre hombre *que es*, le *testpsicoanalizaron* una y otra vez, ante la sospecha de una grave y desconocida dolencia que no encasillaba en la esquizofrenia ni en la paranoia, y sí tal vez en una extraña e incontrolable situación psicopatológica, por todo lo cual le obligaron a dibujar, escribir, gesticular, participar en juegos infantiles y, cómo no, hasta trataron de forzarle a hablar, lo que resultó muy divertido. Todo —protestaba él para sus adentros—, por culpa de un condenado chichón en el cuero

cabelludo, ya desaparecido. A veces le abandonaban ante lo imposible de clasificar su caso en una determinada entidad nosológica, o le sorprendían desternillándose de risa cuando trataba de solucionar un divertimento de aquellos al que le sometían con la finalidad de aclarar su nivel intelectual. Positivas o negativas las pruebas (nunca lo supo), finalizó el nuevo capítulo de *Biensabidolotodo*, con un muy abultado historial y el diagnóstico de *raropsicosis*, enfermedad desconocida hasta el momento presente, pese a lo cual le dieron el alta, y a volar, volando que fue camino de *habitación cuadrada dos esquinas*, pues donde mejor, ¡si serán estúpidos!, ¡creerle tocado a él!, *enfin*, veremos qué piensa *Prometea*.

PUES si, señores. Ocurrió lo inesperado. En la puerta del hospital aguardaban la salida de Eurípides un piquete de la policía, que al verlo aparecer le apuntaron con sus armas de reglamento como si se tratara de un peligroso delincuente.

— ¡Arriba las manos!

Pero nuestro *D P H*, haciendo honor a la casta a que pertenece, ni arriba, ni abajo, ni nada.

— ¡Arriba! —le hundió un policía el cañón de la pistola en el vientre del infeliz, haciéndole expulsar un erupción pestilente.

Y como no levantaba los brazos se los alzaron con un nuevo gruñido y la correspondiente acometida de pistola por la espalda que casi le rompe una costilla; porque estaba claro que el desgraciado no podía mover una de las extremidades superiores, a causa de la reciente fractura del brazo, aunque también existían otras razones, ya que Eurípides sigue sin entender lo de arriba y abajo (las manos), como en tiempos pasados simulara no comprender lo otro del andar adelante y atrás y dar patadas en el suelo cuando el frustrado empleo en el Servicio Militar Cuartelero.

Y de inmediato lo cachearon y pusieron las esposas.

— Nada, teniente.

— ¡Regístrenlo bien!

— Nada: ni armas, ni drogas, ni...

— ¡No importa! ¡A comisaría con él! Habrá que interrogarle si queremos descubrir al resto de la pandilla.

— Pronto caerán, teniente. Sólo nos falta el jefe, el peligroso y escurridizo don Felo, alias el Mafioso Robacoches.

— Y el del carrito —masculó un tercero—. Pues a ése no hay forma de sorprenderle con la droga.

— Sabe camuflarla el condenado. Parece como si nos oliera, teniente. Siempre logra liberarse de la mercancía antes de registrarle el carricoche.

Y dirigiéndose a Eurípides le conminaron:

— ¡Puedes bajar los brazos, idiota!

Puede pero no podía, al menos uno de ellos, que precisó de la ayuda del guardia. Y lo bajó, aunque con cierto ruido de cosa que no funciona.

— ¡A comisaría! —lo empujaron metiéndolo en el coche patrulla—. Allí te espera un amigo, el gay Violeta, para un careo en serio; por si entre los dos soltáis prenda y confiesan de una vez donde se esconde el jeringado jefe. Con que, ¡andando! —le sacudieron un mamporro.

A Eurípides le recorrió el cuerpo un escalofrío (inhabitual en él), de sólo pensar en un enfrentamiento con el homosexual. Y encima vio frustrada una vez más la posibilidad de volver a la pensión. Le preocupaba (¿le preocupaba?) la reacción de la patrona y un posible desalojo por incomparecencia y falta de pago, y estuvo tentado de escribirle una carta narrándole cuantos acontecimientos habían ocurrido y estaban ocurriendo. Y la escribió, sí, aunque no "corrente calamo" sino "in mente", a la espera de una ocasión propicia, en la comisaría tal vez, entre otras razones porque no tenía a mano bolígrafo y papel. E "in mente", decía así:

"Enfurecida patrona (que así la intuyo sin temor a equivocarme): Imperativas razones de busca, sin hallazgo, del acaudalado señor *don Dinero* que usted precisa tanto o más que yo, me condujeron a un fortuito y desafortunado encuentro con don Gay Viol (extranjero debe ser a juzgar por el nombre), donde no faltó el correspondiente altercado, por supuesto sin palabras y por razones que no ignora, pues no me acuesto sino con *Prometea*, alguna de cuyas cartas ha tenido usted oportunidad de leer en la pared de mi habitación. Y por culpa del rechazo referido, me vi forzado a huir a toda prisa, pese a que la PRISA no es mi fuerte, y sufrí una caída escaleras abajo con rotura de huesos, aunque por suerte no afectó a aquel de la testa que mató a

don Lucio, pero si obligó a mi internamiento en el hospital hasta el día de hoy. La policía ha venido a buscarme para unas simples declaraciones de rigor, que no serán, pues no ignora que es lengua y habla precisamente lo que me falta.

“Cuide de mis libros, y por favor, no limpie las paredes de mi habitación y deje pendiente el desalojo, pues pronto le pagaré porque, como en todas partes, en comisaría tampoco me quieren.

“Su fiel y cumplidor inquilino...en cuanto pueda. Eurípides”.

E “in mente” quedó a la espera de lápiz, papel y ocasión propicia.

Poco después llegaban a las dependencias de la policía. No hubo careo inmediato porque el comisario estaba ocupado, y tras un nuevo y minucioso registro donde sólo le encontraron el consabido tubo de aspirinas y nada de la *cosa* que buscaban, le quitaron las manillas de hierro de las muñecas, encerrándolo en una celda con...¡Violeta! ¿Qué ocurrió?

— Hola, mi amor.

Y Eurípides que retrocede hasta tropezar con la pared.

— Hoy no podrás escaparte —le tendió la mano con mimo y gestos amanerados.

Violeta avanzaba con ambos brazos extendidos mientras Eurípides se escabullía una y otra vez como si jugaran a las cuatro esquinitas. Pero el obstinado gato porfiaba en perseguir al ratoncito, y no vale mencionar, donde el gato y quién el ratón. Tan peliagudo se puso el asunto, que Eurípides se quitó un zapato y empezó a correr a lo largo de la reja mientras resbalaba por los barrotes la suela de la bota con un estrépito de mil demonios, lo que soliviantó a los guardias.

— ¿Qué ocurre?...¡Fuera los dos! —abrió la puerta de la celda el policía—. ¡Andando! —les empujó violentamente hacia una habitación cercana donde esperaban otros guardias con el comisario.

— ¡No me toques! ¡Me haces daño, bruto! —se quejó Violeta con amaneramiento no disimulado.

— ¡Marica!

— Gay —replicó rectificando el aludido, si cabe, con más afeminada entonación.

— Te voy a sacudir antes de obligarte a cantar, desgraciado.

Y puso por obra la amenaza arreándole una fuerte bofetada.

— ¡Bruto, más que bruto! —se quejó lloroso mientras le empujaban hacia la habitación.

Otro policía de gesto adusto y palabra displicente les abordó:

— ¿Dónde se esconde el jefe?...¡Sí, don Felo!

— Éste es mudo y no hablará —señaló Violeta al supuesto compinche.

— Pero tú no lo eres, y es a ti a quien pregunto. Y si no sueltas la lengua pronto, no saldrás de aquí por mucho tiempo. Con que a hablar si no quieres...

— Es que...

— ¿Confiesas o prefieres que...? —alzó la mano amenazador el policía.

— Déjalo —intervino el comisario dispuesto a abordar a un Eurípides que permanecía impasible—. ¿Sabes dónde se esconde ese granuja? ¡Dime sí o no con la cabeza!

Negativa *euripidiana* de quien no sabe, por supuesto sin letra cursiva .

— Pues lo siento por ti, Violeta, porque no tendré más remedio que dejarte en manos de ese bruto —señaló a un fornido policía—. Y ya sabes lo que les espera a quienes no hablan; que tú no eres mudo, y no todos se recuperan después de la paliza.

No fue necesario. Violeta habló por los codos y acabó por delatar con pelos y señales cuanto sabía respecto al escondrijo aquel adonde les llevara el Mafioso después de la redada de la policía. Y no escatimó detalles de las carreteras por donde pasaron, y el obligado "motocross" en el cuatro ruedas de don Felo hasta llegar al lugar donde estaba emplazada la casucha. Y apuró:

— Es por los alrededores de...

— Ya es bastante. Pero antes de ponerles de patitas en la calle, hemos de comprobar si nos has dicho la verdad. Con que, ¡al calabozo!

Eurípides, presintiendo lo que le aguardaba, puso la mano en el pecho mientras negaba con la cabeza. Y como nada le habían encontrado, dio a entender que debían dejarlo en libertad.

— ¡A la celda! ¡Los dos! —fue la respuesta del policía a las insinuaciones con gestos y manos de nuestro *D P H*.

Y en la misma celda los encerraron de nuevo. Sin embargo, ocurrió que Violeta no estaba para amores gay esta vez. Asustado y tembloroso, confesó a Eurípides el gran temor que experimentaba por haber delatado el paradero de don Felo, pues si la policía no lograba detenerlo, y el Mafioso se enteraba del nombre del delator... Tal vez sería preferible no salir de entre barrotes.

— ¡No me dejes solo, Mudo! ¡Que a nadie tengo que me defienda y ese bribón me matará! Tú puedes esconderme en un lugar seguro.

Y Eurípides, que *no sabe y no entiende*, se escabulle y corre de un rincón a otro, huyendo de lo que sabe y entiende (que aunque parece distinto es igual). Porque Violeta, además de suplicar compungido, se había puesto meloso e insinuante al pensar tal vez si la baza del amor gay, le podría ayudar a olvidarse de tan negros presagios.

— Ven acá, mi amor.

Y Eurípides que no.

— Anda, no me rechaces, Mudito.

Y Eurípides desesperado (¿desesperado?), lo agarra por el cuello mientras Violeta grita.

— ¡Fuera! ¡Fuera! —irrumpió la policía en la creencia de que estaban entendiéndose.

Y ambos salieron a todo correr. Eurípides, dentro de sus limitaciones, claro. Poco después se encaminaba hacia la pensión, a la espera de un nuevo *dialogismo* con su amante *Prometea*.

Y así fue la penúltima lección de *Biensabidolotodo*.

BIS del *viaje* último, en *soledad acompañada* esta vez. Tarjeta sobre la pared, espantada, y una hormiga que no vacila y segura de sí misma se aparta de la fila borreguil. ¿Quién es? ...¡Quién ha de ser! *Prometea* que se acerca, y ya sentados los dos, comentan lo ocurrido, ni más ni menos que dos muertes en carretera. Primero la de don Lucio, hacia las cuatro, y un minuto después por el reloj de *Prometea*, en autopista himenóptera, hecho inaudito aunque explicable por las leyes de la evolución y probable motorización con máquina rodante (*automiga* es el nombre que le han puesto). Y aunque no están sorprendidos, por aquello del pan nuestro de cada día, y a rey muerto rey puesto, los dos *dialogizan*, hoy un poco menos indiferentes ante el tema que se cuestiona:

- desgracia por desgracia, dos muertos más
- y dos vivos menos
- ¿te preocupa?
- se debe estar bien allá... No vuelven
- ¿y si no les dejaran?
- dilema a dilucidar

Prometea paseaba, paseaba, paseaba; pensativa, pensativa, pensativa; riendo, riendo, riendo. Diríase que algo tramaba, que ya veremos.

- están tan quietos que no sé
- lo vivo no es siempre lo que se mueve: el fuego, la lava que arroja el volcán, las máquinas, la Tierra, los astros, el viento, el mar. ¿O sí?

—falta saber si lo muerto es lo que está quieto. ¿O no?

—¿quietos los muertos?...Los dejan con ojos puestos y se los quitan; vestidos, y se desnudan; con la boca cerrada, y cuando los desentierran te muestran riendo la dentadura. Y hasta los huesos cambian de posición, y la carne putrefacta se gasifica y pulveriza; y llega el viento y el polvo, y viajan juntos, cogidos del brazo. ¿Qué no? Vete a saber, *Prometea*, dónde se meten, qué hacen, si ríen y se burlan de nosotros. ¿Llamas a eso estar quietos, estar muertos?

“Eurípides” paseaba, paseaba, paseaba; pensativo, pensativo, pensativo; riendo, riendo, riendo. Diríase que no tramaba lo que será y ya veremos.

— quizá todo sea una misma cosa

— quizá

EURÍPIDES no pagaría a la patrona la mensualidad pendiente, no importa cuál para quien sigue siendo *acalendárico*, pues si poco le preocupa el mes en que vive, menos le inquieta el siglo a que pertenece, si no es el suyo, históricamente hablando. Y cuestión importante: no le despedirían de la pensión; se despediría él mismo, pues bulle en su mente la obsesiva idea de una pronta *emigración*, aunque antes será imperativo acordarlo con *Prometea*, pues para él, *biensabidolotodo* está, y si algo queda, puede que sea una a modo de confesión o revelación que de verdad NO SABE (sin letra cursiva, claro), y pretende dilucidar con las últimas lecturas y algún que otro *dialogismo*. También ha decidido despedirse de *sus amigos*, si queda alguno, pues a lo mejor no cabe pluralizar y hasta sobra la frase entera, *enfin*, que estuvo allí, deambulando por los *Aparcamientos X, Z, L y Z 2*, y en el entorno de las cerradas oficinas del C E I, como un Robinson Crusoe por la isla desierta, y ya desesperaba de hallarlos, cuando de pronto vio venir a Panchito con el carricoche bien atiborrado de mercancía, posiblemente películas y novelas porno, chicles de marihuana, camuflados porros y mil cachivaches más para otros tantos quehaceres *cachivacheros*, que él, pobrecito D P H que es y seguirá siendo, no usa y por tanto no precisa adquirir.

Y así fue como Eurípides el Mudo, que sorprendentemente iba a dejar de serlo por primera vez (?), el Eurípides del postrer capítulo de novela dos que se narra (pues del otro "Eurípides", algo queda por decir), abrió la boca dispuesto a hablar (podemos jurarlo), decidido a interrogar al asombrado Panchito:

— ¿Has visto a don Felo?

El portador del carrito que tropieza, cae, casi vuelca el carricoche, se levanta, mira desconfiado a nuestro D P H, y todavía no repuesto de tan mayúscula sorpresa, exclama entre balbuceos:

— ¡Pero!. ¡Cómo!. ¡Tú!. ¡El Mudo! ¿Acaso tienes lengua?

Eurípides sonrió y, con expresivo gesto, mostró lo que le preguntaban si tenía. Y el mudo de conveniencia y de tantas cosas más, tuvo que repetir la pregunta:

— Sí, hombre. El Mudo tiene lengua, y quiere saber dónde está el Mafioso Robacoches, vaya, don Felo o como quieras llamarlo.

— ¡Imposible!...¿Hablar, tú?

— No has contestado a mi pregunta.

Y Panchito, aún no recuperado de su confusión, le responde con un nuevo interrogante:

— Dime, pero, ¿por qué...?

— No lo entenderías, Panchito —le interrumpió Eurípides—. Pero sigues sin contestarme.

— Pues, ¿no lo sabes?

— ¿El qué?

— Lo del Maletero...Don Lucio...La palmó.

— Sí, lo sé. Otra muerte en carretera.

— ¿Y lo de Violeta?

— ¿Que le pasó?

— Lo metieron en chirona por segunda vez; no por hacer mariconadas sino por tráfico de drogas.

— ¿Y el Mafioso?

— ¿Tampoco lo sabes, hombre? Le echaron el guante los de la *poli* al sorprenderlo en la casucha donde se ocultaba. ¿Recuerdas?... Bueno, no llegaron a trincarle. El muy ladino escapó en el Rolls Royce a todo motor... Sí, como en las películas: persecución, gomas que chillan, acelerador a fondo con embestidas a cuanto se le ponía por delante, para acabar estrellándose contra un árbol. Quedó el pobre despachurrado y con los sesos fuera.

Transcurrieron unos segundos de silencio que Eurípides rompió de pronto con una nueva pregunta:

— Y tú, Panchito, ¿de qué vas a vivir si no tienes quién te suministre mercancía?

Nuevo silencio mientras el aludido ríe y señala hacia su carrito donde no se veían pero estaban, porros, preservativos, pastillas no precisamente de menta, heroína, novelas, cine *porno*, ganzúas y demás artículos para disimular.

— A rey muerto, rey puesto; o si lo prefieres, a perro muerto, no se acabó la rabia —rió—. Ahora me surte un mercachifle Mohamed. Tú, en cambio, Eu...

— Eurípides.

— ¡Qué nombre, tío! Tú, si no cara de hambre, sí te veo con muchas ganas de leer, que es como drogarse. ¿O no?

Eurípides cabeceó afirmativamente rememorando tiempos pasados.

— ¡Toma, hombre! Ya me lo devolverás —le puso en las manos unos cuantos billetes.

Y sin dejar de sonreír, Panchito Dosruedas (que también tiene su apellido, caramba), enfiló calle abajo en dirección al *Aparcamiento...* vaya usted a saber si J1, el de Mohamed tal vez, pues en todos y cada uno de ellos, clientes no le han de faltar.

La palabra lelo es la adecuada, porque, lelísimo quedó Eurípides ante tan inesperada conducta, que por cierto iba a cubrirle sus posturas necesidades pecuniarias, y de modo especial, la imperiosa necesidad de adquirir los últimos libros. Y como no consideraba correcto aquel voluntario despojo, irreparable, bien lo sabía él, cuando quiso reaccionar, ya el Dosruedas estaba lejos, como lejos estaban sus amigos que nunca lo fueron, y en puertas ya, el "The End" de Eurípides y novela dos, que del otro "The End" de novela uno, pronto sabremos. Pero antes será preciso apechugar con la postrera lección de *Biensabidolotodo*, necesaria cree él, por si le aclara las muchas dudas respecto a la *emigración* en ciernes, lectura y libros con temática específica, y títulos y autores que rezan: TEILHARD DE CHARDIN, LA MUERTE DE DIOS, ¿DÓNDE ESTÁ LA VERDAD?, NUEVO LÉXICO DE TEILHARD DE CHARDIN, BALBOTÍN, CLAUDE CUENOT, J. ALTIZER. W. HAMILTON, *enfin*.

EURIPIDIARSE es verbo que nuestro hombre habrá de conjugar con equivalencias de *emigración*, una vez subido al *autobús* de coste barato y ningún equipaje, y aunque su turno le llegará, hoy nos toca analizarle filosófica y metafísicamente, pues es mucha la insatisfecha curiosidad por saber lo que conspicuos teólogos y filósofos, piensan y escriben sobre *elmasallá*, que en cuanto al *elmasacá* donde él habita, cree que muy *biensabidolotodo* está ya. Ausentes de religiosidad a escala de *hombre-hoy...*, casi tanto como de conceptos metafísicos, por convicción o desconocimiento, *los Eurípides* saben bien que están aquí de prestado y no por voluntad propia (por voluntad propia pueden dejar de estar). Y por esta razón, piensan que la verdad no puede dirimirse en segundos-vida para un entorno de eternidad, y nada mejor que un nuevo dialogismo “Eurípides”-*Prometea*, que si será de un vulgar a filosofado, los dos lo entienden muy bien. Y como no van a estar presentes los discernidores de las cumbres metafísicas esas, difícil se vislumbra la penúltima andadura capitular en quien anda *pisándoselotodo*, y empieza diciendo que si existe Dios, habrá de congratularse, puesto que él profesa un a modo de neocatolicismo ejemplar, no dogmático, que para dogmas le sobra con su moral de ego. Aun así, es su intención saludarle cualquier día de estos.

La culpa de este enredo —veremos si comprensible a nivel de mente *euripidiana* en proceso de cefalización y con categoría de *ironismo*, escuela neofilosófica en la que milita—, la tuvo la pila de libros de última adquisición, gracias a la generosidad de Panchito, que le condujo a plantearse la problemática de estar o no seguir, vaya, *emigrar*. Y si difícil, y con equivalencias de rayano en lo imposible, es para el *hombre-hoy...* discernir el vocabulario teilhardiano, y los otros

vocabularios, no lo es tanto para un DPH de cetalizadas circunvoluciones cerebrales con aspiraciones a diletante en el quehacer filosófico. Por todo ello, bien merece comentar lo que "Eurípides" lee y piensa, irónica y filosóficamente se entiende, respecto a las cumbres metafísicas esas. Leamos pues, y pensemos con él:

(ANTROPOGÉNESIS, maticemos, Eurípides reconoce que, respecto al origen de la humanidad, no sabe nada aunque mucho quisiera saber. Y por esta razón lee cuanto se dice respecto a la BIOCONCIENCIA, tal vez más eficaz que la voz-conciencia, tan poco escuchada y atendida. Y piensa, que si el psiquismo celular funciona correctamente, el referido al *hombre hoy-made-in-necius-universus*, está muy necesitado de psiquiatras y psicólogos. Y en cuanto a la CEFALIZACIÓN se refiere, "Eurípides" la considera muy importante en un mundo cada vez más descefalizado por la masiva esquizofrenia neuroganglionar, y confiesa que él sólo pretende considerarse entre los aspirantes al aumento de masa cerebralizada. ¿Y qué pensar de una dialéctica de conceptos filosóficos en constante avance, frente a evidentes muestras de movimientos éticos retrógrados y sorderas de círculo cerrado? —se dijo "Eurípides", comentando, comentando—. ¿Y de esa HOMINIZACIÓN como paso de la vida animal no reflexiva a la vida humana reflexiva, inconsecuente con tanta masa humana... irreflexiva? ¿Y de los PANTEISMOS todos, con un homo sapiens desunido e incapaz del esfuerzo necesario para la propuesta unión mística con el todo? ¿Y de la PLATENIZACIÓN, en un mundo racista, belicoso, egoísta y ambicioso, de imposible sintetización, y con más BIOESFERA irrespirable que NOOSFERA reflexiva? ¿Y de la PREVIDA que piensa en él fue, y aspira a dilucidar en la SUPERVIDA, que ya veremos o no veremos?)

— ¿Qué pensar, sí? —se preguntó el mudo de conveniencia, ahora con voz bien audible—, del rosario de tantas cuentas desgranadas y por desgranar: universalismo escolástico, fenomenología, intuicionismo, esencialismo, positivismo, análisis lógico, existencialismo y... ¡basta! —gritó no sabemos a quién, pero gritó fuerte.

Y siguió con la otra retahíla de no menos misterios, referidos a la ética, estética, política, teología, física, astronomía...

Y la bajura *euripidiana*, isla *que es*, bien separada de la península madre por el largo istmo que aún NO SABE (no es *ironismo*), siguió al mismo nivel por culpa del MURO NEURONAL que portamos a modo de biombo, y nada nos deja ver de *elmasallá* a causa del atasco ontogénico, *enfín*, veremos qué piensa *Prometea* —se dijo “Eurípides”, pues ha llegado el momento de desenredar el enredo filosófico con una cuenta atrás en el *modus operandi*, ESCATOLÓGICAMENTE se entiende —miró y leyó en el libro que tenía entre las manos—, lejos de toda filosofía, y con luz ESCIALÍTICA —quedó de nuevo atrapado en el enredo—, vaya, sin sombras, y si fuera imperativo, EMI-GRATORIAMENTE, caramba, que también tiene derecho, cree él, a su poquito de neologismos (*ironismos*, rectifico), con poco consumo de vitamina B1 B6 B12, pues ya está bien de tanto vapuleo filosófico, y filósofos de la Edad Antigua, Media y Moderna.

Y “Eurípides”, finalizada la lectura, descolgó las gafas de su nariz como saco sin alfalfa del cuello del burro, convencido de que así podría entrar mejor en el dialogismo con *Prometea*, aunque nada iba a dilucidar si, como parecía, habían decidido no continuar la soporífera estancia en ciudad tan fea. Y en la creencia de que respecto al tour de cuatro semanas no había anteproyecto con y sin anteojos teológico-metafísico-filosóficos, fue al encuentro de su amante que allí estaba esperándole impaciente y riendo como una tontuela:

— ego— *emigración* escatológica

— aclaración ipso facto, quieres decir, y yo de acuerdo a falta de hora y día

— ¿y eso?

— soy optimista cosmogénicamente, y aunque no estoy desespera (do/da), me pica la curiosidad por saber de un supuesto estado superior

— creo que la mejor postura ante lo desconocido es el silencio

— entiendo, aunque sigo sin entender

— palabras, siempre palabras

— palabras que expresan ideas; ideas que se refieren a cosas...

— y siguiendo con la figura concatenada, cosas que pueden ser
NADA

— el entendedor que lo entienda...

— es que ellos tampoco lo entienden, y por algo lo llaman Logos lominal constructo, Esencia, Intuicismo, Weltstoff, Dios-Omega, Ente Puro, como un Selfsubsistand, todo incluíble en la muy hinchada arqueología de las ideas, así de indescifrable

Nunca, nunca anduvo Prometea tan contenta y hambrienta de preguntas y respuestas. Se las sabía todas, incluso lo de las pocas hojas del calendario pendientes de arrancar, y vaya usted a saber lo que tramaba, no otra cosa que arrancarlas todas de una vez. Y los amantes filosofastros se decidieron a continuar el *viaje* por sus neuronas, ansiosos como nunca de derribar el muro neuronal ese:

— mitos metafísicos, casi brujas medievales y dioses paganos de la antigüedad, ¿o no?

— ¿escépti (co/ca)?

— asegura Times que la marea filosófica está hoy más baja que nunca

— enredada siempre lo estuvo, y va bien a nuestros planes in extremis

— y que lo digas, si ya nada importa saber después de leídas y no asimiladas las verdades (enredos) filosóficos

— la realidad es más atrayente que el cuadro impresionista

— ¿dónde el principio o por qué le eterno?

— dilema a dilucidar

— ciegos si estamos, pese a indigestos conceptos sin intuiciones o intuiciones sin conceptos, qué horror

Prometea palmoteaba de contenta, partícipe activa en el *dialogismo* que, sin aclarar nada, mucho presagiaba.

— ¿ves algo?

— arqueología en un castillo poblado de fantasmas posándose de cumbre en cumbre

— de mente en mente, querrás decir

— parodiando el juego de palabras, parece ser que los menos inteligentes no ven nada más allá de la Nada, y los más despiertos, ven NADA o un DIOS-NADA muy difícil de imaginar

— incultos que somos

— o indocumentados que están

Empezaban las *carcájidas*, y contentos, "Eurípides" y *Prometea* prosiguieron con el positivo fraude dialogístico:

— ¿sabes? Esto me da sueño, mucho sueño; unas ganas locas de dormir y para siempre dormir

Difícil dilucidar quién fue el incitador al sueño ese, aunque cabe suponerlo.

— nada sabemos de nuestro estado en la vida terrena

— a un dormir, un despertar, o viceversa

— aseguran que espíritu y cerebro son independientes y no parecen llevarse bien

— será porque no pueden verse

— ja, ja, ja

— palabras, siempre palabras

Siguieron las *carcájidas* y las consideraciones y reconsideraciones, y los neologismos y locuciones latinas adobadas con salpicaduras *ironistas*, y el nada entender.

— considerémonos *biensabidolotodo*

— reconsideremos, que si muy *biensabidolotodo* está, es a tenor de que los filósofos han llegado al acuerdo unánime de estar en completo desacuerdo

— ¿por qué razón?

— no saben NADA

— ¿entonces?

— "vía *tertia*" en vías de sobre-centración

— ya, ¿pero cómo participar en esa “vía Tercera” hacia un centro superior?

— ¿“taedium vitae”?

— tanto como disgusto, no; aburrimiento, mucho. Y si ellos no lo entienden, nosotros, menos

— cabe una pintura, poesía y literatura metafísica

—lo que no cabe es tanto enredo filosófico; en nuestra mente, quiero decir

— desmitifiquémonos

— *emigremos*

— cuenta conmigo

— será mejor juramentarnos

— ¿qué me propones? ¿Acaso una compañera para la muerte, como el poeta Kleist?

— ¿si aceptas?

— no es otro mi deseo, que escrito distinto, significa igual. Así pues, acepto

Y *Prometea* se esfumó riendo como una loca, con un extraño, presagiente y nunca oído ja, ja, ja, a dúo con “Eurípides” que, quitándose las gafas de mal ver que solía descolgar de la nariz cuando quería pensar (no poseía anteojos metafísico-filosóficos de poca ni mucha altura), empezó a leer mentalmente lo leído y no digerido de la riada de conceptos que rezaban a modo de eslóganes como razones lógico matemáticas que nada demuestran, o universo con visos de ordenador ordenado-caótico a medias, argumentos deístas insostenibles por aquello del orden o desorden natural, y el eterno retorno ese con combinaciones de átomos a modo de quiniela metafísica, y a ver a quien le toca y cuando, después del recuento y distribución de las infinitas partículas. Y no digamos nada del Dios idea absoluta, monstruo devorador de sus hijos, y el imperativo categórico aquel, casi como un cumplimiento del deber a lo castrense, y de los existencialista ateos, y las NADAS que nada le dicen a quien nunca luchó por atacar o defender batalla alguna sobre Dios, origen del Universo y destino final del hombre. Ni siquiera por mor de ese principio de

contradicción que él entendía algo así como un cristianismo sin Cristo, cuadrados redondos y blancos negros. Ni el Dios ha muerto ese, afirmación gratuita mientras el muerto no sea él para comprobarlo, pues no es deísta ni ateo, ni tampoco agnóstico, idealista, empirista, y sí, aparentemente indiferentista por ciego nato a los colores metafísicos. Resumiendo, bien podemos afirmar, que nuestro *D P H* se halla muy por debajito del superhombre nietzscheano y sin disculpa de demencia, aunque el mundo que le ignora, le juzgaría loco además de *D P H*.

“Eurípides”, puesto en pie, obligó a subir a escena a los autores de la milenaria tragedia, incomprendible por incognoscible, e incontestable por inescrutable, en tanto lo inexorable siga siendo inexplicable e inextingible por inextricable. Que así de incos y de inex está plagado y lo seguirá estando el universo filosófico, *enfin* que “Eurípides” puso nombre a los culpables de la inflación teológico-metafísica, y que no se enfaden, Aristóteles, Platón, Kant, Bergson, Nietzsche, Hegel, Leibniz, Kierkegaard, Sartre, Heidegger, Russel Wittgenstein, Austin, Ortega, Unamuno, Teilhard de Chardin, y cien extras más del Olimpo filosófico.

Y despidiéndose de sí mismo, dejó escapar un a modo de largo responso:

— Vete a dormir, hombre, que esto no hay quien lo aguante, y en cuanto a entenderlo, de nada te van a servir tantas lecturas, pues sabes bien que hay una filosofía que todo lo aclarará y habrás de con-jugarla con el verbo *EMIGRAR*.

Y se fue a la cama (que lo de dormir entre los libros es ya historia), ubicada en la cuarta esquina de *habitación cuadrada...*, que de la tercera, pronto sabremos.

UN “Eurípides” receloso y a la espera de su amante *Prometea*, colocó la tarjeta perpendicular sobre la anchurosa pared, para una vez más jugar al niño que siempre fue, e interrumpió de improviso la larga fila hormigosa. Y fue extraño que no hubiera dispersión ni enloquecida huida, pues dóciles, los heminópteros rodearon el papel, unos a derecha y otros a izquierda, para encontrarse al otro lado, indolentes y sumisos en el monótono quehacer de seguir impávidos la vía estrecha trazada por sus primitivos. Una (hormiga quiero decir), cabeceó fuerte contra la cartulina con tentativas de arañarla u horadarla (heminóptero-arquitecto o anteproyecto de túnel, pensó el loco de “Eurípides”), pero ninguna se apartó indiferente y cansina, pensativa y ansiosa de ‘dialogismos’. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué no acudía *Prometea*?

Sin presentimientos y con su NADA a cuestas, “Eurípides” repitió la escena un sinnúmero de veces con idéntico resultado, y otras tantas, el interrogante dejó grabado en su cerebro la pregunta sin respuesta: ¿Por qué? ¡Por qué? ¿Por qué?

— ¡*Prometea*! ¡*PROMETEA*! —gritó mirando hacia la vacía pared.

Y ahora sí que tuvo un presentimiento, sin escalofríos, de claro signo interrogante y que enunció en voz alta:

— ¿*Habrá emigrado*?

Sin gafas y a tres centímetros de la nariz (que la miopía de veinte rondaba ya las veinte y cinco dioptrías), miró de nuevo hacia el lugar donde ella solía habitualmente presentarse, y recorrió los poros de la pared, tendido cual largo era y sin dejar de mirar y remirar a ras del suelo. Y...¡oh Dios!, que allí estaba en un rincón, colgada de un hilo de telaraña arrollado al cuello; allí, la *Prometea* juramentada por mor de la *emigración* y ya *emigrada*.

“Eurípides” apoyó la cabeza contra la pared, y leyó sonriendo lo escrito en su cerebro, un a modo de testamento o carta a juez X, que razonó en soledad no acompañada y con ecos dialogísticos, ante una *Prometea* de cuerpo presente:

“quiero dejar sentado que *emigro* porque me da la gana”.

“Eurípides” volvió a sonreír, amplia y enigmáticamente, y siguió leyendo en las cefalizadas circunvoluciones cerebrales:

“cansada sí lo estoy, pues *biensabidolotodo* ya está, y enferma también de “*taedium vitae*” que me impide continuar en ciudad tan fea, aunque ansiosa como nunca por saber del otro hablar, proceder, razonar, vivir, estar, ser...”

“Eurípides” reía ahora, ¡y cómo reía!, pese a lo cual continuó leyendo en sus neuronas, pues también él estaba dispuesto a romper “*in extremis*” el muro neuronal ese:

“y por no dejar nada, no dejo ni mis huesos que ni fosilizados los quieren en ningún museo. Dinero nunca tuve, de mal repartido que está, y de mis huellas y hechos intrascendentes, sólo este argumento escrito en mente *eurípida*. ¡Ah!, y que a nadie culpen de mi muerte, pues tengo mis razones que por ahí quedaron en *conversas* y *viajeos* con “Eurípides”, y sé bien de alguien que un día las escribirá, *enfin*, “*vía tertia*” en vías de sobre-centración, ya lo dije. Adiós”

“Eurípides” miró al heminóptero que en vida llamó *Prometea*, y miró también a la percha sin ropero que colgaba sujeta al techo de un alambre, como billetera sin billetes o ataúd ansioso de cadáver. La sabía (segundo insólito pensamiento), a la espera de colgar el vestido que él era.

— ¿Colgado? ¿Colgar? —se interrogó a sí mismo.

Se dirían ecos de hormiga-pensante, o inicio de *dialogismo* saboteado por el cadáver de la *emigrada*. Colgar, colgado, *emigrar*, *autobús* que no cuesta una perra gorda, respuestas o no, seguía con alas de águila desplegadas a todos los vientos, ahora en *soledad no acompañada*. Y sin pensarlo un momento, se despojó de la raída chaqueta y del

pantalón que ubicó primorosamente en la percha-autobús, colgó en ella la camisa y encima la corbata, (que es igual quién encima y quién debajo en lo que a tela respecta, no en cuanto a "homo" extra e *intro*), y tras arrojar lejos los insufribles zapatos, abrochó de la camisa los botones que tenía, no eran muchos, y mucha la risa de boca alegre que dibujó la tela emperchada, y sin reír (sonreía), desnudo (siempre andó así de todo, aunque hoy un poco más), se miró por fuera encontrándose ridículo y feo, nada extraño en un portador de espejo pequeño.

— ¡Prometea! ¡PROMETEA! —gritó llamando a su amante perjura que había quebrantado el juramento se emigrar juntos—. ¡Espera, mujer, que voy contigo!

Un tropiezo con la silla le ubicó bajo la percha.

— Siéntate, hombre —le habló la percha con ecos *dialogísticos* de *soledad no acompañada*.

— Nací y viví de pie, y de pie he de *emigrar*.

Y arrancó la percha pisándola como a la propia carne, con desprecio a sus cinco sentidos, y encaramado en la silla y desnudo del todo, colgó la otra percha que él era, después de arrollar fuerte el alambre al cuello. Y sin pataleos ni miedo a los callos, le dio un puntapié al asiento, y quedó allí, balanceándose, riendo, *emigrado* a punto, alegremente sentado en el *autobús* de cerradas ventanillas, sin ojos fuera ni lengua colgando, sin rostro de espanto, ¡pamplinas!; quedó allí colgado, y allí le encontraron bien vivo los muertos, y bien muerto la patrona que a punto de desmayarse, lanzó un grito que el muerto no oyó, *enfín*, allí lo encontró también un policía que nadie sabe para qué viene si el muerto está muerto ya, como no sea para ver con asombro a un ahorcado reír y reírse de los ahorcados vivientes que tanto temen morir (*D P H* que era; ahora d. e. p.).

Bueno, habitación cuadrada tiene cuatro esquinas, útiles dos —afirmaría "Eurípides" vivo—. Ya muerto, por colgado, bien merece ese tercer rincón de recinto sagrado y ubicación de percha-cadáver. El cuarto, cama sin vivo ni muerto, orinal para lo que sabemos, un tubo de aspirinas por si los callos chillan, y mesa de noche-archivo-roperotras, todo en uno, bien amontonado, bien confundido, bien inútil.

VOCABULARIO DE IRONISMOS

AL RALENTÍ: Marcha lenta, segura y con paso medido, de los entes que intervienen en las *conversas y viajes euripídianos*, traducidos en *dialogismos* del yo monologante de *los Eurípides*.

ABEXTERNO: Hipócritamente.

ACALENDÁRICO: Que no tiene en cuenta el tiempo ni lugar puesto que la preposición A, en conceptos negativos, se contempla con categoría relevante en el quehacer de *los Eurípides*.

ACARDIANISMO: Véase *Acardiano*.

ACARDIANO: Atributo que concierne a *los Eurípides*, no como malformación congénita que los haría inviables, sino a fuer de inalterables a toda clase de emociones y contratiempos pasionales que soportan siempre con estoicismo y sonrisa *euripídiana*.

ACEFALIA: Entidad nosológica congénita que afecta al cien por cien de *los Eurípides*, pues aunque portadores de cabeza con mucho *intro*, no rigen en la Era en que vivimos, ni obedecen a un jefe (cabeza), que les mande, piense y razone.

ACÉFALOS: Véase *Acefalia*.

ADAN-EVANO: Paraíso terrenal donde, dicen pero no se sabe, vivieron felices Adán y Eva, aunque muy pocos se lo creen, y menos todavía, que el tal paraíso estuviera ubicado en el incordiante mundo que habitamos todos, *Eurípides* entrecomillados y sin entrecomillar, y *no Eurípides*.

AESTEREOTIPADIA: Defecto congénito frecuente en *los Eurípides*, y que les hace incapaces de todo moldeado e imitación, por imposible de arraigar idiosincrásicamente. Muy habitual en los dementes privilegiados, se piensa si por aquello de que el genio es pariente de la locura.

AESTEREOTIPADOS: Véase *Aesterotipadia*.

AFÁSICOS: Sólo de conveniencia por pérdida del hablar contaminado, y también como apodo.

ALLISÍ: En el concepto ironista debe ser traducido como, Eurípides de *Allisí*), en contraposición al, aquí no, de Santo Tomás de Aquino, en el campo semántico, se entiende.

AMIGDALADIA: Ausencia congénita de los órganos en cuestión (que a tantos quitan), y signo patognomónico que, junto a otras carencias, acompaña al *Síndrome A* que padecen *los Eurípides*. También, una prueba más del carácter evolutivo de la casta *desgraciens*.

APARCADOS: Véase *Aparcamiento X*.

APARCAMIENTO X: Entorno y ubicación habitual de los protagonistas de la novela dos, incluido el *desentrecomillado* Eurípides.

APARCAMIENTO Z: Véase *Aparcamiento X*.

APARCAMIENTO Z 2: Véase *Aparcamiento X*.

APENDICEDIA: Malformación congénita que afecta a *los Eurípides* que, aunque privados del apéndice, no quedan exentos de ser intervenidos de apendicectomía (Véase *Busca sin encuentro*). Suele acompañar al *Síndrome A*.

ARCHICOSAS: Una redundancia más con sinonimia irónica y significado de muchas cosas.

ATIMIA: Ausencia del timo, frecuente en *los Eurípides* afectos del *Síndrome A*.

AUTOBÚS: en sentido figurado e ironista, el vehículo que les conduce en tránsito hacia *elmasallá*.

AUTOMIGA: Vehículo a motor utilizado por los heminópteros hormigosos evolucionados, similar al automóvil, y que se contempla sólo en *conversas* y *viaje* como imperativo de la narración.

BABIECADA: Función semanal que practican los militantes del *babieconismo* en los templos erigidos al respecto, que en el vocabulario ironista reza con el nombre de *recinto cuadrado cuatro esquinas fútiles*, con ritos y dialecto *babielés* sui generis. De alguna manera, el Estado lo subvenciona y considera adjunto al patrimonio cultural, y necesario como válvula de escape de las pasiones masificadas de sus súbditos.

BABIECÓMANOS: Pertenecientes a la casta de los *babiens*, se piensa, semánticamente, si a causa de lo bobos que les deja la contemplación de la *babiecada* esa. Los científicos que han analizado la baba del *babiecómano* la encuentran con características similares a la del *hombre-hoy-made-in-neciàs-universus*.

BABIECONISCO: Movimiento patudo y de testarazos múltiples, que a veces se acompaña de accesos de *coditis* y *puntapieditis*, descubierto por un "footballista" de la rubia Albión en la Era del post romanticismo, y sobre cuyos fines socio-económico-anímicos y disuasorios de problemas mil, aún no se

han puesto de acuerdo los científicos y jefes de Estado, que aceptan, eso sí, la gran influencia benéfico-perniciosa que ejerce sobre las alteraciones del ánimo, el aparato circulatorio y la pobre bomba que lo sustenta, así como las crisis de aguda esquizofrenia que provoca en las personas predispuestas, amén de la correspondiente agresividad física y *vocabulovariante*.

BABIELÉS: Dialecto del *homo babiens*, que en la sinonimia del lenguaje no *eurípido*, corresponde a hijo de puta, maricón, desgraciado, cabrón y otros muchos que el autor se resiste a escribir literalmente, y que son de uso habitual en la masa *babiecómana*.

BABIENS: Véase *homo babiens*.

BIENINTENCIONADAMENTE: Con urdimbre de clara intención *euripidiana*.

BIENSABERLO: Véase *biensabidolotodo*.

BIENSABIDO: Véase *biensabidolotodo*.

BIENSABIDOLOTOTO: Que supone un conocimiento exhaustivo y suficiente para los fines que se proponen los protagonistas de esta "Crónica", y de modo especial de todo lo relacionado con la *emigración*.

BIPENSAMIENTO : Facultad intelectual de *los Eurípides*, que los hace capaces de simultanear dos imágenes mentales en el mismo espacio de tiempo. Se supone (a la espera de una autopsia aclaratoria), que sus cerebros deben estar provistos de alguna circunvolución de más, o de un lóbulo completo sobreañadido, pese a que no existe un mayor tamaño de la caja craneal, y sí un aumento de materia cerebralizada como consecuencia de la ley de la cefalización.

BOTATESTALIZACIÓN: Sujeto a la bota estatal e íntimamente emparentado con el Dirigismo del Estado, que bien o mal nos dirige.

BOTATESTALIZAR: Verbo no admitido por la R. A. de la L. ante la posibilidad de una protesta gubernamental por lo que supone la intromisión en sus dominios de la supuesta conjugación (ejemplo: ¿Cómo te va, Fulano?... Muy mal desde que me *botatestalizaron*).

BUENO: Adjetivo empleado por el autor como sustituto de punto y seguido, y también, inciso y hasta resumen de frases con sentido aclaratorio en lo que concierne a la "Crónica" que se narra. Es de uso habitual con otras muchas que emplea un tanto exhaustiva y reiteradamente.

BUENOS DÍAS, SEÑORES: Con equivalencia en el lenguaje *euripidiano*, a un "a sus órdenes, mi capitán", del vocabulario castrense.

BUSCA Y ENCUENTRO: Hace referencia a los menesteres ineludibles que atan a los seres humanos, reducido en *los Eurípides* a la mínima expresión de vestimenta, necesidades imperiosas, manutención, farmacia, pago del alquiler, compra de libros, y muy pocas cosas más, imposibles de satisfacer, eurípidamente se entiende, fuera del círculo de *sus amigos*. De modo especial se refiere también, a la pérdida o extravío de las gafas, elemento vital para el desenvolvimiento de un miope de veinte dioptrías, y encima *DPH*.

BUSCA SIN ENCUENTRO: Referido a la anatomo-patología *eurípida*, contempla la ausencia o presencia de órganos útiles e inútiles, comparativamente a los albergados en el organismo del *hombre-hoy-made-in-necius-universus*, con el que se halla emparentado aún no se sabe si (e) o involucionadamente. Se presta a anfibología porque también hace referencia a la busca sin resultado positivo, de oficio o empleo estable, manifiestamente difícil en la casta *des-graciens*.

CACHIVACHERO: Aunque no se contempla en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua y sí en la *Irreal...*, es de esperar que en la próxima edición del primero, ocupe lugar, no ya como concepto irónico sino porque es mucho el quehacer *cachivachero* con camellitos y sin ellos, en la Era de la droga.

CARCÁJIDA: Carcajada no audible que emiten los *Eurípides* y *Prometeas* en sus neuronas y sinapsis cerebrales como entes *dialogísticos* de *viajeos* y *conversas*.

CLARO: Con una evidencia que pretende dejar por sentado el pensamiento del autor respecto a la idiosincrasia del protagonista. También, un adjetivo más como sustituto del punto final, punto y seguido, punto y coma, enlace con otras oraciones, y hasta inciso, asimilable a *bueno* y a otros muchos empleados por el autor reiteradamente.

CODITIS: Crisis, de claro parentesco epilectiforme, que suelen padecer los *listómanos* a intervalos de ocho días, y que a veces se acompaña de graves consecuencias para el *listómano* (menos listo) que recibe la andanada de codazos.

CONVERSAS: Véase *dialogismo*.

COPIACISMO: El autor no se responsabiliza de si tal ismo existe o no con carácter de creatividad pictórica seria, pese a la inclusión como *ironismo*.

COSA: Se refiere a droga en el lenguaje mafioso que priva en esta *Crónica*.

COSA REDONDA: Artefacto que los *no Eurípides* entienden como pelota de fútbol, por lo común de cuero y aire comprimido, y que corretea loca, imprevisible y contundentemente, por *recinto cuadrado cuatro esquinas fútiles*, sin otro objeto que provocar la exaltación hasta el delirio con olvido de cuantas preocupaciones y desgracias ocurren de lunes a sábados. Suele acompañarse de infartos, lipotimias y expresiones *vocabulovariantes* consecuentes con el dialecto babilés que practican.

COSCORRONEAR: uno de los tantos verbos de creatividad ironista, aceptados por la *Irreal Academia de la Lengua Euripídiana* en su afán por el mucho conjugar, y rechazado por supuesto por la R. A. de la L.E.

CRÓNICA DE UN D P H: Refiere la vida y milagros de un personajillo singular llamado Eurípides y "Eurípides" (dos personalidades y una sola persona), donde se contempla una crítica irónica y mordaz de la sociedad en que vive.

CUADRÚPEDUS ERECTUS: Referencia despectiva del "Homo sapiens" en cuanto a pertenecientes a la casta de los *no Eurípides*, y analizados desde una concepción del pensamiento *euripídiano*.

- CHIRIPITIFLAUTICO:** Se halla pendiente por la *Irreal Academia de la Lengua Eurípidiana*, de definir con exactitud el significado del vocablo en cuestión que, al parecer, roza la chifladura, con sinonimia de "estar como una cabra".
- D P H:** Abreviatura de desgraciado pobre hombre, siglas en las que el vocablo hombre tiene significación real, y si desgraciado debe interpretarse como felicísimo y afortunadísimo, pobre, sólo lo es en el sentido de pobreza físico-económica, sin detrimento de lo espiritual e intelectual hiperdesarrollados.
- DEBAJITO:** Diminutivo aplicable a determinados conceptos y pertenencias de la casta *desgraciens*.
- DESCEFALIZADO:** Como *desentrecomillado*, *desembolsillado*, *deshominizado* y otros muchos, el autor propone incluir la *descefalización* a nivel de *ironismo*, y sin relación alguna con la *acefalia*.
- DESEMBOLSILLADO:** En el sentido de bolsillos vacíos de dinero, el Diccionario de la Lengua Española no admite el *desembolsillado*, pese al centenar de variados afijos desen.
- DESENTRECOMILLADO:** Un afijo más del particular entrecomilleo del autor. El Diccionario de la Lengua Española no contempla la problemática que plantea el paralelismo de las dos novelas que se narran y obligan a entrecomillar y *desentrecomillar* por mor del vivir, estar y ser de los protagonistas Eurípidés y "Eurípidés".
- DESGRACIENS:** Véase *homo desgraciens*.
- DIALOGISMO:** Etimológica y literariamente, lo que expresa el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, aunque referido a los monólogos *prometeico-eurípidianos*.
- DIALOGISTA:** Que Practica el *dialogismo*.
- DIALOGIZAR:** Véase *dialogismo*.
- DIVAGUEOS:** Sinónimo, en el vocabulario de *ironismos*, *dialogismos* y *conversas*.
- DON DINERO:** Ente vario, muy cosmopolita él, y acaudalado señor que está en todas partes, aunque desgraciadamente no todos pueden verlo. Por lo común, tiene sus oficina cerradas a la casta *desgraciens*.
- DRIBBLING DE VÉRTICE GIRATORIO:** Consultar lo dicho en *dribbling gravitatis*.
- DRIBBLING DERECHO E IZQUIERDO:** Véase lo expuesto en *dribbling gravitatis*.
- DRIBBLING GRAVITATIS:** Supuesto ismo pictórico que el autor acepta sólo como concepción ironista.
- ELMASACÁ:** Contracción equivalente al mundo éste en que vivimos, en contraposición con *elmasallá* del que nada sabemos.
- ELMASALLÁ:** Contracción impuesta en la semántica del vocabulario ironista, y que evoca lo estrecho del agujero que hay que pasar y que nada nos permite ver.

- EMIGRAR** (y derivados): Equivalente a suicidio sin sentido trágico, bagaje sentimental, ofuscación pasional ni heroicidad, por propia decisión y plena conciencia, alegre, necesaria y hasta aburridamente.
- ENFIN**: Contracción de *en fin* como sustituto de punto y seguido, punto y coma, enlace, cambio, a veces punto final de capítulo con equivalencias de suspensivos y hasta reticencia narrativa del autor.
- ENGALANADO**: Poseedor de galones con grado, en el vocabulario ironista, de oficial del ejército o policía.
- ESCALERA-LIBRERÍA**: Sinónimo que contempla el concepto *euripidiano* de biblioteca de fácil acceso y singular ordenación y clasificación.
- ESCUPIR A LA CALLE**: Un *ironismo* con equivalencias, benévolamente se entiende, de...vaya usted con Dios, o de un menos benévolo... a tomar viento fresco, que malévolamente y malhabladamente, equivaldría a un... a tomar por... Bueno, la *Irreal Academia de la Lengua Euripidiana* tiene en estudio el exacto significado de la frase ante lo ambiguo de su estructura semántica.
- ESQUEISMO**: Falta gramatical, sin redención posible por mor del uso y abuso que hacen de ella algunos personajes secundarios de esta "Crónica...", y quien sabe si hasta del autor.
- ESQUEIZANTE**: Que practica el vicio gramatical del *esqueísmo*.
- EURÍPIDAMENTE**: A modo del quehacer de *los Eurípides*.
- EURÍPIDES**: Personaje de narración corta, desconocido en los ambientes literarios por su intrascendencia y que en nada se relaciona con el poeta trágico de la Grecia anterior a J. C. Su última encarnación novelística en la España de hoy, lo sitúa entre los dichosos cuarenta años de Dictadura, la Transición, y el Cambio, si bien, ninguna de las tres andaduras parecen haberle afectado en su idiosincrásico vivir. El lector sabrá distinguir al Eurípides de *sus amigos*, que no lo son ni le van sino como imperativa necesidad ante el imprescindible sustento, del entrecomillado "Eurípides", protagonistas ambos de las dos narraciones que bien o mal ensambladas, caminan juntas hacia un mismo "The End".
- EURIPIDIANADAS**: Hechos y pertenencias que sólo realizan o conciernen a *los Eurípides*.
- EURIPIDIARSE**: Sinónimo de *emigrar* con equivalencias de suicidio sin heroicidad, del que difiere por las causas que lo impulsan y en que mueren con la sonrisa en los labios.
- EURIPIDISMO**: Ideología neorromántica que sustituye la tragedia por la ironía e indiferencia rayana en el estoicismo, y los sentimientos por pensamientos con esbozos de retóricos racionios. Acepta la vida sin rebelión activa salvo en la esfera intelectual. Hasta ahora tiene pocos adeptos, y se piensa que se halla en vías de extinción.
- EURÍPIDO**: Véase *euripidiano*.

FAMILIONES: Familias, en el vocabulario ironista, con sentido peyorativo.

GAGUERA TRIFÁLLIDA: tartamudez que sólo arranca después de tres intentos. No es patrimonio de la casta *D P H*, por lo común, muda de conveniencia.

HABITACIÓN CUADRADA CUATRO ESQUINAS: Componente vital del espacio mínimo habitable, útil y fútil, del quehacer y discurrir de *los Eurípides*.

HABITACIÓN CUADRADA DOS ESQUINAS: Espacio mínimo que utilizan *los Eurípides* en su quehacer *dialogístico* de *conversas* y *viajes* por sus neuronas cerebrales, en horas de ocio que son muchas, congruente con su idiosincrasia del tanto pensar, y excluidas las otras dos esquinas, necesarias sólo para el imprescindible quehacer del cotidiano vivir.

HIPOTIPOSISEO: Véase *hipotiposizar*.

HIPOTIPOSIZAR: importantísimo verbo, que por supuesto no figura en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, quizá por considerar tarea imposible, hablar de la hipotiposis de una persona sin cometer errores de bulto.

HOMBRE-HOY-MADE-IN-NECIUS-UNIVERSUS: Hombre-copia, esclavo de la cosificación, y sujeto al código impuesto por los hábitos y leyes de la sociedad actual, producto de la masa y el acerbo socio-cultural dirigido de la *botatestalización*.

HOMINIZACIÓN: *Hominizado* y mucho, está el mundo albergador de los "homo sapiens", *made-in-necius...*, *babiécómanos* y del perteneciente a la casta *desgraciens* en trance de extinción. Y como, para su desgracia, sólo faltaría *hominizar* al resto del Universo, cabe el vocablo ironista que expresa algo así como la invasión de los hunos y los godos; que los unos y los otros fueron *hóminis* también.

HOMO BABIENS: Casta de la especie humana que alcanza hasta un cincuenta por ciento de los "sapiens", de los que se diferencian por ciertos gritos guturales. El aumento portentoso de esta raza, se cree debido a serios problemas ecológicos con alteración del equilibrio de las especies que puede abocar a una degeneración del "homo" por masificación de la raza *babiens* con detrimento de los "sapiens" y marginación de los *desgraciens*.

HOMO DESGRACIENS: Casta de *los Eurípides*, desgajados de la especie de los "sapiens". *No saben* mucho y *no entienden* casi nada en el concepto ironista que expresan las susodichas palabras. Su modo de reaccionar les lleva a la conclusión de que están en este mundo por error de la *Natura*, y sin protesta, suelen corregir el equívoco *emigrando* por voluntad propia, sin heroísmo, pasión ni cobardía. Componen sólo el 0.0001% de la especie humana. Los científicos, preocupados por su posible extinción, le han reservado un puesto en el Museo de Cera de Madame Tussaud y en el no menos importante proyecto del Museo de Ideas.

- HORMI SAPIENS:** Equivalente al *hombre-hoy...* de la especie "sapiens", en cuanto a producto masificado y vulgar, y con referencia exclusiva al *dialogismo* de los *D P H* en la *Crónica* que se narra.
- IDEARIO:** Parque o Museo de las Ideas, del que son ardientes defensores los ironistas. Equivale a Zoológico o Acuario, donde se exponen algunos de los más importantes ejemplares del pensamiento humano *euripidista*.
- INADAPTISMO:** Característica especial del modo de ser de los *Eurípides* afectos de *aestereotipadía* y *resbalismo* que les vuelve incapaces de adaptarse a cualquier situación no acorde con su idiosincrasia.
- INCOMUNICACIÓN** En sentido figurado, el valladar existente entre los diálogos del mundo exterior y el *dialogismo* de imágenes mentales que practican los *Eurípides*.
- INTERMEDIERO:** Con equivalencias de intermediario tonto, que está en la inopia o al menos lo aparenta. El Diccionario de la R. A. E. de la L. no contempla un significado a tenor de grado de inteligencia si, como apunta, sobran voces al respecto, y ejemplifica diciendo que, de ninguna manera, cabe calificar de *intermediario* a un intermediario, por muy retrasado mental que parezca. En contraposición, el *Diccionario de la Lengua Euripidiana*, admite el sentido irónico de la voz *intermediario* como intermediario que no es, pero se hace el tonto.
- INTRAS:** Aplicable al subjetivismo, sin ironía ni parentesco manifiesto con el *intro* de los *Eurípides*.
- INTRO:** Seso, cerebro, inteligencia, de lo que están sobrados y no alardea la raza *eurípida*, a pesar de su aparente memez.
- IRONISMO:** Escuela neofilosófica contemporánea que considera la ironía como única escapada del callejón sin salida en que se encuentran hibernados el *hombre-hoy...* y los enredos filosóficos con sus sesenta y pico ismos yacientes en el Camposanto del Olimpo Metafísico. Han puesto en uso a modo de barbarismos, un gran número de vocablos ironistas.
- IRREAL ACADEMIA DE LA LENGUA EURIPIDIANA:** Engloba 172 vocablos ironistas de la creatividad del autor, como imposible, imposible en cuanto a la inclusión en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española se refiere, diferente de los imposibles posibles.
- JEROGLIFQUEO:** Un verbo más a cuenta del Debe de la R. A. E. (de la Lengua, claro), que la *Irreal...* defiende con no muy clara concepción ironista...y punto.
- LIBELULALIZAR:** Sinonimia que puede conjugarse como revolotear, y que expresa más alegremente la intención del autor, aun sin componente irónico. También puede interpretarse como ser complaciente y andar ligero.

LISTÓMANOS: Sinónimo de futbolista, ente humano que corretea por *recinto cuadrado cuatro esquinas fútiles*, en compañía de otros veinte y tantos *listómanos*, obsesionados en meter la *cosa redonda* entre tres palos inútiles, que defiende un cancerbero, *listómano también*, bajo la vigilancia de un fúnebre y paternal señor armado de un pito, que es quien paga los platos rotos y recibe los contundentes regalos del espectador *babiecómano*, adobados con vocablos y frases en idioma *babelés*.

LOS EURÍPIDES: Casta de los *desgraciens* cuyos orígenes se remontan a los comienzos del hombre, y de los que existen muy pocos ejemplares a punto de extinguirse.

MANICOMIADO: véase *manicomiar*.

MANICOMIAR: Verbo importante entre la veintena que figuran en el vocabulario de *ironismos*, y no aceptado por la Real Academia de la Lengua, se piensa que a causa del uso exhaustivo que pudiera hacerse de la palabreja a tenor de la epidemia de presuntos candidatos a *manicomiar* que pueblan nuestro mundo de hoy.

MASI: El autor pide disculpas por el uso y abuso de tales contracciones: *masi* (de masificado); *poli* (de policía); *tele* (de televisión); *Natura* (de Naturaleza), con mayor razón cuando no entran propiamente en el campo ironista, *enfin*.

MÉDICO DEL CABE: Rara especialidad que ya no se ejerce por extinguida, y que fue protagonizada por un galeno que, bien armado de paciencia y deseos de trabajar (además de sapiencia), se sentaba a la cabecera, o a los pies del paciente, dispuesto a escuchar el chaparrón de confesiones, retahílas, quejicas y disfunciones reales o imaginarias, siempre con la sonrisa en los labios, una buena dosis de comprensión, sabios consejos y convincentes razones, rayano en lo profético. Hoy, de existir tales entes, serían castigados por la ley de incompatibilidades, al no aceptar que un médico, además de sabihondo en medicina, ejerza de consejero y patriarca de tales cosas, confesor y enderezador de mil entuertos y majaderías, *enfin*, que está pendiente de veredicto en cuanto a la posible admisión en el *Museo de Ideas Antiguas*.

MIMETIZAR: Imprescindible conjugar lo mimético a escala *euripidiana*, *mimetizando*, pongamos por caso al mono-hombre, la Eva-pluma de pavo real, el rey-cerdo, etcétera. La Real Academia de la Lengua estudia admitirlo aunque no a nivel de *ironismo* sino en el sentido de "adquirir el color, la apariencia, etc., de las cosas o seres del contorno".

MIS AMIGOS: Véase *sus amigos*.

MONTMARTREPASIANOS HIPPOSOS: Descendientes de los pintores románticos del Montmartre parisién del siglo XIX, y que más tarde emigraron en busca del necesario sustento. Actualmente forman una raza apátrida y ambulante que emula a la gitana, y esparcida por casi todas las naciones del orbe. Utilizan, en vez de pinceles, extraños artefactos para pintar, y les diferencia de los judíos en que todavía no han encontrado la tierra prometida.

MUSEO DE IDEAS ANTIGUAS: Todavía sin inaugurar, a falta de edificio, solar, presupuesto, patrocinadores y antónimos aún sin clasificar, pero ya con nombre propio admitido en el vocabulario de *ironismos* de la *Irreal Academia de la Lengua Euripidiana*. En el susodicho museo en proyecto, se contemplan de momento siete muestras de otros tantos pensamientos *euripidianos*.

NATURA: Contracción de Naturaleza, comó Ente vivo, Superior y Eterno, que aún no sabemos.

NEFASTOCOLÓRICO: Contempla el vivir éste de hoy no acorde con el quehacer de los *Eurípides*.

NEOBARBARIDADES: Véase *neobárbaros*.

NEOBARBARISMOS: Acciones que competen a los *neobárbaros*.

NEOBÁRBAROS: Forma de barbarie siglo XX que supera a los bárbaros de la Antigüedad, incluidos los caníbales. Les distingue su afición a los crematorios, guerras, bombas atómicas y misiles de todos los posibles alcances. Los ironistas militantes actuales en el *euripidismo*, están de acuerdo en asimilarlos a fieras con raciocinio, ubicación que parece la más adecuada en el concepto de la mayoría.

NIÑOS SAPIENS: Casta de los *hóminis* que practican la eliminación de sus semejantes con medios rápidos y contundentes como la inyección letal intracardíaca, y la menos rápida, más sádica y efectiva, de la muerte por inanición y su aprovechamiento en refinados crematorios. Aunque fueron barridos del mapa universal, subsisten con ropaje camaleónico, escondidos en diversos países a la espera de un nostálgico renacer y vuelta a empezar.

NO ENTIENDE: Todo lo que entiende pero que no va con la idiosincrasia de los *Eurípides*.

NO EURÍPIDES: El *hombre-hoy-made-in-necius-universus*, contrapuesto al pensamiento *euripidiano*.

NO SABE: Hace referencia a aquello que los *Eurípides* aparentan ignorar, pero saben, conocen sobradamente, y por supuesto desprecian por hallarse en contraposición con su pensamiento.

NO TODAS: Referido a una hormiga pensante llamada *Prometea*, protagonista con "Eurípides", de *conversas, dialogismos y viajesos*.

NO TODOS: Con referencia a él mismo, o sea, al propio "Eurípides".

NUDAZOS: El autor espera que en la próxima edición de la R. A. de la L. sea admitido el *nudazo* como toque de especial atención e intención, diferente a tocar con los nudillos.

PAGINEAR: *Pagineo* referido al quehacer de los *Eurípides* como lectores, previo a razonamientos y *dialogismos*.

- PAZIONISTAS:** Defensores a ultranza de la paz, pero con estampido de cañones, contrasentido éste, muy extendido y que cuenta con numerosos adeptos entre los Jefes de Estado.
- PEATONAR:** Verbo que la *Irreal Academia de la Lengua Euripidiana* admite como expresión de vacaciones impagadas por cambio y *busca sin encuentro* de nuevo empleo u oficio.
- PEINISMO:** Neovanguardismo contemporáneo pictórico, último chillido del mundialmente famoso pintor Pequinés.
- PERO QUÉ BONITO:** En mente *eurípida*, lo contrario de lo que se expresa.
- PISÁNDOSELOTODO:** Con urdimbre de desmenuzamiento del universo pensante de *los Eurípides*.
- POLI:** Contracción no ironista, de uso habitual en barrios chinos, y en otros muchos no obligadamente chinos.
- PORNO:** Contracción de la cosa pornográfica sin intención ironista.
- PROMETEA (y derivados):** El otro yo, con sentido de un ego dialogado en *soledad acompañada* y frustración permanente.
- PROTOTIPAR:** Verbo del *prototipeo* que a tantos define, no precisamente como prototipos de ejemplaridad e imitación.
- PUNTAPIEDITIS:** Manifestación epileptoide que afecta a los *listómanos* traducida en anadanada de puntapiés, acompañados o no de *coditis*, pero de más graves consecuencias.
- PURA-SANGRE:** Raza ya extinta de un supuesto hombre superior, que en el pensamiento y obra demostraron su inferioridad manifiesta respecto al hombre actual, incluido el *hombre-hoy-made-in-necius-universus*.
- QUE ERES:** Falta gramatical en la sintaxis ironista del autor.
- QUE ES:** Incorreccion gramatical íntimamente emparentada con la anterior, y que sólo pretende resaltar lo que se expresa en la frase.
- QUE NO ES:** Que es, con sentido negativo e idéntica incorrección
- RAROPSICOSIS:** Entidad nosológica de la patología mental, no bien definida todavía, aunque patognomónica de *los Eurípides*. Los investigadores han estudiado tan raro síndrome que no encaja en la esquizofrenia ni en la paranoia y afecta a cuantos "Eurípides" y Eurípides pueblan la Tierra (pocos).
- RAROPSICÓTICO:** Véase *raropsicosis*.
- RECINTO CUADRADO CUATRO ESQUINAS FÚTILES:** Espacio de terreno rectangular, por lo común plantado de césped más o menos verde, donde la ejecutiva *listómana* practica ejercicios circenses en derredor de la *cosa redonda* a la que algunos atribuyen poderes mágicos y sofrorizadores sobre las masas afectas al partido (no político). Le llaman también —a nivel de *hombre-hoy*...—, campo de fútbol que nada aclara a *los Eurípides*.

RESOPLISMO: Se refiere, irónicamente se entiende, a un supuesto ismo del quehacer plástico.

SABELOTODO: Véase *biensabidolotodo*.

SABIDOLOTODO: Véase *biensabidolotodo*.

SABIENDOLOTODO: Véase *biensabidolotodo*.

SEÑORES: En la semántica lingüística de *los Eurípides*, hace referencia a militares de alta graduación, no en sentido peyorativo sino más bien por desconocimiento y en desacuerdo con la filosofía de los *D P H*.

SEXOCOMIO: Lugar de reclusión para locos del sexo, con categoría de Hospital del Sexo. Es sólo anteproyecto en fase de estudio, y no cuenta con la aprobación de la casta *desgraciens* que lo considera innecesario a nivel *eurípido* por aquello de la *atimia* congénita que les afecta.

SEXOMANÍA: Véase *sexocomio*.

SIESTE: Véase *siestear*.

SIESTEAR: Diferente a *sestear*, es verbo de imperiosa creatividad en la Lengua Euripidiana ya que traduce exactamente el modo de dormir de *los Eurípides*, con sólo un ojo y la mitad del cerebro, ya que la otra mitad es actividad perenne "ad finem".

SÍNDROME A: Muy frecuente en la casta *desgraciens*. Barrinsky Rodrigoff, que ha estudiado, escrito y publicado numerosos trabajos al respecto, lo encuentra hasta en un 99,9% de los *D P H*, y afirma haber hallado junto a la *apendicedia* y el *arcadianismo*, cierto grado de *acstereotipadía*, e incluso muchos nacen *acéfalos* (sentido irónico), y con claros síntomas de *afasia* (sólo de conveniencia y apodo). La *amigdaladía*, como la *apendicedia*, está presente en el 100% de los casos, lo que hace pensar al autor del trabajo, que la casta *eurípida* no es involucionista como algunos pretenden, sino evolucionista, ya que prescinde de órganos inútiles, y suprime problemáticas de conciencia, y hasta innecesarias intervenciones quirúrgicas.

SOLEDAD ACOMPAÑADA: Verdadera soledad, traducida en la compañía del otro yo, y proyectada en un mito cualquiera o ente monologante que en esta "Crónica" encarna la hormiga *Prometea*, con la que el protagonista "Eurípides", y no Eurípides, entabla profundos *dialogismos*, *conversas* y *divagueos*.

SOLEDAD NO ACOMPAÑADA: Contempla la falta de uno de los interlocutores válidos que intervienen en *conversas* y *viajeos*, y de modo especial, la ausencia de la hormiga *Prometea*.

SUPERLUJO: Como concepto ironista, hace referencia a hoteles de cinco estrellas y salas de fiesta y clubes nocturnos también superestrellados, amén de otros

muchos lugares del mundanal ruido, cuyos fonos y decibelios no impresionan el oído *eurípido*, ni alcanzan a los *desembolsillados* bolsillos del desgraciado pobre hombre que es el Eurípides entrecomillado y sin entrecomillar.

SUPERPOBREZA: Referido a escala *eurípida* y en la *Crónica* que se narra, al lugar de reunión barriobajero, de infelices sin trabajo, maleantes, mafiosos y, a tenor de las necesidades imperiosas, de un solo *desgraciens*.

SUS AMIGOS: Concepto que, por su ambigüedad, es de difícil definición a escala *eurípida*, irónicamente se entiende, pues aunque no son sus enemigos, y sí sólo coparticipes del cotidiano vivir en el entorno que les rodea, tampoco son sus amigos (sin cursiva), con el significado que la palabra amistad explica el diccionario.

TACHISMO SALPICÓN: Ismo ironista que traduce una forma de pintar, rayana en lo caradura.

TAMBIENSABIDO: Véase *biensabidolotodo*.

TELE: Una contracción más en el contraído mundo en que vivimos. Y aunque no es *ironismo* el autor no comprende el porqué afecta únicamente a la televisión y no al teléfono, telémetro, etcétera. De todas maneras, la Real Academia de la Lengua, tiene en proyecto incluirlo en la próxima edición.

TELEMETE: Véase *telemeter*.

TELEMETER: Acción de introducir ideas (políticas) en el interior de un país, sin intercambio preestablecido, como acto de fuerza, que llega incluso a perforar los telones de acero que en su día existieron, incapaces de frenar el láser ideológico que tan fácilmente los traspasaba.

TELESACA: Véase *telesacar*.

TELESACAR: Cabe lo escrito a tenor del verbo *telemeter*, donde sólo varía el cambio de dirección.

TELEVER: No es *ironismo* sino simple contracción con transposición de los términos, ver tele, o viendo la tele, por *telever* y *televiendo*.

TELEVIENDO: Véase *telever*.

TELUM: Terapia de gran poder relajante y de embobamiento, que a diferencia de los usuales psicofármacos, no se presenta en comprimidos e inyectables sino con formato de imágenes y sonido, rayos visuales y ondas sonoras que son rápidamente transmitidos al cerebro a través de los nervios óptico y acústico. La dosis, de acuerdo con las necesidades del paciente, varía desde unos pocos minutos de encendido para los muy inteligentes, hasta muchas horas de exposición ininterrumpida, en los poseedores de poca sustancia gris pensante. Se halla sujeto al control de la *botatestalización* que lo dosifica y prescribe como le da la real gana.

TESTPSICOANALIZAR: No admitido por la Academia de la Lengua al considerar razonablemente que puede ser sustituido por examen, experimento y

prueba, correcto para el *hombre-hoy-made-in-necius-universus*, pero insuficiente a todas luces en los *Eurípides* que precisan de pruebas más complicadas y efectivas, por lo que encaja mejor la susodicha *testpsicoanalización*.

TODOCONSUMO: Espacios, de Corte Inglés para abajo, donde se consume de todo por todos, a excepción de la casta *desgraciens*.

VACACIONEA: Véase *vacacionear*.

VACACIONEAR: Un verbo más de la *Irreal Academia de la Lengua Euripidiana*, irónicamente referido al cambio o trueque del verde-amarillo-rojo del semáforo, al intermitente amarillo, que traduce un a modo de descanso o vacaciones.

VIAJEAR: Se refiere al hecho de hacer circular las ideas, pensamientos y *bipensamientos*, en el quehacer intelectual de los *D P H*, en *soledad acompañada*, o *...no acompañada*, e incluso mientras atienden o se ocupan en menesteres cotidianos intrascendentes.

VIAJEOS: Véase *viajear*.

VOCÁBULOVARIANTE: Contempla las expresiones verbales de los *babiecómamos* sobre todo las de signo agresivo y con denuestos barriobajeros.

EN UN EXTRAÑO PAÍS

*Para Araceli, entusiasta aventurera
de extraordinarios viajes.*

En un extraño país, se narra la azarosa gesta de un príncipe persa con el perfil de un Nietzsche arábigo, culturalmente occidentalizado, y cuyo desarrollo ocurre en un lugar imaginario centroafricano. La obra, un tanto alambicada, juega y abusa del ingenio, y no excluye atisbos de crueldad y la baza importante de la intriga y el misterio. No falta el erotismo en conflicto, los problemas del sexo, ni tampoco está ausente el humorismo, junto a elementos psicológicos que tratan de humanizar una trama fantástica y convencional. De ritmo trepidante, historias y aventuras rondan la ciencia-ficción, y el trasfondo policial, plantea la eterna lucha entre los elementos de la turbulencia y el orden, y la solución a múltiples problemas que la convierten casi en un crucigrama.

La profesionalidad e idiosincrasia de algunos de los personajes que participan en la ficción literaria, obliga al autor a profundizar en ciertos temas, lo que le supone una experiencia interesante y enriquecedora. Y así, una quiróloga cuestiona problemas de astrología y quiromancia, y dos orientales plantean dudas y sorpresas a nivel del pensamiento occidental y respecto al Taoísmo y Budismo Zen, del que afirman no es una religión, filosofía y psicología, y ni siquiera cierto tipo de ciencia. No falta entre los protagonistas un profesor naturólogo y diplomado en biomagnetismo, que además de títulos y diplomas aporta una enfática e incurable verborrea. También el Nietzsche arábigo ha *forzado* a un autor con preocupaciones de disciplina doctrinal, a saber del germánico, e interpola citas y textos sólo válidos para un mejor quehacer literario y pantomímico del supuesto arquetipo y superhombre de la Arabia Saudí. Por último, dos homosexuales plantean problemas éticos que el autor trata *éticamente* de resolver.

Es curioso. Pero aquel grupo de personas alrededor de un solitario guía y unos pocos maleteros que, precipitadamente, subían los equipajes a un sofisticado helicóptero de la no menos intrigante gira turística del VAL (viaje a Loquilandia), tenía algo de misterioso en su etapa inicial, y tuvo la virtud de mantener en vilo al grupo de las quince personas que lo integraban. Maletas y bultos, con un peso y número limitados, conforme a las condiciones exigidas por la empresa, fueron ubicadas en la aeronave gigante junto a los pasajeros, el guía y el personal encargado de la valija. Pronto, el aparato despegó, y elevándose por encima de la muralla montañosa que se oponía al paso de la nave, en vuelo rasante sobre las copas de los árboles, fue a aterrizar minutos más tarde en un claro del bosque, frente a una cortina de gigantescos álamos que ocultaban por completo el paisaje. Diríase que existía el deliberado propósito de esconder el entorno con la tupida arboleda.

Por un túnel excavado en pleno bosque, llegaron a un lugar con apariencias de majestuoso castillo feudal. Rápidamente fueron introducidos en un amplio vestíbulo, deteniéndose ante unas vistosas puertas con relieves policromados, mientras los empleados, portadores de las maletas, desaparecían por el anchuroso corredor. La entrada en el salón fue alucinante. Espejos por doquier, en bóvedas y paredes, planos, cóncavos y convexos, deformaban la propia imagen al mirarse en ellos; espejos en el suelo que pisaban, en los candelabros, mesas, sillas y cuadros, todo, monstruosamente distorsionado y reflectante.

— Siéntense, por favor —señaló el guía las quince butacas que le rodeaban en semicírculo—. Me llamo Orlando, nombre profesional que he adoptado, tal vez por aquello de que aquí la fantasía de Walt Disney es una acontecida y escalofriante realidad. Pero la historia no

comienza hasta mañana, y en otro salón, porque en éste de los monstruosos espejos, pernoctarán una sola noche. Bueno, matizo, en las habitaciones colindantes, donde el cristal azogado de los respectivos cuartos de aseo les reflejará la imagen tal y como ustedes son. Este país —bajó el tono de la voz—, les recibe con los brazos abiertos; un paraje que bien podría ubicarse entre las catorce maravillas del mundo antiguo y moderno, que ustedes ya conocen y no voy a enumerar, y cuyos enigmas, no todos (algo habrán oído por ahí), van a esforzarse en descifrar a su manera, más acorde con la idiosincrasia de cada cual que con certeros razonamientos y posibles averiguaciones.

Y arrellanándose en el asiento (era bajo de estatura), quedó, ridículamente, con los pies a pocos centímetros del suelo.

— Voy a hacerles un breve resumen —dijo—, de lo que será esta gira en cuanto a la programación se refiere, no, respecto a la historia de lo que aquí acaeció, y del singular entorno que día tras día irán descubriendo, y más tarde contemplarán con los más variados medios de locomoción. En esta odisea turística (permítanme expresarme así, porque nunca más idónea calificación para un viaje de treinta y un días donde tantas aventuras y extraños sucesos les esperan), digamos para empezar que, de alguna manera, están ustedes secuestrados.

— ¿Secuestrados? —inquirió una voz con entonación asustadiza.

— Agradablemente secuestrados en la réplica del castillo de Neuschwanstein del rey Luis II de Baviera, que el príncipe de Arabia Saudí, Faysal Bin Abdula Al Saud, ordenó construir en tan singular entorno. Piensen, señores —y he aquí el porqué de considerarles secuestrados—, que para llegar a este lugar, es preciso disponer de un helicóptero aunque también sea posible hacerlo a través del laberinto de sendas y vericuetos, rodeados de pantanos, de difícil andadura incluso para las bestias, por lo escarpado de las vertientes que las vuelve peligrosas e intransitables. Esta era la primitiva y única entrada en tiempos del rey Faysal. Y ahora una aclaración: si en algún momento alguien desea abandonar la gira, puede interrumpirla y la aeronave les devolverá al lugar de partida situado en el lado opuesto al de la llegada. Todo está previsto: los que llegan o se van, no pueden nunca encontrarse, ni siquiera accidentalmente, tanto al

comienzo del viaje, durante el mismo, como al regreso a sus países de origen. También deseo advertirles —y aquí hago hincapié en una cláusula ya conocida por todos—, que aquellos que abandonen, no tienen derecho a la devolución del cuantioso importe del billete. Su plaza, en modo alguno puede ser ocupada por un tercero, a causa de obvias razones: el aislamiento a que está sometido cada grupo desde el principio hasta el final de la expedición.

Orlando, advertido del interés que despertaban sus palabras, continuó con nuevas explicaciones:

— El castillo, como ya les anuncié, es una réplica del de Baviera, tanto exteriormente como en el interior, donde la mayoría de las habitaciones que componen el edificio original, están aquí representadas, además de otras muchas salas que conocerán. Decorado por el príncipe persa, con modificaciones efectuadas por el VAL a causa de las exigencias turísticas, alberga en este momento a cuatrocientos sesenta y cinco turistas que ustedes no verán en los treinta y un días de la gira.

— ¡Qué dice! —exclamó otra voz.

— Exigencias, repito, de la muy sofisticada aventura que en cierto modo van a vivir —sonrió enigmático—. Diez y siete salones, diferentemente nominados, treinta y un comedores, un número idéntico de jardines, y cuatrocientas sesenta y cinco series de habitaciones ubicadas en varias plantas del castillo, alojan a otros tantos turistas a perpetuidad, aunque en continuada renovación.

— ¡Demasía de misterios! —exclamó en tono de chanza uno de los componentes del grupo.

— Rece usted para que el misterio no acabe en espeluznante terror —respondió el guía, contraído el rostro y grave la voz, tal vez con el deliberado propósito de impresionar.

Y distendidas las facciones y cambiando de tono añadió:

— Dos pasillos circunyacentes al Salón de los Espejos, con quince apartamentos de un dormitorio, cuarto de estar y baño, lujosamente amueblados, un comedor para otros tantos comensales, y un jardín amurallado por un bosque de corpulentos árboles y altas rejas que nada permiten ver ni es posible traspasar, completan la vivienda donde, repito, pernoctarán por una sola noche.

— Todo un tanto extraño, ¿no le parece, Orlando? —apuntó sonriendo el que parecía haberse erigido en portavoz del grupo.

— Estamos en Loquilandia, señor; un lugar donde es habitual la tensión en el ánimo, la intriga y el misterio. Y no debe extrañarle —recalcó—, que de cuatrocientas sesenta y cinco personas que habitan en el castillo, sólo quince puedan verse y hablarse entre sí; los quince que componen cada grupo, claro, además de este servidor aquí presente, quien les acompañará todo el tiempo que dure la estancia del grupo que me honro ser el guía.

— ¡Lindo! —exclamó el interpelado—. Y dígame, Orlando. Entre el personal que cuida de nosotros, ¿abundan los... *loquilándicos*?

Coro de circunspectas risas, y el guía que no contesta aunque sonríe la ocurrencia mientras continúa con su perorata.

— Salones, pasillos y dormitorios, están insonorizados. A un extremo y otro de la sala —señaló con ambas manos alzadas—, verán dos grandes puertas. Mañana a las diez en punto, la que acabamos de traspasar, dará entrada a quince nuevos turistas, después que nosotros desalojemos el Salón de los Espejos. Y ahí —apuntó hacia la otra puerta—, comenzará la gran aventura, con un preámbulo positivo y las pertinentes recomendaciones ya conocidas por el programa que han recibido, que muchos alegrarán de poco explícito y en extremo vago porque, en verdad, muy poco aclara. Y es que aquí, señores, insisto, todo es intriga y misterio, y nada es posible anticipar. Sí, en cambio, puedo adelantarles, que de los treinta y un días que componen la gira, diez y siete transcurrirán dentro del castillo. Los catorce restantes, últimos del viaje, corresponden a otras tantas sofisticadas excursiones, calificativo éste que oirán a menudo de mis labios. Al regreso de cada una de ellas, pernoctarán en los correspondientes dormitorios, aparentemente los mismos, aunque sólo en apariencia. En su día aclararé este contrasentido.

Orlando cambió de postura arrellanándose en la butaca que le venía ancha.

— Y ahora, señores, he de cumplir con un requisito que nos servirá para hacer la presentación de los componentes del grupo, puesto que si han de convivir juntos en estas cuatro semanas de gira —si alguno no decide abandonar—, es lógico que sepamos nuestros res-

pectivos nombres, y aquello que cada cual quiera revelar respecto a su persona. El VAL, la poderosísima empresa turística que como saben organiza el viaje a este lugar, ruega, no impone, contestar a una sola pregunta al inicio de la gira. La pregunta es: ¿A qué ha venido a Loquilandia?... Tal vez les extrañe la consulta, y sin embargo, es un dato importante para la empresa, que será anotado en la correspondiente ficha de cada uno.

Después de un respiro, puso a punto su bolígrafo y repitió la frase interrogante, ahora precedida de un nombre:

— Señor James Cooper. ¿A qué ha venido a este país?

Un hombre corpulento, de recortada barba, ocultos los ojos tras unas gafas oscuras, sonrió mientras alzaba la mano.

— Soy oriundo de San Francisco de California, y acudo aquí, atraído por el deseo de investigar sobre el terreno, ética, religiosa y filosóficamente, la conducta del rey Faysal, así como los condicionantes que le impulsaron a cometer los crímenes que se le imputan, incluido el de genocidio, según fuentes fidedignas que han llegado a mi conocimiento. Si lo ocurrido fue o no producto de una exaltación filosófica nietzscheana del supuesto superhombre, diabólicamente creado, donde lo único que le une al gran pensador puede que sea sólo la circunstancia demencial, es lo que deseo averiguar, y son las razones que abogan en pro de mi presencia en este lugar, con cuantos riesgos conlleva para mi personalidad, por la profesión que ejerzo y cuya especialidad me reservo.

— Muchas gracias, señor Cooper. La pregunta va dirigida ahora a los señores Juan Carlos Fuencarral Espino y Clara Ruidrejo Estévez. ¿Qué razones le han impulsado a venir a esta gira?

Una joven pareja que cifraría alrededor de los treinta y cinco años, puesta en pie se enfrentó a Orlando. Alto y corpulento él, con un poblado bigote rubio de puntas dirigidas hacia abajo, retraída ella, y un tanto desaliñada en el vestir.

— Somos españoles... de Madrid —habló el bigotudo—. Nos casamos civilmente hace siete años. Ávidos de emociones y en buena posición económica por ambas partes, decidimos enrolarnos en esta aventura. Pero nuestro carácter creó una situación insostenible que nos condujo a la separación dos años después. Cada cual siguió su

vida con bastante mala fortuna por cierto. Volví a casarme y, tras un segundo fracaso, tomé la decisión de no probar más de una miel que tan pronto se volvía amarga. Clara aceptó más resignada la nueva situación, sin lograr tampoco realizarse, en el argot que hoy priva. Hace sólo quince días —¡siete años después!—, recibí el aviso del VAL pidiéndonos nuestra confirmación, por si deseábamos realizar el viaje programado. Puse en conocimiento de Clara la noticia, y decidimos embarcarnos en la nueva aventura. Y aquí estamos, dispuestos a reanudar nuestra vida sentimental con este mutuo regalo anticipado. Veremos si acaba en nueva boda —sonrió.

— Es también mi deseo —correspondió el guía a la sonrisa con sonrisa—. Sigamos, pues. La misma pregunta para el señor Franz Kehrler, filósofo y escritor de profesión, según aquí reza. ¿A qué...?

— Por razones similares —no le dejó terminar la consabida frase interrogante—, a las expresadas por el señor Cooper —habló un joven de extremada delgadez, rostro oblongo, poblada cabellera, anchurosa frente y gafas Truman, tras cuyos cristales brillaba la mirada penetrante de unos ojos grises—. Dilucidar qué diferencias o afinidades separan o acercan al Nietzsche pensador, del, para mí desconocido, rey Faysal. Ambos se erigieron en superhombres. A un lado, el gran filósofo alemán del evolucionismo darwiniano y el historicismo relativista que acabó en el eterno retorno, y frente a la moral de los resentidos, impuso la superior de los fuertes. Al otro, el naturalista, nietzscheano de afición, el supuestamente diabólico rey loco. Si las similitudes son sólo demenciales y existe una abismal distancia entre ambos, es cosa que ignoro y deseo aclarar, por lo que es mi intención estudiar al personaje en su faceta ética y filosófica, con cuantos medios tenga a mi alcance. Si Faysal fue en verdad un sádico asesino que llegó al genocidio, como con cierta alegría apunta el señor Cooper, o un filósofo amante de la Naturaleza, aunque demente en las dos versiones, es una cuestión que falta por demostrar. Si no existen tales excesos, ni aun demencialmente justificables, y sólo es la consecuencia de un naturalismo filosófico creacionista, por llamarlo de alguna manera, no es ya punible sino admirable esa andadura a la vera del Nietzsche pensador, en pos del ideal del superhombre. Soy filósofo y escritor, nacido en Veimar, capital del Estado de Turingia, en Alemania.

— Gracias, señor Kehrer, muchas gracias. Le toca el turno a doña Luisa Fuentes de Pozuelo, y a fuer de reiterativo, habré de enunciar una vez más la pregunta: ¿Qué razones justifican su presencia en este lugar?

— Una sola razón, Orlando: el deseo de estudiar el horóscopo de algunas de las personas que vivieron en este país —dejó atónitos a cuantos le escuchaban.

Y con palabra nerviosa y exaltados ademanes, una mujer que cifraría los cuarenta y cinco años, de fisonomía singular, ojos saltones, temblorosos dedos y bocio prominente, se descolgó con una verborrea desenfrenada sobre astrología, con el asombro de los allí reunidos.

— Por mi lugar de nacimiento en España —empezó diciendo—, calculada la hora local, convertida en hora solar según la tabla de los ascendentes, o sea, el tiempo sidereal, y nacida en ese instante y lugar bajo el signo del Zodíaco, Acuario, aire y agua, les diré que soy Piscis, persona impresionable e imaginativa a ultranza, de ocultos poderes y dotes parapsicológicos, con mucha confianza en el porvenir. Los Piscis —recalcó—, entienden la vida de forma caprichosa y sin reglas, como los hippies.

Todas las miradas convergieron hacia aquel raro ejemplar de la especie humana que, sin responder a la pregunta formulada, se extendía en prolijos detalles presentándose con su horóscopo personal.

— Por favor, señora. ¿Quiere ser más explícita? —le apremió el guía.

— ¡Más explícita!... Creo haber dicho bien claro que he venido a este país para conocer el horóscopo, y si es posible, leer en las manos del chiflado rey... ¿Cómo dice que se llama?

— Faysal Bin Abdula Al...

— Es suficiente —le interrumpió—. Con lo de Faysal me basta.

— Señora Fuentes. Lamento comunicarle que el rey Faysal y algunos de sus más relevantes súbditos y personajes de la historia que voy a narrar para ustedes, dementes o no, están bien muertos y es imposible por tanto, leer en las manos de los desaparecidos, lo que por otra parte no tendría finalidad. Y si es usted quiróloga...

— Lo soy; y astróloga. ¿Cómo lo ha adivinado?

— No lo he adivinado; lo deduzco por cuanto acaba de decir.

— Así es. Poseo un consultorio de quiromancia y astrología, y puede ser muy importante la experiencia de lo ocurrido aquí. Aunque, si están muertos —miró a su alrededor—, no faltarán otros personajes interesantes susceptibles de estudiar, quirológica y astrológicamente, se entiende.

Por primera vez se oyeron discretas risas.

— De acuerdo, señora Fuentes. Estoy seguro de que hallará a esas personas. Pero ahora, si le parece, continuaremos con las presentaciones.

— Un momento, Orlando, —detuvo la escabullida del guía—. Dijo usted, si mal no recuerdo, que el motivo de su pregunta era también dar a conocer nuestros nombres, e iniciar un mutuo contacto y conocimiento entre los componentes del grupo.

— Exacto.

— Pues bien. Quisiera rogar a los aquí presentes que, en tanto dure la gira turística, no me llamen Luisa ni la señora Fuentes, sino Piscis.

No hubo risas esta vez, aunque sí intercambio de miradas recelosas, muecas de asombro y un significativo arqueado de cejas por parte del guía.

— Muy bien, señora Piscis.

— Piscis a secas, por favor.

— De acuerdo, Piscis, de acuerdo. No creo que exista ningún inconveniente por parte de sus compañeros de expedición.

Asentimiento general, y un guía impávido que continúa con las presentaciones.

— ¿Señor Hemingway?...

— Contesto a su pregunta que no es preciso la formule, y me presento: soy de Tejas, por tanto veterano de la guerra del Vietnam. No calzo botas de montar ni he traído mi caballo, pero llevo el revólver en la lengua que disparo a matar. No creo que el reino de Faysal logre impresionarme después de haber vivido los horrores de la guerra

vietnamita, por mucho que la fantasía de Orlando lo aureole de misterio —rió burletero sin dejar de machacar el chicle que mascaba—. En verdad —añadió con chanza—, he venido aquí como ustedes podían ir, turísticamente se entiende, a una aventura en “Magic Kingdom y Epcot Center” de Disney World: “Pirates of the Caribbean”, o “Space Mountain”, pongo por caso. Si enloqueceré de pavor o simplemente me aburriré, depende de lo que aquí se cueza, y espero que al menos superen a Walt Disney en imaginación... ¡Oh, Norteamérica!

— Si enloquecerá o no —se apresuró a contestar el guía—, habrá que subordinarlo a su idiosincrasia y salud mental, aunque sí le aseguro, señor Hemingway, que defraudado no saldrá de este lugar, pese a los horrores soportados en su guerra loca de “Vietnamlandia”, y el pintoresquismo de Disney World —hizo reír a los presentes—. Esta gira, señor Hemingway, no tiene parangón, aunque le agradezco su respuesta.

Y Orlando no se atrevió a expresar en palabras su pensamiento en aquel instante: son como niños.

— ¿Señora Hoover, Meegie Hoover?

— Seré escueta en mi contestación —habló una anciana con cierto empaque señorial que pese a sus setenta y tantos años y blanco cabello, se mostró desde el primer momento fácil en la palabra, despierta de mente y ágil de movimientos—. Porque es el único rincón de la Tierra que me queda por visitar, y no exagero si afirmo conocer los cinco Continentes de polo norte al sur, y desde las selvas africanas hasta el fastuoso y enigmático Oriente. También he atravesado los cinco mares, y si hace siete años me apunté a esta gira, no creí nunca llegar a realizarla a causa de mi avanzada edad. Cuando me avisaron de las oficinas del VAL en Londres, me hallaba en pleno crucero por el Báltico en el Sea de la Royal Viking, y en el primer puerto en que recaló el barco, tomé el avión, y aquí estoy, ansiosa de saber de tan intrigante historia, o quien sabe si leyenda.

— Historia, señora Hoover —recalcó el guía.

— Singular historia, según rumores llegados a mis oídos. La vida es bella y deseo gozarla hasta el último instante. Y si he de morir aquí, pues sea lo que Dios quiera.

— ¡Morir!... Todavía le queda por realizar un viaje espacial —sonrió Orlando—. En fin, le agradezco sus palabras, señora Hoover. La presentación se ha extendido demasiado, y ustedes precisan descansar después del ajetreado viaje. Presentaremos pues, al octavo componente del grupo, señor Tadasu Kato: 50 años, oriundo del Japón, intelectual e investigador geólogo, según consta en los datos reseñados en su ficha.

El aludido, puesto en pie, hizo una reverencia y fue a sentarse de nuevo en la butaca. Pulcro en el vestir, miope y de baja estatura, prototipo de los de su raza, esperó cortésmente a que le fuera dirigida la frase interrogante.

— Puede empezar, y me reitero en la pregunta: ¿A qué ha venido a Loquilandia?

— Le diré, con Alan W. Watts en *El camino del Zen*: “Los que saben no hablan; los que hablan no saben”.

— Perdone, señor Kato. No comprendo, y dudo que los aquí presentes hayan entendido su respuesta.

El oriental esbozó una sonrisa enigmática.

— Podría añadir, con el mismo autor: “Averígüelo por su cuenta”.

— Si ése es su deseo...

— ¡Oh, no! —le interrumpió—. Prefiero aclarar las razones de mi ansiedad por investigar lo sucedido en este país, si con ello contesto a su pregunta. Porque si ustedes, el VAL, saben pero no hablan, ya que han tomado la decisión de no revelar los misterios y ambigüedades de esta historia, cuantos por aquí han pasado en periplo turístico, hablan mucho pero nada saben ante la confusión creada.

Expectación general a fuer de tan intrigantes argumentos, acordes tal vez con la filosofía oriental, pero lejos del pensamiento occidental.

— La otra razón, que también responde a su pregunta —continuó explicando—, se refiere a que, por mi profesión —soy geólogo—, deseo estudiar las alteraciones provocadas en el interior del volcán, después del enfrentamiento entre las dos grandes fuerzas naturales, agua y fuego. Y lamento adelantar acontecimientos para aquellos que ignoran esta circunstancia.

— Queda suficientemente aclarado el motivo de su presencia aquí. Muchas gracias. Le toca el turno a su compatriota Taro Kasura, a quien haré la misma pregunta: ¿Qué razones le han traído aquí, señor Kasura?

Igual que su paisano, puesto en pie, hizo una rápida inclinación de cabeza, que más parecía un saludo militar en la jura de bandera, inexpresivo el rostro y fija la mirada en el guía Orlando. Ni miope ni de baja estatura, japonés de los menos o los pocos por tanto, su respuesta fue contundente y negativa.

— Me reservo la contestación.

— De acuerdo, señor Kasura. Pasemos al siguiente, y es obvio no enunciar la pregunta que huelga repetir. Va dirigida a Gustaf Strinnberg y Erik Kalm. Viajan juntos, ¿no es así?

— Así es —contestó Gustaf con voz y gestos amanerados—. Y quisiéramos rogarle que nuestras habitaciones sean contiguas y comunicadas entre sí.

Asombro en los rostros, intercambio de miradas, fruncimiento de ceños, alguna que otra sonrisa aislada y el guía que responde:

— No es una cuestión que me incumba, pero la camarera de servicio les atenderá sin inconveniente alguno en cuanto se lo soliciten. Las habitaciones están preparadas para tales contingencias.

— No tenemos ningún reparo en manifestar que somos homosexuales, y esperamos de Orlando y de cuantos integran el grupo, que sean comprensivos con nosotros y no seamos discriminados por la razón expuesta.

— La vida íntima de cada uno no tiene por qué ser investigada —replicó con áspera voz el guía—, y nadie, que yo sepa, les ha preguntado en tal sentido. Pero, no han contestado a la pregunta. Pueden no responder si así lo desean, como ha decidido el señor Kasura.

— ¿A qué hemos venido aquí?... Tal vez a morir —sentenció el más joven de la pareja de suecos.

— Mi amigo Erik —intervino rápidamente Gustaf—, ha querido insinuar que, a morir de placer y satisfacción.

— O de miedo —terció el tejano Hemingway con sorna.

— La verdad es que estamos ávidos de emociones, y cortos, muy cortos de tiempo —corroboró aún más enigmático el rubio Erik de delicados rasgos feminoides—. Aunque eso sí: somos extremadamente sensibles, ¿verdad, Gustaf?

— Pues tengan cuidado —les atajó el guía—. Este lugar y la historia que nos ocupa, puede herir ciertas susceptibilidades.

— Bien. En tal caso nos marcharemos. Usted mismo habló de esta posibilidad. Aunque tengo la impresión de que será de nuestro agrado. Presiento que nos hallamos en un lugar de ensueño, romántico, tal vez de locas pasiones y exaltados deseos... ¿Sensual? ¿Erótico? ¿Sádico? —añadió con cierta excitación. A nuestros oídos han llegado rumores sobre la supuesta homosexualidad del rey Faysal. ¿No puede adelantarnos algunos pormenores a este respecto?

— No puedo adelantarles nada. Y ustedes lo saben bien, ya que así se afirma en las condiciones del boletín informativo que todos se han comprometido a cumplir. La empresa ni siquiera se hace responsable de cuanto pueda ocurrirles por enfermedad, impactos emotivos en cardíacos o personas muy susceptibles, salvo accidentes por fallo técnico o humano de los sofisticados medios de locomoción, o del personal de la compañía turística. De todas maneras, como usted acaba de decir, pueden interrumpir la gira cuando lo deseen.

— ¡Qué horror! —se cubrió Gustaf el rostro con aspaviento—. Nos asusta usted. ¿Tan mal lo vamos a pasar?

— Bien —dijo por terminado Orlando el cuestionario de la presentación y respuesta de la singular pareja—. La pregunta va dirigida a don Carlos Aruza Cienfuegos, en cuya ficha sólo consta el nombre, la edad y el número de pasaporte.

— Profesor Aruza, naturólogo y diplomado en biomagnetismo —dijo con cierto empaque en la voz, un hombre de edad madura y reposados ademanes—. Llevo conmigo todo un arsenal de instrumentos: collarines, cintas, lápices, pulseras, sostenes y barras magnéticas... Aunque he prescindido de las planchas de uso profesional en mi consultorio.

— ¿Y a quién piensa usted magnetizar? —se oyó una voz con cierto dejo burlón—. ¡No será a los muertos de este país! Quirománticamente, era la pretensión de la señora Fuentes... perdón, de Piscis, quise decir.

— No, pero como afirma Piscis tal vez a los vivos de la gira, si se ven precisados de mis servicios que ofrezco gratuitamente. Poseo una clínica naturópata...

— Por favor, señor Aruza —le interrumpió el guía.

— Profesor Aruza —rectificó el aludido.

— No ha contestado a mi pregunta, profesor.

— He venido en busca de nuevas plantas medicinales, y por supuesto también, a saber de la intrigante historia. Me han asegurado que en los alrededores del volcán existe una flora singular que puede interesarme.

— Sin extendernos en comentarios, profesor, probablemente encontrará lo que desea. Muchas gracias.

Y nombró a otro de los que integraban el grupo.

— Señor Bertolini y señora... Porque supongo que son matrimonio italiano, ¿no?

— Así es —habló con recia voz un hombre entrecano, de compleción robusta, nervioso manotear, y rostro enrojecido que traducía al inveterado bebedor—. Esta es Matilda, de Nápoles —señaló a su consorte—, y mi nombre es Castruccio, de Milán. Ella meridional y yo casi alpino...Difícil entenderse.

— ¿A qué han venido...?

— Porque la vida en casa es un infierno —no le dejó terminar la pregunta ella.

— Lo era, querida, lo era —se apresuró en la réplica el esposo—. Fue hace siete años cuando nos apuntamos a este viaje.

— Y lo sigue siendo, mi amor —señaló un vistoso y llamativo moretón bien visible en el antebrazo—. Un infierno de tensas discusiones y peleas, donde el uno manda al otro adonde ustedes se imaginan. Y un día, a este loco —le apuntó con el dedo—, se le ocurrió enviarme, de palabra, al manicomio, y yo le respondí que se fuera a Loquilandia, lugar idóneo para él. Y el muy cretino se apuntó ¡hace siete años! Y como no tenemos hijos, pues pensé que con quien iba a discutir, y decidí apuntarme también. Y aquí estamos, por primera vez de acuerdo, aunque...

— Señora —le atajó el guía.

— No creo que por mucho tiempo porque...

— Señora, por favor...

— Lo mismo sucede en casa: un día firmamos la paz y hacemos el amor, y al día siguiente nos tiramos los platos a la cabeza.

— Bien, señora Rossellino. Ya es bastante. Lamento interrumpirle pero ustedes desean descansar, abrir las maletas y asearse. Y la cena es a las ocho. Mi misión, aparte la de guía, es coordinar los diálogos actuando de moderador, y seguir escrupulosamente lo programado. Las cláusulas que habrán leído, son precisas a este respecto.

— Sí, pero...

— ¡Cállate de una vez! —exclamó el marido—. ¿No has oído al guía decir...?

— ¿“Monsieur” Jacques Thierry? —trató de cortar de nuevo Orlando la verborrea de los italianos—. Es usted el último del grupo, pendiente de exponer las motivaciones de su viaje, si está en su ánimo hacerlo.

— Ruego a usted, formule la pregunta con todo rigor. Los últimos serán los primeros, ya que por mi idiosincrasia, no me va, ser “le dernier”.

Los componentes del grupo se miraron unos a otros sorprendidos.

— ¿A qué ha venido a Loquilandia, señor Thierry? —recalcó la frase un Orlando sonriente.

— A saber del Napoleón árabe —se irguió petulante—. De sus guerras y complejos de poder; si ese poder fue sólo mental y artificioso, o físico y en cierto modo ejecutivo; si le valió para algo más que un demencial fin. En otras palabras, si estamos ante un genio del pensamiento y la locura —como ya han apuntado otros compañeros de viaje— o frente a un poderoso de la acción, la fuerza y el conseguimiento; si su demencia le condujo a una realidad con fines determinados, que así lo parece, o acabó en demenciales lucubraciones filosóficas de oscuro sentido; si llegó a superhombre o quedó en pobre demente en un mundo de leyenda; si fue sádico asesino, o un dios descendido del Olimpo con específica misión. En fin, si trata de

encarnar a un Napoleón del pensamiento, o no llega a ridículo don Quijote de la Triste Figura. No quiero ser más explícito, Orlando, pero sí rogarle, si es posible contestar a mis preguntas como yo he respondido a la suya.

— De veras, señor Thierry, deploro no poder adelantar acontecimientos inherentes a esta historia; me ha sido prohibido. Pero sí puedo afirmarle que no quedará defraudado, y en estos treinta y un días de gira turística, sus interrogantes, y otras muchas cuestiones que ahora no imagina, tendrán precisa y exhaustiva respuesta, que cada uno, acorde con su idiosincrasia y razonamientos, interpretará a su manera, pues existen cuestiones todavía no dilucidadas, y otras que permanecerán para siempre en el más absoluto de los misterios, o de muy ambigua interpretación, como ya, un tanto metafóricamente, apuntaba el señor Kato. Así pues, sintiéndolo mucho, tampoco yo puedo ser más explícito.

— Por lo pronto —respondió Jacques Thierry mirándose en los espejos curvos que reflejaban su deformada imagen—, me he convertido en monstruo desde el primer día de la llegada a este lugar.

— Señores —finalizó el guía su perorata de presentación—, sólo me resta recordarles que mañana a las ocho les despertará el teléfono. Disponen de una hora para el aseo. A las nueve les será servido el desayuno, y, exactamente a las diez, estaré aquí con ustedes. Esa puerta se abrirá —señaló con el brazo extendido—, y abandonaremos el Salón de los Espejos que será de inmediato ocupado por quince nuevos turistas mientras nosotros pasamos a otra dependencia. En nombre de la empresa turística, bienvenidos a Loquilandia. Buenas noches.

MIÉRCOLES, 14

Las quince personas que componían el grupo-Orlando, hablando animadamente sobre las incidencias dialogantes ocurridas el día anterior, lo confortable de las lujosas habitaciones, y el atractivo de un jardín de exótica flora que, bien acotado, nada permitía ver de su entorno.

— ¡Qué contrariedad! La atractiva Madeleine, muy a mi pesar, cambia su turno —dijo el tejano.

— ¿Quién es Madeleine? —preguntó el despistado Tadasu.

— ¡Pero, señor Kato! ¡Quién ha de ser! La que le ha servido el desayuno en su habitación... Una monada de criatura. O sus piedras e inquietudes geológicas y religiosas —es usted budista, ¿no?—, le tienen obsesionado, o no ve bien a través de los cristales de esas gafas, amigo Tadasu —rió Hemingway—... Le di un beso de despedida.

— ¡Vayal —sonrió la señora Hoover—. ¿Y cuál fue la respuesta? ¿Alguna bofetada, tal vez?

— Me dio dos.

— ¿Besos o bofetadas?

— Besos, señora, besos —provocó la hilaridad entre los presentes.

— No se preocupe, Hemingway —intervino Juan Carlos—. Todavía le quedan por besar a unas treinta Madeleines.

— Sí, pero no sabemos de qué edad —dijo con desfachatez—. Habré de preguntárselo a Orlando.

— Buenos días —hizo acto de presencia el recién nombrado, como respondiendo a la llamada—. ¿Se ha dormido bien?... ¿Sí?... Me alegro. Dejamos el Salón de los Espejos.

— ¡Ya era hora! —protestó el francés, mirando con encono el deformado rostro y grotesca figura que reflejaba el cristal azogado.

— Lo anunció usted, señor Thierry. El recuerdo de esa imagen, un tanto monstruosa, les acompañará en los treinta y un días de excursión. En fin, que en cierto modo, ustedes serán otros.

— Empieza el misterio, aunque todavía, como es lógico, sin carga emotiva —se burló una vez más el tejano Hemingway.

— Amigo Orlando —apuntó Thierry pertinaz—. Estoy ansioso por saber del Napoleón *loquilándico* con preferencia al Nietzsche arábigo.

— Su turno le llegará. Y ahora, síganme, por favor.

Poco después penetraban en el nuevo salón que anunció como Sala de Recepciones.

— Una réplica del "The Singer's Hall" del castillo de Neuschwanstein de Baviera, un tanto *faysalizado*, a fuer de las sofisticadas creaciones del propio rey que en su día les enseñaré, y de la que es una muestra el Salón de los Espejos que acabamos de dejar.

— ¡Oh! ¡Oh! —se oyó exclamar a los japoneses, acompañados por un coro de interjecciones admirativas.

— Aquí —dijo Orlando—, Faysal reunía a lo más selecto del arte, la aristocracia, y la cultura y política europeas, cuando fue reino del rey persa, antes de ser bautizado por la empresa turística, con el intrigante nombre de Loquilandia.

— Se deja desear —habló el profesor Aruza.

— Exigencias de la programación... Vean, señores: todo un arsenal para diletantes y expertos, en esa profusión de lienzos, esculturas, cerámicas, y reproducciones fotográficas dedicadas a Faysal, y, ocupando un lugar de privilegio, el Libro de Oro con escogidas firmas del mundo del arte y la cultura europea. Por aquí desfiló la élite de los más preclaros personajes, artistas, reyes y jefes de Estado de la vieja Europa. Faysal frecuentaba a su vez los centros culturales de Londres, Madrid, Berlín, Viena, Roma, Salzburgo, y un largo etcétera, donde era muy conocido.

Siguió un paseo, con exposición detallada de cuanto se mostraba en la sala, que finalizó con el ofrecimiento de Orlando para que se sentaran junto a una mesa cubierta con un tapete rojo.

— Este país —empezó diciendo—, es quizá el más pequeño del mundo, no tanto en kilómetros cuadrados como en habitantes. Desaparecidos ya el rey y gran parte de su séquito, y aun contando con los cuatrocientos sesenta y cinco turistas que en este momento alberga el que fue principado africano, además del numeroso personal especializado necesario para su mantenimiento, la totalidad de sus habitantes no llega al millar de personas. Podemos pues afirmar, que nos encontramos en el benjamín de los países del mundo.

— ¡El reino más pequeño de la Tierra! —se sorprendió la Rosellino.

— Un reino sin rey ni súbditos, no es reino —le corrigió el marido.

— Siempre has de llevarme la contraria.

— Bien —intervino el guía con el propósito de actuar de moderador en la disputa—. Hoy el país, o el reino, como ustedes prefieran nominarlo, es regentado por una poderosísima empresa turística norteamericana.

— ¡Oh, Norteamérica! —se oyó exclamar al tejano con la sonrisa en los labios, y el ceño fruncido de unos pocos.

— Si les parece, continuaré con la narración —volvió a tomar la palabra Orlando—. Voy a explicarles, a modo de prólogo, la personalidad de Faysal antes de la llegada de Betty Meredith, el ama de llaves, que es cuando para ustedes, empieza la historia. Ahora presten atención, se los ruego —acalló algunas voces que cuchicheaban—. El príncipe Faysal, cursó sus estudios en la universidad de Oxford. Ninguna carrera en particular, pero sí adquirió una vasta cultura y conocimiento de idiomas que muy pronto le occidentalizaron. Vestía a la europea y no profesaba religión alguna, pero pronto demostró una gran afición por las artes, y de modo especial, por la música y la filosofía, que acabó en un naturalismo no precisamente contemplativo. Como magnate del petróleo, nada se resistía a sus caprichos. Y he aquí, que en uno de los numerosos viajes por el Africa Central, descubre este lugar, y decide adquirirlo a la nación que lo albergaba, pobre en petrodólares. Llegó a más; a un sueño que bien cabría calificar de faraónico. En una de sus giras por Europa, visitó en Baviera el castillo de Neuschwanstein, y quedó prendado de su hermosura e historia, muy conocida por el trágico final del rey Luis II, el loco. La

fortaleza la construiría aún más bella y singular si cabe; el entorno, bien podía superarlo en su particular reino centroafricano; la historia, acabaría por minimizar la de Luis II de Baviera...

— ¡Sí! Con asesinatos y sadismos homosexuales —le interrumpió el californiano James Cooper con la sorpresa de cuantos le escuchaban.

— Quisiera rogarle, señor Cooper, que no anticipe criterios personales ni acontecimientos de difícil y muy dudosa confirmación.

— Continúe, Orlando —terció en la conversación el filósofo alemán, Franz Kehrer, molesto, no tanto por la interrupción como por los alegatos del californiano.

— ¿Cómo consiguió Faysal los planos y mil detalles que decoran la fortaleza de Neuschwanstein? —se preguntarán ustedes.

— ¡Con petrodólares! —fue contundente Castruccio Bertolini en la respuesta.

— ¡Tú, calla! —le propinó un codazo la consorte.

— Por supuesto, con petrodólares procedentes del poderío arábigo del príncipe, pero llegó a lo inimaginable al adquirir una flotilla de aviones y helicópteros, estableciendo un puente aéreo con Europa y Arabia Saudí, e hizo construir, como si se tratara de las pirámides de Egipto y en un tiempo marca, el castillo y poblado donde albergó a tres mil personas, en su mayoría árabes, aunque también aventureros procedentes de diversos países, a los que emplearía como mano de obra en la construcción de la fortaleza, amén de un centenar de especialistas, entre arquitectos, ingenieros, decoradores, y toda clase de técnicos y artistas, futuros súbditos del principado de Cumbres, que éste fue el nombre impuesto por el príncipe saudí al que muy pronto sería su nuevo reino. Así fueron erigidos los salones, réplica de los de Baviera, y otras sofisticadas salas para su goce personal, que contemplarán en su día. Cuando la ingente obra quedó finalizada, y pese a que Faysal se mostró dadivoso en extremo, los timoratos, a quienes atemorizaba la proximidad del volcán en erupción, volvieron a sus países de origen, seguidos por gran parte del personal especializado. Sin embargo, la mayoría saudita se instaló definitivamente en el principado, dedicándose a la agricultura y a la pequeña y necesaria industria y comercio. Nada faltó en el singular país centroafricano.

no: ayuntamiento, iglesia, escuelas, juzgado y hasta la cárcel. Fue entonces cuando Faysal se coronó rey en una ceremonia que causó estupor en Europa, pues tenía mucho de opereta. Y dio comienzo a una vida fastuosa, que tan pronto le conducía a París, Londres, Roma, Berlín, Viena o Salzburgo, como invitaba en su castillo a cientos de personajes, la élite de la ciencia, las artes, la aristocracia y la política europeas, a los que transportaba hasta Cumbres en su flotilla particular de aviones y helicópteros. Todo hubiera seguido así, si un día...

Orlando se detuvo en la exposición del relato, mientras los quince del grupo permanecían atentos a sus palabras. Evidentemente, trataba de impresionar.

— Fue en ocasión de una fuerte crecida del río —reanudó el relato—. Las aguas desbordadas invadieron el valle al pie del volcán, hasta llegar a los mismos arrabales de la capital, lo que ocasionó el pánico entre quienes la habitaban. Faysal se trajo de Alemania a un famoso ingeniero, Hermann Krupp, con su equipo de técnicos especialistas, y juntos recorrieron los lugares afectados. Después de sobrevolar en helicóptero la base del volcán, Krupp le hizo ver el peligro de que las aguas alcanzaran una descomunal y humeante grieta que conducía al cráter en actividad, con perennes lavas y nubes de gases tóxicos que, aunque abierta hacia la otra vertiente alejada de Cumbres, podría originar un cataclismo de imprevisibles consecuencias. Grandioso espectáculo —debió comentar Faysal para sus adentros—. El ingeniero le sugirió la construcción de una muralla, y la puesta en marcha de unas poderosas bombas con que achicar hacia el río el agua acumulada al pie de la montaña.

— Pero Faysal —volvió a la carga James—, pensaba ya en la manera de enfrentar a las dos fuerzas naturales, río y volcán, aun a costa del sacrificio de su pueblo, e imaginando tal vez en demenciales y sádicas visiones, el grandioso genocidio.

— Va usted demasiado aprisa, señor Cooper —dijo Orlando.

— Se diría que desea convertir cuanto antes al rey, en loco y asesino —le censuró Franz.

— ¿Y usted, señor Kehrer? ¿Cuáles son sus preferencias? ¿Hacer del príncipe un plagio de superhombre a lo Zaratustra?

— Señor Cooper —tomó de nuevo la palabra el guía—. Asesino o no, cuerdo, loco o superhombre, lo primero que hizo fue ordenar la construcción del pueblo de Cumbres Altas, lo que no aboga precisamente su supuesto, aunque él alegara otras motivaciones, entre ellas, el deseo de agrandar su reino y traerse nuevos súbditos de la lejana Arabia.

Tadasu alzó el brazo, con lo que dio a entender que deseaba intervenir, y el guía le invitó a hacerlo asintiendo con la cabeza.

— Faysal es rey —dijo—, vive como un rey, y se muestra hasta ahora muy humano. Pero todavía no sabemos si intenta ser ángel o demonio.

Orlando sonrió.

— Si les parece, dejaremos las cosas como están; o mejor aún, les diré, sin adelantar acontecimientos, que el agua fue achicada por poderosísimos motores conduciéndola de nuevo al río, el pueblo de Cumbres Altas construido, y la que había de ser simple muralla, acabó en gigantesca presa. ¿Por qué?

— Para un mayor y más calculado genocidio —siguió en sus trece James Cooper.

— ¡Y dale! —no pudo contenerse Franz.

— A punto de finalizar la presa —tomó de nuevo el hilo de la narración el guía—, ocurrieron ciertos sucesos que mañana, el ama de llaves, la otra gran protagonista en la historia de Cumbres, nos irá contando en su diario, que leeré para ustedes —sólo algunos párrafos—. Ahora, quiero dejar bien sentado —y ahí sí quizá que acierte usted, señor Cooper—, que la impresión causada en Faysal por las aseveraciones del ingeniero Krupp sobre la posibilidad de un enfrentamiento entre los gigantes agua y fuego, acabaría por convertirse en su pesadilla. A partir de aquel momento, quedarán rotas las relaciones con la Europa de sus amigos, reyes, príncipes, artistas y el mundo de la cultura. Entregado a sus libros y a la música, inmerso en la gran obsesión por crear la que sería octava maravilla del mundo, que ustedes, en su día, contemplarán con sus propios ojos, Faysal inició así un nuevo *modus vivendi*... Y, basta por hoy, señores —puso punto final al relato—. Mañana, y en otro entorno, continuará la historia.

— Menos mal que aflora el hombre o superhombre de la acción —se regocijó el francés Jacques Thierry.

— Por una vez, Castruccio, has hecho algo sensato en tu vida.

— ¿El qué?

— ¡Estúpido! Apuntarte al VAL... Esto es *de cañón*.

— Déjame en paz, mujer. Hasta ahora, no llega ni a *Historias para no dormir*.

— Muy interesante —fue la opinión de los divorciados Juan Carlos y Clara.

— He viajado mucho por el anchuroso mundo —habló la señora Hoover—, pero presiento que éste será el viaje más emocionante de mi vida.

— ¡Y que no pueda leer en sus manos! —se lamentó Piscis.

— Morimos de impaciencia, Orlando —dijo Gustaf—. Porque hemos de confesarle que, además de las razones apuntadas el día de la presentación, nuestra presencia aquí tiene también por objeto dilucidar si el príncipe persa fue o no homosexual. ¿Puede aclararnos algo a este respecto?

— Pregunta sin respuesta —contestó el guía con sequedad—. ¿Alguien más desea hablar?

— Amigo Orlando. Veré si en el futuro cabe sustituir el ¡oh, Norteamérica! por un ¡oh, Loquilandia! —dijo Hemingway entre irónico y escéptico.

— Yo no lo dudo. ¿Quiere añadir algo, señor Kato?

— Sí, una sentencia que dice: "La realización original es una práctica maravillosa, en japonés, "housho myoshu".

Miradas atónitas y bocas entreabiertas acogieron las enigmáticas palabras del oriental, que aclaró:

— Faysal empieza a realizarse, toma conciencia del despertar ("satori"), aunque para el Zen, todo es un "eterno ahora".

— ¿Qué es el Zen? —preguntó una voz.

Tadasu Kato sonrió, moviendo negativamente la cabeza.

— Sólo puedo decirles lo que no es: ni una religión, ni una filosofía, y menos una psicología o cierto tipo de ciencia.

Y Orlando decidió dar por finalizado el segundo día de estancia en el castillo.

— Buen apetito y que ustedes descansen —fue la despedida que nada aclaraba.

JUEVES, 15

— ¿Qué tal esa despedida, Hemingway? —preguntó Jacques, el francés.

— ¿Qué despedida?

— La de nuestra Madeleine de hoy.

— ¡Oh!... Linda francesita esta Diana Guitry, la camarera de turno. Con minifalda y... bueno, quizá como paisana suya tuvo más suerte que yo, amigo Thierry.

— Pues no.

— ¿Entonces?

— Todo acabó con un "au revoir, monsieur Thierry".

— A mí, querido Jacques, me opuso un muro infranqueable.

— ¿Y eso?

— Para empezar, la sutil y perfumada mano entre sus labios y los míos, y por supuesto, no faltó el "au revoir, monsieur Hemingway", aunque me lo dijera en inglés —hizo reír a todos, incluido Orlando, que acababa de aparecer en el umbral de la Sala de Recepciones.

— Buenos días, señores, y mil disculpas por el retraso —saludó—. La puesta a punto de la Galería de los Retratos, nuestro lugar de la cita de hoy, me ha robado esos minutos. Sí, nos espera un pequeño salón con cierta semejanza al "The Kings study" del Neuschwanstein de Baviera, con la diferencia de que la empresa turística ha añadido cinco pinturas correspondientes a otros tantos personajes de la historia que nos ocupa.

— Y preocupa —se oyó la voz del tejano.

— Pues sí, señor Hemingway. En la narración, y quien sabe si en la propia gira, preocupación, intriga y misterio no van a faltar... Entremos.

Abrió la puerta y penetraron en una amplia habitación, suntuosamente decorada con nobles maderas y techo artesonado, lujosos muebles, candelabros, quinqués, y los cinco mencionados lienzos que colgaban de las paredes por inherentes al relato.

— Siéntense —señaló las quince butacas situadas frente a una mesa y un regio sillón.

¿Era allí donde iba a sentarse Orlando? Pues allí era en cuanto que dijo:

— Me permitirán que les imite sentándome donde lo hiciera el rey Faysal.

— Está usted en su casa —ironizó Hemingway.

— Y ustedes en la suya.

— Con una diferencia: nosotros secuestrados.

— Agradablemente secuestrados —matizó la señora Hoover—. Pero oigamos lo que Orlando tiene que contarnos... Muero de impaciencia.

El guía no se hizo rogar.

— Sobre mi cabeza —dijo—, verán el retrato de Faysal Bin Abdula Al Saud, obra del pintor italiano Federico Galvani. Podrán comprobar que no existe semejanza alguna con todo un magnate del petróleo y príncipe de la Arabia Saudita: rostro rasurado, amplísima frente enmarcada por negros cabellos, mirada penetrante —todavía no asoma la otra, perdida, del ausente—, cuello robusto, cejas tupidas y el perfil agresivo de un prominente mentón. Podría encarnar a un Nietzsche árabe, que así lo ve, tal vez, el señor Kehrer, ser "la imagen patética del héroe", que diría Stefan Zweig, o también, un asesino y sádico homosexual, como lo cataloga, un tanto alegremente, el señor Cooper. Pero no: están ustedes contemplando la imagen occidentalizada de un Faysal que viste, calza, habla y piensa a lo europeo. Lo que esa imagen no refleja, es su comportamiento ético y mentalidad filosófica. Tendrán que descubrirla en el transcurso del relato, pese a lagunas y ambigüedades.

Ceños fruncidos, sonrisas irónicas, alguna que otra boca entreabierta, y todas las miradas atentas.

— Ahora, miren ahí —señaló hacia dos lienzos ubicados junto al retrato de Faysal—. A la derecha, la imagen vaporosa y delicada de un joven imberbe, llena de gracia y candor: Wajih A-Shawa, del que pronto sabremos lo que la historia cuenta de él. Al otro lado, el reverso de la moneda: Freij A-Shawa, de complexión robusta y rostro repulsivo con prominentes arcos superciliares que apenas permiten ver los ojos hundidos, marcada mandíbula y labios en perenne fruncimiento, fiel reflejo de la agresividad. Algunos lo señalan como el brazo asesino de Faysal. Hermanos, sí, sordomudos los dos, fieles servidores de su rey, casi unos esclavos, y únicas personas a quienes les estaba permitido traspasar el umbral de las íntimas dependencias de su dueño y señor. Respondían al apodo de Abel y Caín, por el odio y envidia que este último profesaba al preferido del rey.

No se oía una mosca, ni el ruido de una respiración, ni un carraspeo. Las quince miradas seguían pendientes de los labios de Orlando.

— Y allí —señaló un gran retrato de cuerpo entero—, Betty Meredith, el ama de llaves, la otra gran protagonista de la odisea de Cumbres. De una belleza, personalidad e inteligencia extraordinarias, pasaría desapercibida, salvo en fortuitos y obligados encuentros, ante el Faysal ausente del tramado psíquico y sentimental del personaje femenino que pronto se hundiría en el caos de la demencia por amor. Su diario —puso la mano sobre un grueso libro de tapas de metal repujado—, algunas de cuyas páginas leeré para ustedes, es también protagonista imprescindible en el relato.

Puesto en pie, Orlando apuntó hacia un último lienzo colgado en otro panel de la pared.

— El ingeniero Krupp, máximo responsable en la construcción de la presa, hombre inteligente aunque muy temperamental. Moriría en extrañas circunstancias, siendo sustituido, cuando estaba a punto de finalizar la obra, por otro profesional saudí que bien pronto se captaría la confianza de Faysal sometiéndose a cuantos deseos y propuestas inimaginables le impusiera.

Hizo un respiro y, sentándose de nuevo en el sillón, abrió el diario del ama de llaves en el lugar señalado con una pluma roja.

— Y no hay más que prologar, señores. Un conocido escritor, Walter Wells, ha novelado el diario de Betty Meredith narrándolo en primera persona. Leeré para ustedes, aquellos párrafos que interesan para la comprensión del relato.

Y empezó a leer:

“Cuando llegué al palacio del rey Faysal, estuve a punto de regresar a mi país de origen. El panorama era grandioso, pero sobre mí cayó el peso de la gran responsabilidad que presentía, y recelé de la silueta de los picachos que se alzaban cada vez más altos mientras el helicóptero descendía hasta posarse con suavidad frente a la regia entrada del imponente castillo. Mas, en cuanto mis pies traspusieron el umbral del vestíbulo, y entre la servidumbre alineada a ambos lados, él, amplísima frente, revueltos cabellos y grandes ojos de mirar extraviado en un rostro enigmático, se adelantó tendiéndome la mano con familiaridad y ritual europeos, desaparecieron por ensalmo todos mis temores. Jamás había experimentado una atracción tan arrolladora ante un desconocido.

— Flechazo dando en la diana —se oyó una voz que no fue motivo de comentarios y ni siquiera obligó a alzar los ojos al que lefa.

“Un desconocido —continuó con la lectura—, que no era tal, pues ya había oído hablar del príncipe saudita, y de las fastuosas fiestas en su reino de opereta, bien pronto interrumpidas por razones que a nadie alcanzaban. Un rey sin reina, amantes ni harén —según versiones llegadas a mis oídos—, que trocó una vida azarosa de intensa actividad social, por el encierro con un centenar de sirvientes y dos mil súbditos, en un apartado rincón de África.

Y Orlando, después de escudriñar en los rostros de cuantos le escuchaban, continuó con la lectura:

“Entre una veintena de aspirantes y unas muy exigentes condiciones previamente fijadas, fui yo la elegida por el rey. ¿Por qué? No bastaba para justificar la positiva prueba, lo esmerado de mi educación, el dominio de varios idiomas, la iniciada carrera diplomática, ni

mis conocimientos de taquigrafía y vasta cultura. Sometida a un duro sondeo preliminar, más apto para un puesto de secretaria que para el cargo de ama de llaves, hice entrega del extenso currículum con fotografía incluida, al representante en Londres del pintoresco reino africano. Con el visto bueno del legendario rey, que no conocía, cuando me comunicaron la elección, quedé de una pieza, y mis temores casi me llevan a renunciar a un empleo donde el aporte económico colmaba al más exigente. Y ocurrió que fui la envidia de cuantas candidatas optaban a la tan preciada plaza.

“No tuve ocasión de verle de nuevo en aquel día, y me sobró tiempo para recorrer los innumerables salones similares a los de Baviera que ya conocía, junto a otros que me causaron una tremenda impresión y hasta pavor. Todos los visité; todos menos uno: el Salón Azul, vedado a la servidumbre, yo incluida, con la excepción de dos sirvientes de origen árabe, Wajih y Freij A-Shawa, que así rezaban sus nombres en la lista oficial; dos hermanos sordomudos que, curiosamente, no me habían sido presentados, y respondían, por el movimiento de los labios, a los apodos de Abel y Caín, impuestos por el propio Faysal a causa del continuado enfrentamiento entre ellos, consecuencia de la envidia y el odio que el último profesaba al primero. Apenas había llegado, y ya pesaban sobre mi alma las fuertes emociones: el impacto de la regia personalidad del legendario rey, el intrigante Salón Azul al que me prohibían la entrada, y la presencia de los dos personajes de película de suspense, Abel y Caín, que aún no conocía.

Orlando levantó una vez más la mirada. Había expectación entre los componentes del grupo, por lo que prosiguió la lectura:

“Abandonando mi habitual reserva, traté de familiarizarme con el personal a mis órdenes, mostrándome en exceso comunicativa y cordial. Debo confesar que obraba a impulsos de una creciente curiosidad que me llevó a ser un tanto indiscreta en las indagaciones. Supe así de circunstancias que ya intuí; supe, de su anterior vida mundana, que le llevaron a relacionarse con el mundo cultural y político de importantes capitales europeas; de las fastuosas fiestas con cientos de invitados donde no faltaban jefes de gobierno, príncipes, reyes, y la élite escogida de la cultura; y de su carácter abierto y

cordial, con grandes aptitudes para las relaciones públicas. Según me contaron, todo cambió de pronto tras una inundación que pudo dejar sumergido al pueblo de Cumbres, y le condujo a encerrarse en un mutismo inabordable. Fue entonces cuando cerró los salones, y las visitas quedaron reducidas a ingenieros, arquitectos y personal especializado en la construcción del muro que protegería al pueblo de las crecidas del río, muralla que acabó en gigantesca presa, con el recelo de sus vasallos. Y así, de una vida de relaciones sociales, pasó a otra que discurría metódica y rutinaria ante los ojos de la servidumbre, pero que yo adivinaba llena de inquietudes, plácida en apariencia y turbulenta en su interior.

“No hice más preguntas para no despertar suspicacias. Cuando al final de la jornada me retiré a mis habitaciones en busca del descanso ante el ajetreado día, pude ver desde la ventana el luminoso rectángulo de luz azul, e imaginé que él estaba allí, tras los cristales. Y aquella noche dormí plácidamente, arrobada por el embeleso de unos dulces sueños.

— Muy romántico. Si te lo decía yo, Gustaf —hablo Erik—. Betty se enamorará de su rey, pero Faysal...

— Ama a Abel —sentenció Gustaf.

— Pues yo creo imaginar que son otros sus amores y obsesiones —intervino Franz—. Exactamente, cómo enfrentar agua y fuego, río y volcán.

— Cómo y de la más sádica manera —fue la crítica negativa de James.

— ¡Por favor, señores! —habló el guía—. Repriman la imaginación. El relato apenas si ha comenzado y les aguardan muchas sorpresas. Ahora escuchen lo que escribe en su diario, unas líneas más abajo:

“He tratado de acoplarme a mi nueva vida. Y he de confesar también que hay momentos en que creo perder el dominio de mí misma, y temo descubrir mi estado de ánimo cuando ocasionalmente le hablo. Por fortuna, no tengo problemas de idioma pues aquí todos dominan el inglés. A veces transcurren muchos días sin verle, puesto que mis menesteres me alejan de su lado, o él está en la presa, pen-

diente de la culminación de esa gran muralla que ha creído necesario construir para proteger la vida de sus súbditos. Sólo al llegar la noche, la luz azul de la ventana me dice que está allí, entregado a los libros y la música, y quién sabe si al tormento de las obsesionantes ideas.

“Me he percatado que parece ausente de cuanto le rodea. Sugestiva faceta de una personalidad de cuyo influjo no puedo sustraerme. A las gentes del castillo les sorprende tan inusitado cambio, pero yo presiento que detrás de sus nuevos hábitos se esconde algún desengaño, o una vida de recuerdos, tal vez allá en la Arabia Saudita de la que es oriundo, o quién sabe si hasta un amor imposible de los tiempos del vivir mundano en palacio o en las frecuentes visitas a Europa, donde bien pudo sufrir un conflicto sentimental.

“Ya no me siento pajarillo enjaulado. Desde mi cárcel dorada, oigo el canto jubiloso de la vida. Tampoco me agobia la corona montañosa que me circunda con el terrible rugido de la gran montaña, ni sufro por la lejanía de los seres queridos, quizá porque mis incentivos y mayores deseos se hallan ahora tan cerca de mí. Estoy ansiosa por conocer las tierras, el río, las cascadas, el poblado, y esa montaña fascinante. Y sobre todo anhelo escudriñar en su vida pasada y la presente, porque tengo el presentimiento de que haré de este mundo mi mundo, y de su vida mi vida.

— Sin lugar a dudas, el ama de llaves se ha enamorado de su rey... Muy peliculero —sonrió Hemingway.

— Y al rey le obsesiona cómo destruir a su pueblo —porfió James.

— O cómo salvarlo —fue la réplica de Franz, perennemente enfrentado al californiano—. Y si no, ¿para qué construye el nuevo poblado de Cumbres Altas?

— ¡Acción! ¡Acción! —exigió el francés.

— Paciencia, señor Thierry, que ya le tocará el turno al Napoleón arábigo. Ahora, escuchen lo que me resta hoy por leerles del diario de Betty Meredith.

“Con el deseo de conocer las bellezas naturales que rodean el castillo, he ocupado mis horas libres en recorrer los jardines. Sorpren-

dente descubrimiento el de la inmensa rosaleta roja. Mentiría si afirmara que me es grata la uniformidad de ese mar de rosas. Sin embargo, lo encuentro singular; como todo lo de él. Y debe existir un motivo a ese capricho de elección de un solo color en las flores. No sé si le agradará, pero he decidido plantar también rosas blancas, mis preferidas.

“Hoy me he adentrado en el bosque hasta llegar a sus confines. El río es casi un lago; y son las mismas aguas que un poco más lejos se precipitan en turbulentas cataratas de blanca espuma. Río Manso, me han dicho que él lo llama; río manso, sí, y maravillosa mansedumbre la que deja en mi alma.

“No me agrada en cambio esa montaña de sombría silueta que parece surgir de las aguas como un monstruo mitológico al acecho, pese a que, en el pueblo, el volcán no atemoriza a nadie.

Orlando cerró el libro.

— Por hoy, señores, ya es bastante.

— Muy bucólico y poético —rezongó el francés.

— Cursi, querrá decir —dijo Juan Carlos.

— Me obsesiona ese volcán, tanto o más que Faysal y el ama de llaves —habló la señora Hoover—. Porque presiento que en él se encierra la clave de la historia.

— Entiendo que a Tadasu le obsesione si, como parece, desea conseguir muestras de lava, gases y piedras volcánicas —rió Hemingway.

— Pues a mí —aseveró el profesor Aruza—, me llenaría de satisfacción hallar alguna planta con propiedades naturópatas.

— Imanes, desde luego, no va a encontrar, profesor —se burló Castruccio.

— Esos los traje conmigo. Y puede que más de uno los vayan a necesitar.

— Bien, señores —cortó Orlando, que se arrogaba el papel de moderador—. Les anuncio que mañana nos reuniremos a una hora desacostumbrada: exactamente a las seis de la tarde, aquí. Disponen pues, de sobrado tiempo para discutir.

— ¿Todavía enjaulados? —se mofó Hemingway.

— Durante catorce días más. Pero pueden gozar de los jardines, las confortables habitaciones, y de esa biblioteca, bajo el ojo avizor del vigilante de turno —señaló a un joven uniformado que montaba guardia junto a la puerta—, quien les asesorará de cuanto deseen saber. Como les decía, a la hora señalada de mañana, subiremos a la segunda planta donde nos espera...

El guía guardó silencio mientras sonreía intrigante.

— ¡Misterio! —se oyó exclamar al coro de voces entre las que, por supuesto, descollaba la de Hemingway.

— Pues, sí, aunque no tengo inconveniente en anunciarles que nos reuniremos en el Salón Azul, el mas íntimo refugio del rey Fay-sal. Con que, hasta mañana, y que ustedes, como el ama de llaves, disfruten de unos sueños deliciosos.

VIERNES, 16

— Buenas tardes —saludó el guía al entrar puntualmente en la Galería de los Retratos—. Como les anuncié ayer, el horario habitual de estas reuniones ha sido alterado. Y esto por una sola razón: lo imperativo de estar aquí, cercana la hora crepuscular.

— Continúan los misterios —rió burlón Hemingway.

— Y el secreto y las peroratas alejadas de la acción —machacó el francés.

— No se impaciente, señor Thierry, que ya sabrá del Napoleón arábigo, y en cierto modo, participarán en sus batallas aunque no sufran las consecuencias.

— Eso espero.

Subieron a la segunda planta deteniéndose frente a una puerta, y el guía, cumpliendo con lo programado, entró en la habitación, no sin antes anunciar a bombo y platillo:

— El Salón Azul, escondido refugio del rey.

— ¡Oh! ¡Oh! —se oyeron exclamaciones de asombro mientras penetraban en la espaciosa sala rectangular, acomodándose en las correspondientes butacas alrededor del guía.

— De salida —dijo—, será el ama de llaves quien, como siempre, nos describa lo que están contemplando con tanta curiosidad. Si lo desean, pueden interrumpirme y formular preguntas, aunque al final será el diálogo y los comentarios.

Y Orlando, después de abrir el libro en el lugar señalado con la pluma roja, empezó a leer:

"Hoy me han hablado del Salón Azul, el lugar íntimo donde se encierra todas las tardes. Al parecer no le agrada que nadie turbe su retiro, donde presiento, guarda su secreto vivir junto a esos personajes de película de suspense, los hermanos sordomudos Wajih y Freij A-Shawa que aún no me han sido presentados, y sólo sé de ellos que responden al apodo de Abel y Caín. Me horroriza pensar el porqué los ha elegido. De Abel me han dicho que es bello y de reposados ademanes; un adolescente imberbe y sumiso, enamorado de su rey. En cuanto a Caín, me lo han descrito como persona poco agraciada, impenetrable y agresivo. Los dos rivalizan en servir a su señor, del que se consideran no ya vasallos sino esclavos. Y corren también otros rumores que me resisto a dar crédito; veladamente me lo ha dado a entender la servidumbre.

"Mi amor propio se ha sentido herido, pues por el lugar que ocupo, esperaba un trato de más confianza. Después de todo, ¿quién soy?... Un sirviente más, la gobernanta, una desconocida para Fay-sal.

"Me he prometido no traspasar las puertas del salón en tanto no sea llamada, aunque en mi interior siento acrecentarse la curiosidad por saber nuevas circunstancias que aclaren los arcanos de su vida. Pese a ello, cada vez que cruzo el pasillo, no puedo evitar detenerme ante la intrigante habitación. A veces creo oír voces, o reina un silencio absoluto, a sabiendas de que él está allí, encerrado en su cubil. Otras, me siento atraída por una música apasionada hasta la exaltación y lo demoníaco, nunca plácida y melódica. Oyéndole tocar así, imagino el estado de su ánimo, porque es indudable que sufre, aunque no esté a mi alcance el móvil de sus sufrimientos. Al menos, algo sé ya del enigmático salón: que encierra un órgano, y de él, que ama la música y sostiene extraños diálogos.

"Vivo pendiente de su vida, le espío y vigilo a todas horas, y a nadie he visto, fuera de sus sirvientes que, al amanecer de todos los días, acuden con los aperos de la limpieza a realizar la cotidiana labor, o por las noches, con bandejas de viandas cuando él decide cenar en el encierro. Y aunque he intentado detenerles, siempre se escabullen ante mi presencia. Al singular salón de los trescientos relojes en incesante pendular, y al sobrecogedor del eterno movimiento, ya nunca va, como si su vida, después que abandonara las

reuniones sociales, se hubiera concentrado en esa habitación y en la presa que tanto le apasiona.

Los quince del grupo, sin excepción, seguían pendientes del relato, por lo que Orlando continuó leyendo:

“Una tarde... Era la hora crepuscular. Casualmente pasaba por la galería cuando observé que la llave estaba puesta en la cerradura. Fue una tentación irresistible que me hizo olvidar la orden que me prohibía, como al resto de la servidumbre, entrar en las habitaciones privadas de Faysal. Pensando que siempre hallaría una excusa si por azar era descubierta, y pese a saber que nada parecía precisar de mí, penetré en la habitación, y con premura cerré la puerta a mis espaldas. No acierto a expresar el impacto recibido: millones de corpúsculos de color azulado flotaban en el aire moviéndose incesantemente. Quedé paralizada ante la extraordinaria manifestación luminosa. ¿De dónde procedía aquella luz?

Orlando apartó la mirada del libro y dijo:

— Es un fenómeno que ustedes mismos observarán —miró su reloj—, exactamente dentro de quince minutos. Ahora, continuaré con la lectura:

“La primera gran sorpresa puso en vilo mi ánimo. En el centro de la habitación, con un emplazamiento de privilegio, se hallaba una escultura de mármol blanco, desnuda y de tamaño natural. Un antifaz negro le cubría el rostro, volviéndola en extremo sugestiva e intrigante. Su anatomía ambigua, y asexual, justificaba la incógnita de si era hombre o mujer.

— Véanla ahí —señaló Orlando la figura.

Y continuó leyendo:

“Súbitamente, oí el ruido de unos pasos. Sin tiempo para reflexionar e incapaz de tomar una decisión, quedé a la espera de que abrieran la puerta. ¿Y si eran los hermanos sordomudos? ¡Dios mío!

“Pero la puerta no se abrió; oí como daban vuelta a la llave cerrándola por fuera, y se alejaban de nuevo. Respiré aliviada sin

caer en la cuenta de que me habían encerrado. Cuando descubrí mi situación, era ya tarde. No podía saltar por la ventana a causa de la gran altura. Decidida a hacerme oír me dirigí hacia la puerta golpeándola con gran fuerza sin obtener resultado. Las dependencias del servicio estaban en la planta baja, separadas por innumerables salas y galerías, y en estas condiciones no era fácil que me oyeran.

“El tiempo transcurría, cercana ya la hora en que él acostumbraba regresar de la presa. La excitación de mi ánimo me impedía estar quieta y fui a encararme de nuevo a la escultura. No pude resistir la presencia de aquellos orificios huecos tras el antifaz que parecían espíarme al acecho de cuanto hacía, y me dirigí hacia la tarima donde se alzaba el impresionante órgano. En mis oídos vibraban todavía los sonos de aquella música febril y excitante que tantas veces había escuchado desde el corredor.

“Incapaz de dominar mis nervios, me levanté y la banqueteta rodó por el suelo con gran estrépito. Aún tuve que sufrir la impresión que me produjo el enfrentarme con el gigantesco cristal de un portarretratos donde se dibujaba con débil trazo el enmascarado rostro. Me sentía perseguida sin saber adonde dirigir la mirada. Por todas partes colgaban cuadros con obsesionantes antifaces en ocultación persistente de rostros esbozados, y vaporosas manos casi invisibles, o la línea ondulada de un hombro, cuello, cadera o pecho desnudo sin revelación de sexo. Siempre el dilema de hombre o mujer, en un alarde de vaguedad en la expresión de formas y líneas. En discordancia con esta ausencia de firmeza en las realizaciones, dos grandes lienzos pendían de una pared ocupándola por completo. Con un realismo pictórico bien definido, se mostraba el paisaje impresionante de un profundo valle de rocosas paredes volcánicas donde sobresalían fantasmales figuras de piedra entre corpulentos cipreses, en una atmósfera de claroscuro neblinoso con visos de cementerio. En el otro cuadro, la visión era dantesca. El volcán, aterrador, vomitaba una columna de agua, fuego, gases y rojas lavas. La presa y el pueblo de Cumbres habrán desaparecido bajo las aguas que eran engullidas ininterrumpidamente por una gran hendidura abierta al pie de la montaña. Era otro el reino de Faysal que se plasmaba en el lienzo.

“De nuevo el ruido de unos pasos me puso alerta. Reconocí la firmeza de aquel andar, e instintivamente fui a ocultarme tras las cor-

tinias del ventanal en el preciso instante que abrían la puerta. Fue un milagro que no me descubriera. Temblando de pies a cabeza, me adosé a la pared conteniendo la respiración. Luego, pude escuchar claramente el monótono rasgueo de una pluma que escribe. No sé el tiempo que permanecí en tan incómoda postura. A punto de desfallecer, oí como tocaban en la puerta. Alguien acababa de entrar.

— ¿Qué quieres de mí, Abel? ¡No te he llamado!

— Se oyeron unos sollozos y quejas guturales.

— Has nacido bello; delicado y tierno como un niño, pero también desheredado por los dioses. Es una incongruencia tender un puente entre el superhombre que yo soy y el mísero ser que tú eres. ¿Qué deseas? ¿Limpiar el polvo de este habitáculo? ¿Traerme el sustento de unas viandas para alimentar el mísero cuerpo?... Del mal que ahora padezco, tú no puedes curarme. Lloras, Abel, lloras. Sé que me amas; mi pueblo entero me ama y llorará el día que desaparezca su rey, aunque algo perdurará de él en el salón del eterno movimiento, y en la titánica lucha entre los dos grandes colosos, que un día será, y donde es imperativo que nunca se detenga, a la espera del eterno retorno de tu rey.

— Nuevos y entrecortados sollozos, fue la respuesta a las diatribas de un Faysal enfurecido.

— ¡Vete, Abel! ¡No te necesito! —gritó a quien sólo podía oírle por el movimiento de los labios—. Tu rey, como Zaratustra, ha aprendido a volar, y ahora baila un dios en sus adentros. ¡Vete!

— La pluma volvió a rasguear el papel. Adosada a la pared, con el corazón en un puño, tomaba nota taquigráficamente de cuanto decía Faysal. Poco después oí como cerraban de nuevo la puerta, y abandoné mi escondrijo para dirigirme al escritorio. Varios libros se amontonaban sobre la mesa. Curiosamente, todos pertenecían al mismo autor: Friedrich Nietzsche. Uno estaba abierto: *Así hablaba Zaratustra*. Y marcada con una pluma roja, la página donde leí: *De la muerte voluntaria*. Desparramadas por la mesa había unas cuartillas escritas en correcto inglés cuya lectura me electrizó transportándome a un mundo desconocido. Decía así: *Has muerto, corrompida sociedad, falaz orgía de los sentidos, vanidades huecas. Habéis muerto, y ese vacío lo ha llenado el superhombre que ahora soy. Cortesanos y vasallos, sensuales prínci-*

pes y ambiciosos reyes, falsos artistas, intrigantes políticos, bellos adolescentes sin lengua en boca ni en cerebro, ¡decídme! ¿Qué sois? Un motivo de risa o una vergüenza dolorosa, que diría Nietzsche en labios de Zaratustra. Pero, ¡oh dioses! que como a él, tampoco a mí me comprenderán.

“¿A quién dirigía aquellas frases incongruentes? De nuevo me acerqué a la estatua. ¿Qué significado tenía en su vida? ¿A quién representaba? ¿Por qué asexual? ¿Por qué la duda entre hombre y mujer?

“Permanecí inmóvil, muda, como esperando a que la figura me revelara su secreto. Instintivamente alargué la mano hasta tocarla, y experimenté un escalofrío que me hizo retroceder. Sin apartar la mirada del móvil de mi terror, fijos los ojos en las cuencas vacías del negro antifaz, siempre de espaldas, tropecé con la puerta, y abriéndola con rapidez huí hacia mis habitaciones.

Orlando alzó los ojos.

— Señores —cerró el libro dejándolo sobre la mesa—. Ya es bastante por hoy. Sólo añadiré que, días después, Betty Meredith, de vuelta al Salón Azul, tomaría buena nota del contenido de las cuartillas, para más tarde transcribirlas en las páginas de su diario. Aquel robarle los escritos, diálogos y hasta monólogos, se convertiría pronto en su obsesión. En el bolsillo llevaría siempre un cuaderno de notas y un pequeño magnetófono de gran potencia receptora, y en este nuevo menester, mucho le iba a ayudar sus conocimientos de taquigrafía y el que Faysal no escribiera en su idioma nativo sino en inglés.

— ¡Bravo! ¡Bravo! —gritaron a un tiempo Gustaf y Erik, entrelazados los brazos sobre los hombros—. La homosexualidad de Faysal es más verosímil —afirmó el primero.

— No estoy de acuerdo —intervino Franz—. Si como pensador me decepciona con sus plagios zaratustranos, muy lejos del superhombre de la filosofía nietzscheana o de un supuesto Nietzsche arábigo occidentalizado, catalogarlo de homosexual es una cuestión secundaria, pues aunque lo fuera —¡pudo serlo!—, ahora sólo le obsesiona convertirse en el dios que despierte y domine a las fuerzas naturales. Y es que, querido Gustaf y Erik, los árboles no dejan ver el bosque. En fin, veremos si Orlando nos aclara la duda.

— O no aclara nada —contestó tajante el aludido—, puesto que repetidas veces he anunciado que no faltarán situaciones de ambigua o muy dudosa interpretación.

— Lo cual su compañía turística ve con muy buenos ojos y no le interesa esclarecer —terció Hemingway sonriente.

— Pues en mi opinión —habló James, como siempre sempiterno detractor del rey persa—, no ya homosexual; lo apunto desde ahora, sádico asesino y reo de genocidio.

— Afirmación gratuita por demostrar —replicó indignado Franz.

— A mí me desilusiona como supuesto superhombre de la acción —dijo el fachendoso Thierry—. Lo encuentro sobrado de lucubraciones filosóficas de oscuro sentido.

— Señores. Ha llegado el momento —cortó el diálogo el guía mientras miraba su reloj—. Apagaré las luces... Será más efectivo. Y por favor, estén atentos. Es como un ente con vida, un hechizo. Todavía, físicos, ingenieros y especialistas en luminotecnia, no han podido explicar la causa de esta manifestación luminosa que, en su día, causará pavor a Betty Meredith. Ocurre siempre, cuando la luz crepuscular penetra por las ventanas. Exactamente, ahora.

Y en un instante, los corpúsculos de luz azul invadieron el salón hasta llenarlo por completo.

No faltaron las exclamaciones de asombro ante el extraño fenómeno.

— ¡Qué maravilla!

— ¡Es cierto!

— ¡Extraordinario!

— ¡Oh! ¡Oh! —fueron más parcos Tadasu y Taro, asintiendo con leves inclinaciones de cabeza.

También los había que sonreían incrédulos.

— ¡Bah! Un truco de luminotecnia —se burló Hemingway mientras simulaba espantar a los diminutos elementos coloreados.

El efecto luminoso desapareció en pocos minutos con el desencanto de unos, el escepticismo de otros, y la complacencia de todos.

— Pues yo creo, Orlando —intervino la quiróloga—, que se trata de una fotogénesis, un óleo fosforado que al contacto con el oxígeno del aire se vuelve luminoso.

— ¿No puede aclararnos dónde esconde el frasco? —fue la nueva burla del tejano.

— Mejor será que nos descifre las muchas dudas sobre Faysal, su entelequia de mármol, y el afeminado y sordomudo Abel —habló el californiano Cooper.

Miradas hoscas de los suecos, y Orlando que, puesto en pie, alargaba la mano con intención de desenmascarar el rostro de la escultura.

— ¡Bieeeeeen! —fue el grito unánime que acogió la decisión del guía.

— ¡No! —pareció arrepentido en el último instante, o quien sabe si a tenor de otro fingido truco, cuando ya tocaba el antifaz—. Que cada cual saque sus conclusiones.

Y sonriendo añadió:

— Podría encarnar a una Monna Lisi de Leonardo de Vinci en versión escultórica, con su sonrisa de dos filos en un rostro ambiguo, sin sexo definido, y con una anatomía a la deriva entre el hombre y la mujer.

— ¡Eso no se lo cree nadie! —se irguió Gustaf displicente—. ¿Por qué no nos muestra la faz de esa escultura? ¿Porque es el semblante de Abel?

— Bien —volvió a sonreír Orlando—. Que usted, Gustaf, lo crea así y vea en esa figura a... En fin, si es Abel o no es Abel —dejó en el aire el interrogante—, tal vez algún día lo sepamos. Cabría también preguntárselo al escultor, desconocido por cierto —bromeó aún más irónico ante unos crispados suecos que no aceptaban la escabullida— Y aunque todo es posible, lo dejaremos en...

— ¡Misterio! —rió Hemingway.

— Sí. Uno más de los muchos que abundan en el relato.

— Que usted podría descifrar si se decidiera a arrancar el antifaz a esa escultura —protestó Erik.

— Lo que no hará —volvió a sonreír el tejano—, porque Orlando sólo trata de intrigarnos; es su misión intrigar.

— Betty Meredit —dio el guía un giro a la conversación—, seguirá deambulando por los alrededores del Salón Azul a la espera de la ocasión propicia para entrar en él y apoderarse de los escritos de Faysal. Y hasta puede que algún día sea ella quien nos aclare el misterio de la tan controvertida estatua.

Orlando abrió de nuevo el libro y dijo:

— Ahora escuchen lo que Betty tiene anotado en su diario respecto a los escritos alucinados de Faysal:

“¿Mis sueños de hoy?... Una Naturaleza dormida a la espera del dios que la despierte; pregones del cataclismo en ciernes; sonidos siniestros en un combate con dos colosos enfrentados: agua y fuego. Y, ni vencedor ni vencido.

— Y más abajo —alzó la mirada de las páginas que leía-, una sentencia, un vaticinio, la más gráfica expresión de la locura:

“¡Yo soy ese dios! ¡Yo soy la voluntad del poder! Si es preciso destruir, ¡destruiré! Porque, con Zaratustra digo que llegará el día de la muerte voluntaria y la misión cumplida.

Orlando cerró de nuevo el libro mientras dirigía una mirada interrogante al grupo de los quince.

— Todavía no vislumbro sino al Napoleón del pensamiento, que no me va —fue la réplica del francés.

— O al parodiante del Zaratustra nietzscheano —apuntó Franz—, que tampoco me va.

— ¡Qué no pueda leer en sus manos! —volvió a lamentarse Píscis.

— ¿Sigues creyendo en la quiromancia? —le preguntó Erik.

— ¿Qué si creo? ¡Soy quiróloga!

— Y, ¿por casualidad, gitana?

— Descendiente de Petrulengo —soltó una carcajada histérica—. Sólo que a mis clientes no les cobro en monedas de plata sino en sendos billetes verdes.

— Tendrás montado un consultorio clínico, ¿no?

— Desde luego. Aunque aquí habré de ejercer ambulante y, además, gratis. Alárgame tus manos, Erik, ¿quieres?

— ¡No! —se opuso Gustaf, que había palidecido.

— ¿Y por qué? —protestó Hemingway—. Será un aliciente más de un viaje que aún no acaba de convencerme.

— Le convencerá, señor Hemingway, le convencerá —aseveró el guía con cierta acrimonia en la voz.

Erik se desprendió de las manos de Gustaf, alargándoselas a la quiróloga con un ligero temblor en los dedos.

— Lo que puedas leer en ellas, ¡te lo juro, Piscis!, no será sorprendente para mí —dijo con un desacostumbrado tono de seriedad.

— ¡No hagas eso! —intentó Gustaf por segunda vez convencer a su amigo sin resultado.

— Antes que nada —las examinó detenidamente—, habré de catalogar la forma de tus manos y cuál de ellas domina sobre la otra... Sí, la izquierda; y puntiagudas las dos. Personalidad idealista para quien la belleza es lo esencial —siguió Piscis estudiándolas con parsimonia entre esbozos de sonrisas complacientes y burlonas—. Muy ancho el monte de Venus... Sensualidad. Los otros montes no aclaran mucho, salvo el de la Luna, un tanto excesivo, lo que demuestra que vives bajo una nerviosa actividad, constante pre-ocupación, y...

— ¿Y qué? —le apremió Gustaf, más atento a la exploración que el propio Erik.

— Veamos —continuó abstraída en su trabajo—, si concuerda este último hallazgo, con la línea de la vida.

Y extendiendo sobre la mesa un papel, lo cubrió con una fina capa de mina de lápiz en polvo que había extraído de su bolso, y presionó las manos de Erik vueltas hacia abajo. Luego, quedó absorta, fijos los ojos en el dibujo de la capa de grafito. De pronto palideció mientras alzaba la mirada de sus ojos saltones para clavarlos en el homosexual.

— ¿Qué sucede? —obligó Gustaf a Erik a retirar la mano.

Piscis pareció que dudaba.

— ¡Te pregunto que has leído ahí! —le gritó.

La quiróloga clavó de nuevo la mirada en el joven sueco, pero no se decidía a hablar.

— ¡Diablos! ¿Quieres contestar?

— No sólo vives una preocupación nerviosa sino que tu abultado monte de la Luna muestra una tendencia a la autodestrucción, junto a una línea de la vida corta, con demasiadas rayas cruzándola.

— ¡Idiota! —la insultó Gustaf con el asombro de todos los presentes.

Y dio un manotazo sobre el papel mientras arrastraba a Erik, que se resistía a seguirle, llevándoselo consigo, no sin antes increpar a la quiróloga con nuevos vituperios.

— ¡Eres una bruja estúpida!

— ¡Le ruego modere sus palabras! —intervino Orlando, contrariado.

Pero ya los suecos habían desaparecido.

A nadie le alcanzaba la reacción de Gustaf, ni sus insultos tomando en serio las desafortunadas predicciones de la quiróloga. No hubo sonrisas y sí un estado de tensión que la señora Hoover trató de disipar.

— Tranquila, Piscis. Mañana se disculparán. No te muestro mis manos porque la línea de la vida no puedes rebajármela por debajo de los setenta años —hizo sonreír a los presentes.

— Señores —habló un Orlando aún no repuesto del incidente verbal—. Como moderador de los diálogos, y con el propósito de no apartarnos de lo estrictamente programado —miró su reloj—, les comunico que nuestro tiempo ha concluido. Por supuesto que mañana continuaremos, aunque en otro entorno, exactamente en la suite del ama de llaves, con nuevas lecturas y comentarios. El lugar de reunión será en este mismo lugar. Les prevengo que todavía continúan secuestrados —sonrió—, puesto que la historia no ha hecho sino empezar. Buenas noches.

Y abandonando el salón, fue a ubicar la llave en el correspondiente lugar de la pared, lo que no pasó desapercibido para Franz, en cuya mente bullía la idea de hacerse con un ejemplar del diario de Betty Meredith, si, por suerte, lo hallaba en la biblioteca del Salón Azul.

Después de cenar, el alemán se retiró a su dormitorio. Cerca ya la una de la madrugada, puso en marcha el plan que se había propuesto, y salió al pasillo encaminando sus pasos hacia el salón. Las luces continuaban encendidas. Al llegar junto a la puerta, cogió la llave que puso en la cerradura, y conectó la linterna que se había traído para no despertar suspicacias. Ya en el interior del salón, el círculo luminoso fue a enfocar, casualmente, la escultura enmascarada. Aunque no era persona pusilánime, no pudo evitar que le sacudiera un leve escalofrío. No obstante, dominando la situación, y aunque el momento era propicio para dilucidar si la dichosa estatua plasmaba o no el rostro de Abel, acabó por desistir, pues no era el motivo que allí le había traído, y menos podía preocuparle la supuesta homosexualidad de Faysal.

Rápidamente se dirigió a la biblioteca y empezó a remover entre los libros con denodado ahínco, cuando de pronto, la casualidad puso en sus manos un escrito con el sello de Faysal. Sin dudarle un instante, comenzó a leer el documento. Decía así:

“Al capitán de mi Guardia Personal, Hadat Fayet Taha. Le encarezco cumpla de inmediato la orden escrita en este mensaje que le envío por mediación de mi sirviente Abel. Circunstancias apremiantes me impiden entrevistarme personalmente con usted. No ignora que las fuerzas del ejército y la policía militar del país vecino, se dirigen en helicóptero a este lugar. Se me acusa de actos que no he cometido. Mi vida peligra y también la de mi pueblo. Es imperativo que la presa explote hoy. Por todo ello, le ordeno que proceda cuanto antes a la evacuación de Cumbres y al traslado de mis súbditos al castillo. Espero de su leal colaboración y fidelidad demostradas el cumplimiento de este mandato. El rey Faysal Bin Abdula Al Saud”.

Seguía una firma ilegible y el sello real estampado sobre la misma.

Franz quedó estupefacto. Aquel escrito era un hallazgo importantísimo en sus averiguaciones que en principio desmentía el supuesto genocidio cometido por Faysal. El diario del ama de llaves —pensó—, tal vez pueda hallarlo mañana si la suerte me es propicia.

Y guardando cuidadosamente el preciado documento en la cartera, se retiró a sus dependencias, contento por el resultado positivo de las investigaciones realizadas.

SÁBADO, 17

A las diez en punto de la mañana, llegó Orlando al anchuroso vestíbulo donde aguardaban, unos sentados y otros en pie, trece de los quince componentes del grupo. A nadie extrañó la ausencia de los jóvenes suecos, teniendo en cuenta lo sucedido el día anterior. Sin embargo, poco después se les vio venir por el pasillo. La mayoría se encaminó al encuentro de Erik interesándose por su estado, pero, sorpresivamente, éste se dirigió hacia el lugar donde se hallaba la quiróloga un tanto arrinconada en un asiento del vestíbulo.

— Perdona, Piscis, el exabrupto de Gustaf. Estaba muy nervioso, y yo... bueno, ya lo ves, no me encuentro nada bien.

— No debes tomar en consideración cuanto dije. También los quirólogos nos equivocamos.

— Esta vez, no —esbozó una mueca por sonrisa—. De todas maneras, nada dijiste que pueda sorprenderme.

— Pues, ¿qué te pasa, hijo? —le preguntó con acento cariñoso.

— Tengo un terrible dolor de cabeza.

— ¿No has tomado un calmante?

— He tomado dos. Y nada me han aliviado.

— ¡Medicina alópata! —intervino despreciativo Aruza—. Se alejan de Hipócrates. Componen sofisticados medicamentos... ¡La química! Un truste internacional a reemplazar por la medicina naturista, el herbolario y el biomagnetismo.

— Otro truste —sonrió irónico Hemingway.

— Escucha, Erik —pasó por alto Aruza el juicio del tejano—. Ponte esta cinta magnética alrededor de la cabeza —extrajo de uno

de los bolsillos un sobre que abrió cuidadosamente—... ¡No! El norte sobre la frente y el sur sobre el occipital. ¡Así! Tenlo toda la mañana y pronto te sentirás muy aliviado. No hay cefalea que se resista. Y cuando dejemos este lugar, vendrás a mi consultorio. Estoy seguro que podré curarte con una nutrición equilibrada, y la justa proporción de minerales, aminoácidos, vitaminas, jugoterapia y nutrientes específicos: ajo, col, cebolla, limón...

— Señor Aruza —interrumpió la jerga dialogante el guía Orlando.

— Profesor —le corrigió.

— Perdón, profesor. Debo advertirle que no estamos sobrados de tiempo. Abajo aguardan quince nuevos turistas, y a nosotros nos espera la suite del ama de llaves, nuestro lugar de cita, hoy.

— Pues les deseo, a los que llegan, un guía más complaciente que, entre otras cosas, les aclare la incógnita de esa escultura que usted nos ha escamoteado —protestó Aruza, molesto por la interrupción.

— ¿Se encuentra en condiciones, Erik? —se escabulló Orlando.

— Se encontrará, por supuesto —dio la réplica Aruza con el asentimiento de aquél.

— Entonces, síganme, por favor.

Y dirigió sus pasos hacia el otro extremo del pasillo, hasta llegar frente a una escalera y similar vestíbulo. Orlando cogió la llave que colgaba de la pared y abrió la puerta.

— La suite de Betty Meredith. Pueden pasar... Nada extraordinario: una espaciosa alcoba y no menos amplio salón, lujoso baño, y la terraza a la que les está vedado salir pues desde ella se contempla parte del entorno que rodea al castillo, y que en su día verán.

— ¡Sigue el misterio! —exclamó con sorna el tejano.

— Y la bien dotada biblioteca, nada extraño en una intelectual de gran cultura, aunque no exenta de flaquezas, arrebatos pasionales y desequilibrios de la mente.

— ¿Y esos retratos? —preguntó la señora Hoover.

— La familia de Betty: padres, hermanos y hasta el perro, que allá quedaron, en Londres, y a quienes no volvería a ver... ¡Ah! Y

algo muy personal que tienen ante sus ojos: esa profusión de rosas blancas, sus flores preferidas en contraposición a las rojas de Faysal. El resto del decorado, acorde con la suntuosidad del castillo: una joya en muebles, alfombras persas, lámparas de cristal de roca y mil detalles personales de refinado gusto.

Se sentaron. Sólo faltaba Franz que, un tanto apartado, seguía husmeando en la biblioteca. Y algo debió encontrar el muy pillo, a juzgar por la sonrisa contenida y alborozo mal disimulado con que tomó asiento cuando ya todos aguardaban.

— ¿Le interesa alguna obra?

— No, no —mintió descaradamente—. Simple curiosidad.

— Pues bien —abrió Orlando el libro marcado con la pluma roja—. Proseguiré con la lectura; sólo los párrafos más interesantes que, como jalones, irán marcando el hilo del relato. Luego serán los comentarios; o si lo prefieren, pueden interrumpirme durante la narración. Ahora, escuchen:

“Aquella noche sufrí la primera pesadilla; la que habría de ser tormento en las noches venideras. Mientras me debatía en el lecho, presa del angustioso delirio, la película de la aventura y encierro en el Salón Azul, se proyectó con redoblada emoción en la pantalla de los sueños. Con el rostro contraído por la angustia, vagaba sonámbula por el pasillo oscuro y tétrico, no a impulsos de la curiosidad insatisfecha como en el negativo del sueño, sino empujada por una fuerza invisible que me impelía hacia aquel lugar en contra de mi voluntad.

“Con lúgubre chirrido, la puerta comenzó a abrirse. Sin poderlo remediar, me sentí arrastrada al interior de la habitación, y poco después oía el golpe recio de un portazo a mis espaldas. Por doquier, mortecinas luces azules tremolaban cual mil ojos espiando escudriñadores. En las ventanas, barrotes de hierro gruesos como puños en imagen veraz de cárcel y encierro. Quise gritar, e igual que en los sueños, la voz quedó ahogada en la garganta.

“En cada rincón surgía un motivo que aumentaba mi pavor. Los rostros esbozados de los cuadros me hacían muecas y guiños mientras se oían ayes desgarradores. Me sentía sujeta por invisibles brazos

que me aprisionaban el cuerpo. Unas vaporosas y fantasmales manos se deslizaron por el teclado del colosal órgano, dejando oír una música trágica y sombría. Traté de huir del demoníaco salón y sólo conseguí tropezar con el gigantesco portarretratos que cayó al suelo haciéndose añicos con gran estrépito. Los trozos de cristal roto esparcidos por la alfombra, dibujaron el esbozo de un rostro enmascarado espantosamente contrahecho. Coros de voces repetían al unísono con estridentes gritos la palabra amor, amor, amor. Con risotada sarcástica, la escultura se acercó hasta llegar junto a mí con las manos extendidas. En la pesadilla revivía el momento aquel en que estuve junto a la estatua con intención de desenmascararla. Pero ahora mis dedos sintieron el contacto de la blandura córporea y el calor de la carne. No pude más, y dando un alarido desperté al fin del angustioso sueño.

Orlando alzó la mirada por si alguien quería hablar. Y así ocurrió en efecto.

— Ya Betty —apuntó Juan Carlos—, presiente a su rival de amores oculto tras el antifaz que le obsesiona...

— Y que esconde el rostro de Abel —sentenció James interrumpiéndole.

— Si así fuera, la homosexualidad de Faysal quedaría demostrada —intervino el italiano.

— ¡Calla, Castruccio! —le chilló Matilda—. ¿Qué sabes tú de maricones?

Gustaf, contenido por Erik, no llegó a levantarse aunque fue notoria la no aceptación del vocablo despectivo utilizado por la Rossellino.

— Señores —dijo Orlando—. Sigue la incógnita.

— ¡Que usted podría descifrar! —machacó Gustaf.

— Betty Meredith —continuó impertérrito el guía—, nunca se atreverá a desenmascararla, o las circunstancias se lo impedirán. Es una suerte de temor y olvido de aquello que sospecha y se niega a reconocer. Todo serán sueños y pesadillas o alucinaciones demenciales.

— Pues a mí no me cabe la menor duda —fue contundente James.

— Demasiado pronto para emitir sentencia —replicó Franz enfrentándose al californiano.

— ¿Y por qué no admitir que Abel es un protegido, como un hijo, para Faysal? —fue la opinión ingenua de la señora Hoover corroborada por Tadasu.

Y el oriental añadió:

— Tal vez el niño Abel, “no tiene otra mente que lo que sabe y ve”, ciego y sordo a cuanto oye y hablan.

— Pero no ciegos a lo que sienten —replicó James con ironía.

— Señores. Si les parece, continuaremos con la lectura. Todavía Abel y Betty no se han tropezado frente a frente. Pero esta circunstancia ocurriría poco después. Escuchen:

“Un día... Iba por el pasillo, siempre a la espera de un fortuito encuentro, cuando de pronto, al pasar junto al Salón Azul, se abrió la puerta y el umbral enmarcó la grácil figura del adolescente Abel. Su imagen delicada, pulcro vestir, tímida compostura y bellissimo rostro, me impresionaron. Me detuve ante él. Turbado por mi presencia intentó escabullirse, pero sujetándolo con fuerza, no logró zafarse de mis manos y lo retuve frente a mí.

“—Eres Abel, ¿no? —silabeé con acompasado movimiento de los labios para que me entendiera, a sabiendas de que no iba a contestarme.

“Asintió con la cabeza e hizo ademán de huir.

“— ¿Puedo entrar? —le empujé contra la puerta.

“Desencajado, emitió un grito gutural mientras negaba con la cabeza.

“— ¿Por qué? —fueron las dos nuevas sílabas interrogativas.

“Señaló hacia el interior de la habitación. Luego hizo un gesto, ladeando la cabeza que apoyó graciosamente en la mano mientras cerraba los ojos para dar a entender que no era posible ver al rey, puesto que dormía y nadie debía turbar su retiro.

— ¿Le quieres mucho, Abel? —no pude evitar la insinuante pregunta que entendió perfectamente.

“Clavando la mirada de sus grandes ojos negros en los míos, asintió con la cabeza y desapareció como una exhalación por el pasillo, sin atender a la nueva llamada que no podía oír... ¡No es posible! ¡No es posible!

— Sí es posible, Betty —simuló Gustaf que hablaba con el ama de llaves—. Y permítanme añadir, y no hablo ahora con Betty sino que me dirijo a algunos de los aquí presentes, que no caben discriminaciones ni el titular aberración sexual a un comportamiento que muchas veces sustituye lo estrictamente erótico, por un derroche de nobles y delicados sentimientos afines que pueden conducir incluso al holocausto. En el furibundo ataque al supuesto homosexualismo de Faysal, existe mucho de puritanismo, o quien sabe si más graves dolencias psíquicas —acusó sin personalizar—. Porque el hombre no se compone de una sola faceta, de un vicio o una virtud, sino de un conglomerado de ellas, de las cuales, una puede ser la homosexualidad. Hay que analizar al hombre completo.

— In sólídum —corroboró el filósofo alemán.

— Exacto, ya que puede conducir a errores el estudio de la personalidad del individuo por una sola cara.

— ¡Bravo! —aplaudió frenéticamente el tejano que había dejado de mascar chicle—. Propongo que, atados a una noria, nos den vueltas hasta *desfacetarnos*. ¿Por quién empezamos?

— Si les parece, señores, seguiremos con la lectura —habló el moderador de los diálogos—. El ama de llaves tiene mucho que contar.

Y Orlando continuó leyendo:

“Transcurren nuevos días. Cumplidas mis obligaciones cotidianas, no experimento otro deseo que acecharle a todas horas. Presiento que no habrá remedio para huir de la atracción que me lleva a girar como un satélite alrededor de tan enigmático astro. Vivo pendiente de su vida, esclavizada por la pasión y el torturante espiar que me consume.

“Desde aquel amanecer en que le vi cruzar montado a caballo para internarse veloz en la arboleda, ya no puedo evitar que al alba esté tras los cristales, mientras aguardo la imagen fugaz de su paso. También estoy presente cuando regresa en las horas del mediodía. He elegido adrede ese momento en que simulo arreglar sus flores preferidas, a la espera de un encuentro que no llega, como alimento a mi pasión que vive de esas migajas.

“Almuerza en el comedor sin más compañía que la de sus sirvientes, quienes, con fidelidad de esclavos, atienden a su rey. Luego, conversa a ratos con el ingeniero Krupp, respecto a la presa que le obsesiona. Cuando llega la noche, hipnotizada por la luz azul de su ventana, sueño que aclaro el misterio e imagino descubrir a quien ama, hasta que al fin la luz se desvanece y duermo mi pesadilla de todas las noches.

— Que presumo va para largo —dijo Hemingway interrumpiéndole.

— ¡Acción! ¡Acción! —matraqueó el francés.

— Si lo prefieren, dejaremos la lectura para otro momento.

— ¡Oh, no! —fue la aquiescencia apalabrada de japoneses, suecos, españoles, Piscis y la señora Hoover.

— “¡Avanti! ¡Avanti!” —escandalizaron los italianos.

— Bien —asintió Orlando—. Les leeré unas pocas páginas más.

— Que sean breves —se oyó una voz.

Murmullo de risas y el guía que sigue con la lectura:

“Es evidente que en el palacio falta el detalle femenino de unos ramilletes de rosas en salas y pasillos. Rápida como el pensamiento fue la mano en cortar los tiernos tallos que poco después formaban un bellissimo ramo.

“Me dirigí al vestíbulo sin olvidar el consabido magnetófono que introduje en el bolsillo, y me entregué al arreglo de las flores que fui a ubicar junto a la puerta del salón. Mas apenas comenzado mi trabajo, oí su inconfundible y recio andar y puse en marcha el aparato grabador. No tuve coraje para volverme, ante el temor de que descubriera

la alteración de mi ánimo, y permanecí allí disimulando mi nerviosismo con un arreglo desordenado e interminable de las flores.

“Cesó el ruido de los pasos, por lo que presumí que estaba a mis espaldas. Mis dedos empezaron a manosear nerviosamente las rosas mientras el corazón me latía a punto de estallar. Y entonces ocurrió lo inverosímil: comenzó a hablar, pero no conmigo, pues yo parecía no estar presente en su abstracción inexplicable.

“— ¿Por qué estáis ahí, rosas de mis rosales, encadenadas a una fruslería de porcelana? —fue la extraña pregunta.

“Unas delgadas y pálidas manos se deslizaron junto a mi hombro. Sentí el perturbador contacto al roce con las mías, y quedé en suspenso mientras él acariciaba... las flores con aparente dolor.

“— ¡Pobres rosas! Cuando el enfrentamiento y la muerte sean, con mi sangre, tal vez esté justificado el holocausto.

“Cesó la caricia y dejé de percibir su contacto que me tenía electrizada. Poco después, desaparecía tras la puerta del Salón Azul.

“Todo había ocurrido en un instante, y no precisamente como lo imaginara. Me sentí herida ante aquel desprecio a mi presencia y tan extraño modo de comportarse. ¿Qué suerte de locura le atenazaba? ¿A qué enfrentamiento y holocausto aludía?

Orlando cerró el libro, cruzó los brazos apoyándolos sobre la mesa en clara actitud relajante, y recorriendo con la mirada el grupo de sus oyentes, aguardó a que iniciasen el diálogo.

— Está claro, señores —habló Franz—, que al rey Faysal ni le ocupa Abel y menos le preocupa Betty. Son otras sus obsesiones.

— ¡Sí! ¡Cómo aniquilarlos! —fue tajante James.

— También le veo obsesionado, Cooper. Y le diré una cosa: no hay enfermedades sino enfermos. Ignoro cuál será la dolencia suya, pero la de Faysal, amigo mío —expresó por primera vez el calificativo—, se llama agua y fuego, río y volcán, enfrentamiento y holocausto.

La réplica de James fue contundente.

— Y sádicos asesinatos que no faltarán... amigo Kehrer —recalcó

con cierto retintín el adjetivo amistoso, dando a entender que, amigos, tal vez, pero enfrentados en opiniones, siempre.

— Bien, señores —cortó Orlando—. Mi misión por hoy ha terminado. Que disfruten...

— No será del merecido descanso sino del inmerecido aburrimiento —le interrumpió sonriente el tejano.

— Ya lo dijo el señor Kehrer —se detuvo el guía bajo el marco de la puerta—: no hay enfermedades sino enfermos. Lo que a usted aburre, a otros hace disfrutar... Lo siento. Pero le juro, señor Hemingway, que los acontecimientos le harán olvidar esa palabra: aburrimiento.

— No he pretendido ofenderle.

— Por supuesto. Aunque no ignora que mi misión es despertar al menos la curiosidad, y si es posible, la emoción, que en nuestra particular gira, podría acabar en pánico; nunca en indiferencia. Hasta mañana, pues. A las diez, sí, aquí. Armando, el vigilante, cerrará con llave cuando ustedes decidan abandonar las habitaciones.

— Ahora mismo —se puso en pie Hemingway yendo en pos del guía, seguido por el resto del grupo.

En el vestíbulo se estableció un corto diálogo.

— ¿Cómo va esa cabeza, Erik? —preguntó Aruza al magnetizado, en cuyas mejillas apuntaba un leve tinte de color.

— Muy bien, profesor. Ha sido portentoso.

— Pues no te olvides de poner la cinta en tu frente todas las noches. Mañana amanecerás como un reloj.

— Me siento febril.

— Control mental, hijo. Piensa en algo firme como una roca. Cierra los ojos e imponente a ti mismo diciendo: ¡no tengo fiebre!

— Pero es que la tengo, profesor. Y también sed.

— Jugoterapia.

— Te traeré una naranjada —salió a escape Gustaf.

Poco después, los componentes del grupo se despedían deseando al joven sueco un pronto restablecimiento. Sólo quedaron el cali-

forniano y Erik frente a frente. El duelo verbal fue sorpresivo por lo inesperado y violento, puesto que acabó en agresión física.

— Deberías avergonzarte —le recriminó James.

— ¿Qué quiere decir? —le preguntó un atribulado Erik.

— ¡Ya sé qué razones te han traído aquí!

— No le comprendo.

— ¡Degenerado! ¡Sí, como Faysal!

— Pero, ¿quién es usted? —sollozó—. ¿Qué pretende?

James se abalanzó sobre el infeliz, que lo rechazó gritando:

— ¡Suélteme!

— ¡Esto es lo que te mereces! —le abofeteó brutalmente hiriéndole en los labios de los que brotaron unas gotas de sangre.

— ¡No! —le gritó cubriéndose el rostro.

Y volviéndole la espalda desapareció por el pasillo en dirección a sus habitaciones. Dos contingencias, dos secretos y ninguna revelación. El tiempo aclarará el enigma.

La mayoría almorzaron en el jardín. Hubo jolgorio, diálogos, paseo y disfrute de las peculiaridades de una flora, siempre renovada por exótica. Luego, mientras unos dormitaban, otros leían o dialogaban animadamente. Al anochecer, sólo unos pocos cenaron al aire libre ante el bonancible tiempo, entre ellos el alemán que fue el último en retirarse a sus habitaciones. Como la noche anterior, y en horas de la madrugada, una sombra cruzó el pasillo. Era Franz que, provisto de la correspondiente linterna, penetró en las dependencias de Betty Meredith, y sin dudarle un momento se encaminó hacia la estantería de donde extrajo un ejemplar del diario del ama de llaves ubicado en zona prohibida al turismo por acordonada. No contento con la sustracción, anduvo por la biblioteca hasta dar con una gaveta, y sin pensarlo dos veces, forzó la cerradura con la ayuda de un abre-cartas. Y fueron precisamente cartas lo que había en su interior; cartas escritas a mano con caligrafía femenina, en correcto inglés, y firmada, una de ellas, nada menos que por Betty Meredith. La leyó, y su sorpresa fue mayúscula: acababa de hallar otra pieza clave en la historia de Faysal. Todo un descubrimiento de un valor incalculable. La carta decía así:

“Querida mamá: No sé cómo decírtelo para justificar la decisión que he tomado... No, no volveré. Estoy muy deprimida, y lo que es peor, rehúso medicinarme. No ignoras lo que me ocurre. Sí, me he enamorado locamente de él. Pero Faysal ama... Bueno, tampoco su mente rige bien. Dice cosas extrañas que sólo él entiende, y sufre obsesiones incomprensibles como la construcción de esa muralla convertida en gigantesca presa. Ha discutido con el ingeniero jefe sobre la imperiosa necesidad de volar la colina que separa el río del muro de contención, y otras cosas que no puedo decirte. He sido testigo oculto de la acalorada disputa. ¿Qué se propone?

“Aún hay más. El señor Krupp ha desaparecido, dicen, víctima de un accidente. Hallaron rotas las cuerdas de la pasarela que cruza el río. Aunque existe un puente de hierro, a él le encantaba cruzarlo por ese lugar de tanta belleza panorámica.

“No sé si podré superar mi estado depresivo. Perdonáme, mamá; perdonadme todos. Me estoy volviendo loca. Si algo ocurre, no culpen a nadie; será por mi propia voluntad. Adiós. Betty”.

Franz quedó de una pieza. ¿Por qué no llegó la carta reveladora a su destino? ¿Qué hacía allí en aquel mueble? Decidió guardarla en su bolsillo y dejó las restantes en la gaveta. Poco después abandonaba la habitación. Al volverse para dejar la llave en su lugar, creyó vislumbrar una sombra que, rápidamente, se ocultó en el recodo del pasillo. Aligeró el paso, y cuál no sería su sorpresa al tropezarse con James Cooper. Quedaron frente a frente unos segundos.

— Buenas noches —esbozó el californiano una sonrisita irónica.

Y cada cual siguió su camino como si se tratara de un fortuito encuentro.

No hay duda —pensó Franz—. James me espía. Debo ponerme en guardia. A lo mejor también investiga y tiene “in mente” penetrar en la suite del ama de llaves. ¿Qué tontería! —habló para sus adentros mientras se encaminaba hacia sus habitaciones.

DOMINGO, 18

Bis de la escena de ayer: un nuevo vestíbulo junto a otra escalera, trece turistas que aguardan la llegada del guía, y Orlando que se presenta y explica la ausencia de los suecos.

— Erik sigue enfermo —dijo—, y junto con Gustaf, han pedido ser trasladados a sus nuevas habitaciones. No asistirán, por lo tanto, a la reunión de hoy en las dependencias del ingeniero Krupp.

— Profesor Aruza —se lamentó Thierry—. Su biomagnetismo parece haber fracasado.

— Alto ahí —replicó el aludido—. Es posible, muy posible, que Erik precise unas sesiones de control mental y la aplicación de unas planchas magnéticas de mayor potencia en gauss, lo que supondrá someterse a una cura en mi Centro de Salud Natural.

— Profesor —insinuó Tadasu, interesado en el tema—. ¿Podría usted explicarnos qué es el biomagnetismo?

— Con mucho gusto, amigo Kato —se infló como un palomo buchón—. Es una cuestión referida a los efectos de los imanes sobre el cuerpo humano, o sea, el estudio de las fuerzas magnéticas, con sus dos polos norte y sur, en su correlación con el organismo; porque siendo la Tierra y el Universo, macrocosmos, nosotros somos el microcosmos. Entonces, las leyes que regulan el magnetismo, controlan a su vez la influencia magnética sobre el ser humano...

— Profesor —intervino Orlando interrumpiendo una vez más la perorata de Aruza—. Su disertación es muy interesante, pero siento comunicarle la imposibilidad de apartarnos de lo estrictamente programado. La suite del señor Krupp nos espera. Tengan la bondad de seguirme.

Aruza, contrariado por la nueva interrupción, siguió al grupo en pos de Orlando, quien, poco después abrió la puerta de la habitación del ingeniero.

— No hay nada personal en estas dependencias: despacho, biblioteca, cuarto de aseo, terraza...

— ¿Vedada también? —le interrumpió Hemingway.

— Vedada también... Y no ignoran las razones. Pero, vayamos a lo nuestro: el diario de Betty Meredith. Les ruego que presten atención.

Y empezó a leer:

“Hoy, al pasar frente a la puerta del Salón Azul, observé que la llave estaba puesta. No tuve reparo en hacerme con ella guardándola en el bolsillo. Seguramente, habrá otras muchas de repuesto y no se aperibirán de la desaparición. Porque es imperativo que yo posea esa llave, y pueda entrar y salir a mi antojo en el intrigante salón. Y así fue como al día siguiente, cuando ya los hermanos sordomudos habían abandonado el aposento, y Faysal encaminaba sus pasos en dirección a la presa, me introduje furtivamente en la habitación dirigiéndome hacia el escritorio. Sobre la mesa, había unas pocas cuartillas escritas. Para evitar transcribirlas a mi cuadernillo, leí en alta voz mientras grababa:

“¡Oh, paraíso de mi felicidad! ¡Cuán lejos y cuán cerca de mí! Tan lejos, que desde este lugar mi mirada no te alcanza, aunque dentro de mi corazón te siento. *Demasiado tiempo he estado sentado a la sombra pero ahora, mis ojos se han abierto* ¿Qué saben ellos del despertar de las fuerzas dormidas? ¿Qué saben de la misión encomendada por los dioses? Yo busco al creador, y con Zaratustra *cantaré mi canción a los solitarios*, aunque el pueblo y el rebaño se irriten contra mí, porque sé bien que nadie va a comprenderme y me tildarán de destructor...

— ¡Muy claro, señores! —exclamó un James regocijado ante el supuesto descubrimiento—. También él, Faysal, canta su oda a la destrucción arropándola con el ente de la creatividad.

— Si la destrucción es creación —replicó Franz—, y el supuesto genocidio, sólo consecuencia involuntaria de las acciones del super-

hombre que en su demencia cree encarnar —¡he dicho y repito, involuntaria, a fuer de reiterativo!—, todo cuanto ocurra, que aún no sabemos, podría estar justificado.

— ¿Justificada la destrucción y el crimen? ¡Si no se recata en expresar sus ansias de exterminio!

— Pero reconoce también la finalidad creadora.

— En uno y otro caso —intervino Aruza—, el paciente Faysal hubiera precisado de unas sesiones de sofrología y psicoterapia.

— ¿Y por qué no, profesor, una buena dosis de biomagnetismo, por ejemplo, entre diez y quince mil gauss? —se burló Hemingway.

— Señores —señaló el guía con ambas manos el diario abierto sobre la mesa—. Les suplico que me permitan continuar.

Y Orlando siguió con la lectura:

“Me dirigía hacia la salida con ánimo de abandonar el salón, cuando el ruido de unos pasos me detuvo en seco. Alguien se acercaba por el pasillo. Rápidamente fui a ocultarme una vez más tras las cortinas de la ventana y puse en marcha la cinta grabadora en el preciso instante en que, abierta la puerta ya, oí la voz autoritaria de Faysal que decía:

“— ¡Sí, Krupp! ¡La obra está finalizada pero le aguarda otra misión que cumplir!

“— ¿Otra misión?

“— Siéntese, Krupp. Le explicaré aunque no alcance a su entendimiento. De acuerdo con mis deseos, la muralla de contención ha sido convertida en una gran presa.

“— Un trabajo de titanes, a mi juicio innecesario.

“— ¡Era imperativo, Krupp!

“— No entiendo.

“— Lo innecesario es que lo entienda. La presa, como tal, debe ser llenada.

“— Sigo sin comprender, rey Faysal. A las gentes del pueblo les sobra el agua.

“— ¡Pero a mí, no, Krupp! ¡A mí, no! —alzó la voz—. Necesito del agua, ¡toda el agua!

“— Cada vez lo entiendo menos.

“— ¡No lo comprendes, Krupp! ¿Cómo, entonces, crearé ese ente? —pareció que hablaba consigo mismo—. ¡Por encima de ti! ¡Por encima de todos!

“Siguió un silencio prolongado, y de nuevo la voz de Faysal, ahora más tranquila y sosegada, rompió el forzado mutismo.

“— La colina que separa el río de la presa, debe ser volada... Escalonadamente, claro, para evitar que las aguas irrumpen con demasiada fuerza en el interior del embalse.

“— ¡Es una locura! Esa muralla fue construida para proteger al pueblo de las crecidas del río.

“— Y ha sido suficientemente reforzada.

“— Sí, pero vivirán con el constante temor de que un día pueda derrumbarse.

“— Se derrumbará, Krupp, se derrumbará. He de cumplir con esa misión.

“— ¿Qué misión?

“— *Con la nueva mañana, una nueva verdad vino hacia mí.* Lo dijo él.

“— No entiendo de acertijos, rey Faysal. Pero, ¿qué será de su pueblo?

“— Tu Dios velará por ellos. El mío me ordena obedecer, y he de cumplir ese mandato.

“— ¿Y quién velará por usted?

“— *Bienaventurados los adormilados porque ellos se dormirán enseguida.* ¡También lo dijo él!

“— No me alcanzan sus palabras y menos sus intenciones.

“— Hermann.

“— Le escucho, rey Faysal.

“— Eres una criatura limitada... ¡Como todos! Pero eres también el puente que preciso para el cumplimiento de la misión encomendada.

“Krupp debió levantarse con fuerte ímpetu, y la silla rodó por el suelo con estrépito.

— ¡Un momento, Krupp! —le gritó Faysal colérico—. ¡No he terminado todavía! Tu segunda tarea después de arrasar con la colina, será montar en las compuertas de la presa el dispositivo que haga posible su voladura.

— ¿Se ha vuelto loco? ¡Nunca haré tal cosa!

“Pude escuchar los pasos de quien, seguramente, se encaminaba ya hacia la salida, y poco después se dejó oír un fuerte portazo.

— ¡Seguiré mi ruta pese a vacilantes y pobres de espíritu! —gritó Faysal—. También lo dice él; ¡y yo, Faysal Bin Abdula Al Saud, rey de Cumbres!

“No hubo respuesta y sí un segundo portazo, por lo que deduje que Faysal había abandonado el salón. Salí con precauciones del escondite tras las cortinas, y abriendo la puerta, me encaminé hacia mis dependencias. No sabía qué pensar. O tal vez no quería, simplemente porque le amaba.

— ¡Viva! —se regocijó Thierry—. ¡Ya está ahí el hombre de la acción, el Napoleón zaratustrano en versión ejecutiva, fuera de utópicas lucubraciones filosóficas de oscuro sentido!

— ¡Ese está como una cabra! —chilló la Rossellino.

— ¡Calla, Matilda! Que si yo, como tú aseguras, no entiendo de maricas, a ti no te va la filosoffa faysaliana.

— Me apasiona el relato —dijo la señora Hoover.

— Y a mí, el personaje —corroboró la española Clara, hasta ahora, con Taro Kasura, los menos dispuestos a participar en los diálogos.

— Pues sigamos con el uno y el otro —asintió Orlando—, siempre de la mano y pluma del ama de llaves.

Y continuó leyendo:

“Hoy, mientras arreglaba las rosas de la rosalada, presentí de pronto su presencia a mis espaldas. Como una autómatá pulsé la cinta grabadora escondida en el bolsillo. Igual que días atrás, sus

manos, ausentes de las mías, acariciaron las flores hablándoles de incomprensible manera.

— Pronto estaréis allí, rosas de mis rosales. Y será el niño Abel quien cuide de vosotras mientras despierta el gigante Aguafuego. Que el reloj de mis días, tiene contadas sus horas.

“Sus manos tropezaron con las mías despertándole a la realidad de mi presencia. Y habló entonces con el mismo tono suplicante ¡pero habló conmigo!

— Ha de cuidar de las rosas —me miró con ojos extraviados—, para que allí vivan hasta el día del holocausto.

— ¿Qué holocausto? —me atreví a preguntarle a sabiendas de que no me respondería.

“Sorpresivamente, hubo respuesta aunque no a la medida de mis deseos.

— Él lo sabe, pero no debe decirlo.

“Me sentía transportada a un mundo desconocido, conducida de su mano como el ciego en pos del lazarillo. Pero las palabras que dijo a continuación, volvieron a sumirme en la perplejidad, con frases cuyo sentido me era incomprensible. Y una vez más dejó de hablar conmigo.

— No habrá flores bastantes para la tumba de la gran montaña. Será empresa de titanes convertir el erial en jardín, en lucha contra los monstruos de piedra y las ardientes lavas. Mas, es vuestro sino que allí estéis cuando allí nadie viva.

“Un hilillo de sangre brotó de sus dedos. Pero él, en su abstracción inexplicable, no sentía el dolor de la carne lastimada por las púas del rosal.

— ¡Mi rey! —exclamé con ánimo de volverle a la realidad de mi presencia—. ¡Se ha herido!

“Pero el ausente de mis palabras, continuó desmadejando el hilo de sus pensamientos en un divagar interminable.

— Los dioses me invocan instándome a cumplir la misión para la que he sido escogido. ¿Quién morirá? ¿Tú, agua, o tú, fuego? Tal vez ninguno de los dos, como los móviles de mi salón del eterno

movimiento. Vosotras, sí moriréis... ¡Y yo! —estrujó las rosas entre los dedos—. Aunque será un privilegio morir allí, a la espera del eterno retorno.

“La mirada le brilló con extraños destellos. Volvía de su mundo alucinado.

“— He visto con el esmero que cuida mis flores. Pero mis rosas deben estar allí —señaló hacia el volcán—, sublimadas en una acción creadora. Y si fuera imperativo, ¡morir conmigo y con mi pueblo también!, pese a ser un acto espantoso y condenable.

“Le vi partir como un sonámbulo, y fue mi adiós un suspiro con palabras que se llevó el viento.

“— No volverá a suceder, señor. No habrá más rosas en un jarrón para adorno de un pasillo. ¡Se lo juro, mi rey!

Orlando cerró el libro.

— Y termino por hoy, señores, pues no quiero agobiarles con tanta lectura. Para quienes lo prefieran, pueden almorzar en el jardín. Lamento no poder acompañarles; me lo impiden mis obligaciones profesionales. Buenas tardes.

No hubo diálogo final. La mayoría se encaminó hacia el patio, profusa y novedosamente engalanado con rosas blancas y rojas, respectivos símbolos de Betty Meredith y Faysal. Durante el almuerzo, el diálogo fue intrascendente.

— ¿Qué hace usted, profesor? —dijo Hemingway dirigiéndose a Aruza, quien había introducido un delgado instrumento en el vaso que apuraba.

— Bebo mi cerveza después de colocar en la jarra el lápiz magnético.

— ¡No me diga! —sonrió Hemingway—. ¿Acaso escribe así mejor?

Aruza no captó o no quiso aceptar la respuesta irónica.

— Mi lápiz —dijo con énfasis—, magnetiza los líquidos; y entonces, el ion hidrógeno es alterado y pasa como nutrimento específico a mi cuerpo, al liberar los minerales contenidos en la cerveza. ¿Quiere usted? —hizo ademán de introducirlo en el vaso del tejano.

— ¡Oh, no! —se opuso Hemingway anticipándose a colocar la mano sobre su recipiente a guisa de tapadera—. Estoy sobrado de minerales, profesor. Todavía mi cuerpo guarda como recuerdo de la guerra vietnamita, trozos de metralla no extraídos, e ignoro si el cirujano que me intervino olvidó en mi vientre alguna pinza —volvió a sonreír con sorna.

A los postres, de nuevo Hemingway puso en el aire una nota más de su buen humor. No estaban presentes los suecos, por supuesto.

— La veo muy callada, Piscis. Y así como el profesor Aruza no desperdicia ocasión para apabullarnos con sus prácticas biomagnéticas y de medicina naturópata, a usted le falta un buen cliente —le alargó la mano.

— ¿Habla en serio?

— Todo lo serio que me permite mi idiosincrasia; que no es mucho, pues suelo tomarme la vida en broma.

Piscis pareció animarse.

— Antes le diré su horóscopo. ¿Cuándo nació?... Año, día y hora.

— ¡Uf! Me pone en un aprieto. Creo que... allá por el año 45. Sí, un miércoles, diez de Octubre, a las doce de la noche y con luna llena. Claro, no puedo asegurarlo porque no me dejaron verla en ese instante. Pero sí presumo, de la impaciencia y curiosidad del astro nocturno por asistir al nacimiento de tan importante personaje.

— Humor no le falta. Veamos, Hemingway. Es complicado. Tendría que saber, además de la hora en que nació, la hora local. Porque si no coincide con la legal y solar, a causa del adelantamiento de los relojes, no puedo detectar la hora sideral, factor indispensable para encontrar el ascendente...

— ¡Caray! —le interrumpió el tejano—. ¿Quiere que le diga una cosa? Lo de sumar y restar sólo me va en la *pasta* y en los años que tengo —hizo reír de nuevo a cuantos le escuchaban—. Si le parece, Piscis, dejaremos el horóscopo y vayamos a la mano.

— Pues deme su mano.

— ¿Va a casarse conmigo?

— Es usted poco serio, Hemingway.

Y quedó absorta analizando las yemas de los dedos y deteniéndose en el monte de Venus. Luego de un minucioso examen, extrajo los consabidos polvos que extendió sobre un papel.

— Le prevengo, como la señora Hoover, que la vida no podrá rebajármela por debajo de los cuarenta.

— Larga vida —apuntó Piscis.

— A mí sólo puede matarme una bala. Y eso ya fue —hizo reír de nuevo a los presentes.

— Veamos lo que le dice la mía —le alargó la mano Thierry—. Dejemos el horóscopo. Encuentro más interesante la quiromancia.

Piscis miró y remiró, y después de examinar la mano con un calibrador, le soltó a quemarropa:

— Su línea de la vida es corta, muy corta, señor Thierry. Y de veras, lo siento.

— ¡Vaya! —rió el francés tomándolo a chacota. —Le auguro, Piscis, que si llega la tercera guerra mundial, le va a sorprender la corteidad de muchas vidas en portadores de líneas largas —hizo reír a la concurrencia.

Y se acabó el predecir más futuros negros y a corto plazo con Erik y Thierry como elegidos.

Aquella noche, Franz se preparó para efectuar la tercera correría nocturna con fines de investigación, que bien podría ser la última. Sin embargo, las cosas empezaron mal. Por lo pronto, la llave no estaba en su lugar, colgada en la pared. Se dirigió hacia la habitación de Krupp, y cuál no sería su sorpresa al comprobar que la puerta se abría al manipular el picaporte. Ya en el interior encendió la linterna. Rebuscando en los cajones, halló de pronto una carta con el membrete de H. Krupp; una carta que éste escribía a su familia en Alemania, que por lo visto no llegó a su destino. Transcribimos los párrafos que a Franz puso en vilo:

“— ...No alcanzo a comprender lo que sucede. Si Faysal ha perdido la razón, no debo transigir en sus proposiciones. De una muralla de contención para prevenir las inundaciones en las crecidas del

río, me ha obligado a construir una presa para un pueblo de dos mil almas que si algo le sobra es el agua. Por si no fuera bastante, pretende volar la colina que la separa del río y llenar así el embalse. Pero lo inconcebible, que he rehusado aceptar, es su proposición de minar las compuertas de la presa. No creo equivocarme si afirmo que ha perdido la razón, y es su deseo enfrentar río y volcán a través de la gran hendidura emplazada en la base de la montaña.

“Me siento vigilado, y, desde luego, responsable de cuanto pueda ocurrir si accedo a sus pretensiones. No sólo está en juego la vida de los dos mil habitantes del pueblo, que quedaría sumergido si sobreviene un accidente, sino la posibilidad de provocar un cataclismo de imprevisibles consecuencias. Le he pedido que me releve del cargo, y me ha contestado lo imposible de acceder a mi deseo en tanto no encuentre sustituto. De momento pues, no puedo abandonar el reino. Menos mal que experimento otras satisfacciones... Son un consuelo. Ya sabéis de mi predilección por cruzar la cascada a través de la pasarela y no por el más alejado y seguro puente de hierro. Es peligroso, lo sé, pero ese lugar ejerce sobre mí una atracción irresistible. Hace unos días tuve que reforzar una de las cuerdas a punto de romperse. ¡No me importaría morir aquí! Por otra parte, ¡me encuentro tan deprimido!...”.

Termina aquí la carta, sin finalizar ni firma, y con sólo el membrete estampado al comienzo de la misma con el nombre del ingeniero Krupp. Los expertos en caligrafía —habló Franz para sus adentros—, decidirán si es o no auténtica.

Rápidamente la introdujo en su bolsillo en el preciso instante en que la luz de una linterna le iluminó el rostro desde cierta distancia, haciéndole exhalar un grito contenido.

— No se asuste, señor Kehrer. Soy James Cooper.

— ¿Qué hace usted aquí? —se repuso el alemán, en tanto enfocaba el rostro del californiano.

— Lo mismo podría preguntarle —respondió James con aplomo—. No ignora que nos está vedado introducirnos, como usted y yo hemos hecho, en el Salón Azul y en las habitaciones de Betty Meredith y el ingeniero Krupp; y menos aún, en avanzadas horas de la noche.

Uno y otro, desde el lugar en que se encontraban, siguieron manteniendo aquel duelo verbal y de mutuo enfoque, con los círculos luminosos dirigidos a los respectivos rostros.

— ¿Me espía usted, Cooper?

— ¿Acaso ha olvidado que nuestra misión es investigar? No es un secreto. Fue la contestación dada por ambos a la pregunta de Orlando: ¿A qué ha venido a Loquilandia? Usted y yo, desde luego, a saber la verdad de lo ocurrido. Esto es un juicio, Kehrler. Y cuanto aquí sucedió no es precisamente lo que Orlando nos cuenta; lo sabemos los dos, o al menos lo presentimos. Un juicio, con Faysal como reo de asesinato en las personas de Betty, el ingeniero Krupp y el sordomudo Abel, además del horrible genocidio practicado con su pueblo; un juicio en el que usted se ha erigido abogado defensor, ¡y perdedor, Kehrler, no lo dude! Interesante, ¿eh? Y por cierto, ¿cómo van sus investigaciones?

Las luces seguían clavadas en los inalterables rostros.

— Las pruebas que poseo no comparten su criterio.

— ¿Pruebas? —se carcajeó el californiano—. No me haga reír, Kehrler. Conozco la historia de Faysal.... Referencias fidedignas. Y aunque es la primera vez que estoy aquí, no se me oculta quién es el asesino y culpable de genocidio.

Los dos continuaban enfocándose para mejor atisbar las mutuas reacciones.

— ¡Por Dios, Cooper! Como fiscal de la acusación, ¿no le parece que va demasiado aprisa? Se diría que le preocupa la inocencia de Faysal.

— O a usted su culpabilidad. Y puesto que ambos investigamos...

— Sí, pero partiendo de premisas diferentes —le interrumpió Franz—. Usted lo cree culpable; yo me ratifico en su inocencia. Y por si encuentra alguna prueba que avale su tesis, dejo a su disposición el estudio del señor Krupp. Le conviene seguir buscando, pues anda equivocado, Cooper. Pero no olvide que estamos transgrediendo los estatutos del VAL.

— Lo sé.

— Por favor, ¿quiere apartar la linterna de mis ojos?

— ¿Quiere usted apartar la suya?

— Con mucho gusto —se encaminó Franz hacia la salida—. Le deseo que tenga suerte en sus averiguaciones... ¡Ah! Y no olvide cerrar con llave y colgarla en la pared. Podrían descubrirle. Buenas noches, Cooper.

Y abriendo la puerta, un sonriente Franz se encaminó con paso ligero hacia sus habitaciones.

LUNES, 19

La reaparición de los suecos, con Erik, si cabe, más delgado y paliducho, motivó una tanda de saluciones a las que el joven enfermo contestó con secos y cortantes monosílabos, sin que nadie advirtiera el desplante que hizo a James al volverle la espalda por motivos que sólo él conocía. Sin embargo, con Aruza fue más explícito.

— ¿Has hecho uso de la cinta magnética?

— Sí, profesor.

— ¿Y de la jugoterapia y nutrimentos específicos, ajo, cebolla...?

— Bueno... sí... Pero...

— Pero, ¿qué?

— Ahora los dolores son aquí —señaló el bajo vientre—. Y tomo los antibióticos que me prescribieron en mi país porque vuelvo a tener febrículas. Ayer me examinó un doctor en la enfermería del castillo.

— ¿Y qué dijo?

— Me ordenó continuar con la medicación antibiótica.

— ¿Cuántos días llevas tomándola?

— Diez. Y la repito a menudo.

— ¡Qué disparate! ¡Estos médicos alópatas! Si tuviera a mano las planchas magnéticas, con una aplicación de un par de horas dos veces al día y una medida de seis mil gauss, quedabas como nuevo. Porque lo que tú tienes, Erik, es una anemia provocada por el abuso de antibióticos que han robado el hierro a la hemoglobina de la sangre.

— Lo que yo tengo, de sobra lo sé —aureoló de misterio la escueta respuesta.

— Es preciso concentrar ese hierro —siguió impertérrito Aruza abstraído en la temática—, ahí, en la zona afectada. Pero como no dispongo de las planchas, haremos uso de las barras, una en cada mano y continuaremos con la cinta magnética que, escúchame bien, Erik, relaja la concentración nerviosa acumulada en tu cerebro, con la ayuda, claro, de una nutrición bien balanceada en función de minerales, vitaminas, aminoácidos y proteínas. Esta noche, en tu alcoba, será la primera sesión de terapia magnética; con media hora es suficiente.

— Profesor Aruza —cortó Orlando—. Lamento mucho tener que interrumpir una vez más su interesante disertación, pero ha de reconocer que ha elegido un momento inadecuado, ya que abajo esperan los quince consabidos turistas pendientes de nuestra salida para entrar en el lugar que ocupamos. De veras lo siento, pero no puedo salirme de lo estrictamente programado.

— Y lo estrictamente programado, consiste en escuchar las cuitas de esa pobre infeliz, Betty Meredith, locamente enamorada de su rey. Le diré, Orlando, que uno y otro, ama de llaves y Faysal, lo que hubieran precisado, no lo dude, es una buena dosis de biomagnetismo y sofrorización.

— No lo dudo, profesor, pero es tarde para prácticas magnéticas y de control mental en quienes están bien muertos; no les harán resucitar. Así pues, si les parece, continuaremos escuchando las lamentaciones de Betty Meredith, no exentas del consiguiente...

— Misterio —matraqueó el tejana.

— Esta gira, señor Hemingway, sin los ingredientes de la intriga y el misterio, no tendría razón de ser —sonrió Orlando—. Aunque nos espera también, sin misterio —volvió a sonreír—, el museo de "L'Horloges", los trescientos relojes de la colección de Faysal. No ignoran que el rey persa comulgaba con el eterno retorno de la filosofía nietzscheana, y opuso a la muerte esa antítesis constituida en movimiento y sonido, que simboliza el tictac y perenne pendular de los marcadores del tiempo y otros sofisticados sistemas móviles que verán. En fin, que aquí están los relojes del rey persa —abrió una puerta de cristales policromados—, pregonando que él no ha muerto,

y de alguna manera, que ahí están sus átomos dispersos a la espera de la conjunción en el eterno retorno. Y bien. Tienen media hora para contemplar esa maravillosa muestra de sonido y movimiento donde no faltan inspirados diseños, la sonería de horas, cuartos y medias horas, y docenas de simbologías y sofisticaciones en movimientos y transmisiones. A las doce en punto estaré de nuevo con ustedes. Los trescientos sincronizados relojes, darán la hora dejando oír la música de cada uno de ellos.

— Igual que en Jerez —palmoteó Clara.

Orlando transpuso el marco de la puerta, y los quince turistas se desperdigaron por los dos pisos del salón de "L'Horloges". Media hora más tarde se congregaban de nuevo junto al guía.

— Y bien, señores. Faltan muy pocos minutos para las doce —apuró Orlando—. Estén atentos. Allí —señaló el centro del recinto—, junto a la escalera que conduce al segundo piso cuyas galerías abiertas dan a la planta principal, es el lugar idóneo para la audición. Síganme, se los ruego.

Transcurrido el tiempo de espera, Orlando, que miraba fijamente su reloj sincronizado con los trescientos de Faysal, exclamó:

— ¡Ahora!

Y fue todo un espectáculo oír las doce campanadas del sinnúmero de relojes y el estrépito musical de otras tantas sonerías.

— Buen tema de inspiración para un compositor de música contemporánea —apuntó Franz. Trescientos instrumentos lanzando al aire una música atonal, disonante y descompasada.

— Y sin director —apuntó Aruza— Todos a un tiempo, y cada cual por su lado.

— ¡Ya tengo el nombre! —sorprendió Thierry a los componentes del grupo.

Los allí reunidos miraron con sorpresa a quien parecía hallarse ante la pila bautismal.

— Sinfonía del Tiempo —especificó.

— Habrá que matizar añadiendo *del tiempo que se fue* —apostilló Piscis.

— El tiempo sí que se nos ha ido a nosotros, señores —señaló el guía los quince consabidos asientos—. Es imperativo reanudar la lectura.

Y empezó a leer:

“Una mañana... Aguardaba su salida desde el reducto aquel de las complacencias para mi corazón enfermo. Habituada a verle cruzar como una exhalación, me extrañó que se detuviera descendiendo de la cabalgadura. Algo debió ocurrir que le llevó a observar una de las patas traseras del animal. Luego, tras darle unas palmaditas, le cogió de las riendas y siguió a su lado en dirección al bosque. La bestia cojeaba visiblemente.

“Tuve entonces la idea de seguirle; una ocasión igual no volvería a presentarse. Me encaminé pues hacia el jardín preocupada por lo que diría si por azar era descubierta. El deseo de descubrir nuevas circunstancias en su vida alentaban mi decisión. El sendero diariamente hollado y la blancura del corcel, facilitaron la persecución emprendida. El bosque se espesaba y pronto acabé perdiéndole de vista. Sin amilanarme por tal contratiempo, seguí la senda, segura de no extraviarme, mientras pensaba que siempre estaría a tiempo de reemprender el regreso sin dificultades. Súbitamente, en un claro de la espesura, descubrí la blanca grupa del caballo junto a la entrada de una cueva media oculta por las ramas. Creí que había llegado el final de mi aventura. ¿Y si de pronto me tropezaba con él? ¿Cómo justificaría mi presencia en aquel lugar?

“Me interné en la cripta con el ánimo tenso, aunque dispuesta a satisfacer mi curiosidad, pese al gran temor que experimentaba. Un suave aroma a rosas me trajo el evocador recuerdo de lo ocurrido días antes. El silencio era absoluto y sólo los pasos de mi andar medurado resonaban con desagradable eco, como en las escenas de suspense. En un primer momento no pude percibir los límites de la cueva, pero una vez acostumbrada a la oscuridad, alcancé a definir claramente el contorno del recinto, embudo enorme al que se descendía por unos escalones naturales labrados en el suelo. La luz irrumpía a través de un amplio túnel cuyo extremo asomaba al exterior, y allí me dirigí conteniendo la respiración ante el temor de verle aparecer en cualquier instante. Adosada a la pared fui acercándome con cautela. Un sordo zumbido comenzó a gravitar sobre mi cabeza con

la impresión de algo que se arrastra por el suelo. Llegué a la nada agradable conclusión de que aquel túnel se hallaba excavado bajo el lecho del río, y era el deslizarse de las aguas la causa del persistente murmullo. El rugido del volcán puso en vilo mi alma. Negras bocas de otros túneles despedían fuertes rachas de aire caliente que me azotaban el rostro. Pronto me vi envuelta por densas brumas y comprendí que de un momento a otro comenzaría a gritar horrorizada. Ya en los labios afluía el grito de socorro, cuando de súbito, las nieblas se dispersaron y el panorama que se ofreció a mis ojos me hizo enmudecer. Arrancando del suelo en círculo completo, se elevaban las paredes de un gigantesco cráter, cubiertos los muros pétreos con extrañas figuras de lava y altos cipreses como estatuas silentes de un cementerio. En contraste con las esfinges de piedra, el verde césped cubría el suelo, y esparcidos por doquier, rosales y más rosales rojos en visión de pesadilla. Era, exactamente, la imagen real de uno de los cuadros del Salón Azul. Nada se movía en aquella atmósfera quieta, donde hasta las flores inmóviles simbolizaban la muerte.

“En el centro del cráter, cercanos a una pequeña laguna, Abel y Caín regaban las flores y el césped. Un poco más lejos, Faysal contemplaba el imponente panorama de Cumbres. A su lado, sorpresiva e inexplicablemente, un regio sillón a modo de trono, desentonaba del entorno. ¡Nunca lo hubiera imaginado!

“La niebla me envolvió de nuevo y el tétrico panorama desapareció de mi vista. Arrimada a la pared, fui acercándome hacia donde él estaba, cuando de pronto, su recia voz retumbó en el enorme agujero con la fuerza de mil voces. Sus palabras llegaron a mis oídos, extrañas e incomprensibles:

“— Montaña que nunca serás santuario de amores ni lugar para reposo de visiones contemplativas. Montaña que has de erigirte en mausoleo de pétreas lavas que un día guarde mi cadáver. No experimento temor ante lo inevitable y tan cercano. Ahíto de creación, un dios me ordena hacer de ti el gigante Aguafuego; un dios que me ha elegido como al superhombre de la misión en ciernes.

“Las nieblas se aclararon, y lo que vi y oí me heló la sangre en las venas. Abel, arrodillado, sollozaba fuertemente sujeto por los cabellos ante un Faysal enardecido que increpaba a no sé qué dioses con un monólogo por él mismo dialogado.

— ¿Qué esperas, Faysal? ¿Por qué te estremeces y qué mueve tu temor? ¿Las pasiones? ¿La ira? ¿El miedo? ¿La duda? Ya nada podrá detenerte. ¡Arrasa con los débiles! ¡Destruyelos y destrúyete a ti mismo en loor de eternidad y creación!

— Yo amo, como Zaratustra, lo creado con la propia sangre. La hora está cercana, lo sé. Si es preciso apartaré del camino a necios, vacilantes y pobres de espíritu. Y si mi pueblo debe sucumbir, ése será el día del gran holocausto.

— Rey Faysal. Desde tu mísero agujero, ansías elevarte sobre ti mismo. Pero aún no baila un dios en tus adentros.

— ¡Yo aspiro a ser ese dios! ¡Y nunca arrojaré de mí al héroe a quien tan pobre ves tú, dios de no sé qué alturas o abismos!

“Cesó de hablar la montaña y las brumas me envolvieron de nuevo. El retorno al silencio en aquel escenario muerto, me trajo a la realidad de mi presencia en una cita a la que no fui llamada. Comprendiendo el alcance de mi intrusismo al espiar su secreto vivir, y ante el temor de ser descubierta, huí veloz ocultándome en las nieblas que, si antes me horrorizaban, me trajeron ahora la tranquilidad de un escondrijo seguro. Poco después emprendía el regreso al castillo.

— Y aquí termina por hoy nuestro relato —cerró el libro Orlando con expresivo gesto.

— ¡Impresionante! —exclamó la señora Hoover

— Repelente, diría yo —habló un despectivo James.

— Por adjetivarlo de alguna manera, lo encuentro zaratustrano de pocos, muy pocos quilates —dijo Franz.

— ¿Cuándo nos enfrentaremos a tan tétrico panorama? —preguntó el Taro Kasura de la escueta palabra.

— Cuando eso ocurra —dijo Orlando con voz grave—, la visión sera otra, y... desde un lugar que no imaginan.

— ¡Misterio! —exclamó reiterativo Hemingway.

— ¿Es que pretende volvernos locos, Orlando? —insinuó Piscis.

— En este lugar, locos, sólo los personajes de la historia. Pero si alguno de ustedes se siente predispuesto, ya lo saben, tiene vía libre para marcharse —sonrió.

— ¡Uf! ¿Tan horribles acontecimientos nos esperan? —inquirió Erik.

— Orlando, como siempre, sólo trata de impresionarnos —matizó Hemingway.

— Señores, les dejo. Es la hora del almuerzo, de los comentarios y las discusiones, sin el moderador que hoy, por imperativos de la profesión, no puede acompañarles. Buenas tardes.

Y allí quedaron los interlocutores enfrentados, los mudos y los irónicos, los apartados por ausentes del diálogo ya que no de la presencia física y, por supuesto, los irreconciliables de siempre, James y Franz, de tan opuestos criterios. Pero no sería precisamente el alemán y el californiano quienes iniciaran la controversia.

— Ahí tiene a su Napoleón —se dirigió Hemingway a Thierry en tono despectivo—, ante un Moscú rugiente, lanzando proclamas y alocuciones “grandiosas hasta rozar el ridículo”, que diría Stefan Zweig.

— Insulta usted a nuestro “Gran Empereur” —se molestó el francés.

— Su “Gran Empereur”, reconózcalo Thierry, no quedó a muy buena altura que digamos después de tan desastroso final.

— Hemingway hace referencia —intervino Franz conciliador—, a las ridículas alusiones de Faysal, con sus alegorías, metáforas y pobre concepción filosófica.

— Incluida la homosexualidad —terció James en la conversación.

— Homosexualidad no demostrada —se alzó Franz.

— Ignoramos qué ocurrió con anterioridad al momento en que las brumas se dispersaron ante los atónitos ojos del ama de llaves.

— No ocurrió nada —fue tajante el alemán.

— ¿Y cómo lo sabe?

— Sólo sé lo que Betty Meredith narra al respecto en su diario.

— No es difícil suponer qué vio y oyó que le helaron la sangre en las venas.

— Vio y oyó cómo Faysal monologaba con sus dioses.

— Quizá su puritanismo de enamorada del rey loco, le impidiera describir aquello que vieron sus ojos.

— Afirmación gratuita que exige una confirmación. Va muy aprisa y alegremente expone sus deducciones. Abel se arrastra a los pies de su señor por su condición de esclavo que adora a su rey.

— También afirmación gratuita, Kehrer.

— Faysal mantiene apartado a Abel sujeto por los cabellos.

— O es Abel quien se resiste —machacó James.

— Lo arroja lejos de él mientras invoca a sus dioses —fue la réplica del alemán.

— ¿Y por qué no pensar que es el joven sordomudo quien forcejea por liberarse de las manos que lo sujetan? —insistió el californiano.

— Señores —habló Franz—. Si esa escultura, que por asexual pone un interrogante más en el relato, plasma o no el rostro de Abel, es una cuestión secundaria en la vida del rey persa, una anécdota e ínfima faceta de su personalidad.

— Y un despreciable comportamiento de la flaqueza humana —sentenció de nuevo James.

— ¡Nos insulta usted! —se enfureció Gustaf.

— No personalizo.

— ¡Y nos discrimina con el sambenito de despreciables! —machacó Gustaf indignado—. Le diré, Cooper, y a usted, Kehrer. Más despreciable y discriminador fue Hitler con los judíos. ¿O es que anida en ustedes la filosofía nazi a nivel de sexo? ¿Nos enviarían tal vez a los crematorios?... ¡Vámonos, Erik! —les volvió la espalda.

Y abandonaron la sala seguidos por Carlos, Clara, los italianos, y un francés dando bufidos ante lo intolerable de ridiculizar al Napoleón de la dulce Francia.

Pero aún quedaban más interlocutores válidos.

— Faysal —tomó de nuevo la palabra Franz—, “se siente portavoz de imperativos del más allá”, que diría Stefan Zweig, poseso de misteriosas fuerzas sobrenaturales y potencias superiores, como un Nietzsche, un ridículo Nietzsche, maticemos. Porque estimo que no está a la altura del pensamiento nietzscheano; ni la poca profundidad de las parafraseadas metáforas zaratustranas es lo que importa, sino su ética que es cuanto aquí merece ser discutido. Faysal ha leído a Nietzsche como cualquiera de nosotros, y lo interpreta a su manera en ese teatro de marionetas de Cumbres, con una filosofía naturalista que él, y sólo él, maneja a su antojo. No podemos confirmar todavía al Faysal violento, cruel, sádico, asesino y genocida que algunos pronostican —miró a James que, sorpresivamente, permaneció en silencio aunque atento.

— Nosotros —alzó los ojos Taro—, los orientales, comprendemos la filosofía de la violencia y la divinización del hombre o superhombre, como quieran llamarlo. Sobre todo, después del fracasado intento de occidentalizarnos, sería mejor decir, americanizarnos, arrebatándonos, primero, la aureola de divino a nuestro emperador Hirohito, y después, nuestras costumbres e idiosincrasia. Pero, resurgiremos —lanzó una mirada de reto a su alrededor.

— Comprenderán también la filosofía de la destrucción —le atajó Hemingway, molesto por las alusiones a su país—, pues con la ayuda del otro monstruo, no precisamente nietzscheano ni faysalesco sino hitleriano, bien pudo ser una realidad *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, si la Alemania nazi y el Japón militarista ganan la guerra.

— Señores —tomó de nuevo la palabra un reposado Franz—. No divaguemos. El análisis de la historia de Faysal, pasa por un examen ético, aparte lo que tenga de aventura y espectáculo que ya sabremos. Su altura intelectual y profundidad de la mente es secundario.

— Creo —habló la señora Hoover—, que no tendré otro remedio sino actuar de moderadora en ausencia de Orlando —sonrió—. ¿Por qué juzgar anticipadamente acontecimientos y conductas sobre hechos y personas de una interesantísima historia que apenas si ha comenzado? ¿Qué les parece si escuchamos la opinión del señor Kato?

Como movido por un resorte, el aludido se levantó dispuesto a satisfacer el ruego de la anciana inglesa.

— “Quietamente sentado, sin hacer nada, llega la primavera y crece la hierba sola”.

Y sonriendo, con el deseo de ser más explícito, añadió:

— Así esperaba ver a Faysal en ese cráter: como en una choza de pasto y bambú cubierta de “tamami”, alrededor de un hoyo para el fuego, sin rosas rojas ni hermanos sordomudos, “quietamente sentado”, bebiendo la “escarcha del jade líquido”, el “cha-no-yu”, un té verde finamente pulverizado, estimulante de la meditación, muy estimado por los antiguos “samurai”.

— Faysal no está en China ni en el Japón, amigo Kato —sonrió Franz—. Reside en el corazón de África, muy lejos de la filosofía oriental, tanto o más que de la nietzscheana.

— Y respecto a meditación —machacó el californiano James —le diré que lo tiene más que meditado puesto que apunta: *Y si debe sucumbir mi pueblo, ése será el día del gran holocausto*. Como en el incendio de Roma por Nerón, sólo falta aplicar la cerilla, que equivale a manipular el dispositivo que provoque la explosión de la presa. De choza cubierta de “tamami” y “escarcha de jade líquido”, nada, señor Kato.

— Lo dice Alan Watts en *El camino del Zen* —replicó el oriental—: “no hay nada innatural en quedarse quieto. Los gatos lo hacen; y aun los perros; los llamados pueblos primitivos; los indios americanos y los campesinos”.

— Pero Faysal, no. A Faysal le bulle la mente, no en loor de meditación, repito, sino de premeditación.

— Y yo —pareció decepcionado Tadasu— que esperaba oírle recitar sobre “la fragancia de las hojas que se queman en la niebla de una montaña de otoño, una bandada de palomas iluminadas por el sol contra un nubarrón, el sonido de una cascada invisible al anochecer o el grito solitario de un pájaro desconocido en la espesura del bosque”. Porque como dice un poema “zenrin”: “Los gansos salvajes no se proponen reflejarse en el agua; el agua no piensa recibir su imagen”.

— ¡Bravo! —aplaudieron acaloradamente Piscis, Aruza, Hemingway, la señora Hoover y el otro oriental.

Sólo James y Franz, que no se habían sumado al sonoro aplauso, quedaron frente a frente, fiscal acusador y abogado defensor, sin reo, juez ni jurado. Extrañaba la ausencia de controversia entre tan opuestos interlocutores. En el alemán estaría justificado por la posesión de los tres documentos que sólo él conocía; en James, quizá por el alarde empleado como conocedor de la historia, a juzgar por sus afirmaciones.

— Usted y yo, Cooper, pretendemos ser historiadores de una historia que, como bien apunta la señora Hoover, apenas si ha comenzado.

— Kehrler —sonrió irónico el californiano—, le aguardan muchas sorpresas.

— Y a usted también, Cooper —estrujó contra su pecho la cartera con los documentos—. ¿Qué le parece si aplazamos el juicio?

— De acuerdo, Kehrler, de acuerdo.

Y por primera vez, sonrieron, ahora sin ironía, mientras abandonaban el museo de "L'Horloges". Pero todo era un espejismo, una tregua donde seguía en pie el enfrentamiento, que pronto sería aureolado por el odio.

MARTES, 20

— **B**uenos días, señores. ¿Han descansado bien?... ¿Sí? Me alegro. ¿Se actuó con moderación?... ¿Sí? También me alegro. ¿Qué adónde vamos hoy? De museo a museo. Almorzaremos en el fondo del mar.

Orlando hacía las preguntas y daba las respuestas sin la participación afirmativa o negativa de los quince del grupo. Estaba alegre y hablador como nunca, y nadie sabía por qué. Diríase que tenía prisa por empezar la jornada de hoy.

— Nos aguarda el Museo Oceanográfico —habló con cierto énfasis—, aunque debo matizar, y aclaro, que se trata de un gran espectáculo de muy sofisticada tecnología, producto de la exuberante imaginación de Faysal y el concurso de famosos arquitectos y técnicos especialistas en la materia, que roza los límites de la ciencia-ficción. En su construcción se empleó un material recién descubierto que dio como fruto el que ustedes puedan pernoctar hoy, simbólicamente, claro, en las profundidades del mar. Momentos claves del espectáculo ocurrirán mientras almorzamos y cenamos en el interior de ese gigantesco acuario.

Se había propuesto hablar sin que nadie le interrumpiera y lo estaba consiguiendo.

— Señores —enfaticó una vez más—, entraremos en el abismo marino a través de esa puerta invisible, enorme pecera abarrotada de exuberante flora y fauna marina, que se abrirá con sólo pisar la alfombra que está a nuestros pies.

El grupo transpuso la puerta acuática que giró sobre sí misma para abrirse y volver a cerrarse nuevamente. Un prolongado ¡Ooooo-oh!, brotó de los labios de los quince asombrados turistas.

— Están en las profundidades marinas —siguió con la explicación—, un inmenso recinto de cristal y plástico endurecido, transparente como el agua que contiene, de gran resistencia y no reflectante, el nuevo hallazgo químico al que hace unos momentos les hice referencia. Creerán palpar el agua; la pueden tocar, pero sin mojarse. Estamos, óptica y fenomenológicamente, sumergidos. Nada iguala en el mundo (su Disney World es un juego de niños, señor Hemingway), a este extraordinario y original acuario de descomunales dimensiones, donde el suelo que pisamos y el techo que lo sustenta, son también gigantescos recipientes sobre y bajo los que nos movemos, entre plantas y animales de una exuberante flora y fauna submarina, rocas, peces, crustáceos y otras muchas estructuras. Y he aquí el porqué de estar simbólicamente sumergidos. Difícil distinguir qué formas vivas están fuera del agua y cuáles dentro.

— Por supuesto, nosotros fuera —rió Hemingway.

— Sí —corroboró Orlando—, pero, dígame, ¿qué ramas de esa planta colgante sobre nuestras cabezas, se hallan inmersas, y cuales en el exterior? Vayan pues con cuidado si no quieren... *tropezar* con el agua —sonrió—. Y si dirigen la mirada hacia lo alto, verán desfilar sobre sus cabezas, veloces delfines, peces espadas y cientos de especies submarinas de variadas formas y gama multicolor. Y allí —señaló un confuso y ondulante círculo luminoso— el sol que nos alumbra desde el firmamento azul, ya que estamos en una singular pecera al aire libre en la que nadan incluso tiburones.

— ¿Y cómo traen el agua y la renuevan? —preguntó intrigado Juan Carlos.

— Por tuberías que no sólo conducen petróleo y gas procedente de Persia, de paso para otras naciones, sino también agua del mar.

— ¡Inaudito! —exclamó Aruza.

— Querido Orlando —habló con cierto entusiasmo Hemingway—. Esto, mas que *juliovernesco* y *cienciaficciónico*, cabría adjetivarlo de *superdisneywoldiano*.

— Enrevesado vocabulario. Permítame que lo anote para soltarlo en la primera ocasión que se me presente ante nuevos grupos de turistas.

— Pues no olvide anotar también —se burló el tejano—, del peligro que les acecha si por azar se contagian de la *loquilanditis faysalesca*.

Risas y Orlando que les invita a sentarse.

— ¿Sentarnos? —puso cara de pasmo Hemingway.

— Estas plantas no son otra cosa que cómodos y ocultos butacones —se sentó Orlando.

— ¡No me diga! La imaginación de Walt Disney se queda corta.

— Ya le previne que aquí no se aburriría. Y la gira apenas si ha comenzado... Comprueben: esta planta les sirve de poltrona; y pueden tocarla con la mano. Y esta otra también. Pero aquella, no. ¡Inténtelo! Sus dedos...*tropezarán* con el agua; sí, a fuer del plástico endurecido, que nada refleja y no pueden ver. Un material acrílico de transparencia tan perfecta, que la resistente pared es ópticamente invisible. Vean: ahí dormita un soberbio tiburón; aquí, esa gigantesca tortuga. Uno dentro, y la otra fuera del recinto. Imposible detectar con la mirada la barrera que la separa del gran selacio.

— ¿Y quién cuida de todo esto?

— ¡Misterio! —parodió Orlando a Hemingway—. Un misterio que será aclarado esta noche en una singular cena-espectáculo en este mismo lugar. Por lo pronto, si les parece, almorzaremos. ¡Camareros! —llamó Orlando.

Unos grandes crustáceos se acercaron andando sobre sus patas, dos de las cuales eran humanas y las restantes artilugios del disfraz. Ubicados fuera de la muralla acrílica transparente, junto a otros gigantes cangrejos verdaderos que dentro se arrastraban por el fondo del acuario, avanzaron hacia el grupo portadores de sendas conchas que mantenían sujetas con las pinzas delanteras que ocultaban las manos.

— Esto sí que es cosa de locos —sonrió Aruza—. ¿Y qué comemos? ¿Filetes de ternera o huevos fritos?

— Sopa de algas marinas y pescado. Cualquier pescado que ustedes deseen o puedan imaginar.

— ¿Y la bebida? —interrogó Castruccio, empedernido bebedor.

— Beberemos placton, el alimento de millones de peces. No olviden que estamos reviviendo la existencia de nuestros antepasados bajo las aguas.

— Echaré de menos mi pepsi-cola —protestó el tejano.

— Y yo mi cerveza —corroboró Aruza.

— Y de mi champán, ¿qué? —exigió Thierry.

Poco después traían las correspondientes bebidas alcohólicas, refrescos, cervezas y bandejas con succulentos solomillos.

— Su pepsi, señor Hemingway —le ofreció Orlando—. Y para usted, cerveza, profesor.

— Falta el lápiz magnético —ironizó el tejano.

— Lo llevo siempre conmigo —lo introdujo Aruza en el vaso.

— Los demás se servirán de acuerdo con sus preferencias.

Una salva de aplausos acogió la decisión afortunada del guía. Sólo Thierry no se sumó al acto sonoro y permaneció arrogante con una mano oculta tras la solapa de su chaqueta. El guía se había olvidado del champán francés.

— No aplaude usted, amigo Thierry —pareció sorprendido Hemingway.

Inusitadamente, Tadasu dio la réplica.

— Un proverbio chino dice que una sola mano no aplaude.

— Es que la otra pertenece a Napoleón —rió con sorna Juan Carlos.

— ¡No es eso! —replicó un tanto molesto el francés—. ... Orlando se ha olvidado de mi champán.

— ¡Oh, perdón, señor Thierry!

La llegada del champán fue recibida con un nuevo y cerrado aplauso, incluida la mano napoleónica.

Se comió y bebió opíparamente, sin echar de menos al más renombrado restaurante madrileño, parisino o londinense. Y fueron muchos quienes degustaron del exquisito plancton y buen pescado. A los postres, Orlando anunció:

— Hoy la perorata será breve —miró de soslayo al tejano—. Un grito en el desierto. Monologa Betty Meredith. Espero los comentarios, porque la intrigante historia continuará mañana en...

— ¡Misterio! —martilleó el tejano.

— Pues, sí, señor Hemingway. Hasta mañana, nada diremos respecto al lugar de la reunión.

Y empeco a leer:

“Pese a todo, presiento que acabaré convertida en su esclava; una esclava sobre la que aún pesan las terroríficas imágenes e incomprensibles palabras que vi y oí en el cráter de la gran montaña...”.

— ¡Terroríficas! —interrumpió James la lectura del guía—. ¡Óiganlo bien, señores! ¿Qué se esconde tras esa palabra que le causa tanto terror? ¿La homosexualidad de Abel y Faysal al descubierto?

Franz negó con la cabeza y Orlando continuó leyendo:

“No comprendo cuando habla de Naturalezas dormidas que es su misión despertar; de entes creadores y gigantes que tienen por nombre Aguafuego; de fuerzas sobrenaturales; de no sé qué dioses y Zaratustras demoníacos gesticulando ante el espejo de su alma. Y menos le entiendo cuando afirma que nadie morirá salvo el superhombre, el elegido...”.

— ¡Nadie morirá salvo él, el elegido! Anote James —habló el alemán—. Habrá catástrofes, accidentes y suicidios, pero no apunta el asesino y genocida.

— ¡Morirá, sí!... después de haber asesinado a su pueblo —machacó el californiano.

— Si me lo permiten...

— Siga leyendo, Orlando —dibujaron los labios de Cooper una mueca de satisfacción.

“¿Qué le inquieta cuando asegura que enfrentará río y volcán, aunque haya de arrasarlo con débiles, ignorantes e indecisos?...”.

— ¡Habla de arrasar, Kehrer! —fue la nueva alusión del californiano.

— Esperemos al final —replicó el alemán con aplomo—. Le repito que le aguardan muchas sorpresas, Cooper.

Y Orlando siguió una vez más la tantas veces interrumpida lectura:

“¿A quién alude cuando dice que él pronunciará un día las proféticas palabras? Sé de sus juegos de creatividad demencial que me causan pavor y ahí están, en el impresionante Salón del Eterno Movimiento, donde temo entrar tanto o más que en el otro Salón Azul. ¿Acaso está loco?”.

— ¡Como una cabra! —sentenció Juan Carlos con la repulsa general.

Orlando, sin inmutarse ante la enésima interrupción, continuó leyendo:

“Pese a todo, ¡le amo! Aunque me aterra oírle decir que no es de los superfluos que nunca debieron nacer, y sí de los ansiosos de la muerte voluntaria. Y más me aterra cuando habla de destruir a los débiles y a sí mismo, y se pregunta: ¿Por qué tiembles, Faysal?”

“Hasta mí han llegado malas noticias; corren de boca en boca entre la servidumbre. Krupp, el ingeniero que dirige la construcción de la presa, ha muerto, se rumorea que en accidente al cruzar la pasarela cercana a la cascada. Las cuerdas fueron halladas rotas. ¿Qué ocurrió? ¿Fue en verdad un fortuito accidente? Y si no es así, ¿por qué y por quién?...”.

— Por Caín, sí, la mano criminal y ejecutora del rey Faysal —no pudo reprimirse Cooper.

— Rotas y no cortadas, escribe Betty Meredith —especificó Franz.

Orlando pasó por alto las alusiones del californiano y el alemán y continuó:

“El pueblo está impresionado. Faysal ha traído de inmediato un sustituto: Husayn Bakr, un ingeniero procedente de la Arabia Saudita. ¿Para qué si la gran presa está finalizada? Semanas después, la colina que la separa del río sería volada y las aguas llenaron el embalse. Por segunda vez me pregunto: ¿Para qué? La gente vive inquieta y le asalta el temor. Faysal no se deja ver. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?...”

— Todavía faltan muchos porqués por aclarar, señores —terminó la lectura Orlando—. Y no todos los interrogantes serán descifrados. Ahora, les aconsejo que dejen para otra ocasión sus discrepancias sobre la controvertida historia que mañana, les prevengo, tomará un sesgo interesante que a algunos hará reflexionar. Si desean salir del recinto, ya lo saben: pisen la alfombra ante las puertas de entrada al acuario. A las diez en punto estaré aquí, y, mientras cenamos, asistirán a la otra gran función. No se lo pierdan. Hay luna llena y será impresionante. Hasta luego.

Y a las diez en punto giraban de nuevo las gigantescas puertas del acuario para ofrecer a los atónitos ojos de los quince turistas (nadie faltó a la cita), el inigualado espectáculo de un fondo submarino iluminado por la luna, con mil fosforescencias procedentes de la fauna y flora, adobadas con otros muchos complicados artilugios que en forma alguna restaban grandiosidad al inconcebible escenario.

Y la gran sorpresa fue la súbita aparición de unos extraños monstruos marinos, no otros que curtidos submarinistas disfrazados de gigantescos pulpos, descomunales langostas, lentas y pesadas tortugas, y otras muchas bestias de las profundidades marinas, nadando más allá de la muralla acrílica, entre la variada gama de los verdaderos dueños del mar: tiburones, delfines, peces espada y toda la fauna piscícola exuberante en formas y colorido. Eran los cuidadores del acuario, los basureros que, provistos de sofisticados artilugios, absorbían peces muertos y toda clase de detritos.

El otro espectáculo, no menos atractivo, fue la presencia de agraciadas señoritas disfrazadas de sirenas, portadores de una apetitosa cena terrícola cien por cien. La evolución de las especies, no permitía a los estómagos digerir con placer de sibarita, las primicias alimentarias de nuestros primeros orígenes por mucho que Orlando insistiera en la tesis ya conocida de que la vida procede del mar.

Todo acabó en este octavo día de exposición, con alguna que otra controversia y esbozos de réplicas aisladas, pronto interrumpidas por el moderador. Bien podía tacharse la jornada de hoy, de *juliovernesca* siglo XX.

MIÉRCOLES, 21

— ¡Qué contraste, pasar del sofisticado Acuario al “The Bedroom”, el dormitorio del rey Faysal, réplica exacta en muchos detalles, del ubicado en el castillo de Baviera!... Y, buenos días a todos, con perdón —dijo en un inciso Orlando, que es quien hablaba al grupo—. El rey loco (me refiero a Luis II de Baviera, ya que locos acabarían los dos), tenía predilección por los dormitorios suntuosos. Vean —abrió la puerta de par en par dando paso al grupo—. La alcoba, de estilo neogótico, donde se puede admirar la filigrana del tallado en el tocador y sillón, y de manera especial en la cama. Las pinturas corresponden a escenas de la ópera de Ricardo Wagner, Tristán e Isolda. Las cortinas del lecho son de color azul, predilecto del rey Luis II, detalle curioso éste, pues esa puerta conduce precisamente al Salón Azul, las dos íntimas dependencias del rey, aparte el secreto refugio en las entrañas del volcán.

— ¿Y cómo pudo conseguir tanta fidelidad en la réplica? —preguntó la anciana inglesa.

— Señora Hoover. También el dólar si petro es dólar. Pero vayamos a lo nuestro. Hoy hemos elegido el regio dormitorio de Faysal, porque aquí acaecieron sucesos en determinadas circunstancias, que en cierto modo, si no van a cambiar el curso de esta historia, sí el concepto que a algunos le merecen sus personajes. Puede que alguien se sienta defraudado por lo inesperado de las conductas, los hechos acaecidos y las palabras que aquí se dijeron, lo cual nos va a relatar, como es costumbre, Betty Meredith en su diario novelado. Escuchen lo que escribe:

“Algo le ha ocurrido a Faysal, pues no se le ve por parte alguna. La servidumbre comenta que está muy ocupado con el nuevo inge-

niero Husayn Bakr. ¿Qué traman? Tampoco suena ya la alucinada música del órgano electrónico que pone en vilo mi alma cuando la escucho desde el parque o al pasar junto al Salón Azul. Hoy, sin poderlo remediar, me encaminé hacia el dichoso salón. Quizá sus escritos puedan explicarme lo que ocurre, y quién sabe si tal vez se presente la oportunidad de asistir desde mi escondrijo tras las cortinas, a otra entrevista con el nuevo ingeniero Bakr, que aclare mis dudas y temores. Por fortuna, no me he tropezado con los hermanos sordomudos. ¿Dónde están? ¿En el agujero aquel de la montaña, junto a su rey?... Me horrorizo de sólo pensarlo.

“Sigilosamente, puse la llave en la cerradura y abrí la puerta. No era la hora misteriosa de los efluvios azules que varias veces he vislumbrado desde la montañeta del parque con la ayuda de unos potentes prismáticos. En la penumbra, la escultura del antifaz mostraba su silueta sobrecogedora. Rehuyendo el escalofriante encuentro, me dirigí hacia el escritorio donde sólo hallé cuartillas en blanco que me causaron una gran decepción. Al fondo, el gigantesco órgano permanecía cerrado. ¿En qué se ocupaba entonces, si no escribía ni creaba música? Dudé si enfrentarme o no a la escultura. La ocasión era propicia para descubrir el enigma del antifaz. Cobrando arrestos me acerqué con gran sigilo como si se tratara de una persona y no de una entelequia de mármol. Era preciso aclarar de una vez para siempre, a quien personificaba aquel rostro. ¿Y si fuera...? ¡Oh, no, Dios mío! ¡No es posible!

“Alargué la mano, pero el ruido de unos pasos me obligó a volverme rápidamente. No tuve tiempo de ocultarme; sólo el justo para poner en marcha la cinta grabadora, y quedé inmóvil, entreabiertos los labios y sin respiración. La puerta se abrió y el corazón me dio un vuelco. ¡Era Caín! En un primer momento, el contraluz no me permitió ver con claridad sus facciones hasta que la agresiva silueta avanzó hacia mí tras cerrar la puerta de un fuerte manotazo. Estaba enfurecido. Cada paso de él, me hacía retroceder. Acabé, sin proponérmelo, por hallarme en la suntuosa alcoba de Faysal. De pronto mis tacones debieron tropezar con la tarima que sustentaba el lecho, y caí al suelo de espaldas, momento que aproveché para abalanzarse sobre mí, mientras emitía lascivos y guturales gritos. Estaba clara su intención de violarme. Me defendí como pude de sus acometidas en tanto él me destrozaba el vestido rompiéndolo a jirones. Era la potencia del

roble ante la debilidad de la caña que acabó doblegándose. No pude más y, al sentir el contacto de su carne con la mía, empecé a gritar.

“De improviso, el hueco de la puerta dibujó la silueta de un Faysal arrebatado por la cólera. En la mano blandía un látigo de puntas aceradas que descargó con inusitada furia sobre el violador, tumbándole en el suelo con la espalda y pecho ensangrentados. Me interpuise, llorosa y a punto de desfallecer.

“Faysal señaló con fiero ademán la puerta de la alcoba, y Caín desapareció por ella arrastrándose como un reptil ensangrentado. Luego, se volvió hacia mí, transfigurado el rostro, hermoso y corpulento como un David de Miguel Ángel.

“— ¿Te ha hecho daño esa bestia?

“Cabeceé negativamente pese a que había arrasado con mis ropas, lastimado la carne y... prefiero no recordarlo.

“— ¿Te ha hecho daño? —me preguntó por segunda vez.

“Bajando la cabeza ruborizada, negué de nuevo.

“— ¿Cómo te llamas?

“— ¿No me reconoce? —clavé la mirada en los ojos de mirar ausente que ya conocía.

“— Pregunto por tu nombre de pila —pareció de vuelta a la realidad de mi presencia.

“— Betty.

“Faysal enmarcó con ambas manos mi rostro. Estaba desnuda y él mismo ocultó mis senos con las desgarradas vestiduras.

“— Eres hermosa, muy hermosa, Betty. Y tus labios, sin afeites —deslizó blandamente un dedo por ellos—, son como los pétalos de mis rosas rojas —me tomó en brazos depositándome en el lecho real.

“El corazón me latía a estallar. Temblaba no sé si de temor o deseo cuando le dije:

“— ¿Va a poseerme, mi rey?

“Su respuesta me dejó helada.

“— No soy de los denigradores del cuerpo de que habla Zaratus-tra, pero tampoco de los concupiscentes de la carne como esa bestia a

quien debiera haber azotado hasta morir... Todo está lejos ya, muy lejos. ¿Puedes olvidar? ¿Quieres?

“Asentí con la cabeza incapaz de pronunciar una palabra. Volvía de nuevo a su mundo alucinado.

“— Ahora me acompaña él, y me espera una misión —me cubrió el cuerpo con la colcha de lino azul estampado.

“— ¿Quién es él?

“— Zaratustra... No sé si un dios o una entelequia filosófica.

“— Entonces, ¿no me hará suya? —le traje a la realidad de mi presencia, desnuda en el lecho real.

“— Podría contestarte con él: Y con qué aire tan lindo la turbia sensualidad sabe mendigar cuando se le niega un trozo de carne — me arropó aún más sentándose a mi lado.

“— ¿Va a negarme ese trozo... de carne, mi rey? —traté de alejarle de ese dios o entelequia filosófica.

“— No, Betty. No dispongo de tiempo para ti, y de muy poco para mí. Por otra parte, ¿qué puedes ofrecerme tú, criatura? ¡Tú, que nunca serás puente para el dios que habita en mis adentros!

“— ¿Qué dios?

“— Aún no sé de su nombre. Un Zaratustra tal vez.

“— ¿Por qué tanto le menciona?

“— Porque me preocupa su ideal: crear al superhombre.

“— Zaratustra fue un loco.

“— ¡Zaratustra fue un creador lírico y profeta! Y yo soy el hombre solitario que él desprecia, amante de sí mismo, consumiéndose en su propia llama a la espera de realizar la misión encomendada.

“— ¿Qué misión?

“Me miró a los ojos y comenzó a hablarme a sabiendas tal vez de que no era conmigo con quien hablaba.

“— Despertar a los que duermen. ¡Enfrentarlos! Escuchar el nuevo verbo sin palabras de la imagen que espanta, la luz que ciega y el trueno que ensordece. Y morir, cumplida la profecía, a la espera del eterno retorno.

“— ¿Por qué habla de morir?

“— Porque sólo con la muerte alcanzaré la inmortalidad.

“— ¿Puedo acompañarle? —me temblaron los labios.

“— No, Betty. No preciso de un compañero para la muerte como Kleist. Si voy contigo —cerró los ojos—, podría caer en la lascivia y la lujuria. Duerme tú ese sueño. Quizá no esté aquí cuando despiertes; y tal vez tú tampoco. Duerme ese sueño, Betty. Es cuanto puedo ofrecerte.

“Siguió un silencio no interrumpido por ninguno de los dos, con un Faysal ausente de cerrados párpados, como si meditara. Descendí del lecho dispuesta a huir de fogosidades verbales que no entendía, y me encaminé hacia la salida. Al pasar junto a la escultura, me detuve a mirarla una vez más. Allí podía estar la clave de mi frustración y su desprecio. En una tercera tentativa, alargué la mano que ahora nada ni nadie detendría. Era imperativo desvelar de una vez para siempre el misterio de aquel rostro. Mis dedos ya casi tocaban el negro antifaz, cuando un disonante y estruendoso acorde del gigantesco órgano, me hizo volverme horrorizada.

“— ¡No harás tal cosa, Betty! —tronó la voz de Faysal que, sentado ante el demoníaco órgano, tenía las manos inmóviles extendidas sobre el teclado.

“Alargué la mano de nuevo, y como si tuviera ojos en las espaldas, zumbó en el aire una escala atonal y estridente, bruscamente cortada, que una vez más detuvo mi impulso de arrasarlo con el obsesionante antifaz.

“— ¡No lo hagas, Betty! —rugió—. Los arcanos son historia y la historia ayer; un ayer que no deseo recordar.

“Por enésima vez el intento; por enésima vez el aullido de un nuevo acorde; por enésima vez también el desgarrador grito paralizó mi mano.

“— ¡No lo harás!

“Me volví. Faysal, en pie, me contemplaba desde el trono sonoro con los brazos extendidos. Lentamente fui acercándome, y sin poderlo remediar, atraída por el poder de aquellos ojos que parecían querer hipnotizarme, me arrojé en sus brazos desvaneciéndome.

“Cuando creí recobrarle, me hallé en mi aposento. ¿Qué había sucedido? ¿Era tal vez un sueño? ¡No! Allí estaban, deladoras en un rincón, las rasgadas vestiduras. Busqué con ansiedad en los bolsillos. ¡Y allí también el magnetófono, ya detenido! Febrilmente rebobiné, y al pulsar la tecla de reproducción, ¡oh, Dios!, reviví lo sucedido, con aquel final de su recia voz que me gritaba: ¡no lo harás!... Y el aullido por acorde y unos apenas audibles ayes, suspiros y gritos entrecortados traduciendo ¿espasmos de placer y dolor?... Tal vez sí, aunque también pude escuchar incomprensibles metáforas con las que el hombre Faysal, no el superhombre ni el dios, trataba quizá de encubrir el burdo placer de la carne despreciada. Si todo ocurrió así, no lo sé, no lo puedo saber, porque Caín... ¡Oh, Dios mío!

“Ya avanzada la noche, cuando el silencio era absoluto, casi sin desearlo, brotaron las lágrimas confortadoras. Poco después, agitados sueños me envolvían con brumas de pesadilla. Vi entonces como la enmascarada escultura avanzaba hacia mí, precedida por la luz azul y horrible música. Altiva y arrogante, cual invencible diosa, se fue acercando hasta clavar en mí las negras cuencas de sus ojos vacíos.

— ¿Quieres saber quién soy? —me habló tan cerca que sentí su aliento azotándome el rostro.

“Y se arrancó el antifaz. Pero tras la máscara surgía otra, y otra, repitiéndose la escena con irritante burla.

— Te contaré mi historia —volvió a sonreír.

“Y de sus labios brotó una risotada sarcástica mientras se alejaba esfumándose en las tinieblas.

“Cuando desperté, un sudor frío empapaba mi cuerpo. En el silencio de la noche pude escuchar una agitada respiración que en mi desconcierto no reconocí como mía. Llena de angustia busqué a tientas el interruptor, y al fin la luz desvaneció el sueño horrible.

Orlando cerró el libro y alzó la mirada.

— Les agradezco que no me hayan interrumpido durante el relato. Por ello seré condescendiente en la controversia que ahora empieza.

— ¡Apasionante! —exclamó la señora Hoover.

— Bueno... No es una historia para no dormir pero entretiene — aseveró Clara.

— Vaya, que sigue la trapisonda —se expresó Hemingway—, y cada vez sabemos menos de adonde nos conduce este viaje con tan truculenta historia.

—“Los placeres del viaje no residen tanto en llegar adonde uno quiere, como en las inesperadas sorpresas que ocurren durante el trayecto” —habló el metaforizante Tadasu—. Es una concepción taoísta aplicable a este capítulo de la vida de un Faysal, rebelde ante la idea de recordar el pasado que la entelequia de mármol parece simbolizar, y hasta pienso si los ayes reproducidos en la cinta, son sólo el producto de las pesadillas sufridas por esa pobre criatura mientras duerme en la alcoba de su rey después del desvanecimiento. Dice un proverbio del Zen: “el camino es mejor que la posada”. Caminemos pues, sin pretender averiguar *adonde nos conduce este viaje con tan truculenta historia*, señor Hemingway. Yo, que no soy filósofo como el señor Kehrer, lo enunciaría diciendo: no añoro la meta; amo el camino. Y aunque no ignoro —y ninguno de nosotros tampoco— lo que se propone Faysal, y cual es la meta donde pretende llegar, afloran intenciones que hacen el viaje apasionante. Betty Meredith es sólo un peón en el tablero de ajedrez que mueve el rey persa; igual lo es Krupp y los hermanos sordomudos Caín y Abel. En cuanto al supuesto homosexualismo de amo y esclavo, es sólo una anécdota. La historia tiene otra raigambre de mayor profundidad e interés. Estoy con el señor Kehrer.

— Seamos pragmáticos y puntualicemos —habló Thierry—: ¿Fue consumada la posesión? —puso en el aire el interrogante.

— Y si lo fue, ¿por quién? —apuntó malévola la Rossellino—. ¿Por ese animal con patas que apodan con propiedad Caín... También hay un final grabado en la cinta, con ayes y suspiros después que la miss pierde el sentido en brazos de su David. ¿Qué ocurrió? Porque no estoy de acuerdo con las aseveraciones del señor Kato. ¿Tiene la cinta, Orlando? ¿Por qué no la oímos?

— No seas morbosa, Matilda —le reprochó su marido.

— ¡Calla, Castruccio! ¿Qué entiendes tú de morbosidades eróticas? Veremos si aquí te despabilas, hombre —levantó un murmullo de hilaridad.

— Ya lo oyeron, señores. Betty presiente que la clave de la indite-rencia de Faysal se halla en esa escultura —señaló James hacia el Salón Azul a través de la puerta cerrada—. Y aunque no lo confiesa, en su mente apunta la idea de la impotencia u homosexualidad de Faysal.

— La clave —habló un reposado Franz—, puede no estar en la homosexualidad y supuesta impotencia sino en esa caricatura del superhombre de la misión encomendada por los dioses, con preten-siones zaratustranas que le encadenan la mente adormeciéndole los sentidos. Sea lo que sea, ¡apasionante!, como apuntan Tadasu y la señora Hoover.

— Bien, señores —intervino Orlando moderador—. ¿Por qué no oímos otras opiniones? Tal vez Gustaf tenga algo que decirnos. La pregunta del señor Thierry sigue en pie. Y nadie parece estar muy convencido.

— ¿Cuál es la pregunta?... ¡Ah, sí! ¿Por quién fue consumada la posesión, o la violación? Si fue el príncipe persa cabría catalogarlo de bisexual. Y si fue Caín... No sé, tal vez los dos, o ninguno —fue la respuesta del sueco que nada aclaraba.

— Para mí la duda reside en saber si fue aquí o allí —señaló Hemingway tarima y lecho, lo que provocó risas en cuantos le escu-chaban.

— Entonces —habló Orlando—, el interrogante continúa en el aire.

— ¡En el aire! ¡Si la miss lo da a entender! —machacó la italiana con morbosidad—. Es ella quien afirma... Déjeme el libro, Orlando, ¿quiere?

Y se puso a hojear el diario del ama de llaves.

— Sí, aquí lo dice; y muy claro por cierto “Si todo ocurrió así, no lo sé, no lo puedo saber porque Caín...” —leyó.

— Además —recalcó Cooper—, lo llama violador.

— Y se entrega al David desvaneciéndose en sus brazos, después de haber sido violada —volvió a la carga la Rossellino—. ¡Esa cinta, Orlando! ¡Y los ayes y suspiros! Puede ser una prueba irrefutable — fue reiterativa la italiana.

— ¿Y por qué dar tanta importancia a posesión y violación? — sentenció Castruccio—. El que fuera la gozó.

— ¡Calla, animal! —le soltó un soplamocos la irascible esposa.

— Cerremos la controversia —miró su reloj Orlando—. Nuestro tiempo ha terminado. Sólo me resta añadir, que lo ocurrido en la alcoba de Faysal, hará mella en la mente de Betty Meredith, que a partir de este momento y con el agravante de otros muchos sucesos que el relato conlleva, le conducirán como al rey persa, aunque por diferentes caminos, hacia las alucinaciones y la locura.

— ¡Extraño, muy extraño! —se sorprendió el tejano—. Orlando, en contra de su mutismo habitual respecto a sucesos futuros, nos anuncia que el rey y su ama de llaves Betty, acabaran sumidos en la demencia.

— Sí, pero me reservo el cómo —sonrió el guía.

— ¡Díganos al menos quién se oculta tras esa escultura! —se alzó iracundo el californiano—. Porque insisto, ¡ahí está el nudo gordiano de la cuestión!

— Lo siento, pero me está prohibido revelar su identidad.

— ¡Ah, sí! ¿Y por qué?

— Por una sencilla razón —terció Franz en la polémica—. Al VAL y a su representante en nuestro grupo, les interesa, sobre todo, la incertidumbre y el misterio en la trama. Hemingway lo repite a menudo con gran acierto. Sí, incentivos del viaje, ¿no es así, Orlando? Y por supuesto, mucho suspense —sonrió.

— No tanto, señor Kehrer. Aunque está al alcance de todos, que una Loquilandia sin esos atributos...

— Sería *Cuerdolandia* —se carcajeó el tejano.

— Por última vez, Orlando, ¿es Abel? —suplicó Gustaf.

— No podemos entrar ahí para quitar el antifaz a esa escultura —señaló el guía hacia el Salón Azul—. De sobra saben que tras esa puerta están quince nuevos turistas, quizá con la misma problemática "in mente". Y otros tantos lo estarán mañana.

— Es Abel —afirmó Erik en voz baja como si hablara consigo mismo.

— Sí, el sordomudo Abel, que adora a su rey, y es o fue adorado por el casto, puritano, impotente, loco y homosexual Faysal, más tarde disfrazado de dios y superhombre —clamó Cooper.

— Dejémoslo en misterio, con el beneplácito de nuestro guía — volvió a sonreír el tejano.

— Sí. Y con intriga y misterio, señores —sonrió Orlando—, la historia de Cumbres sigue; un relato del que aún tengo mucho que contarles.

JUEVES, 22

— No puedo afirmar —polemizaba Franz ante un exigente Thierry—, si me convence más el Faysal zaratustrano, mediocre en su pretensión de encarnar, como parodiante, al Nietzsche germánico, o aquel otro, hombre y no dios que, a fuer de sus contradicciones, trata de justificarse con su presunta no militancia entre los denigradores del cuerpo de los que nos habla Zaratustra.

— Y que deja en el aire el supuesto de una homo o bisexualidad —puntualizó el francés.

— Una cuestión que no me ocupa ni preocupa, amigo Thierry, puesto que el pretendido superhombre, tengo el presentimiento de que seguirá siendo hombre, pese a metáforas y paráfrasis de ambiguo sentido. No baila ni bailará nunca un dios en sus adentros. Pero me inquieta el planteamiento de su ética. Sin embargo, a tenor de mis investigaciones y lo expuesto por Orlando en el relato, no vislumbro al sádico criminal y genocida que algunos anticipan —puso la mano en el pecho donde celosamente guardaba los tres documentos reveladores de la inocencia de Faysal.

— Todavía faltan veinte y dos días, amigo Franz; y en uno solo, pueden cambiar las cosas y obligarnos a variar de criterio. Y si no, ahí tiene lo que va de ayer a hoy: un supuesto violador y una posesión, puestas en entredicho.

— Como hombre —habló Franz—, su conducta me interesa, aparte lo que tenga la historia de aventura. En cuanto a la filosofía de su creatividad naturalista engendrada en el crisol de sofisticados conceptos, a priori inaceptables, bien merece ser concienzudamente meditada y sometida a un profundo análisis.

Llegó Orlando y agrupó a los desperdigados.

— No más cama ni cinta de casete cuya audición exige Matilda —previno Hemingway al guía en son de broma—. *Puede herir la susceptibilidad del espectador*, como anuncian los reclamos y avisos periodísticos de algunas películas... Espectadores puritanos, claro está.

— ¡Acción! ¡Acción! — fue el guineo del francés.

— Me temo, amigo Thierry —se chanceó el tejano—, que todavía tendremos perorata de Romeo y Julieta a dos niveles: lucubraciones filosóficas...

— Y *Locura de amor* —apostilló riendo el Napoleón ejecutivo con clara referencia a Juana la Loca cuando pasea por Castilla el cadáver de Felipe el Hermoso.

Orlando alzó las manos, al parecer en disconformidad con lo expresado.

— Se equivocan —replicó—. No habrá divagaciones del rey persa. Y en cuanto a los soliloquios del ama de llaves, yo me encargaré de recortarlos sintetizándolos para ustedes. Un capítulo de acción a gusto del señor Thierry. La reunión será hoy en el comedor, por supuesto, no donde ustedes almorzarán sino en el *faysalesco* "The Dining Room", que así está escrito literalmente en el programa el escueto título en inglés.

— Pues, al "The Dining Room" —coreó la mayoría.

Y después de un corto recorrido, Orlando se detuvo ante una puerta que abrió de par en par.

— No voy a extenderme en pormenores respecto a la decoración de este aposento. Sólo les diré que la escultura de bronce dorado que ahí ven, y que muestra a Sigfrido en lucha con el dragón, es una mala copia ya que la original fue un presente que hicieron los artistas de Munich al rey.

— Y que el amigo Orlando —dijo humorísticamente Hemingway—, debió reemplazar por la tan polémica estatua del Salón Azul, desposeída del antifaz, para así satisfacer la curiosidad de muchos de los aquí presentes.

— Lo siento —siguió la broma el guía—. No está programado.

— Una pena, Orlando —volvió a sonreír el tejano—. Porque si las dos esculturas tienen su historia, una, guarda su secreto.

— Del cual nuestro guía es intransigente cancerbero —aseveró James con aspereza—. Y no hablo de quienes, como yo, estamos convencidos de la identidad de Abel en esa escultura de mármol, sino de aquellos que aún lo dudan.

— Si les parece, señores, continuaremos con el relato —cortó Orlando.

Y con el libro en la mano y la pluma roja sobre la mesa, empezó a leer:

“Han pasado... ¿Cuántos días? No lo sé. ¿Por qué no se deja ver?... Ni ellos tampoco: Abel y Caín; aunque a este último no quisiera tropezármelo. Nunca. Ignoro lo que ocurre. No soy la misma. La angustia me oprime. Sueños y pesadillas me atormentan. Antes era feliz. Ahora... Esa escultura. ¿Es Abel? Y si es Abel...

— Y así, señores, páginas y más páginas con frases entrecortadas, quejas lastimeras, temores, presentimientos, y la pasión que le consume. Se inicia el trastorno de la mente agudizado por la obsesión de un nuevo encuentro con Faysal. Escuchen lo que escribe más abajo:

“Sucedió de forma inesperada. Una noche... Andaba por el pasillo como una sonámbula, lejos del Salón Azul que ahora rehúfa ante el temor de tropezarme con Caín. Y bien sabía que era allí donde podría ser realidad un encuentro a solas con Faysal. De pronto, en la penumbra, se dibujó la grácil figura de Abel que al verme trató de escabullirse. Sus labios crispados dibujaron un rictus de contrariedad cuando, contra su voluntad, le detuve. No era el Abel de la mirada dulce que conocía. Poseído de una gran agitación, trató de deshacerse de mis manos que le sujetaban con firmeza.

“— ¿Faysal! —silabeé tratando que me entendiera—. ¿Dónde está?

“Señalando el volcán a través de la ventana, rompió a llorar. El corazón me dio un vuelco.

“— ¿Qué ocurre? —le grité sin saber si me había comprendido.

“Apuntó de nuevo a la montaña con gesto patético, y sacudiéndose de mis manos que trataban de retenerle, echó a correr. Sin

dudarlo un momento seguí tras sus pasos y me interné en el bosque. La linterna y el sendero diariamente hollado, era la única guía en la oscura noche. Pese a tropiezos y caídas, pude llegar a la gruta donde estaba apostado el caballo de Faysal. Sólo la luz que portaba Abel me guiaba en las tinieblas de aquel túnel. Era absurdo gritar instando a un sordomudo a que me esperara, por lo que me precipité tras él temerosa de verme envuelta por las brumas. De improviso, la linterna de Abel iluminó la contraída faz de Caín con el torso desnudo cruzado por las cicatrices, todavía enrojecidas, que le marcara el látigo de Faysal. Al verme dejó escapar un grito gutural que me hizo estremecer. Abel señaló hacia el precipicio mientras Caín dirigía la luz hacia el fondo del acantilado. En la escotadura rocosa, a pocos pasos del abismo sobre las aguas, estaba él, aprisionado entre las piedras.

— ¡Rey Faysal! ¡Rey Faysal! —le grité.

— ¿Quién eres? —dijo con voz quejumbrosa y debilitada que apenas si pude reconocer.

— ¡Soy yo! ¡Betty!

— Me volví suplicante hacia Caín y silabeé muy cerca del sordomudo mientras iluminaba mi rostro con la linterna:

— ¡Sál-va-lo!

— Caín negó con la cabeza a la par que señalaba las huellas que en su cuerpo había dejado el látigo de su rey. Bien sabía él que Abel y yo no podríamos alzarlo, y menos con su oposición, por lo que después de arrancarle de las manos la linterna, me precipité hacia el túnel con la intención de dar la voz de alarma a la guardia y servidumbre. Pero el sordomudo se interpuso.

— ¡Sálvalo y haz de mí lo que quieras! —me desabroché las vestiduras dejando los pechos al descubierto.

— El rostro de Caín se transformó y sus labios crispados dibujaron un rictus concupiscente. Cogiéndome con fuerza de la mano me sumió en las negruras del túnel. Y allí, en el suelo, entre rugidos que no apagaban los otros del volcán, fui violada, sin orgasmo ni dolor, sin experimentar nada, con la mente puesta en Faysal a quien deseaba salvar a toda costa.

“La bestia se alzó satisfecha. Poco después, Caín enfocaba con la linterna el cuerpo de Faysal que asió con fuerza el cable que le teníamos, y lo alzamos depositándolo en el suelo. Abel se arrojó en sus brazos mientras yo rehuía contemplar la escena. Sus primeras palabras fueron de reproche.

“— ¡No has debido venir, Betty!

“— ¿Por qué?

“— ¡No es lugar para ti! —refunfuñó.

“Y volviéndose hacia los hermanos sordomudos que permanecían pendientes de sus labios, les gritó:

“— ¡Me habéis hallado en el bosque junto a mi caballo! ¡Nadie debe saber de este lugar!

“Y extendiendo el brazo señaló hacia la pared rocosa.

“— ¡Ocúltalo! —les gritó—. ¡Y tú —apuntó hacia mí—, olvida lo que has visto y dirígete hacia el túnel!

“Me encaminé a tientas en dirección al pasadizo no sin antes vislumbrar como Abel y Caín trataban de ocultar con ramas secas un extraño artilugio de mármol negro, y en el centro, una palanca dorada sujeta por un candado, junto al regio sillón que ya había contemplado la vez anterior.

“Unos quejidos guturales me obligaron a volverme rápidamente. Abel sollozaba apoyada la cabeza en el pecho de un Faysal inconsciente. Un hilillo de sangre le caía por la comisura en un rostro de palidez mortal.

“— ¡Pronto! —les sacudí gritándoles a sabiendas de que no podían oírme.

“Como si despertara de un sueño, el corpulento sordomudo arrancó de cuajo dos gruesas ramas de un cercano ciprés, y las puso en el suelo junto al cuerpo desvanecido de Faysal. Luego ató su chaqueta a los troncos a modo de angarillas, y señaló hacia mi vestido emitiendo un grito gutural. Temblando me desnudé hasta quedar sólo con la ropa interior. Ni siquiera me miró; la bestia había quedado satisfecha. Entre todos, colocamos en la improvisada camilla el cuerpo de Faysal mientras emprendíamos el regreso. Caín iba delante, colgada al cuello la linterna y agarrado fuertemente a los dos tron-

cos. Abel y yo le seguíamos sujetando cada uno los otros dos extremos de las ramas.

“Ya en el túnel, la densa barrera neblinosa nos sumió en mayores tinieblas. Los pasos resonaban lúgubres, no acallados por el eco del sordo zumbido del volcán que rugía como si quisiera estallar, y las figuras dibujaban en las paredes tétricas siluetas fantasmales.

“Cuando llegamos al bosque me preguntaron sobre lo ocurrido. Alguien me cubrió con unas ropas. Mentí contándoles el subterfugio de que le habíamos encontrado inconsciente en el suelo junto a su caballo que debió tropezar con alguna rama haciéndole caer.

“En el castillo había revuelo e incertidumbre. Rápidamente lo llevaron a la enfermería donde fue atendido de inmediato. Más tarde me enteré que en helicóptero lo habían trasladado a la capital de la vecina nación, y de allí, en avión, a un hospital de Londres. Tenía fracturadas varias costillas, shock traumático con probable hemorragia interna y fractura de una pierna. Y algo inaudito que me laceró el alma: Abel le acompañaba. No supe más.

Orlando alzó la mirada de las páginas que leía y cerró el libro marcándolo con la pluma roja. Había expectación en los rostros, algunos contrariados, y tres, solamente tres, con la euforia reflejada en los semblantes: James y los suecos Erik y Gustaf. La tesis de la homosexualidad de Faysal, cobraba visos de certeza.

Fue la italiana quien rompió el silencio, cómo no, dispuesta a atizar más leña al fuego.

—“Consumatum est”... Y por segunda vez —recalcó hiriente y complacida.

— No seas morbosa, Matilda —le reprendió Castruccio.

— ¡Vaya con éste! Con lo que le cuesta llegar a la primera... ¡Será cretino!

— ¿Alguien más desea argumentar, señores? —cortó en seco Orlando.

— El teatro de operaciones se anima —comentó el francés.

— No puede quejarse, Thierry. Su Napoleón inicia las hostilidades —habló con dejo irónico el tejano.

— Mi Napoleón, como usted lo llama, yace en tierra herido y... no diré burlado porque empiezo a pensar en la certeza de su homo... ¿Me explico?

— En toda batalla hay heridos y muertos, querido Thierry. Los tuvo el Napoleón de la dulce Francia. Y entre combate y combate, no faltó alguna que otra escenita erótica. Si a Faysal no le preocupa el amor de su Josefina, Betty Meredith, ni se entera de que la han violado una o dos veces casi en su presencia, es porque sobre él se ciernen otras batallas; y no precisamente la de la homosexualidad. Y en esto sí que estoy de acuerdo con Kehrer.

Sorpresivamente, Franz y James se mantenían apartados del diálogo, pero la chispa saltó con la intervención del alemán.

— Por lo demás —alzó los ojos Kehrer evidentemente desilusionado—, una historia de amor no correspondido, con apuntes eróticos, atisbos de intrigantes aventuras, y exceso de parafraseos nietzscheanos.

— Entiendo que habrá de rectificar esa opinión —intervino Orlando—. Se esconden otros argumentos en la sentimental historia, y no solo metáforas y paráfrasis.

— Se esconden —saltó el californiano—, además de paranoias y esquizofrenias, sádicos asesinatos que en su día serán ratificados por Orlando.

Pero James no tuvo la respuesta que todos esperaban. Sin lugar a dudas, al guía no le iba hoy el papel de moderador, y fue así como en un alarde de llevar al máximo el suspense en el relato, pronosticó:

— Señores, tal vez más de uno abandonen la gira; más de uno salten de su asiento, allí donde estén, que no será precisamente en ningún salón de los visitados o pendientes de visitar.

Sorpresa, expectación, y como siempre, la fina ironía del tejano apabulló al guía.

— Aconsejamos a las personas a quienes pueda herir su susceptibilidad, enfermos del corazón, etcétera, se abstengan de asistir a esta excursión, etcétera —hizo reír a los presentes—. Querido Orlando, no nos asustan sus mensajes propagandísticos respecto al suspense de la truculenta historia. Lo anuncian también las atracciones de "Space

Mountain" de "Magic Kinadom de Disney World", del que por cierto salí tan malparado.

— Señor Hemingway. Al final de la gira trataré de recordarle esas palabras, con el ruego de que sea sincero y me confiese si el viaje le ha complacido o decepcionado, porque le prometo que aburrirse no se aburrirá. Y quién sabe si a lo mejor el susto acaba en pánico.

— ¡No me diga! —volvió a sonreír con sorna.

— Si he de morir aquí —terció en la conversación la señora Hoover—, en la selva del Amazonas o en un crucero por el Báltico, me es indiferente, porque en algún lugar he de morir.

— Por favor, señora. Aquí no morirá nadie salvo los protagonistas de la historia —aclaró Orlando.

— Además, tenemos al profesor Aruza con sus imanes, siempre dispuesto a biomagnetizarnos si llega el caso —puso Juan Carlos su nota de satírico humor.

— No se burle, amigo mío. Puede que más de uno, como afirma Orlando, no ya abandonen la gira, que todo es posible, pero sí precisen de mis servicios. Y si no, ahí tienen a Erik recuperado. ¿Cómo va esa cabeza?

— Bien, bien —respondió no muy convincentemente el aludido.

— Pues yo —habló el tímido y siempre circunspecto Tadasu—, confieso que la historia me apasiona por los problemas éticos y filosóficos que plantea. Como espectáculo es único en el mundo. Aunque también quiero confesarles una cuestión que me afecta particularmente: mi preocupación por si podré o no realizar mis investigaciones geológicas. Porque también yo investigo, señor Kehrer, y esa es una de las razones que me han traído aquí. De no lograr mi propósito, me sentiría defraudado.

Inesperadamente, Taro Kasura se puso en pie, erecto y firme, y dirigiéndose a su compatriota, le dijo:

— Le puedo jurar, Tadasu, que el cráter del volcán le dará más de lo que precisa... Cuente conmigo —dejó atónitos a cuantos le escuchaban, incluido el guía.

— Se me van ustedes de las manos, señores. Quiero decir, de lo estrictamente programado.

— No somos borregos —espeté el francés de la acción—. Y menos mal que faltan pocos días para ser liberados.

— Exactamente, siete.

— No se haga ilusiones, amigo Thierry —habló Hemingway—. Fuera del castillo seguiremos ataditos con una sogá al cuello y un cascabel tintineando para no perdernos.

— Y después, ¿qué? —fue la pregunta ingenua de Piscis.

El interrogante, no contestado por Orlando, tuvo la réplica irónica del tejano, reiterativo en la respuesta.

— ¡Misterio!

Inesperadamente, Tadasu fue a sentarse en el suelo cruzando pies y manos como un Buda. Siguió un silencio absoluto mientras los componentes del grupo esperaban con cierta expectación a que hablara.

— “Quienes saben, no hablan; quienes hablan, no saben”... Ya fue expresado el día de mi llegada por otras motivaciones. Lo enseña Madhyamika y también Lao-tzu, y lo cita Alan W. Watts en su libro *El camino del Zen*.

El grupo enmudeció.

— Los sordomudos Abel y Caín —prosiguió el japonés—, lo saben pero no hablan; no pueden hablar aunque presienten lo que trama su rey: el cataclismo en ciernes.

Nadie se decidía a replicar al oriental.

— Quien habla es Faysal —continuó diciendo—, al que nadie comprende; ni siquiera el ingeniero Krupp que él cataloga entre los hombres débiles que nunca debieron nacer. Ni sus súbditos y siervos que un día dejarán de adorarle, ni tampoco Betty Meredith, que si mucho intuye, no parece muy convencida de los designios de su rey. No existe un denominador común: a unos les mueve la ignorancia; a otros la locura; locura no compartida, a diferente nivel, a muchos años de luz, una de la otra.

Tadasu dio fin al inciso, repitiendo la sentencia taoísta con una sorpresiva alusión que no precisó de matiz alguno.

— “Quienes saben, no hablan”: el VAL, Orlando. “Quienes hablan, no saben: nosotros, los quince ignorantes del grupo, a la espera de un final de la historia.

Y así terminó, con alardes intrigantes, sentencias taoístas y anuncios de escalofriantes escenas que, según Orlando, no todos podrían soportar e incluso obligar a un supuesto abandono del viaje, el décimo día de tan singular gira turística.

VIERNES, 23

— **E**stamos en la Biblioteca —anunció Orlando desde la Puerta del salón de turno—, que con más propiedad debiera llamarse Museo de Libros, porque biblioteca es, debiera ser siempre, un lugar al alcance del lector o lectores, y aquí, sólo es museo impreso que nadie lee, y parte anodina en el relato que nos ocupa. Y parece una incongruencia que, de esos miles de volúmenes, solamente dos ocupen lugar en nuestra narración: *Así hablaba Zaratustra*, y el *Diario de Betty Meredith*, del que existe otro volumen en la estantería de la suite del ama de llaves, aparte los treinta ejemplares en poder de los correspondientes guías.

Existía —habló para sus adentros Franz, mientras James le clavaba una mirada inquisitiva en un intento de adivinarle el pensamiento que aquél le devolvió convertido en sonrisa.

— Pero aquí —continuó hablando el guía—, sólo hemos venido a sentarnos —señaló las consabidas quince butacas—, y a escuchar de labios de este servidor de ustedes, las cuitas y lamentaciones de una pobre loca, de cuyo diario novelado extrastraré lo más interesante para una mejor comprensión del relato. En Betty Meredith, apuntan ya los primeros síntomas de demencia. Escuchen pues —hoy seré breve—, las deshilvanadas frases de su diario que atestiguan el estado de su mente:

“...Sufrir; sufrir el tormento de mis pesadillas y desesperado amor. No aspirar su aliento como quien bebe en las fuentes del alma. Creer que vivo comunes emociones. Pensar por mí y por él mientras su pensamiento duerme. Saberle lejos, allá en Londres, en compañía de Abel. Ver roto el ritmo de mi vida, sin melancólicas amanecidas,

alucinantes crepúsculos y tristísimas vigilias, ausente la luz del ventanal azul...

— Y mas abajo —levantó Orlando la mirada dirigiéndola hacia el grupo que le escuchaba—, el cúmulo de alucinaciones precursoras de la demencia:

“...Hoy, por enésima vez, experimenté el deseo irrefrenable de acudir al Salón Azul, decidida a descifrar el enigma del antifaz. Y no me pregunté qué sucedería si por azar me tropezaba con Caín; no me lo pregunté porque sé bien que lo mataría. Cuando penetré en el salón, una débil claridad azulada iluminaba el ambiente. Pronto caí en la cuenta que el reloj marcaba la hora de los enigmáticos crepúsculos. Quise huir pero una fuerza desconocida me retuvo. Aterrorizada miré a la estatua. Juraría que unos ojos brillaban en los orificios vacíos del antifaz, mirándome con fijeza. La sangre se heló en mis venas cuando una música trágica y sombría que tocaban manos invisibles, se elevó del gigante electrónico. Los corpúsculos azules de la misteriosa luz tremolaban en el aire como diminutos seres dotados de vida propia. De nuevo miré a la escultura. La razón no daba crédito a lo que estaba sucediendo: el antifaz, partido en dos, se abrió lentamente ante mis ojos desorbitados en el paroxismo del terror. En mi cerebro enloquecido, hizo presa la idea de que al fin iba a revelármeme el secreto de aquel rostro. Pero pudo más el espanto que ese deseo, y dando un alarido caí al suelo desvanecida...

— Muy bien tramado —habló Hemingway—. Lo que importa es mantener la incógnita sin menoscabo del interés, y por tanto, la incertidumbre.

— ¡Vaya obstinación en ocultarnos la identidad de esa escultura! —corroboró Erik.

Orlando se encogió de hombros con un claro gesto de impotencia.

— Siento mucho —dijo—, que el desvanecimiento sufrido por el ama de llaves, le haya impedido, como era su deseo, aclarar la incógnita del antifaz si, como parece, estaba decidida a arrancarlo del rostro de la escultura. Aunque de todas maneras —puso cierto aire de

vaguedad en las palabras—, es posible que más tarde o más temprano lo sepamos.

— Más bien tarde —rió con desparpajo Juan Carlos—. Estoy de acuerdo con Hemingway en que una Loquilandia sin suspense es como un “western” sin tiros.

— ¡Y qué nos importa a nosotros si es Abel o no es Abel, y si el sordomudo y Faysal son o no hermafroditas! —confundió la Rosselli— no el hermafroditismo con la homosexualidad.

— Homosexuales, mujer —le corrigió el marido.

— ¡Maricones, querrás decir!

Los suecos se mordían los labios a punto de estallar.

— Sólo un ciego no ve en esa escultura al sordomudo Abel —sentenció el californiano—. Un ciego y esa pobre loca, que yo diría, ¡no quiere verlo!

— He de aclararle, Cooper —habló un reposado Franz—, que tanto Abel como Caín y Betty, son sólo personajes secundarios en el drama de Faysal; simples peones en el tablero de ajedrez que no le ocupan ni preocupan sino accidentalmente. Faysal no sufre un problema erótico ni le mueve una atracción sexual. No ama a Betty. Es un narcisista que se adora a sí mismo. ¿Su obsesión?... Río y volcán. ¿Su locura?... Cómo enfrentarlos.

— ¡Usted sí que divaga, Kehrer! —le replicó Cooper—. Los árboles le impiden ver el bosque. La obsesión de Faysal es matar...

— Le ruego, señor Cooper...

— Tranquilo, Orlando. No adelantaré acontecimientos, pues sé bien que esta gira sin escenas de tensión perdería su mayor aliciente. Pero sí le diré, Kehrer, que se equivoca de cabo a rabo al defender al paranoico Faysal. También usted parece obseso como el rey de Cumbrés... Y no lo comprendo.

Una amplia sonrisa fue la respuesta del alemán mientras negaba con la cabeza.

— Nosotros —señaló Gustaf a Erik y a sí mismo—, entendemos la homosexualidad sana de Faysal. Porque ser homosexual, señor Cooper, no equivale a ser delincuente ni sádico criminal; ni siquiera

aceptamos la condición de enfermos, y menos aún, la titularidad de perversos.

— De acuerdo, Gustaf —terció Franz en la conversación—. Y aunque sus puntualizaciones parecen dirigidas a Cooper, quisiera contestarle personalmente, diciéndole que Faysal se sabe amado por Abel y Betty, como le ama su pueblo.

— ¡No diga tonterías!

— Faysal ha superado su problema erótico —continuó impertérrito Franz— si es que alguna vez existió como tal. Habita en otra galaxia, donde amor y sexo han perdido fuerza y poder, sustituidas por elucubraciones filosóficas en aras de una demencial misión que cumplir...

— De todas maneras —le interrumpió Gustaf—, no vamos a descubrir la homosexualidad ahora, puesto que no ignoran que data de tiempos remotos: Egipto y la antigua Grecia. Ya Aristóteles nos habla del amor entre jóvenes del mismo sexo, y Platón analiza su entrega a Sócrates, su maestro. Emperadores lo fueron: Julio César, Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Galba, Domiciano, Nerva, Adriano, y un largo etcétera.

— No sólo emperadores —apuntó tímidamente Erik—. Leonardo de Vinci, Miguel Ángel, Lord Montagu, Oscar Wilde, y otro largo etcétera.

— Pero la historia no los juzga como a tales —habló Franz que seguía sin perder el aplomo—, sino por quiénes fueron y cómo obraron, política o profesionalmente. Insisto en que parecen ustedes, incluido Cooper, obsesionados por la temática, y peco de reiterativo al afirmar que estamos aquí, no para dilucidar si Faysal fue homo o bisexual (insignificante faceta de su personalidad como apunta el amigo Kasura), sino, aparte lo que tenga de aventura y espectáculo, para saber cuáles fueron las razones que le condujeron a provocar un cataclismo de tan terribles consecuencias, y si hubo o no comportamiento criminal en esa y otras acciones.

— Motivaciones filosóficas, y por supuesto, de desequilibrio mental —fue la réplica de Cooper—, no son suficientes a explicar su proceder.

— Pues yo creo que sí —se reafirmó en sus trece el alemán—. Faysal sólo busca cómo enfrentar río y volcán; fue su obsesión tras el descubrimiento de la grieta en la montaña desde el helicóptero. Todo lo demás es secundario. Y debo añadir, que si algo le preocupa, es cómo salvar a su pueblo. Y es por esta razón que construye Cumbres Altas.

— ¿De dónde ha sacado tan alegres e irresponsables afirmaciones?

— De unos documentos que así lo acreditan. Mis investigaciones van por buen camino.

— ¿Y por qué no nos muestra esos papeles?

— En su día, Cooper.

— Nada de cuanto afirma justifica la destrucción y muerte de...

— Por favor, señores —interrumpió el diálogo Orlando—. Les ruego se abstengan de adelantar acontecimientos que la mayoría ignora. Si les parece, *en su día*, como apunta el señor Kehrer se reanudará la controversia sobre la cuestión que ahora les enfrenta. Y a lo mejor ni siquiera es necesario si llegan antes a un acuerdo.

— ¿Puedo hablar? —sorprendió un nunca comedido Hemingway.

— Adelante —respondió el guía—. Estamos sobrados de tiempo, puesto que hoy no habrá más lectura del diario de Betty Meredith. Y aunque seré condescendiente con ustedes, insisto en que no deben pormenorizar sobre sucesos futuros.

— Le agradeceríamos sobremanera, querido Orlando, que hiciera de la condescendencia complacencia —matizó el tejano—. Es evidente que, unos por simple curiosidad, y otros atendiendo a personales criterios, les gustaría aclarar de una vez la identidad de la escultura que tanto preocupa. Pero, no nos lo dirá; no quiere decírnoslo. Es parte de su cometido: intrigar. Y lo está consiguiendo. Si hasta ha conseguido intrigarme a mí, el escéptico del grupo.

— Lo cual me llena de orgullo, señor Hemingway.

Siguió un cortante diálogo con sólo dos interlocutores enfrentados: alemán y californiano.

— Propongo una encuesta a nivel de grupo-Orlando —dijo Franz.

— ¿Para saber si es Abel o no es Abel?

— ¡No sea obseso, Cooper! Para sopesar la conducta de Faysal.

— ¿Y la pregunta?

— ¿Culpable o inocente?

— ¡Culpable, por supuesto!

— ¿Culpable? ¿De qué? ¿De asesinatos y genocidio que aún no sabemos? ¡No, Cooper, no! Hasta este momento, mi juicio sigue siendo absolutorio.

— Y el de nosotras también —corearon las tres féminas capitaneadas por Piscis, a la que se sumaron los suecos.

— ¿Y los demás?

— Señores —se adelantó Orlando a las posibles respuestas—. Aunque no voto, habla el moderador, quien estima prematuro encuestar, y les prevengo, aunque peque de reiterativo, que más de uno cambiara de opinión. Esperemos pues a que el relato hable por sí mismo. Por supuesto que no habrá unanimidad de criterios, ya que son muchas las lagunas y puntos oscuros de ambigua, muy ambigua interpretación.

— Resumiendo, señores... Sigue el misterio —sancionó Hemingway poniendo punto y final a los controvertidos episodios narrados en el día de hoy.

SÁBADO, 24

Un funcionario enfundado en su correspondiente uniforme, hizo acto de presencia en el vestíbulo, donde los quince del grupo hablaban animadamente a la espera de Orlando.

— ¿Son tan amables y quieren seguirme? —dijo a guisa de saludo, hierático el rostro y el ademán—. El guía les espera en el Salón del Trono.

— ¿Alguna coronación? —sonrió Hemingway.

— ¿O boda? —interrogó no menos burletera la Rossellino.

— Tal vez la dos cosas —contestó secamente el interpelado poniéndose en camino.

— Tendrán que perdonarme —saludó Orlando—. No encontraba el diario de Betty Meredith. Y ya se imaginan que sin sus escritos soy hombre perdido... En fin, están ustedes en el Salón del Trono.

— ¿Réplica del de Baviera? —preguntó la señora Hoover.

— No exactamente, aunque la estructura es la misma, así como el estilo bizantino y la imponente lámpara central con el formato de la gran corona de brazos dorados y noventa y seis velas. El trono también es de oro y marfil, y de los dos regios sillones que Faysal ordenó construir, uno lo tienen ante sus ojos. El otro...

— ¿Y por qué dos sillones para un rey sin consorte? —preguntó intrigada Clara interrumpiendo la disertación de Orlando.

— Por la mente de Faysal, señora Ruidrejo, en su época de relaciones públicas y culturales de gran esplendor, debió arraigar la idea de una entronización y desposorio con boato occidental, aunque lo acontecido después, que ya conocen, le condujeron al destierro

voluntario. Fue entonces cuando decidió trasladar uno de los sillones al lugar *aquel que sobrecoge el ánimo*, su otro salón del trono en el cráter del volcán. Pero sigamos el hilo de la narración. Les decía que este salón no es exactamente una réplica del Neuschwanstein de Baviera, puesto que las pinturas originales o sus presuntas copias, han sido sustituidas por esa impresionante panorámica de Cumbres, cuando el reino era un remanso de paz.

Orlando hizo un respiro y señaló los quince asientos ubicados en el centro del salón, y allí fueron a sentarse los componentes del grupo frente al guía.

— Les he traído aquí —dijo—, porque en este lugar, de alguna manera, van a ser testigos, con la imaginación, claro, de la coronación y boda del rey Faysal.

— ¿Boda, ha dicho? —saltó de su asiento Piscis—. ¿Con quién? ¿Con una princesa, tal vez?... ¿Oriental? ¿De la realeza europea? ¡No será con Betty Meredith!

Piscis anticipaba acontecimientos sin dar opción al guía a contestar.

— Sí, coronación y boda. Un suceso que sólo alumbró en la mente del ama de llaves, que traspasaba ya el umbral de la esquizofrenia. Es un inciso en la historia de Cumbres, con un Faysal lejos, allá en Londres en compañía de Abel. Ocurrió en este lugar, donde fue descubierta por la servidumbre, sentada en ese regio sillón, hablando con el rey ausente, ya en pleno delirio demencial. Escuchen lo que escribe:

“...Faysal ha regresado... ¡sin Abel!... Hoy seré coronada en el Salón del Trono... ¡Me lo ha pedido él!... ¡Yo, reina de Cumbres!... Asistirán reyes y princesas de Oriente y la vieja Europa... El pueblo vibra y festeja el acontecimiento... Habrá rosas blancas en el Salón del Trono... ¡Se lo he rogado yo!

— Y así, cientos de frases clamorosas y apasionadas. Y más abajo, escribe con mayor congruencia:

“...También hoy regaré las flores con lágrimas de incontenible alegría. Porque esta vez no perorará con las rosas hablándoles de

horrible sino y vano sacrificio. Esta vez, las rosas morirán en desagravio a aquel desprecio de su abstracción inexplicable e hiriente indiferencia...

— Y ahora, escuchen cómo describe la ceremonia que creyó vivir:

“... El salón fue un derroche de luz y colorido, con muchos personajes engalanados y un manto de flores blancas por doquier. Mientras andábamos pausadamente, temblaba sin poderlo remediar... ¿Por qué tiemblos, amor mío? —me susurró al oído al pasar bajo la gran lámpara central—. No pude contestarle, y despacio desfilamos entre la muchedumbre que formaban reyes, reinas, princesas, jefes de Estado y cientos de ilustres personajes. A nuestras espaldas, el bello adolescente Wajih A-Schawa y su hermano, el apuesto y hercúleo Freij, seguían nuestros pasos en el camino hacia el trono, prendida de sus manos la larga túnica real. Lentamente, subimos los peldaños de la escalinata de mármol, y fuimos a sentarnos en los sillones de oro y marfil, mientras Wajih y Freij se acercaban complacidos y sonrientes, arrodillándose para besar los pies de sus reyes.

“Siguió un corto silencio mientras el deán colocaba la corona real sobre nuestras cabezas y un prelado introducía los anillos en los dedos. Enseguida se dejó oír un estruendoso ¡viva el rey!, seguido de otro ¡viva la reina! que fue coreado con gran júbilo por los cientos de personas que llenaban el salón. Con nuevos vítores, acompañados del repicar de las campanas y el estallido de cohetes y bengalas, el pueblo festejó el feliz acontecimiento. Luego, el órgano dejó oír la marcha nupcial de Lohengrin, y la Coral, con las voces de Wajih y Freij, entonó el Avemaría de Gounod. Por último, Faysal me condujo hasta la suntuosa alcoba... Y fui feliz, muy feliz...”.

Orlando cerró el libro, miró a su alrededor y dijo:

— Aquí, por supuesto —extendió ambos brazos hacia el salón—, nada ocurrió de lo que ella imaginara.

Y encaminándose hacia la escalinata subió despacio los escalones.

— Y exactamente ahí —señaló el regio sillón de oro y marfil—, fue hallada por la servidumbre, perorando con el Faysal ausente que convalecía en Londres.

— Le confieso, Orlando —dijo la Rossellino—, que no esperaba asistir hoy a un casorio sin coronas ni perifollos.

— Ceremonial de coronación y boda real —le corrigió Castruccio.

— ¡Qué sabes tú de coronas, mercachifle tendero, como no sean las mortuorias que encargas a regañadientes cuando se muere algún familiar!

— Bien —prosiguió el gufa conciliador—. Que cada palo aguante su vela, y cada cual ponga un poquito de imaginación acorde con su idiosincrasia.

— ¡Como una cabra! —fue expeditivo Juan Carlos—. Y lo afirmo acorde con *mi idiosincrasia* —remedó las últimas palabras dichas por el gufa.

— Me preocupa el final —habló la señora Hoover.

— El final —volvió a la carga Juan Carlos—, no puede ser otro que el manicomio. ¡Lástima de cinta magnética por partida doble, señor Aruza!

Al aludido no pareció agraderle el tono de chanza y menosprecio, y menos, aquel despojarle del título de profesor diplomado en biomagnetismo.

— A usted, Juan Carlos —replicó—, sí que vamos a tener que aplicarle, no una cinta alrededor de su turbia y desmemoriada extremidad cefálica, sino dos planchas magnéticas de tres mil gauss cada una y ubicación fronto-occipital, o su equivalente en medicina alópata, como no reprima un poco sus desarcetados juicios. Y encima, menosprecio a la medicina naturista y el biomagnetismo del que soy profesor diplomado. Le aconsejo una buena dosis de nutrientes específicos como el ajo, col, cebolla y limón, para recomponer su desafinada mente...

— Que no han sentado muy bien que digamos, cinta magnética incluida, a su paciente Erik, a quien veo cada día más pálido y enflaquecido.

— A usted sí que le encuentro día a día más despistado. Erik me ha confirmado que no sufre ya cefaleas, y en sus mejillas apunta un débil color sonrosado.

Y volviéndole la espalda, cambió el hilo de la conversación enfrentándose a Orlando.

— Y hablando de nuevo del tema que nos ocupa, la historia deriva por otro camino, ¿no es así?

— Así es, profesor. Y aunque no puedo adelantar detalles, les anticipo que, por desgracia, no habrá manicomio para Betty Meredith. Se acerca el final; un final que nos llega aureolado de... misterio, señor Hemingway —bromeó con el beneplácito de los presentes—. Y hasta puedo exponerles algunos pormenores, siempre y cuando ese misterio no sea desvelado —puntualizó—. Si algún día a Faysal le acuciaron sueños de megalomanía al autoerigirse rey de Cumbres en presencia de egregios visitantes y dos mil súbditos, más tarde, su paranoia, en un acto de enajenación desorbitada, le conduce a identificarse con el superhombre a quien le ha sido encargada la maquiavélica misión de crear el gigante Aguafuego, fruto de lucubraciones provenientes de lecturas filosóficas nietzscheanas. El relato de la pobre loca, a tenor de lo escrito en su diario, llegará a Faysal demasiado tarde, cuando su mente poseída por los dioses convertidos en demonios, y los últimos acontecimientos por narrar, ponían en peligro la misión encomendada. Ni siquiera tendrá opción para consumir el castigo que urdió infligir al violador Caín, una vez enterado por la lectura del diario de Betty Meredith, de cuantos pormenores ocurrieron en el volcán. Los caminos estaban trazados. Fuerzas sobrenaturales le ordenaban saltar sobre los pobres de espíritu y las criaturas de mente limitada, como él las llamaba. ¡Llegó el momento! —era la frase zaratustrana en versión faysalesca que martilleaba en su cerebro imbuido por la lectura de *Así hablaba Zaratustra*...

— Que sería más apropiado enunciar —intervino cortante el filósofo alemán—, *Así no hablaba Zaratustra*, porque desde luego, ¡así no hablaba!

— ¿Qué ocurrió al regreso de Faysal de Londres? —siguió imperterritito Orlando.

— Misterio —se apresuró a enunciar el tejano.

— No, señor Hemingway. Lo que ocurrió, sin misterio, será narrado mañana, porque ahora les supongo ansiosos de husmear en el Salón del Trono bajo la mirada atenta de Rudyard, el vigilante de

turno ahí presente. Vale la pena. Pueden permanecer aquí y contemplar tanta maravilla, todo el tiempo que deseen. Que ustedes lo pasen bien. Buenas tardes.

DOMINGO, 25

Orlando exponía a los quince del grupo algunos pormenores relacionados con la jornada de hoy y la sala que ocupaban.

— Nos encontramos —empezó diciendo— en el Salón Recibidor que, como la Biblioteca-museo, queda al margen de la historia que nos ocupa puesto que tampoco en esta habitación nada ocurrió digno de ser mencionado. Se trata de una sala más, dentro del suntuoso estilo que decora el castillo, y que la señora Hoover nos dirá si es o no una buena réplica del original de Neuschwanstein.

— Al grano, amigo Orlando —le interrumpió un tanto exigente Thierry—. Que también yo conozco el castillito, y poco puede sorprender esta segunda versión del rey loco... ¡Acción!, que diría el operador cinematográfico.

— De acuerdo, señor Thierry. Y para complacerle le anuncio que, exactamente el viernes, dará comienzo la primera excursión de las catorce programadas por el VAL, plato fuerte de la gira por Loquilandia.

— ¡Caramba! —exclamó el francés—. El *desintrigador* que esto *desintrigue*...

— Mal *desintrigador* será —sentenció el tejano—. ¿Y sabe por qué, querido Thierry? Porque al amigo Orlando, nadie le gana en su terreno, y recursos no le faltarán para *reintrigar*.

El guía rió de buena gana y dijo:

— Por lo pronto, señores, les recuerdo aquello de que quizá algunos se vean forzados a abandonar.

— ¡Vaya! No nos diga, Orlando, que han trasladado a este lugar al monstruo del lago Ness —se guiseó el tejano—. Aunque no me extrañaría de Faysal y sus petrodólares.

— O de los dólares sin petro del VAL —apuntó Castruccio—, a juzgar por lo que me han cobrado.

Orlando trataba, sin conseguirlo, de moderar los diálogos encauzándolos hacia el fin que se había propuesto, no otro que iniciar cuanto antes la consabida lectura. Después de varios forcejeos dialécticos, su impaciencia por continuar el relato le llevó a gritar:

— ¡Señores! ¡Betty Meredith ha enloquecido!

— ¡Pues que la encierren! —desentonó como siempre Juan Carlos.

— Sólo quedan dos jornadas de lectura —anunció el guía—, aunque les prevengo que la de hoy no será tan breve. Escuchen lo que escribe y cómo escribe cuando ni siquiera alude ni se entera del regreso de Faysal al castillo en compañía de Abel:

“...Algo ha ocurrido o está ocurriendo. Y si no, ¿por qué lloro tan amargamente? ¿Por qué me tienen aquí encerrada entre cuatro paredes? ¿Quiénes son esas personas de rostros desconocidos, graves y preocupados, y por qué me miran con tanto temor?

— Algo ha ocurrido, sí —comenta Orlando—. Algo muy grave que ha hecho presa en su cerebro. Cada vez se aleja más del entorno en que vive, y pronto en su mente bulle la idea de que Faysal ha muerto. Posiblemente, en un descuido de quienes tenían la misión de vigilarla, pudo escapar introduciéndose furtivamente en el Salón Azul. Y fue así como imaginó ver el cadáver de su rey, según se deduce de las frases que escribe en su diario:

“...He visto el crucifijo en la cabecera... ¡Él que solo creía en sus dioses! Y la mortecina luz alumbrando la macabra silueta inerte... Faysal ha muerto y es imperativo que sea enterrado allí, en el *lugar aquel que sobrecoge el ánimo*, donde brotan las brumas perennes. ¿Quién cuidará de Cumbres y hará oír su música siniestra en los crepúsculos azules? ¿Quién cumplirá su misión?

— ¡Betty Meredith! —gritó una voz.

— Por favor —alzo el guía la mano—. Les ruego que presten atención. Allí la encontraron, en el Salón Azul, y según refiere la servidumbre, tenía entre las manos el libro de Nietzsche *Así hablaba*

Zaratustra, que nadie pudo arrebatarse y se llevó a sus habitaciones con la anuencia del rey persa. De la lectura de los cuatro epígrafes marcados con otras tantas plumas rojas por el propio Faysal, escribió, en un momento lúcido, estas páginas congruentes donde la única laguna se hallaba en creerle muerto. Escuchen lo que escribe:

“... Dime, Faysal, ¿por qué tienes marcado con la pluma roja el epígrafe “De la muerte voluntaria”? Si tú deseabas la “muerte voluntaria que viene a mí porque yo quiero”, que dice *Zaratustra*, ¿por qué te fuiste sin cumplir tu cometido? ¿Quién lo impidió? ¿Qué dios se opuso a tu destino?...”.

— Y sigue el divagar interminable, ahora referido a lo señalado por Faysal con la segunda pluma en el libro de Nietzsche:

“... ¿Qué sentido puede tener para ti lo que escribe *Zaratustra* en “La canción de las tumbas”, si aquí no está la isla silenciosa sino el río Manso lamiendo las faldas del rugiente volcán, lo que tú amabas. En el eterno sueño, tu compañera no será una corona de siempre vivas sino una rosaleda de rosas rojas... Sólo una noche estuve contigo, Faysal; una noche que aún me lacera el alma. Pero todo se ha desvanecido ya como una bruma pasajera; hasta el recuerdo de la virginidad perdida por salvarte... ¿Por qué, entonces, me rechazaste como compañera en la muerte voluntaria?... Has matado en mí “las visiones y las maravillas más queridas de mi juventud”. Tu muerte, Faysal, hará de mis noches “insomnios preñados de tormentos”. También podría decir con *Zaratustra*, que te he “ofrecido en sacrificio lo que tenía de más sagrado”. Por eso entono “la canción más lugubre y más sombría”. Porque como él, “yo he visto morir todas las visiones y todos los consuelos de mi juventud”; yo, que como él también, estaba dispuesta a ser tuya, ungidos en la muerte voluntaria...”

— Escuchen ahora el tercer escrito, inspirado en un nuevo epígrafe del mismo libro que tiene por título: “La hora más silenciosa”. Escuchen:

“... No puede regresar a su soledad quien ha quedado sola. Y aunque nada sé de “el terror de quien se adormece”, sí quisiera estar

ya adormecida para siempre en esa "la hora más silenciosa". Y, surge la pregunta que vuelve vano el esfuerzo de la mente: ¿Para qué dialogar con tus dioses, si no hablo contigo? ¿Para qué, si ya no puedo ayudarte a cumplir tu misión porque te has ido?...

— Y llega el postrer razonamiento no menos alucinado, que ella misma recita y sobre el que vierte sus lucubraciones:

"... ¡Qué importa lo que él dice "Acerca del hombre superior"! ¡Yo sólo quiero saber que se esconde tras el superhombre de Cumbres y su misión! Porque, si no eres débil ni limitada criatura como yo — ¡tú lo dijiste!—, tampoco eres ese dios zaratustrano para quien Dios ha muerto y apenas si comprendo. ¡Tú sí que has muerto y no Dios, y yo he perdido la razón. Y aunque la muerte también me espera, aún no sé de su rostro ni cómo lastimará mi carne... ¿Sepulcros? ¿Resurrecciones?... No habla Zaratustra. ¡Hablo yo, Betty! ¡Y te hablo a ti, Faysal! ¡A ti, mi rey!"

— Señores —cerró el libro el guía dando por finalizada la lectura—. Los pasajes marcados en el libro de Nietzsche, guiaron los escritos de Betty Meredith con una interpretación alucinada aunque congruente.

— ¡Uf! —exclamó Matilda—. Demasiada filosofía y enredo: que si uno parece muerto pero está dormido; que si la otra está viva pero desea estar muerta; que si los dos están locos aunque difícil saber quién lo está más. Y pregunto: ¿Quién va a matar a quién? ¿Y por qué?

— ¡No seas ignorante, mujer!

— ¿Ignorante, yo?... Mira Castruccio, mi rey... ¡Caray! Ya se me ha pegado el hablar de esa pobre loca. Te diré una verdad como un templo: el amita de llaves, la miss esa, sabe mucho de Faysalito, y lo que se propone en su escondrijo de la montaña. No es de extrañar pues —hizo un gesto elocuente pasando el dedo por el cuello—, que a lo Enrique VIII, acabe con su vida. Se la cargará, Castruccio. Faysal no se queda sin realizarse.

— Pero mujer. ¿Cómo va a preocuparse Faysal de una pobre loca?

— ¿Qué si va a preocuparse? Mira Castruccio, mi rey... ¡Y dale! Pues, se me ha pegado y mucho el habla de esa infeliz. Sabes como yo, que cualquier día suelta la retahíla del tejemaneje aquel en la montaña, y lo oído en la entrevista de Faysal con el ingeniero Krupp, y no hay Dios que la pare. Con lo habladora que se nos ha puesto, y armada de su bolígrafo y la cintita grabadora, Faysal acabará temiendo que descubra eso que llama...

— El cumplimiento de la misión encomendada por los dioses, mujer.

— ¡Sí! ¡La palanquita! Y a volar por los aires el dichoso embalse aunque no quede títere con cabeza.

— Hasta cierto punto estoy de acuerdo con la señora Rossellino —intervino James que, paradójicamente, no parecía muy interesado en la conversación—. Betty conoce demasiados secretos del rey persa. Fue testigo presencial en la entrevista de este con Krupp, oculta tras las cortinas. No ignora el camino que conduce al cráter del volcán, y el emplazamiento del artilugio explosivo. Y encima, sabe que le espía. Y esto (lo siento Orlando por anticipar acontecimientos futuros, lo cual no va con su cometido), tarde o temprano será conocido por Faysal, motivo sobrado para desear eliminarla, tal vez envenenándola con una buena dosis de los tranquilizantes que ingiere por prescripción facultativa.

— ¡Absurdo, Cooper! —fue la réplica contundente del alemán—. Faysal, no me cansaré de repetirlo, habita en otra galaxia, y Abel, Caín y Betty Meredith, sólo le preocupan circunstancialmente, como criaturas limitadas y pobres de espíritu, como él las llama.

— Pobres y limitadas criaturas con las que arrasará —fue la réplica del californiano—, por mor de su demencial misión.

— Y a todo esto —atizó más leña al fuego Orlando—, ¿qué opinan los señores Kato y Kasura? Se les ve, pero no se les oye.

— Nosotros —habló Tadasu con reposada voz—, como el proverbio chino pero al revés: ver, oír, y si no hablar, pensar mucho y escribir.

Y en efecto, a Tadasu, como a Franz Kehrler, se les veía a menudo tomando nota de cuanto ocurría y se hablaba a su alrededor (las cámaras y tomavistas estaban prohibidas).

— Para los orientales —añadió Tadasu con su habitual sonrisa—, la filosofía del rey Faysal, un saudita occidentalizado con un gran poder de creación, es de una creatividad destructiva fascinante. Existen ciertos puntos de contacto con la mitología hindú que contempla “los más remotos extremos del placer y del dolor, de la virtud y de la depravación (anticipo acontecimientos que imagino). Faysal acepta esta premisa del “pensamiento hindú de que no existe el problema del mal”; que “este mundo relativo y convencional es necesariamente un mundo de opuestos”; que “la luz es inconcebible aparte de las tinieblas”; “el orden, incomprendible sin el desorden, el sonido sin el silencio, y el placer sin el dolor”. Podría añadir, con Faysal, que es inadmisibles la creación y la belleza sin la destrucción. Si decepciona como presunto superhombre, compete al señor Kehrer el aclararlo.

— Sí —corroboró el filósofo alemán—. Sobran paráfrasis vulgares cuando no incongruentes con el texto de *Así hablaba Zaratustra*, y pecan de exhaustivos los arrebatos del ausente, aunque admiro su inagotable creatividad.

— Extraño, muy extraño y sorprendente —esbozó Cooper una sonrisita irónica—, que a nuestro filósofo no parezca caerle bien Faysal.

— No en su faceta de pensador demente.

— Demente y pensador fue Nietzsche, el creador de Zaratustra.

— Hay cimas y abismos. Habitan a diferente altura.

Siguió un silencio sorprendentemente roto por el otro oriental que puesto en pie, dijo:

— Difiero en matices de cuanto aquí se ha expuesto, incluido lo expresado por mi compatriota Tadasu. En mi opinión, es precisamente la pretendida deificación del supuesto superhombre, lo que le acerca a la filosofía asiática. Personalmente, nunca he admitido la democratización que nos han impuesto los americanos, a costa de arrasar con nuestra cultura y costumbres, y la desmitificación de nuestro divino emperador Hirohito.

— ¡“Vive L’Empereur”! —gritó Hemingway en un intento de crear un mayor clima de distensión y con cierta ironía mordaz ante la alusión de Tadasu a su país como desmitificador de deidades orientales.

Pero fue Tadasu quien volvió al tema, conduciéndolo por otros caminos, mejor sería decir, por el incomprensible “camino del Zen”.

— “Los zorros tienen madrigueras y los pájaros del aire tienen nidos”. Faysal “no tiene donde reclinar su cabeza”.

— ¡Ah! —fue la exclamación sorpresiva del filósofo alemán ante un grupo enmudecido.

— Viste un ropaje zaratústrico que no le va —añadió—. Zen le compadecería en su intento de salvarse.

— ¿Quién es Zen? —preguntó uno del grupo.

— El “Budismo Zen”, el “Gran Vacío”... “Arriba, ni una teja para cubrir la cabeza; abajo, ni un centímetro de tierra donde asentar el pie”.

— Explíquenos, por favor —habló la misma voz.

— Es muy difícil para los no iniciados. Grandes diferencias separan las premisas básicas de orientales y occidentales.

— ¿Qué nos propone, Kato? ¿Convertirnos al Budismo Zen para comprender su lenguaje y filosofía? —sonrió Franz.

— Señor Kehrer. El Budismo Zen no es una religión ni una filosofía; tampoco una psicología o tipo de ciencia.

— ¿Entonces?

— Le contestaré con la frase que ya conocen: “Los que saben, no hablan...”.

— Sí, y “los que hablan no saben” —sonrió Kehrer—. O aquella mas concluyente de “averígüelo por su cuenta”... Llegó a la conclusión, Kato, que si usted lo sabe pero no habla, ¿a qué hablar nosotros?

— Difícil, pero que muy difícil —ironizó Hemingway—, si entiendo que de nada vale apuntarse en la organización filosófico-religiosa-psicológica-científica que no es, si después callan. Si les parece, veamos cómo salimos de la gira por Guatemala, para entrar luego en la “Guatepeor” del señor Tadasu Kato y el Budismo Zen.

— Soy filósofo y no me alcanza el porqué de esa mudez —insistió el alemán.

— Señor Kehrer. Le aconsejo leer a Alan W. Watts, aunque le sea en gran parte inaccesible incluso literariamente. A lo mejor “lo averigua usted por su cuenta”.

— Está muy claro, Franz —habló Hemingway—. Ni apuntándose ni leyendo... Difícil nos lo pone. Al menos tiene sentido del humor.

Y con Budismo Zen pero en la inopia, acabó el decimotercero día de tan singular gira turística.

LUNES, 26

— Hoy, señores —habló Orlando después del saludo ritual mientras los componentes del grupo seguían tras sus pasos—, la reunión es en el Auditorio. Como habrán podido comprobar, lamento anunciarles que, por segunda vez, los jóvenes suecos no estarán presentes. Erik ha vuelto a recaer, tiene febrículas, lo encuentro muy abatido e incluso les sugerí la posibilidad de abandonar la gira, propuesta que han rechazado al restar importancia a la enfermedad, y confesándose seducidos...

— E intrigados.

— Por supuesto, señor Hemingway, muy intrigados, aunque también decididos a continuar el viaje. De momento le atiende un médico en la enfermería del castillo.

— ¡Bah! ¡Alópatas! —no pudo reprimirse Aruza—. ¡Tabletas Tribalene, le daría yo! ¡Sí!... Corteza de árbol del Brasil. Y control mental, biomagnetismo y nutrición balanceada. ¡Esto es lo que necesita! Debe haber abandonado mi tratamiento. ¡Ah!, y nutrientes específicos...

— Ajo, col, cebolla y limón —enumeró Juan Carlos con entonación burlona.

— ¡Imbécil! —balbuceó Aruza entre dientes.

— Y la cintita aquella —remachó.

— Señores —cortó Orlando antes que las palabras mayores fueran audibles—. No ignoran que Faysal sentía cierta predilección por la música, y aparte el gigante electrónico del Salón Azul, y el órgano clásico del otro Salón del Trono, fue entusiasta coleccionista de instrumentos. Tampoco en este Auditorio acontecen hechos importantes

relacionados con la historia que nos ocupa —abrió la puerta dando paso a los trece del grupo—, salvo en los tiempos de las relaciones sociales, cuando famosos artistas deleitaban a los invitados que asistían a los conciertos del rey persa. Hoy, la señorita Cristina Walenska aquí presente, concertista polaca que dirige y cuida de la conservación de este auditorio, interpretará para ustedes algunas composiciones musicales en antiguos instrumentos, y pasará luego a mostrarles las más valiosas piezas que componen esta colección. Seguramente, la señora Hoover, incansable viajera, habrá visitado el Ringve Museum de Noruega.

— ¡Ya lo creo!... En Trondheim. Allí adquirí varios discos con suites y sonatas para cémbalos y clavicordio.

— Este museo no tiene la categoría del de Trondheim, pero ustedes pasarán una velada deliciosa mientras Walenska interpreta diversas partituras.

Y la inspirada concertista polaca ejecutó ante los allí reunidos, un *Improntu* para arpa sola de Fauré, una pieza de Ibert para flauta, y al clavicordio, la *Marcha turca* de Mozart. Pero el atractivo principal de los componentes del grupo, fue la contemplación del precioso cémbalo italiano del siglo XVII, espléndidamente decorado con una magnificencia y extravagancia inusual, junto a la singular colección de otros muchos instrumentos musicales que causaron las delicias de los expedicionarios.

La joven polaca se despidió con una breve inclinación de cabeza, y un Orlando impaciente se apresuró a señalar las butacas.

— Y bien, señores. Voy a leer para ustedes las últimas páginas del diario de Betty Meredith, reflejo fiel de las alucinadas visiones que sufre, y también, testigo escrito de una nueva incógnita. Ahora todo son conjeturas. Betty Meredith imagina en su delirio el cortejo que conduce el cadáver de Faysal y su inhumación en las entrañas del volcán. Presten atención:

“... Hoy, en un descuido de quienes me cuidan y vigilan, pude escapar del agobiante cerco e introducirme en el Salón Azul, donde contemplé con lágrimas en los ojos el lecho vacío de la suntuosa alcaoba. Sin dudarle un momento, corrí presurosa por el sendero que conduce a la gruta. Tenues lucecitas alumbraban en el fondo de la gale-

ría, e imaginé que se trataba de la fúnebre comitiva. Cuando llegué al lugar aquel, todos habían desaparecido. El volcán rugía ensordecedor y pronto las brumas me envolvieron... No lograba distinguir nada. Andando a tientas, pude hallar al fin la sepultura y, con sobrehumano esfuerzo, logré levantar la losa y abrir el ataúd. Allí estaba él, inmóvil, yerto. Le arrojé con rosas rojas, muchas rosas rojas, y quedé sumida en dulcísimo sueño. En ese sueño, me vi a mí misma convertida en estatua de mausoleo y petrificado el cuerpo, como Rebeca, la mujer de la Sagrada Historia...

Orlando alzó los ojos y dijo:

— Si estuvo allí, una vez más, en el lugar *aquel que sobrecoge el ánimo*, y sufrió las alucinaciones que escribe, no lo sabemos. También es otra incógnita dilucidar si hubo o no un postrer encuentro con Faysal. Todo parece apuntar en pro de apasionados diálogos entre el obseso y la demente. Y lo más terrible: Betty no reconoce a Faysal... Ustedes juzgarán:

“...¡Dios mío! ¿Estoy de nuevo en el Salón Azul o es una pesadilla?”

“— No es una pesadilla, Betty.

“— ¿Y quién eres tú, que así me hablas?”

“— Yo soy Faysal, tu rey. Despierta de tu delirio, criatura. No estás convertida en piedra ni yo he muerto.

“— Y esa escultura, ¿quién es si no es Abel? —lloré.

“— Te lo diré, Betty, te lo diré. Esta vez no habrán acordes estridentes ni aullidos electrónicos que puedan impedir lo que deseas saber.

“Y arrancó de cuajo el antifaz.

“— ¡No! ¡No quiero verlo! —oculté los ojos entre las manos.

“— ¿Por qué, Betty, por qué?”

“— Porque él nunca hubiera desenmascarado ante mí a esa figura.

“Faysal cubrió de nuevo el rostro de la escultura y dijo:

— Y tú, Betty. Tú que amabas a Faysal hombre, ¿podrías amar al superhombre que yo soy?

— ¡Basta! ¡El no hablaría nunca así! ¡Jamás se habría entregado a mí! ¡El dios Faysal ha muerto!

— El dios Faysal no ha muerto aunque muy pronto morirá; que tú algo sabes de ese dios y sus designios.

— ¿Y quién eres tú?

— Yo soy la “altura donde sopla el viento rudo y fuerte”... ¿Me entiendes, Betty?

— Sólo entiendo que él ha muerto.

— Quien ha muerto, Betty, es el Faysal del vivir anodino y las suntuosas fiestas; el de los turbios sentidos y el fango en el alma. Ahora, viviré “arriba donde sopla el viento rudo y fuerte”.

— Si él ha muerto, ¡yo debo autodestruirme también!

— Podrías ser la compañera de muerte del Kleist arábigo allá en la rugiente montaña. Podrías serlo —pareció que hablaba consigo mismo—. Y te pregunto: ¿Puedes olvidar al hombre y erigirte en esclava del superhombre? ¿Puedes?

— Puedo cambiar la vida por la muerte como he trocado la razón por la locura. ¡Pero él no estará allí, en la alcoba! ¡Se lo han llevado! ¡Y aún no sé de su misión! ¡Si la ha cumplido! ¡Si debo ayudarle!

— La cumpliré, Betty, aunque precise destruir para crear. Hablo contra mi conciencia que me impide matar. Y quien habla contra su conciencia, ¡no miente!... Lo dijo él.

— ¡Él! ¡Él! ¡Él!... Ya dudo quién es él, lo que busca y a quien busca.

— Sólo busca, Betty, estar en las alturas “donde sopla el viento rudo y fuerte”... Así hablaba Zaratustra!

— ¡Zaratustra! ¡Zaratustra! ¡Zaratustra!... ¡Basta ya! ¡Faysal ha muerto! ¡Basta! ¡Basta!...

— ¿Hubo encuentro? —cerró el libro Orlando con un golpe seco, finiquitada la lectura del diario del ama de llaves—. Yo aseguraría

que sí. Son dos cerebros que viven sus respectivos mundos alucinados. Se frotran, liman y sueltan chispas. Dos espíritus sometidos a fuertes tensiones, dos entes demenciales a punto de estallar. Ella pudo escribir sus vivencias, más tarde corregidas y noveladas por el autor. Creo pues que hubo encuentro aunque no existen testigos presenciales. Antes que ustedes inicien el enfrentamiento verbal, que lo habrá, les adelanto que tal supuesto seguirá siendo una incógnita más en el relato. La pregunta pues, sigue en pie: ¿Se vieron y hablaron Betty y Faysal al regreso de éste, procedente de un hospital de Londres? El enunciado de los diálogos, el nominarse a sí misma Betty, y las alusiones filosóficas zaratustranas, induce a pensar que ese contacto fue real. Tal vez ella llevara consigo, como otras veces, la cinta grabadora que le permitiría más tarde escribir con todo lujo de detalles los acontecimientos vividos, aunque lo lúcido y demencial fluyeran entremezclados. Y si hubo encuentro, ¿dónde? ¿En la intimidad de la regia alcoba?... Por otra parte, el rey persa, ya en el clímax de sus obsesiones y desvaríos, se verá empujado por los acontecimientos, sin más margen que unos pocos días para decidir sobre la creación del gigante Aguafuego. En fin, ustedes tienen la palabra, aunque les ruego sean moderados porque presiento que los diálogos tendrán hoy altos niveles de temperatura.

Breves segundos de silencio donde nadie parecía dispuesto a hablar, como si cada uno quisiera medir sus palabras antes de iniciar la batalla verbal.

— Si hubo o no encuentro, poco importa —rompió el fuego el californiano James—. Las lucubraciones demenciales del ama de llaves y asimismo las del propio Faysal, no eximen a éste de la responsabilidad ética en los acontecimientos...

— ¡Señor Cooper!

— Acontecimientos que no voy a relatar, Orlando, pese a que muy pronto serán del dominio de todos. Y en mi opinión no hubo tal encuentro, y cuanto se relata en las páginas de ese diario, no es más que la versión alucinada de una pobre loca, como lo acontecido en el Salón del Trono respecto a la coronación y boda. La tríada sigue en pie: un Faysal demente, homosexual y asesino, con un Abel oculto tras el antifaz de esa escultura.

— ¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabe? —le cortó en seco el alemán—. Seguimos sin saber quién se esconde... tras ese antifaz.

— ¡No estuvo allí! —negó James con obcecación.

— Mire, Cooper —terció Hemingway—. Orlando lo tiene todo muy bien tramado. Nada sabremos hasta el final... si es que lo sabemos. Porque ya lo dijo Juan Carlos: una Loquilandia sin misterio es como un "western" sin tiros. Así pues, tenemos antifaz para rato —rió.

— Pues yo —habló un reposado y sonriente Franz—, creo no equivocarme si afirmo que en esa entelequia de mármol se esconde el propio Faysal, porque sólo representa el espejo de su alma donde se mira; las inquietudes que bullen en su mente; su dolor, sus ansias de eternidad, y el torbellino de las exaltaciones y obsesiones que le atormentan; la misión por cumplir; ¡el dios!; ¡el superhombre!

— ¡No me haga reír! —replicó Cooper—. El burro cree que todos son de su condición.

Franz se alzó airado.

— ¿Qué insinúa?

— Que usted, como filósofo, no ve más allá de sus lucubraciones pensantes. En fin, creo no haber dicho nada ofensivo.

— Señores —intervino Orlando—. Les ruego que moderen sus ímpetus verbales.

— De acuerdo —pareció serenarse el californiano—. Me referiré sólo a los escritos de esa infeliz cuyas últimas páginas acaba de leerlos. Está muy claro que Faysal experimenta temor y desconfianza y lo expresa diciendo: *que tú algo sabes de ese dios y sus designios*. Y más adelante afirma: *Podrías ser la compañera de muerte del Kleist árabe, allá en la rugiente montaña*. Y esa otra, reveladora, en que se confiesa: *aunque precise destruir para crear...*

— Pero también dice —le interrumplo Kehrer—: *Hablo contra mi conciencia que me impide matar*.

— ¡Si está muy claro! —fue la réplica del californiano—. No habla con sino contra su conciencia. Me reafirmo pues, en mi acusación.

Siguió un diálogo cortante entre los mismos interlocutores, máximos oponentes del enfrentamiento verbal.

— Faysal habla de destruir, y no de matar.

— ¿Es que las vidas no pueden destruirse?

— Apunta en otra dirección: concretamente a la presa.

— Que puede tragarse un pueblo entero.

— Construye Cumbres Altas. No es ésa por tanto su intención.

— Señores —habló el moderador—. Me veré precisado a cortar el diálogo si no respetan las reglas del juego. No vale anticipar acontecimientos. La historia aún no ha terminado.

— Un momento, Orlando —insistió el tozudo californiano—. Si me lo permite, voy a referirme a otra frase del diario del ama de llaves. Faysal habla de destruir, arrasando con débiles, pobres de espíritu y criaturas limitadas como él las llama. Díganos Kehrler, ¿como interpreta esas palabras?

— Tengo pruebas que avalan lo contrario.

— ¿Ah, sí? ¿Y a qué espera para mostrarlas?

— A que el guía termine el relato, o quizá mejor, a que la gira finalice.

— ¿Y cómo nos enteraremos?

— Emplazo a todos, incluido Orlando, ante el director de la Empresa, el último día de la expedición.

— Misterioso se nos ha vuelto el amigo Franz —sonrió Hemingway—. ¿No cree que para intrigas nos sobra y basta con nuestro guía?

Risas, distensión en el diálogo y Orlando que apura:

— ¿Alguien más desea intervenir?

— Encuentro más razonable —habló la señora Hoover—, esperar a que nuestro guía finalice el relato.

— Gracias, señora Hoover. ¿Algún otro comentario? ¿Señor Kato? ¿Señor Kasura? Entiendo que sólo instándoles a hablar se deciden a hacerlo... Como ocurrió ayer. Y muy interesantes por cierto sus aportaciones.

— Bien, hablaré. Aunque... —pareció que dudaba el geólogo—. Compartimos, yo al menos, la opinión de que hubo diálogo real, congruente unas veces, e incoherente otras. Llamarse a sí misma Betty, en su diario, es muy significativo. Sólo Faysal la llamaría por su nombre de pila. Posiblemente grabó los diálogos... En fin, no es importante. Si lo es, pronosticar conductas y sucesos de los que todavía nada sabemos ¿Es o no Abel? En verdad, el sexo no parece inquietar a Faysal, inmerso en lucubraciones filosóficas de oscuro sentido. Aguardemos a que se produzcan las muertes, y tal vez entonces podamos juzgar razonadamente. Estimo que Faysal lo que precisa es un "camino de liberación". Ya sé que la mentalidad oriental es tachada de misteriosa e inescrutable. Pero no vamos a discutir ahora esa cuestión, sino a intentar ser ecuanimes con el relato, y de modo especial, con la conducta de su más importante personaje, que aquí preocupa y es motivo de debate. Todo es confuso e impreciso, y, "sin embargo en su interior hay imágenes".

— Una imagen vale por mil palabras —apuntó Franz.

— Un proverbio chino dice que "una figura vale por cien dichos", lo que encierra idéntico significado. De todas maneras no es una cuestión etimológica ni un problema semántico lo que aquí se suscita. Intentaré explicarme. Primera imagen: Faysal se aleja de la sexualidad, homo o bisexual; no le preocupa. Su conducta es más complicada. Segunda imagen: si su conciencia le impide matar y destruir, el cumplimiento de la demencial misión, en loor de la creatividad, puede obligarle a matar a esa conciencia. No hay tercera imagen, si esos supuestos crímenes y genocidio siguen ausentes en el relato.

Una sonrisa que el filósofo alemán asociaría a la enigmática mentalidad oriental, afloró en los labios de Tadasu, cuando añadió:

— "Marea que al moverse parece estar dormida, demasiado plena para hacer ruido o espuma"... Ustedes, los occidentales, se alejan del presente, cometen demasiado ruido y provocan en exceso espuma... No acuso a nadie; quiero dejar esto bien sentado. Vivamos o juzguemos este *ahora*. Y este ahora son esas dos imágenes referidas a Faysal que, simbólicamente, podrían ser representadas por dos simples caracteres de la escritura china. Claro que, dentro de las confusas imágenes, existen otras cuestiones también oscuras e imprecisas.

Taro, nada dijo, salvo inclinaciones afirmativas y repetidas de cabeza, corroborando lo expresado por su compatriota. Y es que, Taro, sí que representaba con su obstinado silencio, la enigmática filosofía oriental.

Y por segunda vez y con sentencias taoístas, finalizó la decimocuarta jornada de tan intrigante gira.

MARTES, 27

— Buenos días, señores —saludó Orlando desde el interior de la Sala Vestidor, al vislumbrar a los quince componentes del grupo conducidos por un funcionario del VAL—. Estarán de acuerdo conmigo que mi primera pregunta sea para Erik. ¿Cómo se encuentra?

— Mejor, Orlando, mejor —respondió el pálido y enflaquecido sueco que se apoyaba en su compatriota Gustaf, aunque su aspecto no parecía corroborar tal afirmación.

— Le he recomendado tomar las tabletas de Tri-balene —habló con cierto énfasis Aruza—. No pueden fallar. Y seguir con la nutrición balanceada y la cinta magnética. No lo olvides, Erik. Y abandona esas medicinas alópatas.

— Le ruego me disculpe, profesor —intervino Orlando—. Disponen de media hora mientras realizo unas gestiones relacionadas con el programa de hoy. Pueden pues escuchar la disertación del profesor Aruza, que no dudo será como siempre muy interesante. Respecto a la sala que nos ocupa, la señora Hoover podrá comprobar que existen notables diferencias con la de Baviera, puesto que las pinturas originales han sido sustituidas por motivos árabes. Y ahora les dejo. Transcurridos unos treinta minutos, estaré de nuevo con ustedes.

Y mientras unos curioseaban, la mayoría quedó pendiente de los labios del naturópata.

— Escucha, Erik. Tú no puedes estar peor de lo que estuve yo. Te contaré mi caso; y a ustedes también, si quieren escucharme. Y así podrán comprobar el gran poder del biomagnetismo y cómo curó mi cáncer de vejiga. Por lo pronto, es imperativo suavizar el estrés en que te encuentras, reducir tu actividad, pausándola, que bien podría

conducirte al desarrollo de una vejez prematura, dejándote casi en estado de hibernación. Yo te recomendaría, querido Erik, que dedicaras media hora todos los días durante el resto de tu vida, a realizar los ejercicios que te voy a enseñar, y así podrás controlar tu propia mente.

— ¡No me diga, profesor! —se oyó la voz burlona de Juan Carlos.

— Si a usted no le interesa, señor Fuencarral, puede recorrer la Sala vestidor, aunque dudo mucho que acapare su atención —replicó un tanto airado Aruza comprendiendo la guasa de la intervención del español.

— Me interesa —despojó Juan Carlos a la palabra del acento de chanza—, y si me lo permite, me quedará a escuchar su disertación.

— Yo que era un hombre más bien remiso a manifestar mis ideas, y hasta reacio a dar conferencias y ocuparme de charlas, me encuentro ahora, desde que penetré en estos temas tan interesantes, con un fluidez del pensamiento no consonante con mi edad. ¿Y sabes por qué, Erik? ¡A fuer de la comunicación del intelecto con los registros *acásicos*...!

— ¿A... qué? —le interrumpió no menos irónico Hemingway.

— Sí, registros *acásicos* del Universo, donde, se dice, están depositadas todas las memorias del presente, pasado y hasta las futuras, que me fluyen en cuanto quiero hablar sobre cualquier tema o en una simple conversación como la que sostengo ahora con ustedes. Memorias y recuerdos que están ahí, en el cosmos: las mías y las tuyas, Erik; las de los hombres de ciencia, que yo recojo y después me valen para armonizar la expresión de mis pensamientos, o sea, la conversión de los mismos en actos o manifestaciones. Si tú lo consigues, Erik, habrás logrado, con la ayuda del magnetismo, que los mecanismos de tu cerebro tengan la capacidad idónea para usar el poder del pensamiento tenaz sobre cualquier órgano de tu cuerpo. De ahí que yo pueda suprimir un dolor de cabeza sin entrar en la hipnosis, con sólo poner a una persona a nivel alfa mediante el relajamiento muscular y nervioso. Y de ahí también, que me sea posible crear, desde una distancia como la existente entre este lugar y Londres, una comunicación fluida para cualquier manifestación sobre la mente de un tercero.

— Ya no me extraña, señor... perdón, profesor Aruza —habló Juan Carlos no menos irónico ante la fraseología del naturópata—, que cuando tome la palabra, hable usted como un torbellino a quien no hay forma de parar.

— Es que yo puedo permitirme ese lujo, y usted no.

— Pues no sea tan egoísta, profesor —dijo con no menos guasa Hemingway—, y decídase a compartir con sus semejantes esos poderes, que mis registros, no *acásicos* sino asentados en mis pobres neuronas, comienzan a fallar pese a las cápsulas de piracetam prescritas por mi médico.

En aquel instante llegó Orlando.

— Lamento mucho interrumpirle, profesor, pero es preciso continuar con el relato de la historia que nos ocupa.

— Y preocupa —se oyó una voz.

— Querido Erik —se lamentó Aruza—. Otro día te contaré cómo ocurrió la curación de mi cáncer vesical por el biomagnetismo, cuando la medicina y cirugía alópata ya habían fracasado. Y también te enseñaré a realizar unos ejercicios respiratorios. Ahora, pasemos a escuchar las aflicciones y desvaríos de esa pobre loca.

— Esa pobre loca ha muerto —anunció Orlando con voz grave.

Una lluvia de preguntas cayó sobre el gufa, entre las que no podía faltar la del terco James, el primero, erigido en pronosticador.

— ¡Asesinada!

— ¡Qué dice!

— Pero, ¿cómo?

— ¡Cuéntenos, por favor!

Orlando señaló los respectivos asientos.

— Señor Cooper. Pronosticar cuestiones, sancionándolas como usted acaba de hacerlo, expone a equívocos... ¡Asesinada! Y a usted, profesor Aruza, le recuerdo que el diario de Betty Meredith finalizó ayer.

— Un fallo de comunicación con los registros *acásicos* del Universo —se burló Juan Carlos.

— ¡Imbécil! —susurró entre dientes el naturópata, esta vez con palabra más audible.

— ¿Qué ha dicho usted? —se incorporó del asiento Juan Carlos—. He creído entender que...

— Ahora —cortó rápidamente Orlando—, tendrán que escuchar a este servidor de ustedes, que de la forma más concisa posible, les va a relatar lo ocurrido en el antepenúltimo capítulo de esta historia. Es preciso poner mucha imaginación, pues no de todo lo ocurrido hubo testigos presenciales y algunos acaecidos son sólo conjeturas... Atiendan pues: A Faysal le fue comunicado a su regreso de Londres, el grave trastorno mental que sufría su ama de llaves. Quizá él mismo concertó la entrevista con Betty en el Salón Azul, aunque no parece probable en quien también divagaba acuciado por otras obsesiones. Lo primero que hizo fue ordenar que viniera de Suiza un famoso psiquiatra... No llegaría a tiempo. Aquel mismo día cundió la alarma: Betty Meredith, después de burlar a cuantos le vigilaban, había desaparecido, y su búsqueda por las dependencias del castillo y el bosque hasta los confines del río, resultó infructuosa.

— ¿Y qué ocurrió? —se impacientó Piscis.

— Lo que ocurrió es una pregunta sin respuesta. Faysal quizá pensara que Betty podía haberse ocultado en el cráter de la montaña puesto que conocía el pasadizo que allí conduce, y en compañía de Abel y Caín, debió dirigirse hacia aquel lugar, temeroso tal vez de que, de alguna manera, pudiera manipular el dispositivo de explosión conectado con la presa. Lo que sucedió allí nadie lo sabe. Faysal, Abel y Caín fueron descubiertos en un paraje del bosque cercano al río, portadores de unas rústicas angarillas con el cadáver de Betty. Inmediatamente la condujeron al castillo con ciertas prisas y sin investigaciones que aclararan lo sucedido. El estado demencial de la infeliz no dio pie a levantar suspicacias, y cuantos conocían las condiciones de su mente, creyeron a pie juntillas que se había suicidado. Sin embargo, una testiga de excepción, hoy camarera del VAL, explicó que antes de amortajarla descubrieron alrededor del cuello unos grandes moretones. Asimismo confesaron que tenía los ojos propulsados y tuvieron grandes dificultades para introducirle la lengua en el interior de la boca. Era pues evidente que, o se había ahorcado, o presentaba claros síntomas de haber sido estrangulada. Faysal debió

hallar en el dormitorio de la infeliz, el diario que le puso al corriente de lo ocurrido en el volcán cuando el accidente, y la entrega y violación a manos de Caín para salvarle la vida, por lo que ordenó la busca y captura del sordomudo.

— ¿Y qué ocurrió? —volvió a la carga la impaciente Piscis.

— ¿Qué ocurrió?... Lo sabremos mañana.

— ¡Por Dios, Orlando! —suplicó la quiróloga.

— Lo siento pero no puedo apartarme de lo programado. Hoy sin embargo, seré no ya moderador sino inductor de los diálogos que se susciten. Por lo pronto haré a cada uno de ustedes una escueta pregunta: ¿Qué juicio les merece la muerte de Betty Meredith?

Cabeceos afirmativos y sonrisitas irónicas acogieron el interrogante de Orlando.

— ¿Señor Cooper? —fue el primer interlocutor del guía.

— En nada cambia mi criterio la muerte del ama de llaves. Faysal regresa de Londres en compañía de Abel: homosexualidad demostrada. Si es sana, enferma o perversa por sádica, siguiendo la terminología empleada por Gustaf días pasados, el tiempo lo dirá. En cuanto a Betty... Bueno, usted mismo nos habla de moretones en el cuello, de ojos propulsados y una lengua mostruosamente colgante. Sin lugar a dudas fue estrangulada ¿Por quién? Por Faysal o su mano asesina: Caín.

— ¿Señor Kehrer?... Le menciono en segundo lugar porque les sé habitualmente enfrentados en opiniones.

— No se equivoca, y por supuesto, no comparto la tesis de Cooper. Si Faysal es o no homosexual es una cuestión secundaria. En cuanto a Betty posiblemente se suicidara colgándose de un árbol junto al río, lo cual justificaría las huellas en el rostro y cuello. Y si hubo un asesino, no fue Faysal sino Caín.

— ¿Profesor Aruza?

— ¡Lástima de psicómetra sensitivo!... Y el cadáver con las ropas, claro.

— ¿Quiere explicarse, profesor?

— Sólo un psicómetra podría determinar por clarividencia si la persona fue objeto de un crimen. Porque en el momento del óbito,

debieron quedar concentrados en ella pensamientos profundos del hecho ocurrido.

Un murmullo creciente acogió las palabras de Aruza que el guía cortó con una nueva interpelación.

— ¿Piscis?

— ¡Qué puedo yo decir! ¡Pobre Betty! No imaginaba tan horrible final. Si ha perdido la razón, en tales circunstancias es admisible el suicidio. Si el profesor Aruza precisaría de un psicómetra y el cadáver con sus ropas para averiguar lo acaecido, yo necesitaría de sus manos y el horóscopo... No sé qué decir. Desde luego, Faysal, no. ¿Caín?... Tal vez. Me siento muy desolada.

— ¿Señora Hoover?

— Creo más razonable y consecuente, esperar a que usted sea más explícito en detalles.

— ¿Hemingway?

— ¡Misterio!

Risas y otro más en el estrado.

— ¿Juan Carlos y Clara?

— Clara cree en la inocencia de Faysal y Caín, y admite el suicidio del ama de llaves. Yo, ni lo uno ni lo otro sino todo lo contrario —rió con desparpajo.

— ¿Matrimonio italiano?

— Si nunca estamos de acuerdo, ¿cómo vamos a estarlo ahora? Éste, que es tonto de remate —señaló a Castruccio—, está convencido de que Faysal es un pedazo de pan... Será de pan duro porque, ¡miren que es difícil de roer! ¡Caín?... Un fogoso con sangre en las venas a lo toscano. En cuanto a Betty, no precisamente una frígida, sino tal vez afecta de ninfomanía, ¡vaya!, de furor uterino.

— No ha contestado a la pregunta, señora Rossellino.

— Prefiero que nos lo aclare usted, entre otras razones, porque está más enterado que nosotros de quién mató a quién, y quién se mató sin que nadie lo matara —hizo reír a más de uno.

— ¿Señor Thierry?

— Menos mal que no soy “le dernier” —habló con voz grave—. En mi opinión, veo a Faysal un tanto ido para considerarlo culpable de nada como no sea de mal filósofo y frustrado superhombre, pues como decía el amigo Tadasu y corrobora Franz, merecería escribirse de él un libro titulado *¡Así no hablaba Zaratustra!*, con signo exclamativo, claro. En fin, si Betty murió afectada por el raro síndrome de locura de amor, hoy casi una reliquia, yo sigo a la espera de lo que hará el Napoleón arábigo.

— ¿Gustaf y Erik?

— Nosotros compartimos idéntico criterio, o sea que, en nuestra opinión, Faysal es una personalidad interesantísima, independientemente de su ética y de las obsesiones que sufre, fruto de meditaciones filosóficas. ¿Betty?... Una enferma mental, apasionada, que sorprende y cautiva. Sin lugar a dudas se suicidó.

— ¿Señor Kato?

— No tengo nada que decir —ni se inmutó el oriental.

— ¿Señor Kasura? Le he dejado ex profeso el último porque sus sentencias suelen ser un buen punto final de controversias y diálogos, en este caso, de la pregunta que se suscita.

— Hoy —habló Tadasu reposadamente—, existe “quietud en mi mente, una especie de desasimiento mental. El hombre perfecto usa su mente como un espejo”. Lo dice Chuang-tzu. Y no sé por qué, mi pensamiento “no aferra nada, no rechaza nada. Recibe pero no conserva. Hasta podría decirse que se empaña ligeramente para compensar la claridad demasiado hiriente”... También lo dice Chuang-tzu, aunque yo lo aplico al espeluznante relato de la muerte de Betty Meredith. Pero no. En estos momentos deseo dejar en paz a mi mente.

— Nos deja usted in albis —replicó Orlando.

— Igual que usted a nosotros.

E in albis quedaron todos a la espera de nuevos acontecimientos.

MIÉRCOLES, 28

Es justo reconocer que los componentes del grupo-Orlando lo estaban pasando pero que muy bien. Quince salones visitados, espectaculares unos, magníficas réplicas de los de Baviera otros. Y como telón de fondo, una controvertida historia a punto de finalizar, salpicada de interrogantes y divertidos diálogos, muy a tono con un conjunto cosmopolita tan dispar. ¡Ah!... y la intriga y el suspense en los ánimos dentro de las limitaciones impuestas por el secuestro, a la espera de lo que pueda ofrecerles la segunda etapa de sofisticadas y tensas excursiones, que no todos, según palabras textuales del guía, podrían soportar.

— Penúltimo día de secuestro, señores —saludó Orlando con una leve inclinación de cabeza—. Nos encontramos en La Capilla, una capilla sin santificar, desvestida de imágenes y pinturas religiosas. Ya saben ustedes que Faysal no profesaba religión alguna. Nada pues les voy a contar ni describir respecto a este oratorio en el que Faysal nunca oró, y donde les ruego que tomen asiento. Vayamos pues a la narración. Habíamos quedado en que Caín era buscado por orden de Faysal. Pero no es Caín quien va a protagonizar hoy las incidencias de esta historia sino su rey y señor, que con toda seguridad debió leer en el diario del ama de llaves el relato alucinado de la boda real en el Salón del Trono, por lo que ordenó que allí fuera conducido el cadáver, a hombros de su guardia personal.

— ¡Boda regia “post mortem”! —palmoteó Piscis embargada por la alegría.

— El pueblo —continuó hablando el guía—, emplazado por su rey, acudió en masa a tan inesperado funeral cuyo boato nadie esperaba. Las autoridades ocuparon un lugar preferente en el regio salón,

y como Betty era católica, un sacerdote colocó un crucifijo sobre el ataúd mientras oraba y bendecía el cadáver. Poco después, el propio Faysal sentado al órgano, interpretaba unos pasajes del réquiem de Delius con letra seleccionada de Nietzsche, por el cual sentía predilección. Por último, subió la escalinata de mármol, y sentándose en el regio sillón se dirigió a los allí presentes para decirles con palabra ampulosa: *Es deseo de Betty Meredith, mi gobernanta en el castillo, que sus restos reposen en el volcán, y allí será inhumada conforme a su voluntad.* Luego, la guardia desfiló con el féretro a hombros hacia la puerta de salida, seguido por el rey. En el patio aguardaba un helicóptero y varios hombres con aperos de labranza: eran los sepultureros. Faysal ordenó al piloto que descendiera. Nadie mejor que él conocía los peligros de un aterrizaje en el interior del volcán. Poco después iniciaban el ascenso ante una multitud, silenciosa y expectante.

Orlando recorrió con la mirada los rostros de los quince del grupo. Era notoria la curiosidad que habían despertado sus palabras.

— La aeronave —continuó diciendo—, después de sobrevolar la montaña, inició el descenso en el interior del volcán. La panorámica era impresionante para cuantos la contemplaban, yo entre ellos, pues he de confesarles, que fui soldado de la guardia personal del rey persa.

— ¡Qué dice! —exclamó Piscis sorprendida—. ¡Usted, soldado de la guardia de Faysal!

— Muy callado se lo tenía —apostilló Hemingway.

— ¡Si lo imaginaba yo! Este Orlando conoce la historia de Cumbres mejor que los protagonistas —aseveró Matilda.

— Les ruego, señores, que sigan atentos al relato. En cuanto el helicóptero empezó a descender, el ensordecedor zumbido fue amortiguándose lentamente. De las paredes, se alzaban fantasmales figuras pétreas entre corpulentos cipreses y espesas nieblas que las grandes aspas de la nave no acababan de dispersar. Cada vez más despacio, descendimos hasta quedar sobre las densas nubes a la espera de un claro que permitiera explorar donde se posaba el aparato. De improviso, las brumas se dispersaron y vimos con espanto las aguas de la laguna a pocos metros de nosotros. Faysal maniobró y la

aeronave ascendió rápidamente. No era difícil orientarse: a nuestra izquierda, las lavas provenientes del volcán nos adentraban en la laguna; a la derecha, la panorámica del río y el castillo era el camino a seguir si queríamos alejarnos de las aguas. Faysal desplazó el aparato hacia la fortaleza, y volvió a descender sumiéndonos de nuevo en la densa barrera neblinosa. Reaparecieron cipreses y fantasmas de piedra, ahora peligrosamente más cercanos. El descenso se tornó cada vez más lento, hasta que al fin, por el ansiado agujero entre las nieblas, el helicóptero acabó posándose en el suelo trepidante.

Ni una pregunta. Todos seguían pendientes de los labios de Orlando.

— Descendimos, y el fúnebre cortejo inició la marcha encaminándose en dirección a la laguna. El paisaje era si cabe más tétrico y escalofriante desde el suelo, que no cesaba de estremecerse mientras rugía el volcán. A pocos metros de las aguas, los sepultureros excavaron una zanja donde fue depositado el féretro. Una vez cubierto por la tierra, Faysal ordenó traer tres grandes piedras de lava, y juntándolas, sujetó entre ellas la cruz. La ceremonia había terminado y el regreso al castillo se produjo sin incidentes.

— Una pregunta, Orlando. ¿Iremos a ese lugar?

— Una pregunta sin respuesta, Erik. No puedo anticipar nada respecto a las expediciones: ni lugares, ni medios de locomoción; sólo, que será catorce.

— Los que las resistan —se chanceó el tejano.

— Así es. Y no debe tomarlo a broma, señor Hemingway.

— Lo tomaré a broma, Orlando, en tanto no se produzcan esos abandonos que nos pronostica.

— Por lo pronto, señor Hemingway, aguardemos a ver qué nos depara el final de la historia.

— Que espero no acabe inmoral —terció Kehrér—. Decía Zaratustra, y así sí hablaba el personaje de Nietzsche —miró a Tadasu—: "Guardaos de ser injustos con los solitarios". Y también: "Cuidaos de injuriar al solitario. Pero si le habéis agraviado, ¡matadle si es preciso!"

— ¿Alguna otra pregunta? —inquirió el guía.

— ¿Pregunta?... ¡Respuesta! —habló contundente James—. Faysal tiene prisa en desprenderse de un cadáver; no da explicaciones sobre las circunstancias que rodean la muerte de Betty Meredith, ni menciona a Caín, salvo en la dudosa orden de captura dada a su capitán de la guardia personal. Por otra parte, no hay médico que certifique la defunción ni se practica la autopsia, los familiares ni siquiera son avisados, y encima, un funeral de opereta y un entierro con escenas de suspense. Hasta la inhumación es efectuada en un escondido lugar que sólo conocen él y algunos soldados de la guardia personal entre los que usted se encuentra. ¿Por que? ¿Qué se oculta entre bastidores?... ¡Un asesinato por estrangulamiento, señores!... ¿Caín? ¿Y quién es Caín sino la mano ejecutora de Faysal? ¡Usted no lo ignora pero lo oculta! ¿Por qué?

— Va usted muy lejos en sus acusaciones, Cooper —fue la réplica del sempiterno oponente Franz—. Admito que la desaparición del sordomudo es más que sospechosa. Lo sabemos violador. ¿Por qué no admitir al asesino? Pero de ahí a creerlo mano ejecutora del rey persa. Quizá mañana Orlando nos aclare el enigma; o no aclare nada si, como afirma a menudo, subsisten tantas incógnitas en el relato.

— Quizá nos lo aclare usted, Kehrer.

— Y sin quizá, pero no ahora. Y perdone que insista, Cooper: sigue equivocado.

— Si les parece, oiremos otras opiniones. Creo que Erik también quiere decir algo.

— Opino que Faysal es inocente, porque vive otras cumbres, eróticas tal vez, con un asiduo Abel acompañándole a todas partes, pese a las obsesiones que sufre respecto a la extraña misión por cumplir que le atormenta. ¿La cumplirá, Orlando?... Sí, claro. No puede adelantarnos nada.

— Insisto en lo dicho ayer —intervino Aruza—. Lástima de psicómetra sensitivo en presencia del cadáver: hubiera descubierto al asesino.

— ¿Y no puede echar mano, profesor, a los registros *acásicos* del Universo? —se chanceó Juan Carlos.

— Eso es una reverenda estupidez.

— Señora Hoover —cortó Orlando— Si no me equivoco, desea intervenir.

— Me siento consternada. No acuso ni abogo en defensa de Faysal. Espero acontecimientos.

— ¿Tiene algo que decir, señor Thierry? —preguntó Orlando.

— Sí, congratularme de que ya tenemos al hombre de acción, lejos de filosofías de oscuro sentido.

— ¿Señor Kato? ¿Le agradaría epilogar sobre tan debatido tema? —pareció que Orlando daba por finalizado el diálogo.

— Si así no hablaba o no hablaría Zaratustra —fueron las primeras palabras de Tadasu—, y doy mi conformidad a lo expresado en diversas ocasiones por el señor Kehrer, así tampoco obraría Faysal... "Su inconsciencia no es la del coma". No "anda sin saber adonde va", ni "se detiene sin saber que está haciendo". Faysal sabe bien lo que hace y por qué lo hace. Teme al infinito y aspira a la inmortalidad. Pero su obsesión sigue siendo el eterno retorno y ese gigante de agua y fuego. Está lejos, muy lejos del amor sensual, el crimen y la homosexualidad. Todo lo es la mente y nada el corazón ni el sentimiento. Y quiero terminar con una sentencia de Lao-tzu: "Las cosas difíciles de obtener, dañarán la conducta del hombre". Y al rey Faysal, presiento que se le ha puesto muy difícil el cumplimiento de su misión. ¿Dañará su ética, que usted defiende, señor Kherer?

Cuando todos esperaban el final de los diálogos, Taro Kasura, inmutable y enigmático como siempre, puesto en pie con rígida postura militar, hizo una leve inclinación de cabeza, y dirigiéndose al guía le espetó a quemarropa:

— Señor Orlando. Una pregunta; una sola pregunta contenida en cuatro concatenadas: ¿Veremos la tumba del rey Faysal? ¿Faysal Bin Abdula Al Saud, reposa en Loquilandia? ¿Loquilandia le ha erigido un mausoleo o guarda hibernado o embalsamado su cadáver? ¿Cadáver o mausoleo podrán tocarlo mis manos?... No quiero saber cuándo, cómo ni dónde. Sólo pido, ¡exijo! —gritó sorprendiendo a los presentes—, un sí o un no por respuesta. El día de mi llegada, usted me preguntó: ¿A qué ha venido a este país? Y mi respuesta fue: me reservo la contestación. Pues bien, señor Orlando, hoy puedo dársela: he venido a conocer la historia del rey Faysal, sí, pero también a palpar

con estas manos —las extendió ante los atónitos ojos de los presentes—, la tumba del superhombre.

Sorpresa general, asombro en los rostros, y segundos que transcurren sin respuesta.

— ¡Caramba, amigo Kasura! —se adelantó a la contestación del guía un no menos sorprendido Thierry—. No me alcanzan los motivos de su deseo, casi obsesión a lo Faysal, tal vez porque no comprendo la idiosincrasia y filosofía de los orientales. Aunque le aseguro, amigo Kasura, que la tumba de Napoleón Bonaparte en Los Inválidos, quien nunca poseyó los atributos divinos de su emperador Hirohito, ni sufría el complejo de superhombre como Faysal, sólo puede ser contemplada, y nunca prostituida por manos fanáticas. Porque cuantos desean verla, han de inclinarse, inclinación que explícitamente conlleva una reverencia.

Estupor en los semblantes y contestación sorpresiva del guía al oriental.

— Verá la tumba, señor Kasura. En cuanto a tocarla...

Y la segunda parte de la respuesta quedó en nuevo interrogante.

JUEVES, 29

— Buenos días, y más buenos aún —saludó Orlando—, si para los impacientes les anuncio que hoy es la última jornada de secuestro en el castillo.

— ¡Bien! —corearon Castruccio y Aruza capitaneados por Thierry.

— Mañana —continuó Orlando—, comenzarán las excursiones, las sorpresas, y Dios quiera que no los abandonos. Hoy, señores, nos aguarda sin temor a exagerar, el más sofisticado de los salones creados por la mente alucinada de Faysal. Un alarde de ingeniería técnica, adobado con la creatividad de artistas contemporáneos, donde no faltan las alusiones filosóficas que tanto obsesionaban al rey persa. Tiene por nombre un largo título: Salón de la Luz, el Sonido y el Eterno Movimiento, la tríada que torturaba a Faysal.

Y un intrigante Orlando, abrió de par en par las dos hojas de la gran puerta de acceso al salón.

— Pisen con sumo cuidado —les previno el gufa—. El suelo gira despacio, y puede ocasionar más de una caída si les coge desprevenidos. Veán, señores, ese enjambre de tubos y brazos articulados, todo en cristal de roca e impulsado por el agua que traduce el eterno movimiento, e iluminado con los mil destellos reflectantes del cristal por los que discurre como la sangre en las venas, el agua procedente de las altas cascadas. Ocultos magnetófonos reproducen piezas electrónicas de laboratorio que alternan con músicas concretas tomadas de la realidad exterior, traducidas en ruidos, silbos, ecos cósmicos y ensordinados zumbidos, que famosos compositores contemporáneos, consumados artistas cinéticos y especialistas en luminotecnia, escribieron para este monstruo de luz, sonido y movimiento, que mueve

el agua y pretende simbolizar la eternidad. ¡Y ahí! —señaló hacia el centro del recinto circular—, una cámara de hielo con el laberinto de tubos que la envuelven, para un rey que decidió hibernarse en ese tiempo, a la espera del eterno retorno.

— Dígame, Orlando —sorprendió al grupo una vez más un exaltado Kasura puesto en pie—. ¿El rey Faysal está ahí, hibernado?

— Señor Kasura. Puede estarlo —fue la ambigua respuesta del guía que nada aclaraba—. Porque, en efecto, es una tumba de hielo, y también un frustrado esbozo de eternidad.

— No ha contestado a mi pregunta —insistió el oriental—. ¿Está o no ahí?

— He respondido a su interrogante, señor Kasura, hasta donde me es permitido hacerlo. De todas maneras, su curiosidad quedará muy pronto satisfecha.

— ¡No se vaya por peteneras! —exclamó Juan Carlos, desafortunado como siempre en sus intervenciones y habituales exigencias—. ¡Es un sí o un no rotundo lo que pide Taro Kasura, al que me sumo yo!

— Exigencias de la programación me obligan a no responder. Lo siento.

— ¡Déjese de cuentos!

— Por favor, Juan Carlos —protestó la señora Hoover—. ¿Quién mejor que Orlando sabe cuando debe revelar la incógnita?

— Señores —apuró el guía—. Les ruego que presten atención... Habla Faysal.

— ¿Quiere usted decir que es su propia voz? —preguntó aún más exaltado Taro Kasura.

— Exacto.

Y acercándose a la supuesta cámara mortuoria, Orlando oprimió un botón. Una recia y pausada voz dejó oír el mensaje:

Mis alas golpean los muros del más allá, lejos de las inquietudes y torturas del hombre superior, con la esperanza de un nuevo mañana del que algún día os hablaré. Insólitas sabidurías os deparará mi retorno. Puedo

conductas de muy ambigua o difícil interpretación. Les ruego que estén atentos. Los acontecimientos se precipitan. A oídos de Faysal llegan malas noticias. La muerte de Krupp en supuesto accidente, el suicidio de Betty Meredith aureolado de cierto misterio, la súbita desaparición de Caín, y quién sabe si alguna denuncia o carta, así como la tensa expectación y temor que suscitaba la presa llena a rebozar, promovieron en Berlín y Londres una protesta diplomática dirigida al gobierno del país vecino, instándole a iniciar las pertinentes averiguaciones y posibles responsabilidades en las muertes acaecidas, y el decidido propósito de exhumar el cadáver del ama de llaves practicándole la correspondiente autopsia. También se exigía una explicación del porqué no fue enviada a Londres cuando su enfermedad mental adquirió visos de grave demencia.

— ¿Y qué ocurrió? — fue la pregunta de la impaciente Piscis que no daba respiro a Orlando.

— Misterio — se oyó decir al tejano, reiterativo en el vocablo ya aceptado como réplica a la temática intrigante y puntos oscuros del relato.

— Esta vez, señor Hemingway, tendré que darle la razón porque, misterio sigue siendo lo ocurrido en la mañana siguiente del entierro de Betty Meredith, en las habitaciones privadas de Faysal, quien no ignoraba que una flotilla de helicópteros con unidades del ejército de la vecina nación, se dirigía a este lugar con la misión de promover una investigación. Cuando la flota aterrizó en el helipuerto, fue recibida pacíficamente por la guardia personal. Enseguida nos encaminamos hacia las habitaciones privadas del castillo donde se suponía que podían estar Faysal, Abel y Caín. La puerta del Salón Azul estaba cerrada con llave, y presintiendo que algo anormal había ocurrido, el jefe de policía ordenó que fuese derribada. El espectáculo que presenciábamos nos heló la sangre en las venas: Abel, con la cabeza destrozada, yacía en el suelo sobre un gran charco de sangre.

— ¡Crimen sádico sexual! — no pudo reprimirse el californiano interrumpiendo al guía.

— ¡Alto ahí, Cooper! — se alzó un airado Franz—. Mis tiros van por otro lado.

— ¡Ah, sí! ¿Y adónde apuntan?

anunciarlas, mas no enunciarlas en tanto el dormido no despierte. Durante la travesía, mi cuerpo descansará en el hielo o tal vez en la piedra mientras cruzo el desierto donde beberé el agua de ocultos manantiales, siempre en pos de las fuentes de la vida. Porque, de los puentes tendidos; de las visiones del visionario; del holocausto que aquí dejará perennes huellas el superhombre; de la nueva luz y del otro resplandor, ¡os hablaré algún día, sin titubeos, cuando el dormido despierte y sea el eterno retorno!

La voz cesó de hablar, y Taro Kasura, perdido el aplomo y la impasibilidad acostumbradas, se lanzó rápidamente hacia la cámara de hielo con intención de tocarla.

— ¡No la toque, señor Kasura! —se interpuso Orlando—. Existe una leyenda. Nadie puede poner sus manos en esa tumba de hielo sin desatar la cólera de Faysal.

— ¿Trata de asustarnos? —se guseó el tejano—. Miren por donde tenemos ante nosotros la segunda versión de la tumba de Tutankamón. ¿Y qué le pasará a Taro si toca ese congelador? —volvió a sonreír—. ¿Le saldrán tal vez sabañones en los dedos?

— ¡No bromeo, señor Hemingway! Sobre esa tumba pesa un maleficio. Y tengo mis razones que no es del caso explicar. Por otra parte, Faysal puede no estar ahí.

— ¡Y si no está ahí! —se revolvió un furibundo y desconocido Taro—. ¿Dónde?

— Todavía no puedo contestarle —acompañó Orlando al oriental que se resistía a reunirse con el resto del grupo—. Pero su interrogante tendrá muy pronta respuesta.

— ¿Por qué no dejamos que Orlando continúe con el relato? —fue el ruego de la señora Hoover.

Siguió un silencio sólo turbado por los sonos de la música electrónica-concreta. Orlando, alejándose del cenotafio de hielo y cristal (lo de mausoleo seguía siendo una incógnita), fue a sentarse junto a los quince del grupo.

— Hoy, como ayer —dijo—, voy a relatar para ustedes el último capítulo de esta historia que finaliza. La pluma de Betty Meredith, ya no rasgará el papel. Se levanta el telón. Intentaré con la palabra ser fiel al relato, al describir la postrer escena donde no faltan sucesos y

— Nada puedo afirmar aún tan alegremente como usted lo hace. No han terminado mis investigaciones.

— ¡Lo que faltaba! —se mofó Hemingway—. Habrá que esperar a que nuestro Sherlock Holmes finalice sus deliberaciones. Amigo Franz. Usted no es alto, aunque sí flaco y de cráneo marcadamente dolicocefalo, pero le falta la gorra de viaje de Sherlock y no le oído pronunciar todavía la conocida frase: *Elemental, querido Watson* —rió—. Por otra parte, ¿cuándo terminarán esas... investigaciones?

— Quizá en Londres esté la pieza del rompecabezas que me falta.

— Ya lo saben, señores. De aquí a Londres, si no quieren quedarse in albis.

— ¿Y la escultura? —preguntó Piscis.

— Sigue siendo un...

— Misterio —se carcajeó Hemingway—. Menos para Orlando, claro.

El guía sonrió, enigmático como siempre.

— Existen, ya lo saben, diversas opiniones —explicó—. Algunos, como el señor Kehrler, apuntan que es el espejo del alma de Faysal donde él se mira. Otros...

— ¡Abel! —machacó el californiano.

La señora Hoover intervino con ánimo de conducir el diálogo por sus primitivos cauces.

— Por favor, insisto. ¿Por qué no dejamos que Orlando continúe con el relato?

Y el guía, arrellanándose de nuevo en el asiento prosiguió:

— A nadie encontraron en el Salón Azul ni en la alcoba de Faysal. Un registro minucioso por las dependencias del castillo descubrió a Cañ escondido en la cocina. Con toda probabilidad, había decidido abandonar el escondite en el cráter de la montaña, tal vez temeroso de la cólera de su rey. Cuando uno de los sirvientes, con quien mejor se entendía, le preguntó dónde y por qué se había ocultado, señaló en dirección al volcán y descubrió el pecho y la espalda con las recientes heridas ocasionadas por el látigo de su señor, pero se guardó bien de explicar lo ocurrido con el ama de llaves en la alco-

ba y en el agujero aquel de la montaña. Sólo palideció cuando le anunciaron la muerte violenta de su hermano Abel, y no dudó en acusar a Faysal del asesinato. Su interlocutor, a instancias de la policía militar, le forzó a que dijera dónde se hallaba el rey, y el interpelado se limitó a apuntar repetidamente hacia la montaña. Gesticulaba manoteando para que le comprendieran, hasta que logró desvelar el lugar secreto donde se ocultaba el dispositivo para la voladura de la presa. Asombro y consternación causó el descubrimiento de la noticia, y allí nos dirigimos todos, guiados por el sordomudo. También fueron movilizados varios helicópteros con la orden de sobrevolar la montaña y la misión de capturar a Faysal.

— Pero, ¿quién mató a Abel, y por qué? —suplicó Erik entristecido.

— ¡Quién sino el sádico e invertido Faysal! —gritó James fuera de sí.

— ¡No le he preguntado a usted! —se revolvió Erik—. Estamos hartos de epítetos discriminatorios.

— ¿Por qué no, Caín —apuntó Franz—. Le sobran motivos para hacerlo acusando a Faysal. Odiaba a su hermano, el preferido y mimado del rey; aparte las posibles relaciones...

— ¿Aún lo duda, Kehrer? —cortó irónico James.

— Lo que no acepto es a un Caín como la mano asesina de Faysal, y menos ante el castigo infligido a su persona por el rey.

— Caín ha confesado acusándolo del asesinato de su hermano.

— Caín ha mentado vengándose de la persona que en dos ocasiones le sometió a tan severo castigo, sin aducir los verdaderos móviles, y tal vez también por celos. Y el rencor que experimenta le lleva a delatar el lugar donde se oculta el dispositivo para la voladura de la presa.

Dejemos los supuestos —intervino Piscis—. Lo que importa es saber qué ocurrió en la montaña —se volvió hacia Orlando.

— Misterio —fue reiterativo el tejano.

— De misterio, nada, señor Hemingway —replicó el guía—. Otra cosa es saber cómo exactamente sucedió. No hay testigos presenciales, pero nos trasladaremos, con la imaginación, claro, al *lugar aquel*

que sobrecoje el ánimo, donde verosímilmente se produjo lo que ahora voy a contarles. Presten atención: Faysal, desde su escondrijo y sentado en el regio sillón, contempla por última vez su reino. Sobre la mesa se halla el candado de oro. Su mano derecha sujeta la palanca que ha de establecer el circuito, desencadenando la explosión en la presa; la izquierda mantiene firme unos prismáticos junto a los ojos. Faysal vigila y ve llegar a la flotilla de helicópteros que aterrizan en el helipuerto, mientras observa como sus ocupantes, conducidos por la guardia, se dirigen al castillo. Poco después reaparecen acompañados por el sordomudo Caín. Pronto se adentran en el bosque en dirección al río. Cuando les ve llegar a la orilla, junto a la entrada de la cueva, sin dudarle un momento, conectó la palanca estableciendo el circuito eléctrico que hizo reventar a la presa. Las aguas invadieron la hondonada junto al volcán, y Cumbres Bajas, sin ser arrasada, quedó sumergida con todos sus habitantes, mientras una gigantesca ola anegaba el túnel y se precipitaba por la escotadura rocosa en las entrañas del cráter. El dantesco espectáculo está grabado en mi mente, puesto que fui testigo presencial de lo ocurrido. Cientos de toneladas de agua fueron lanzadas a gran altura, pulverizadas entre piedras, lavas ardientes y gases tóxicos que por suerte caían a causa del viento al otro lado del volcán, lejos del castillo. Y así fue creado el gigante Aguafuego con el que siempre soñara Faysal. El enfrentamiento sigue, sin vencedores ni vencidos, octava maravilla del mundo y espectáculo horripilante también, que ustedes verán en su día.

Orlando hizo un respiro y añadió ante un grupo pendiente de lo que decían sus labios:

— Es posible que Faysal fuera el único espectador del cataclismo desde el interior del volcán mientras la laguna se convertía en un ascua de fuego, las brumas se mezclaban con gases venenosos y por las paredes resquebrajadas brotaban ríos de lava arrasando con cipreses y rosales. Es posible también que, por una grieta, el torrente de lava le convirtiera en esfinge de piedra.

Orlando buscó con la mirada al oriental Taró.

— Ya sabe, señor Kasura, dónde está el mausoleo de Faysal. Sí, sepultado en la piedra y no en el hielo. En cuanto a tocarlo... Aún se conserva y dibuja su figura petrificada en el regio sillón. Los helicóp-

teros que merodeaban por la montaña, tuvieron el tiempo justo para regresar escapando a toda prisa del torbellino de fuego, agua y lavas. Una ola de barro inundó el bosque hasta llegar a Cumbres Altas, todavía sin habitar, que quedó convertida en un inmenso pantano. Del pueblo sumergido en el fango sólo emergen hoy algunos tejados y el campanario con la puntiaguda veleta. Nosotros pudimos salvarnos con una carrera desenfundada hacia el castillo... Señores —añadió con cierto énfasis en la voz—, la historia de Faysal Bin Abdula Al Saud, autoerigido rey de Cumbres y superhombre, ha terminado. ¿Algún comentario?

— Horrible, si cuenta la espantosa masacre, porque también —matizó Hemingway— pesa el grandioso espectáculo, la octava maravilla del mundo que dice Orlando.

— Me ha sorprendido esta faceta criminal del hombre de acción. Tampoco lo esperaba —dijo Thierry.

— Señores —habló James regocijado—. Ahí tienen, sin misterio, al Faysal asesino de Krupp y Betty Meredith, sádico homosexual en el horrendo crimen cometido con Abel, y culpable de genocidio. ¿Caben más acusaciones?

— Caben menos —replicó Franz con el asombro de todos—. Caben circunstancias atenuantes y documentos desconocidos para muchos. No estoy de acuerdo ante la aparente evidencia que a algunos puede haber hecho cambiar de opinión respecto al comportamiento de Faysal que, ni es el asesino de Krupp y Betty Meredith, ni el sádico homosexual en el crimen de Abel, y por supuesto, tampoco culpable de genocidio voluntario... He dicho y repito ¡voluntario!, puesto que él estaba convencido de que su pueblo se había refugiado en el castillo.

Un murmullo de disconformidad acogió las palabras del alemán.

— ¿Quiere explicarnos la involuntariedad? —ironizó el californiano.

— Vuelvo a repetir que existen documentos que por lo visto, no ya usted, Cooper, sino Orlando y el propio VAL ignoran.

— ¡Vaya con nuestro filósofo! —bromeó Hemingway—. Otra vez metido a Sherlock Holmes y más intrigante y misterioso que nuestro guía.

Pero Franz no estaba solo. Curiosamente se encontró con la sonrisa de los orientales que le animaron, y la aquiescencia de la señora Hoover a quien pronto se unió Piscis, ansiosa de ver renacer su fe en Faysal.

— Sí —afirmó Franz—. Aún falta otro capítulo en la historia de Cumbres. Y no nos lo va a contar Orlando sino que lo narraré yo cuando finalice la gira. Y me alegra comprobar que más de uno están conmigo respecto a la inocencia del rey persa, pese a desconocer las razones y supuestos que avalan mi criterio. Faltan catorce días para que todo el montaje del VAL se venga abajo —fue la acusación sorpresiva, incluso para Orlando, que no esperaba tan gratuita afirmación.

— Pero, ¿señor Kehrer! —no pudo reprimirse el guía—. ¿Quiere ser más explícito?

— Lo siento, Orlando. Como usted con los acontecimientos que se avecinan, nada puedo aclarar... ahora.

Sin pruebas y con descubrimientos derivados de las investigaciones que sólo él conocía y continuaba obstinado en no desvelar, todo acusaba al rey persa. Pese a ello, Taro Kasura que, sorpresivamente, se estaba revelando como fanático admirador del rey loco, puesto en pie y tras una escueta inclinación de cabeza, se dirigió al guía preguntándole:

— ¿Veremos mañana la esfinge de piedra? ¿Podré palpar con mis manos la lava endurecida que lo guarda? —sorprendió a los presentes con tan inusitadas preguntas.

— Señor Kasura. Lo que pueda suceder mañana, por favor, preguntemelo mañana... al final de la jornada —sonrió e hizo sonreír a la concurrencia.

Y dirigiéndose hacia el otro oriental le dijo:

— Señor Kato. Para epilogar, ¿alguna sentencia taoísta?

Apesadumbrado, el aludido negó con la cabeza. Luego, una idea debió alumbrar en su cerebro.

— “El genio es pariente de la locura” —soltó a quemarropa—. La historia puede terminar sin sentencias taoístas, con un “yugen” a modo de misterio a tono con las alusiones y esperanzas absolutorias

del señor Kehrer. Un "yugen" sin contenido filosófico, donde los poemas hablan por sí mismos. Y así dice uno de esos poemas Zenrin:

"Amaina el viento, las flores aún caen;
gritan los pájaros, se ahonda el silencio de la montaña".

— Y expresa otro:

"Este espejo roto no reflejará más;
la flor caída no volverá a la rama".

— Y la respuesta de Moritake:

"¿Una flor caída
volviendo a la rama?
Era una mariposa".

Mediten bien el significado metafórico dado a estos poemas, respecto al trágico final de la historia que nos ha relatado nuestro guía.

— Vuelve a dejarnos in albis, señor Kato —se expresó Orlando.

— Si me lo permiten —intervino Franz—, intentaré descifrar a mi manera, no "ad pedem litterae", el contenido metafórico que el amigo Kato da a esos bellos versos. Pero tendrá que recitarlos de nuevo, y yo a renglón seguido trataré de interpretarlos. ¿De acuerdo?

— Con mucho gusto, señor Kehrer, recitaré para usted.

— Hable despacio, por favor —le rogó el alemán.

— "Amaina el viento" —comenzó Kato.

— La historia finaliza —respondió Kherer.

— "Las flores aún caen".

— Siguen las muertes.

"— Gritan los pájaros".

— Los pájaros somos nosotros.

"— Se ahonda el silencio de la montaña".

— No se aclara el misterio.

"— Este espejo roto no reflejará más".

— Faysal ha muerto.

"— La flor caída no volverá a la rama".

— No existe el eterno retorno.

“— ¿Una flor caída volviendo a la rama?

Franz pareció que dudaba unos momentos pero se rehízo al instante y replicó sin pestañear:

— ¿Un muerto retornando a la vida?

“— Era una mariposa”.

Nuevos instantes de indecisión, y al fin que el alemán sentencia sin titubeos:

— Son otros vivos que pasan.

Aplausos enfervorizados, asentimientos de cabeza, y Kato que matiza:

— No exactamente, señor Kehrer, no exactamente. Pero muy bella y aguda de ingenio la interpretación metafórica.

Y así finalizó la última jornada de secuestro en el castillo. Al día siguiente... Bueno, es una segunda y truculenta historia, trágica historia, no exenta de intrigas, sorpresas, y por supuesto, escenas de suspense que nunca imaginaría el propio Orlando.

VIERNES, 30

Cuando el guía llegó al comedor, un grupo expectante le aguardaba con impaciencia ante el incentivo que suponía la primera excursión. Pero se encontraron con un Orlando remiso como siempre en anticipar acontecimientos.

— Sólo puedo adelantarles —fue la respuesta a cuantas preguntas le formularon—, que ya han finalizado las visitas a los salones y, muy importante, pernoctarán en habitaciones iguales, aunque diferentes.

— ¿Quiere explicarnos ese galimatías? —preguntó Aruza—: iguales pero diferentes. Lo entiendo como una contradicción —recalcó.

— Le matizaré, profesor —sonrió Orlando—. Tal vez me he expresado mal. He querido decir, que si hoy partimos de un determinado lugar, regresaremos adonde suponen ustedes que será el mismo...

— Pero no es el mismo —le interrumpió riendo con sorna Juan Carlos.

— Así es. Un patio ajardinado que al regreso será otro de idénticas características, aunque no acertarán a establecer las diferencias. Tiene su intríngulis.

— Ya lo sabe, Hemingway —volvió a intervenir Juan Carlos con no menos guasa—. Se acabó el emplear tan manoseado epíteto: misterio. Ahora, intríngulis.

— Y lo mismo sucederá con las habitaciones, diferentes cada noche, aunque no se apercibirán del cambio. El mobiliario entero será trasladado con todos sus útiles: repisas, escritorio, roperitos de baño,

objetos personales, perchas y bandejas con las prendas de vestir. Personal especializado se encargará de estos menesteres.

— Entonces, si dejo el bolígrafo y las cuartillas escritas sobre la mesa...

— Las encontrará tal y como las dejó, señor Kehrer, pero en otra habitación.

— Comprobaré si cuanto afirma es cierto —sonrió Hemingway—. Sí, marcaré una pequeña crucecita en un lugar determinado y oculto de la pared. ¿Y cual es el objeto de tanto intrínquilis y galimatías?

— Exigencias de la programación.

— ¡Vaya! Veo que el sistema no ha variado: seguimos a remolque de las programaciones.

— Unos entran y otros salen, señor Hemingway.

— Y es imperativo para quienes llegan, que se vayan los que están, entre otras razones, porque les está vedado verse. ¿No es así, Orlando? —sonrió el tejano.

— Exacto.

— A esto llamo yo hiperbolizar las cosas —habló Aruza.

— Mire, Orlando —fue reiterativo el tozudo Juan Carlos—. Admita de una vez que aquí, incluido el VAL y por supuesto usted, todos estamos un poco *loquilandados*. Y pregunto: ¿Es contagiosa la enfermedad?

Risas.

— Pues yo —gritó más que dijo, Matilda—, estoy con Juan Carlos, y si a los homosexuales llamo maricones, estos del VAL están como una cabra.

— ¡Mujer! —trató de disculparla Castruccio con una mirada y gesto elocuentes—. ¡Reprime tus expresiones!

— Punto y aparte —sonrió el guía dando por finalizado el sabroso diálogo—. Cuando quieran, señores.

— ¿Adónde vamos? —fue la inocente pregunta de un exaltado Taro, quien se mostraba estos días hablador y autoritario.

— Por lo pronto al lugar de partida —se escabulló Orlando como era de esperar.

— De partida, ¿hacia dónde? —machacó reiterativo el oriental.

— Pregúntemelo después —fue la nueva escabullida mientras contabilizaba con el dedo hasta quince, con un recuento desacostumbrado de los componentes del grupo—. Síganme, por favor.

Pronto llegaron a un patio rectangular, ajardinado en una estrecha área de la periferia, donde, primera sorpresa, un helicóptero les aguardaba con la gran hélice girando lentamente.

— ¡A volar, señores! —exclamó Juan Carlos regocijado—. Y no con la imaginación como ayer apuntaba Orlando en su intento de trasladarnos al *lugar aquel que sobrecoge el ánimo*. Porque no hay duda, amigo Taro: nos llevan al volcán —palmoteó en la espalda del oriental—. Veremos la tumba de Faysal. En cuando a tocarla... Recuerde: quedó en puntos suspensivos. La verdad es, querido Taro, que eso de convertirse en piedrecita será mejor dejarlo para los superhombres, ¿no le parece? Y presiento —se dirigió al francés—, que para ver la esfinge de Faysal, habremos de inclinarnos bastante más que ante la otra tumba de Napoleón, si como pienso, la visualización será desde considerable altura. ¿No es así, Orlando?

— Puede ser —fue la ambigua respuesta.

Poco después la aeronave se elevaba, y en vuelo rasante sobre los árboles inició la primera expedición programada por el VAL. Hay un dicho que literalmente enuncia: *los árboles no dejan ver el bosque*. Aquí, intencionadamente tal vez, era el bosque el que ocultaba el panorama. Con todo, un ruido lejano que aumentaba en intensidad por momentos, les puso sobre la pista del lugar adonde se dirijan, lo cual parecía confirmar el supuesto de Juan Carlos de que habían emprendido la ruta hacia el volcán. Inesperadamente, el aparato inició un brusco ascenso. El espectáculo que se ofreció a los ojos de los quince turistas les dejó atónitos.

— ¡Ahí la tienen! —señaló el guía la gran montaña—. ¡La octava maravilla del mundo en versión contemporánea! ¡El gigante Agua-fuego donde reposa Faysal!

Tras el cono de la imponente silueta del volcán, una espesísima columna de agua, fuego, lavas y brumas, se elevaba a muchos cientos

de metros de altura. Era un soberbio espectáculo de luz, sonido y movimiento, la tríada que obsesionaba al rey persa en su afán de simbolizar la eternidad.

— ¿Y vamos a ir allí? —preguntó una horrorizada Matilda.

— Desde una prudente distancia, y por supuesto a bordo del helicóptero, y si las nieblas lo permiten, contemplaremos la tumba de Faysal. No existe ningún peligro puesto que los vientos soplan de norte a sur, y arrojan el torrente de agua, lavas y fuego, al otro lado del volcán. Sólo la eventualidad de una calma chicha podría hacer caer en el cráter apagado y sobre la laguna donde reposa Betty Meredith cercana a la esfinge de Faysal, algunos componentes de la columna de agua y fuego que se elevan hacia el firmamento. Pero aun sin que esto ocurra, por las hendiduras rocosas que comunican con el cráter activo, brotan perennemente lavas, brumas y gases tóxicos que hacen de aquel lugar un recinto inhabitable y peligroso. Si un viento fuerte tomara la dirección contraria de sur a norte, el castillo podría quedar arrasado.

— Espero que tal contingencia no ocurra hoy —esbozó Piscis una mueca por sonrisa.

— No ha sucedido jamás... Y ahora observen. Sobrevolamos en este instante la vertiente norte del cráter. Y es una pena que la cubran las neblinas, porque con un poco de suerte, a través de algún claro y con la ayuda de pequeños telescopios y prismáticos que ahí tienen a su disposición, podrían ver la tumba en el interior del volcán.

El helicóptero descendía lentamente acercándose al mar de nubes. De improviso, se oyó la voz de Orlando que gritaba:

— ¡Allí! —señaló hacia el volcán—. ¡La esfinge de Faysal!

Taro se lanzó sobre uno de los telescopios y apuntó en la dirección que señalaba el guía. El ansiado agujero entre las nieblas era una realidad.

— ¿Qué esperan? —apuró Orlando a los indecisos—. Las brumas lo cubrirán de nuevo en pocos segundos.

— ¡Descendamos más! —gritó el oriental sin apartar los ojos del telescopio.

Orlando consultó con el piloto.

— Más aún! —chilló Taro sobreexcitado.

— No es posible, señor Kasura.

— ¡Sí es posible! —se revolvió zarandeando al guía.

— ¡Señor Kasura! ¿Se ha vuelto loco? ¡El piloto lo cree peligroso!

— ¡Regresemos! ¡Por favor! —imploraron Piscis y Clara frente a un grupo enmudecido mientras Matilda sufría una crisis histérica, los suecos se cogían de las manos, y un clamor unánime exigía el regreso inmediato ante una aeronave medio envuelta por las nieblas. Hasta Hemingway acabó nervioso cuando encarándose a Taro le soltó a quemarropa:

— Si tanto desea ir ahí —señaló el cráter—, podemos arrojarlo por la ventanilla sujeto a un paracaídas. Le aseguro, amigo Taro —bajó el tono de la voz—, que se le presenta la ocasión de hacer compañía a Faysal, convertido en insignificante piedrecita de lava.

Tadasu y Taru intercambiaron unas frases en su idioma, y poco después el helicóptero salía de entre las nieblas en un rápido ascenso que provocó un suspiro de alivio en cuantos ocupaban la cabina. Matilda, atendida por Aruza, se había recuperado. No obstante, los ánimos seguían tensos, y Orlando trató de iniciar la distensión.

— Señor Kasura —esbozó una sonrisa el guía—, le anuncio para su satisfacción, que tendrá otras ocasiones de ver de cerca, muy cerca y por sofisticados medios de locomoción, la esfinge de su admirado rey.

Taro no respondió. Puesto en pie y sin parpadear, ni siquiera hizo la habitual cortesía de inclinar la cabeza, y permaneció con la mirada fija en el cráter de la montaña. Matilda, ya repuesta de la crisis, respiraba con entrecortados suspiros; Piscis mordía los labios, sujeta al brazo de la señora Hoover; Clara y Juan Carlos, por primera vez se les vio con los brazos entrelazados; Aruza cabeceaba, al mostrar su inconformidad con lo sucedido, y los suecos continuaban bien cogidos de las manos. Pero la distensión no llegaba pese a los esfuerzos de Orlando y Hemingway.

Y en este estado de ánimo y de tensión contenida, aterrizó el helicóptero en el patio que, según Orlando, ya no era el mismo. No hubo diálogos ni sentencias taoístas. Más tarde, Taro aseguraría haber localizado la esfinge de Faysal a través del telescopio.

SÁBADO, 31

Bis de la escena de ayer con sólo una variante: no estaba Taro Kasura. Orlando interrogó con la mirada a su compatriota Tadasu, quien se limitó a encogerse de hombros e hizo un gesto expresivo dando a entender que desconocía los motivos.

— ¡Lo que faltaba! —anticipó Juan Carlos aquello que la mayoría ya sospechaba—. Encima, dolido por la negativa en su absurda pretensión de acercarnos peligrosamente a la tumba de Faysal. ¡Nosotros deberíamos estar molestos! ¡Qué se quede!

El guía abandonó el comedor. Poco después volvía en compañía del oriental. Orlando parecía contrariado, y el japonés, sin siquiera saludar, rechazó con la mano el desayuno que le ofrecía el camarero. Y todos juntos siguieron tras el guía en el más absoluto silencio. ¿Adónde se dirigan hoy? Nadie parecía dispuesto a romper el fuego y formular la pregunta.

— Helicóptero tenemos —señaló Juan Carlos la presencia de una nueva aeronave en el patio.

— Si es el mismo o no es el mismo —trató Hemingway de distender los ánimos—, que el piloto no lo es, el patio sí que lo parece aunque no lo sea, y el dormitorio, lo veremos esta noche, pues yo hice mi cruz en un lugar que me sé... En fin, Orlando tiene la palabra.

— Señores —anunció el guía—, volvemos al volcán.

— ¡Al volcán! —protestaron contrariados los más timoratos.

— Sí —afirmó Orlando mientras subían al helicóptero ya en marcha—. Nos aproximaremos a la hendidura que horada la montaña. Desde allí solía Faysal contemplar el reino de Cumbres.

— Y desde allí —recordó Cooper—, fue consumado el genocidio.

No hubo réplica. Las mentes transcurrían hoy por otros derroteros ante la incertidumbre y el temor suscitado por el anuncio de la nueva excursión.

— Les decía —continuó Orlando—, que nos acercaremos al *lugar aquel que sobrecoge el ánimo*...

— Y tanto que lo sobrecoge —matizó Aruza interrumpiendo de nuevo al guía con clara alusión a lo ocurrido el día anterior.

— Desde escasa distancia y con un poco de suerte —prosiguió—, podremos contemplar la esfinge petrificada de Faysal —clavó los ojos en Kato, que un tanto apartado del resto del grupo e incluso de su compatriota, miraba a través de los cristales, puesta su atención en el volcán.

— ¿Es verdad que la lava esboza la figura del rey sentado en el sillón del trono? —preguntó la señora Hoover.

— Así es —respondió el guía—. Posiblemente, por una pequeña grieta de las paredes, debió caer el magma sobre el cuerpo y sillón, quedando convertido en piedra. Luego, la brecha debió obstruirse al solidificarse la lava y ahí está...

— A la espera del eterno retorno —sentenció James burletero.

— ¿Y es posible aterrizar ahí? —preguntó el tejano.

— ¡Por Dios, Hemingway! ¡No diga disparates! —protestó Matilda.

— Es posible aunque peligroso —aclaró Orlando—. No ya por las brumas que con toda seguridad hoy no tendremos y nos permitirán visualizar la esfinge, sino a causa de los gases tóxicos y ríos de lava que discurren por las cercanías abocando al exterior, acompañados a veces de pequeñas explosiones que no faltarán. En fin, señores, pese al buen tiempo, no aterrizaremos en el volcán.

El helicóptero se acercaba rápidamente al *lugar aquel*, después de haber sobrevolado el río. Alguien señaló hacia las alturas del firmamento.

— Sí —explicó el guía—. Otra aeronave; el único contacto permitido con los cuatrocientos cincuenta turistas que alberga el castillo, descontados los quince de nuestro grupo. Inician una excursión. Piensen que en este momento pueden estar en el aire hasta cinco aeronaves en distintos lugares, cruzándose a considerable distancia.

El aparato se detuvo a unos cincuenta metros de la imponente brecha.

— Tenemos suerte —anunció Orlando—. No hay brumas... ¡Vean!... ¡Allí! ¡El cuerpo petrificado de Faysal!

A un lado de la escotadura rocosa se dibujaba claramente la silueta pétrea del príncipe persa sentado en el sillón del trono. Todos se precipitaron sobre los telescopios y gemelos que Orlando les ofrecía; todos, menos Taro Kasura que, sorprendentemente, permanecía en pie con los brazos cruzados y la mirada fija en la macabra silueta de piedra.

— ¿Quiere, señor Kasura? —le alargó Orlando unos prismáticos de gran potencia.

Estupefacto, el guía se encontró encañonado por una pistola sujeta a la mano derecha del japonés.

— ¿Está loco? —retrocedió.

— ¡Todos atrás! ¡Al fondo de la cabina! —conminó al grupo incluido el guía.

Y dando un salto felino se situó junto al piloto apuntándole con el revólver. Matilda lanzó un grito y cayó al suelo entre contorsiones histéricas mientras Aruza le colocaba una cinta magnética alrededor de la cabeza. Los suecos, blancos como el papel, no acertaban a moverse. Juan Carlos y Clara, abrazados, acabaron retrocediendo. Piscis fue a refugiarse junto a la señora Hoover, y Kehler y Cooper, pálidos y mudos se sumaron al resto del grupo. Sólo Hemingway dio pruebas de un gran entereza y frialdad enfrentándose al oriental.

— ¿Se ha vuelto loco, Taro? —le increpó.

— ¡Quieto ahí! —le encañonó apartando el arma de la cabeza del piloto.

Y exclamó con acento despectivo:

— ¡Yanqui americano!

— Entrégume esa pistola —le conminó Hemingway.

— ¡Atrás le he dicho! —alargó el brazo mientras le apuntaba obligándole a retroceder—. Y usted —apuntó de nuevo al piloto—, ¡acerque el helicóptero al filo de la grieta!

Transcurrieron unos segundos de tenso silencio mientras el guía y el piloto intercambiaban miradas interrogantes.

— Es peligroso sobrepasar la distancia de los cincuenta metros — le respondió el último—. Las explosiones de lava y gases venenosos pueden presentarse en cualquier momento.

— Más peligroso es recibir un tiro en la nuca... ¡Haga lo que le he dicho! —le gritó.

— ¡Señor Kasura! ¡Por favor! —suplicó Orlando.

Siguió un breve silencio mientras el piloto optaba por maniobrar acercando la nave hasta rozar el acantilado. Las aspas, girando a escasos metros del suelo, levantaron una densa polvareda. En el fondo de la grieta, negras nubes se expandían presagiando lo peor. El suelo trepidaba y los ruidos del volcán se oían incluso a través de los cristales cerrados mientras el grupo, incapaz de defenderse, asistía a la escena horrorizado.

— Taro —habló con reposada voz Tadasu dirigiéndose a su compatriota— ¿Por qué haces esto?

— ¡Por qué ha de ser! Porque han despojado a nuestro emperador Hirohito de su divinidad... ¡Estos! —apuntó a James y Hemingway—. Jamás debimos perder la guerra. Pero ahora he hallado a mi nuevo emperador... ¡Sí, Faysal Bin Abdula Al Saud! Y no me perdonaría nunca si abandono este lugar sin que mis manos toquen esa tumba.

— Taro —le dijo de nuevo Tadasu con entonación convincente—. “El Sexto Patriarca dice en el T’an-ching: En este momento nada nace y nada muere. Entonces no hay nacer y morir a que poner fin. Por tanto la absoluta tranquilidad (del nirvana) es el momento presente. Aunque es en este momento, este momento no tiene límites, y en él hay deleite eterno”... Lo veo en ti, Taro; lo leo en tus ojos. ¿Me entiendes? Entrégame esa arma y, te lo ruego, Taro, no bajes ahí. Es peligroso.

Por un momento Kasura quedó inmóvil, como indeciso. Fue solo un instante. Enseguida reaccionó, y cobrando nuevos bríos hundió la punta de la pistola en la nuca del piloto conminándole:

— ¡Abra esa puerta!

— Puede significar la muerte para usted y todos nosotros si una explosión llena la cabina de gases venenosos —se resistió el piloto.

— ¡Abra! —le hundió de nuevo el arma en el cuello.

El piloto tiró de la palanca y la portezuela se abrió al instante. Un ruido ensordecedor ahogó el grito exhalado por una docena de gargantas mientras el pánico les inmovilizaba bajo la amenaza del revólver del oriental. Ya dispuesto a saltar se volvió hacia su paisano gritándole:

— ¡Deme esos recipientes! ¡Le traeré una muestra de gases y piedras volcánicas!

— No, Taro, a ese precio, no. Piensa —trató de detenerle—: “Si viene la vida es la vida, y si viene la muerte es la muerte”.

— ¡Aunque sea la muerte!

Y de un salto puso los pies en el volcán que le sacudió con un fuerte temblor lanzándole al suelo. Rápidamente se incorporó dirigiéndose hacia la mole de piedra.

— Adiós, Taro —pareció que rezaba Tadasu—. “El arroyo se esconde entre los pastos del otoño que se aleja”. Para ti ha llegado el invierno.

— ¡Vayámonos! —gritó Juan Carlos—. ¡Se ha vuelto loco! ¡No podemos podemos permanecer aquí!

— ¡Sí! ¡Se lo ruego! —rogó Clara bañada en lágrimas—. ¡Vayámonos de una vez!

— Aguardaremos un momento —dijo Orlando—. Soy el responsable de cuanto aquí ocurra —detuvo al piloto ya a punto de maniobrar.

— ¡Sí! ¡Pero no a costa de nuestras vidas! —se sulfuró Juan Carlos.

Todas las miradas se volvieron hacia el oriental que en aquel instante se arrodillaba en silencio ante la tumba, con la cabeza y ambas manos apoyadas en la piedra en actitud de adoración.

— ¡Está rematadamente loco! ¡Tenemos que irnos! —se abalanzó Juan Carlos sobre Orlando y el piloto conminándoles.

Una tremenda explosión expandió las brumas y gases desde el interior del volcán a través de la hendidura rocosa, envolviendo a

Taro y la esfinge que desaparecieron en las nieblas. El helicóptero, a impulsos de la gran sacudida, fue arrastrado a muchos metros de distancia, mientras la mayoría de los pasajeros rodaban por el suelo a causa del fuerte impacto, y el piloto manipulaba el mecanismo de cierre automático, lo que no pudo impedir que los gases se introdujeran en la cabina impulsados por la honda da expansiva. Empezaron las toses. No había pañuelos bastantes para contener las lágrimas de los enrojecidos ojos.

— ¡Oxígeno! —ordenó el piloto a Orlando señalando los pequeños compartimientos del techo que se abrieron al instante. Poco después, respiraban normalmente provistos de las mascarillas, algunos con la angustia aún reflejada en los rostros.

— ¡Allí! ¡Allí! —señaló Orlando horrorizado.

Un brazo y una pierna asomaron sobre el río de lava en el momento de desbordarse por la hendidura rocosa del volcán. El cuerpo del infeliz Taro quedó aprisionado en un saliente de la roca, cubierto en gran parte por el magma.

— ¡Se ha cumplido el maleficio! —murmuró Cooper.

El piloto conectó rápidamente con la torre de control dando cuenta del accidente ocurrido. Aunque nada podía hacerse ya, anunciaron que dos helicópteros de salvamento se dirigían hacia el lugar del suceso. El aparato maniobró descendiendo sobre las aguas del río, y Orlando abrió varias ventanas para que el aire barrierá con los restos gaseosos haciendo posible que respiraran normalmente.

Matilda había quedado semidormida después que Castruccio le diera a tomar unas píldoras, asistida también por Aruza que había añadido a la cintilla un collarín magnético colgándoselo del cuello. Los suecos se miraban pálidos y mudos, mientras la señora Hoover consolaba a Piscis, y Tadasu, consternado e incapaz de hablar, no acababa de reaccionar ante la tragedia ocurrida con su compañero Taro. Cooper y Kehrler, enfrentados con la mirada, parecían acusarse mutuamente aunque nada dijeron. Solo Hemingway inició la distensión, diciendo:

Estaba ansioso de acción, amigo Thierry.

— Sí, pero no de la mano de un fanático visionario y loco.

Al regreso se cruzaron con los dos helicópteros que ya nada podían hacer para rescatar al oriental.

— ¡Ha muerto! —exclamaron los suecos que aún no acababan de encajar el trágico accidente ocurrido.

— No es posible. Me resisto a creerlo —contuvo las lágrimas Pisis.

— “Consumatum est” —se oyó una voz.

— Imprudencia temeraria —dijo otro.

— Crisis demencial —afirmó Aruza.

— ¡Maldición de Faysal! —gritó James—. Se cumple el augurio de Orlando: ¡muerte para el osado que toque esa tumba!

Y con tan trágico como inesperado final, terminó la segunda excursión del grupo-Orlando.

DOMINGO, 1

La inesperada muerte de Taro Kasura, acaecida en tan especiales circunstancias de violencia e intimidación, causó un fuerte impacto, pesando mucho en el ánimo de los componentes del grupo. No fue extraño pues, que su compatriota Tadasu Kato, pese a estar presente en el comedor, excusara su ausencia en la expedición de hoy.

— Algunos —dijo—, me preguntarán el porqué de lo ocurrido, quizá por el hecho de ser compatriotas. Pero en verdad, no acabo de entender las razones que le indujeron a tomar tal determinación. Tal vez sufriera una depresión psíquica, pues sí parecía traumatizado a causa de la guerra perdida por el Japón, y el despojo de la aureola divina de nuestro emperador Hirohito... Ya lo oyeron: su presencia en este lugar, tenía como único objetivo postrarse a los pies de su nuevo dios, de quien estaba imperiosamente necesitado. Para Taro — me lo confesó un día—, el príncipe arábigo era un asiático deportado en tierra extraña, y en todo momento se resistió a creer en la occidentalización de Faysal, pese a estar imbuido por las doctrinas del Nietzsche germánico. Taro no poseía mentalidad taoísta de vida sin finalidad. No obstante, sin saberlo, compartía con el Zen aquello de que "el punto de vista ético torna imposible la existencia porque no podemos vivir un solo día sin destruir la vida de alguna otra criatura", premisa con la que no comulgarán ustedes, y mucho menos el señor Kehrer. Taro poseía una mente "Mochih ch'u", una "mente que funciona sin impedimentos, sin oscilaciones entre alternativas". Poco antes de partir hacia el volcán, el día de su muerte, le dije: "Si quieres alcanzar la sencilla verdad, no te preocupes del bien y del mal. El conflicto entre el bien y el mal es la enfermedad de la mente". Confieso que no esperaba de esta sentencia una decisión tan radical. Nunca debí decírselo, porque quizá Taro no estaba suficientemente prepara-

do. Tampoco en esto estará de acuerdo el señor Kehrer para quien la ética de Faysal es lo importante.

El oriental, enmudecido, clavó la mirada en el suelo.

— Entonces, ¿viene con nosotros, señor Kato?

— No, Orlando. Hoy preciso meditar sobre el absurdo de “creer que la vida puede ser mejorada por la constante relación del bien”.

Y tras una breve inclinación de cabeza, giró sobre los talones encaminándose hacia su aposento.

— Lo siento, señores —se volvió el guía hacia el grupo—. El matrimonio italiano tampoco nos acompañará hoy. La señora Rossellino sigue sin recuperarse, y el collarín magnético del profesor Aruza acabó como arma arrojada en la cabeza del sufrido marido. Lo lamento, profesor.

— Y yo también... por él —rió.

— Asimismo faltarán los suecos —añadió—, no tanto por el impacto que les ha supuesto el trágico accidente sino a causa de una nueva indisposición de Erik, quien no acaba de restablecerse. Incluso les he sugerido la posibilidad de abandonar la gira, proposición que no han aceptado.

— ¿Y qué actitud ha tomado el VAL ante la muerte del desgraciado Taro? —interrogó la señora Hoover.

— Aunque la policía ha intervenido, por ahora no les molestarán. Han bastado las declaraciones del piloto y la mía respecto al accidente acaecido. Todo parece claro: muerte por imprudencia temeraria con el agravante de reprobables métodos de violencia e intimidación armada... Para olvidar, señores. Ahora investigan la personalidad y antecedentes del finado.—Sin lugar a dudas —se reafirmó Aruza en su tesis—, la causa no puede ser otra que una crisis demencial.

— Yo diría más bien —opinó Hemingway—, el fruto de una mentalidad fanática incapaz de controlarse, como ya insinuó Tadasu.

— ¿Y por qué no, la consecuencia del maleficio que caerá sobre quien ose profanar la tumba de Faysal? —intervino James, más exaltado que convincente—. ¿No reza así la leyenda, Orlando?

— Señores —cortó el guía un tanto nervioso y dispuesto a finalizar con la controvertida temática—. Lo único evidente es que la muerte del señor Taro Kasura, sean cuales sean las razones que le impulsaron a cometer tal despropósito, no puede en modo alguno interrumpir la gira.

— Desde luego —corroboró el tejano.

— Entonces, ¿habrá excursión? —preguntaron los más timoratos.

— No podemos aplazarla... O la anulamos si ustedes deciden no ir.

— Ya cinco lo han decidido; seis con el infeliz Taro —puntualizó Hemingway—, aunque no veo la razón para suspenderla.

— ¿Y adónde iremos? —preguntó Piscis.

— Puedo anunciarles, en serio, que no volveremos al volcán.

— ¡Ya está bien, Orlando! —le apremió el francés—. ¿O prefiere que optemos por quedarnos si continúa obstinado en callar?

— De acuerdo —cedió al fin—. La expedición será al *Cementerio de los álamos muertos*, y en horas de la tarde. Si, exactamente a las seis.

— ¿Álamos muertos ha dicho? ¿Y cementerio? ¿En estas circunstancias? —no hizo sonreír a nadie el tejano—. No sé qué decirle. Pesa mucho lo ocurrido con Kasura, para visitar camposantos aunque sean arbóreos. Tanto, que en principio faltarán cinco del grupo a la expedición, si no se suma alguien más.

— De veras, lo siento —se despidió Orlando—. En fin, ustedes decidirán. Y si tanto les impresiona el nombre, podemos cambiarlo.

— Fue una broma, Orlando. Sólo me propongo distender los ánimos.

— Muy loable —corroboró el guía—. Así pues, a las seis en punto estaré aquí. Y si se han puesto de acuerdo, pues iremos...

— Al *Cementerio de los álamos muertos* —sonrió por segunda vez Hemingway.

Y a las seis en punto, Orlando hizo acto de presencia en el salón, y después de saludar a los congregados (ninguno de los nueve faltó a la cita), condujo al grupo hasta llegar al patio. No había ningún helicóptero apostado, y por un sendero se adentraron en dirección al río.

— ¿Encontró la crucecita marcada en la pared del dormitorio, señor Hemingway? —le preguntó el guía, quien a todas luces trataba a su vez de hacer olvidar la tragedia que pesaba sobre los ánimos.

— Pues no, no la encontré. Y juraría que la habitación era la misma.

— En efecto —corroboró Franz—. He hallado idéntica disposición en mis escritos, bolígrafos y libros, tal y como los dejara el día anterior sobre la mesa.

— Ya le dije, señor Kehrler, que un personal especializado se encarga de estos menesteres.

Llegaron a un lugar del río frente al volcán. Todas las miradas se dirigieron hacia la montaña que ahora guardaba un nuevo muerto. Siguió un silencio apabullante que Orlando rompió de inmediato.

— Observen, señores, nuestro medio de locomoción de hoy: un buque de ruedas y paletas similar a los que navegaban hace más de un siglo por el Misisipí.

— ¿Y esos cañones? —preguntó intrigada Clara.

— No disparan balas ni bombas sino otrosartilugios cuyo uso puede sernos necesario —respondió el guía con cierto misterio—. Luego les explicaré.

Poco después, nueve asientos de un total de quince, eran ocupados por los componentes del grupo. Las ruedas de paletas empezaron a girar despacio, y el barco se puso en marcha.

— Señores —habló Orlando—. Nos encontramos en el río Manso. Frente a nosotros, la octava maravilla, el gigante Aguafuego, hoy de penoso recuerdo para ustedes. A nuestra izquierda, el *Cementerio de los álamos muertos* hacia donde nos dirigimos: una ciénaga de muchos kilómetros cuadrados, donde miles de troncos surgen del cieno en intrincada maraña. Sí, ocurrió tras la voladura de la presa, cuando las aguas y el barro invadieron el entonces bosque convertido hoy en peligroso pantano, donde es osado entrar sin conocer el paraje, muy pronto sabrán por qué. El regreso será en horas de la noche, con una espectacular y dantesca iluminación bajo la maraña de los álamos muertos.

— Afirma que es peligroso y nos trae a este lugar? ¡Dios mío! —exclamó la apocada Clara con voz trémula.

— Me explicaré. A veces se forman remolinos. Agua y barro se filtran por un fondo resquebrajado, para aflorar más abajo en las riberas del río, cercano a la Cascada Sur. Se trata de pequeños tragaderos que no afectan al barco, aunque si cruzáramos algunos de más intensidad —estamos en terreno volcánico—, podría ser necesario que esos seis cañones dispararan las pequeñas anclas sobre los árboles, para al tensarlas dejar suspendida la embarcación. Como habrán observado, además del piloto y este servidor de ustedes, nos acompañan seis artilleros que ahí ven sentados junto a los correspondientes lanzacabos, y siempre atentos ante cualquier eventualidad.

— ¿Trata una vez más de asustarnos, amigo Orlando? —sonrió Hemingway.

— No, puesto que aquí el peligro es similar al de la Quinta Avenida de Nueva York, si usted se empeña en cruzarla cuando la invaden los coches. Porque espero que nadie tenga la ocurrencia de bañarse en el barro de ese remolino que ahí se acerca.

Los artilleros, atentos a cualquier posible contingencia, maniobraron espectacularmente, tal vez con ánimo de impresionar. No faltaron exclamaciones de sorpresa y temor que el guía acalló diciendo:

— No hay peligro. Sentirán sólo una fuerte sacudida de la embarcación por espacio de unos segundos. Ahí abajo, como les dije, agua y fango se filtran a perpetuidad, y es por ello que en este paraje nos aguardan bastantes remolinos. Luego entraremos en una zona más tranquila. Ahora, vean el espectáculo: miles de árboles de pelados troncos, caídos unos sobre otros como andamiaje hundido o despojos de un campo de batalla, consecuencia del enfrentamiento del barro con la selva, que acabó sucumbiendo ante el invasor. Y así fue creado el cementerio que nos ocupa.

— Y preocupa —matizó Aruza.

— Y estos estrechos pasadizos bajo la maraña de troncos, ¿se han formado espontáneamente? —preguntó la anciana inglesa.

— Unos sí, aunque la mayoría son fruto de un laborioso y peligrosísimo trabajo de la Empresa turística, que no ha escatimado en invertir muchos cientos de miles de dólares, con tal de apuntalar los troncos que ahora permiten el paso de las embarcaciones. Al regreso, y en plena noche, podrán contemplar el grandioso panorama del bos-

que sumergido, que un grupo de especialistas en luminotecnia y compositores de música concreta, han convertido en dantesco espectáculo.

— ¡Maquiavélico! —se oyó exclamar a James—, como todas las creaciones de Faysal donde nunca falta el sello de la muerte y la destrucción. Y si no, ahí tienen a Taro muerto por el poder maléfico del rey loco —alzó la voz acusadora como siempre.

Se presentía la polémica sobre el manoseado tema de la culpabilidad o inocencia del príncipe arábigo, conducido ahora al terreno de la leyenda.

— ¡Por Dios, Cooper! —replicó el alemán—. Le veo empeñado en resucitar anécdotas legendarias a lo Tutankamón, cuando más sencillo es admitir que la muerte de Taro fue consecuencia de un acto de imprudencia temeraria, cometido por un fanático ante la frustración de una guerra perdida y el despojo de la divinidad a su emperador. Admito incluso hasta que viera en Faysal a su nuevo dios y superhombre. Pero de eso, a suponer la existencia de poderes maléficos... ¡Ya está bien, Cooper!

— Del Faysal muerto, como del vivo, cabe esperar cualquier desatino.

— Dejemos las lucubraciones filosóficas —replicó Franz—. La Naturaleza nos brinda constantemente ejemplos de destrucción y creación: ríos que se desbordan; terremotos destructores de ciudades; volcanes en actividad arrasando pueblos enteros; tempestades y ciclones causantes de miles de víctimas humanas.

— Por todo lo cual, trata de justificar los crímenes y genocidio cometidos por el rey persa.

— Crímenes y genocidio todavía no demostrados.

— ¿Ah, no? ¿Y quién asesinó a Krupp?

— Krupp no fue asesinado. Murió en accidente fortuito.

— ¿Y qué le ocurrió a Betty Meredith?

— Tal vez se suicidara.

— ¿Y las huellas y moretones del cuello, la lengua colgante y los ojos fuera de las órbitas?

— Pudo ahorcarse o quizá la estrangularan. ¡Pero nunca, Faysal! En todo caso Caín... Pienso aclararlo en su día.

El careo entre James y Franz puso en vilo al resto del grupo que por unos momentos apartaron las miradas del singular entorno.

— Dígame, Kehrer. ¿Quién conectó el dispositivo eléctrico que hizo explotar la presa? ¿Quién creó el gigante Aguafuego a costa de una masacre espantosa?... Faysal, claro. Y matar a dos mil personas para hacer realidad la octava maravilla del mundo, ¿no es genocidio?

— Escuche, Cooper. Existen cuestiones no dilucidadas, que usted y todos ignoran... Incluso Orlando.

Expectación general y silencio absoluto sólo turbado por el chapoteo de las ruedas en las aguas cenagosas y la fuerte sacudida de la embarcación anunciando que acababan de cruzar un nuevo remolino.

— ¿Quiere impresionarnos, Kehrer?

— Sí... con una importante revelación: Faysal había ordenado evacuar Cumbres Bajas antes de volar la presa. Pero esta orden escrita no llegaría nunca a su destino: el capitán de la guardia personal, Hadat Fayet Taha. Su capitán, Orlando.

Un murmullo de voces y exclamaciones sorprendidas acogió las palabras del filósofo alemán.

— ¡No estará inventando otra historia, señor Kehrer? —intervino el guía.

— Exacto —corroboró James—. Porque mi versión está de acuerdo con lo narrado por Orlando, que para nada menciona tal supuesto. Faysal elimina a Krupp, porque éste, que sospecha la demencia del rey loco, no está dispuesto a culminar los sueños paranoicos que conlleva la destrucción de Cumbres; Faysal ordena asesinar a Betty Meredith a manos de Caín, porque sabe demasiado de sus criminales propósitos; Faysal es el autor de un crimen de sadismo sexual en la persona de Abel; Faysal huyó de quienes venían en su busca con el propósito de investigar las razones que le llevaron a construir una presa innecesaria a todas luces; Faysal, en fin, puso en marcha el mecanismo que hizo volar la presa. ¿Caben más pruebas, Kehrer?

— Caben menos —sonrió Franz negando una y otra vez con la cabeza—, e insisto en lo dicho sobre su convencimiento de que el pueblo de Cumbres había sido evacuado y puesto a salvo en el castillo.

— ¿Tiene documentos que avalen tal aserto?

— Por supuesto que los tengo —extrajo de la cartera cartas y testimonios que agitó en la mano ante cuantos le escuchaban con el asombro reflejado en los rostros.

— ¿Puedo leerlos? —se le acercó James.

— Todavía no. Faltan once días para finalizar la gira —guardó las cartas en el bolsillo.

James perdió los estribos.

— ¡Miente! —le gritó.

— ¡Retire lo que acaba de decir!

— No sólo no lo retiro sino que me reafirmo en lo dicho: ¡miente usted, Kehrer! ¡Aunque ignoro las razones!... Y hasta pienso si esos documentos son una burda falsificación.

— ¡Le haré tragar esas palabras! —se abalanzó sobre el californiano con intención de agredirle mientras Aruza y Juan Carlos intervenían separándolos.

— ¿Es que Loquilandia les ha vuelto locos? —habló un serio y desconocido Hemingway.

— ¡Ya está bien! —gritó Orlando, perdido su papel de moderador. Hasta los artilleros de un hipotético salvamento de la nave se habían puesto en pie por si el guía precisaba de su ayuda, pero Orlando se volvió hacia el piloto y le ordenó que iniciara el regreso. Siguió unos segundos de tenso silencio mientras el barco viraba en redondo sacudido por fuertes remolinos. Había anochecido. El bosque, iluminado con luces de tonos verdosos, ofrecía un espectáculo inenarrable. Fantasmales siluetas arbóreas cambiaban de forma y parecían moverse en la oscuridad. En ciertos claros, luminarias rojizas surgían del agua cenagosa entre los remolinos. Sólo faltaban cabezas, brazos y piernas retorciéndose en el barro, para identificar tan tético paraje con uno más de los círculos del infierno de Dante. Una música concreta, que alternaba con silbos, zumbidos, murmu-

llos, crujidos, quejas lastimeras, suspiros y entrecortados sollozos, puso en vilo a cuantos volcados sobre la borda, contemplaban tan impresionante espectáculo.

— ¡Pasaje idóneo para una película de terror! —se oyó decir a un sorprendido Hemingway.

— ¡Décimo círculo del infierno de Dante! —fue la exclamación entre sorpresiva y de admiración del francés.

— Faltan los condenados —rió Aruza.

— ¿Algún voluntario para arrojarse al pantano? —se mofó Juan Carlos.

— No sé si tiemblo de frío o de miedo —se expresó Clara, refugiándose junto a la anciana inglesa—. No me agrada este lugar. Lo encuentro terriblemente agobiador.

Sólo dos personas permanecían calladas en sus respectivos asientos: James y Franz. El alemán escribía en un cuaderno de notas mientras el californiano permanecía ensimismado y ausente del espectáculo del llamado con tanta propiedad *Cementerio de los álamos muertos*. El enfrentamiento tomaba un nuevo sesgo con visos de violencia ante premisas y posturas irreconciliables. A partir de este momento, las relaciones entre ambos serían tensas, e inevitables nuevas confrontaciones. Y fue el regreso al castillo sin otros accidentes, aunque fuera notoria la ausencia de Tadasu y sus sentencias taoístas.

LUNES, 2

Orlando se propuso restablecer la armonía entre los disidentes del grupo, y habló separadamente con James y Franz, rogándoles que no traspasaran las reglas de la dialéctica, y evitaran el insulto y menosprecio de la agresión verbal y física, pues aunque comprendía las tensiones y diversidad de criterios que conllevaba la gira, ello en modo alguno podía justificar una actitud violenta como la protagonizada por el alemán frente al californiano. No lograría su objetivo de un encuentro amistoso, y sí promesas verbales de moderación. Tuvo más suerte en cambio al conseguir que Tadasu, suecos e italianos, se incorporaran a la gira de hoy, logrando reagrupar a los expedicionarios con la sola ausencia del fallecido Taro Kasura, cuya muerte, insistió, no tenía otra justificación que la del fanatismo e imprudencia temeraria.

— Tranquila excursión —no tuvo inconveniente en anunciar—. Sobrevolaremos el *Cementerio de los álamos muertos*, para contemplar desde el helicóptero el poblado de Cumbres Altas sumergido en el barro. Y es una lástima —añadió refiriéndose a los ausentes en la expedición del día anterior—, que se hayan perdido ustedes el espectáculo de ayer.

Naturalmente, no se refería al protagonizado por James y Franz.

Aruza, inflado como un palomo buchón, tuvo la alegría de escuchar de labios de la propia Matilda, cómo el collarín magnético había obrado el milagro de restablecerla de la crisis nerviosa sufrida tras el trágico accidente de Taro (contrariamente a lo aducido por Orlando), pese a que el rostro de Castruccio mostraba inequívocas huellas de la contundente agresión de la irascible esposa. El collar magnético sustituiría a partir de aquel momento a los otros muchos de perlas y brillantes, y la amistad sería bien pronto suplantada por otro tipo de

admiración y relaciones entre el profesor y su paciente. No sucedería lo mismo con Erik, a quien reprobó de buena manera el abandono de la medicación aconsejada, instándole a iniciar unas sesiones de control mental, así como criticó las prescripciones del médico alópata que a su juicio sólo conseguirían retrasar la curación.

— Sabes bien, Erik —trató de convencerle—, que no me guía ninguna intención pecuniaria para contigo, ni de otro sentido (no fue muy explícito aunque la insinuación era clara). No te has repuesto. Te encuentro más delgado y pálido y debes seguir mis consejos: abandona esa medicación que es la consecuencia de un gigantesco truste del mercado farmacéutico internacional, y comienza de nuevo con la terapia magnética para energetizar tu cuerpo.

— El biomagnetismo no puede curarme, profesor —le replicó con cierto escepticismo.

— ¡Ah, no! No te he contado y voy a hacerlo ahora, cómo curó mi cáncer vesical. Recordarás que hablé contigo de esta cuestión cuando, por la premura del tiempo y la llegada de Orlando, tuvimos que interrumpir nuestra conversación.

— ¿Sufría usted cáncer, profesor?

— Sí, hijo, sí.

— ¿Y sanó?

— Escucha, Erik. Cuando descubrieron mi pavoroso tumor vesical, concretamente un carcinoma, no me aplicaron las terapias magnéticas. Fue más tarde, en el momento que las placas radiográficas detectaron un tumor de cinco centímetros de extensión y medio de espesor, cuando me decidí a aplicar las planchas de aluminio, níquel, cobalto y hierro. Y la energía magnética curó mi cáncer.

— Pero, ¿quiere explicarnos qué es el biomagnetismo, profesor?

— Simplemente, Erik, el estudio de las fuerzas magnéticas que existen en la Tierra con sus dos polos norte y sur, en correlación con el cuerpo humano. Porque siendo la Tierra, Macrocosmos, y el Universo del que forma parte, Cosmos, nosotros somos Microcosmos. Entonces, las leyes que regulan el magnetismo de la Tierra intervienen a su vez regulando las funciones del ser humano; y a estos estudios se les llama biomagnetismo. Tú, hoy, querido Erik, te hallas

inmerso en una depresión nerviosa, y como la alteración psíquica repercute en lo somático, la consecuencia es esa palidez por anemia, también curable por la terapia magnética al concentrar el hierro que precisan los glóbulos rojos, amén del gran adelgazamiento que acusas, activado tal vez por algun problema psíquico.

— De veras, profesor, ¿cree que la terapia magnética puede sanarme?

— ¡Que si puede curarte! Mira, Erik. Cuando hablé contigo la primera vez respecto a estos temas, decidí enviar una carta a mi clínica para que me remitieran en el tiempo más breve posible las planchas magnéticas y otros instrumentos para energetizar tu cuerpo... Me preocupabas. Pues bien, ayer los he recibido. Una deferencia que agradezco al VAL. Y las pedí sólo pensando en ti, querido Erik. Si quieres, mañana mismo empezaremos. Biomagnetismo y control mental... ¡Te curarás!

Una salva de aplausos interrumpió a los que dialogaban ausentes de la presencia del grupo que, juntamente con Orlando, habían asistido a la disertación de Aruza. La más enfervorizada y entusiasta en aplaudir, fue Matilda Rossellino, que no tenía reparos en demostrar su admiración por el naturópata, y lucía con orgullo el collarín magnético colgado del cuello. Aplausos, no todos sinceros, puesto que para muchos el tal profesor no pasaba de charlatán de feria. Pero Orlando, que a todas luces trataba de distender los ánimos tras una muerte violenta y un conato de agresión verbal y física, aguantó el chaparrón verborreico, por si conseguía relajar las tensiones de días pasados.

— Ahora, señores, si les parece —miró su reloj—, iniciaremos la cuarta excursión que, como les anuncié antes, nos conducirá al pantano de Cumbres Altas, sumergido en el barro.

Poco después, el grupo completo subía a la aeronave, y el helicóptero se alejaba del río para adentrarse en la ciénaga.

— ¡Vean! —señaló Orlando a cuantos se agolpaban junto a las ventanillas—. Miles de troncos tumbados unos sobre otros sobre el peligroso cieno. ¡Todo un espectáculo! Hay lugares —hoy no me importa decirlo—, donde los remolinos son tragaderos permanentes de barro y agua que no darían tiempo a los artilleros para disparar

sus arpones y anclar el barco bajo los troncos, verdaderas trampas mortales que nuestros avezados pilotos conocen sobradamente. Es posible que las filtraciones se originaran como consecuencia de la voladura de la presa o a causa de los terremotos que, aunque de escasa intensidad, debieron causar grietas en el suelo del pantano. Esto explica el porqué el agua es tan cenagosa desde esa zona hasta la Cascada Sur. Los técnicos piensan que, en un día no lejano, el río acabará por llevarse todo el barro.

— Sería una pena que desapareciera tan soberbio espectáculo — se lamentó la señora Hoover.

Los catorce expedicionarios se habían apostado junto a las ventanillas. Cercano al piloto estaba sentado James, mudo y ausente de las conversaciones, y en el extremo opuesto, al pie de la puerta del helicóptero, charlaban animadamente Thierry y Franz. El resto de los turistas ocupaban las ventanillas restantes.

— Estén atentos, señores — anunció el guía—. Nos acercamos al gran pantano, bastante más peligroso que el visitado ayer. Ustedes mismos juzgarán si exagero o me quedo corto en mis apreciaciones. Para los que estuvieron en el... *cementerio*, observarán como aquí, no remolinos sino verdaderos chupaderos hacen intransitable este lugar para las embarcaciones que no tienen del posible asidero de las anclas en los troncos. El suelo de agua y barro se hunde de pronto y repone a los pocos segundos gracias al agua que le llega del río. Muchas casas han ido desapareciendo tragadas por el barro mientras otras reaparecen sobre las aguas fangosas.

El aparato comenzó a descender hasta llegar a pocos metros de la superficie del pantano con el espanto de muchos.

— ¡Miren ahí! — apuntó el guía con el dedo extendido—. Lo que acabo de anunciarles: el cieno se hunde y una nueva masa de agua y barro lo repone. Y un poco más allá, esos tejados emergiendo de las aguas cenagosas.

El helicóptero volvió a elevarse y un suspiro de alivio escapó de los labios de cuantos componían el grupo. Se acercaban a una torre que sobresalía por encima de los escasos tejados esparcidos a lo largo y ancho de la sábana de agua y barro.

— El campanario de la iglesia —aclaró el guía—. Todavía las campanas tañen cuando sopla el viento. Nos aproximaremos hasta quedar suspendidos a pocos metros de la veleta.

Franz, que se encontraba reclinado sobre la puerta de cristal, señaló el campanario sobre el que se hallaba suspendido el aparato. Thierry le rogó que le dejara observarlo, y en el instante en que Franz le cedía el puesto y el francés apoyaba las manos sobre el cristal, se abrió la puerta precipitándose en el vacío con un horrible alarido. Un segundo después se oyó tañer las campanas.

Franz se echó atrás a punto de ser arrastrado con Thierry, mientras el piloto, al percatarse de lo ocurrido, manipulaba el mecanismo de cierre de la puerta que respondió al instante. Se armó un barullo de gritos y voces. Aruza atendía a Matilda que se había desmayado. Juan Carlos zangoloteaba a un aterrado Orlando, incapaz de comprender lo sucedido.

— Pero, ¿quién ha abierto esa puerta? —se dirigió al piloto que, asombrado, no acertaba a explicarse lo ocurrido.

— ¡Hagan algo, por favor! —puso el grito en el cielo un compungido Erik.

El piloto maniobró apartando el aparato unos metros del lugar de la tragedia, y todos pudieron contemplar con horror, el cuerpo del infeliz Thierry atravesado por el eje que sustentaba la veleta.

— ¡Salven a ese hombre! —gritó la señora Hoover sin poderse contener.

Clara se refugió despavorida en brazos de la anciana mientras la mayoría gritaba y exigía sin saber qué hacer.

— No tiene remedio —pareció que hablaba consigo mismo Píscis—. Tenía muy corta la línea de la Vida.

— ¡No diga estupideces! —la sacudió Gustaf encolerizado empujándola de mala manera contra los cristales, quizá ante el recuerdo de la lectura en las graficadas manos de Erik.

— ¿Qué podemos hacer? —no acababa de reaccionar Orlando ante un grupo poseído por el terror—. ¿Cómo pudo ocurrir?

— La maldición de Faysal ha caído sobre nosotros —habló sentenciosamente James.

— ¡Quiere callarse, Cooper, y no decir estupideces! —replicó un airado Kehrler—. ¡Sólo un ignorante puede expresarse de tan necia manera!

Nadie pudo evitar que llegaran a las manos y empezaran a sacudirse mutuamente.

— ¡Maldición de Faysal he dicho! ¡Aunque le pese! —clamó fuera de sí el californiano sin dejar de golpear al alemán.

— ¡Están locos! —les gritó Orlando separándolos ayudado por Hemingway y Juan Carlos.

— ¡Incomprensible! —repetía una y otra vez el piloto—... Aquí, Josué, desde el helicóptero J1 —lanzó un S O S—. Ha ocurrido un grave accidente. Un pasajero ha caído desde la cabina al campanario... ¡Sí, en el pantano!... Bueno, no. Está clavado en la veleta... ¡No podemos hacer nada! ¡Envíen una aeronave de salvamento provista de escalerillas!... ¡Oigan! ¡Oigan! Y una sierra mecánica. Será preciso cortar la aguja que sustenta la veleta para poder extraer el cuerpo... ¡Corto!

El helicóptero comenzó a dar vueltas a escasos metros de donde yacía exámine el infortunado Thierry. Sólo unos pocos miraron hacia el campanario donde permanecía ensartado el francés. La mayoría optó por bajar la cabeza horrorizados. Franz y James se vigilaban mirándose de hito en hito; Matilda continuaba inconsciente pese a las bofetadas que le propinaba Castruccio, y los collarines, pulseras y cintas magnéticas aplicadas por Aruza; Piscis comentaba con la señora Hoover lo presagiado en la lectura de la mano de Thierry; los suecos permanecían silenciosos aunque poseídos de una gran excitación. Únicamente Hemingway, daba ánimos asegurando que el francés estaba vivo y se salvaría.

Tadasu Kato, cómo no, aparentemente impasible y sin pronunciar palabra, esperó a que se calmaran los ánimos para decir sorprendentemente:

“— Las flores aún caen”.

Franz apartó la mirada del campanario, y encarándose al oriental le contestó con palabra entrecortada:

— Siguen... las muertes.

“— Gritan los pájaros” —dejó atónitos a cuantos le escuchaban.

— Los pájaros somos nosotros —respondió el alemán ante un grupo enmudecido y no menos asombrado por el insólito recitar en tales circunstancias.

“— Se ahonda el silencio de la montaña” —ni pestañeó siquiera Kasura.

— Surgen nuevos misterios —varió el decir metafórico el alemán.

“— Este espejo roto no reflejará más” —porfió el oriental.

— Jaques Thierry ha muerto.

— ¡Basta ya! —gritó fuera de sí Orlando perdido el control de sus nervios.

En aquel instante aparecieron dos helicópteros, cuyos tripulantes se pusieron en contacto con el piloto.

— Nos ordenan que conduzcamos a los pasajeros al castillo. Ellos se encargarán del salvamento.

Y el aparato se elevó rápidamente desapareciendo del lugar de la tragedia con la consternación general.

MARTES, 3

Había expectación, y por qué no decirlo, mucho malestar y hasta desasosiego entre los componentes del grupo-Orlando ante esta nueva tragedia ocurrida en el pantano de Cumbres Altas. Apenas llegaron al castillo, fueron confinados en sus aposentos, previamente advertidos de que procuraran no abandonarlos por si la policía precisaba interrogarles. Nada les fue aclarado respecto a las causas del accidente, y Orlando desapareció sin dar una explicación; una explicación que tal vez él no tenía. Tanto Hemingway como Piscis y la señora Hoover, hicieron caso omiso de la advertencia y se reunieron en el salón mientras el resto del grupo permanecía en sus habitaciones. Sorprendidamente, ningún responsable de la Empresa hizo acto de presencia durante el resto del día, y de común acuerdo decidieron almorzar en el comedor. No faltaron los comentarios con el supuesto más verosímil de accidente fortuito por fallo técnico. Pero, ¿cómo puede abrirse una puerta sin manipular el mecanismo de abertura? —era el interrogante que afluía en los labios de cuantos componían el grupo.

A la mañana siguiente, unos pocos aguardaban en el salón la llegada de Orlando: concretamente, Piscis, la anciana inglesa, Hemingway, Tadasu Kato, el californiano y el alemán. A este último le había interrogado la policía.

— ¿Y qué le preguntaron? —se mostró intrigado Hemingway.

— Si había advertido alguna anomalía en la puerta cuando conversaba con Thierry en el momento del accidente, a quien acababa de ceder el puesto para que pudiera observar mejor el campanario.

— ¡Absurdo! —espetó el tejano.

La primera sorpresa fue la aparición de Juan Carlos y Clara, portadores de bultos y maletas... Abandonaban la gira.

— Pero, ¿por qué? —preguntó Piscis con aparente ingenuidad.

— Clara está muy afectada por lo ocurrido —dijo Juan Carlos.

— ¡Dos muertes en sólo unos días! —exclamó con lágrimas en los ojos.

— Por otra parte —explicó de nuevo Juan Carlos—, hemos decidido volver a casarnos y me ha puesto como condición previa que abandonemos este lugar. Yo era remiso. Me atraen las emociones fuertes. Por supuesto no me refiero a las muertes acaecidas sino a la intrigante historia y espectacular viaje. Pero he transigido al comprender que dos víctimas mortales en tan corto espacio de tiempo no es muy tonificante que digamos.

En aquel momento llegó Orlando. Su esbozo de sonrisa no ocultó la preocupación que le embargaba. La avalancha de preguntas no se hizo esperar.

— ¿Y Thierry?

— ¿Cómo pudo ocurrir?

— ¿Está vivo?

— Está muerto —sentenció contundente Orlando—. Un desagradable e inesperado suceso.

— Dos —rectificó el tejano.

Franz, sentado en un rincón, escribía en unas cuartillas. Últimamente tomaba notas de cuanto ocurría a su alrededor; o al menos, eso pensaba la mayoría.

— El helicóptero ha sido precintado por la policía que investiga el caso en colaboración con el VAL —pormenorizó Orlando—. Y el piloto está sometido a interrogatorio como posiblemente lo serán ustedes... en su día, pues aceptan que, en cierto modo, siguen secuestrados.

Y volviéndose hacia Clara y Juan Carlos, se sorprendió al verles portadores de maletas.

— ¿Qué hacen con el equipaje en la mano?

— Nos vamos.

— Pero, ¿por qué?... Sí, claro. Están impresionados por lo ocurrido. Muy lamentable y lo comprendo, aunque...

— No es sólo eso, Orlando —matizó Juan Carlos—. La estancia aquí, de consecuencias trágicas para algunos, a nosotros, independientemente de los desagradables sucesos, nos ha conducido a un mutuo entendimiento. Nos casamos de nuevo, y, obviamente, no es el lugar idóneo para una boda en estas circunstancias.

— Les felicito. ¿Y cuándo se van?

— Ahora mismo si es posible.

— Antes tendrán que cumplir con algunos requisitos, incluida la policía.

Se despidieron con el ruego de que lo hicieran extensivo al resto del grupo.

— Adiós, hija —la besó y abrazó la anciana inglesa.

— Que seas feliz... y larga vida —le tendió la mano Piscis mientras la besaba también.

— Tengan la bondad de venir conmigo —dijo el guía dirigiéndose a los que abandonaban la gira—. Enseguida estaré con ustedes.

Poco después regresaba.

— Saldrán dentro de una hora en un helicóptero especial —dijo al llegar.

— ¿Y por qué uno especial? —preguntó Hemingway intrigado—. ¿No sale un aparato diario con los quince turistas que finalizan la gira?

— Al VAL no le interesa que se propalen malas noticias en detrimento de la Empresa —aventuró James con evidentes muestras de verosimilitud.

Orlando no contestó y la conversación continuó por otros derroteros.

— La excursión de hoy (los que decidan asistir), ha sido aplazada para la primera hora de la tarde a tenor de lo ocurrido... Exactamente a las cuatro.

— Presiento, Orlando, que serán pocos los que asistan —advirtió la señora Hoover—. Erik y Gustaf no vendrán, no sé si a causa del precario estado de salud del primero o por la impresión sufrida ante este segundo mortal accidente. Y el profesor Aruza se quedará también, pues desea iniciar las sesiones de terapia magnética y control mental con el joven sueco y Matilda, que no levanta cabeza después de lo ocurrido.

— Lo comprendo —dijo con mal disimulada contrariedad—. Entonces, exactamente, ¿cuántos han decidido venir?... ¿Señora Hoover?

— Desde luego.

— Y yo la acompañaré —decidió Piscis.

— ¿Señor Kehrer?

El alemán levantó la mirada de las cuartillas en que escribía, y asintió con la cabeza.

— ¿Y usted, señor Cooper?

— Sí, claro. No faltaría más.

— Cuento conmigo —se sumó Hemingway—. Piscis me ha pronosticado larga vida después de leer en mis manos —ironizó.

— Y conmigo —asintió Tadasu.

— Que totalizan seis —puntualizó apesadumbrado Orlando.

— ¿Y se puede saber adónde nos lleva? —preguntó la quiróloga—. Le confieso que los helicópteros empiezan a inquietarme.

— Será una tranquila expedición en barco que remontará el río hasta llegar al pie de las Cataratas Altas —rompió su acostumbrada reserva, quizá porque el horno no estaba para bollos—. Y es una pena que el resto del grupo no pueda gozar de tan hermoso espectáculo. A las cuatro pues, aquí, en el salón comedor. Les tendré al corriente si surge algún contratiempo o hay nuevas noticias relacionadas con el accidente sufrido por el señor Thierry. Buenos días.

El grupo se dispersó y Kehrer quedó en el salón, dispuesto a seguir escribiendo en su cuadernillo. En la alcoba de los suecos, Aruza atendía a un Erik hundido moral y físicamente. Sin embargo, no parecían dispuestos a abandonar la gira. El naturópata se prepara-

ba en este momento para iniciar una sesión de control mental y biomagnetismo.

— Túmbate ahí —le señaló el sofá cama—, y desabróchate los pantalones. Voy a colocarte las planchas magnéticas en el bajo vientre donde más fuerte sientes el dolor... Aquí, ¿no?

— Sí, profesor.

Gustaf vigilaba atento.

— La cara norte junto a la piel y tres mil gauss en cada plancha. Y ahora voy a someterte a una sesión de control mental. ¿De acuerdo? Durante diez minutos —miró su reloj—, respirarás profundamente. Observa cómo lo hago yo —comenzó a respirar larga y ruidosamente—. Así, Erik, así durante diez minutos.

Transcurrió el tiempo acordado. Gustaf, arrellanado en un sillón, observaba con curiosidad cuanto ocurría.

— Ahora —habló Aruza de nuevo—, vas a pasar del nivel alfa al beta. Sigue con los ojos cerrados y afloja los músculos... Así. Relájate cuanto sea posible... Aaaasí. Emitirás una orden procedente de tu cerebro, dirigida a los párpados que se tornarán rígidos.

Aruza hablaba pausada y convincentemente.

— Uno —dijo— tus párpados están rígidos; dos: más rígidos todavía; tres: tan rígidos y pesados que ya te es imposible abrirlos. Emite la orden al brazo izquierdo y repite la misma operación. Haz lo mismo con el pie izquierdo en las tres versiones de rigidez, mayor rigidez e imposibilidad de movimiento. Ordena ahora pensamientos contrarios de forma que tus párpados, brazo y pierna izquierdos se relajen de nuevo; más relajados aún, y relajación completa al fin... Vuelves al estado alfa. Ya puedes ejercer control mental sobre tus órganos y quedas capacitado para desalojar de tu cuerpo cualquier ansiedad, miedo, fobias, malquerencias y resentimientos. Permanecerás tranquilo y durmiendo durante un par de horas. Gustaf te despertará. Duerme, Erik, duerme.

Aruza miró a Gustaf, puso el dedo en los labios y se marchó tan tranquilo.

La segunda experiencia con Matilda, sería más ruidosa y de nulo éxito. Cuando Aruza penetró en la habitación de los italianos, la disputa entre el matrimonio estaba en su apogeo.

— ¡No es posible! —gritaba Castruccio— ¿Verdad que no es posible, profesor, que esta mujer se pase el día rezongando con la amenaza de que en cualquier momento la palmaremos aquí los dos, y no se decida a irse?... Y yo con ella, claro. Y encima, ni va ni consiente que yo vaya a la excursión. ¡Puede ocurrirme algo, dice! ¡Ser el muerto de turno! Entonces, ¿a qué diablos hemos venido aquí?

— ¡Será idiota este marido mío! Le he dicho, profesor, que hoy se quede conmigo, y tal vez mañana, hasta que mejoren mis nervios y podamos comprobar si se acaban los muertos y que eso de la maldición de Faysal es un embuste de mal gusto. Cuento con usted, querido profesor. Sé que me curará. En cuanto a irnos. ¡Se necesita ser estúpido! De modo que pagamos una fortuna por venir a este país de locos y asesinos (son ya dos los que la han palmado, profesor, sin contar los del Enrique VIII árabe), y vamos a perder ese dinero que no nos van a devolver. ¡No y mil veces, no! ¡Hasta el final, querido, hasta el final!

— ¿Hasta el final aquí encerrado entre cuatro paredes? Si son ya dos los muertos del grupo, querida, tú lo has dicho, ¿a qué esperamos? ¿A que sean cuatro?... ¿Sabe una cosa, profesor? Empiezo a creer en esa leyenda de la maldición de Faysal.

— ¡Como si quieren ser seis! ¡Y tú entre ellos! —se alborotó Matilda—. ¡Nos quedaremos!

— Tranquila, señora —intervino Aruza conciliador—. Vamos a ver... Siéntese aquí.

— Estoy bien donde estoy.

— ¿Tiene la bondad de quitarse el collar? No posee suficiente potencia energética en gauss. Coja estas dos barras, se lo ruego. Una con la mano derecha y la otra con la izquierda... Aaaasí. Es preciso energetizar su cuerpo.

— ¿Más energías, profesor? —imploró el atribulado marido.

— ¡No seas zoquete! El profesor se refiere a energías magnéticas.

— Sí, fuerzas magnéticas que actuarán sobre el cerebro al sedar la irritabilidad del sistema nervioso.

— Dios le oiga —apuró Castruccio su vaso de whisky.

— Intente acercar esas barras, señora. Una frente a la otra... Por sus extremos. Imposible, ¿verdad? Se repelen porque son de signo contrario.

— Igual que éste y yo.

— Sepárelas ahora... Así. Tendrá que sostenerlas bien sujetas a sus manos, al menos media hora más.

— ¿Sostenerlas con lo pesadas que son?

— Puede descansar los brazos en la butaca. Y por favor, cierre los ojos.

— ¿Si es para no ver a ése? —señaló despectivamente a Castruccio.

— Y ahora, relájese.

— Déjese de relajos, profesor.

— Permanezca con los ojos cerrados.

— No puedo. Sufro de claustrofobia.

— Fobia a la oscuridad, mujer —le corrigió Castruccio—, porque claustrofobia sí que voy a padecer yo si me obligas a permanecer encerrado en esta habitación.

— ¡Vete al diablo!

— Veo, Matilda —desistió Aruza—, que hoy no será posible realizar los ejercicios de control mental. Está muy excitada. Pero sí le aconsejo seguir al menos una hora manteniendo esas barras magnéticas. La tranquilizarán. Mientras tanto, me llevo a su marido a dar un paseo por ahí. Otro día probaremos... a solas.

— ¡Está bien! Pero ya sabes, Castruccio: de excursión, nada. Y no me lo emborrache, profesor, que le gusta mucho el trinquis.

Ya en el pasillo, Castruccio casi abraza a Aruza.

— Creo, profesor, que no debe usted proveer a Matilda de armas arrojadas de tan subido peso. Si me lanza a la cabeza una de esas barras, cuente con un tercer muerto; salvo que me facilite un casco magnético de polo contrario que la repele —hizo reír a Aruza.

Se dirigieron al jardín donde tomaron unas cervezas, el naturólogo, previa introducción en el vaso del correspondiente lápiz magnéti-

co. Más tarde, mientras almorzaban, Castruccio le contaría que halló a su esposa dormida y, afortunadamente, con las barras magnéticas en el suelo. Que sí no...

— ¡Magnífico! ¡Formidable! —se regocijó Aruza—. En verdad no esperaba un efecto tan fulminante de la terapia magnética.

Ni yo tampoco, profesor. Porque nada más que despertar nos pusimos a discutir, y una de las pesadas barras tomó la dirección de mi cabeza. Y menos mal que fui portero del Juventus y la atrapé en el aire.

A las cuatro en punto, los seis del grupo dispuestos para iniciar la excursión, seguían a Orlando por un sendero a través del bosque hasta llegar al río donde les esperaba una hermosa embarcación, no de ruedas y paletas sino de hélice y parcialmente cubierta. Poco después emprendían la ruta de las cascadas. Era una tarde clara. El espectáculo que ofrecía el gigante Aguafuego con su columna líquida de lavas y gases, no tenía desperdicio. James y Franz permanecían silenciosos y apartados el uno del otro en una actitud claramente hostil. Los demás charlaban animadamente.

— La octava maravilla del mundo —apuntó el guía hacia el volcán pese al temor de recordar lo inolvidable como así ocurrió.

— Un tanto funesta, ¿no? —matizó Hemingway—, puesto que guarda tres muertos, y un cuarto no lejos de su entorno.

Tadasu Kato rompió su habitual mutismo.

— Viene bien recitar este corto poema de Basho:

“¡Qué admirable,
el que piensa que *la vida es fugaz*
al ver el relámpago”.

— Sí, amigo Kato —corroboró Kehrer—. Tan fugaz que tal vez por esa razón, Faysal creó ese coloso de agua y fuego, ansioso de una perdurabilidad en el recuerdo que le inmortalizara. Y créame, lo está consiguiendo.

— ¡Por Dios, señor Hemingway! —se alteró Orlando—. Yo sólo aludía a la tensión nerviosa que en personas muy susceptibles pudieran desencadenar las excursiones, sobre todo si conllevan la sorpresa y una fuerte carga de emotividad, y hasta cierto riesgo, justo es reco-

nocerlo. De todas maneras, puedo jurarlo, es la primera vez que ocurre una tragedia de tal magnitud.

El barco remontaba la corriente, ahora más impetuosa a medida que se acercaban al impresionante despeñadero. Pronto llegaron frente a la gran cascada.

— Nos detendremos aquí —anunció Orlando—. No debemos correr riesgos. Como observarán, la cascada, no tan ancha como las de Iguazú y Niágara, sí es la de mayor altura del mundo, ya que supera incluso a las de Utigardsfos y Nosfos de Noruega con sus casi setecientos metros de altura.

— Perdone, Orlando —le interrumpió la tenaz viajera inglesa que tantas veces había dado la vuelta al mundo—. En el Parque Nacional de Yosemite, en Sierra Nevada de California, la famosa cola de caballo se precipita desde una altura de sétecientos ochenta metros con un eco de resonancias maravillosas.

— Lo tendré muy en cuenta, señora.

— ¿Y no es posible acercarnos más a la cascada?

— Sería peligroso. La fuerza de la corriente podría hacer virar la embarcación con el consiguiente riesgo.

— Es una pena.

— No quedará defraudada, señora Hoover. Mañana volveremos aquí... en helicóptero. Y volaremos incluso detrás de la cascada. No se lo pierdan. Es algo impresionante.

El barco giró en redondo e inició el regreso. James, obstinadamente mudo y un tanto apartado del grupo, rompió el silencio con una pregunta inoportuna:

— ¿Que ha sido del señor Thierry?... Vaya, de su cadáver. ¿Alguna nueva noticia?

Al guía no pareció complacerle remover tan desagradable tema.

— Lo han llevado a la capital de la nación vecina para embalsamarlo, a la espera de lo que decidan sus familiares.

— ¿Y las investigaciones?

— Van por buen camino, señor Cooper. Hay pistas...

— ¡Cómo! —le interrumpió—. ¿Acaso no está claro lo del fallo técnico?

— Si es así, señor Cooper, el VAL se hará responsable e indemnizará a los familiares. Aunque, repito, la policía no ha dicho aún la última palabra... Vean —cambió de conversación—, el nuevo panorama que rodea al volcán, ahora cubierto por densas nubes negras.

— Quizá no falte la fugacidad de un relámpago —apostilló Tadasu.

Y la predicción del oriental, metaforizada en la fugacidad de la vida, acabó por cumplirse: un trueno dejó oír su fuerte estampido, y entre las nubes zigzagueó un rayo. Y le siguió otro, y otro, hasta seis. Y Tadasu recitó:

“— Hojas que caen,
quedan unas sobre otras,
la lluvia golpea la lluvia”.

Y volviéndose hacia los componentes del reducido grupo que le escuchaban confusos y sorprendidos, dejó escapar la insólita pregunta que tenía mucho de presagio:

— ¿Por qué seis relámpagos cerniéndose sobre el gigante Agua-fuego?

MIÉRCOLES, 4

Orlando estaba contrariado. Y no era para menos. Si de un grupo de quince turistas, dos habían muerto, otros dos abandonaron la gira, y cinco no acudían a la expedición de hoy, su capacidad como guía en la poderosa empresa podía quedar en entredicho, lo que no favorecía su currículum profesional. Fue así como buscó con insistencia al naturópata Aruza, y no paró hasta encontrarlo en un rincón del jardín, saboreando una cerveza en solitario y, cómo no, con el correspondiente lápiz inmantado dentro del vaso.

Desde las primeras palabras que sostuvo con él, dedujo que continuaba obsesionado con la cura mental y terapia magnética de sus pacientes. Que el joven sueco estaba enfermo, nadie lo dudaba, aunque era una incógnita la enfermedad que padecía, a pesar de la evidente mejoría psíquica experimentada, si nos atenemos a los buenos deseos y aseveraciones de Aruza.

— ¿Por qué no nos acompaña, profesor? —le rogó Orlando con la intención de recuperarlo para la expedición de hoy—. Le sobra tiempo para atender a Erik y Matilda, salvo que también le hayan impresionado las dos lamentables muertes. Lo de Taro, es obvio que ocurrió como consecuencia de una imprudencia, un arrebató rayano en la locura y el fanatismo. En cuanto al señor Thierry, lo confieso: no tiene explicación. Tal vez un incomprensible fallo técnico todavía no dilucidado y que la policía investiga.

— No es eso —replicó Aruza—. Me preocupa, sí, sobre todo el chico, a quien trato de sacar del bache moral en que se encuentra; y también la señora italiana, Matilda, muy vehemente y neurótica, aparte posibles problemas matrimoniales, tal vez sexuales.

Y acercándose le susurró al oído:

— Sospecho que él es un impotente, tal vez porque bebe demasiado... O ella sufre de ninfomanía, ¡vaya usted a saber!

— Ninfo... ¿qué?

— Sí, furor uterino.

— ¡No me diga! ¿No estará hiperbolizando confesiones?

— ¡He dicho, sospecho! —recalcó con énfasis y un tanto molesto—. No que Matilda me haya revelado nada. Y cuento con su discreción —le volvió la espalda.

— Un momento, profesor. No ha sido mi intención molestarle y encuentro muy loable cuanto hace por sus pacientes.

Aruza se volvió sonriendo.

— En fin, ya decidiré. Tal vez la próxima excursión... Aunque procuraré no acercarme a la puerta del helicóptero.

Y le volvió la espalda alejándose definitivamente.

La primera baza no estaba ganada. Sorpresivamente, fue más sencillo para Orlando convencer a la italiana; convencerla de que Castruccio les acompañara si ella no estaba animada para venir a la excursión.

— ¿Otro viaje en helicóptero? ¡Ni soñarlo! Me quedo en la cama... con el profesor. Hace maravillas.

— ¿En la cama, señora?

— ¡Orlando!

— No me ha comprendido, señora Rossellino. He querido decir, si piensa continuar encamada.

— Sí, por consejo del profesor quien me ha ordenado reposo absoluto. ¡Oh, el profesor! ¡Que personalidad la suya!... Biomagnetismo con barras, cintas, collares y hasta sostenes magnéticos que él mismo me coloca con tanta delicadeza. Y, sobre todo, las sesiones de control mental. Me dejan completamente relajada y ausente. Y los nutrientes específicos y jugoterapia que prepara previa introducción del lápiz magnético.

Más ambigüedades y nuevos interrogantes.

— ¿Qué lápiz?... ¡Ah, sí! El que suele introducir en el vaso de cerveza.

— ¡Una maravilla! —repitió el epíteto regocijada.

— Señora Rossellino. Me alegro de la gran mejoría experimentada, y espero mañana contar con usted.

— ¿Mañana?... Tal vez pasado mañana, Orlando. Depende del profesor.

— El profesor viene hoy con nosotros —echó un cabo de tanteo el guía.

— ¡El profesor se quedará conmigo!

— Le sobra tiempo para atenderla antes y después de la excursión. Y, si está tan mejorada, ¿por qué no permite que nos acompañe su marido?

— ¡Puede llevárselo aunque me lo devuelva cadáver!

— Se lo devolveré vivito y coleando, y por supuesto, contento de verla a usted tan recuperada gracias a la medicina naturópata, terapia magnética y sesiones de control mental. Hasta luego, señora Rossellino.

— Un momento, Orlando. He dicho que puede llevarse a mi marido *pe.* de ser con una condición: ¡debe quedarse el profesor!

— ¡Señora! Me ha dado su palabra...

— Yo le haré desistir. ¿Quiere avisarlo, Orlando? ¡Me encuentro tan deprimida! Y es normal, porque ya sabe: en este país, o locos, o enfermos, o muertos.

Orlando abandonó la habitación un tanto confuso. Baza ganada a cambio de baza perdida. Por otra parte, dudaba si las relaciones de Aruza y Matilda sobrepasaban lo estrictamente profesional, a juzgar por las explicaciones del uno y de la otra.

Y se dirigió hacia las dependencias de los suecos con la finalidad de recuperarlos, pues bien sabía lo que se jugaba en su haber profesional.

— Hola, Erik —saludó al entrar—. ¿Cómo te encuentras?

— No muy bien, aunque pronto podré reemprender las excursiones. El profesor Aruza ha hecho mucho por levantarme la moral... Y lo ha conseguido. Claro que lo de Kasura y Thierry...

— Pero, ¿qué te ocurre, Erik?

— No lo sé —mintió—. O no quiero saberlo —dejó en el aire el interrogante.

— Lo importante es que te encuentres mejor.

— Lo importante, Orlando, es estar aquí, donde vida y muerte se funden en un abrazo y hasta la violencia y misterios de la fascinante historia, te subyuga sin poderlo remediar. Y por si fuera poco, esas dos muertes, extrañas, muy extrañas, aureoladas del supuesto poder maléfico del rey loco... Sí, me siento imperativamente atraído por este entorno y haré un esfuerzo sobrehumano para conocer todos los lugares donde la historia sucedió. No seremos nosotros, Gustaf y yo, quienes abandonen, pese a los trágicos acontecimientos acaecidos.

— Me alegro, Erik. Entonces, ¿Gustaf se queda contigo?

— Naturalmente. ¿Y el profesor?

— También ha desistido y no vendrá con nosotros a la excursión. Prefiere continuar con las sesiones de control mental.

— Gracias por tu interés, Orlando.

Al salir, el guía se tropezó con Aruza.

— Por cierto, profesor. Sus pacientes precisan del naturópata.

— ¿Cómo la encontró? Sí, a Matilda.

— Muy abatida. Parece ser que su estado psíquico ha empeorado y necesita de sus valiosos servicios.

— Entonces...

— No podemos contar con usted. Pero viene con nosotros el señor Bertolini, el marido de la señora Rossellino. Partimos ahora mismo. Hasta luego, profesor.

Aruza se dirigió a la alcoba de Matilda y tocó en la puerta con los nudillos.

— Adelante —se oyó una voz.

La italiana, que seguía encamada, le tendió la mano.

— ¿Cómo se encuentra, Matilda?

— Muy excitada, profesor —se expresó contrariamente a lo asegurado por Orlando.

Aruza vislumbró sobre la mesita de noche el collar y el sostén magnéticos.

— No lo va a estar si olvida la terapia magnética.

— Colóquemelo, profesor —suplicó susurrante.

Aruza cogió el collar entre las manos.

— No, el sostén. Es más efectivo —dejó los pechos al descubierto.

El naturólogo pareció titubear pero al fin se decidió mientras la italiana presionaba fuertemente contra sus senos, las manos del profesor.

— Me dijo que los tuviera muy sujetos, bien sujetos.

E insinuó melosa

— ¿Por qué no iniciamos una sesión de control mental?

— De acuerdo. Comencemos. Respire hondo... Más hondo... Así —ascendían y descendían los voluminosos pechos de la italiana bajo las manos de Aruza—. Permanezca con los ojos cerrados.

Transcurrieron unos minutos.

— Ahora va a pasar del nivel alfa al beta. Afloje los músculos, piense que está muy relajada y emita una orden a los párpados para que se tornen rígidos... Más rígidos... Aaaa sí.

Y siguió con toda la retahíla acostumbrada. Pero quien se puso rígido fue el cuerpo desnudo de la italiana que se irguió en una crisis simulada o no de histerismo, y a la sesión de control mental siguió otra menos puritana. Aruza arrojó lejos los sostenes magnéticos y aquello acabó en orgía sexual.

— ¡Querido profesor! ¡Me ha hecho muy feliz! ¡Muy feliz! —le abrazó apasionadamente—. Mi marido es un impotente y... ¡un borracho empedernido! —le confesó—. ¡Abráceme fuerte!... ¡Así!... ¡Pro... fe... sor!

Y allí quedaron naturópata y cliente, convertidos en amantes, bajo los efectos de la terapia magnética, el control mental y el erotismo. Difícil saber dónde empezaba lo uno y terminaba lo otro.

Sigamos ahora al resto de los turistas, dispuestos a iniciar la expedición en helicóptero a la Cascada Norte. Un éxito a medias

puesto que Orlando logró reunir escasamente a siete de los quince del grupo, descontados, claro, los muertos, abandonos y deserciones.

Ya en el patio, la aeronave inició el vuelo internándose en el río. La contemplación del volcán en versión de la creatividad de Faysal, seguía pesando fuerte en los ánimos; por su historia y los recientes acontecimientos; por los tres muertos albergados en sus entrañas y el maléfico poder que le atribuía Cooper; como octava maravilla del mundo actual, que diría Orlando, y arcano de misterios no desvelados; por la duda sobre el comportamiento ético del supuesto superhombre, y ese no saber dónde el bien y dónde el mal, cuándo lo sublime y cuándo lo demoníaco; por el contenido filosófico de un enfrentamiento sin vencedor ni vencido, que ahí estaba ante los atónitos ojos pregonando las ansias de inmortalidad del rey loco. Quizá por todo eso, los siete del grupo lo observaban desde el helicóptero con miedo y estupor, como a un fetiche tribal, ídolo pagano o monolito de la civilización dos mil uno.

Cuando el gigante Aguafuego envuelto en brumas se esfumó en el horizonte, todos respiraron aliviados. Ascendiendo por la ruta del río, el helicóptero se acercaba a gran velocidad a la Cascada Norte. ¿Se acercaba? Diríase que iba a colisionar con el despeñadero de agua.

— ¡Cuidado! —advirtió Hemingway, perdido el aplomo habitual—. ¡Nos vamos a estrellar!

— ¿Está loco? —gritó Castruccio al piloto.

— ¡Dios mío! —exclamaron a dúo las dos mujeres ocultando los rostros.

Fueron pocos quienes mantuvieron firme la mirada cuando el aparato embistió la cortina de agua atravesándola con una fuerte sacudida para quedar sumidos en la penumbra, ensordecidos por el fragor que amortiguaban los cristales. ¿Qué había ocurrido? Sencillamente: habían traspasado las cataratas y se hallaban entre la muralla de agua y el acantilado de piedra que en aquel lugar formaba una gran hendidura.

— Tranquilos —apaciguó los ánimos Orlando—. El efecto óptico les ha engañado. Desde afuera no es apreciable el escaso volumen de la cortina de agua. De no ser así, el choque hubiera sido mortal...

¡Vean! ¡Impresionante! A la izquierda, el muro de turbulentas aguas precipitándose en el vacío; a la derecha, la hondonada rocosa que nos permite volar tranquilamente bajo el líquido elemento. El ruido es infernal pese al espesor de los cristales que nos protegen. Ahora, abandonaremos este lugar por ese agujero —señaló con el dedo.

— Está jugando con fuego —apuntó Castruccio al piloto.

— En todo caso con agua —rectificó Kehrer no menos alterado.

— Saldremos por esa abertura —sonrió Orlando—, porque el espacio se reduce y sería peligroso continuar.

El helicóptero emergió al exterior —nunca mejor calificativo—, justamente por el hueco entre las dos murallas de agua. Una tanda de sonoros aplausos premió la pericia del piloto, y exclamaciones de alivio brotaron de todas las gargantas.

— He pasado más pánico que en Vietnam —confesó Hemingway.

James y Franz, aunque nada dijeron, habían palidecido. Castruccio reía un tanto históricamente, o por los efectos del vaso de whisky que sujetaban sus manos. ¿Y Tadasu? Desde luego, no estaba su ánimo para sentencias taoístas o poemas del Budismo Zen. Así, cuando le preguntaron si había pasado miedo, no titubeó en confesar:

— No se lo imaginan ustedes.

El helicóptero siguió ascendiendo y recorrió la gran cascada desde el principio hasta el final.

— Estamos sobrevolando la frontera norte de Cumbres —explicó Orlando—. A derecha e izquierda, la cadena de puntiagudos montes vetan la entrada al pequeño reino. Al sur, la otra gran cascada que desde aquí no se divisa, y que linda con territorio fronterizo. Frente a frente, el castillo y el volcán envueltos en nieblas.

Iniciaron el regreso. Orlando preguntó si querían de nuevo atravesar la cascada en pleno vuelo. Un no unánime fue la contestación. Poco después aterrizaban en el patio, de características similares aunque no fuera el mismo.

JUEVES, 5

Orlando quedó decepcionado cuando al día siguiente de la excursión a la cascada no logró recuperar a ninguno de los cuatro remisos: Aruza y Matilda, porque preferían continuar con las sesiones de control mental que habían pasado a constituirse en eróticas. Y Erik y Gustaf, porque en el último instante un desvanecimiento del primero le hizo desistir. Si el ánimo del joven sueco había subido algunos enteros, sus fuerzas se debilitaban día a día. Y era extraño, muy extraño, aquella obstinación en continuar la gira turística en tan deplorables condiciones.

Aun así, Orlando, por cortesía, les visitó deseándoles una pronta recuperación a manos del naturópata. Poco después, el mismo grupo del día anterior subía a una embarcación que habría de llevarles muy cerca de la Cascada Sur.

— Esta excursión —anunció el guía—, no será tan tranquila como a simple vista podría deducirse, aunque por supuesto no les va a provocar un estado de tensión como el vivido ayer en la Cascada Norte. El incentivo, vaya, la emoción del viaje, estriba en que la corriente se vuelve cada vez más impetuosa y acaba arrastrando a la embarcación a gran velocidad a medida que nos acercamos a la cascada, de sólo... ciento cincuenta metros de altura.

— ¡Qué dice! —exclamó Piscis.

— ¿Otra vez pretende asustarnos? —sonrió Hemingway.

— No ignoran que impresionarles forma parte de mi cometido.

— No lo dudo, amigo Orlando —replicó el tejano—. Inequívocamente, su misión es impresionar. Esperemos que no cunda el pánico —volvió a sonreír con sorna.

— Eso espero, en tanto no traspasemos la línea de boyas rojas que cruza el río, más allá de las cuales, el barco pierde su capacidad de maniobra.

— Insinúa...

— Que por debajo de esa línea sería imposible remontar la corriente, señor Hemingway. Esto no es un paseo en Disney World montados en lancha por la atracción "Pirates of the Caribbean". Le anuncié incluso que habría abandonos como así ha sucedido.

— Pero no predijo que también habría muertos —intervino tajante el californiano.

— Señor Cooper. De la muerte de Taro Kasura, únicamente él es responsable. Si usted se arroja al agua y no sabe nadar...

— No sé nadar.

— Pues se ahogaría, señor Cooper. Y otro tanto le sucedería al señor Hemingway si tiene la ocurrencia de lanzarse al cenagal del pantano... aunque supiera nadar. Hablar pues, de muertes, es desorbitar las cosas.

— ¿Incluida la de Thierry?

— El accidente sufrido por el señor Thierry todavía no ha sido aclarado, aunque se aclarará, no lo dude, señor Cooper.

— Una puerta no se abre sola —intervino Franz.

— Señor Kehrer. Es por esta razón que la policía investiga: porque una puerta no se abre sola —recalcó.

— Salvo si cede a la presión a causa de un fallo en el mecanismo de cierre —matizó el californiano.

— Si les parece, dejaremos el tema.

— Sí, Orlando —intervino Castruccio—. Sigamos con el otro tema, referido al peligro que nos espera. Le veo empeñado en que padezcamos del corazón: que si es peligroso traspasar la línea de boyas rojas; que si el barco puede perder su capacidad de maniobra; que si al final de trayecto nos aguarda una cascada como si fuera un dragón dispuesto a tragarnos de una dentellada. ¿Qué se propone?

— No escasa a su comprensión, señor Bertolini: tanto el piloto, como los marineros y este servidor de ustedes, no tenemos ningún interés en dar el saltito de ciento cincuenta metros —sonrió.

Y encaminándose hacia la borda señaló a lo lejos.

— Miren... A su izquierda. El *Cementerio de los álamos muertos*.

— ¡Cementerio!... ¡Muertos! ¡Cómo vamos a olvidar el tema! — arreció Castruccio—. Ahora mismo pasaremos ante el funesto campamento donde Thierry sufrió tan horrible muerte.

— Si lo prefiere, dirija la mirada a su derecha —optó el guía por cambiar de panorama, aunque con igual fortuna—. Ahí tiene la octava maravilla del mundo.

— Con tres muertos en sus entrañas y dos mil bajo las aguas — machacó el californiano.

Nuevo silencio ante un confundido guía que ya dudaba entre seguir hablando o callar, roto al fin por Tadasu Kato, quien optó por metaforizar diciendo:

— ¿A qué hablar de muertos si las flores caídas no tornarán a la rama? Hablemos de... mariposas.

— Sí, de los vivos que pasan —apostilló Kehrer.

Las aguas se volvieron impetuosas como anunciara el guía y cundió la alarma entre los embarcados.

— ¿Por qué no regresamos? —dirigió Piscis una mirada suplicante a Orlando.

— No me parece mal la idea —asintió la señora Hoover—. Creo oír ya el zumbido de las aguas al precipitarse en la cascada.

— De acuerdo —dijo Castruccio.

— Sí, sí... De acuerdo. Regresemos —asintió la mayoría.

— Más abajo —fue la réplica de Orlando.

— ¡Nada de más abajo! ¡Ahora mismo! —exclamó el italiano fuera de sí mientras blandía en la mano su tercer vaso de whisky.

— ¡Por favor, señor Bertolini! —se alteró el guía—. El piloto sabe bien lo que hace y cuándo ha de iniciar el regreso.

Y la embarcación siguió rumbo hacia la Cascada Sur con un mayor zarandeo mientras el zumbido de las aguas se hacía cada vez más audible.

— ¡Regresemos! ¡Enseguida! —gritó Castruccio fuera de sí, arrojando el vaso de whisky por la borda.

El piloto le respondió con una sonrisa provocadora, y el italiano, perdido el control de sus nervios bajo los efectos del alcohol ingerido, se lanzó sobre él agarrándolo por el cuello. La sorpresa de la acometida no dio tiempo a que nadie interviniera y el forcejeo les hizo rodar por el suelo, Castruccio con más fortuna, puesto que el piloto acabó golpeándose en la cabeza, quedando momentáneamente conmocionado. Transcurrieron unos segundos de pánico que podían ser vitales. Repuesto del golpe, el piloto se lanzó como una tromba sobre el tablero de mandos.

— ¡Diablos! —gritó—. ¡Hemos traspasado la línea de alarma de las boyas rojas! ¡No hay posibilidad de remontar la corriente del río!

— ¿Habla usted en serio? —se enfrentaron Kehrer y Cooper al piloto mientras Castruccio, poseído por la ira, le amenazaba con los puños en alto.

Piscis se había refugiado en los brazos de la anciana inglesa que trataba de animarla. Sólo Tadasu Katu permanecía impassible. El barco, con un fuerte bamboleo y a velocidad endiablada, se disponía a enfilarse los últimos centenares de metros que lo separaban de la cascada.

— ¡Tomen asiento! ¡Pronto! —ordenó el piloto—. Trataremos de embarrancar en esa orilla. ¡Y abróchense los cinturones!

Todos obedecieron la orden con excepción del tejano que ni en tan apurados momentos perdía el humor.

— Lo de abrocharse los cinturones será porque más volamos que navegamos.

— ¡Siéntese! —le ordenó por segunda vez.

— Por culpa de sus exigencias y del altercado con el piloto —se encaró el guía al beodo Castruccio—, hemos dejado atrás las boyas rojas. ¡Ya es tarde para remontar la impetuosa corriente!

— ¿Bromea, Orlando? —le preguntó un tanto escamado Hemingway.

— ¡Por última vez! ¡Quiere tomar asiento y abrocharse el cinturón? —le empujó conminándole a obedecer.

El piloto maniobró acercando a la orilla la embarcación. El estruendo del agua era cada vez más intenso. Nadie daba crédito a lo que estaba ocurriendo. James increpaba a Faysal como al maldito causante del maleficio, en tanto Franz negaba con la cabeza. Tadasu permanecía con los ojos fijos en las espumantes aguas, impasible y a la espera del trágico final. Castruccio maldecía la hora en que se apuntó a la gira. Hemingway, blanco como el papel, se había al fin abrochado el cinturón, mientras Piscis y la señora Hoover continuaban fuertemente abrazadas.

El barco se aproximó a la margen izquierda del río junto a unos pivotes enclavados a pocos metros de un gran muro. De pronto, el piloto maniobró enfilando la embarcación entre dos de los maderos. Rugieron los motores hasta ahora silenciosos forzando al máximo el retroceso lo que levantó nubes de densa espuma que empaparon a la tripulación, y la embarcación se detuvo milagrosamente con la proa en alto después de un fuerte ruido como de arrastre de cadenas mientras un grito de alivio escapaba de todas las gargantas. ¿Qué había ocurrido?

Orlando, cruzado de brazos, se volvió sonriendo.

— ¡Diablos! ¡Y tiene la desfachatez de sonreír! —le increpó Castruccio—. ¡Malditos!

— Pueden desabrocharse los cinturones y fumar si lo desean —se chanceó ante el asombro general.

Todo había sido una broma, una pesada broma.

— Pero... —balbuceó el italiano—, ¡encima nos ha tomado el pelo!

— Forma parte del programa. Les pido mil disculpas.

En aquel instante, un helicóptero se posaba suavemente en una plataforma cercana. El tejano, furioso y puesto en pie, se abalanzó sobre Orlando.

— Es “demasié”! —le grito zarandeándole—. ¡Con que esta excursión no es tan espectacular y tensa como la de ayer!

— Así quería verle, señor Hemingway. Un veterano de la guerra del Vietnam, fuera de sí, preso por el pánico y perdido el control de los nervios. ¡Así quería verle! Le anuncié que al final (quedan pocas

jornadas ya), le recordaría sus palabras pronunciadas en el *Salón de los espejos*... Sí, en la mañana del martes trece, primer día de la gira. Dijo entonces textualmente: *No creo que el reino de Faysal logre impresionarme*... Y añadió: *Espero que al menos superen a Walt Disney en imaginación*. Para terminar con un ¡*Oh Norteamérica!* ¿Lo recuerda?

— De modo que se ha vengado usted —se dejó caer en el asiento.

— Yo me limito a cumplir con lo programado.

— Y lo programado... —se interrumpió a sí mismo mientras dejaba escapar una estrepitosa carcajada para acabar gritando: ¡*Oh, Loquilandia!*

Y puesto en pie, con el asombro de todos los presentes, lo abrazó. El resto de los expedicionarios todavía no se habían repuesto del susto.

— Amigo Orlando —tomó de nuevo la palabra el tejano—. Le felicito y felicito al VAL, y no tengo reparo en confesarle, que este veterano de la guerra del Vietnam ha pasado pánico y casi se ensucia en los pantalones. Y aclaro también, que aquí acabaremos todos enfermos del corazón. Pero estos señores —señaló al resto del grupo—, y yo entre ellos, esperamos una explicación pormenorizada de lo sucedido.

— Antes que nada quiero ser reiterativo pidiéndoles perdón por segunda vez, pues imagino el susto que habrán pasado ante el no improvisado amaraje que a diario realiza la empresa turística con los otros grupos de expedicionarios.

— Amaraje sí, porque casi volábamos antes de acabar de tan inverosímil manera.

— Esas traviesas que ahí ven a media docena de metros del pequeño muelle, señalan la entrada a unos atracaderos camuflados que el piloto elige para efectuar el... amaraje. Se suceden uno tras otro a unos cuatrocientos metros escasos de la cascada. Una red de acero bajo las aguas aprisiona al barco por la proa para no originar averías en las hélices de popa, y dos potentes motores al máximo de revoluciones, frenan la embestida con un ruido impresionante.

— ¿Y el regreso?

— El nuestro, en helicóptero. En cuanto a la motora, ahora mismo lo verán. Y no se preocupen por el piloto. Es raro el día que

no sucede igual: insultos, mamporrazos... Es su otra profesión. Pero tenemos unos cuantos de repuesto —rieron mientras el piloto se despedía no sin antes disculparse ante Castruccio que no se había serenado lo suficiente para aceptar la broma.

Poco después descendían a través de la pasarela con la ayuda de varios marineros, y se encaminaron hacia la aeronave. La motora retrocedía en aquel instante envuelta en nubes de espuma, y acabó por desprenderse de la red metálica que la aprisionaba, y tras girar en redondo, enfiló río arriba a una velocidad endiablada.

Un rosario de preguntas cayó sobre Orlando.

— ¿Y si se avería el motor?

— Le queda otro.

— ¿Y si son los dos?

— Tiene el recurso de ser pescada en la red tras maniobrar con el timón.

— ¿Y si se rompe el timón?

— ¿Y si usted se lanza al remolino de la ciénaga? ¿Y si el señor Cooper, que no sabe nadar, tiene la desgracia de caer al agua? ¿Y si se estrella el avión cuando regresen a su país de origen o a alguno de ustedes al llegar a casa le cae en la cabeza la lámpara de la sala?

Sonrisas. Ya subidos en el helicóptero, el regreso fue más animado. Hubo bromas para todos los gustos, y hasta no faltaron las carcajadas histéricas. Sólo Franz y James desentonaban, un tanto serios aunque con las huellas del impacto sufrido.

— Y usted, señor Kato, ¿cómo lo ha pasado? —se aventuró a preguntarle Orlando—. Me refiero al momento cumbre de mayor tensión.

El oriental levantó la mirada y fue a clavarla en su interlocutor.

— Creí que acabaríamos en la cascada. Y en aquel instante vino a mi mente un poema Ikyu que dice:

“Comemos, eliminamos, nos acostamos y nos levantamos;
este es nuestro mundo.

Todo lo que tenemos que hacer después
es morir”.

Y se acabaron las risas.

VIERNES, 6

Sorpresa. La broma, que hizo reír mucho a cuantos quedaron en el castillo, tuvo la virtud de agrupar a tanto desperdigado.

— Les prometo —dijo el guía, temeroso de una fuga por parte de los pusilámines—, que no habrá más bromas pesadas en lo que resta de gira. Y me alegra sobremanera la recuperación de Erik y la señora Rossellino, quienes han decidido unirse a nosotros en la excursión de hoy, lo que supone también contar con Gustaf y nuestro querido profesor. Así pues, grupo completo y, “¡avanti!”, —que diría el señor Bertolini—. No se arrepentirán, y me congratulo en anunciarles que nos aguarda un espectáculo único en el mundo.

— ¡Caramba! ¡Intrigante como siempre se nos muestra nuestro guía! —afirmó Hemingway.

— Así es —matizó el aludido—. Un poco de sorpresa y mucho de espectacularidad; aunque sospecho que levantará polémica.

Y aquí se equivocaría Orlando, porque Franz se escudaría hoy en el más absoluto de los silencios. Claro que las evidencias iban a pesar lo suyo. El grupo inició la marcha y se dispuso a cruzar el consabido patio donde no había helicóptero alguno esperándoles.

— Barco tenemos —aventuró Hemingway.

— ¡Oh no, por Dios! —se alteró Piscis—. No más barcos ni cataratas.

— Pues vamos en dirección al río —se mosqueó Castruccio.

Orlando asintió con la cabeza.

— ¿Una excursión por el río, y sin barco? —fue la pregunta del italiano que parecía disgustado.

— A lo mejor nadando —bromeó Hemingway.

— O en submarino —apartó el guía con la mano las ramas que ocultaban la visión de un minipuerto con la nave de las profundidades a punto para la inmersión.

Asombro mayúsculo.

— ¡Un submarino! —coreó la comitiva que se había detenido sorprendida.

— Sí —respondió gozoso el guía—. Un muy sofisticado submarino de reducidas dimensiones.

— Bueno —apuró Aruza—. ¿Quiere decirnos de algo que no esté sofisticado en este país de locos?

— No van ustedes a gozar de las *Veinte mil leguas de viaje submarino* de Julio Verne, ni pilota esta nave el capitán Nemo, pero sí tiene por nombre el *Náutilus* en recuerdo de la desbordante fantasía del famoso novelista.

— No tan desbordante y alambicada como la del rey persa y el VAL —ironizó el tejano.

— ¡Yo no subo en ese chisme! —anunció Matilda ya con los pies en el muelle.

— ¡Calla, mujer! —le atajó Castruccio—. Después de lo ocurrido en las Cataratas Sur, poco importa subir a lomos del gigante Agua-fuego o descender a los infiernos en esa cucaracha.

— Tranquila, Matilda —la cogió cariñosamente del brazo Aruza—. Concentración mental. Piense en algo fuerte y duro como una roca —repitió la matraqueada frase—. Y emita una orden en su cerebro con la idea tenaz de que así es usted: fuerte y dura como una roca.

— ¿Sin cerrar los ojos, profesor? —se dejó llevar.

— Ahora no, Matilda. Podría caerse al agua.

— Espero al menos que duro y fuerte como una roca sea ese trasto —murmuró Castruccio repitiendo el calificativo mientras seguía los pasos de la infiel esposa y el profesor.

— ¿Se puede saber adónde nos lleva? —preguntó Piscis.

— Nos dirigimos a Cumbres Sumergidas, nombre con que el VAL ha bautizado al pueblo de Cumbres Bajas después de la catástrofe que lo sumió bajo el agua. Un gran espectáculo, señores, porque lo que van a contemplar supera la fantasía del *Náutilus* de Julio Verne.

— ¿También en muertos? —se oyó la voz de Cooper no exenta de ironía.

No hubo respuesta. Pese a las pequeñas dimensiones del submarino, la estancia era confortable. No se avistaban mecanismos ni paneles de mando. Diez y seis asientos giratorios, ocho a cada lado, se hallaban ubicados junto a unos amplios ventanales con las persianas corridas. Sobraban cuatro, lo que trajo a los componentes del grupo el desagradable recuerdo de las ausencias de Taro, Thierry, Clara y Juan Carlos. El aire acondicionado amortiguaba en parte la molesta sensación de ahogo. Menos mal que la claustrofobia de Matilda, traducida en horror a la oscuridad, no tenía razón de ser puesto que allí sobraba la luz, una iluminación cómoda e indirecta. A lo largo del pasillo central, sujeta al suelo, una estrecha mesa ofrecía al pasajero, vasos con bebidas refrescantes y alcohólicas. El primero en servirse fue Castruccio con un sendo whisky doble.

— Descenderemos —rompió Orlando el forzado silencio—, a sólo unos veinte metros de profundidad.

— Para quien no sabe nadar, con dos bastan —trató el tejano de iniciar la distensión.

Y es que en esta gira, tensión y distensión jugaban a quien puede más.

Se oyó un sordo zumbido sin ninguna vibración.

— El viaje tendrá una duración de una media hora larga —añadió Orlando—, porque si bien la distancia es corta, la velocidad de crucero es de escasas ocho millas por hora.

Siguió una conversación intrascendente. Era notoria la expectación. Transcurrido el tiempo señalado, la luz de la estancia comenzó a extinguirse paulatinamente.

— ¡Oh, no! —gritó Matilda—. ¡No soporto la oscuridad!

— Tranquila, señora. Sólo habrá penumbra, lo que les permitirá ver mejor el singular panorama submarino.

La tupida celosía fue elevándose lentamente. Ante los atónitos ojos de los expedicionarios, surgió la ciudad sumergida como una Atlántida en versión siglo XX, iluminada con luz propia. No faltaban farolas, semáforos, escaparates, automóviles aparcados y otros rodando y, lo más impresionante: submarinistas sin aletas en los pies, vestidos con las ropas habituales, cruzando calles o introduciéndose en el interior de los edificios con lentos movimientos.

— ¡Insólito! —se oyó una voz.

— ¡Filme de ciencia-ficción! —corroboró Aruza.

— Todo es posible del omnipotente Faysal que construye un castillo réplica del de Baviera, se trae dos mil árabes para crear un mítico reino, y enfrenta un río con un volcán —argumentó Hemingway.

— Sí —dijo Orlando—, aunque algo ha puesto la Empresa, salvo la ciudad y el agua.

— Esa la puso Faysal con los dos mil muertos —sentenció el californiano.

— Sólo mil, señor Cooper —replicó el guía—, mil que siguen encerrados en sus casas, y bien atendidos por el personal especializado que cuida de ellos como el sepulturero de los nichos y tumbas. Los otros mil se los llevó la corriente o fueron reclamados por sus familiares.

— ¡Inconcebible! —se expresó la señora Hoover—. ¿Y esos submarinistas?

— Se turnan, señora... Cada tres horas... Día y noche. Ahora, miren y vean quien nos recibe: un guardia con casco y botas; pesadas botas que lo mantienen bien sujeto al piso de la calle, y que al finalizar su turno cambiará por las aletas para ascender a la superficie.

— ¡De película! —exclamó con asombro Hemingway.

El urbano de las profundidades señaló la entrada hacia la vía principal, el semáforo rojo cambió a verde, y el submarino continuó descendiendo mientras enfilaba la calle profusamente iluminada.

— Ese ruido es el tren de aterrizaje —explicó el guía—, porque vamos a tomar tierra y rodaremos sobre ruedas como un automóvil.

— Me reitero en lo dicho: filme de ciencia-ficción —sancionó Aruza.

— No se extrañe, profesor. La empresa es norteamericana —fanfarroneó Hemingway.

Se oyeron siseos reprobando la farolería del tejano.

Una leve sacudida tradujo el momento en que el sumergible, convertido en autocar, comenzó a deslizarse por la avenida entre coches aparcados y algunos rodando. Varios submarinistas cruzaban las calles. Orlando aclaró que eran los funcionarios de la Empresa para el mantenimiento de la ciudad muerta.

— Supongo que no bajaremos ahí —rezongó Matilda.

— Si lo desea —sonrió Orlando—, tenemos a disposición de los turistas unas cuantas escafandras. Como observarán, la limpieza es permanente: mecánicos, electricistas, carpinteros, basureros, pintores y sepultureros que no sepultan, cuidan de la ciudad y sus muertos. Y no faltan plantas y flores acuáticas con que adornar aceras y ventanas; y jardineros encargados de su cuidado.

— Siguen las sofisticaciones —apostilló Hemingway.

El autocar se detuvo junto a un amplio ventanal. Orlando hizo señas para que se acercaran quienes estaban apostados al otro lado.

— Una peluquería —señaló—. El cliente sentado en el sillón y el peluquero en pie, bien sujetos con cuerdas y garfios simulados. Así debió cogerles la inundación. Vean como el submarinista cambia la sábana y cubre al cliente con otra nueva.

— ¿Figuras de cera, Orlando? —preguntó Piscis.

— De ninguna manera, ya lo dije: cadáveres embalsamados con una técnica especial.

— ¡Macabro! —no pudo reprimirse la quiróloga.

— ¿Y qué esperaban de la morbosa creatividad de Faysal? —alzó la voz acusadora el californiano.

— Permítame que le corrija, Cooper —matizó Hemingway—. Es la Empresa turística quien ha dispuesto todo este tinglado bajo las aguas.

— Sí, pero los cadáveres y el agua son patrimonio del rey loco y la prueba irrefutable del gran genocidio cometido por Faysal. Felicite

a su Empresa, Orlando, por tan soberbio espectáculo. Y felicítense ustedes, cómo no, por haber aclarado al fin sus dudas, quienes las tuvieran pues yo nunca las tuve respecto al comportamiento ético del autoerigido rey y superhombre.

Todos aguardaban la réplica del alemán, pero no hubo tal, puesto que siguió ausente del diálogo y con la mirada fija en la impresionante escena. El autocar continuó la marcha a través de nuevas calles y plazas, entre automóviles apostados junto a las aceras, y se detuvo ante los ventanales de varias salas, cocinas y dormitorios, que a través de los cristales permitían contemplar escenas familiares tal y como debió sorprenderles la muerte en el momento de quedar sumergidos. Junto a un portal, un anciano sentado en su mecedora tomaba tal vez el sol con el perro echado a sus pies, cuando fueron atrapados por el agua.

Poco después enfilaban de nuevo la avenida principal, el semáforo rojo se tornó verde, el guardia señaló hacia lo alto con el dedo extendido, y el autocar, convertido de nuevo en submarino, se elevó replegando las ruedas igual que los aviones. Las persianas se cerraron, y la luz de ambiente volvió a su intensidad inicial.

— La vida procede del mar —habló con énfasis Aruza—. Quizá por eso Faysal los condenó a morir ahí.

— ¡Oh, Loquilandia! —concedió una vez más Hemingway.

Orlando asintió con una sonrisa pero el tejano levantó el dedo y añadió:

— Pese a todo, demasiada truculencia.

El regreso, si no mudo, tampoco fue pródigo en comentarios. Era evidente que las pruebas acusaban a Faysal, incluso el silencio de Franz.

— No ha desplegado los labios, señor Kato —le incitó a epilogar el guía—. ¿Qué piensa de la excursión submarina? ¿Macabra? ¿Soberbia de técnica? ¿Éticamente convincente sobre la culpabilidad o inocencia de Faysal?

— Señor Orlando. “Cuando el leño se convierte en ceniza nunca vuelve a ser leño. Hay estados anteriores y posteriores, pero estos estados se hallan claramente separados. Lo mismo ocurre con la vida y la muerte”.

Y alzando ambas manos sentenció:

— El Faysal del leño es una cosa, y el de las cenizas, otra —dejó atónitos como siempre a cuantos le escuchaban.

Y siguió un regreso mudo tras una jornada de pruebas acusadoras sobre el supuesto genocidio de Faysal.

SÁBADO, 7

De sorpresa en sorpresa, Orlando pudo comprobar el impacto que había producido entre los componentes del grupo, la expedición del día anterior; impacto de los sentidos ante la espectacular excursión, y el otro moral, con perjuicio de la ética del rey persa que había prácticamente aislado a Franz, obstinado en no mostrar los documentos que, según él, exoneraban al príncipe arábigo de los crímenes que se le imputaban. Apartado en un rincón, el alemán escribía ininterrumpidamente. ¿Qué escribía? ¿La nueva historia de Loquilandia, tal vez?

Tadasu era algo aparte. Con sus metáforas y sentencias taoístas, que no le definían en pro ni en contra del comportamiento de Faysal, se había constituido en punto final de diálogos y jornadas. De la última cita sobre el Budismo Zen, y la consiguiente paráfrasis donde matizaba que una cosa era el Faysal vivo y su quehacer, y otra el muerto y las consecuencias derivadas de su creatividad obsesiva y ansias de inmortalidad, parecía deducirse el intento de establecer una clara diferenciación sin enjuiciamientos definidos, entre las referencias *leño y cenizas*, Faysal vivo y Faysal muerto, como *estados claramente separados*, definidores del típico modelo oriental, un tanto enigmático e incomprensible al pensamiento de occidente.

En cambio, para Piscis y la señora Hoover, de mentalidad pragmática alejada de toda lucubración, contemplar aquella especie de cámara de los horrores, personificada no precisamente en figuras de cera, había supuesto un duro golpe a sus criterios defensores de la inocencia de Faysal, acercándoles indirectamente a la tesis defendida por el californiano Cooper.

Hemingway les consolaba diciendo que más muertos hubo en Vietnam, y que la historia de Cumbres era una nadería comparada

con el genocidio practicado por Hitler con los judíos. Y no se cansaba de afirmar que en Faysal faltaban atisbos de crueldad y no estaba muy clara la intención genocida, de acuerdo con el criterio de Franz, aunque sin pruebas concluyentes.

Orlando sólo pudo sacar del alemán una escueta y sorpresiva respuesta, cuando le insinuó si escribía un diario sobre la gira que estaba realizando.

— Sí, porque sospecho que todo es un montaje de su Empresa que a mi juicio actúa por ignorancia de la verdad, o tal vez —puso el interrogante en el aire—, a causa de inconfesables intereses creados.

Al apurarlo el guía, conminándole a que fuera más explícito y presentara las correspondientes pruebas que avalaran su tesis, contestó tajante:

— Me definiré, Orlando, y habrá muchas sorpresas y aclaraciones. Sí, dentro de muy pocos días.

Sin lugar a dudas, el alemán se había convertido en el personaje intrigante de la gira al rivalizar con el guía. Matilda, alternaba las palabras *asesino* y *qué horror*, para manifestar su repulsa, con el asentimiento de Castruccio, quizá de acuerdo por primera vez con su consorte.

Aruza, con su hablar monocorde, aludía al Faysal desequilibrado a quien hubiera hecho mucho bien la medicina naturópata y terapia magnética. Y era muy difícil sacarle de tan estrecho círculo de opinión sobre la ampulosa personalidad del rey persa. Cooper, desatada su verborrea tras la última expedición, no cesaba de acusarlo una y otra vez, reiterativo en apostrofarlo con toda la gama resabida de defectos y sin ninguna virtud. Por último, los suecos preferían no opinar, quizá a causa de la problemática de Erik, quien, pese a las sesiones de biomagnetismo y control mental, no acababa de recuperarse.

En estas condiciones anímicas y de criterios enfrentados entre los componentes del grupo, Orlando anunció la novena excursión, como siempre aureolada de misterio.

— Por aquí, señores.

— ¿Se puede saber adónde nos lleva el... señor? —ironizó Hemingway empleando idéntico calificativo en el tratamiento.

— Por lo pronto por este sendero en el bosque que parece el mismo...

— Pero no es el mismo —finalizó la frase el tejano.

— Imperativos de la programación impuesta por los treinta y un grupos que en este momento alberga el castillo, en una sucesión de estancias y lugares.

— Por segunda vez, Orlando, ¿se puede saber adónde vamos? — fue reiterativo en la pregunta Hemingway.

— ¡Allí! —extendió el brazo señalando hacia la gran montaña.

Un coro de exclamaciones sorprendidas acogió la respuesta del guía.

— ¡Cómo! —se detuvo en seco el matrimonio italiano—. ¿Otra vez al dichoso volcán?

— Así es —confirmó Orlando.

— Será en una cápsula espacial a prueba de fuego, agua, lava y gases tóxicos —se chanceó el tejano sin que nadie sonriera.

— Casi, casi —repitió con sorna el eterno intrigante.

— Vayamos o no... allí —señaló Cooper el volcán—, no nos libramos del maleficio.

— ¡Ya está bien, señor Cooper! —le espetó el guía colérico—. No comprendo ese empeño en atemorizar a sus compañeros de viaje.

— No trato de atemorizar a nadie. ¿O acaso ha olvidado la leyenda?

— Dice bien: leyenda. Pero otra cosa es su tozudez en recordarla con tanta ofuscación y presagios absurdos, como si quisiera amedrentar a los componentes del grupo.

— Señores —sorprendió a los presentes el hasta ahora mudo alemán—. No ignoran ustedes que la maldición de Faysal es sólo para aquellos que osen tocar la tumba —sonrió con ironía.

— ¡No se burle, señor Kehrer! —gritó el californiano fuera de sí.

— ¿Acaso teme usted ser el elegido de hoy?

Cooper le dirigió una mirada de odio.

— ¿Y por qué no usted?

— Síganme, por favor —cortó en seco el guía reemprendiendo el camino.

Y volviéndose hacia el resto del grupo añadió:

— Estén tranquilos. No habrá opción a tocar la tumba de Faysal.

Orlando condujo al grupo hasta llegar a un pequeño puerto donde un sumergible más largo y estrecho que el utilizado el día anterior, se disponía a iniciar la inmersión.

— Se lo ruego, Orlando. ¿Quiere decirnos de una vez cómo vamos a llegar... allí? —señaló hacia el volcán una Piscis temerosa.

— En este submarino —contestó sin inmutarse.

Una segunda lluvia de exclamaciones y preguntas cayó sobre el sonriente guía.

— ¡Qué dice!

— ¡Bromea?

— Pero, ¿cómo?

— Una vez que estemos a bordo, daré las explicaciones pertinentes.

— ¡No! —se alteró Castruccio perdiendo la compostura—. ¡Queremos saberlo ahora! ¡Saber cómo diantre vamos a llegar allí en este chisme!

— Lo encuentro razonable, Orlando —intervino Aruza conciliador—. No concibo que una nave submarina pueda conducirnos al interior del volcán.

El guía, sin alterarse, se desprendió blandamente de las manos del italiano.

— Señor Bertolini... Y usted, señora Rossellino —habló con cierta aspereza y desacostumbrada seriedad—. Si lo desean, pueden regresar al castillo; un empleado les acompañará. La excursión, como todas, es opcional. No deben olvidar las condiciones del viaje y la conformidad dada por ustedes. Si alguien más opta por quedarse —miró al californiano—, deben decidirlo antes de embarcar. Los que quieran venir, síganme, por favor.

Y dando la espalda al grupo se encaminó hacia la nave. Ya a mitad del recorrido se volvió para decir:

— Como comprenderán, señores, si hubiera algún peligro, los ocho tripulantes y este servidor de ustedes, nos quedaríamos en tierra también.

Y descendió el primero por la escotilla.

Poco después, el grupo completo estaba a bordo sin excepciones. El compartimiento, aunque menos amplio que el del otro submarino, era si cabe, más alegre. En los paneles, pinturas murales con fondos marinos de claro azul y algas y peces de vivos colores, daban a la estancia claramente iluminada, una impresión confortable. En el centro se hallaba ubicada también una estrecha mesa con bebidas y vasos, y a su alrededor, diez y seis butacas fijas al suelo, una de las cuales fue inmediatamente ocupada por el guía mientras rogaba a los once del grupo que se sentaran. Cuatro asientos vacíos trajeron una vez más a la mente de todos el recuerdo de los ausentes.

— Como ya saben —explicó Orlando—, antes que las aguas invadieran estos parajes, existía un túnel bajo el río que afloraba en el cráter de la montaña. Faysal, Abel y Caín lo cruzaban a diario, y por tres veces, Betty Meredith se adentró en él antes de ser inhumada en el volcán. Después del cataclismo, la gruta y la galería quedaron sumergidas a una profundidad de diez y siete metros, y por ahí entrará la nave hasta llegar al volcán.

— Casi, casi, *Viaje al centro de la Tierra* a lo Julio Verne —puso su nota de humor el tejano.

— Casi, casi —sonrió Orlando ya distendido. Pero no exactamente por el túnel sino a través de un tubo de acero incrustado en él, que lo recorre de un extremo a otro.

— ¡Qué dice! ¡Metidos en un tubo!... ¡Bajo el agua! —exclamó la italiana—. ¡No podré soportarlo!

Orlando volvió a sonreír, feliz en su cometido de sorprender a incrédulos, convencer a tozudos y asustar a timoratos.

— Ya les dije que este pequeño sumergible es uno de los más sofisticados medios de locomoción de los que dispone el VAL. Cuando llegemos a la gruta, el submarino penetrará en una especie de

embudo de acero conectado con el tubo, e inmediatamente se abrirán ocho compuertas en la nave de la que saldrán otras tantas ruedas, cuatro delante, dos arriba y dos abajo, y otras cuatro atrás en igual ubicación; ruedas provistas de potentes amortiguadores que lo mantendrán sujeto a las paredes del conducto metálico por donde circulará hasta emerger en las entrañas del volcán, exactamente, frente a la tumba de Faysal.

— ¡Increíble! —se oyó exclamar a un coro de voces.

— En fin, que nos van a meter como un topo en su madriguera —frunció el ceño el tejano.

— ¿Desembarcaremos? —se alarmó Piscis.

— No, pues bien saben que allí pululan gases tóxicos y ríos de lava.

— ¿Veremos la tumba de Faysal? —le temblaron los labios a Erik.

— Sí, a través de ese cristal. Tres minutos para contemplarla, en grupos de otras tantas personas. Nadie precisará levantarse porque la cinta corredera ubicada en sus asientos les trasladará automáticamente emplazándoles frente al ventanal.

— ¡No me va esta ratonera en forma de lombriz! —clamó al cielo la italiana.

— Tranquílcese, señora. Los tubos por los que se desliza el submarino están ensamblados uno con otro, lo que les permiten cierta movilidad y desplazamiento. El anclaje en la roca tampoco es rígido sino formado por potentes resortes similares al sistema de suspensión de los automóviles. Toda una obra de ingeniería que avezados técnicos submarinistas revisan a diario dentro y fuera del túnel de acero.

— ¡Juliovernesco siglo XX! —exclamó Hemingway con evidentes muestras de asombro en el rostro.

— Señores. Nos acercamos a la entrada de la gruta. Les ruego que tomen asiento.

— ¡No! ¡No podré soportarlo! —sufrió un amago de crisis histérica la italiana.

— Tranquila, Matilda, tranquila —la cogió fuertemente de la

mano el profesor—. Cierre los ojos, relájese y emita desde su cerebro la orden: soy fuerte como una roca.

Y siguió la retahíla de frases en un inicio de sesión de control mental que tuvo algo de erótica puesto que la italiana se puso rígida y empezó a temblar sacudida por pequeñas convulsiones mientras frotaba fuertemente contra su seno la mano del profesor. Castruccio, ausente de la pantomima erótico-histérica, apuraba su whisky doble. Emparejados y cogidos de la mano también, Erik y Gustaf, y Piscis y la señora Hoover, se preparaban para afrontar la llegada al cráter del volcán, en tanto James dirigía una mirada de odio al alemán que le correspondió con otra de desprecio. Inmediatamente, el californiano se volvió hacia el guía y le soltó a quemarropa:

— No es mi deseo contemplar la tumba de ese criminal y enfrentarme a su maléfico poder, por lo que me quedaré aquí, de pie.

— Es muy libre de hacer lo que le plazca, señor Cooper —le contestó Orlando—, pero sí le ruego que sea más recatado en sus expresiones, y no trate de poner nerviosos, sin fundamento alguno, a sus compañeros de grupo, con esa pretendida y absurda maldición, que bien sabe no pasa de leyenda.

Y le volvió la espalda yendo a sentarse junto a Hemingway y Tadasu.

— Las luces continuarán encendidas y las persianas cerradas — anunció Orlando—. Y no se alarmen por ese ruido proveniente del submarino que acaba de desplegar las ruedas antes de penetrar en el interior del túnel. Tardaremos diez minutos escasos en llegar al cráter. Las sacudidas que oyen ahora son originadas por la rodadura junto al ensamblaje de los tubos, como los trenes al deslizarse sobre los puntos de unión de los raíles. Por lo demás, no experimentarán ninguna otra sensación. Pueden hablar si lo desean. Fumar, no, pero si quieren, tienen ante ustedes libros, revistas y juegos que les distraerán de la posible tensión de estos minutos. Si tenemos suerte y no hay nieblas, veremos muy cerca la esfinge de Faysal, y un poco más lejos, junto a la laguna, la pirámide de piedra con la cruz donde reposa el cadáver de Betty Meredith.

James paseaba como un león enjaulado, pese a que la inclinación de la nave hacía difícil mantenerse en pie. Franz y Castruccio leían o

simulaban leer pasando y repasando nerviosamente las hojas de la prensa y revistas a su alcance. Hemingway seguía con su perorata ante un mudo Tadasu. La señora Hoover le contaba a Piscis las muchas aventuras de sus numerosos viajes, aunque le aseguraba que ninguno le había causado tanto impacto como esta gira. Matilda dormitaba con los ojos entreabiertos, siempre agarrada a la mano de su admirado profesor, y Erik y Gustaf iniciaban un entretenido juego al margen de cuanto ocurría a su alrededor.

Una luz roja se encendió junto al ventanal y la persiana metálica dejó libre el cristal.

— Hemos llegado —anunció el guía—. Y con suerte, señores... No hay niebla.

Inmediatamente, la triada de cintas del asiento, respaldo y apoyo de los pies, se puso en marcha y los tres primeros del grupo, Hemingway, Tadasu y Erik, quedaron frente al cristal que un oculto limpiaparabrisas dejó reluciente en pocos segundos.

— ¡Vean allí! —señaló el guía—. ¡La tumba de Faysal! Observen cómo la lava petrificada siluetea la forma del sillón y la cabeza y cuerpo del príncipe árabe. Y allá al fondo, entre las brumas, la pirámide de piedra de la otra tumba de Betty Meredith.

Los emplazados frente al ventanal, miraban sobrecogidos el panorama tétrico, gris y silente, donde hasta las nieblas permanecían como clavadas e inmóviles en el aire. El grueso cristal y las paredes de la nave, no permitían oír el fuerte rugido del volcán.

Les siguieron en turno Gustaf, Matilda y Aruza. A continuación, Piscis, la anciana inglesa y Castruccio, y por último Kehrer, a quien se sumó Orlando. Fue un desfile mudo, sorpresivamente sin un solo comentario. Pesaba mucho en aquellos momentos la historia de Faysal, y el saberlos allí, muertos, él y Betty Meredith. Pesaba también la tragedia de los compañeros del grupo, Kasura y Thierry y, cómo no, la profecía de la maldición tantas veces anunciada por el terco Cooper, y que hoy llevó hasta lo absurdo con su negativa a contemplar el mausoleo de lava del rey persa.

— Hay similitudes con la visita a la tumba de Lenin en la Plaza Roja de Moscú —rompió el silencio la señora Hoover—; similitudes de silencio y expectación aunque aquí la guardia la formen fantasma-

les figuras de lava y árboles petrificados, tan inmóviles como los militares soviéticos de alta graduación, en torno al cadáver embalsamado de Lenin.

No hubo más comentarios. Cada cual ocupó su puesto y se inició el regreso, mudo y tenso como el desfile ante el cristal. Se diría que temían hablar del personaje en tanto no se hubieran alejado del tétrico lugar. Como siempre, fue Hemingway quien intentó la distensión; que tensión y distensión seguían hermanadas un día sí y otro también.

— ¡Oh, Loquilandia! —exclamó.

Pero esta vez, nadie sonrió por la exclamación del tejano.

Piscis y la señora Hoover, hablaban absortas en voz baja; Matilda dormitaba junto a un Aruza ausente, liberado ya de la mano de la italiana; Castruccio apuraba con fruición su tercer vaso de whisky; Kehrer tomaba notas en unas cuartillas; Tadasu seguía mudo e impasible; Gustaf atendía a un pálido y sudoroso Erik que se sentía indispuerto; y por último, Cooper permanecía con la mirada fija en el tablero de la mesa.

No fue de extrañar que el guía acabara esfumándose hacia una de las cabinas. A su regreso, no hubo comentarios ni enfrentamiento verbal entre los sempiternos oponentes.

Ya en tierra, el tejano se encaró a Orlando.

— ¿Y mañana?

— Mañana será otro día —bromeó escabulléndose de la intencionalidad de la pregunta.

Y sin sentencias taoístas ni poemas Zen que metaforizar, con un sorprendente por mudo regreso de la tan sofisticada excursión, terminó la vigésimosexta jornada de la gira del grupo-Orlando.

DOMINGO, 8

Orlando rebosaba de satisfacción. Tras las dos excursiones en submarino, había logrado evitar ausencias y nuevos abandonos, recuperada la confianza ante el impacto y la emoción causada por las dos últimas expediciones exentas de accidentes. Recobrado el pulso y con la asistencia de los once del grupo, planteó el que no tuvo reparo en anunciar como tranquilo crucero por el río Manso en un vaporcito, el *Meredith*, así bautizado en recuerdo del ama de llaves.

Desde muy temprano, el grupo completo se congregó en el salón donde ya aguardaba Orlando.

— No desayunaremos aquí —anunció—, e incluso almorzaremos a bordo. Como ya les dije, es un viaje de relax por lugares pintorescos, que nos llevará frente al Tragadero donde las aguas se precipitan por la hendidura del volcán, para regresar de nuevo al castillo después del almuerzo.

— No me agrada el nombrecito —dijo Hemingway—: Tragadero. No sé por qué se me atraganta —hizo sonreír a la mayoría.

— No ignoran que el nombre obedece a...

— Sí, sí, no es necesario recordarlo: engulle cuanto se le pone por delante además de las aguas del río Manso, que por esos alrededores, la mansedumbre no debe ser mucha. Claro que después puede uno volver a salir por el cráter del volcán, aunque sea finamente pulverizado —volvió a carcajearse contagiando la risa al resto del grupo.

Subieron a la embarcación, un vaporcito de crecido tonelaje, con un gran salón que bien podía albergar cómodamente el doble de los quince pasajeros habituales. Unas puertas de cristal abiertas de par

en par, comunicaban la sala con la cabina de mando. El guía presentó a la tripulación integrada por el capitán, un piloto y dos marineros que realizaban también la función de camareros a la hora del almuerzo, y explicó que la nave estaba siendo acondicionada para un cruce-ro de dos días, pendiente de programación, y cuyo itinerario le llevaría a remontar el río hasta llegar a la Cascada Norte, para luego descender bordeando el volcán, y tras acercarse a la Cascada Sur, iniciar el regreso al castillo después de cruzar frente al *Cementerio de los álamos muertos*. Pero hoy, sólo recalaremos en algunos lugares pintorescos cercanos al imponente espectáculo que ofrece el despeñadero de las aguas. Allí almorzaremos.

— ¿Dentro del volcán? —se burló con sorna Hemingway.

— Si alguien lo desea —siguió la broma Orlando—, no tiene más que lanzarse al agua. La corriente le conducirá directamente al cráter, y como usted apuntó antes, lo veremos salir finamente pulverizado, en brazos del gigante Aguafuego.

Risas y nueva pregunta del tejano.

— ¿Y las deliciosas giras en barca y helicóptero a las Cascadas Sur y Norte, no aptas para cardíacos?

— Continuarán con la teatralidad, emoción y sorpresa que conllevan.

— Espero —matizó Franz con ironía—, que con menos insultos y conatos de violencia.

— Pues no lo crea, señor Kehrer. Forma parte del programa. Y es por esa razón que contamos con pilotos ex boxeadores que saben esquivar los golpes, y un tanto sordos a las imprecaciones.

— En este país todo es posible —sentenció Hemingway—. ¿Y qué bromita pesada nos ha preparado para hoy?

— ¡Por Dios, señor Hemingway! Ya les anuncié que será una excursión para relajar los nervios.

— Sobran argumentos para desconfiar —apuntó Piscis con seriedad.

— Tranquilos. Aquello fue sólo una broma.

El barco, desprendiéndose de las fuertes barras magnéticas que lo sujetaban al atracadero, inició la marcha. Después del desayuno,

los componentes del grupo se enfrascaron en apasionados diálogos sobre las impresiones sufridas en las dos aventuras submarinas, y la consabida polémica que no podía faltar. Curiosamente, frente a un James agresivo y hablador que mostraba como pruebas fehacientes de la culpabilidad de Faysal, la masacre cometida con su pueblo materializada en aquella espeluznante visión del cementerio sumergido, y la otra de la tumba del rey loco, donde un día él, y únicamente él manipuló el mecanismo explosivo, Franz sólo podía oponer las tan cacareadas pruebas documentales que hasta este momento nadie había visto. No fue pues extraño que el alemán acabara siendo atacado por quienes con anterioridad defendían la tesis absolutoria de Faysal, ante tanta evidencia acorde con el relato de Orlando. Nadie, excepto Franz, dudaba ya de la culpabilidad del rey persa. Quizá por ello rehusara intervenir en los diálogos. La otra excepción la personificaba Tadasu Kato, del que era muy difícil obtener una respuesta concluyente que no estuviera adobada de incomprensibles sentencias taoístas o complicados poemas Zenrin.

Al mediodía, llegaron frente al Tragadero donde el barco ancló después de haber parado los motores. La presencia de una hilera de boyas rojas que cruzaban el río desde los restos de la presa hasta la base del volcán, puso en guardia a quienes habían sufrido el impacto de la excursión a la Cascada Sur, ante la sospecha de una nueva bromita que ahora incluía al grupo completo.

— ¿Almorzaremos aquí? —fue la tímida pregunta de la anciana inglesa.

— ¿Y por qué no un poco más lejos del Tragadero? —apuntó Píscis.

— Si por mí fuera, mejor en tierra —rezongó Castruccio.

Orlando sonrió mientras señalaba el enorme embudo por donde se precipitaban las aguas levantando imponentes nubes de espuma que subían impetuosas por las escarpadas vertientes de la base del volcán.

— Un poco más lejos —dijo—, no veríamos tan soberbio espectáculo. El VAL tiene programado construir en ese lugar un helipuerto, para desde allí contemplar la pavorosa entrada de las aguas en el interior del cráter.

— No cuenten con nosotros —dijo Matilda desprendiéndose del brazo de Castruccio para agarrarse fuertemente al de Aruza, por lo que se prestaba a confusión, saber con quién no había que contar, aparte de ella.

Orlando, acompañado de un marinero, mostró a los expedicionarios las dependencias del barco, después que el capitán se extendiera en pormenores sobre el complicado panel de mandos. Luego les condujo a la sala de máquinas que más parecía un salón con profusos paneles, indicadores luminosos, sillones y taburetes, que la clásica bodega para albergar la maquinaria de un vapor.

Todos quedaron gratamente sorprendidos del lujo y modernidad de la nave, y a nadie extrañó que James permaneciera rezagado con uno de los tripulantes, quien, amablemente, le pormenorizó sobre el funcionamiento de la complicada maquinaria mientras el resto del grupo volvía a cubierta.

El almuerzo fue servido por los mismos marineros que desempeñaban la doble función. A los postres, James se sintió indispuerto, y excusándose se dirigió al servicio visiblemente mareado. El balanceo del barco y los efectos de una copiosa comida adobada con exquisitos vinos y champán, originaron más de un descalabro en los estómagos. Como la vuelta del californiano se demoraba, Aruza y Castruccio fueron en su busca en el instante en que aquel reaparecía por uno de los pasillos.

— ¿Cómo se encuentra, James? —le preguntó Aruza.

— Mejor, gracias.

— De haber hecho uso del lápiz magnético en la bebida, al modificar el ión hidrógeno en la molécula H_2O ...

— Sí, lo sé —le interrumpió haciendo una mueca, todavía no recuperado de su palidez.

Y les volvió la espalda. Estaba visiblemente nervioso.

La mayoría se interesó por él, con excepción de Franz y los suecos por obvias razones. En verdad, había bebido demasiado, cosa inhabitual en James.

Una vez finalizó el almuerzo, el capitán ordenó al piloto que levantara anclas y pusiera en marcha el motor. Los camareros volvieron

a su faena marinera, y poco después el ruido de las cadenas dejaba el barco a la deriva en dirección a la línea de boyas rojas con el consiguiente susto de quienes fueron protagonista de la broma pesada en las Cataratas Sur.

— Motor —ordenó el capitán puesto en pie junto al piloto que manipuló al instante el arranque.

Ante la sorpresa de ambos, no hubo respuesta, y el barco, impulsado por la corriente, siguió a la deriva en dirección a las boyas rojas.

— ¡Motor, Jean! —gritó el capitán a su subordinado que accionó por segunda vez el contacto.

— No responde, mi capitán, pese a que todo parece en orden: encendido, indicador de carburante... ¡No sé qué ocurre!

El capitán se lanzó sobre el panel y él mismo maniobró nerviosamente una y otra vez el mecanismo sin resultado.

Expectación general de quienes, en pie y frente a la cabina (las puertas seguían abiertas), esperaban sonrientes el final de aquel simulacro de avería de mal gusto. Sólo James y Castruccio continuaban ausentes, sentados en la mesa ante sendos whiskys, medio bebidos y sin dejar de escandalizar.

— ¡El otro motor, Jean!

El piloto manipuló el arranque del panel vecino con idéntico resultado.

El barco, a la deriva, cruzaba en estos instantes la línea de alarma de las boyas rojas, acrecentada la velocidad por la fuerte corriente que lo impulsaba hacia el Tragadero.

— ¡Pronto! ¡Ancla de popa al agua! —ordenó el capitán—. Podrá resistir mejor el fuerte impacto al hacer virar el barco.

— ¡No podrá aguantar la fuerte embestida!

Por toda respuesta, el capitán dio un empujón al piloto que salió disparado, y tras él, los dos marineros seguidos por un Orlando de semblante alterado que se había unido a la tripulación.

Cundió el pánico con la excepción del cuarteto formado por Hemingway, Piscis, la señora Hoover y Franz, quienes sonreían ante la nueva broma protagonizada por la tripulación, con un oriental

serio e inmutable, mientras Castruccio y James ni siquiera se enteraban de lo que estaba ocurriendo.

El tejano, cruzado de brazos, se plantó ante un Orlando con el rostro descompuesto.

— ¡Ya está bien de teatro y bromitas pesadas! —le gritó—. ¡Esto es más que “demasié”! —añadió entre molesto y nervioso.

— ¡No sea imbécil, Hemingway! ¿No ve que va en serio? —le dio un empujón derribándolo mientras se precipitaba en pos del piloto y los marineros.

Poco después se escuchaba el choque violento del ancla contra la superficie del agua. Una fuerte sacudida hizo caer sobre cubierta a los pasajeros que gritaban enloquecidos, quedando algunos contusos. El barco giró trepidando unos instantes para enseguida volver a su primitiva posición y seguir a la deriva.

— ¡No ha podido resistir! —se oyó la voz del piloto.

Matilda se abrazó al profesor mientras Castruccio y James maldecían a Faysal, Franz y Hemingway se miraban de hito en hito, y los suecos y las dos mujeres se fundían en un abrazo. ¿Y Tadasu? El oriental, inmutable, meditaba.

— ¡Ancla de proa al agua! —ordenó el capitán.

— ¡Ya ha sido lanzada!... ¡Sin resultado! —regresó el piloto a la cabina—. Ni siquiera se ha apercibido el rompimiento. El impacto ha sido brutal. Es mucha la velocidad del barco.

— ¡Tú! —gritó el capitán a uno de los marineros—. ¡Vete a la sala de máquinas y trata de localizar la avería! ¡Y tú! —señaló al piloto—, ¡envía un SOS a la torre de control!

— A la orden, mi capitán.

— ¡Y ustedes! ¡Todos fuera de la cabina!

Nadie se movió. Un sonriente Hemingway, tal vez el único del grupo que pese a la palidez del rostro, todavía seguía pensando que se trataba de una farsa, se encaró al oficial.

— No, capitán. Queremos ser testigos de hasta donde alcanza la broma con este nuevo numerito de simulacro de accidente. ¡Ya está bien!

— ¡Broma ha dicho! —le sacudió fuertemente por los hombros—. ¿No ha visto al barco traspasar la línea de alarma de las boyas rojas? —se mesó los cabellos.

— También en la Cascada Sur la embarcación cruzó la línea de las boyas rojas.

— ¡Imbécil! —le sacudió de nuevo dándole un empujón.

Y volviéndose hacia el cuadro de mandos maniobró sin ton ni son el encendido de los motores de uno y otro panel.

Hemingway, alelado, no acertaba a admitir que el capitán hablaba en serio.

— ¡Por favor! ¡Salgan fuera! —gritó Orlando con un leve temblor en la voz—. ¡Acaba de llegar la flotilla de helicópteros para iniciar el salvamento.

Aquello iba en serio; al menos lo parecía. La reacción fue unánime, y todos sin excepción obedecieron la orden ante la presencia de los helicópteros que sobrevolaban el barco.

El guía los puso en fila con la mayor rapidez.

— Las mujeres primero —gritó.

Y al tropezar con el tejano se detuvo un instante.

— Perdone, Hemingway —se disculpó—. No sé lo que ocurre con el grupo. Acabaré por creer en la maldición de Faysal.

— ¿Y usted aguanta esto, Orlando?

— Tendré que reconsiderarlo, señor. Es la primera vez que me ocurre tal cosa... ¡Se lo juro!

Un helicóptero con la escalerilla tendida fue a situarse a pocos metros sobre la cubierta donde se agolpaban los turistas mientras otras dos aeronaves volaban circunvalando el barco. No había opción sino para que una maniobrara en tanto las otras quedaban a la expectativa por si en el último instante, alguien se veía obligado a lanzarse al agua como única posibilidad de salvamento.

— ¡Dense prisa! —gritaron por el megáfono.

— Señora Hoover. Usted primero.

— ¡Déjenme! ¡No podré! ¡No me importa morir!

— ¡Agárrese fuerte! ¡La subirán! —la empujó Orlando ayudado por un marinero.

En pocos segundos fue izada sin contratiempos.

— ¿Piscis?

— Que suba primero Matilda.

— ¡Las dos! —gritaron de nuevo por el megáfono—. ¡Una tras otra!

La italiana, aparentemente serena, había comprendido que la situación no era propicia para desmayos y crisis histéricas y subió como un rehilete seguida de Piscis.

— Ahora, ustedes dos —señaló Orlando a los suecos.

— Erik no podrá —dijo compungido Gustaf—. Me quedaré con él.

En pocos segundos Orlando volvió con una cuerda que un marinero ató a los hombros y cintura de Gustaf, anudándola luego bajo los sobacos de Erik. Pero cuando ya los subían, éste debió perder el sentido y se desprendió de la escalerilla quedando colgado como una peonza, sujeto a la cuerda que mantenía Gustaf. Un grito brotó de todas las gargantas. El helicóptero fue desplazándose lentamente fuera del barco. Una caída en cubierta hubiera sido fatal. En el agua cabía rescatarle. Mientras eran subidos muy despacio, otro helicóptero ocupó de inmediato el puesto del primero.

— ¡Pronto! ¡Quedan sólo trescientos metros! —anunciaron desde la aeronave.

Subió Castruccio y a continuación Aruza seguido de Hemingway. Tadasu Kato había anunciado que sería el último. James y Franz, ni a propósito, quedaron frente a frente.

— ¡La maldición de Faysal...! —tronó el primero.

— No se cumplirá —replicó el alemán—. Nos salvaremos. ¿Le sabe mal? —tuvo humor Kehrler para bromear.

— ¡Suban! —les conminó Orlando empujándolos uno tras otro.

En aquel momento apareció el capitán acompañado del otro marinero. Venía consternado, puesto que su deseo de salvar el barco no sería posible.

— ¡Pronto, señor Kato! —le apremió el guía mientras el oriental trepaba rápidamente escaleras arriba.

El capitán instó a subir a Orlando y los marineros. Con los tres ascendiendo, el helicóptero se desplazó para dejar el sitio a otra aeronave.

— ¡Capitán! ¡Piloto! —les gritaron desde la cabina—. ¡Sujétense a la escalerilla! ¡Sólo disponen de unos segundos!

El barco se inclinó de popa a velocidad vertiginosa, y ambos se lanzaron sobre las cuerdas agarrándose con fuerzas hasta quedar suspendidos en el aire mientras el buque se hundía precipitándose con un fragor horroroso en las espumosas aguas que engullía el cráter. El helicóptero giró en redondo y los dos últimos naufragos pudieron ser rescatados por los fornidos brazos de sus salvadores.

Lo que parecía una nueva broma programada por el VAL, y desde un principio, grave e incomprensible accidente, acabó en catástrofe aunque fuera sin víctimas. Poco después, los tres aparatos aterrizaron en el helipuerto. La señora Hoover, que había sufrido un infarto, fue trasladada con toda urgencia a la enfermería. El resto del grupo se concentró en la sala, con excepción de James, quien alegó hallarse indispuesto y se retiró a sus habitaciones. Los ánimos estaban exaltados, y palabrotas malsonantes afloraron en los labios del italiano. Matilda, pasado el peligro, protagonizó su escenita histérica, de sobra justificada esta vez, lo que obligó a Aruza a hacer uso de imanes y las consabidas expresiones verbales de control mental, que allí en público y a tenor de los acontecimientos, no llegaron a eróticas. Poco después le inyectaban un fuerte sedante. A Castruccio hubo que reducirlo, pues seguía vociferando como un energúmeno, aunque el alcohol ya había hecho suficientes estragos para dejarlo casi inconsciente. En plena algarabía de cábalas, exaltados diálogos y algún que otro denuesto, donde hasta un Erik recuperado se mostraba ansioso de noticias, llegó Orlando en compañía de un señor de poblada barba negra, a quien presentó como subdirector del VAL.

— Mister Kelly —dijo—, nuestro director, se halla en estos momentos en Londres, y lamenta tan grave accidente que por fortuna no ha ocasionado víctimas. Muy desagradable lo ocurrido con la señora Hoover; saldrá de inmediato en dirección a Londres por consejo facultativo, pese a que ella ha restado importancia a este percance.

ce. Respecto a la responsabilidad de lo ocurrido es mi deber anunciarles que el capitán ha sido cesado en su cargo e incluso será sometido a un sumario por imprudencia temeraria, ya que nunca debió llevar anclas sin haber puesto antes en marcha los motores. Nada sabemos todavía respecto a las causas que hayan podido provocar el accidente. Es incomprensible para los técnicos, que dos circuitos independientes hayan dejado de funcionar al mismo tiempo. Por otra parte, el naufragio del *Meredith* complica aún más el esclarecimiento de los hechos al no disponer del buque con que iniciar las pertinentes averiguaciones, al contrario de lo acaecido con la muerte del señor Thierry, que está ya a punto de esclarecerse, gracias a las investigaciones de la policía y la colaboración de los técnicos, pues no ignoran que la aeronave fue precintada. La desaparición del barco supondrá para nuestra Empresa un montante de cuantiosas pérdidas, pero lo que importa en este momento es que ustedes hayan salvado la vida. Les dejo con Orlando y una vez más les pido mil excusas. Les tendremos informados. Buenas tardes.

Y desapareció con una leve inclinación de cabeza.

— Nadie se explica —dijo Orlando—, lo que sucede con mi grupo: dos muertes, y ahora, con la señora Hoover, tres abandonos. Y por si no fuera bastante, este gravísimo accidente, una catástrofe que es para hacer mella en cualquiera. Por segunda vez, señor Hemingway, le pido mis disculpas. Además de insultarle, le derribé arrojándole al suelo. Era lógica su reacción, después de la farsa en las Cataratas Sur.

— ¡Querido Orlando! A un veterano de la guerra del Vietnam, un improprio, aunque vaya acompañado de su empujoncito, es cosa de niños. La caída al suelo, lo confieso, me produjo cierto complejo de inferioridad. Piense que, físicamente casi le doblo ¡caray! —trató de iniciar la distensión—. Pero si su Empresa está confusa y no se explica lo sucedido, quizá Cooper pueda aclararlo con la archisabida frase de la maldición de Faysal por fuer de la profanación de la tumba del rey loco por el desgraciado Taro.

— Quizá no sea únicamente al señor Cooper al que preocupe el supuesto maleficio de Faysal.

— ¡Pero Orlando!

— Estoy anonadado, señor Hemingway. No sé que pensar. Esto puede suponer el fin de mi carrera como guía en esta Empresa.

— ¡No diga tonterías! En fin, ya hablaremos del asunto.

— Y usted, Piscis, ¿cómo se encuentra? —inquirió el guía, dispuesto a sopesar opiniones.

— Muy afectada, sobre todo por lo ocurrido con la señora Hoover. Lo demás puede olvidarse... Perdóneme. No me encuentro bien. Hasta luego.

Y desapareció por el pasillo.

— ¿Y usted, Erik? —continuó Orlando con el propósito de valorar los estados de ánimo de cada uno ante el temor de una desbandada general.

La segunda sorpresa le llegó de labios del joven sueco.

— Me encuentro animado para seguir... hasta el final. Pero ahora estoy muy cansado por el impacto sufrido y el consiguiente desvanecimiento. Perdóneme también, Orlando. Vámonos, Gustaf.

Y se fueron tras los pasos de Piscis.

— Señor Hemingway —habló el guía estupefacto—. La verdad es que no acabo de entenderlo.

— No se lo tome muy en serio, Orlando. Nada de reconsideraciones. Son golpes del oficio; cosas que pueden suceder. Y le diré, Orlando, que nunca imaginé un viaje tan interesante, tanto, que me apasiona este final con más tensión que un combate en el Vietnam.

— Entonces, ¿tampoco abandonará la gira?

— ¡Abandonar, yo!... Duerma tranquilo, amigo. Aquí no se va nadie, salvo la señora Hoover por imperativos de enfermedad. Ni esos siquiera. ¡Mire allí!

La italiana Matilda Rossellino, el profesor y Castruccio, dormitaban plácidamente, como corresponde a cornudo y corneador con la corneada en medio.

— Hay intereses creados —sonrió Hemingway—. No se marcharán. Y aquel —señaló al alemán, que no daba respiro al bolígrafo—, tampoco se perderá el final. Tiene mucho que escribir. James, en cambio, es una incógnita, al menos para mí, aunque sospecho...

Orlando no le dejó terminar la frase.

— ¿Y qué piensa de Piscis? —interrogó con avidez al que parecía sobradamente enterado de decisiones y comportamientos.

— ¿La quiróloga?... Me ha susurrado al oído que la línea de la vida, en sus manos, claro, es larga, muy larga. Y como está convencida de que no va a morir aquí, pues se queda.

— ¿Habla en serio?

— Y no me pregunte por Tadasu —rehuyó la respuesta—, que se titula geólogo, y más parece que trata de exportar el Budismo Zen de Oriente a Occidente. ¿Sabe lo que me dijo cuando le pregunté hace unos momentos, si ante lo ocurrido, entraba en sus cálculos abandonar la gira?

— ¿Qué dijo? —abrió los ojos el guía desmesuradamente.

— “Averígüelo usted por su cuenta” ... Típicamente asiático.

— ¿Y lo averiguó, señor Hemingway?

— Sí, le obligué a traducirlo al lenguaje occidental, y repito sus palabras: Si he de morir aquí, seré el último, como lo fui entre los expedicionarios cuando subí por la escalerilla de salvamento... También se queda, Orlando. Así que, tranquilo: yo sigo, tú sigues, él sigue, y todos seguimos —hizo que el guía mostrara la hilera de sus dientes.

Y Hemingway enfiló el pasillo en dirección a sus habitaciones.

Orlando, más tranquilo y convencido, se decidió a abordar al alemán. Quería sopesar por boca de los propios interesados sus reacciones, pues, pese a las aseveraciones de Hemingway, continuaba con el temor a una desbandada.

— Me intriga usted, señor Kehrer —le apremió—. Tan tranquilo y escribiendo... después de lo ocurrido ¿Se puede saber qué escribe usted?

— Escribo sobre una Loquilandia diferente de la programada por el VAL; hablo de una Cumbres distinta a la del relato hecho por usted; presento a otro Faysal que nadie conoce; y, naturalmente, enumeraré uno a uno, cuantos sucesos están ocurriendo en el grupo-Orlando, que no son pocos.

— Muy interesante, señor Kehrler, y créame que me alegro porque, entonces, ¿tampoco usted nos deja?

— ¿Yo?... ¡Oh, no! Espero a que la maldición de Faysal caiga sobre mí —soltó una carcajada—. Y espero también tener la oportunidad de aclarar muchos misterios —se puso serio esta vez.

Orlando, después de dudarlo un instante, encaminó sus pasos hacia donde estaba el inexpresivo Tadasu.

— Señor Kato.

— Diga, Orlando.

— Confiésemme, por favor. A la vista de lo sucedido, ¿ha pensado tal vez abandonar la gira?

El oriental sonrió; rara vez sonreía.

— Como dice el Zenrin —respondió con reposada voz—, “para salvar la vida hay que destruirla. Cuando está totalmente destruida, por primera vez quedamos en paz”.

Y levantando los brazos con aire resignado, añadió:

— Así pues, que yo sepa, todavía no estoy salvado puesto que no he sido destruido... Me quedo, Orlando, me quedo; por si se cumple la profecía de James sobre la maldición de Faysal, y todos somos masacrados.

Orlando alzó los hombros con expresión de aturdimiento, de quien nada entiende, y desapareció visiblemente turbado, pero también, satisfecho de saber que, salvo la señora Hoover por imperativos de su dolencia cardíaca, no habría nuevos abandonos. No era para menos. Estaba en otra... Loquilandia.

LUNES, 9

Orlando quedó gratamente sorprendido al encontrarse en el salón con los diez componentes del grupo, algo inesperado después de lo acaecido el día anterior; y más asombrado aún, cuando vió venir a Erik con la sonrisa en los labios, pese a que su presencia física dejaba mucho que desear. De esta recuperación psíquica, se vanagloriaba una y otra vez Aruza, pregonando a cuatro vientos la efectividad de la medicina naturópata y terapia magnética, y la bondad de las sesiones de control mental. Gustaf, en cambio, no sólo dudaba de la mejoría de Erik, sino que tampoco creía en los milagros del diplomado en biomagnetismo. No fue menor la sorpresa que le causó la presencia de Matilda, quien, adosada al profesor por fuer de la *veneración* que por él sentía, no le daba un momento de respiro.

— Profesor... Ha sido milagroso este restablecimiento mío. ¡Después de lo ocurrido! De no ser por usted, ya habría abandonado este lugar. Pero ahora preciso nuevas sesiones de... no recuerdo el nombre, profesor.

— Control mental, Matilda, control mental.

— Que me descontrolan, profesor, y me hacen perder el sentido y la noción de cuanto hago. Pero al despertar, ¡me siento tan feliz, profesor! Necesito de esas sesiones, antes que estalle en mí otra crisis.

Y siguieron las melosas insinuaciones de la italiana, lejos de un Castruccio empeñado también en recuperar a través de su amante Chivas Regal, el humor y la tranquilidad perdidas por culpa de tantos sobresaltos y otras cosas. El mozo le servía, uno tras otro, sendos vasos de whisky que, a tono con su mujer, le devolvían el habla perdida tras el susto del día anterior; habla que derrochaba a raudales en este momento ante un mudo Tadasu incapaz de soportar el torbellino

verborreico del italiano. Pero Castruccio, beodo e impertinente, seguía obstinado en hacerle ingerir su palabrería bañada en alcohol. Un diálogo incongruente a nivel Bertolini-Kato, tanto como a los occidentales *El camino del Zen* y los poemas *zenrin*, que así le fueron enumerados al italiano que por supuesto se quedó in albis.

Un poco más lejos, Franz escribía las memorias sobre tan accidentada gira turística, y las inauditas situaciones y trágicos sucesos, amén de insólitos descubrimientos respecto al gran problema del comportamiento de Faysal, que seguía empeinado en no hacer público hasta una vez finalizado el viaje.

Hemingway andaba de un lado a otro desorientado y menos dispuesto a derrochar la fina ironía y gran sentido del humor que le caracterizaban.

Cooper... Por supuesto el californiano continuaba porfiando en presagiar lo peor por razones de la consabida maldición, con la retahíla de la homosexualidad, sadismo y fines criminales, lo que pregona a cuatro vientos cuando la ocasión le era propicia, y que acabó por hacer mella en los más timoratos del grupo ante el giro de los acontecimientos. No faltaron tampoco velados ataques a Kehrer, al que descalificaba por la defensa a ultranza del personaje de Cumbres.

Pero hoy iban a ocurrir muchas cosas. Por lo pronto, Orlando anunció que había sido suspendida la excursión en helicóptero al puente colgante sobre el río Manso (no tan manso en aquella zona), donde encontraría la muerte el ingeniero Krupp, víctima de un supuesto accidente nunca esclarecido. En su lugar, montarían en un jeep hasta llegar a ese paraje, y cruzarían el puente cerca de la Cascada Norte frente a uno de los panoramas más grandiosos de Cumbres.

— La salida —puntualizó el guía—, será exactamente a las cuatro. Así podrán descansar... Lo necesitan. Hasta luego, pues —se despidió.

— Un momento, Orlando —dejó Franz el bolígrafo sobre el papel—. ¿Alguna noticia respecto al accidente del *Meredith*?

— Nada, salvo la versión conocida y ya expuesta por el subdirector.

Y volviéndole la espalda, un tanto descortés, desapareció por la galería.

Ocurrió tras el almuerzo. James Cooper acababa de abrir la puerta de su alcoba en el preciso instante en que Erik salía de su habitación. El joven sueco tenía forzosamente que pasar ante el californiano, quien continuaba plantado en la puerta en actitud de espera. Erik decidió avanzar, y en el momento que cruzaba ante James, éste se abalanzó sobre él increpándole:

— ¡Degenerado!... ¡Sí, como Faysal! ¡Con él debías estar y ser tú hoy la víctima del maleficio que pesa sobre nosotros!

— ¡Déjeme en paz! —palideció Erik mientras trataba de proseguir su camino.

Pero James se le interpuso con nuevos improperios y amenazas, y hasta alzó la mano con intención de abofetearle.

— ¡Asqueroso invertido! ¡Pronto harás compañía al homosexual Abel! ¡Sí! ¡Has sido elegido por el superhombre! —sonrió con sarcasmo.

— ¿Qué quiere de mí? ¿Quién es usted? ¿Un hipócrita tal vez? ¿Un resentido? —le gritó Erik sin poderse contener—. Ataca la homosexualidad sana para encubrir... ¿el qué? ¿Cuál es su frustración?

Y le escupió a la cara repeliéndole con un fuerte patadón cuando intentaba... ¿Qué intentaba?

— ¡Me las pagarás! —le chilló James fuera de sí mientras Erik se escabullía en dirección al salón—. ¡Te juro que me las pagarás!

Erik se detuvo a punto de desfallecer, y volviéndose hacia el californiano le gritó:

— ¡Impostor! ¡Me asquea el disfraz con que oculta tanta doblez! ¡Además de hipócrita, homosexual y sádico!

— ¡Te arrepentirás de esas palabras!

— No habrá tiempo, señor Cooper. Dejamos este lugar.

Y arrastrando los pies llegó al salón donde fue inmediatamente atendido.

— ¿Qué te pasa, Erik? Te encuentro muy pálido —se le acercó solícita Piscis.

— No es nada. Estoy un poco débil.

— Me quedaré contigo. No iré a la excursión.

— ¡Iremos! —replicó displicente Gustaf.

Orlando no tardó en presentarse con la nueva de que las circunstancias que rodeaban la muerte de Thierry estaban a punto de esclarecerse. No así lo ocurrido con el *Meredith* que seguía siendo un misterio.

— Ahora, síganme —dijo—. Nos vamos de excursión.

Poco después llegaban a un patio donde un flamante jeep les esperaba sin más chófer que el propio guía, quien, por una accidentada carretera abierta a través del bosque, condujo al grupo hasta llegar a un lugar donde finalizaba la pista.

— Bien —dijo Orlando—. Por este sendero llegaremos al puente colgante sobre el río Manso, aunque en esta zona la mansedumbre es poca puesto que nos hallamos a escasa distancia de la Cascada Norte. El espectáculo que van a contemplar bien lo merece.

Matilda se disculpó alegando no encontrarse bien, y rogó a Aruza que no la dejara sola, pues estaba muy nerviosa y podía sufrir una nueva crisis. Los suecos, sorprendentemente, decidieron seguir al grupo. Paciente y médico naturópata, quedaron sin más compañía que el jeep, puesto que Castruccio, con la botella y la bolsa de patatas fritas en la mano, optó por ir tras los expedicionarios con un vaivén que delataba el buen acopio de alcohol ingerido.

Pronto llegaron al lugar del emplazamiento del puente, donde las aguas ofrecían una imponente perspectiva al despeñarse a poca distancia del mismo.

— Este era el sitio preferido del ingeniero Krupp en su andadura hacia la presa —explicó Orlando—. Pero a él le gustaba más la pasarela tendida sobre los despeñaderos entre rocas arboladas y turbulentos saltos de agua. A menudo (relatan quienes tuvieron la ocasión de acompañarle alguna vez), se quedaba extasiado ante el soberbio panorama, sin más apoyo que las débiles cuerdas... Le costaría la vida. ¿Suicidio o accidente?

— ¡Asesinato! —se oyó la voz displicente del californiano Cooper.

— Los que deseen cruzar el puente —dijo Orlando haciendo caso omiso de la afirmación de James— vengan conmigo.

— Me quedo con mi botella y mis patatas fritas —balbuceó el beodo Castruccio.

— Me parece muy bien —corroboró Orlando—. Sus piernas no están para cruzar puentes colgantes sobre agitadas y turbulentas aguas.

— Y yo, sin botella ni patatas fritas, me quedo también —rió Hemingway.

Y así hasta siete negativas. Posiblemente los ánimos no estaban para rememorar muertes, o tal vez, porque pesaba mucho la cantinella del maleficio de Faysal, anunciada por el californiano a bombo y platillo en cuanto se le presentaba la ocasión.

Sorpresivamente, Gustaf, Erik, y James, el agresor verbal y físico del joven sueco, expresaron su deseo de acompañar a Orlando. Transcurrió una media hora larga. Piscis deambulaba sola a cierta distancia del grupo, seria y abstraída. La ausencia de la señora Hoover, con la que hiciera tan buenas migas, pesaba negativamente en su ánimo. Orlando anunció que había llegado el momento del regreso, y a toque de silbato hizo señas a Erik, Gustaf y James para que regresaran. Cuando aquellos se hallaban a medio cruzar el puente, el guía decidió seguir al grupo que ya se había adentrado en el sendero. Poco después llegaban junto al jeep. Matilda dormía en el interior del coche mientras Aruza paseaba por el bosque a pocos metros del vehículo sin dejar de fustigar con una rama cuanto encontraba a su paso como si quisiera desahogarse de alguna contrariedad sufrida.

El guía se encontró con la desagradable sorpresa de una cubierta desinflada, y de inmediato se dispuso a cambiarla por la de repuesto. Todos le auxiliaron en la tarea, incluso Castruccio que más bien estorbaba. El traqueteo del vehículo debió despertar a Matilda, quien, semidormida, empezó a dar gritos sin ton ni son. Sorprendidos, dejaron las herramientas para saber lo que ocurría. La italiana, sobresaltada, contó haber sufrido una pesadilla, donde alguien del grupo moriría. Continuaba vigente la obsesiva idea sobre la supuesta maldición de Faysal.

— Como no sea éste, a causa del alcohol ingerido —señaló Hemingway a Castruccio.

— ¿Dónde están Erik, Gustaf y James? —preguntó Matilda con voz alterada.

— Todavía no han regresado —contestó Castruccio.

— ¡Dios mío! ¡Eran ellos!... ¡Sí, en el sueño!

— ¡No diga tonterías, Matilda! —trató de calmarla Aruza.

Pero la italiana, sin atender a los gritos del profesor que la llamaba, echó a correr alocadamente por el sendero.

— ¡Matilda! ¡Matilda!

Aruza intentó seguirla pero un agresivo Castruccio se interpuso.

— ¡Déjela! ¡Está loca! ¡Usted a ayudar también! —señaló la rueda averiada cuyos tornillos aflojaba el guía.

— No se preocupen —dijo Orlando mientras extraía la última tuerca—. Los encontrará por el camino.

La rueda fue cambiada sin contratiempos, pero los rezagados, incluida Matilda, no regresaban y cundió la alarma. En aquel instante apareció James abriéndose paso con dificultad a través del bosque.

— ¡Uf! —exclamó dejándose caer sobre una piedra—. Creí que no llegaba. Extravié el camino.

— Muy peligroso adentrarse en la selva, señor Cooper —le reprochó Orlando—. ¿Y Erik? ¿Y Gustaf? —inquirió.

— ¡Cómo! ¿No están aquí? —se extrañó el californiano.

El grupo se lanzó en tromba por el sendero precedidos por Castruccio que no cesaba de gritar llamando a su mujer. Ya al final del camino, el italiano tropezó cayendo de bruces y tras él, Aruza que no pudo evitar el encontronazo. Tendida en el suelo, desvanecida y entre convulsiones, Matilda se retorció emitiendo un sordo ronquido.

— ¡Matilda! ¡Matilda! —la zarandeaba Castruccio sin obtener respuesta—. ¿Qué ha ocurrido? —la sacudió de nuevo con el mismo resultado.

Un Orlando sudoroso tras el cambio de la rueda, y con palidez cadavérica, contemplaba estupefacto el puente vacío.

— ¡Erik! ¡Gustaf! —gritó lanzándose en loca carrera seguido de Hemingway, Tadasu y James mientras Castruccio y Aruza quedaban al cuidado de Matilda.

La estructura de hierro vibraba con sordo eco que devolvía los gritos de quienes se esforzaban llamando a los jóvenes suecos.

— ¡Por aquí! —gritó Hemingway adentrándose en el bosque seguido de los otros—. Tal vez siguieron los pasos de James.

Parecían una jauría de perros a la caza de su presa, dos fantasmas que no aparecían por ninguna parte.

— ¡No se alejen demasiado! —les gritó Orlando—. ¡Volvamos! ¡Deben estar ya en el jeep!

Regresaron. No estaban en el coche. Matilda seguía inconsciente. Orlando emitió por radio un mensaje con el relato de los ocurrido para que enviaran urgentemente un helicóptero con la misión de explorar la zona. Minutos después, dos aeronaves se posaban junto al puente, y media docena de hombres se descolgaron por los despeñaderos en busca de los desaparecidos mientras otros tantos se internaban en la selva. Una de las naves se elevó de nuevo sobrevolando la arboleda y los alrededores del puente. Matilda, que seguía inconsciente, con Castruccio, Aruza, Piscis, James y Orlando, regresaron en uno de los helicópteros, mientras Tadasu, Franz y Hemingway ayudaban en la búsqueda.

En el castillo, la noticia debió caer como una bomba. La italiana fue trasladada rápidamente al servicio de urgencia seguidos por Castruccio, Aruza y el guía. Piscis, indispuesta y con las huellas del impacto en el rostro, se retiró a sus habitaciones.

— Estén tranquilos. Seguramente los habrán encontrado perdidos en la selva —aventuró un Orlando nervioso y aún no repuesto de su palidez.

— ¡Me importan un bledo esos maricas! —se sulfuró el italiano.

En aquel momento hizo acto de presencia en la enfermería el subdirector del VAL. Castruccio, dirigiéndose hacia el recién llegado, le advirtió:

— Si ésta se despierta —señaló a su mujer —la oirán los cuatrocientos sesenta y cinco turistas que alberga el castillo, señor subdirector; descontados los muertos, claro, y los desaparecidos y escapados de este manicomio, que ignoro a cuantos tocan por grupo.

— ¡No diga disparates, señor Bertolini! ¡De verdad, no entiendo lo que ocurre con su grupo! ¡Es incomprendible! ¡Una excepción! ¡Cálmese usted!

— A quien es preciso calmar cuanto antes es a mi mujer que ya empieza a dar muestras de recuperar el sentido. ¡Exijo que se le inyecte un sedante!

— Le acabo de inyectar, señor —mostró una jeringa el médico que la atendía.

— Un momento —intervino Aruza con la cinta magnética en la mano dispuesto a encajarla en la cabeza de su paciente.

— ¡Fuera! —le gritó el italiano arrojándole a la cara cinta, collar y sostén magnéticos.

— ¡Señor Bertolini! —se irguió el ofendido. Aruza—. Lo que su esposa necesita...

— ¡Lo que mi esposa necesita lo sé yo! ¡Fuera he dicho!

Orlando cogió del brazo a Aruza y se lo llevó consigo conduciéndolo al salón.

— Profesor —le habló en voz baja mientras andaban por el pasillo—. Está bebido. Será mejor que espere a sus compañeros.

En la enfermería continuaba el tenso diálogo.

— Señor Bertolini —se volvió el médico hacia el italiano—. Su esposa sólo ha sufrido una ligera contusión en el cráneo a causa del desvanecimiento. Dormirá tranquila hasta mañana. Le he administrado un fuerte sedante.

— ¿Hasta mañana? ¡Nos vamos ahora mismo! ¡Abandonamos este país de locos!

— Escuche usted —trató de apaciguar al exaltado italiano el subdirector del VAL—. Nadie le impedirá marcharse. Es norma en nuestra Empresa, y usted lo sabe, la absoluta libertad de interrumpir la gira en cualquier momento. Pero, en estas condiciones, ¿no le parece más acertado esperar a que su señora se recupere?

— ¿Acertado esperar a que despierte?... ¡No querrá marcharse! Si lo sabré yo. He dicho, ahora mismo; aunque haya de ser transportada en camilla.

— Lo será si ése es su deseo. Sólo es preciso que firme unos papeles y presente su documentación a la policía que investiga los desgraciados accidentes ocurridos... Venga conmigo, se lo ruego.

Mientras tanto, en el salón, Franz, que había regresado con el resto del grupo, escribía febrilmente como era habitual en él, tal vez sobre los últimos acontecimientos y la nueva situación; Piscis, reaparecida, seguía sin encajar el nuevo golpe y no cesaba de preguntar, ávida de noticias; Hemingway, abstraído y pensativo, había enmudecido; Aruza no ocultaba su indignación después del incidente con el italiano, comentando las incidencias a voz en grito, preocupado quizá, ante la pérdida de sus dos únicos pacientes, Matilda y el joven sueco; Tadasu Kato era una tumba. ¿Y James? Sólo faltaba James. ¿Dónde estaba?

Llegó Orlando con cara de circunstancias. Todos se volcaron sobre el guía, incluso el alemán que abandonó la escritura para indagar sobre lo ocurrido.

— ¿Se sabe algo? —preguntó.

— No. La búsqueda continúa.

— ¿Y James?

— ¿El señor Cooper?... ¡Ah, sí! No ignoran que fue el único rezagado en el puente con Erik y Gustaf. Le están interrogando porque ¿quién sino él puede arrojar alguna pista sobre tan incomprensible desaparición?

— Ya conocemos su versión —replicó Aruza—: dejó en el puente a Erik y Gustaf, extraviándose en el bosque. Luego, la sorpresa al no hallar a los suecos entre nosotros.

Entró un empleado que hizo señas a Orlando para que se acercara. Tras cuchichear unos momentos, desaparecieron juntos por el pasillo. Poco después volvía con la sonrisa en los labios.

— ¿Qué pasa? —fue la pregunta unánime.

— Parece ser que la policía ha ordenado suspender la búsqueda.

— Pero, ¿por qué? —inquirió Franz vivamente interesado.

— No puedo decirles más. Lo ignoro, aunque se rumorea que saben lo ocurrido.

— Amigo Orlando —perdió los estribos el tejano—. Ya está bien de misterios. Con la historia de Faysal y lo hasta ahora vivido de la nuestra, basta y sobra, ¿no le parece?

— Se lo puedo jurar, señor Hemingway: nada sé, salvo que la policía ha desistido de continuar la búsqueda de Erik y Gustaf, después de ordenar el regreso de los helicópteros. ¡Ah!, y que el interrogatorio del señor Cooper ha terminado.

— ¿Y por qué no está aquí, entre nosotros? —fue la pregunta de un escamado Franz.

— Ha preferido retirarse a sus habitaciones.

— ¿Y cómo se encuentra Matilda? —se interesó Piscis.

— El matrimonio italiano ha abandonado la gira.

— ¡Qué dice! —saltó Aruza del asiento como movido por un resorte.

— ¡Dios mío! ¡Sólo quedamos seis! —se mesó los cabellos Piscis—. Empiezo a creer, con James, en la maldición de Faysal.

— No diga tonterías, Piscis —replicó Hemingway—. Está muy claro: muerte por imprudencia temeraria; fallos técnicos; abandono de los timoratos, o justificados como el de la señora Hoover. Y en cuanto a Gustaf y Erik, se aclarará si no se ha aclarado ya como apunta Orlando.

— ¡Ah, sí! —refunfuñó Aruza—. ¿Y quién será el próximo muerto o huido, por imprudencia temeraria, fallo técnico o simplemente preso por el pánico?

— ¡Por Dios, profesor! —protestó Piscis.

— Estoy con el señor Hemingway —corroboró el guía—. Pronto se esclarecerá lo sucedido... Incluso la muerte del señor Thierry —dejó en el aire el interrogante.

Tadasu Kato alzó ambas manos y el reducido grupo quedó pendiente de sus palabras.

— Hay seis preceptos de Tilopa —dijo—, donde lo importante se concede a lo natural e inmediato: "Nada de pensamiento, nada de reflexión, nada de análisis, nada de cultivarse, nada de intención: deja que se resuelva solo".

Y como siempre, la mayoría quedó in albis, aunque sería una profecía.

Y no hubo más. El grupo de los cinco (faltaba James), se retiró a sus habitaciones.

MARTES, 10

Al día siguiente, con gran sorpresa, Orlando no halló a nadie en el comedor y decidió dirigirse a la habitación de Hemingway, que tampoco respondió después de insistir tocando con los nudillos. Lo mismo sucedió en el dormitorio de Franz, Cooper y Aruza. Únicamente al llamar en la alcoba de Piscis; se abrió la puerta.

— Pase, Orlando, pase —hizo una reverencia Tadasu—. Estamos aquí reunidos todos...

— Todos los que quedamos —le interrumpió Hemingway—, que no son muchos .

— Faltan los señores Kehrer y Cooper —apuntó el guía.

— Deben estar en el salón comedor —dijo Aruza.

— Vengo de allí. No hay nadie.

— ¿Dos desaparecidos más? —no sonrió esta vez el tejano.

— A lo mejor están en el jardín —dijo Piscis—. Aunque sería extraño verles juntos. Como los polos magnéticos de signo opuesto, se repelen. ¿No es así, profesor?

— Hablando de fuerzas magnéticas, así es. Referido a Franz y James, yo diría que si les dejan o fuerzan, más que repelerse se acometerían.

— Sí —sonrió esta vez Hemingway—. La historia del grupo-Orlando ha relegado a segundo término la de Faysal. Pero, siéntese y charlaremos. ¿Qué hay de nuevo respecto a esos chicos?

— Nada.

— No es mucho —volvió a sonreír el tejano.

— Es cuanto puedo decirles. Y cambiando de tema —se rascó la cabeza como si dudara antes de hablar—, no ignoran que nos queda

pendiente, por programada, una última excursión a los restos de la presa... Sí, en helicóptero.

— Interesante pero, no cuente con nosotros —se erigió en potavoz del grupo, Piscis.

— ¿Lo han decidido ya?

— En estas circunstancias, ¿cabe otra actitud?

— Sí —corroboró Aruza—. Piscis tiene razón. El horno no está para bollos. Nos quedaremos.

— Esto es grave. Parece un velatorio —trató Orlando de dar cierta jocosidad al tenso diálogo.

— Sólo faltan los muertos —remachó Hemingway sin sonreír—. Aunque a decir verdad —añadió—, puesto que es a nosotros a quienes puede afectarnos, desearíamos que no hubiera más... muertos, desaparecidos y fugitivos, claro.

— Bien —se puso en pie el guía visiblemente contrariado—. Lo comprendo y de veras que lo siento. Les dejo. Buenos días —saludó con mal disimulado malhumor—. Veré qué han decidido los señores Cooper y Kehrer.

Orlando se dirigió hacia la puerta. Ya en el umbral se volvió para anunciar:

— Nos veremos a la hora del almuerzo. Es probable que para entonces tenga alguna noticia importante que darles.

— ¿Más sorpresas? —preguntó Hemingway esta vez en tono irónico.

— Tal vez, sí.

— Usted sabe algo de Erik y Gustaf. ¿Nos dará la campanada, Orlando? Presiento que pronto los tendremos entre nosotros —aseveró Piscis.

— Es posible. Hasta luego —cerró la puerta encaminándose hacia el jardín.

Estaba claro que el infarto sufrido por la señora Hoover que le obligó contra su voluntad a abandonar la gira para ser internada en un hospital de Londres, la misteriosa desaparición de los jóvenes suecos todavía no aclarada, y el abandono del matrimonio italiano,

habían supuesto, sumado al gran impacto de las anteriores tragedias, un fuerte aldabonazo y mayor freno que les condujo a esa negativa de no participar en la última excursión fuera del castillo. La ausencia de la anciana inglesa, pesaba fuerte en el ánimo de la quiróloga, que por otra parte seguía obstinada en aducir reiteradamente cómo se había cumplido su predicción quiromántica en las personas de Thierry y Erik.

No fue sorprendente para el guía, hallar en el jardín, separados el uno del otro, a James enfrascado en la lectura, y a Franz que escribía como de costumbre. Sí le sorprendió en cambio cuando le anunciaron que asistirían a la excursión.

— Voy con usted, Orlando —recogió sus bártulos Franz guardándolos en la cartera.

— Sí, sí, desde luego —cerró James el libro que leía.

Y juntos siguieron a Orlando, que nada dijo ni ellos le preguntaron, de quiénes iban y cuántos se quedaban de los componentes del grupo, encaminándose al consabido patio donde les aguardaba en marcha un helicóptero.

Ya subidos en él, James fue a aposentarse junto al piloto mientras Franz se sentaba en el otro extremo de la cabina, alejados y silenciosos, algo habitual en los últimos días.

Con asombro, vieron cómo el piloto cerraba la puerta a espaldas de Orlando.

— ¡Cómo! —exclamó Franz—. ¿No viene nadie más?

— ¿No lo sabían? —fingió Orlando—. Han decidido quedarse.

Alemán y californiano se miraron el uno al otro sin soltar palabra. El primero, extrajo de nuevo las cuartillas de la carpeta y se puso a escribir mientras James abría uno de los dos libros que sujetaba entre las manos disponiéndose a leer. Orlando hizo un gesto expresivo de quien no sabe a que atenerse y decidió sentarse junto al piloto con el que empezó a dialogar en baja voz.

El aparato remontó el vuelo, y después de cruzar el bosque se internó en el río. Transcurrieron diez minutos. James seguía enfrascado en la lectura y Franz en sus escritos. De pronto, Orlando se volvió hacia ellos.

— Señores —dijo—. Sobrevolamos los restos de la presa.

Franz levantó la cabeza, y con el bolígrafo dio a entender que no le interesaba y prefería seguir escribiendo. James en cambio, cerró el libro que leía con un fuerte golpe seco, y dijo:

— Sí, sobrevolamos los restos de la presa —repitió con cierto retintín—; el arma arrojadiza que asesinó a dos mil inocentes. Y lo que es peor: una maldición que gravita sobre nosotros como pesada losa. Cuatro muertos, si contabilizamos los suecos, y cinco abandonos... ¡Increíble!... ¡No! ¡No quiero verla! ¡Bastante tuve con soportar la contemplación del cementerio bajo las aguas!

El alemán no pudo contenerse y puesto en pie golpeó fuertemente la carpeta.

— ¡No diga sandeces, Cooper! —le gritó.

El interpelado clavó una mirada de odio y desprecio en su virtual enemigo que optó por sentarse de nuevo manteniendo las distancias.

— ¿Sandeces llama a que usted o yo, o tal vez los dos, seamos hoy las víctimas elegidas?

— Si usted quiere o no morir, por idealismo o en holocausto de no sé qué doctrina filosófica o demoníaca secta religiosa, no como el pobre Taro que idolatraba a Faysal, ése es su problema. Yo experimento ansias de vivir y cumpliré sin cortapisas con la misión que aquí me ha traído.

— ¿La de escribir, tal vez? ¿Y qué escribe usted? ¿La nueva historia de cuanto aquí ha ocurrido?

— Lo que escribo es cosa mía, como tampoco me interesa saber qué lee usted.

Orlando se puso en guardia y fue a sentarse entre los dos contendientes. Pensaba en la posibilidad de tener que intervenir moderando el diálogo que presagiaba tenso y agresivo, mientras con el dedo hacía señas al piloto para que iniciara el regreso de una excursión que a nadie interesaba.

— No tengo ningún inconveniente en revelárselo, Kherer. Leo *Más allá del bien y el mal...* ¡Sí, de Nietzsche! Y, *Ecce homo* —le mostró el libro alzándolo en la mano.

— ¡Vaya! La negación de Zaratustra con la destrucción de lo creado. Le complace más, ¿no? ¿Es usted un resentido tal vez?... Pregunto. No, no me conteste aún. Deseo seguir preguntándole más cosas: por ejemplo, si aspira también a ser un superhombre —sonrió el alemán acusándole con chanza.

— ¡No le tolero la burla e ironía de sus capciosas palabras!

— Simplemente, trato de identificarle con un Nietzsche que pierde la compostura al camuflar su violencia interior, la rabia, el menosprecio y la náusea que mueve su pluma sin perder en apariencia los nuevos modales. Por eso odia a Faysal, ¿no? Y no ve, o no quiere ver, lo elevado de sus virtudes y renunciadas en lo social, sexual y vulgar, etiquetando a las personas que le rodean, de criaturas limitadas. Usted, Cooper, no desea, o tal vez teme saber la verdad sobre él; exactamente lo que a mí me preocupa. Se burla de esa verdad. ¿Por qué?

— Y usted alardea de verdades que son mentiras, de pruebas fehacientes que sólo existen en su acalorada imaginación, e hipotéticos si no falsos documentos.

— Por mucho que me tienta y provoque, no sabré de ellos hasta... pasado mañana, Cooper, último día de expedición.

— No me interesa el resultado de sus investigaciones.

— Pero le obsesiona *Ecce homo*. ¿Piensa acaso que tras la personalidad de Faysal hombre se esconde un dios? Y usted, ¿de qué se esconde?

— ¡No le soporto más ironías!

— Usted le desprecia, no ya como demente sino en el orden moral. No cree en su destino; menos en su inocencia. ¿Se considera acaso arrojado de la petulancia y los porqués nietzscheanos del *Ecce homo*? ¿Cuál es su frustración, Cooper?

— ¿Cuál es la suya? ¿La de filósofo y escritor nominado que Nietzsche encarcela en *Más allá del bien y el mal* por sus prejuicios?

— Prejuzga sin conocimiento de causa.

— ¿Y usted?

— Le juzgo por sus equivocados por no decir disparatados juicios, sobre una persona que para mí ha dejado de ser un desconoci-

do. Le veo negativo y destructor, porque si Faysal destruye para crear, enfrentando a una Naturaleza dormida, y se destruye luego a sí mismo, usted ve pecados que no existen y cierra los ojos ante evidentes virtudes. Le quiere perverso, cruel, sádico, asesino y homosexual. ¿Por qué? Filosofea pero asimila mal; enjuicia hechos y razona peor; prejuzga equivocadamente. ¡Yo puedo probarlo! Como puedo probar también que no hubo intención genocida al volar la presa. ¡Usted, no! Usted sigue extraños laberintos y ocultas intenciones. ¿Por qué? ¿Por qué?

— ¿Qué quiere decir con eso de ocultas intenciones?

— No lo sé. Quizá algún día pueda usted mismo revelárnoslo.

— Igual que usted con sus escritos.

— Exacto; con la diferencia de que yo dejaré la gira con un saldo positivo al conseguir lo que me proponía: aclarar mis dudas respecto al comportamiento del rey persa. Su altura filosófica y profundidad de pensamiento, debo reconocerlo, me ha defraudado. Usted, en cambio, está acuciado por una supuesta personalidad que le atormenta. Es el porqué que yo no puedo contestar, y usted sí, Cooper, tal vez bajo el peso de reminiscencias pasadas.

— ¿Me acusa?

— Sí, le acuso de falsear la verdad; de ver la paja propia en el ojo ajeno; de insincero consigo mismo; de un cinismo e hipocresía sin límites (que algo sé de labios del infortunado Erik y algo presiento sobre lo ocurrido); de tantas y tantas cosas que usted sabe mejor que yo, y que le han conducido a esa rabia y desprestigio de la personalidad de Faysal. Está lejos, muy lejos de su pensamiento; y más alejado aún de su ética. Sólo faltan dos días, Cooper, ¡dos! —levantó los dedos índice y medio de la mano—, para que se haga la luz y se sepa la verdad que usted prefiere ignorar.

— ¡Faysal es un paranoico!

Kehrer, puesto en pie, le apuntó con el bolígrafo.

— Y usted, Cooper, ¿de qué complejos morbosos sufre?

El californiano dio un salto y quedó frente al alemán mientras los libros rodaban por el suelo. Orlando, pálido y mudo se interpuso entre ambos. Pero nada ocurrió porque en aquel instante el helicópte-

ro se posaba blandamente en el suelo, y el piloto maniobró abriendo la puerta. Mudos y descompuestos descendieron los tres. No hubo más agresiones verbales ni atisbos de enfrentamiento físico, y Orlando no tuvo que intervenir. La predicción de Cooper sobre el poder maléfico de un encolerizado Faysal, personificada hoy en el alemán y el propio californiano, no llegó a cumplirse, y ambos regresaron sanos y salvos al castillo encaminándose al comedor donde les aguardaban el resto del grupo.

— ¿Que tal la excursión? —preguntó Aruza.

— Nada les puedo decir porque nada he visto —contestó Franz—. He preferido escribir.

— ¿Y usted, Cooper?

James dio la callada por respuesta.

— Ya... Hubo enfrentamiento verbal. ¿Se han puesto de acuerdo por una vez? —ironizó Hemingway.

Tenso silencio que Orlando no trata de distender, testigo presencial del duelo de las palabras.

— Les dejo, señores, no sin antes recordarles que las excursiones han finalizado. Mañana nos espera una, llamémosle ceremonia ritual que en nuestro grupo, por las circunstancias que concurren, cobra relieve. Exactamente una ofrenda floral por los muertos de...

— ¿Qué muertos? —no le dejó terminar la frase Hemingway—. ¿Los de la historia pasada o la presente?

— ¿Una ofrenda floral? —se extrañó Aruza—. Bueno, si es en recuerdo de los fallecidos, con mucho gusto asistiré; vaya, como quien va a un funeral. Aunque en cuanto a los que abandonaron se refiere, a esos, no flores; habría que enviarles una tarjeta de felicitación.

— Será en recuerdo de todas las víctimas de Cumbres y de esta desgraciada gira que con tan mala fortuna he protagonizado como guía —dijo visiblemente emocionado—. Y de veras que lo siento.

— ¡Está bien, Orlando, está bien! —sonrió Hemingway—. Cuento conmigo para esa ofrenda floral.

— Y conmigo —dijo Piscis extendiendo la mano abierta con un esbozo de sonrisa—. Mi línea de la vida es larga, muy larga. La tengo bien estudiada. Por tanto, si hay una nueva víctima no seré yo. Y por cierto, ¿por qué no leer en las manos de Tadasu, Franz, James y el profesor Aruza? Así, todos irán más tranquilos a esas exequias.

El oriental le extendió sus manos abiertas.

— Me voy a limitar al estudio de la línea de la vida sin horóscopos que todo lo complicaría. Mi estadística es positiva en un sesenta y cinco por cien de los casos; el resto se reparte en opciones negativas y dudosas. Es una cifra cercana a la de Ludovico Armani. Las dos experiencias de este desgraciado viaje por mí estudiadas en las personas de los fallecidos Thierry y Erik, son evidentes. No pude leer en las manos de Gustaf y su compañero Taro Kasura.

Se detuvo un buen rato examinándolas, miró y remiró, y al fin dijo:

— Sus líneas son finas, Tadasu: buen augurio. No es larga la de la vida, pero tampoco corta. Dada su edad, ¡no la diga!, rebasará por supuesto los dos días que nos restan de estar en este país —rió e hizo reír a la concurrencia, menos a un serio y mudo James.

Tadasu retiró las manos.

— “Cuando es hora de vestirse —dijo—, ponte la ropa. Cuando desees caminar, camina. Cuando tienes que sentarte, siéntate”. Lo dice Lin-chi. Mañana me vestiré, pondré la ropa, caminaré, y ya en el barco, me sentaré a la espera de la ofrenda floral —dejó perplejos a los componentes del grupo y contento a Orlando pues suponía contar con la presencia del oriental en la ceremonia.

— ¿Profesor? —rogó Piscis con un expresivo gesto para que le extendiera las manos que la quiróloga examinó con igual detenimiento.

Transcurrieron unos minutos en silencio.

— Y bien —se impacientó Aruza.

— Su retrato quirológico es excelente; siempre desde el punto de vista del examen de la línea de la vida. ¿Le basta?

— Me sobra.

Y Aruza se volvió hacia Orlando con decisión.

— Arrojaré flores en el río Manso —dijo.

El guía parecía satisfecho por el giro que iban tomando los acontecimientos ante una situación tan singular, aunque a todas luces cada vez más tensa y comprometida.

— ¿Franz? —le tendió las manos abiertas Piscis recogiendo las del alemán—. No voy a leer en sus huellas secretas. Está usted en entredicho, vaya, reprendido por esa obstinación en mantener una postura favorable respecto a la ética de Faysal. Sí, es usted muy contumaz: pulgar desmedido que revela una excesiva personalidad; dedos espatulados y nudosos, y línea de la cabeza grande, recta y fuerte... Influencia de Escorpión. Su mano es legible a simple vista y en extremo la adivino interesante pero, no tengo un calibrador a mano, aparte que nos detendría mucho.

Con la uña fue recorriendo despacio, muy despacio, lo que en este momento interesaba: la línea de la vida.

— ¿Le basta, Franz, si le digo que puede usted volver aquí, pongamos por caso, algo así como una docena de veces? Teniendo en cuenta que no tendrá nueva plaza hasta dentro de cinco o seis años... En fin, Kehrer, que va para centenario.

Risas y rápida respuesta ante un Orlando feliz.

— Ha adivinado mis pensamientos, Piscis, porque es mi intención volver a este lugar, aunque no será con presencia física —dejó boquiabiertos a la mayoría.

— ¿Quiere insinuar acaso, que volverá como fantasma habitante en el castillo? —se lo tomó a guasa el tejano.

— Lo que quiero decir me lo reservo; pero será del conocimiento de ustedes algún día.

— ¡Vaya! —exclamó en tono festivo el tejano—. Nuestro filósofo sigue contagiado con la carga misteriosa de Orlando: volveré pero sin presencia física; y lo que no quiere decirnos ahora algún día lo sabremos. ¿Lo entienden ustedes, señores? ¡Ah! ... Y posee pruebas escritas de la inocencia de Faysal. Amigo Franz —volvió a sonreír—. Yo, como Santo Tomás de Aquino, sólo creo en aquello que veo, y des-

pués de introducir el dedo en la llaga. Y lo que hemos visto hasta ahora, todo o casi todo, condena a Faysal.

— ¿Cooper? —interrumpió el interesante diálogo, Piscis.

El interpelado no se movió del asiento ni hizo por extraer las manos de los bolsillos. Su contestación fue contundente y presagiante:

— Es igual, Piscis. Larga o corta la línea de la vida de mis manos, asistiré al funeral por las víctimas del rey asesino, que tal vez aún no hayan terminado.

— ¿Tiene miedo, Cooper? —retiró Piscis la mano que había extendido.

— Sí —no rió esta vez Hemingway anticipándose a la respuesta del californiano—. Ya saben ustedes: la maldición... Tal vez teme que le pueda tocar a él.

Orlando volvió a despedirse con el ceño fruncido ante el desagrado que le produjeron las últimas palabras, y tras el almuerzo, que no brilló por los diálogos, cada cual se retiró a sus habitaciones.

MIÉRCOLES, 11

Orlando, después de saludar a los seis *supervivientes* de la gira, les apremió para que se dispusieran a partir hacia la que sería, no titubeó en repetirlo, simple ceremonia floral de despedida. La tarde quedaría libre para preparar las maletas, puesto que al día siguiente, último del viaje, después del almuerzo, habría una sesión especial dentro del castillo, inmediatamente antes de la salida de cada cual para su país de origen.

— Siento anunciarles —dijo—, que será preciso cumplir con un requisito impuesto por la policía que investiga las muertes y desapariciones acaecidas entre los componentes del grupo.

Todos sin excepción, fueron a sentarse alrededor del guía, intrigados por las palabras que acababa de decir.

— Comprenderán —se excusó—, que una gira turística integrada por quince personas, donde cuatro han muerto o desaparecido en misteriosas circunstancias, y cinco la han abandonado, algunos justificadamente como es el caso de la señora Hoover, es algo insólito y preocupante que obliga a una investigación. Está en juego el prestigio de la Empresa. Por otra parte, los familiares de las víctimas exigen una aclaración de lo ocurrido que defina responsabilidades.

— ¿Acaso existen otras razones que no sean imputables a supuestos accidentes? —se extrañó Cooper.

— Tal vez. Se está investigando el posible fallo técnico o humano en la muerte del señor Thierry. En caso afirmativo, el VAL se haría responsable en la medida que le afectara. En cuanto al helicóptero donde perdió la vida Jacques Thierry, sigue precintado y sujeto a un minucioso examen por los técnicos mientras continúan las indagaciones de la policía, a quienes debemos agradecer la extremada pruden-

cia con que han actuado hasta ahora, y que no haya impuesto el cierre de la actividad turística mientras se aclara lo ocurrido. Ni siquiera a ustedes les han molestado; sólo aquellos que abandonaron la gira, han sido sometidos a interrogatorio por la Interpol, cuyas conclusiones ignoro. Hoy, corren rumores de que les pedirán la documentación, aunque no creo que sean interrogados.

En aquel preciso instante, un joven provisto de un maletín apareció en el umbral de la puerta. Orlando le cedió el asiento, y el policía, que como tal fue presentado, abrió la maleta y extrajo varios papeles y objetos, sentándose a su vez.

— Perdonen las molestias que pueda ocasionarles —empezó diciendo—. Mi presencia aquí será breve. Desde luego, no voy a interrogarles... Señora Fuentes de Pozuelo. ¿Sería tan amable de mostrarme su documentación?

Piscis, que no disimulaba su nerviosismo, le entregó el pasaporte con un ligero temblor en los dedos, habitual en ella a causa de su enfermedad, aunque agudizado en las presentes circunstancias. Examinado el documento y efectuadas las anotaciones oportunas, le fue devuelto.

— Por favor, ¿quiere alargar las manos?

Los temblores aumentaron.

— Cállese, señora Fuentes. Son trámites de rigor en estos casos.

— No es eso; es que sufro de hipertiroidismo y en cuanto extiendo las manos se presentan los temblores.

— ¡Ah! —se excusó el policía—. Perdone.

Y abriendo una cajita, presionó los dedos de las manos de Piscis sobre la tinta, y a continuación en el papel de la correspondiente ficha donde quedaron impresas las huellas dactilares.

Uno a uno, fueron desfilando James Cooper, Franz Hemingway, Tadasu Kato, Carlos Aruza y Franz Kehrler.

— ¡Absurdo! —se alborotó Cooper una vez que el policía hubo abandonado la habitación.

— No tan absurdo —replicó Franz sin mirarle a la cara—. Cuando la puerta de un helicóptero se abre sola, y más tarde, dos integran-

tes de nuestro grupo desaparecen misteriosamente, algo extraño ocurre... Naturalmente, aparte maleficios y maldiciones en las que nadie cree.

EL filósofo alemán, con la defensa a ultranza del rey loco, se había granjeado la repulsa de cuantos quedaban del grupo, y no digamos nada, de James Cooper, su opositor y enemigo en las discusiones verbales sobre la personalidad y conducta de Faysal, al que seguía obstinado en llamar sádico asesino, con el corolario de homosexualismo y genocida, expresiones habituales en labios del californiano. Pero el alemán, inexplicablemente, no parecía dispuesto a mostrar el contenido de las cartas y mensajes que guardaba con tanto celo.

— De lo ocurrido a Taro Kasura —volvió a tomar la palabra Cooper—, todos hemos sido testigos presenciales, incluido usted, Orlando.

— Desde luego —corroboró el guía—. Y no creo que las investigaciones de los encargados de tan penoso asunto, discurran por ese camino.

— Y si la muerte de Erik y Gustaf, que de las averiguaciones realizadas hasta ahora parece deducirse que cayeron al río desde el puente, fue un accidente como el sucedido a Thierry, ¿quién sino su Empresa es la única culpable a la que debe exigírsele la responsabilidad de lo ocurrido? —se alborotó una vez más el californiano.

— De acuerdo, señor Cooper, de acuerdo. Nadie como el VAL, lamenta esta desgracia. Y tenga por seguro que se hará responsable en la medida que le afecte. Pero ahora, se los ruego, olviden tan desagradables contratiempos. Nuestra salida de hoy, que no llamaremos excursión, última a realizar fuera del castillo, ha sido programada, como ya dije, en memoria de los dos mil muertos cuyo sacrificio fue el precio de esta octava maravilla del mundo creada por la mano del hombre, el controvertido Faysal, filósofo naturalista, destructor y creador, aparte el dilema todavía no dilucidado, de su comportamiento ético.

— ¡Dilema! —gritó Cooper—. ¡Asesinó a su pueblo! Pudo ordenar que fuera evacuado pero, como Nerón en el incendio de Roma, prefirió contemplar desde su escondite y con morbosos sibirismo, la espantosa muerte de sus súbditos.

Franz esbozó una sonrisa mientras con la mano presionaba la cartera con los documentos.

— ¡Sí! ¡Sonríase usted! —le recriminó James—. ¿Por qué no nos muestra de una vez esos argumentos escritos que absuelven al... inocente rey? —recalcó con sarcasmo el epíteto.

— Señores —intervino Orlando—. La embarcación espera y, por otra parte, el tema ha sido ya sobradamente debatido. ¿Quieren seguirme?

Por un sendero bajo los álamos, los seis del grupo conducidos por el guía, llegaron al río e inmediatamente subieron a una motora que, por sus reducidas dimensiones, no evocó a la otra de tan penoso recuerdo. En la cabina, profusos ramos de rosas blancas llenaban el compartimiento de proa mientras que en popa, una pequeña cesta guardaba unos pocos ramilletes de flores rojas. ¿Qué tramaba Orlando? —se preguntó Franz intrigado, en tanto tomaba apuntes de cuanto ocurría a su alrededor.

La embarcación se puso en marcha con rumbo desconocido. Cuando llegó al lugar donde presumiblemente las aguas cubrían el pueblo sumergido de Cumbres Bajas, disminuyó la marcha en tanto Orlando señalaba las flores.

— Es una ofrenda a los muertos que yacen bajo estas aguas, extensiva a sus compañeros de viaje fallecidos en la gira.

Piscis se adelantó al grupo, y abarcando con ambas manos y brazos un gran ramo de rosas blancas, lo arrojó al agua, ceremonia que todos imitaron sin excepción.

Poco después, la motora se dirigía en dirección al volcán aunque muy alejada del Tragadero de pavoroso recuerdo, lo cual no impidió que cierto desasosiego cundiera entre los pasajeros.

— Falta un segundo ceremonial —habló parsimonioso Orlando sin más explicaciones.

— ¿Un segundo ceremonial? ¿De qué se trata? —preguntó Piscis respaldada por los asistentes al acto.

— Pronto lo sabrán —fue la contestación del guía, intrigante como siempre.

Llegaron a una especie de dique natural donde el barco atracó, quedando sujeto a las correspondientes amarras. Orlando tendió la mano a Piscis invitándola a bajar. Minutos más tarde, el reducido grupo pisaba de nuevo el volcán trepidante bajo los pies.

— Aseguró que habían finalizado las excursiones —dijo Cooper con displicencia.

— ¡No es una excursión! ¡Ya lo anuncié! —replicó Orlando con no menos aspereza.

— En todo caso un funeral —bromeó Hemingway.

No hubo más comentarios. Guía y piloto colocaron en el suelo las cestas con las flores. Al otro extremo de la explanada que hacia las veces de muelle natural, las aguas irrumpían violentamente en el interior de una gran cueva donde un remolino las absorbía ininterrumpidamente con un ruido ensordecedor. Era un espectáculo tan impresionante como sorpresivo. Y aterraba imaginar que ocurriría si la embarcación o cualquier persona tuviera la desgracia de caer en las arremolinadas aguas.

— No tengan temor —les tranquilizó Orlando—. Aunque el barco rompiera las amarras, no podría franquear el estrecho cauce por donde se precipitan las aguas. Pero cuidense de no acercarse a la orilla. Una caída en el remolino, sí que sería mortal. Es posible —continuó explicando—, que otro túnel de reducidas dimensiones, conduzcan estas aguas al lugar donde reposa Faysal, y un poco más lejos fue enterrada Betty Meredith, tras el suicidio o... asesinato.

— ¡Asesinato! —porfió la recia voz de James.

— Es su criterio que no todos comparten —clavó el guía una mirada escudriñadora en Franz, ante el temor de un nuevo enfrentamiento.

Pero el alemán no desplegó los labios.

— Entonces —preguntó Aruza—, estas aguas...

— Con toda probabilidad —no le dejó terminar la frase Orlando—, caen sobre la laguna procedentes de este chupadero, formando allí una pequeña cascada en el interior del cráter.

El guía hizo un respiro, y señaló las cestas cuajadas de flores.

— Rosas blancas en recuerdo del ama de llaves y del malogrado señor Kasura que allí reposa también, y rosas rojas para aquellos que crean en la inocencia de Faysal.

Nadie quedó sin lanzar ramilletes blancos, que en círculos concéntricos cada vez más apretados, las fueron engullendo las aguas lentamente. Cuando la ceremonia de la ofrenda floral parecía haber concluido, Franz, apropiándose de cuantas rosas rojas había en la otra cesta, las arrojó con fuerza al centro del remolino.

Todos, con excepción del guía y el piloto, le miraron con estupor, y James, adelantándose, se plantó frente a él con pose y gesto desafiantes.

— Faysal es inocente —aseveró Franz, serena la voz y firme la mirada— y bien merece ese recuerdo de sus flores preferidas.

— Faysal —se desmelenó James—, utilizaba a Abel para satisfacer sus deseos homosexuales, a Caín, para cuantos designios diabólicos y criminales urdía su mente, y con su propia mano accionó el circuito eléctrico que reventó la presa.

— Sí, pero no es reo de genocidio —siguió impertérrito el alemán—, y su supuesta homosexualidad, una cuestión secundaria. Cuando hizo volar la presa, tenía el convencimiento de que su pueblo había sido evacuado y puesto a salvo en el castillo o en Cumbres Altas, que ordenó construir con tal propósito. Y si vivía obsesionado ante el enfrentamiento de las dos grandes fuerzas naturales, nunca le pasó por la mente el sacrificio de sus súbditos, por innecesario.

— ¡Asesinó al ama de llaves!

Franz negó con la cabeza.

— ¡Y al ingeniero Krupp!

Nueva negativa y réplica del alemán.

— Insisto que es inocente de cuantas acusaciones se le imputan, lo que no parece agrandar a quien vive obsesionado por una supuesta personalidad sádica sexual y asesina que, por lo visto, cuadra con sus deseos.

— ¡Ah, sí! —le agarró por los hombros zarandeándolo—. ¿Y quién se lo dijo?

El alemán se sacudió con firmeza de las manos del californiano que lo atenazaban, con la estupefacción de cuantos asistían sorprendidos a la tensa escena.

— Tengo pruebas concluyentes que así lo atestiguan.

— ¡Mentira! ¡Todo es mentira! ¡Usted sí que podría encarnar al demente y criminal rey, atribuyéndole las muertes ocurridas en esta gira turística! —acusó James incapaz de controlarse.

— ¡Señores! ¡Por favor! ¡Moderen sus ímpetus y palabras! —intervino el guía.

— ¡Y usted teme, desilusionado tal vez, que el príncipe árabe pueda no ser un sádico homosexual, asesino y genocida.

James, perdido el dominio sobre sí mismo, se lanzó sobre Franz en un conato de enfrentamiento físico que nadie tuvo tiempo de evitar por lo inesperado. Ambos rodaron por el suelo, y el cuerpo del alemán llegó al borde mismo del dique, muy cerca del impresionante remolino.

— ¡Dios mío! ¡Se han vuelto locos! —gritó Piscis horrorizada.

Hemingway, Aruza, Kato, Orlando y el piloto, se arrojaron sobre los contendientes levantando al alemán a punto de caer y ser tragado por las aguas.

— ¡Volvamos a la motora! —gritó el guía una vez controlada la situación. ¡La ofrenda floral ha terminado!... ¡Y de qué manera! ¡Vergonzoso, señores! —les empujó obligándoles a subir a la embarcación.

Y un tanto más calmado continuó reprendiéndoles por tan impropio proceder:

— Es lógica la discusión y diversidad de criterios, cuando tantos puntos oscuros y preguntas sin respuesta existen en el relato. Pero esto no justifica un enfrentamiento físico como el que ustedes acaban de protagonizar; ni siquiera el insulto verbal. Es una falta de consideración para el resto de sus compañeros. En cuanto a usted, señor Kehrer, no será preciso pedir audiencia al director del VAL. El propio mister Kelly en persona estará presente en la despedida como caso excepcional ante los hechos ocurridos y que están ocurriendo. Con gran disgusto por mi parte, pueden pedirme responsabilidades,

sobre todo si llega a oídos de la Empresa lo acaecido hoy, y piensan con razón, que no he sabido o podido dirigir al grupo como moderador. Las discusiones, lógicas, hay que matizarlas sin sobrepasarse llegando a la agresión verbal o física. Lo confieso: es la primera vez que tal cosa me ocurre. Ya es bastante con los trágicos sucesos que han obligado a intervenir a la policía, ¿no les parece? Y tengan en cuenta, no lo olviden: ¡Me juego el empleo! —se lamentó.

— Perdón, Orlando y... perdónenme todos —se disculpó Franz—. Pero quiero aclarar que no fui yo quien agredió el primero; tuve que defenderme.

Piscis, angustiada, se secaba las lágrimas con un pañuelo.

Un regreso mudo y seca despedida, siguieron a las palabras del guía que aún así trató de distender los ánimos a la llegada al castillo.

— Mañana —dijo—, tendré la satisfacción de almorzar con ustedes y exponerles cuanto se relaciona con el último acto en el castillo. Buenas tardes.

Los seis del grupo, almorzaron y cenaron en sus habitaciones con tiempo sobrado para preparar las maletas, y a nadie se vio por el acotado jardín en el penúltimo día de los treinta y uno de la gira turística.

JUEVES, 12

— “Bon appétit” —fue a sentarse Orlando entre Aruza y Hemingway en la mesa para quince invitados, ocupada hoy por seis personas, en el preciso instante en que el camarero hacía acto de presencia, portador del almuerzo.

Ubicados en los extremos del tablero, James y Franz seguían enfrentados acorde con la ortodoxia ética defendida por cada uno respecto a la conducta de Faysal, y como consecuencia también del grave incidente que pudo acabar en tragedia. Una muestra más del aislamiento que ambos se habían impuesto, donde apartados del diálogo, uno estaba leyendo mientras el otro escribía.

— Por favor, señor Kehrer, y usted, Cooper, acérquense —rogó el guía, conciliador, con ánimo de romper el distanciamiento inevitable después de la acalorada disputa del día anterior.

Franz guardó las cuartillas y fue a sentarse junto a Hemingway.

— Señor Kehrer —se interesó Orlando—. ¿Van por buen camino sus investigaciones?

— Por muy buen camino —respondió con seriedad el aludido—. Hoy mismo daré conocimiento al director, si como usted afirma, estará presente en la despedida.

— Lo estará, ya lo dije, como caso excepcional.

— Habrá sorpresas —afirmó el alemán— incluso para incrédulos y obcecados.

James no se dio por aludido, y el resto del grupo hizo mutis. Y fue mejor que así ocurriera en evitación de nuevos altercados que pudieran enrarecer aún más los diálogos. Al otro lado de la mesa, un

tanto apartado de su potencial enemigo, el californiano apuraba su taza de consomé.

— No ignoran —continuó diciendo el guía—, que, por desgracia, la gira ha sido pródiga en accidentes y abandonos, y es por esto que nuestro director desea exponerles su versión personal de los hechos y el estado actual de las investigaciones de la policía. Lo exigen, de un lado el prestigio de la empresa turística, y por otra parte, los familiares de los afectados.

— Salvo lo ocurrido con mi compatriota, ¿se ha confirmado si hubo fallo técnico o humano en las muertes y desapariciones restantes? —preguntó Tadasu.

— Aquí —porfió Aruza anticipándose a la contestación del guía—, es evidente que, excepto lo acaecido con Taro Kasura, el único responsable es el VAL.

— Yo no lo veo así —replicó Hemingway—, puesto que la policía nos pide los pasaportes y toma buena nota de nuestras huellas dactilares.

— ¡Lo que faltaba! —exclamó el naturólogo—. Encima, sospechosos.

— Por favor, señores —matizó el guía—. Les ruego no formulen juicios anticipados. Si hay responsabilidades, la policía dirá la última palabra. Y siento no poder ser mas explícito.

— Amigo Orlando —intervino el tejano—. Le felicito por segunda vez. La gira ha logrado inquietarme.

— ¡Y a quién no! —exclamó Piscis—. ¿Les parece poco dos muertes, dos desaparecidos, probablemente muertos también, y cinco espantadas de un grupo de quince?

Siguió una conversación anodina con comentarios sobre las excelencias del almuerzo, y a los postres, Orlando anunció el programa de la que sería la postrera y al parecer no menos intrigante jornada.

— Dentro de cinco minutos nos trasladaremos al *Circle-visión 360*, ¡Oh, Norteamérica! —sonrió dirigiéndose a Hemingway.

— ¿También pantalla de 360 grados a lo *O Canadá* de Epcot Center de Disney World?

— Sí. Durante veinte minutos, asistirán ustedes a la proyección de un escalofriante filme que ha costado muchos millones de dólares para un documental de poco más de un cuarto de hora de duración. Gran parte de la escenografía posterior al cataclismo, y muchas escenas de Cumbres en los tiempos del rey Faysal, han sido filmadas en este lugar, si bien algunos exteriores se rodaron en las cataratas del Niágara, Victoria e Iguazú. Maquetas, fabulosos montajes y costosísimos decorados referidos a la terrorífica voladura de la presa, de la que en cierto modo van ustedes a ser testigos, han hecho de este reportaje filmado, una creación cinematográfica única en el mundo. Y ahora, tengan la bondad de seguirme.

Por unas escaleras de aquel laberinto de tan intrincado castillo, Orlando condujo a los seis del grupo hasta llegar frente a una gran puerta que permanecía cerrada. Asegurar que cuatrocientos sesenta y cinco turistas, descontados los fallecidos en accidente y posibles múltiples abandonos, se albergaban en este momento en la fortaleza, era una afirmación que los componentes del grupo-Orlando se resistían a creer.

La puerta se abrió en aquel instante, y el menguado grupo siguió al guía encaminándose hacia el centro de un espacioso recinto circular.

— Pueden sentarse —señaló Orlando con ambas manos unos sofisticados butacones—. El volante —explicó—, permite girar en redondo la butaca. Así podrán contemplar en vista panorámica de 360 grados, el impresionante filme mientras yo les hablo a través del micrófono por los altavoces ubicados detrás de la pantalla.

Y empezó la proyección.

— Vean —se oyó la voz de Orlando—, cómo era el pueblo de Cumbres con anterioridad a la voladura de la presa. La filmoteca del príncipe arábigo ha sido una ayuda importantísima para la obtención de estas imágenes. Estamos sobrevolando el castillo, réplica del Neuschwanstein de Baviera, antes de ser manipulado por el VAL con fines turísticos, y a bordo de la cabina de un gigantesco helicóptero. Ahora, si giran rápidamente el asiento, podrán contemplar el panorama a sus espaldas. Como verán, la fortaleza queda atrás mientras el aparato inicia el descenso impresionante sobre las copas de los árboles en dirección al río Manso. Nos dirigimos hacia Cumbres Bajas, el

pueblo de dos mil almas hoy sumergido. Las gentes que ustedes ven y les saludan alborozados, son personajes reales de aquel entonces que deambulan por calles y plazas: agricultores, artesanos y obreros empleados en la construcción de la presa, en su mayoría oriundos de Arabia Saudí, de donde emigraron a petición de Faysal, aunque también se encuentran aventureros ingleses, franceses, italianos y de otros países europeos. Ya estamos frente al volcán. La escena cobra tal realidad, que parece ineludible el choque de la aeronave con la gran montaña.

Se oyó un grito, posiblemente de Piscis.

— Impresionante —aseveró el guía—. Son escenas, como ya dije, filmadas en los alrededores del cráter por el propio Faysal, donde hoy es poco menos que imposible adentrarse en él sin correr un serio peligro.

Siguieron unos segundos de tenso silencio mientras la aeronave recorría el trayecto hasta llegar al pueblo que nunca sería habitado.

— Cumbres Altas (la versión también es real), sin estrenar, tal y como lo ideó y mandó construir Faysal. El barro acabará convirtiendo el pueblo y su entorno en un peligroso cenagal, del que emergerá el campanario y la veleta de tan penoso recuerdo.

Nuevos segundos de silencio.

— Sobrevolaremos la Cascada Norte —continuó Orlando—, más impresionante, si cabe, en este *Circle-vision 360*, sobre todo, la embestida contra la cortina de agua... ¡Ahora!

Se oyeron voces que traducían el impacto causado, y minutos después el guía anunciaba:

— Estamos frente al embalse, el gigante de piedra y agua que se dispone a caer sobre su enemigo de fuego y lava. Pongan atención. La presa va a ser volada... ¡Éste es el momento!

Y al estallido y derrumbamiento, siguió una gigantesca ola enfrentada al helicóptero que pronto quedó envuelto en nubes de espuma.

Nuevos gritos de Piscis y algunos más. La ficción, contemplada en la pantalla gigante, tomaba visos de estremecedora realidad. El espectáculo filmado llegaba a su climax.

— ¡Giren de nuevo los asientos! —enfaticó Orlando.

Toneladas de agua les perseguían.

— ¡Observen cómo la gente del pueblo huye y grita despavorida. Esto si es ficción, como la voladura de la presa.

En unos minutos el pueblo de Cumbres Bajas quedó anegado mientras la ola avanzaba hacia el Tragadero a velocidad vertiginosa.

— Se acerca el momento cumbre plasmado en la calenturienta mente de Faysal —alzó la voz Orlando—: el terrorífico enfrentamiento entre los dos grandes colosos. Pocos podrán mantener la mirada cuando el aparato simule precipitarse en las aguas que tragan las entrañas del volcán. Sin embargo... Ustedes... En fin, sí, el *Meredith*...

Un grito escapó de más de una garganta. La nave, que había rebasado el gigantesco remolino del Tragadero, remontó la empinada vertiente del volcán entre el estruendo de cientos de toneladas de agua precipitándose en el cráter que las escupía vaporizadas con lavas, gases letales y piedras que se elevaban a varios cientos de metros de altura.

— Los sueños y obsesiones del rey loco —dijo con voz reposada el guía—, son ya una escalofriante realidad. Dos mil súbditos perecieron en la empresa. Sólo escaparon de la hecatombe, la Guardia Personal, yo entre ellos, y la servidumbre que habitaba en el castillo, hoy en su mayoría, empleados del VAL. Estas escenas que ahora ven, imbrincadas unas con otras, rememoran fugazmente el cataclismo: el túnel submarino, la ciénaga de Cumbres Altas, el mausoleo de lava de Faysal, Cumbres sumergida, el cementerio de los álamos muertos, y las imágenes silueteadas de los principales protagonistas de la historia, en un rápido desfile. Y como telón de fondo, la lucha perenne del agua y el fuego.

Las luces fueron alumbrando paulatinamente el recinto, y los artilugios en que se sentaban los seis componentes del grupo quedaron inmobilizados. Era evidente en algunos rostros el impacto causado por el espectacular filme.

— Señores, ésta es la versión, magistralmente filmada, del cataclismo que supuso la muerte de un pueblo. No creemos que a Faysal

le fuera dado contemplar la terrorífica escena desde su escondrijo en el volcán, antes de quedar convertido en piedra... Es otra incógnita.

Hizo una pausa y miró a su alrededor. Había cierto nerviosismo en sus palabras cuando anunció:

— Y ahora, acompáñenme, por favor. Mister Kelly, nuestro director, les espera —señaló una pequeña tarima con dos sillones, y en semicírculo, por primera vez, sólo seis sillas en vez de las quince que en buena lógica debían estar.

— Les ruego que tomen asiento —señaló las butacas un anciano de blancos cabellos, espigado, de dura faz y penetrante mirada, después de saludar uno a uno a los recién llegados—. Mi presencia aquí es obligada por las circunstancias que ya conocen. Es excepcional, por no decir, único, que de un grupo de quince turistas, sólo seis finalicen la gira, cuatro de ellos pierdan la vida, y los cinco restantes abandonen el viaje. No ignoran que la policía investiga, y deseo poner en conocimiento de ustedes, que en la medida que las averiguaciones en curso pudieran afectar a esta Empresa, por fallo técnico o humano, nos haremos responsables de lo ocurrido. Sin embargo, no parece que sea ésta la versión más probable sino todo lo contrario. Y ahora, un inciso. Ante los trágicos hechos acaecidos, puede parecer absurdo formular la pregunta de rigor que correspondería a Orlando plantearles, de no estar yo aquí presente. Pero así está escrito en los estatutos que con su firma se comprometieron a cumplir. Es un cuestionario similar al de la llegada aunque es otra la consulta.

Seguidamente, removió papeles, extrajo unas fichas de la cartera y dijo:

— Señor Cooper, James Cooper. La pregunta, que es optativo el contestar, pero cuya respuesta en sus labios cobra doble valor para nosotros, es ésta: ¿Volvería usted a Loquilandia?

Siguieron unos segundos de silencio, y como el californiano no se decidía a responder, mister Kelly repitió la pregunta simplificándola:

— ¿Volvería usted?

— Le dije claramente a Orlando al comienzo de la gira, que vine aquí con el propósito de investigar sobre el terreno, ética, religiosa y filosóficamente, la conducta del rey Faysal. Para mí, todo está claro,

muy claro: Faysal fue un demente, asesino, sádico homosexual y culpable de genocidio. Mi curiosidad ha quedado satisfecha, por lo que no existen razones para volver a este lugar.

— ¿Señora Fuentes de Pozuelo?

Piscis se sobrepuso a su nerviosismo y contestó:

— Lo he pasado bien y lo he pasado mal, muy mal. Demasiadas muertes y exceso de abandonos. Algo que, lo confieso, no esperaba. Y para remachar, este nuevo susto de *Circle-visión 360* —hizo sonreír al director—. Por otra parte, si era imposible predecir el horóscopo y leer en las manos de los personajes fallecidos de Cumbres (soy quiróloga y practicante en astrología), en cuando a algunos de los componentes del grupo a quienes estudié sus manos, el resultado de mis predicciones ha sido sorprendente. ¡No, no repetiría la gira turística, mister Kelly!

— ¿Señor Aruza?

— Profesor Carlos Aruza —corrigió petulante.

— Espero su respuesta, profesor.

— ¿Por segunda vez?... No, decididamente, no. Demasiadas tensiones a diversos niveles, satisfactorias y desagradables, mayormente desagradables. De nuestro grupo no puede usted pretender una opinión favorable, mister Kelly, si además, como naturólogo diplomado en biomagnetismo, no he conseguido mi propósito de llevarme un buen muestrario de plantas autóctonas, posiblemente medicinales, como hubiera sido mi deseo.

— Será usted complacido en la medida de nuestras posibilidades. Continuemos con la encuesta. Le toca el turno al señor Hemingway, Franz Hemingway.

El aludido sacó una cajita que contenía pastillas de chicle, puso una en la boca, y sin masticarla contestó con parsimonia:

— Mister Kelly... Esto ha sido una pequeña guerra del Vietnam —sonrió— de la que soy veterano ex combatiente. Para satisfacción de la empresa turística que usted dirige, le diré que, contrariamente a lo afirmado a Orlando el día de mi llegada, abandono este lugar viva y fuertemente impresionado. Claro que las tragedias ocurridas empañan cualquier motivo de alegría. No esperaba, puedo jurarlo, un

espectáculo de esta naturaleza, y el ¡oh, Norteamérica! que Orlando conoce (su magnífico y nunca bastante ponderado guía), tendré que sustituirlo a menudo por un admirativo ¡oh, Loquilandia! Los dólares consumidos, que no han sido pocos, los doy por bien empleados. Pero los fallos, ya imagina usted cuáles, han sido garrafales.

— No ha contestado usted a la pregunta, señor Hemingway. ¿Volvería?

— Pues sí, puesto que me queda mucho en el tintero —señaló a la cabeza—, por saber o desentrañar.

— Gracias, señor Hemingway. Aunque deseo hacerle una advertencia: quizá los fallos a que alude, no hayan sido nuestros. El tiempo lo dirá... ¿Señor Kato, Tadasu Kato?

El japonés, puesto en pie, empezó como era habitual en él, con un sinfín de reverencias.

— Del espectáculo, único en el mundo, me rindo a la evidencia y comparto lo dicho por el señor Hemingway. Respecto a los desgraciados accidentes, prefiero posponer mi juicio en tanto las investigaciones policíacas, con las pertinentes aclaraciones, no hayan finalizado.

— Es usted pragmático en su postura. Se lo agradezco —dijo el director visiblemente emocionado.

— No obstante —continuó el oriental—, he de confesarle, que mis investigaciones como geólogo, motivo, si no único, sí importante de mi viaje a este país, no han podido ser realizadas. Me siento pues frustrado, además del pesar que para mí supone la muerte de un compatriota. Y claro, me voy pesaroso, aunque también deslumbrado, ante la originalidad y valía del soberbio espectáculo que su empresa turística nos ha ofrecido, muy de acuerdo con el calificativo de octava maravilla del mundo que bien se merece. Pero... “la flor caída no volverá a la rama”, ni los “espejos rotos podrán recomponerse”, ahora que “amaina el viento”.

— No le entiendo, señor Kato.

— Orlando, nuestro magnífico guía, se lo explicará.

El director arqueó las cejas con un expresivo gesto mientras miraba al oriental que sonreía complacido.

— Tampoco ha contestado usted a la pregunta, señor Kato.

— ¡Ah!... Perdón. Sí, claro, volveré: a buscar piedras, minerales y componentes gaseosos del volcán, que no ha sido posible llevarme ahora —hizo sonreír a la concurrencia.

— Señor Kato. Procuraré por cuantos medios tenga a mi alcance, proporcionarle lo que desea como geólogo. Tenemos su dirección.

— Gracias, mister Kelly —hizo de nuevo otras tantas reverencias.

— ¿Y usted, señor Kehrer? —clavó una mirada inquietante en el aludido.

Siguió un prolongado silencio que puso en vilo a cuantos escuchaban. El alemán sonrió, se rascó la barbilla, y puesto en pie se acercó a la mesa donde estaba Orlando y el director de la empresa turística.

— Mister Kelly —habló con reposada voz—. Antes de contestar a su pregunta, tendré que disculparme con usted y nuestro eficiente guía Orlando, a quien felicito una vez más, ya que su actuación y proceder ha sido ejemplar.

— No le comprendo, señor Kehrer.

— Yo también he venido aquí a investigar, no geológicamente como el señor Kato, sino respecto al comportamiento ético, más que el filosófico y religioso del rey Faysal. Sí, por motivos similares a los del señor Cooper con quien estoy en completo desacuerdo. Puedo anticiparle, mister Kelly, que si Faysal como pensador y supuesto superhombre zaratústrico arábigo me ha defraudado (soy filósofo y escritor), no así en cuanto a su comportamiento ético que, repito, difiere del juicio del señor Cooper. Faysal, ni fue asesino ni autor de genocidio voluntario. Mis investigaciones me han llevado a la convicción de su inocencia en los crímenes que se le imputan.

Expectación general y arqueado de cejas del canoso director.

— ¿Y qué pruebas aporta usted?

— ¡Éstas! —extrajo del bolsillo cartas y mensajes—. Y es por la posesión de estos documentos por lo que debo excusarme, puesto que han sido sustraídos de los archivos y bibliotecas del Salón Azul, y de las habitaciones de Betty Meredith y del ingeniero Krupp... Sí, en altas horas de la madrugada. Y estos han sido los resultados. Lea usted, mister Kelly: un mensaje del rey Faysal, sellado y firmado que,

por mediación de su sirviente Abel, ordena al capitán de la Guardia Personal, la evacuación inmediata de Cumbres Bajas y su traslado al castillo con la finalidad de evitar la muerte innecesaria de su pueblo ante la inminente voladura de la presa, que el asesinato de Abel, sin lugar a dudas a manos de Caín, impidió llegar a su destino. Y aquí — le tendió otra carta—, un escrito de Betty Meredith, dirigido a sus familiares en Orford en la que anuncia su decisión de quitarse la vida a causa de la fuerte depresión que sufre ante la indiferencia y la, para ella incuestionable, homosexualidad de Faysal, al que ama desesperadamente. Y por último, esta misiva del ingeniero Krupp, dirigida a su familia en Alemania, donde explica su sorpresa ante la decisión de Faysal de convertir la muralla de contención en gigantesca presa, y su rotunda negativa a colocar el montaje explosivo. Ante tan gran desatino y la responsabilidad que sobre él recae si accede a las pretensiones del que considera ya un demente, decide suicidarse, o al menos, así lo insinúa en el escrito. ¿Por qué no llegaron esas cartas a su destino? Es una incógnita que tal vez pueda usted aclarárnosla, mister Kelly.

Sorpresivamente, el director sonreía mientras aparentaba leer los documentos. Pero no hubo opción a la respuesta. Unas contundentes frases exclamativas atronaron en el espacio.

— ¡Mentira! ¡Todo es mentira! ¡Esos documentos son falsos! —se acercó James a la mesa, fuera de sí—. ¿Me permite usted, señor director?

— ¡Cómo no! —le alargó las cartas y el mensaje.

— Perdonen... Mi visión es mala —se dirigió hacia la puerta de entrada que permanecía abierta.

Y se puso a leer los documentos con evidente nerviosismo y mal-humor. De pronto, sacó de uno de los bolsillos un mechero, y encendiéndolo prendió fuego a los papeles.

Franz dio un alarido y se lanzó furibundo sobre el californiano, quien, sin inmutarse, extrajo una larga navaja automática, y accionándola detuvo la embestida del alemán. Los documentos ardieron chamuscando los dedos del que tan estoicamente soportaba las llamas igual que un faquir hindú.

El asombro y rapidez de lo ocurrido, dejó paralizados y mudos a cuantos presenciaban la tensa escena, e inexplicablemente indiferente a mister Kelly, que anunció como si nada hubiera sucedido:

— Señores, la gira ha terminado para ustedes.

— ¡No ha terminado! ¡Policía! —se abrió la puerta de salida al otro lado del recinto por donde irrumpieron varias personas armadas con pistolas—. ¡Detengan a ese hombre!

Todas las miradas convergieron en la pareja que componían Franz y James sin acertar a esclarecer quién de los dos era el hombre a detener. Pero al instante, los policías rodearon a James Cooper que, esposado, acabó por arrojar al suelo el arma blanca.

— ¡Llévenselo! —gritó quien había ordenado la detención.

— Jack Davies —presentó mister Kelly al recién llegado ante el asombro de Franz, Hemingway, Kato, Aruza y Piscis—, comisario de policía de la Interpol.

Orlando se hizo con la silla vacante (ya sólo quedaban cinco del menguado grupo), y fue a ubicarla junto a la mesa.

— Siéntense —habló el comisario—. Les debo una explicación... incluido usted, señor director, y por supuesto al guía Orlando que es quien ha vivido más de cerca con estos señores, los incidentes que voy a relatar. Empezaré por hablarles del asesino y, claro, de las víctimas, puesto que por desgracia son cuatro las muertes acaecidas y ya aclaradas las circunstancias y hechos que concurren en las mismas. James Cooper, como ya saben, es oriundo de San Francisco de California, perteneciente a una secta satánica de la que fue expulsado por malversación de fondos, paranoico con delirios de grandeza y algunas cosas más. Ha estado recluso en diversos sanatorios mentales, pero no se le conocían hasta ahora delitos de sangre ni antecedentes penales. Es el autor material de la muerte de Jacques Thierry.

— ¡De Jacques Thierry! —fue la exclamación unánime.

— Sí, pero no era el señor Thierry el blanco de sus iras, sino usted, Franz Kehrer —apuntó con el bolígrafo a un desencajado alemán—, su opositor y enemigo por las opiniones absolutorias que sustentaba respecto a Faysal, contrarias a las suyas de condena como sádico criminal, homosexual y genocida, más acordes con sus delirios

paranoicos de grandeza según nuestras investigaciones. Si en un principio se pensó en un fallo técnico o humano, una minuciosa revisión del aparato y el hallazgo de las huellas dactilares de Cooper junto a las del piloto en el mando que acciona el mecanismo de abertura de la puerta del helicóptero, fue concluyente para acusarle del asesinato. Por otra parte, las declaraciones de la señora Hoover, internada en un hospital de Londres a causa del infarto sufrido del que se halla completamente recuperada, fueron decisivas. Ella vio cómo usted, señor Kehrer, se apoyaba en el cristal de la puerta cuando el helicóptero se acercaba al campanario, y también, cómo cedía su puesto a Jacques Thierry en el preciso instante en que Cooper accionaba el mecanismo. La toma de las huellas dactilares efectuada ayer, y su confrontación con las del mando de abertura de la puerta, sentenció el caso.

— ¡No es posible! —cabeceó negativamente Franz, todavía no repuesto de tantos sustos y sorpresas.

— ¿Y Gustaf? ¿Y Erik? —preguntó Piscis sobrada de impaciencia.

— No es culpable James Cooper.

Todos se miraron unos a otros como si buscaran entre ellos al nuevo asesino.

— Erik Kalm —habló reposadamente el comisario—, sufría el Síndrome de Inmunodeficiencia adquirida, el Sida, sí, complicado con un sarcoma de Kaposi, como saben, frecuente entre los homosexuales. Desahuciado, decidió abandonar el hospital y venir a morir aquí en compañía de su amigo Gustaf Strindberg. De todo esto hubo una testigo presencial: Matilda Rossellino, la esposa del señor Bertolini, el matrimonio italiano que aquel mismo día de la desaparición de los jóvenes suecos, abandonó este lugar, como ustedes saben, en estado inconsciente. En el interrogatorio efectuado más tarde por la Interpol, ya recuperada de la crisis, declaró haber presenciado cómo Gustaf y Erik se arrojaban al río fuertemente abrazados, cuando ya de regreso cruzaban el puente. No ignoran que la señora Rossellino sufrió un sueño con premoniciones, y al comprobar que faltaban del grupo, decidió ir en su busca y asistió horrorizada a la escena del suicidio que motivó la pérdida del conocimiento.

— ¡Estaba escrito! —afirmó Piscis—. ¡Sí, en sus manos! —recordó la evidencia de los datos al leer en la línea de la vida de Erik Kalm.

— Lo sucedido a Taro Kasura ya es conocido por ustedes —dijo el comisario—. Pero quizá ignoran que se trataba de un ex combatiente de las brigadas suicidas de la aviación japonesa, sí, un kamikaze con la pesadumbre de saber a su país derrotado y a su emperador Hirohito desposeído de la aureola de lo divino. No pudo resistir a la tentación de palpar con sus manos la esfinge de lava de Faysal, su nuevo emperador, aunque pretendía también ayudar a su compatriota aquí presente en la tarea de obtener unas muestras de lavas y gases del volcán. He aconsejado a mister Kelly, la conveniencia de ejercer en adelante un estricto control de seguridad, en evitación de posibles portadores de armas. Por último, lo acaecido con el *Meredith*, que pudo acabar en tragedia, no ha sido aclarado todavía. ¿Fallo técnico?... Inexplicable, si como parece, afectó simultáneamente a dos circuitos eléctricos independientes. ¿Sabotaje? ¿Por qué y por quién? ¿Por el propio Cooper tal vez en una crisis de paranoia que le empujó a un intento de suicidio y asesinato colectivo? ¿Y cómo pudo realizarlo?... Interrogantes que no podrán ser aclarados puesto que ya saben el destino sufrido por la embarcación. Quizá algún día, del interrogatorio de James Cooper puedan sacarse conclusiones.

Siguió un breve silencio ante un grupo expectante y sorprendido que no acababa de encajar tantas revelaciones, y menos aún el descubrimiento de la personalidad psicopática y criminal del californiano.

— Señores —terminó el comisario—. Un demente asesino existe en cualquier ciudad del mundo: Londres, París, Tokio, Nueva York y Madrid, posiblemente albergan más de uno. Este viaje no encierra más riesgo que el de la intriga y fuerte emoción de una historia con unos personajes y entorno singulares, y otras tantas sofisticadas excursiones no aptas para cardíacos y ciertas sensibilidades; una historia de misterios aún no resueltos. El asunto, policialmente, queda zanjado. Sólo me resta desear a los supervivientes —lamento emplear este término—, un muy feliz retorno a sus hogares. Buenas tardes.

El comisario se encaminó hacia la salida, y Franz, ya repuesto de tantas sorpresas, se encaró al director que charlaba animadamente con Orlando.

— Perdonen —interrumpió a los que hablaban—. Créame que lo siento, mister Kelly. Se han perdido tres documentos importantísimos que exoneraban al rey Faysal de tan graves acusaciones.

Incomprensiblemente, mister Kelly dibujó una amplia sonrisa.

— Señor Kehrer —habló con reposada voz y sin dejar de sonreír—. Tome asiento, se lo ruego. Va usted... Bueno, iba por buen camino en sus indagaciones. El VAL —no puede escapar a su perspicacia—, tenía conocimiento de esos escritos que corroboran los supuestos que acaba de exponer. Pero nuestra Empresa, no está interesada en aclarar dudas, esclarecer conductas y perfilar personalidades de ambigua, muy ambigua interpretación, y menos todavía, sacar a la luz pública los puntos oscuros de la intrigante historia. Perdería interés la gira turística. Faysal Bin Abdula Al Saud, será siempre misterio: ¿Sádico asesino? ¿Amante de su pueblo? ¿Homosexual? ¿Genocida? ¿Asesinó al ama de llaves y al ingeniero Krupp? ¿Fue Caín la mano criminal? ¿Mató Faysal al sordomudo Abel o fue su propio hermano? ¿Amaba a la Naturaleza? ¿La odiaba? ¿Pensador nietzscheano, superhombre zaratústrico o simple parodiante?... Versiones para todos los gustos, señor Kehrer. Siempre la intriga, acrecentada ahora, por desgracia, a causa de los trágicos acontecimientos de los que han sido protagonistas unos, y testigos presenciales, otros. Y esos acontecimientos, sí que exoneran a mi Empresa de toda responsabilidad.

— ¡Pero esas cartas y mensaje! —se sulfuró Franz—. ¡Las ha leído usted con sus propios ojos, mister Kelly! ¡Es testigo de cuanto aquí acaba de ocurrir! ¡Y estos señores también! —señaló a los componentes del exiguo grupo—. ¡Faysal es inocente! ¡Lo sabe usted!

— Esas cartas y mensaje, señor Kehrer, lo siento, no existen. Son sólo lucubraciones de su mente, quizá un tanto impresionada por cuanto ha visto. Es mi versión... Y la del VAL. Y si me apura usted, le diré que una burda falsificación. Pero, señor Kehrer, dejemos una cuestión ya decidida y rubricada hace tiempo por la empresa turística de la que me honro ser su director, y vayamos a otro asunto. Es usted el único que todavía no ha contestado a la pregunta: ¿Volvería a Loquilandia?

Franz, fuera de sí, dio un fuerte puñetazo en la mesa que hizo rodar vasos y botellas.

— ¿Volvería, dice usted? ¡Volveré, mister Kelly! —le gritó arrebatado por la ira—. Pero no será con presencia física. ¡Le juro que oír hablar de mí y de su Loquilandia! ¡Es decir, de la mía!

Y mordiéndose los labios de pura rabia mientras estrujaba contra su pecho el diario del ama de llaves sustraído de la suite, se encaminó hacia la salida seguido de Hemingway, Tadasu Kato, Piscis y el profesor Aruza, que no salían de su asombro ante tan imprevistos acontecimientos e insólito final de la gira. Desde la puerta, un tejano sonriente se volvió para saludar al guía que le correspondió con una sonrisa.

— ¡Se acabaron los misterios, amigo Orlando! —le gritó—. ¡Oh Loquilandia, Loquilandia!

Minutos después, un helicóptero con sólo cinco pasajeros de los quince que en buena lógica debía albergar, se elevaba alejándose definitivamente de la fortaleza del rey loco de Cumbres, Faysal Bin Abdula Al Saud.

EPÍLOGO

Franz Kehrler publicó un libro titulado *Loquilandia al desnudo* que desató las iras del VAL, aunque también valiera para aumentar las arcas y fama de los respectivos consultorios de Aruza y Piscis; un libro donde el autor exonera a Faysal de los crímenes que se le imputan. En la obra, si bien confiesa el desencanto respecto al pensador, tan alejado del supuesto superhombre zaratustrano arábigo que siempre negó con aquella expresión de *así no hablaba Zaratustra*, se extiende en pormenores sobre el descubrimiento del mensaje de Faysal dirigido al capitán de la Guardia Personal, y las cartas de Betty Meredith y el ingeniero Krupp, amén del aval que le supuso la apropiación del diario del ama de llaves, sin ocultar el destino final de los tres documentos, la tragedia del grupo -Orlando y las crudas e increíbles palabras que le dirigió mister Kelly al negarle la veracidad de tales descubrimientos. Pienso —afirma contundente—, que a causa de los intereses creados de la poderosísima Empresa norteamericana, empeñada en mantener la aureola de misterio en torno a la historia del rey de Cumbres.

La réplica no se hizo esperar, y numerosos artículos y publicaciones aparecieron en revistas y periódicos de gran difusión, donde se rebatían los supuestos del autor, que fue tachado de oportunista y mentiroso, ávido de celebridad, e imbuido por lucubraciones filosóficas que le condujeron en último extremo a la falsificación de documentos y cartas y a la falsedad de las aseveraciones escritas. No hubo denuncias (al VAL no le convenía que las hubiera), y todo quedó en enfrentamiento a nivel de escritos y divulgaciones.

La obra, traducida a numerosos idiomas, ha dado la vuelta al mundo.

A James Cooper, le fue conmutada la pena de muerte por la de cadena perpetua, convicto del asesinato de Jacques Thierry; pesó el eximente de trastorno mental. En su paranoia con delirios de grandeza, Faysal era, tenía que ser, el superhombre de la violencia, el crimen y el sadismo homosexual, que él en cierto modo hubiera deseado encarnar, puesto que a los delitos de estafa, la policía había descubierto denuncias por excesos cometidos en su país como sádico homosexual, faceta ésta que ignoraban los componentes del grupo Orlando. Con estos precedentes, la Interpol ya había pensado en la posibilidad de un segundo crimen en las personas de los jóvenes suecos. El enfrentamiento verbal e intento de asesinato frustrado en la persona de su máximo oponente, Franz Kehrer, había sido suficientemente aclarado. Por último, y tras exhaustivos interrogatorios, acabó confesándose autor del sabotaje del *Meredith*, que estuvo a punto de provocar una gran tragedia. Explicó así, que un tanto bebido, indisputado y con la excusa de perentorias necesidades, pudo escabullirse y llegar a la sala de máquinas donde desconectó la corriente que alimentaba la puesta en marcha de los dos motores en un lugar casi imposible de detectar, gracias a los datos obtenidos del tripulante que mostró al grupo las dependencias del buque. En su paranoia, aceptaba el cumplimiento de la maldición de Faysal, con el holocausto del suicidio y asesinato colectivo.

La señora Hoover, superada la crisis del infarto sufrido que la llevó a ser internada en un hospital de Londres, y una vez informada por la misma policía que la interrogó, de los nuevos incidentes y tragedias ocurridas después que interrumpiera el viaje, escribió una carta al director solicitando le fuera concedido un billete a corto plazo para iniciar una nueva gira turística. Su avanzada edad y las razones apuntadas que le obligaron a abandonar el castillo, justificaban la petición que le fue concedida. Moriría en aquel lugar, víctima de una nueva crisis cardíaca. Pero ella porfiaba poco antes de morir, que de no ocurrir allí, hubiera sucedido en un crucero de la Royal Viking, o en un safari por el Amazonas. Dejó escrito ante notario su última voluntad, y hasta en eso fue notoria su personalidad al imponer que su cadáver, rodeado de rosas rojas, fuera abandonado en una pequeña embarcación frente al Tragadero, pues también creía en la inocencia de Faysal, una vez que hubo leído el libro publicado por

Franz Kehrler. En agradecimiento por tal concesión, dejaba su cuantiosa fortuna a la poderosa empresa turística.

Tadasu Kato recibiría del VAL un muestrario de gases cuidadosamente envasados, junto con piedras y lavas volcánicas del interior del volcán, para el estudio geológico y publicaciones científicas que era su deseo realizar.

De Juan Carlos Fuencarral y Clara Ruidrejo, nunca más se supo. Sí, en cambio, de Matilda Rossellino, que incapaz de soportar el estrés de tan fuertes emociones, no acababa de recuperarse de la impresión sufrida como única testigo presencial del suicidio de los jóvenes suecos. De psiquiatra en psiquiatra, buscaba inútilmente el equilibrio psíquico que nunca tuvo su exaltada personalidad. La exarcebación de las crisis histéricas sobre las depresivas, le condujo a conectar de nuevo con el profesor Aruza, quien le envió desde Canarias donde eventualmente residía, una gelatina de *aloe vera* (pita o pitera elaborada a escala comercial), junto con una nueva cinta magnética de mayor potencia en gauss, que aseguraba él, había dado un resultado increíble en tales casos. Y obró el milagro. “¡Milacoro! ¡Milacoro!” —publicarían las páginas de la prensa sensacionalista italiana referido a la curación de la señora Rossellino por la acción de un nuevo medicamento naturista originario de las Islas Afortunadas—. El *milagro* del profesor Aruza tendría repercusiones nacionales e internacionales a nivel profesional.

El yanqui Hemingway, un poco menos engraido en los ensalzamientos a ultranza de su país, alterna el ¡oh Norteamérica! con un no menos admirativo ¡oh Loquilandia!, aunque su pedantería le lleva siempre a matizar a “viva voce”, el origen americano de la empresa turística.

Por último, en las investigaciones realizadas por Franz Kehrler en Scotlant Yark, pudo averiguar que el sordomudo Freij A-Shawa, que respondía al mote de Caín, y había sido reclamado por Londres donde fue juzgado, acabó confesándose autor de la muerte por estrangulamiento en la persona de Betty Meredith. Asimismo confesó también la autoría en el asesinato de su hermano Wajih, más conocido por Abel, a impulsos de los celos y el odio mortal que le profesaba como preferido de Faysal, y al que arrebató antes de asesinarlo, el mensaje del rey dirigido al capitán de la Guardia Personal, con la

orden de evacuar el pueblo de Cumbres antes de ser volada la presa. A Freij le fue conmutada la pena de cadena perpetua por la de internamiento en un Sanatorio Mental, en consideración a su deficiencia psíquica y la congénita sordomudez. Estos y otros datos extraídos de los archivos de la Comisaría Central de Londres, figurarían en el libro de Franz Kehrler.

Sin embargo, antes de publicar la obra, el filósofo alemán se propuso desvelar la identidad de la escultura del antifaz, y escribió a Orlando instándole a que le aclarara el enigma de la estatua enmascarada. El guía, que le estaba muy agradecido por las palabras de encomio sobre su persona, que los cinco componentes del grupo dirigieron al director, lo cual le valió su reposición en el cargo que ocupaba, le contestó que no tenía ningún inconveniente en desvelar el secreto siempre y cuando no se mencionara la fuente de procedencia. Y con gran lujo de detalles, le confesó que la intrigante escultura no reproducía en modo alguno el rostro de Abel si no el de una Monna Lisa en versión escultórica, y esperaba que compartiera su mismo criterio de que Faysal quiso simbolizar en esa estatua asexual y de ambiguo rostro, su alejamiento definitivo de cualquier problema de sexo y erotismo.

Así pues, la no homosexualidad de Faysal, en la que siempre creyó Kehrler, quedaría reflejada en su libro como una secuencia más del fruto de sus investigaciones.

*Esta edición no venal
consta de 100 ejemplares
numerados.*

ULPGC.Biblioteca Universitaria



633091

BIG 860-3 BAR rea